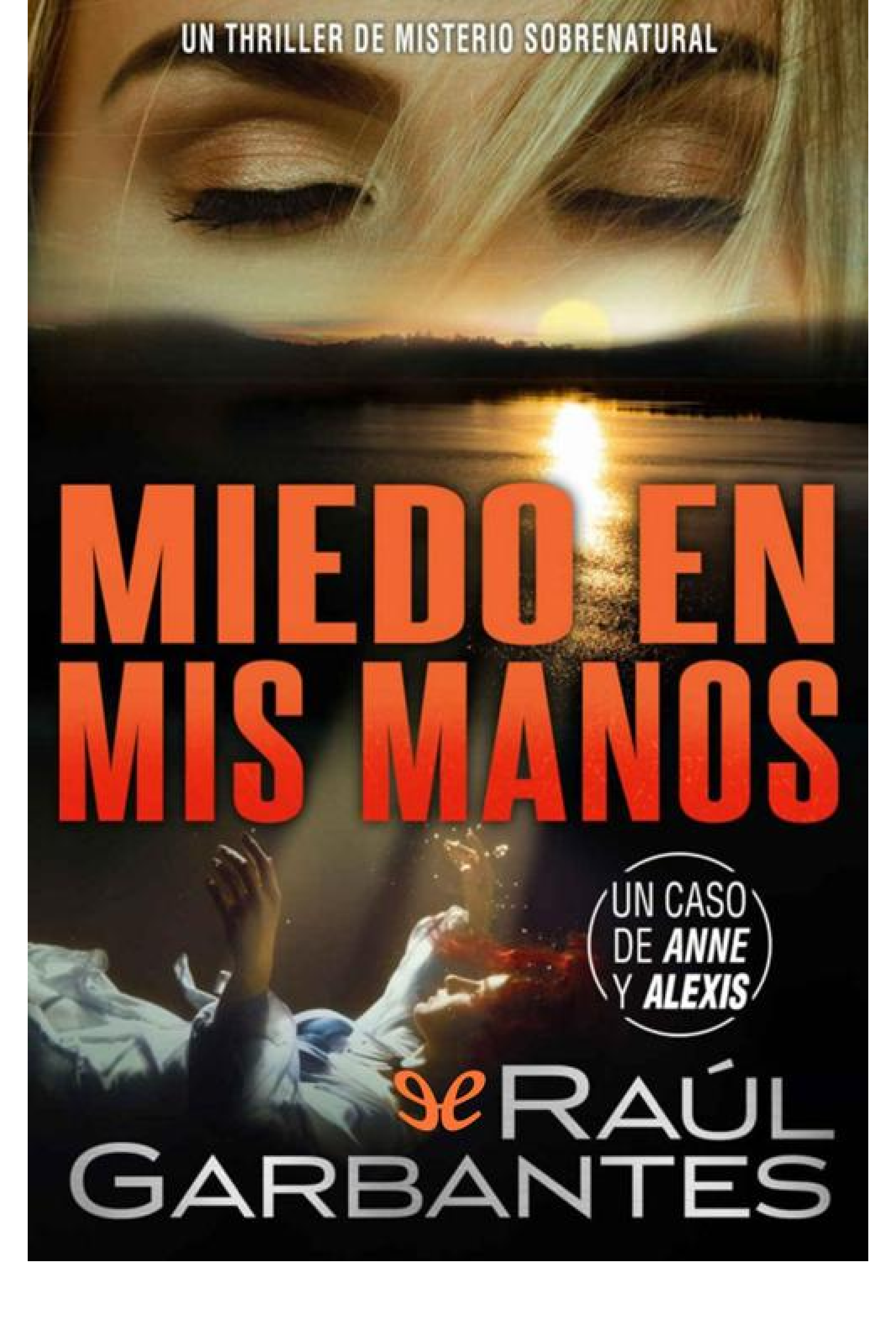
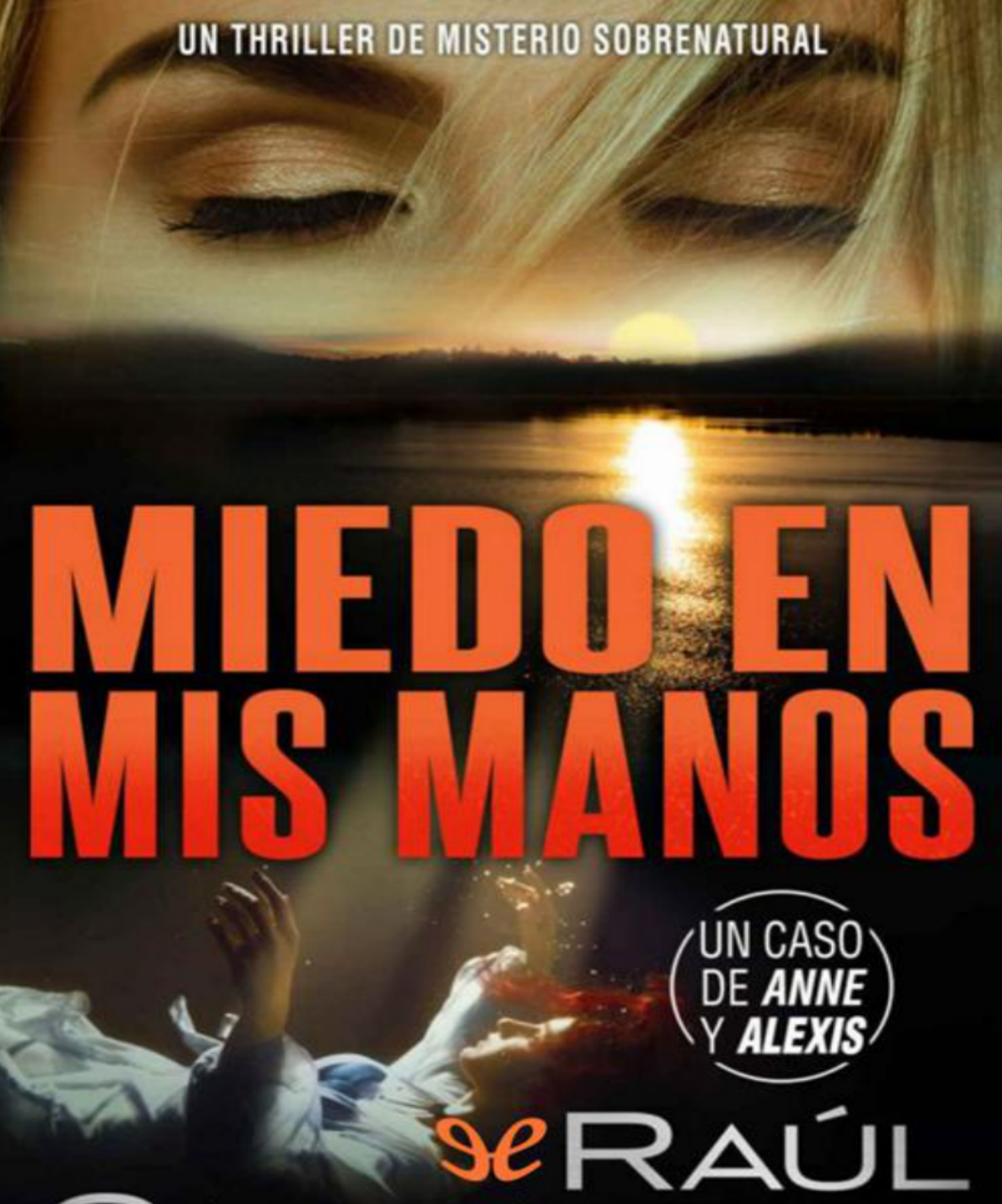

UN THRILLER DE MISTERIO SOBRENATURAL
MIEDO EN MIS MANOS
UN CASO DE ANNE Y ALEXIS
RAÚL GARBANTES


UN THRILLER DE MISTERIO SOBRENATURAL
MIEDO EN MIS MANOS
UN CASO DE ANNE Y ALEXIS
RAÚL GARBANTES

Dos mujeres policía a quienes une el destino. Una racional y experimentada, la otra con un extraño poder empático. ¿Podrán ambas unir fuerzas para atrapar a un asesino serial? Es el primer día para Alexis Carter en el Departamento de Homicidios de Wichita. Siente que no encaja en ese lugar y ha decidido mantener ocultas sus capacidades de empatía que le ayudan a vislumbrar cosas que otros no pueden ver. La tristeza por haber perdido a su novio a menudo la asalta y sabe que para superarla debe dar con su asesino. Su nuevo jefe, Jaydan Cooper le ha asignado como compañera a la veterana teniente Anne Ashton en el primer caso de su carrera como perfiladora: debe investigar el asesinato de una mujer sin identificación que ha sido abandonada en un descampado. Sin embargo, el asesino continúa cobrando nuevas víctimas; todas son mujeres independientes y exitosas. Ni Alexis ni Anne cuentan con pistas sólidas porque el criminal es muy hábil borrando su rastro en los lugares donde abandona los cuerpos. ¿Podrá Alexis utilizar sus poderes empáticos para lograr avances en la investigación? ¿Podrá la teniente Anne Ashton confiar en su nueva compañera?



Raúl Garbantes

Miedo en mis manos

Casos criminales complejos - 1

ePub r1.0

Café mañanero 14-03-2024

Título original: *Miedo en mis manos*
Raúl Garbantes, 2022
Diseño de la portada: Giovanni Banfi

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 03/2023
ePub base r2.1





MIEDO EN MIS MANOS

RAÚL GARBANTES

PARTE I

1

El atacante comenzó a seguir al hombre que llevaba un impermeable gris cuando tomó la calle que bordeaba el parque Lakewood. Pasó frente a la casa número tres y se aseguró, con una mirada rápida, de que las luces del interior y del porche de la vivienda estuviesen apagadas. Todo iba bien. Si alguien hubiese estado dentro observando por la ventana lo hubiese visto, pero ya sabía que los residentes se encontraban de viaje.

Apuró el paso y pensó en el cuchillo que llevaba en el bolsillo. Había practicado el movimiento circular sin titubeos, que era como dar la vuelta a una tuerca. Debía centrarse en el arma y en la herida. En la hoja afilada de quince centímetros y de cierra dentada de un lado. Un cuchillo de «caza de remate para piezas de gran tamaño», tal como le había descrito el vendedor de pelo cano y ojo perezoso.

El hombre del impermeable se detuvo al escuchar el débil aullido de un perro. Era un cachorro *golden retriever* herido. Estaba tendido en el límite entre el parque y la calle. Tuvo que acercarse para verlo bien porque la bombilla del farol más próximo estaba rota.

El hombre del impermeable no podía creer lo que veía. Era consciente de la maldad gracias a su trabajo, pero pensar que alguien había podido dejar en esas condiciones a un animal tan pequeño e indefenso lo llenó de ira.

—¡Maldito…! —exclamó y debido a la impresión no se dio cuenta de que detrás de él había alguien.

El atacante le disparó en ambas piernas a la altura de los muslos. El arma contaba con un silenciador alargado y eficaz. Fueron dos tiros cortos y secos, de menos de ciento veinte decibeles, audibles pero no alarmantes. Además, no había nadie allí para escucharlos.

El atacante dio varios pasos y esperó milésimas de segundos a que el hombre cayera de rodillas. Después le disparó nuevamente en la nuca. Luego guardó la Glock y se acercó hasta quedar frente a él. En pocos segundos, el hombre quedó tendido, muerto.

Entonces, el asesino se inclinó, dio la vuelta a su víctima, sacó el cuchillo y le clavó con maestría en el vientre la hoja afilada. Dibujó un

semicírculo que llenó de inmediato de sangre la camisa del hombre.

Guardó el cuchillo en un bolsillo. Tomó el cadáver por los dos brazos y lo arrastró adentrándose en el parque, buscando el sendero llamado Landon Nature Trail, que se encontraba del otro lado y más cerca de la avenida. Cuando llegó al sendero Landon, continuó moviendo el cuerpo de su víctima hasta ubicarlo en medio del camino.

Luego le extendió una pierna, haciendo un ángulo con ella lo más abierto posible. Para ello le dio sucesivas patadas. Después hizo lo mismo con la otra pierna y con los dos brazos. El cuerpo y las extremidades del hombre quedaron en una posición que asemejaba a una equis.

Se inclinó y con el cuchillo terminó de cerrar el círculo de la herida que había hecho a la altura del ombligo de la víctima. Sacó una moneda del bolsillo del chándal que tenía puesto y la metió dentro del orificio. Se trataba de una moneda con un grabado especial.

—La monedita de juego ilegal que apuntará en dirección al ahijado del jefe de la familia Tomasso y sus clubes sórdidos, y así la verdad continuará invisible, como debe ser —dijo.

Después hizo otro corte circular con el cuchillo a la altura de la laringe del muerto y hurgó hasta tocar lo que buscaba. Las cuerdas vocales. Cortó.

—Nadie comprenderá la posición ni el círculo ante tanta sangre. La gente suele confundirse y atender a lo grotesco antes que a lo esencial… —susurró el asesino mientras se levantaba.

Miró el cadáver del hombre del impermeable por última vez. Guardó el cuchillo, se quitó los guantes y los metió en el bolsillo. En ese momento le pareció escuchar algo. Detuvo la respiración y afinó el oído. Aguardó y pensó que no era nada segundos después. Desanduvo sus propios pasos, se puso la capucha y comenzó a trotar. Pasó por el lado del cachorro que había dejado herido para llamar la atención de la víctima. Lo tenía todo calculado; la bombilla rota, la rutina y el paseo que siempre daba el hombre del impermeable por esa zona desierta antes de volver a casa. Y por supuesto, el amor que a donde iba demostraba por los perros.

Además, había tenido la precaución de que la víctima bebiera un par de copas de más para ralentizar sus reflejos defensivos en caso de que no pudiera tomarlo por sorpresa.

—Después de todo, era un sujeto bien entrenado, pero todos necesitamos bajar la guardia unos minutos al día —se dijo.

Se acercó al animalito, sacó el cuchillo de nuevo y terminó con su vida cortándole el cuello.

—¿Qué clase de persona sería si lo dejara sufrir de más? —se

preguntó en voz alta.

En ese momento, escuchó un auto desplazarse a lo lejos y supuso que lo hacía por la avenida Kansas, al otro lado del parque Lakewood. Eso no significaba riesgo alguno, pero igual creyó conveniente apresurarse. Muchas veces había pensado que el albergue instalado en el lado este del parque Lakewood era un elemento en contra, pero terminó por considerar que, si actuaba rápido, todo iría bien. Además, era la hora de la cena y los huéspedes estarían en el comedor.

Guardó el arma, se ocultó detrás de un árbol cerca del cuerpo del perro en el área oscura, donde había dejado una bolsa con un cambio de ropa. Se quitó la que llevaba puesta y se puso la que tenía preparada. En la bolsa también había un espejo. Miró el reflejo de su cara y comprobó que no hubiera ni una gota de sangre en su rostro, cuello o manos. Metió la ropa de la que se había despojado en la bolsa. Ya había planificado en cuál contenedor de basura tirarla. Era uno que sería vaciado en pocos minutos.

Se fue caminando a buen ritmo hasta la calle 25 del sureste de la ciudad de Topeka. Llegó allí sin ningún contratiempo. Unos instantes después se detuvo frente a un contenedor de desechos no orgánicos y lanzó la bolsa.

Salió del barrio Jefferson Square y llegó al barrio Central Highland Park, donde había rentado un apartamento. Entonces, una idea sembrada desde la oscuridad se posó en su cerebro. Inclinó la cabeza y cerró los ojos antes de sacar la llave. Vio pasar toda su vida en un segundo y sintió el agradable olor a eucalipto que desprendían los árboles cercanos. Ese era el mejor momento, el que sintetizaba todo. Así, tuvo la visión de una época anterior a su nacimiento; vio a un grupo de hombres reunidos en torno a la imagen del *Hombre de Vitruvio*, y después a un barco atravesando una tormenta y meciéndose entre las olas del océano en medio de la niebla. Lo comprendía todo.

Estaba complacido porque había logrado convertirse en el instrumento perfecto. Su misión de asesinar al detective Devin Walsh había sido cumplida.

2

Amanecía el 4 de julio.

Un sujeto me seguía. En pleno verano llevaba una gabardina negra y algo le cubría la cabeza, pero no recuerdo qué. A nadie parecía sorprenderle su indumentaria, solo a mí. Tenía consciencia de que ese hombre significaba una amenaza y era muy poderoso, por eso no quería enfrentarlo. Tenía miedo e intentaba esconderme y ocultarme entre la gente. Desperté inquieta.

Sabía que ese sueño contenía una historia más compleja; había partes que no recordaba y eso me hizo sentir ansiosa al despertar. Lo que sucedía era que, de alguna manera, intuía que lo que no recordaba tenía que ver con el asesinato de Devin hace dos años. Con eso que me hizo convertirme en otra Alexis Carter y me impulsó a formarme como detective, mudarme a Wichita y estudiar Perfilación Criminal.

Ahora me encontraba finalizando los dieciocho meses de estudios para llegar a ser detective de grado tres, y había comenzado a trabajar en el Departamento de Homicidios de Wichita hacía apenas una semana.

Era la primera vez que actuaba como investigadora oficial porque lo de antes había sido una asesoría puntual en el caso del asesinato de los niños en Topeka. Además, la ayuda que brindé a la Policía en esa ciudad fue antes de conocer la existencia de la oscuridad y de que mis planes dieran un giro de ciento ochenta grados.

Una parte importante de mi vida ahora consiste en analizar los sueños y las visiones que tengo, sobre todo cuando mantengo contacto con otras personas y con algunos objetos, aunque casi nunca los comprendo de primeras. Esa es mi manera de enfrentar la oscuridad.

Por eso pasé todo el día intentando interpretar y saber más sobre el sueño y el hombre que vi en este, pero no lo logré.

Así que en la tarde decidí salir de casa para replicar las condiciones de lo único que recordaba: buscaría un lugar en la ciudad en donde sabía que se concentraría un buen número de personas y estaría atenta a lo que sucediera. No se trataba de que pensara que el

sueño era una premonición. Lo que quería era comprender un poco más el lado oculto de mi propio pensamiento, porque casi siempre es allí donde tengo que buscar para llegar a la verdad. Eso también me ocurría antes con mis pacientes en Topeka y, gracias a ese esfuerzo de interpretación de mí misma, solía dar con un tratamiento acertado para ellos.

Ya fuera de casa pasé por el parque Aley, en Wichita, y mi plan era llegar al bulevar McLean, donde sabía que se concentrarían varias atracciones populares.

En el trayecto pude ver las aceras repletas de gente. Olía a sandía, a helado y a palomitas de maíz. Las personas caminaban detrás y delante de mí, por todas partes, y cada vez eran más. Venían como en manadas. Vi desfiles en las vías, aviones y paracaidistas en el cielo, además escuché música, sobre todo *jazz* y *rock*. También me topé con una exhibición de proezas de motociclistas, con varios bailes callejeros y hasta con un torneo de carreras en sacos de maíz. Parecía que todo el mundo había sacado las sillas de *camping* y las mantas, dispuestos a pasar el mejor día de sus vidas a pesar del calor bochornoso que hacía: treinta y ocho grados a las seis de la tarde. Sin embargo, las altas temperaturas no desviaron los planes de celebración de los habitantes de Wichita. Hasta ese momento no había notado que nadie me siguiera.

Después de permanecer un rato en el bulevar McLean, tomé la avenida Central y crucé el puente sobre el río Arkansas. Me detuve en el camino, cerca de la escultura del indio, la que han llamado *El guardián de las llanuras*.

Cerré los ojos e intenté poner la mente en blanco.

—Alexis…, ¿qué estás haciendo? Nadie te sigue. Ese sueño no significa nada, y todo esto es porque llevas días inquieta… —me reproché.

Desde que comencé en el Departamento de Homicidios me había sentido ansiosa, como si algo estuviera a punto de pasar. Pero esa sensación podía estar relacionada con que no encajo en el mundo policial. Apenas transcurrieron quince minutos en la oficina, supe que debía intentar adaptarme, pero no podía evitar sentirme como alguien que constantemente tiene que traducir lo que piensa a los demás. Soy diferente y mi forma de investigar también lo es, y por eso me siento como si hablara otro idioma y tuviese todo el tiempo que hacer un esfuerzo descomunal para intentar hablar como los demás. Ese estado de extrañeza de los últimos días podía ser la causa de mi ansiedad y también del sueño.

Con esa explicación en la cabeza, abrí los ojos y continué

caminando y observando a las personas a mi alrededor. Entonces comencé a notar la frustración y el cansancio en las caras de los caminantes que pasaban a mi lado. Capté varias discusiones acaloradas de algunas parejas que vociferaban y también la molestia de padres que obligaban a sus niños pequeños y cansados a seguir andando. Noté a varios adolescentes tristes, tal vez porque el chico o la chica especial con quien habían fantaseado pasar la celebración les terminó dando plantón.

El problema es que comprendo demasiado a las personas y por eso capturo todo tipo de emociones y las padezco casi como si fueran mías. Lo bueno era que ya me había deslastrado de la obsesión que me produjo el sueño durante todo el día porque me estaba contagiando de las emociones de los demás.

Pero cuando ya había decidido volver a casa, lo vi. Era una persona que vestía como el hombre de mi sueño, pero no era alguien intimidante. Se trataba de un niño.

Por alguna razón, el chico había querido salir disfrazado. El atuendo consistía en una gabardina negra y un sombrero del mismo color. Pensé que quería verse como Sherlock Holmes o alguien por el estilo. También llevaba una lupa en la mano y observaba a los caminantes a través de ella.

Podía ser casualidad lo de mi sueño y el disfraz del niño. Era lo más seguro. La única coincidencia era la prenda negra, la gabardina. El hombre que me seguía llevaba cubierta la cabeza, pero no recordaba si también era con un sombrero.

Vi que el chico, de la mano de su madre, pasaba por mi lado y me observaba con la lupa. Tenía el pelo mojado de sudor y la frente perlada, pero no parecía importarle. Luego hizo un gesto con su otra mano, como si cargase una pistola y me hubiese disparado. Después continuó caminando y se perdió entre la multitud que avanzaba.

—Alexis, nada de esto tiene sentido —me reproché mentalmente.

Me alarmé porque estaba viendo mi sueño como una especie de premonición, y no solía pensar ni creer en ellas. Además, no tenía sentido igualar a un hombre amenazante con un chico que tendría once o diez años a lo sumo. Me sentí estúpida. Sabía que nadie salía a la calle a perseguir una pesadilla, como lo había hecho yo.

—No debes creer en todo lo que aparece en tu cabeza —me dije.

Decidí esperar un poco el inicio del espectáculo de los fuegos artificiales y luego emprender el camino de vuelta a casa. Supuse que faltaba poco para que comenzara porque todos los presentes se agolpaban en el paseo junto al río, ya que ese era el mejor lugar para admirar las luces en el cielo. Varias personas se tropezaron conmigo al

pasar y fue entonces cuando mi mente se nubló y otra vez la visión vino a mi cabeza, la del día que toqué el cadáver de Devin.

Era la segunda vez que la veía en casi tres años. Ser atacada por la misma imagen que tuve cuando toqué la frente de Devin en la morgue resultó algo inesperado, incomprensible.

Lo que ve mi cerebro cuando llegan esas visiones es borroso, sumamente confuso. Pero esta era la más desesperante de todas porque no tenía idea de lo que significaba y me dejaba con una horrible sensación de muerte. Solo las palabras finales que acompañan la imagen me resultaban más o menos comprensibles.

Me detuve y sentí como si varias personas volvieran a tropezarse conmigo. Quedé con la impresión de que estaba rodeada de una amenaza cada vez más cercana y el sueño que segundos antes había considerado una tontería ahora aparecía como un aviso. Tenía la sensación de que no solo era yo, sino la ciudad entera la que estaba en peligro, acechada. Sentí un pánico inexplicable como consecuencia de la visión. La celebración callejera me parecía un ingenuo telón de fondo, más como una trampa que había agrupado a muchas criaturas en una jaula para ser luego destruidas. Lo angustiante era la trama que estaba a punto de comenzar y que nadie más intuía.

Nunca me había sentido tan sola.

3

Eché a andar llevada por la marea humana que se desplazaba en la misma dirección de la corriente del río Arkansas.

De repente, escuché que alguien me llamaba.

—¿Doctora Alexis? ¿Cómo está?

Volteé y lo vi. Tenía el pelo más largo, pero lo reconocí de inmediato. Se trataba de Logan Callen, un expaciente de Topeka. Él asistió a mi consulta cuando apenas la iniciaba.

Era controlador aéreo y un hombre muy inteligente, pero con una ínfima capacidad de relación social. Una persona capaz de inventarse fantasías muy elaboradas para llenar el vacío emocional que había en su vida. Estaba obsesionado con su vecina a tal punto que creía que entre ellos dos existía una relación amorosa. Recuerdo que «mantenía» largas conversaciones telefónicas ficticias con la chica, por las noches. Me lo confesó, me dijo que tomaba el teléfono de casa y pasaba horas sentado hablando consigo mismo a dos voces: la de él y la de ella.

Fue extraño porque, al verlo, recordé de inmediato a Ender, el investigador del departamento que había conocido tres días atrás.

Al llegar al Departamento de Homicidios y de Casos Criminales Complejos (ese era su nombre completo), me encontré con un lugar reestructurado. Una de las nuevas dependencias era la de Investigación Virtual. Supe que la reestructuración había sido la obra de la anterior jefa, una mujer llamada Anne Ashton a quien todo el mundo apreciaba, pero más que nadie, este hombre de treinta años, desgarbado y tímido a quien todos llamaban Ender aunque ese no fuese su verdadero nombre.

Era un *hacker* reclutado. Cuando lo conocí, llevaba puesta una gorra de los Kansas City Royals y una camiseta sobre otra, al estilo del personaje Sheldon de la famosa serie de televisión. Le caí bien a Ender y por eso se había dirigido a mí en varias ocasiones buscando conversación. Hasta chismeaba conmigo sobre otros agentes que entraban y salían de la sala del café del departamento, en donde me abordaba. Tal vez notó algo en mí que lo llevó a creer que nos parecíamos, que yo nunca llegaría a encajar por completo, como le

pasaba a él.

Al reconocer a mi antiguo paciente, recordé de súbito a Ender porque eran como dos gotas de agua en cuanto a personalidad.

—¡Logan! Hacía tiempo que no nos veíamos —le dije.

—Mucho —respondió él mientras se acercaba a mí.

Ya yo me había detenido para esperarlo.

Me pareció una extraña coincidencia encontrarlo porque fue un 4 de Julio la última vez que lo vi, cuando paseaba en la ciudad de Topeka junto con Devin. También lo encontramos por casualidad en las calles de esa ciudad antes de los fuegos artificiales. Veintiocho días después asesinaron a Devin mientras volvía a casa.

Logan movió el brazo para ponerse algo que llevaba en la mano sobre la cabeza. Era la gorra de los Kansas City Royals.

Entonces me di cuenta de algo que hasta ese momento no había recordado: el hombre de mi sueño usaba la misma gorra que Ender y Logan.

4

Intercambié algunas palabras con Logan, intentando dejar la explicación de la coincidencia de la gorra para después. Me dijo que ahora vivía en Wichita y que había ascendido en su trabajo. No tenía ganas de permanecer mucho tiempo hablando con él, así que le dije que me alegraba de verlo tan bien y me despedí.

Continué caminando junto al río y me detuve frente a uno de los bancos del paseo al lado del río. Miré hacia el cielo y vi un dispositivo suspendido que tenía forma de gusano y daba vueltas sobre su propio eje. Era un dron, supuse que de vigilancia. O un aparato que tomaba fotos desde arriba. Me sentí vigilada.

En ese momento, escuché una voz de alguien que hablaba en un tono más alto y destacaba entre el grave murmullo de la multitud.

—Yo no le tengo miedo a nada porque soy como el tío Bill.

Quien habló era un niño que estaba junto al banco, frente a mí. Después de lanzar esa declaración, comenzó a devorarse la última parte del perrito caliente que tenía entre las manos. La mujer que lo acompañaba y estaba sentada en el banco sonrió y luego miró al otro chico más pequeño, quien se apoyaba en su regazo. El parecido entre los tres era sorprendente.

—A mí sí que me asustan los bisontes —reconoció ante su hermano y su madre el niño pequeño. Después me miró.

Yo estaba de pie detrás de ellos, como a cuatro metros de distancia. El dron seguía revoloteando en el cielo sobre el río. El chico que «no le tenía miedo a nada» se mantenía intentando convencer a su hermano —y sobre todo a su madre— de que él era una especie de superhéroe.

—Te digo que me lancé desde las rocas cuando fuimos al rancho de la tía Sue y no sentí nada de miedo. Y desde allí, desde la cabeza de esa estatua, podría lanzarme también o de un paracaídas —dijo señalando la figura del indio kiowa, erigida junto a la confluencia del río Grande y el río Arkansas, y que desde allí se veía enorme.

El otro chico miró la escultura un segundo y volvió a observar a su hermano con una media sonrisa en la cara. Sus ojos mostraban

incredulidad. Pensaría que su hermano bromeaba y quería comprobar que fuera así y no que hubiese perdido la razón. Después me miró de nuevo. Entonces se movió un poco hacia un lado para esquivar el cuerpo de su madre y contemplarme mejor. Lo saludé con la mano.

Una mujer pequeña que lucía fuerte, de unos cuarenta y tantos años que venía acompañando a dos chicos, se detuvo junto a ellos. Saludó con cariño a la madre de los niños, que continuaba sentada. Se inclinó hacia ella, la abrazó y la acarició con la palma de la mano abierta sobre la espalda. Cerró los ojos un momento y luego los abrió. Noté en su rostro rasgos asiáticos.

—Cariño, ¡qué bueno encontrarte! Esto es una locura. La cantidad de gente que ha venido esta vez es apabullante y ni el calor los ha detenido. ¡Pero estás estupenda! Y tú Evans… no me lo puedo creer, pronto tendrás mi tamaño… —dijo la recién llegada al tiempo en que enderezaba su cuerpo y miraba al niño mayor.

Evans, el chico que declaraba su valentía, soltó una carcajada al escuchar el comentario.

—Luca, querido… ¿Cómo van los reptiles? ¿Ya has completado tu libro? Te he traído del viaje algo que va a encantarte… —le anunció la mujer y el chico más pequeño dio unos pasos para abrazarla.

En ese momento, un hombre gritó a unos metros de distancia. La gente se agolpó, alguien me empujó y no pude ver más. Había comenzado el caos y no pude evitar pensar que aquello era lo que estuve temiendo que pasara.

5

—¡Ayúdenme, por favor…! ¡Se está ahogando! ¡Mi hija se está ahogando! —gritaba el hombre.

Yo había caído al suelo y la gente pasaba a mi lado. Algunos me pisotearon.

Me levanté al tercer intento y comencé a apartar a las personas que tenía alrededor. Logré hacerlo a medias y entonces vi que un hombre intentaba practicarle una maniobra de primeros auxilios a una niña, pero no parecía dar resultado. La gente se agolpaba cada vez más. Comencé a apartarlos y a dar saltos para poder ver sobre las cabezas lo que estaba sucediendo. Mido un metro sesenta y tres centímetros, no soy alta, y en ese momento me sentí más baja que nunca. Continué apartando a la gente y dije con fuerza, varias veces, que era policía.

Escuchaba gritos, sobre todo uno que emitió una mujer con tal nivel de intensidad que quedó retumbando en mi cabeza. Como pude, continué apartando a la gente y logré ver a la mujer que hacía pocos minutos había llegado al banco a saludar a la otra. Vi, como en cámara lenta, que se detuvo junto a la niña de cara cianótica. Ella pareció hacer un rápido análisis de la situación y sacó algo de un bolso de mano que llevaba consigo, y que luego lanzó al suelo. Era un objeto afilado que parecía unas tijeras de manicura. Escuché varias exclamaciones de horror.

La mujer dio una orden:

—Alguien llame a Emergencias… ya. Estamos a quince o veinte metros de la salida del puente frente a la escultura —dijo.

El padre de la chica estaba paralizado, en *shock*.

—¿Pero está loca? ¿Qué va a hacer con eso? —escuché que alguien que estaba a mi lado preguntó. Yo continuaba intentando llegar hasta allí.

Ella levantó las tijeras para abrirlas y enfiló directo a la tráquea de la niña. Por fin llegué a dos metros de distancia de ellos. Todo sucedía muy rápido.

En ese momento, aparecieron unos hombres que vestían el uniforme del personal de Emergencias. La mujer ya había hecho una

abertura en medio del cuello de la chica. Ahora ella respiraba y los hombres se hicieron cargo.

Uno de ellos habló.

—Le salvó la vida. Se pondrá bien.

Se llevaron a la niña. La mujer que salvó a la chica se quedó de pie con las tijeras en la mano y el bolso a sus pies, como paralizada. Luego inclinó la cabeza y observó la mancha de sangre que había quedado en su blusa blanca. Nadie se acercaba a ella y otra mujer, del doble de contextura y cabello negro, le tomaba una fotografía con su celular.

—Despejen, por favor, avancen —escuché decir a una policía que acudió en ese momento. Eran las mismas palabras que yo había empleado antes.

La gente se dispersó y la mujer continuó en el mismo sitio hasta que los dos chicos que habían llegado con ella momentos antes acudieron a su lado. También el otro niño llamado Luca. Miré hacia el banco y vi que Evans se había refugiado en los brazos de su madre.

Me di cuenta de que el trecho que tuve que caminar, sorteando obstáculos en medio del tumulto, era más pequeño de lo que pensaba, pero la multitud agolpada me hizo imposible ofrecer una respuesta rápida.

En ese momento, comenzó a resplandecer el cielo. Eran los primeros fuegos artificiales de la noche y el dron en forma de gusano cayó de manera inesperada al río. Entonces, volví a ver al chico de la gabardina. Llamó «tío» a alguien. Le dijo que había sido genial lo que pasó, «con las tijeras y todo eso». Me di cuenta de que su tío era Logan, mi expaciente.

—Te vi hablando con la niña antes. Aquella que casi se ahoga —escuché decir a Logan al pequeño.

—Solo le propuse una competencia, a ver quién comía más rápido —respondió el niño con la voz más aguda.

—La vanidad es el pecado favorito del diablo —sentenció Logan.

Esas palabras me dieron miedo. No recordaba que Logan empleara frases religiosas ni que fuera creyente. O puede que haya sido todo lo sucedido lo que me había alterado. Casi veo morir a una niña y fui tan lenta e incapaz como lo fui para mantener a salvo a mi Devin…

No sabía qué me pasaba. Volví a sentir que todos en Wichita estábamos en peligro y que este aparecía cuando menos lo esperábamos. Quise con muchas ganas devolver el tiempo y permanecer en mi consulta de Topeka, ser la otra Alexis.

Pero ya era imposible hacerlo.

6

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, llegué al departamento tal como lo había estado haciendo desde el lunes pasado. Continuaba con la sensación de inquietud, pero no la demostraba.

—Agente Carter, el jefe Jay la espera en su despacho —me informó Juliet Rice apenas entré.

Juliet era la mano derecha del jefe Jaydan Cooper (a quien todos llamaban Jay) y además estaba loca por él. Lo comprendí desde que la vi por primera vez. También supe que de seguro debía informarle de todo lo que acontecía en el departamento a sus espaldas. Me parecía una mujer organizada, racional, metódica y confiable. Un recurso humano que cualquiera querría tener a disposición.

En cuanto Juliet me dijo eso, caminé a paso rápido hasta el final del corredor para tomar la escalera. El despacho de la dirección se encontraba en la primera planta del edificio. Me extrañó que el jefe quisiera verme y comencé a plantearme cuáles serían sus razones. ¿Volver a preguntarme si estaba a gusto? No lo creía. Entonces hice un repaso en mi cabeza de lo que sabía sobre el sargento Jaydan Cooper, el nuevo jefe del departamento desde que la teniente Anne Ashton se fue.

Solo había hablado con él en dos ocasiones y me había causado una buena impresión. La primera, cuando me dio la bienvenida a principios de la semana pasada, y unos días después, cuando se acercó a mi escritorio y me preguntó si estaba conforme con el espacio de trabajo.

También percibí desde el principio su atractivo, porque no había manera de no hacerlo. Tendría unos cinco o seis años más que yo y estaba en muy buena forma. Pero estaba segura de que Jaydan Cooper era bastante capaz de conducir de forma adecuada el departamento porque no era solo un hombre atractivo, sino un sujeto inteligente que además poseía un buen nivel de inteligencia relacional. La conformidad que se respiraba en el ambiente sobre él lo confirmaba. Además, daba la impresión cuando te miraba que sabía lo que estabas pensando.

—¿Por qué querrá verme? —volví a preguntarme mientras subía el último peldaño de la escalera que me conducía a la primera planta, y entonces tuve una pésima idea.

Sospeché que alguien de Topeka le había hablado de mí. Tal vez el forense de esa comisaría, el del caso de los niños, le había revelado alguna de las cosas que me vio hacer. Sacudí la cabeza y me obligué a calmarme.

Cuando llegué al despacho del jefe, me di cuenta de que no estaba solo. Había alguien sentado del otro lado. Esa persona volteó y me miró. Era la mujer menuda y fuerte, la que hizo la traqueotomía de emergencia a la pequeña que se ahogaba.

7

—Detective, le presento a la teniente Anne Ashton. La mejor jefa que ha tenido este departamento, y también la detective con más alta ética laboral que hemos conocido. Es ella quien ocupará el escritorio junto al suyo y será su compañera —dijo Jay.

Anne Ashton se levantó y caminó hasta donde yo estaba. Me apresuré en cerrar la puerta y di unos pasos para ir a su encuentro.

—Hola. Mucho gusto —me dijo y le estreché la mano.

Un muro agrietado surgió ante mí. Una grieta aparecía desde arriba de la pared y corría, se dibujaba hasta abajo. Hacía una forma irregular, como las raíces de un árbol. La grieta crecía y no paraba. Me pareció que el muro se iba a desplomar, pero no lo vi hacerlo. Todo estaba en silencio mientras veía esa imagen en mi cabeza. Solo duró un par de segundos. Luego escuché la sirena de una patrulla. Ese sonido debió colarse por la ventana del despacho y me hizo volver en mí.

—Hola, Anne. Encantada de conocerte —alcancé a decir todavía estrechando su mano.

Quedé con la sensación de que las imágenes que aparecían en mi cabeza habían comenzado a acelerarse. Ya sumaban dos en pocas horas; la que tuve la tarde anterior en el paseo junto al río y la de ahora. Además del sueño que me impulsó a salir a la calle. Eso no me gustaba porque apenas comenzaba en el departamento y no quería que se dieran cuenta de que poseía esa capacidad diferente de comprender o interpretar la realidad, y de que intuía cosas. Temía que cuando esas visiones aparecían se me reflejara algo raro en el rostro y que una persona perceptiva como Jaydan Cooper lo notara. No podía permitir que conocieran mi secreto porque me estigmatizarían y no resultaría confiable para ellos.

Anne me sonrió y me hizo ver que mis temores eran infundados, que nadie podía leer mis pensamientos. Al menos ella no lo había hecho en ese momento. Puede que no fuera tan perceptiva como el jefe, y a él yo no tendría que verlo tanto. Así que pensé que estaba bien que fuera mi compañera.

—Siéntate, Alexis —me pidió el jefe Jay sacándome de mis pensamientos sobre Anne.

—Gracias —respondí volcando la mirada hacia él.

Anne volvió a su silla y yo me senté junto a ella y frente al escritorio que Jay presidía. Él se quedó unos segundos en silencio y giró la cara hacia uno y otro lado. Parecía estar decidiendo la mejor forma de expresarse.

—Tienen que empezar inmediatamente a trabajar en un caso, y lo harán juntas. Han encontrado a una mujer asesinada en el norte de la ciudad, en un descampado cercano a las industrias Bach, en el barrio de Northeast Heights. La forense Lilian Peterson ya está en el lugar —informó.

Hizo una pausa, estaba escrutando nuestros rostros, primero el de Anne y luego el mío.

«¿La habrían asesinado anoche? ¿Estará esto relacionado con mi inquietud y las visiones?», me pregunté.

Jay continuó hablando.

—Anne, por ser la detective más experimentada, dirigirás la investigación. Tengo mucha confianza puesta sobre ustedes dos. Saben que la prensa nos hará trizas si no hay avances pronto. La zona ocupa los primeros lugares en las cifras de crímenes violentos, y si tiene algo que ver con la mafia local, quiero ser el primero en enterarme —nos dijo.

Después miró con fijeza a Anne. Luego me observó y creo haber percibido cierta sombra de duda en sus ojos. Volví a pensar que habría escuchado algo raro sobre mí y que alguien en Topeka había hablado de más.

—Estoy seguro de que estarás a la altura de este reto, Alexis. Mucha gente del departamento mataría por estar en tu lugar y tener de compañera a Anne. Gracias a ella le hemos dado un duro golpe al crimen organizado de este estado. Es ella quien debería estar ocupando esta silla, pero no lo ha querido así… —reconoció y dejó la frase inconclusa.

—Estoy dispuesta a hacer mi mejor esfuerzo —respondí y recordé la pericia con que Anne Ashton había usado las tijeras horas antes. Ese cierto aire de crudeza en ella comenzó a parecerme la clave de su capacidad policial. Era práctica, resolutiva.

«Una mujer implacable de alguna manera…», pensé y esa idea no me resultaba del todo agradable.

—Vamos, Jay, si todos te aman —respondió Anne al jefe Cooper.

Después ella me miró y continuó hablando.

—Andando, Alexis Carter. Tenemos un malnacido que cazar —

expresó en un tono que denotaba confianza, como si me conociera y yo hubiese sido su pareja de investigación desde hacía años.

Se levantó y yo también lo hice. Nos despedimos del jefe y salimos del despacho. Juliet Rice aguardaba tras la puerta y, al salir nosotras, entró en la oficina. Pero volví a escuchar la voz de Jay llamando a Anne. Ella se devolvió y yo me quedé afuera del despacho, esperándola.

Oí unas palabras sueltas:

—Fíjate en ella…

Juliet, de pie aún junto a la puerta, me miraba y comprendió que yo había escuchado parte de la conversación que tenía lugar entre Anne y Jay, así que decidió cerrar. Era como el perro guardián de Jaydan Cooper.

Me dije, mientras esperaba a Anne, que las palabras del jefe podrían referirse a fijarse en la víctima, que era una mujer, pero no lo creía. Pensé que esa «ella» era yo. En menos de diez segundos, mi nueva compañera abría la puerta y volvía a aparecer. No me dijo nada y avanzó por el corredor buscando la escalera. La seguí y comenzamos a descender. Ella iba delante de mí.

Miré su cabeza y noté que de su cuello pendía una medalla que en un descuido había ido a parar hacia atrás, a su espalda. Mostraba la imagen de una virgen. Luego vi su mano derecha tocar el cuello y tantear, encontrar el pequeño óvalo dorado con la imagen religiosa y llevarlo al frente.

—¿Por qué habré visto ese muro resquebrajándose cuando estreché su mano? —me pregunté intrigada.

Pero lo que más me preocupaba era la sensación de peligro inminente que mantenía y no podía apagar, y las palabras del jefe Jay Cooper.

—¿Por qué Anne debía fijarse en mí? ¿Debía yo cuidarme de ella?

8

—Vamos en mi auto —propuso Anne.

Asentí y nos encaminamos al estacionamiento.

—Te vi ayer en el paseo del río. Vi lo que hiciste con la niña —le confesé sin detenerme.

Ella continuó caminando y movió la cabeza de un lado a otro como en señal de reflexión.

—Fue duro. Primera vez que hago algo así. Pero sabía que la maniobra Heimlich no iba a funcionar, y estoy calificada para aplicar primeros auxilios. El padre de la niña estaba haciendo la maniobra de forma correcta y no lograba la expulsión. Siempre he dicho que debe haber más vigilancia en esas fiestas. Las aglomeraciones de gente en ese sendero evitan que el personal de emergencia pueda desplazarse con prontitud, y ese lugar posee una extensión considerable. Nadie se imagina el caos hasta que lo vive. Yo, gracias a Dios, me hallaba muy cerca. Pero ya sabes cómo son los políticos que organizan estas celebraciones, además del tema del presupuesto, que ellos siempre consideran deficiente para mejorar la seguridad. ¿Sabes qué fue lo que hizo que la chica se atragantara? ¡Un trozo de salchicha! Lo supe de inmediato. A mi hijo Mathew le pasó una vez y casi me muero del susto. Detesto los perros calientes casi tanto como los aviones.

—Creo que actuaste de una forma extraordinaria —completé.

Ya habíamos llegado a su auto. Desactivó la alarma y subimos. Lo encendió y comenzó a conducir.

—Es cierto lo que dice Jay sobre la zona donde está el cadáver. Toda esa área, desde las industrias Bach hasta el barrio Matlock Heights, está punteando en estadísticas criminales, pero algo me dice que esto no se trata de eso. Las bandas están pasando por un momento de tranquilidad, se han estabilizado sus mercados y cada uno conserva su espacio. Además, algunos líderes están presos. No sé… ya veremos. En trece minutos estaremos allí —agregó.

Después me miró y me preguntó:

—¿Y qué tal lo llevas? En la oficina.

—Bien. Solo estoy desde hace una semana. Creo que la

organización del departamento está muy bien —le respondí.

—Cambiar los nombres a las cosas y a los rótulos de las puertas es fácil. Lo complicado son las cabezas. Mira que me costó que los chicos dejaran de decir «prostitutas» al hablar de las víctimas y a algunos todavía les salta la palabra en la boca algunas veces, pero al menos ahora se cuidan un poco más de decirlo. La Dirección de Investigación Virtual y el Subdepartamento de Violencia de Género son de las dependencias que creé de las que me siento más orgullosa —reconoció.

En ese momento, sonó su celular y rebuscó en el bolso que estaba en medio de los dos asientos. Era el mismo de la noche anterior, de donde había sacado las tijeras. Me dije que Anne era de las mujeres que llevan de todo dentro de sus bolsos de mano. Pude también imaginar su casa ordenada y con un equipamiento perfecto para todo.

Miró la pantalla del aparato y puso mala cara. No atendió. Sin embargo, me pareció que al principio estaba alarmada y que al leer el nombre de quien hacía la llamada cambió de actitud y pasó de la alarma al hastío.

—¿Tienes pareja, Alexis? —me preguntó de forma repentina.

Era curiosa, y eso no me gustaba.

—Tuve —respondí algo seca.

—Tienes razón. No es mi problema.

—A mi pareja la asesinaron hace unos años —completé.

—Lo lamento —dijo Anne con los ojos muy abiertos, segundos después, continuó hablando—. El mío se fue de casa, nos divorciamos y ahora volverá a casarse. Era quien llamaba porque quiere llevarse a los chicos de paseo de verano —reconoció.

Con la mano derecha se tocó la cabeza, como acomodándose el pelo en la parte de atrás de la oreja. Noté que era un movimiento sin objeto, como un tic nervioso que aparecía cuando tenía que hacer frente a una idea conflictiva para ella.

—Harry no es mala persona, solo un poco «manejable». Y esa bruja de su novia, Kerry, le ha metido en la cabeza que deben jugar a la familia feliz en estos días. Después me pedirán lo mismo en Navidad y no voy a tolerarlo.

Pensé que era grave para Anne, que lo del divorcio lo había tomado mal. Podía estar más quebrada de lo que aparentaba. Ese podría ser el muro de mi visión. También me dije que tal vez la familia sea lo primero para ella y que la tal Kerry es, a sus ojos, la causa de la ruptura que ha tenido que padecer. Supuse que había vuelto al trabajo porque quería encontrar un nuevo centro en su vida, para no sentir que lo había perdido todo.

—¿Por qué dejaste el cargo de jefa y preferiste seguir siendo detective? Algo así entendí de lo que dijo Jay —me expliqué.

—En este momento, un puesto administrativo no me satisface. Quiero estar en la calle —respondió.

—Entiendo —le dije, y era cierto. Fui testigo de su velocidad, de su sangre fría en un momento decisivo. La verdad es que alguien así se sentiría enjaulado en un despacho.

—Qué bueno que lo entiendes. Muchos me criticaron. Por ejemplo, sé que a Jay no le parecieron válidas mis razones. Verás, Alexis, ahora mismo lo único importante para mí es mi familia, mis hijos y mi trabajo. No hay espacio para nada más. Y mi trabajo, el que en realidad me gusta, no pasa por perderme en un escritorio lleno de papeles, no importa el estatus que eso conlleve. Soy así… muy simple.

Anne no me parecía una persona simple para nada. Cada vez me reafirmaba más en la idea de que era una mujer de principios complejos, difíciles de cambiar. Eso no me hacía sentir segura porque, siendo mi compañera, en algún momento tendría que abrir un poco su perspectiva de las cosas si yo me decidía a contarle mi forma de investigar.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu historia? —preguntó.

—Hace cinco años era psicoterapeuta en Topeka. Una buena amiga sembró una idea en mi cabeza: asesorar al Departamento de Homicidios en un caso. La verdad es que yo también buscaba más acción, así que lo hice. Después me gustó y me formé como perfiladora criminal. Y aquí estoy, a punto de ser detective grado tres.

—Es una historia interesante. El hecho de que hayas ingresado en nuestras filas después de haber tenido otra experiencia laboral te da puntos a favor. Y más si desde antes tenías formación en psicología. En mi caso, fue al contrario. Mi interés por ser policía vino primero y la psicología después.

Lo vi claro en ese momento. Anne necesitaba hacer cosas y lo necesitó desde siempre. Casi podía imaginarla, de doce o trece años, organizando cruzadas escolares con un claro objetivo en mente. En ella notaba una autoexigencia límite. Era arriesgada, con racionalidad de cirujano. Y eso, hasta que el mundo no cambiara todo lo que debía, podía ser descrito como un temperamento «masculino». Supuse que provenía de una familia grande, católica, y que no tenía hermanas, solo hermanos. Estuve a punto de preguntarle, pero ella habló primero.

—¿Algunas veces no te sientes como que estás sentada sobre algo que parece a punto de explotar? —me preguntó.

Era una interrogante extraña.

—¿Como junto a una pared a punto de derrumbarse…? —tanteé.

—Sí. Esa imagen es la que describe mejor a lo que me refiero —reconoció y con la mano derecha movió un poco el espejo retrovisor.

9

Llegamos al barrio Northeast Heights. Anne recibió en su teléfono móvil la ubicación del lugar donde estaba el cadáver y condujo hasta allí.

Cuando llegamos, se trataba de un descampado cercano a dos escuelas y a un centro de adopción de mascotas. A lo lejos podía verse el edificio principal de las industrias Bach. Caminamos hacia donde estaban reunidas varias personas, como a cincuenta metros. Algunas de ellas portaban overoles blancos. Los forenses estaban haciendo su trabajo.

Una mujer nos abordó y nos ofreció los protectores para los zapatos y también los guantes. Nos los pusimos y continuamos andando hasta que pudimos ver un cuerpo tendido sobre la maleza. Era el cadáver de una mujer y una forense lo estaba analizando, arrodillada e inclinada sobre él.

Miré por primera vez el cuerpo. Se veía frágil. Era una mujer blanca de cabello rubio, del mismo tono que el mío, y de cara alargada. Llevaba el pelo recogido en una cola y usaba flequillo. Sus ojos eran grises y estaban maquillados solo en la parte superior. También usaba máscara negra en las pestañas. Tenía puesto un vestido sencillo de tela blanca estampada con pequeñas flores color turquesa y rosa. Sus zapatos estaban llenos de tierra y también algunas zonas de las pantorrillas.

—¡Dios! No me voy a acostumbrar a esto jamás —exclamó Anne.

La comprendí. Yo tampoco lo haría.

—¡Lilian! —dijo mi compañera después de unos instantes.

La forense se levantó y volteó. Usaba lentes. El brillo del sol se reflejó por un segundo en ellos. Calculé que tenía cerca de cincuenta y cinco años o tal vez un poco menos. Llevaba el pelo corto y rojizo, lo que dejaba ver su cuello alargado. Usaba unos zarcillos diminutos que también brillaron como estrellas en sus orejas. Sus ademanes y su voz eran muy femeninos, pero su apariencia era sobria. Me dio la impresión de que era una mujer de carácter, con una personalidad dominante. Su nariz era pequeña y, al volver la cabeza, creo que sintió

que los lentes se le resbalarían. Los empujó hacia arriba con el dedo medio. Me pareció que estaba acostumbrada a hacer ese movimiento.

Lucía culta y puede que también rica, del tipo que encajaría más dirigiendo un teatro o una galería, o viviendo en una mansión rodeada de caballerizas. Algo me chocaba concibiéndola como forense. Lilian Peterson distaba mucho de la imagen que guardaba de los otros forenses que había conocido en Topeka y de otros con los que tuve contacto durante mi formación.

—Hola, Anne. Es bueno volver a verte aunque sea en estas circunstancias.

—Lo mismo digo, Lilian. Ella es la detective Alexis Carter —aclaró Anne, presentándome.

—Hola —intervine.

La forense asintió con un movimiento de cabeza en señal de saludo.

—¿Sabemos quién es? —preguntó Anne.

—No, todavía.

—¿Qué tenemos? —insistió mi compañera.

—Mujer de unos cuarenta y dos a cuarenta y cinco años, calculo. Murió hace unas ocho horas, aunque después se los diré con mayor precisión. Todo me lleva a pensar que fue violada y estrangulada. El asesino dejó la ropa interior dentro de su boca. Las estaba esperando para sacarla, ya hemos tomado las fotos de rigor —dijo Lilian.

Eso me extrañó mucho, que el homicida dejara las bragas en la boca de su víctima. Podía ser su firma. ¿Qué significaba?

Acto seguido, la forense tomó unas pinzas de un maletín que había junto al cadáver y sacó las bragas de la boca de la chica. Eran de color negro. Lilian las sostuvo en el aire con la pinza y la extendió con su otra mano enguantada. Tenían encajes y se veían costosas. Luego dejó las pinzas a un lado y las extendió aún más con ambas manos. Fue cuando me di cuenta de que presentaban unos cortes. Lilian también lo notó.

—Es extraño. Están rotas. Son cortes precisos a los lados y en el medio, en la parte alta. Parecen ser recientes y haber sido hechos adrede. Analizaré mejor esto en el laboratorio. Si las hizo el asesino, pudo haber sido después de quitárselas. En la piel, la chica no presenta heridas —dijo la forense.

Después tomó una bolsa de evidencias del maletín y guardó la prenda.

—La arrastró —exclamé.

Lilian Peterson me miró.

—Sí. Esta no es la escena del crimen. Hay rastros que se

corresponden con el roce del calzado de la víctima en la tierra en un área pequeña, aquí… ¿Lo ven? Pero solo en esta parte del terreno, así que la trajo a cuestas. El asesino debió borrar sus huellas. Es fuerte… —sentenció Lilian y después hizo silencio.

—¿Cuánto pesa la chica? —preguntó Anne.

—Yo diría que 50 kilos, no más —respondió la forense.

—Son muchos metros. Suponiendo que haya venido en auto y lo estacionara donde lo hemos hecho nosotras —reflexionó Anne.

—No hay huellas de neumáticos ni nada parecido, me han dicho los chicos. Pero si como dices vino en auto y lo dejó estacionado en algún lugar, el resto del camino lo hizo a pie, y desde cualquiera de las vías cercanas, estamos hablando de por lo menos cuarenta metros. Es alguien fuerte, entrenado —insistió Lilian.

Después hizo una pausa y continuó.

—Es un asesino que ha cubierto de forma meticulosa su acción. Nada fuera de lugar, ni un solo vestigio. Simplemente la chica violada y muerta, las bragas en su boca y nada más. No creo que el análisis arroje
ADN
. Esto no será fácil, me temo. Espero tener algo más después del análisis —confesó Lilian sin dejar de mirar hacia el cuerpo.

La forense parecía estarse preguntando por qué diablos sucedían cosas como esas. De repente, arrugó la frente. Se acercó más al cadáver y se puso en cuclillas. Lo hizo con agilidad. Apartó un poco el flequillo de la frente de la víctima. Creo que le pareció ver algo y quiso comprobarlo. Luego apretó un poco los labios y volvió a levantarse. No nos dijo nada.

No sé por qué miré a Anne en ese instante, y estoy segura de que algo en el rostro de la mujer la alarmó.

10

—¿La conoces? —pregunté sin pensarlo.

—No. ¿Por qué lo dices? —preguntó Anne con un mínimo tono de alarma que pude identificar.

—Por nada —respondí.

Estaba segura de que mentía. Era como si Anne hubiese sufrido de repente una metamorfosis al ver el rostro de la mujer muerta y ahora fuera alguien a quien yo debía descifrar como parte del caso. Recordé las palabras del jefe, lo de «fíjate en ella…».

—Yo aquí he terminado. Avísenme cuando pueda retirar el cuerpo —anunció Lilian mientras se quitaba los guantes. Después caminó hacia atrás y se detuvo a varios metros del cuerpo y un poco más alejada de nosotras.

Volví a centrar mi atención en la chica muerta. La sensación irracional de peligro que no me abandonaba se hizo más fuerte. La mujer había muerto en la noche, un poco después de que yo llegara a casa, según había estimado la forense. ¿Habría estado en el paseo del río Arkansas el 4 de Julio? ¿Sería una de las personas con quienes me tropecé cuando tuve la visión? La probabilidad de que eso fuera así era mínima y la verdad era que estaba perdida, y no sabía qué pensar ni cómo razonar. Solo sabía que sentía una conexión inexplicable con la muerta. Y nunca la había visto en mi vida.

Pensé que debía tocar su cuerpo para avanzar, salir de dudas. Además, lo que había dicho Lilian era cierto: el asesino era inteligente y meticuloso y no había dejado rastro. Sin embargo, no encontraba la manera de tocar el cadáver sin despertar suspicacias en Lilian y en Anne. Sobre todo en esta última.

—Anne, ven un momento —escuché decir a Lilian.

Anne se apartó de mi lado y se dirigió a donde estaba la forense. Volteé para mirarlas. Anne se detuvo frente a Lilian y comenzó a conversar con ella. Estaba de espaldas y no podría verme, pero Lilian sí podía con solo alzar la mirada.

Dudé sobre si tocar el cuerpo o no hacerlo. Para mí no resultan agradables las cosas que percibo y algunas veces las consecuencias de

intuirlas y atenderlas han sido devastadoras. Sin embargo, me arriesgué. Me acerqué más al cadáver y me incliné. Toqué la mano de la mujer muerta, con la que sentía un imposible vínculo. Una imagen apareció ante mis ojos.

11

—¿Por qué está haciendo eso? —escuché preguntar a Anne.

Se refería a mí.

—Estará buscando algo —respondió Lilian, dudosa.

Después completó.

—Lleva guantes, Anne, así que no hay problema.

Escuché los pasos de las dos detrás de mí.

—Alexis, qué diablos… —dijo Anne, pero luego calló.

Me levanté.

—Ha sido lavada. Huele a jabón. ¿No lo perciben? —pregunté.

Lilian volvió a acercarse y se hincó. Se quitó los lentes y acercó su nariz lo más que pudo al cuello de la mujer. Inspiró con intensidad. Anne observaba. Yo me encontraba justo al lado de Lilian, pero de pie, pensando que a los niños de Topeka también los habían aseado.

—Es cierto. La ha bañado —sentenció la forense.

Después se justificó.

—He padecido de alergia en estos días al volver de pescar. Hay una planta en el rancho que me ha hecho mal. Se lo he dicho a Joseph, mi esposo, que hay que descubrir cuál es. Pero tiene razón, Alexis, ha usado un detergente. Lo hubiese notado al realizar el análisis, pero aquí no lo hice.

Lilian se levantó y se quedó de pie junto a mí.

—¿Entonces la tocaste para olerla? —me preguntó Anne.

Su entonación me hizo ver que parecía apenada por mi comportamiento, como si nunca hubiese esperado que tocara el cadáver. Pero a la vez sus palabras me brindaban una explicación plausible, me ofrecían una tabla de salvación. Algo como «lo que hiciste obedece a una razón comprensible».

Eso me hacía concluir una cosa: Anne no había escuchado nada sobre mí y mi asesoría en Topeka. Y el jefe Jay tampoco, porque de ser así, ella ya se lo habría contado. Mis secretos estaban bien guardados y era necesario mantenerlos así. Sobre todo si este asesinato tenía algo que ver con lo sucedido en Topeka. A esta mujer también la habían lavado.

Además, estaba la visión que tuve al tocarla. Era aterrador pensar que había una conexión entre los hechos del pasado y lo que estaba sucediendo. Aterrador pero necesario si quería dar con la verdad.

12

Eran las nueve de la mañana del día 6 de julio. Ya habían transcurrido veinticuatro horas desde el hallazgo del cadáver.

Me hallaba con Anne en su auto e íbamos camino a la casa de la víctima de Northeast Heights porque ya conocíamos su identidad. Se trataba de Abril Smith, dueña de una floristería llamada Spring Evening, ubicada en la avenida Douglas a pocas cuadras del Departamento de Homicidios. Tenía cuarenta y tres años, estaba casada y vivía en el barrio de Sunnyside.

Íbamos a hablar con Wilson James, su esposo. Él reportó la desaparición de Abril la noche del 4 de Julio, se encaminó al departamento después de que la División de Personas Desaparecidas le informara que había sido hallada una mujer con las mismas características de su esposa. Él reconoció el cadáver hacía pocas horas.

Mis visiones se habían detenido después de la imagen que tuve al tocar el cuerpo de Abril. Sin embargo, había vuelto al lugar donde la hallamos para intentar experimentar algo más, pero fue en vano. Me daba vueltas en la cabeza que la víctima hubiese sido lavada como los niños de Topeka, pero no podía asegurar que ambas cosas tuviesen relación.

—¿Por qué me preguntaste si la conocía? —me interrogó Anne, rompiendo el silencio que nos acompañaba en el auto.

Me pareció por algo en su entonación que había estado meditando mucho si hacerme esa pregunta.

—Lo pensé, no sé explicarte por qué. Fue cuando Lilian apartó el mechón de pelo de su cara —le respondí.

—La verdad es que sí la conocía —me confesó Anne.

—¿De qué? —pregunté, extrañada. No podía creer que hasta ese momento no hubiese dicho nada, al menos a mí.

—Encontré en casa una tarjeta de la floristería donde Abril Smith trabajaba. Yo había visitado ese lugar antes, pero hacía tiempo que no iba, entonces supuse que había sido Harry. Todavía vivíamos juntos. Eso fue hace dos años. Nunca llegaron flores para mí. Ni era el cumpleaños de su madre ni de la mía. Era una costumbre anticuada de

Harry enviar flores a las mujeres de la familia. En mi caso, solo éramos mi madre y yo, ya que soy la única entre un millón de hermanos. Eso no fue todo, hubo más indicios. Para no hacerte esta historia larga, solo te diré que descubrí que Harry me era infiel. Y en ese proceso de descubrimiento conocí a Abril Smith. Uno no sabe de lo que es capaz cuando se enfrenta a la infidelidad, a la traición de alguien que amas desde siempre.

—¿Y qué fue lo que hiciste? —pregunté.

—Actué como policía. Fui a la floristería, hablé con Abril y obtuve información sobre Harry. Lo demás es historia y no es importante. Al principio no reconocí a Abril porque en ese tiempo había teñido su pelo de un tono rojizo. Pero recordé el pequeño lunar rosa que tenía cerca de la ceja izquierda.

—¿No entiendo por qué no dijiste quién era?

—¿No lo ves? La aventura que tenía Harry era con ella.

13

—Fue solo cuestión de una noche o dos. Además, fue la primera de una serie de aventuras que culminó en la relación con Kerry, que ya es algo serio. Harry siempre buscó algo diferente. Como si fuese dos hombres en uno. No sé si me explico. Uno de ellos era el compañero perfecto para mí, y yo para él, pero el otro buscaba una forma de «relajación» que yo no puedo dar. No le guardo rencor, ni a esa mujer tampoco. A ninguna. A Abril solo la vi una vez. Claro que para ese momento no me lo tomaba tan deportivamente. Es verdad que al principio estaba obsesionada con mantener unida a mi familia a cualquier costo. Te digo que uno no sabe lo que es capaz de hacer para mantener lo que valora. Ahora lo tomo diferente. He cambiado.

—¿Tuviste algún problema en particular con Abril Smith en esa oportunidad que la viste?

—Ninguno. Pero me sentí avergonzada al reconocerla. No estoy orgullosa de haber investigado a Harry en aquel momento y de haber actuado como actué. Es una parte de mi vida que quiero borrar. Sé que fue una tontería no haber dicho nada frente al cuerpo de Abril, pero tampoco podemos decir que la conociera en realidad. No tengo idea de su vida, de quién era ni de quién pudo hacerle esto. Interactué con ella alrededor de quince minutos y una sola vez. Dejé que las cosas siguieran su curso. Más temprano que tarde se sabría el nombre de la víctima por su trabajo o su familia. Es increíble que te hayas dado cuenta con tan solo mirarme a la cara, porque creo que soy buena escondiendo cosas.

—Me fijo en los detalles. Tengo la costumbre de mirar bien a las personas —le expliqué sin más.

—Si te fijas tanto en los detalles, puede que a veces dejes de ver el conjunto —argumentó Anne.

Miré hacia afuera, hacia la ciudad. Quería pensar en lo que acababa de decirme. En ese momento salíamos de la avenida Central y tomábamos la calle Grove Norte.

Me parecía que la omisión de Anne sobre conocer a Abril era algo extraordinario, inusual en su historia. Era una persona con una ética

laboral elevada, por lo que sabía. No tenía claro qué hacer con la información que acababa de confesarme.

Anne debió notar que estaba pensativa, mirando por la ventanilla, y de seguro pensó que tenía que cambiar de tema para disminuir el efecto de lo que acababa de contarme.

—En esta zona han abierto varias cafeterías, bares y restaurantes. Son un par de calles de moda que, perteneciendo al casco antiguo de la ciudad, han formado parte de un programa de reurbanización. Ha sido un tanto problemático llevar adelante el programa por la contaminación de los suelos. El área está cruzada por dos corredores industriales de principios del siglo pasado, y hoy algunos terrenos continúan contaminados por la presencia de químicos —explicó.

»Es por ello —continuó— que algunas zonas del casco central se han convertido en sitios llenos de vida durante las noches, pero muy cerca de ellos hay recodos oscuros y locales semidestruidos, abandonados y peligrosos.

—Pues a esta hora de la mañana el encanto nocturno del que hablas es inexistente. En la noche la fantasía puede poblar los locales y hacerlos ver diferentes a cómo son en realidad —le respondí.

Pensé que lo mismo pasaba con Anne. Yo no creía que lo de Harry estuviese tan superado como decía, y me pareció que bajo la superficie que mostraba mi compañera podía existir algún sentimiento que no deseaba confesar a nadie.

—¿Por qué ahora es diferente lo de Harry? —le pregunté girando la cara hacia ella.

—Porque hoy sé que lo que quería conservar conmigo era al padre de los chicos y no a mi pareja. Harry siempre fue sobre todo un amigo para mí. Me importan mis hijos sobre cualquier cosa, y la verdad es que por ahora no necesito una relación amorosa. Hasta sería una molestia. Un trago de *gin* en las noches es más útil en estos días. Aunque suene duro decirlo así.

—No es duro. Te entiendo —le confesé.

Después continué.

—¿Cómo describirías a Abril?

El hecho de que conociera a Abril, y que al menos la hubiese visto con vida, nos ponía en mejor posición para dar con algo relacionado con el asesino y la razón que tuvo para escogerla a ella.

—Solo la vi una vez unos minutos, pero para mí era una mentirosa. Su apariencia de fragilidad, de modelito de Botticelli, no era cierta. Creo que era una mujer decidida y arriesgada con un buen disfraz de «dama en apuros». A algunas personas las seduce la debilidad.

—Espero que su esposo nos brinde alguna luz —dije en voz baja,

pero Anne me escuchó. No respondió nada.

Noté que en sus palabras anteriores, cuando describió a Abril, había resentimiento. Estaba pensando en eso cuando me di cuenta de que ella había mirado varias veces el espejo retrovisor. Otra vez tocó su cabeza y apartó el pelo detrás de sus orejas. Comprendí que estaba nerviosa.

—¿Pasa algo? —dije.

—Creo que un auto nos está siguiendo.

14

La sensación de persecución volvió a mí en un segundo. Volteé, pero no vi nada.

—Acaba de tomar la calle Lewis, pero desde que salimos ha venido tras nosotras —dijo y luego calló.

Mi celular sonó y Anne dio un brinco. Lo saqué de mi bolsillo y atendí la llamada. Era Lilian Peterson. Me dijo que nos esperaba en el laboratorio forense porque quería hablarnos sobre algo. Le informé que luego de visitar la casa de Abril Smith iríamos con ella, y corté.

Sin duda, Anne se dio cuenta de que yo sabía que algo le pasaba.

—Tal vez fue solo casualidad lo del auto —completó.

Ahora quería restar importancia a las señales de nerviosismo que había dado. Después de eso estuvimos calladas los últimos minutos de viaje. Llegamos a la calle Gilbert y luego a la intersección con la calle Green Sur. Allí se encontraba la casa de Abril Smith.

Se trataba de una edificación bonita con caminos de grava gris que se dibujaban hasta la entrada y se abrían paso en medio de cuadrados de césped muy bien cuidado. Las paredes de la casa eran blancas. Era de una sola planta, pero de tamaño considerable y llena de ventanas.

La casa vecina más próxima se encontraba a varios metros de distancia y entre las dos construcciones había un nogal de grandes dimensiones. Ninguna de las edificaciones de esa urbanización contaba con cerca ni demarcación más allá de los caminos laterales que parecían indicar las fronteras entre las propiedades. Todo llevaba a pensar que era una zona residencial de gente próspera que se había procurado un lugar tranquilo para vivir.

Caminamos hasta la puerta y tocamos. No transcurrieron ni cinco segundos cuando alguien abrió. Era un hombre bajo, despeinado. Lucía unas ojeras muy marcadas y llevaba una camisa a cuadros arrugada.

—Somos las agentes del Departamento de Homicidios Anne Ashton y Alexis Carter. ¿Es usted Wilson James? —preguntó Anne.

—Sí —respondió.

—Lamentamos su pérdida. Tenemos que hacerle unas preguntas.

¿Podemos pasar? —solicitó ella.

—Adelante —dijo James.

Nos condujo hasta la mesa del comedor. Me extrañó que no nos llevara a la sala. Después comprendí por qué no lo hizo. El sofá y todas las sillas del salón estaban repletos de cajas, ropas y papeles. Me di cuenta porque para llegar al comedor tomamos un pequeño pasillo que discurría junto al salón y volteé cuando pasé por la entrada de este. Me pregunté a qué se debía la premura por guardar las cosas de la víctima.

Después me llamó la atención una figurita de Lladró, una pastorcita junto con un perro de pelaje ondulado y hocico alargado, que estaba cerca de otros objetos sobre un mueble de caoba antiguo. Pasamos por su lado antes de entrar en el comedor. Me pareció algo de un gusto conservador y que no iba en armonía con el conjunto de las cosas de la casa, más funcionales y minimalistas.

Apoyé la mano en la figura al pasar y escuché la voz de Wilson, aunque él no estaba hablando en ese momento.

«Eres una mujer venenosa. ¡Todo en ti siempre ha sido mentira!», eso gritaba, pero solo en mi cabeza.

En ese momento tuve la certeza de que mi capacidad parecía haberse despertado con más fuerza desde que empecé el trabajo en el Departamento de Homicidios. Siempre me había acompañado, pero la frecuencia de aparición de las visiones y las voces se estaba acelerando y hacía todo más confuso. Sentí miedo porque era como si hubiese cruzado una puerta hacia algo desconocido y angustiante que ni siquiera podía contar a mi compañera. No estaba segura de poder confiar en ella.

15

Nos sentamos en torno a la mesa circular en el comedor. En ese lugar reinaba un silencio sepulcral. No tuve que preguntarle para saber que no vivía nadie más en casa.

Anne rompió el hielo y agradeció al viudo que nos permitiera conversar en un momento como aquel. Yo no quería estar allí, sino observando la casa. Había leído al despertarme aquella mañana la declaración que él hizo cuando dio por desaparecida a Abril y ya era muy poco lo que podía aportar a la investigación. Solo iba a repetirse.

No había visto a Abril en todo el día. No acostumbran a salir el 4 de Julio. Era como cualquier otro día para ellos. Él era propietario de una pequeña empresa de productos del hogar, de desinfectantes y fertilizantes, y tenía que poner en orden algunas cosas en la oficina. Abril no abrió la floristería y le dijo que descansaría y la pasaría en cama. A las seis de la tarde, Wilson la llamó y ella no respondió. A las ocho, él llegó a casa y su esposa no estaba. Esperó hasta las diez y entonces comenzó a preocuparse. Llamó a varias personas cercanas y nadie sabía del paradero de Abril. A las doce de la noche puso la denuncia de la desaparición.

Eso era todo lo que Wilson había declarado. No tenía coartada desde las ocho de la noche. Alguien del personal de guardia del edificio donde se ubica su oficina lo vio allí hasta que salió a las siete y cuarenta minutos de la noche del 4 de Julio. La muerte de Abril se había producido entre las doce y la una de la mañana, así que nada exculpaba a Wilson, pero hasta ahora tampoco había algo que lo inculpara.

—Señor James, ya ha hecho una declaración preliminar cuando firmó el reconocimiento del cadáver, y no queremos importunarlo con más preguntas, pero cualquier cosa que pueda decirnos sobre Abril puede ser de ayuda —aclaró Anne.

—No sé nada sobre mi esposa. No la conocía realmente. Nos casamos muy jóvenes y desde hace varios años tomamos la decisión de vivir un matrimonio abierto. Ni siquiera era eso, porque dudo que a lo nuestro pudiera llamársele matrimonio. Éramos los mejores amigos y

ninguno quería dejar de vivir aquí. Nos apoyábamos; cuando yo necesité dinero para mi negocio, ella me ayudó; y cuando ella tuvo un problema para atender la floristería, yo también lo hice. Éramos socios confiables y nada más. Puede que sea difícil de comprender si se piensa desde una mentalidad tradicional.

—¿Cómo era Abril? —lo interrumpí.

Anne me miró y noté cierto brillo de reclamo en sus ojos. Creo que era de la tendencia a no interrumpir a los entrevistados para que no se sintieran atacados.

—Era independiente, testaruda, trabajadora. Iba por lo que quería sin reparos y nunca pensó que le debía nada a nadie. Decía «no» cuando quería decir «no».

—¿Notó algún cambio en ella en los últimos días? —insistí.

—Ya sé por dónde va —dijo él, dibujó una sonrisa cínica y comenzó a hablar en otro tono—. Ustedes siempre piensan que las personas tenemos secretos, o que conocemos gente perversa y caemos ante ellos sin personalidad ni criterio. Andan a diestra y siniestra buscando la caída, la sospecha…

—Solo queremos conocer el estado anímico de Abril. Un cambio, aunque fuera pequeño, podría significar que conoció a alguien y, eventualmente, ese alguien podría haberle quitado la vida. Entiendo que habían acordado no limitar las relaciones de cada uno, pero puede ser que usted notara algo. Espero que entienda, señor James, que hacemos esto para encontrar al culpable del asesinato de Abril —explicó Anne.

Él inspiró y descansó los codos sobre la mesa. Después puso las manos extendidas en la madera desnuda como para desembarazarse un poco del estrés que sentía. También movió la cabeza de un lado a otro, haciendo ese movimiento para destensar los músculos del cuello. Se tomó varios segundos para responder y me pareció que fue demasiado tiempo. Lo vi entonces como un sujeto inconmovible. Alguien que va a sus anchas y a su ritmo y no permite que nadie lo presione. No comprendía lo que había escuchado al tocar la figurita de Lladró del perro lanudo. La voz que había oído (y que pensaba era la suya) denotaba desesperación, ira, pero ahora Wilson se nos mostraba como un sujeto frío e imperturbable.

Miré alrededor. Vi varios envases plásticos con restos de comida sobre la encimera de la cocina. Desde donde estaba sentada podía observarla porque no había divisiones entre el comedor y la cocina.

«Ella cocinaba para los dos. Ahora él ha acabado con la comida que había dejado preparada en el refrigerador», reflexioné.

—Me parece que había conocido a alguien. A alguien especial.

Estaba más llena de vida, como más expuesta… —confesó. Era lo más sincero que había dicho hasta ese momento.

—¿Tiene alguna idea de quién era esa persona o dónde pudo conocerla? —preguntó Anne.

—No. Lo siento. Ni siquiera estoy seguro de que sea verdad lo que digo. Ya no sé qué es cierto y qué no. ¡Lo lamento tanto! —dijo y entonces se echó a llorar.

Anne me miró y agrandó los ojos. Él mantenía la cabeza hacia abajo y lloraba como un niño. Supuse que haber removido las cosas de Abril tan rápido era un mecanismo de defensa. Como si hacer desaparecer todo lo que le llevaba a recordarla haría menos posible ese tipo de explosiones que debía detestar. No hay nada peor para alguien de sangre fría que saberse desbordado. La verdad es que era un hombre destruido en medio del silencio mortal que había en esa casa. El Wilson de ahora era el verdadero y no el frío impostor que nos abrió la puerta. Abril era su alegría como Devin era la mía. Por eso puede que yo lo comprendiera mucho más que Anne.

—Disculpen un momento —alcanzó a decir y se levantó. Fue al lavaplatos y abrió el grifo. Echó agua en su cara.

—¿Me permite mirar un poco en las cosas de Abril? —pregunté.

Él levantó la mano derecha, dibujando con ella un movimiento hacia adelante. Era una señal de aprobación.

—Haga lo que quiera —completó sin voltear.

Era un hombre de mal carácter. Podría ser impulsivo. La voz que escuché en mi cabeza comenzó a adquirir sentido. No era verdad lo del matrimonio abierto. Pensé que Wilson podría haberse sentido celoso y quiso vengarse. Por eso, al matarla y dejarla en el descampado, intentaba hacer que la culpa recayera en un desconocido violador. Así se vengaría de Abril, que estaba saliendo con hombres desde hacía al menos dos años, cuando tuvo la aventura con el esposo de Anne. Wilson habría contado con mucho tiempo para planear el crimen.

Anne me miraba con indignación. Para ella no era posible mi falta de tacto. Para mí, en cambio, era vital tocar las cosas de la víctima, pero no podía decirle por qué. No comprendería que de esa manera tal vez sería capaz de percibir algo importante. Entonces, de repente, pensé en el esposo de Anne, en Harry.

—¿Y si la relación de Abril con él no era tan insignificante como Anne me lo hizo ver? ¿Y si la propia Anne temía que Harry tuviera que ver con el asesinato? —pensé.

El muro resquebrajándose de la visión adquirió otro sentido para mí. Tal vez Anne Ashton se había derrumbado porque sabía más de lo

que decía, y por ello estaba nerviosa y mantenía esa sensación de persecución que mostró en el camino. Puede que no hubiera nadie siguiéndome a mí, sino a ella. Podía ser el propio Harry, que se había enterado de que su exesposa investigaría el caso del asesinato de su examante. Ella misma me lo había dicho en el auto.

—Uno no sabe lo que es capaz de hacer para defender a su familia…

16

Me dirigí a la sala. Las cosas que estaban dispuestas a punto de ser embaladas en cajas no pertenecían a Abril, sino a Wilson. Era ropa masculina, libros de pesticidas, zapatos para correr.

Sobre la mesa central del salón vi papeles que registraban la contabilidad de la floristería propiedad de Abril, pero todo lo demás pertenecía a Wilson. Ninguna otra cosa de lo que estaba allí era de ella. Toqué los papeles de la floristería, los moví de lugar. Vi que algunos contaban con anotaciones. Debajo de ellos había otros relacionados con el negocio de Wilson. Era el informe de un seguro contra imprevistos. Había sucedido algo en su negocio de químicos y el suceso tenía fecha de ayer.

Entonces decidí buscar la habitación de Abril. Caminé con rapidez y abrí la primera puerta de un corredor que se hallaba al lado izquierdo del salón. Resultó ser un cuarto de baño. Entré en él y abrí la puerta del espejo sobre el lavamanos. Tuve suerte. Parecía ser un cuarto de baño que utilizaba Abril. Había cremas faciales y maquillaje. Tomé la máscara de pestañas. Recordé que la había usado, la llevaba en sus pestañas cuando vi su cadáver. No experimenté nada, ni siquiera algo confuso.

Abrí la tapa de la máscara y saqué el cepillo, me miré en el espejo y me apliqué un poco como si fuera Abril. Pero nada vino a mi cabeza. Escuché pasos cerca.

—¿Cómo iba a explicar lo que estaba haciendo? —me pregunté y sentí un escalofrío. Los pasos se acompañaron de voces. Iban a descubrirme.

Cerré la tapa de la máscara de pestañas, volví a ponerla en su sitio, salí del baño lo más rápido que pude y llegué hasta la entrada del salón, pero no pude continuar avanzando porque Wilson apareció y detrás venía Anne.

—Voy a pedirle que se vaya de aquí —gritó—. ¡No siga revolviendo entre las cosas de mi esposa!

—¿Qué ha pasado en su negocio? —pregunté.

—Ya sabe que he sido yo… ¡Ya lo sabe! —respondió.

—¿Qué cosa ha sido usted, señor James? —preguntó Anne en voz más alta. Noté que, por instinto, puso la mano en su arma, pero luego se detuvo. Se imaginaría que iba a confesar el crimen.

—He destruido las reservas de los químicos de mi negocio. Lo he inutilizado todo. De cualquier manera, el seguro ya lo sabe. Lo cerraré y me quedaré con la floristería y la gestionaré mejor que Abril. ¡Un millón de veces mejor porque siempre he valido más que ella! Ahora que he visto su cuerpo sin vida, que sé que no se ha ido de casa, puedo decir que la odiaba, la odiaba como nunca podré odiar a nadie más, pero no sé si pueda seguir viviendo si ella no está.

Wilson envidiaba a Abril, pero la necesitaba viva, y por eso, en ese momento, dudé de que la matara él. Tal vez, llevado al extremo, la hubiese llegado a mantener cautiva, disminuida para hacerle ver su superioridad, pero no la haría desaparecer. Ahora se había quedado sin la persona perfecta para competir y había muerto un poco él también. Por eso recogía parte de sus propias pertenencias, para equilibrar la ausencia de Abril y hacer como si siguiera viva. Él lamentaba su muerte, pero no porque la quisiera. Era un juego psicológico muy elaborado que solo había visto en las clases avanzadas de psicopatología de las relaciones de pareja.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó Anne cuando se dio cuenta de que Wilson James no estaba confesando el asesinato.

—Se van de aquí inmediatamente o llamo a mi abogado. No continuarán husmeando ni en mis cosas ni en las de Abril sin una orden —vociferó y se dio la vuelta. Se fue en dirección a la puerta principal.

Anne y yo obedecimos y salimos de la casa. Apenas escuchamos la puerta cerrarse tras nosotras, ella me miró, atónita.

—¿Puedes explicarme qué diablos ha sido eso? —preguntó.

17

—A veces cuando alguien se enfrenta a la peor pesadilla de su vida se comporta como si nada hubiese pasado, hasta que la verdad lo alcanza. Eso imaginé al principio cuando el esposo de Abril abrió la puerta y lo vi tan indiferente, aunque su apariencia reflejaba otra cosa. Luego, el llanto era de esperarse. Pero lo que ha dicho de «superar a Abril y de valer más que ella y que la odia…» —cuestionó Anne.

Mientras caminábamos, intenté resumirle en pocas palabras lo que sabía del extraño síndrome de la competencia tóxica entre parejas, que había estudiado en la universidad y que uno de mis profesores investigaba. Hice un gran esfuerzo por decir las palabras justas y no divagar. Tiendo a hacerlo, a irme por las ramas.

Cuando terminé y llegamos al auto, Anne miró hacia arriba y dio dos toquecitos a la puerta del copiloto, después sonrió, pero con ironía.

—Creo que va a ser «ilustrativo» trabajar contigo, Alexis. Te dije que tenemos el mismo trabajo, pero hemos llegado a él por caminos diferentes. Y mira que no soy una aficionada y he hablado con decenas de hombres y mujeres que han perdido a sus parejas, pero esta reacción de Wilson James no la había visto jamás.

—Tienes razón. Es un caso extraño. Yo tampoco lo había visto, solo había tenido referencias sobre él. Y además, no tenías por qué conocerlo, porque no es propiamente una conducta criminal, aunque puede terminar en ella. Digamos que es una conducta violenta que pocas veces termina en asesinato porque el victimario depende de la víctima para competir. Suele mantenerla viva, aunque busca su dominio.

—Lilian no ha encontrado muestras de maltrato físico en el cuerpo de Abril —afirmó Anne.

—No creo que maltratara su cuerpo. Además, creo que ella también participaba con gusto de la competencia. Los dos lo hacían y me temo que ella era la fuerte. Esto se trata de tejer control, poder de uno sobre otro. Como un constante duelo. Por lo desequilibrado que

está Wilson en este momento, creo que la mayoría de las veces Abril resultaba ganadora en las competencias que tejían. Puede que fuera más capaz y fuerte en todo lo que emprendía y él la envidiara por eso. Tal vez Wilson hubiese terminado en una acción criminal, pero del tipo de retención involuntaria de Abril si esta deseaba marcharse, mas no en asesinato premeditado. A menos que hablemos de un crimen por arrebato, porque no pudiera soportar en un momento de ira que ella fuese superior a él.

Anne terminó de escucharme e inició el camino para dar la vuelta al auto, pero de repente se detuvo cerca del capó.

—¿Qué pasa? —pegunté.

—Que aunque esta vez hayas dado en el blanco con Wilson, y tengo que reconocer que fuiste rápida en ello, no me gusta que seas tan poco considerada con los testigos o las personas de interés. Imagina que fuese un hombre sufriendo horrores por la muerte de alguien cercano en su vida sin todo ese asunto de la envidia y de la relación tóxica, y tú, sin más, quieres mirar y tocar todo en la casa. Hay que tener un poco de tacto con la gente —sentenció.

Me habló con la misma entonación que debía manejar cuando reprendía a sus hijos. Después continuó caminando y se detuvo junto a la puerta del piloto. Creo que allí fue cuando se dio cuenta del tono de regaño que había empleado en sus palabras e intentó razonar.

—¿No has pensado que la conversación con las personas puede ser más reveladora que los objetos que guardan en sus casas? —argumentó ahora con una entonación que invitaba a la reflexión.

—A menos que las personas mientan. Confío más en descubrir lo que la gente hace por otros medios y no fiarme tanto de lo que dicen. Los objetos en las casas, como has dicho, muchas veces nos pueden mostrar aspectos interesantes —expliqué.

Claro que no iba a decirle que en algunos momentos, cuando tocaba las cosas, saltaban a mi mente imágenes. Aunque no me refiriera a eso, estaba dispuesta a defender la idea de que en las casas y en los lugares de trabajo dejamos evidencias de cómo somos y de lo que nos sucede. Ella, como investigadora veterana, debía comprenderlo.

—En este caso, no sé qué decirte de Wilson James —reconoció y abrió la puerta del auto—. Creo que habrá que investigarlo un poco más. Si la mató, lo hizo en un arrebato y montó una escena para que creyéramos que había sido un violador en una zona de alta tasa criminal.

Después de decir eso, subimos al auto.

—Eso de que envidies a muerte a la persona que vive contigo debe

ser un infierno —completó.

Le di la razón. Pensé en ese momento que no podía confesarle que había escuchado la voz de Wilson James llamar mentirosa a Abril, y que la sensación de odio que me produjo me ayudó a comprender lo que había en el fondo de ese matrimonio.

Lo cierto era que James coincidía con Anne. Ella también había dicho que Abril Smith era una mentirosa.

18

Decidimos ir al encuentro con Lilian Peterson de una vez.

Durante los siguientes minutos de viaje, me dieron vueltas en la cabeza las personalidades de Abril y la de Harry, el exesposo de Anne. A Wilson ya lo tenía más o menos evaluado, y la verdad era que no pensaba que fuera el asesino. Pero de Harry no sabía nada. Decidí plantarle cara a Anne y preguntarle por la relación entre ellos dos. Ella sonrió antes de responderme.

—Puedo hablarte de ello, pero no será necesario. Vamos a lo que importa. Algunas personas están locas y deciden casarse el 4 de Julio. Esa noche, después de que llegué del paseo del río, dejé a los chicos con mi vecina Alice, me vestí para la ocasión y fui a la boda de mi primo. Fue en el Museo de la Aviación. ¿Sabes que allí rentan un espacio para festejos? Y Harry también fue porque es buen amigo de muchos de mis primos y hermanos. Así que de once y media a dos de la madrugada, tanto a él como a mí, nos vieron más de setenta personas. Supongo que ya no te interesa tanto saber sobre Harry y Abril, pero no te critico para nada. Estás haciendo bien tu trabajo, y si mi compañera me dijera de repente que conocía a la víctima de un asesinato porque su exmarido se enredó con ella, también hubiese reaccionado como tú.

Asentí. Pensé que lo bueno de Anne era que comprendía los puntos de vista de los otros. Puede que por eso la apreciaran tanto en el departamento.

—Esa noche, el museo estaba lleno de gente. Además del loco de Martín y su idea de casarse el Día de la Independencia, había otros eventos. Hasta Jay Cooper estaba allí en algo que tenía que ver con una fiesta de excursionistas. Fue allí donde me dijo que trabajaría contigo y que nos presentaría al día siguiente.

Me moría por preguntarle si el jefe le había dicho algo más; si había dado alguna referencia de mí, pero sabía que, de haber sido así, Anne no iba a revelármelo. Tendría antes que ganarme su confianza. Aquel «fíjate en ella» todavía me rondaba la cabeza. Era evidente que había una excelente relación entre Jay y Anne, y que si él quería que

ella se fijara en mí por alguna razón, Anne no iba a confesármelo.

—¿Qué piensas del caso hasta ahora? Dime tu lectura —me preguntó.

—Creo que la clave es la personalidad de Abril Smith. No descarto del todo a Wilson. Aunque luce perdido y pienso que la necesitaba viva. Sin embargo, es un hombre que, a pesar de que intenta controlarse, tiene mal carácter. También creo que es cierto que Abril conoció a alguien, tal como él dijo.

—A alguien que no dejó ni una sola huella… —lamentó Anne.

—Además de ser meticuloso el asesino, sí nos ha querido decir algo que no comprendo; lo de los cortes de las bragas. Han sido a ambos lados a la altura de la cintura y otro en el área púbica, no en la vulva. No lo sé… espero que Lilian pueda darnos ahora una buena noticia —expresé.

Ya en ese momento entrabábamos en el estacionamiento del Departamento de Homicidios. No sé qué me estaba diciendo Anne porque me distraje. De pronto perdí la visión de un ojo, del mismo donde me había puesto la máscara de pestañas de Abril Smith. Por instinto, cerré los dos ojos y volví a abrirlos. Entonces vi borroso y escuché la voz de Anne en un volumen muy bajo, como si se hallara a metros de distancia de mí.

Me invadió una emoción repentina; era alegría. Abril estaba feliz cuando se maquilló, horas antes de morir.

19

La alegría inexplicable que sentí después de ver borroso desapareció tan de repente como vino, pero tuve la intuición de que Abril había mentido; no se quedaría en casa el 4 de Julio. Iba a encontrarse con alguien.

El edificio del laboratorio forense está ubicado al lado de nuestro departamento. Por ello, Anne estacionó el auto en el mismo lugar donde lo hacía siempre. Nos bajamos y nos dirigimos al encuentro con Lilian. Cuando íbamos a entrar en el laboratorio, alguien llamó a Anne. Era un hombre mayor que venía caminando. Ella mencionó su nombre y fue hacia él.

—¡Qué alegría verte! Estás genial… —dijo ella.

El hombre se veía francamente alegre por haberla encontrado. Anne lo abrazó y luego se tocó los dos ojos con la mano derecha. Creo que apartaba algunas lágrimas. Yo me separé un poco.

Pensé que por eso la querían, porque era transparente, espontánea y se interesaba por la vida de los demás. Me sentí bastante atraída por esos rasgos de su personalidad. Un poco envidiosa, tal vez, porque mi trato era más distante y no porque fuera nueva en ese lugar. Yo era, simplemente, diferente.

Pero había un problema con mi compañera, y era esa necesidad de comprender «el conjunto», tal como ella misma lo había llamado cuando me dijo que fijarse mucho en los detalles podía ser limitante.

—¿Y si no logra comprender qué hace? ¿Mira a otro lado? ¿Hace como si no existiera lo que no puede explicar? —me cuestioné al verla conversar tan animada con el hombre.

»Eso pudo ser —continué pensando— lo que le pasó con Harry. Ella no llegó a entender algunas cosas de su marido, así como tampoco hubiésemos llegado a descubrir la relación entre Wilson y Abril si yo no la acompañaba a esa casa.

Las incongruencias se le escapan a Anne y es allí cuando yo soy eficiente. Y por ser buena en eso es que había intuido cosas que no estaban bien con ella; ese ademán nervioso de acomodarse el pelo tras la oreja; esa alarma que vi en sus ojos cuando miró la pantalla del

celular apenas la conocí. Además, estaba lo del muro de mi visión cuando estreché su mano.

Sabía que algo le pasaba a Anne y que era hábil ocultándolo delante de todos, pero no delante de mí. Continué observándola. Hablaba y reía con el hombre que supuse era un miembro importante del cuerpo de Policía, años atrás. Ella le preguntaba por sus nietos y sus hijos.

Después una mujer uniformada se unió a ellos. La recién llegada le dijo a Anne que la felicitaba y que «ya era hora». No supe a qué se refería. Se mantuvieron hablando un par de minutos más.

Entonces, vi salir a Juliet Rice del edificio principal del departamento. Cuando pasó por el lado del grupo, no levantó la mirada. Luego hubo un momento en que sí lo hizo y observó directamente a Anne.

El encanto de mi compañera no parecía surtir ningún efecto en Juliet porque ni siquiera la saludó, o vendría preocupada por algo. Rice continuó su camino, pasó por mi lado, me dijo «hola» y entró en el laboratorio forense.

El sol abrasaba, las escasas nubes que lo habían ocultado hasta ese momento desaparecieron. Creo que eso fue lo que hizo que el pequeño grupo de Anne se disolviera. Hablaron del calor de este verano, se despidieron y al final el hombre le pidió a Anne que saludara a Harry. Ella no respondió.

—¿Sería cierto que la coartada de Harry era tan espléndida como me había hecho creer mi compañera? Hasta me había contado que el propio jefe Jay Cooper los había visto la noche del asesinato como para que no tuviese dudas.

Pensé que en algún momento, tal vez, fuera mi deber confirmar eso.

20

Llegamos a la sala de análisis forense. Ya se habían llevado el cuerpo de Abril y no había ningún otro cadáver. Lilian recogía y limpiaba algunos instrumentos. Cuando entramos, estaba de espaldas a la puerta y no volteó al escucharnos.

Una música dramática inundaba el ambiente. Era ópera, justo la sección más conocida de *Carmen* de Bizet. La música provenía de un reproductor de DVD portátil que estaba en el rincón de la mesa de lavado. Era un aparato con un monitor pequeño de menos de veinte centímetros, pero el sonido de la música era alto. Le daba al ambiente frío de la sala una nota de mayor tragedia y drama. Noté que los altos decibeles se debían a que junto al reproductor había dos altavoces negros y curvos, marca Bose.

Imaginé que Lilian Peterson prefería trabajar cuando nadie más estaba allí porque así podría subir el volumen de la música cuanto quisiera. Creo que tenía el mando de los altavoces cerca de donde estaba porque segundos después de entrar la música comenzó a escucharse más baja.

—Siempre oye ópera cuando trabaja. Aunque a veces es Wagner, que para mí es peor. Su padre era un compositor reconocido —me explicó Anne.

Lo hizo en voz baja, en tono de complicidad.

—¿Qué es lo nuevo que tienes para nosotras, Lilian? —preguntó ahora dirigiéndose a la forense y en un tono más alto.

Lilian volteó.

—Hola, Anne. Hola, Alexis —saludó.

Después cerró el grifo y fue a nuestro encuentro. Nosotras nos habíamos quedado de pie cerca de la puerta.

—He estimado que el asesino metió las bragas de Abril en su boca alrededor de dos horas después de su muerte. Como les dije antes, no hallamos una sola huella en ninguna parte, ni una brizna ni una fibra. No hay semen, y en el cuello tampoco hay nada, solo el hematoma por

la presión que ejerció al estrangularla. Es como si tuviese ese método, el de actuar como un fantasma, como si fuera invisible. Por lo menos, para nosotras, ahora lo es… —sentenció Lilian.

Hicimos silencio y por alguna razón Anne y yo miramos al mismo tiempo a la mesa de autopsias vacía que estaba más próxima. Debimos imaginar que allí estuvo el cuerpo de Abril.

La idea de un hombre invisible, de un fantasma depredador me heló la sangre. Imaginé la angustia de no poder ver al enemigo. Sé que la forense lo decía porque no había dejado rastros, pero yo lo pensaba desde los ojos de la víctima. Por lo que sabíamos, Abril era una mujer inteligente, competitiva, decidida, y que alguien así no previera el peligro cerca, si es que conocía a su asesino, significaba que este sujeto ocultaba muy bien su verdadera naturaleza. Wilson dijo que su esposa había conocido a alguien, que estaba cambiada y más «expuesta». Además, yo sabía que ella se había maquillado para él y que al hacerlo se sentía feliz. La felicidad la hizo vulnerable…

—¿Y entonces? —continuó interrogando Anne, sacándome de mis pensamientos.

La miré, y noté por su expresión que le supo a poco el reporte de Lilian. En ese momento, Anne estornudó. El frío que hacía allí era polar.

—Sabe lo que hace y no todos los asesinos lo saben, por fortuna. Por lo tanto, eso en sí mismo ya es algo. ¿No lo creen? —preguntó Lilian tocando sus lentes con el dedo corazón.

—Para mí, lo que nos dice es que es un maldito inteligente —concluyó Anne.

—Eres una creyente no convencional, Anne Ashton. Los católicos no maldicen.

Sonreí. Entendía que Lilian era del tipo de personas que sienten animadversión por la religión católica, puede que por todas las religiones, y también era de las que no perdían oportunidad para hacerlo saber al resto de los mortales.

—Todo tiene su límite —fue lo que respondió Anne.

—¿Esos cortes en las bragas a qué crees que responden? Los he mirado y no son funcionales… —le comenté a Lilian. Me interesaba saber si antes había visto algo así.

—No lo sé. Son tres pequeños; dos horizontales a los lados y uno vertical en el área púbica. Parecen haber sido hechos con una hoja afilada de cuchillo, puede que de caza dentada de un lado, no con tijeras. La verdad es que no tengo idea de por qué están allí, y no había visto antes nada igual. Si lo piensas en perspectiva, pudiera ser una carita sin boca, dos ojos a los lados y una línea hacia abajo que

figuraría la nariz, pero no lo sé, la psicología no es mi fuerte… —me respondió levantando un poco la cabeza y dejando ver la tensión de los músculos de su fino cuello.

Después se acordó de algo más.

—Detergente típico de lavanderías de gran potencia que contiene cincuenta por ciento de tripolifosfato de sodio, mejor conocido como fosfato, y solo un dieciocho por ciento del compuesto conocido como «LAS». Este último es el que tiene las propiedades de detergente, las de limpiar suciedades. Eso era lo que había en la piel de Abril Smith, a excepción de las áreas donde están los ojos y los labios.

—¿La lavó y después la vistió? —pregunté.

—Eso creo —respondió Lilian.

—¿Como para quitarle impurezas después de abusar de ella y asesinarla? —preguntó Anne extrañada.

—No sé si la bañó antes o después de asesinarla, pero me inclino más a pensar que fue después, porque todas las áreas de su cuerpo muestran la sustancia. Le costaría mantenerla inmóvil para efectuar el baño completo a menos que la hubiese maniatado o drogado, y no hay muestras en el cuerpo de ninguna de las dos cosas. También he pensado que ella se sometiera al baño voluntariamente, como parte de una práctica sexual acordada, si es que conocía al homicida, pero no lo creo, porque esta sustancia en la mayoría de las personas causa picor, es muy fuerte —reconoció Lilian.

—¿No es poca la proporción del detergente en comparación con el fosfato? ¿Eso puede significar algo? —pregunté.

—Tengo la impresión de que es una fórmula antigua. Puedo preguntar a mi marido, Joseph, él trabajó hace años en un proyecto para los Bach, aunque supongo que ustedes tendrán mejores maneras de averiguar eso en el departamento —me respondió Lilian y comenzó a quitarse los guantes azules que todavía llevaba puestos.

—Y Wilson James tiene una empresa de químicos que acaba de destruir convenientemente… —reflexionó Anne.

En ese momento, por alguna razón, me pareció que la música se escuchó más alta. Un recipiente de aluminio que había quedado en el borde de la encimera donde antes Lilian había estado lavando cayó al suelo, tal vez por la vibración que produjo el sonido.

—¡Jesús! —exclamó Anne—. Este lugar me desagrada cada vez más. Hace un frío de muerte y me pone muy nerviosa. Además, el contraste con el calor de afuera es monumental y creo que voy a enfermarme —explicó, y volvió a estornudar.

Lilian la miró y caminó en dirección al reproductor de DVD

. A mí, la semejanza del lavado de los niños asesinados de Topeka y Abril Smith me seguía intranquilizando. Pero a todas luces, Anne estaba más nerviosa que yo.

¿Qué era lo que le sucedía?

21

Anne y yo dedicamos el resto del día a investigar a Wilson James. Para ello pedimos apoyo a Ender, nuestro experto en informática. No teníamos nada en contra de James que nos ofreciera motivos para entrar en el local donde funcionaba su empresa de químicos, ni para revisar a conciencia su casa.

Hicimos averiguaciones sobre su pasado, sus amistades, su cuenta bancaria. También citamos a varias personas del entorno de Abril, pero no obtuvimos más que la constatación de lo que ya sabíamos: Wilson y ella mantenían una relación de constante competencia. Abril ejercía una relación abierta en términos afectivos y sexuales, y nadie estaba seguro de que Wilson también lo hiciera. Abril era arriesgada, decidida e independiente.

En la noche, cuando me despedí de Anne, ella se dirigía a ver al jefe. Él acababa de llamarla. El departamento estaba casi desierto porque, producto de la reestructuración, solo funcionaban allí las unidades especializadas y de análisis, no las de respuesta policial ni de atención de denuncias.

Recuerdo que, antes de tomar el silencioso corredor para salir, volteé a mirar a Anne y ella guardaba el celular en su bolso. Se dio cuenta de que la estaba observando y me habló.

—No sé por qué Jay trasladó su despacho a la primera planta. Yo lo habría dejado en este piso, hasta lo habría movido justo al lado de la puerta. Así es como uno conoce lo que pasa aquí, viendo quién entra y quién sale. Pero nada, son estilos… Subiré y luego iré a casa. Quiero ver a los chicos antes de que se duerman. Hasta mañana, Alexis —completó.

—Hasta mañana. Yo seguiré pensando en qué hacía feliz a Abril Smith —le respondí.

—¿Cómo sabemos lo que hace en realidad felices a las personas? —respondió y noté una nota de seriedad en su cara.

Salí y me fui a casa.

• • •

Esa noche tuve un sueño y esta vez fui capaz de recordarlo por completo, aunque no entendí su significado.

Desperté con el cuello y el pelo empapados. Había olvidado abrir la ventana o encender el aire acondicionado, y en el apartamento hacía un calor bochornoso. Los labios me ardían por la resequedad.

Me levanté de la cama y busqué un vaso de agua en la cocina. Lo tomé de un solo tirón. Me senté en la silla frente a la ventana que da al parque, donde me gusta acomodarme para pensar.

Eran las tres y cinco de la madrugada. Intenté sacar algo en claro de lo que vi al tocar a Abril y también del sueño. Cuando tomé la mano del cadáver vi a un hombre correr, un hombre atlético, pero solo veía su cuerpo sin rostro. Vestía una chaqueta de cuero. Después lo vi extender las manos y los pies en forma de equis, tal como dejaron el cuerpo de Devin.

En el sueño que acababa de tener vi a una mujer suspendida en el aire sobre el río, y se movía como el dron en forma de gusano que vi el 4 de Julio. Ella gravitaba sobre su mismo eje y el pelo le caía a los lados de su cabeza. Tenía los brazos extendidos y la tela de su vestido estampado también caía y dibujaba la figura de sus piernas y su cintura. De pronto, comenzó a dar vueltas más rápidas hasta que adquirió una velocidad vertiginosa y luego descendió al agua. Un hombre que vestía de negro la veía caer. No había nadie más. Ni siquiera yo, pero estaba segura de que lo que a ella le había pasado era obra de él, era su culpa, por ser portador de una malignidad poderosa, oculta.

Había luces reflejadas en el agua y de repente, de allí, del medio del río, emergió un animal con la piel llena de pelos, de patas muy delgadas. Parecía un perro, pero sus orejas eran redondas. Solo podía ver su silueta. El animal tomó el camino del río y se fue, pero en lugar de desprender agua de su cuerpo mojado, desprendía sangre.

El hombre miraba hacia el agua y estaba satisfecho; después comenzó a perseguir al animal. Quería atraparlo. Unas palabras aparecieron en mi cerebro justo antes de despertar: «Devin y los niños también».

Era una locura de sueño. No me sentía capaz de sacar nada en claro de él. De lo único que estaba segura era de que el hombre de mi visión y el del sueño era el mismo, también el que me seguía en la pesadilla de hacía dos noches. Por mucho que pensaba, no encontraba nada objetivo que relacionara la muerte de Abril con la de Devin y los niños de Topeka.

Estaba lo del baño, pero en el caso de los niños había sido con un jabón diferente, más común. No tenía a ciencia cierta ninguna

evidencia de que estaba de nuevo enfrentándome a la oscuridad, más allá del estado de inquietud que mantenía hacía días, desde que fui por primera vez al Departamento de Homicidios de Wichita.

Me levanté de la silla. Pasé la lengua varias veces por mis labios. La sed me abrasaba. Encendí el aire acondicionado de la sala y puse la cara en donde las rejillas orientaban la ventilación. Ahora la piel de mi cara estaba helada.

Pensé lo mismo que había estado reflexionando varias veces desde el hallazgo del cuerpo de Abril, que podía ser que yo estuviese construyendo una relación con Devin porque deseaba descubrir quién lo había asesinado. Podía ser un mecanismo subconsciente de mi parte relacionarlo todo para sanar un poco mi culpa, porque siempre me sentí responsable de su asesinato. Nunca me creí eso de que fuera acción de la mafia local, y lo de la moneda en su vientre me parecía un ardid del verdadero asesino, que deseaba que vinculáramos su homicidio con las máquinas de juego ilegales para que todos pensaran que al agente Devin Walsh lo había liquidado el crimen organizado. Pero a mí me parecía que, bajo lo que quisieron mostrar, había algo más.

Las lágrimas aparecieron en mis ojos junto con el recuerdo de Devin en la sala de autopsias. Reviví el momento en que descendieron la urna, ese instante en el que algo hizo crac dentro de mí.

Con la tristeza a cuestas de no poder contar con Devin para el resto de mi vida, me fui a mi habitación y me acosté. Eran las cuatro y cuarto de la madrugada la última vez que miré la pantalla del teléfono. Me quedé dormida deseando soñar con él.

A las seis y media me desperté sobresaltada por un ¡ring! Era una llamada de Anne. Lo primero que pensé fue que habían descubierto otro cuerpo con las bragas en la boca. No sé por qué tuve esa idea. Pero desde que la escuché, apenas saludarla, supe que se había decidido a confesar. Al fin sabría la razón de su intermitente nerviosismo.

—Alexis, hay alguien siguiéndome y creo que tiene que ver con la muerte de Abril Smith. Te pido que me ayudes a investigarlo antes de informar al jefe. Una persona quiere vengarse de mí…

PARTE II

1

La persona se encontraba sentada frente a un escritorio en una habitación del apartahotel Sun, en el número 432 de la calle Pawnee.

A su espalda había una cama pequeña, con un colchón viejo y unas sábanas gastadas. La almohada, cubierta con una funda que imitaba la seda, estaba en el piso sobre la alfombra decolorada.

Las persianas se movían por la ventilación del aire acondicionado. A ratos dejaban entrar algo de claridad, la poca que se colaba a través de los cristales manchados de la única ventana que había en el lugar.

Sobre el escritorio se hallaban varios recortes de periódico. Todos tenían que ver con Anne Ashton. Las noticias hablaban de sus proezas para capturar a
Buchanan's
y Tomasso, y dar «un duro golpe a la mafia de juegos ilícitos, del lavado de dinero y del mercado sexual de Kansas». Algunas de las noticias la llamaban «superpolicía».

La persona tomó un vaso lleno de *whisky* que estaba junto a los papeles y bebió un trago. Luego agarró uno de los recortes, donde podía verse el rostro de Anne, y lo arrugó con rabia. Lo lanzó al cesto de la basura junto a sus pies.

La persiana continuaba golpeando el cristal y el aire acondicionado comenzó a hacer un sonido molesto. El ruido lo desesperaba, quería silencio, necesitaba paz. Se levantó y caminó hasta la ventana, dio un golpe a la persiana y la vio moverse. Después dio una patada a la rejilla del aire.

Volvió al escritorio y vertió en el vaso el *whisky* que quedaba en la botella y lo tomó de un solo trago. El aparato de ventilación ahora emitía un sonido más agudo. En el escritorio también había un recorte que mostraba la noticia sobre el premio a la trayectoria de Anne Ashton. Allí se anunciaba la hora y el lugar de la ceremonia, que estaría presidida por el alcalde.

—The Police Commendation Awards. Podría ser ese el día… —dijo.

En ese momento, alguien tocó a la puerta. Sabía quién era. Había

estado esperando esa visita con ansias.

• • •

La mujer salió de la Biblioteca Pública de Wichita. Había interrumpido su lectura porque sintió hambre. Además, ya no quedaba ningún usuario en el edificio y pronto lo cerrarían.

Se dijo que compraría una ensalada de aguacate y tomate en la tienda junto a su apartamento, en el barrio de Saint Francis. Después descorcharía una botella de vino y se daría una ducha.

Acababa de mudarse y estaba muy orgullosa de haberlo logrado. El conjunto residencial era exclusivo. A pesar de hallarse en el centro de la ciudad, se trataba de una edificación nueva y lujosa. Su objetivo era comprar en pocos meses ese mismo apartamento en donde ahora había alquilado. Sabía que lo lograría, porque nada la distraía de sus propósitos. La prueba era que hacía unas semanas se había visto gorda y en apenas quince días perdió 4 kilos.

Recordó cuando en la mañana se había puesto la falda negra que llevaba y que tanto le gustaba. Ahora miraba el movimiento de sus piernas, cubiertas hasta las rodillas por la tela de la falda, y se sintió muy satisfecha con su figura.

Ese día se pensó como una triunfadora desde que había amanecido, y por eso, al admirar su imagen en el espejo cuando se puso el sujetador de encajes color arena, decidió llevar la blusa de lino blanca, como si se tratara de una ocasión especial. Eso completaría la estampa que quería mostrar: la de una mujer elegante e intelectual.

Había pasado todo el día investigando y leyendo, pero todavía se sentía fresca y poderosa.

—En tu vida anterior habrías ido por pollo frito, pero ahora es imposible pensar en eso. Debe ser ensalada, y nada más —se dijo con firmeza a sí misma.

Caminó en el estacionamiento para buscar su auto. Pensaba que el día había sido productivo y que, con suerte, a la mañana siguiente terminaría de hacer la revisión de los alegatos. Sabía que iba a brillar como nadie en cuanto le pidieran su opinión. Ya lo tenía todo calculado y había logrado establecer los puntos claves de la defensa.

En una mano llevaba varias carpetas, con la otra buscaba las llaves del auto dentro del bolso de mano. Tocó varios objetos, pero no logró encontrarlas. Entonces, algo le pinchó el dedo anular.

—¡Diablos! —exclamó, sacando de inmediato la mano del bolso.

Vio como una gota de sangre comenzaba a aparecer en la punta de su dedo y se hacía cada vez más grande. Llevó el dedo a su boca. No quería manchar la blusa ni tampoco los papeles.

Continuó caminando. Cuando llegó junto a su auto, un Mercedes-Benz Coupé, puso los objetos que cargaba sobre el capó, abrió todo lo que pudo el compartimiento principal del bolso y miró hacia adentro.

Pero en ese momento escuchó un claxon y las luces de un auto que se aproximaba la iluminaron. Al principio, quedó encandilada. Después miró y reconoció a la persona que conducía y que había detenido el vehículo a pocos metros de ella.

Levantó la mano y sonrió. Se dijo que le vendría bien acercarse y saludar con mayor interés. Caminó hacia el auto y la persona que conducía bajó la ventanilla.

—¡Hola! Una sorpresa verte aquí —dijo ella.

—¿Por qué? ¿No puedo, como tú, interesarme por los libros? —respondió, sonriendo, quien se hallaba al volante.

—Claro que sí… ¿Y cómo has estado? —preguntó la mujer.

—Vente conmigo. Una pareja de buenos amigos nos espera para cenar y bailar. Hoy debes olvidar los libros y la ambición por promocionar tu carrera. No voy a mentirte. He venido a buscarte y te he estado esperando algunos minutos. He reconocido tu auto y por eso sabía que aún estabas aquí.

—Vaya —respondió ella y miró hacia abajo, hacia la punta de su zapato negro.

Estaba decidiendo si aceptar la invitación o irse a casa como había planeado.

—Está bien. ¿Por qué no? Ya que te has tomado tantas molestias en «atraparme» —respondió sonriendo.

—Puedes dejar el Mercedes aquí. Luego te llevaré a casa, y como de seguro mañana volverás a este lugar…

Ella estuvo conforme. Volvió al auto, encontró las llaves en el bolso que había dejado sobre el capó y abrió la puerta del copiloto. Puso las carpetas en el asiento y cerró. Luego caminó hacia el otro auto y lo abordó.

Cuando cerró la puerta, pensó que había estado bien que se arreglara como lo hizo, había sido como una premonición. Ahora celebraría lo bien que le estaba yendo. Podía permitirse un exceso de vez en cuando. Eso también era parte de la vida.

2

Anne me citó a las siete y media de la mañana del 7 de julio en la cafetería Morgana, a pocas cuadras del departamento. Me dio la dirección porque yo no conocía ese lugar.

Contaba con hora y media para acudir a la cita. Me pareció conveniente no preguntarle nada más por teléfono y esperar al encuentro personal.

A la hora indicada, llegué a la cafetería Morgana. La imaginaba diferente, no parecía un lugar que pudiera agradarle a Anne. Era más bien del estilo de Ender.

Se trataba de una cafetería que contaba con tres espacios, y había que atravesar dos de ellos para llegar al área de servicio de comida y bebidas. Caminé por una cibersala, donde pude ver varios módulos con computadoras y sillas. Era un espacio amplio. Los equipos de computación se hallaban dibujando un semicírculo y, tanto en medio como fuera de él, habían dispuesto más de veinte butacas de colores vivos. Había tres sofás color verde uva que lucían bastante cómodos y que estaban intercalados entre las butacas coloridas. También había mesas bajas y cojines en una cesta. Colgando de las paredes, vi varios afiches de videojuegos. Identifiqué otros de la serie *The Big Bang Theory* y de una de las películas de *The Avengers*.

El lugar estaba abierto al público, pero aún no había llegado ningún cliente. Un hombre alto, de bíceps voluminosos que llevaba una camiseta gris ceñida estaba de espaldas, acomodando las sillas que se encontraban frente a las computadoras. No volteó al escuchar mis pasos. Parecía ensimismado en su labor. Tenía el pelo rubio y corte militar.

Terminé de atravesar ese salón y llegué a una sala de juegos. Contaba con varias mesas y sillas para grupos de más de cuatro personas. Las paredes mostraban estanterías que exponían las cajas de cientos de juegos de mesa. También había una mesa de billar en una de las esquinas, junto a una ventana.

Continué caminando y al fin llegué a la sala de servicio del café, que suponía era donde me vería con Anne. Al contrario que en los

otros dos espacios, allí había clientes. Tres mesas estaban ocupadas.

En una estaba una mujer, concentrada en la lectura de un libro que sostenía con las dos manos. En otra estaban dos hombres que discutían. Uno de ellos era muy joven y tenía la forma de la cabeza y las orejas idénticas al del otro, que era mayor. Adiviné que se trataba de padre e hijo, sosteniendo una crítica conversación.

En la tercera mesa estaba Anne, mirando un punto en el vacío. Me acerqué y me senté frente a ella. Esperaba ver algún rasgo diferente, notarla demacrada, pero estaba como siempre. Anne era capaz de disimular muy bien su estado anímico.

Pedimos dos cafés y aguardamos a que la chica que nos atendía se fuera.

—Detuve por doble asesinato a un sujeto llamado Gerard Haynes hace varios meses, antes de pedir la excedencia y de divorciarme. Ayer me ha llamado la fiscal y me ha dicho que ha salido bajo libertad condicional. Ya sabes, debe reportarse a un agente encargado cada semana e informarle de sus avances para su reinserción social, pero el asunto es que está afuera —lamentó e hizo una pausa.

No dije nada. Por mi experiencia en psicoterapia, sabía que en ese momento debía dejar que ella expusiera el caso como quisiera y que me diera toda la información posible. Me limité a mirarla.

—Aunque resultó declarado culpable de los dos asesinatos en el primer juicio, recurrió la sentencia y se registró a Innocence Project para que lo ayudaran en la apelación. Dado que no había pruebas de ADN, fue puesto en libertad por «falta de evidencias más allá de toda duda razonable». Creo, además, que algún periodista de esos que andan tras los fallos del sistema hizo lo suyo y presionó junto con Innocence Project.

La chica que nos atendía apareció con la bandeja y las tazas de café humeante. Las puso sobre la mesa. Esperamos a que se fuera para continuar hablando.

—Sé que ahora quiere vengarse de mí —concluyó Anne y giró un poco la cabeza hacia un lado.

Era mi turno para hablar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Porque me han estado siguiendo en estos últimos días y he estado recibiendo llamadas en casa. Atiendo y no dicen nada, pero oigo una respiración. Sé que hay alguien en la línea. Han sido llamadas constantes desde que Haynes salió en libertad, las fechas coinciden, por lo que me dijo la fiscal. Anoche estaba con mis hijos en la sala de casa leyéndoles un cuento y otra vez atendí una llamada de

esas. Ya había hablado con la fiscal, entonces, no hice lo que las otras veces, no corté, me mantuve en línea varios minutos. Dije su nombre y él fue quien cortó. Acosté a los chicos, fui a la cocina y me serví un vaso hasta arriba de *gin*. Me quedé en espera, alerta. Volvió a sonar el teléfono y de nuevo escuché los sonidos de esa respiración agitada y profunda, pero esta vez duró menos. Al colgar, escuché el ruido de un motor que arrancaba cerca de la puerta de casa. Corrí hacia la ventana del salón, aunque lo único que vi fueron los faros traseros de un auto alejándose. Me quedé montando guardia durante la noche con la pistola cerca, pensando en si mis hijos correrían peligro por mi culpa. A las seis de la mañana te llamé —dijo Anne.

—¿Por qué has dicho que tiene que ver con Abril?

—¿No lo ves? La ha matado porque debió enterarse de lo que pasó entre Harry y ella. No sé cómo lo supo…, entonces asesina a la examante de mi exesposo para complicarme. Tal vez quiera que las sospechas caigan sobre mí o sobre Harry. No lo sé.

No me parecía claro el razonamiento de Anne. Se estaba dejando llevar por la impresión de las llamadas anónimas y tal vez por una sensación, infundada o no, de persecución.

—No debe ser la primera vez que te sucede algo así. Eres una detective veterana que además ha sido jefa del Departamento de Homicidios. Tienes muchos enemigos y has mandado a la cárcel a gente que no debe estar contenta contigo. Si es cierto que alguien te sigue y que es el mismo que te hace las llamadas, podría ser cualquiera. Creo que tendrías que contar con pruebas más sólidas para pensar que Gerard Haynes está tras de ti, y todavía más, que haya matado a Abril —argumenté.

Anne me miró como decidiéndose si le daba una oportunidad al razonamiento que le había expuesto o continuaba con su idea.

—¿Lo has visto? ¿A Gerard Haynes? —continué.

—Sí. Y tú también. Estaba acomodando las sillas de la sala contigua cuando llegaste.

3

—¿Has venido aquí con la intención de encontrarlo? —pregunté en voz más alta. No me lo creía.

—Se quiere vengar de mí —insistió.

Estaba obsesionada con el asunto. Pensé que tal vez Anne creía que había hecho algo incorrecto en el caso de Haynes. Era muy pronto para preguntárselo. Me diría que no, pero esa fijación me hacía pensar que su culpa no estaba tan clara para ella. O puede que tal vez Anne creyera que había hecho algo fuera de la ley para atraparlo porque estaba convencida de que era un asesino. Quizás había sido la única vez que faltó a su ética y por eso sentía que Gerard Haynes quería vengarse.

—¿Te ha visto él? —pregunté.

—Sí. Y me ha mirado con resentimiento, pero no me ha dicho nada —respondió.

—Bien, Anne. Ahora no tenemos motivos para interrogarlo. Podrías hablar con el supervisor de su condicional para que te enteres de qué hacía cuando asesinaron a Abril. Así bajará la presión que sientes y podrás pensar mejor —propuse. Tenía que darle un enfoque práctico al asunto.

—Puede que tengas razón —concedió.

En ese momento, el celular de Anne vibró dentro de su bolso. Lo sacó y me dijo que era una llamada del jefe Jay. Atendió y se mantuvo callada, escuchándolo durante un par de minutos. Luego dijo que iríamos enseguida y cortó.

—Otra mujer asesinada. Se llamaba Dakota Davis. Abogada, soltera. Encontraron su auto en el estacionamiento de la Biblioteca Pública, en la calle 21, cerca de aquí. Vivía sola en Saint Francis. Parece que es el mismo *modus operandi* que en el caso de Abril Smith. Ya Lilian va de camino —dijo Anne, levantando la mano para que la chica que nos atendía trajera la cuenta.

—¿Dónde la ha dejado? ¿En el descampado del barrio Northeast Heights? —pregunté.

—No. Cerca de la calle 37, pero también es un descampado —

respondió Anne.

Llegó la cuenta y ambas pagamos. Creo que las dos pensamos lo mismo en el momento en el que sacamos el dinero de nuestros bolsos, en un acto reflejo. Una nueva víctima le daba otra perspectiva al caso.

De nuevo, esperé a que la empleada de la cafetería se fuera para hablar.

—Si confirmamos que es el mismo *modus operandi*, estaríamos hablando de un asesino en serie… —comenté.

—Sí. Es lo que alarma a Jay. Me ha dicho que descubramos algo y pronto, antes de que todo llegue a la prensa y digan que hay un psicópata descontrolado en la ciudad —respondió Anne.

—¿La conocías?

Estoy segura de que ya se había hecho la misma pregunta y la había respondido dentro de sí.

—No. En mi vida he tratado a nadie con ese nombre.

—El punto central tal vez no sea Abril Smith, ni Wilson James. Tampoco que conocieras a Abril ni lo que tuvo ella con Harry. Esto también desencaja tu reciente teoría sobre Gerard Haynes… —afirmé.

Me vino de repente a la cabeza el recuerdo del hombre de mi sueño y mis visiones. El que miraba a la mujer flotando en el aire. El que estaba satisfecho y vestido de negro, perteneciente a la oscuridad. El fantasma de la muerte que no deja pistas, tal como había dicho Lilian.

Fue en ese momento en que tuve el convencimiento de que la oscuridad sí estaba involucrada en lo que sucedía y que habría más muertes.

—Buscaríamos a un depredador de mujeres… —completé, preocupada.

—Vamos a ver con qué nos encontramos —expresó Anne.

Nos levantamos con rapidez y comenzamos a caminar buscando la salida, pero algo nos detuvo cuando llegamos a la sala de juegos. Vimos a Gerard Haynes.

Estaba de pie. Lo reconocí por la camiseta y los brazos musculosos. También por la forma de su cabeza y el pelo cortado al rape. Era el mismo hombre que había visto antes de espaldas. Comenzó a caminar hacia nosotras. Parecía movido por la intención de querer hacer daño y tenía la mirada clavada en Anne.

4

Gerard Haynes llegó a nuestro lado, pero no se detuvo. Sentí que Anne contuvo la respiración cuando pasó cerca de ella. Luego espiró, aliviada, cuando él siguió de largo. Tenía miedo y no podía disimularlo. No lo detuvo ni le habló. Simplemente lo dejó pasar.

Salimos de la cafetería Morgana y nos dirigimos al auto. Ella hizo silencio mientras caminábamos porque todo lo que deseaba que yo supiera sobre Haynes ya lo había dicho o estaba pensando qué hacer con él; si encararlo o no. Me quedaba claro que estaba aterrada y convencida de que él tenía algo que ver con el asesinato de Abril.

Las palabras que acababa de decirme de repente volvieron a mi cabeza: «Él quiere que las sospechas recaigan sobre mí o sobre Harry».

Entonces, se me ocurrió por primera vez que fuera la misma Anne quien (en el inconsciente) sospechara de su exesposo, Harry. Podía ser que estuviese proyectando las dudas sobre él y, como un mecanismo de defensa, culpara a un enemigo obvio, al hombre que detuvo por asesinato, tal vez de una forma no del todo apegada a la norma, y que ahora estaba libre. Un sujeto perfecto para culpar.

También dijo: «Detuve por doble asesinato a un sujeto llamado Gerard Haynes hace varios meses, antes de pedir la excedencia y de divorciarme».

Allí estaba la prueba. Lo mezclaba todo; la detención de Haynes y la verdadera razón de su crisis, que era la separación de Harry. Como si en ese momento de su vida hubiese sucedido la tormenta perfecta porque se juntó su divorcio y un caso complejo. De seguro se estresó de tal manera que de inmediato pidió la excedencia, y ya sabía que no volvería como jefa a pesar de que la reestructuración del departamento que condujo había sido tan elogiada.

La raíz de su nerviosismo actual podía ser Harry. ¿Sería que Anne sabía que era un asesino? Lo mejor era que me apartara de los problemas de Anne en ese momento y me centrara en la nueva víctima. No me parecía que mi compañera estuviese dispuesta a olvidar su asunto con Haynes, así que debía ser yo quien «despejara la cabeza» por las dos.

—En diez o quince minutos estaremos en el lugar donde dejó el cuerpo —dijo ella en cuanto abrió la puerta del auto.

—¿Ya Lilian está allí? —pregunté.

—Eso creo. ¿Por qué? Debió haber notado que hacía la pregunta por algo.

—Me gustaría ver el auto de la víctima antes. Llámalo intuición. De todas formas, si se trata del mismo asesino de Abril, la experiencia nos dice que no encontraremos nada que nos conduzca a él en el lugar en donde la dejó.

—Está bien. Estamos muy cerca de la Biblioteca Pública —dijo.

En pocos minutos, estuvimos frente al Mercedes-Benz de Dakota Davis. Un equipo auxiliar de dos forenses también acababa de llegar. Uno de ellos abrió la puerta del vehículo y yo me quedé justo detrás de él, mirando hacia adentro. Anne se hallaba un poco más apartada, detrás de mí. Observé hacia dentro y lo primero que vi fue varias carpetas sobre el asiento del copiloto.

Pedí un par de guantes al técnico que abrió la puerta y luego toqué la carpeta que se encontraba sobre las otras. De repente, cuando lo hice, todo se puso rojo en mi cabeza.

5

—¿Qué tipo de abogada sería esta chica? —preguntó Anne y en ese momento, cuando ella terminó de pronunciar esas palabras, mi visión volvió a la normalidad.

Leí al vuelo parte del contenido de los papeles de la carpeta. Eran fotocopias de documentos legales y anotaciones en los márgenes. Estaban hechas con una caligrafía perfecta: letras pequeñas que conservaban una rectitud tal como si hubiese una línea dibujada debajo de ellas. Pensé que era la letra de Dakota, quien estaba acostumbrada a escribir y era una mujer inteligente.

Después terminé de mirar el contenido de todas las carpetas. Parecía un caso de estudio para definir la mejor línea de defensa de un acusado de asesinato.

—Por lo que veo, defensora —respondí a Anne y volteé para mirarla.

Ella se quedó meditando. Después llevó su mirada hacia abajo. Volví a poner las carpetas en el asiento y di una revisión rápida al resto del auto. No encontré nada más que llamara mi atención. Abrí la guantera, pero allí tampoco había nada revelador.

—Luminol. ¿Cuentan con él en el equipo que han traído? —pregunté al forense.

El chico me miró sorprendido.

—Sí, pero…

—Allí en esa primera carpeta, creo que hay rastros de sangre —afirmé, señalándola.

El joven forense buscó un kit con el compuesto químico que le había mencionado y lo aplicó sobre la superficie de la carpeta. Una minúscula zona se iluminó en el extremo inferior derecho.

—Podía ser un residuo pequeño de sangre. Lo comprobaremos —se limitó a decir el forense.

Anne habló.

—¿Cómo has sabido que había sangre allí? No se me hubiese ocurrido jamás. Esta no es la escena del crimen ni mucho menos. Tal vez la chica fue abordada por alguien antes de entrar en el auto. Eso

estaba pensando porque no debía ser normal que lo dejara aquí, ya lo comprobaremos… ¿Qué crees? ¿Que la atacó en este lugar? Eso sería mucho riesgo. Alguien pudo verlo.

—Quizás el riesgo lo excite —respondí en forma mecánica. Solo pensaba en que esta vez la visión me condujo a sacar una conclusión acertada. Al ver el color rojo, pensé en la palabra «sangre», pero casi nunca podía construir ese tipo de relaciones tan directas.

—Me dio la impresión de ver una mancha de sangre. Eso fue todo —mentí.

Anne pareció creerme porque no siguió hablando.

—No sabemos si se trata del mismo asesino, aunque lo del descampado me dice que sí —completé.

—Si ya has terminado, deberíamos ir a ver el cuerpo de la víctima. Mientras mirabas los papeles, he recibido un mensaje de Lilian. Es el mismo hombre. Iguales cortes en las bragas metidas en la boca. Eso no ha salido en la prensa. Jay va de camino y te aseguro que nos va a meter presión si se trata de un asesino serial.

«Un asesino serial…», me repetí.

—No le he dicho nada a Jay sobre Gerard Haynes, pero creo que ha llegado la hora de hacerlo —completó Anne en tono grave.

No entendía por qué había llegado a esa conclusión. La miré callada. Debí demostrar mi confusión.

—¿O es que te parece solo una coincidencia que Dakota Davis fuera abogada defensora?

En ese momento, supe que la obsesión de Anne por Haynes era más grande de lo que pensaba y que relacionaría cualquier cosa con él. Gerard parecía ser la grieta en el muro de mi visión. ¿O tendría razón Anne y Gerard Haynes era el depredador que estábamos buscando?

El mismo hombre que, de alguna forma, tenía que ver con los niños de Topeka y con la muerte de Devin. ¿Acabaría viendo la cara del asesino que cambió mi vida?

6

Es cierto lo que decía Anne. Uno no se acostumbra a ver los cadáveres. Me sentí terrible e impotente cuando estuve frente al cuerpo sin vida de Dakota Davis. Estaba tendida sobre el musgo y junto a unas piedras en un descampado cercano al Willows Golf Club.

Para llegar hasta allí fuimos hacia donde inicia la calle 37, que recorre casi la ciudad entera de este a oeste, y dejamos el auto frente a una pequeña fábrica abandonada. Luego caminamos en dirección al norte, donde vimos al equipo forense.

Pensé que el asesino era listo para escoger las zonas donde abandonaba los cadáveres. No salía de la ciudad, pero seleccionaba con precisión quirúrgica los lugares que por una u otra razón eran solitarios. En este caso, se trataba de una zona cercana al club de golf, aunque no pertenecía a este. No era un paso de peatones ni corredores porque por allí no se llegaba a ningún lugar y tampoco formaba parte de la ruta de paso de los miembros del club. Era además un área que limitaba con el pequeño aeropuerto Colonel James Jabara en su parte trasera. Imaginé que en la noche había la suficiente luz proveniente de las instalaciones del aeródromo para iluminar el lugar donde dejó a Dakota y estaba lo bastante solo para que nadie lo viera. Era un lugar perfecto.

Dakota vestía una falda negra y una blusa blanca. Era una mujer menuda y lucía frágil, pero no creo que lo fuera. Yo leí sus anotaciones en los expedientes. Razonaba de manera clara, poseía una letra que mostraba ser instruida, decidida.

La voz de Lilian Peterson me sacó de mis cavilaciones.

—Aquí estamos otra vez por la misma infame razón. «Hasta en la muerte de un pajarillo interviene una providencia irresistible» —exclamó la forense.

Giré la cabeza hacia ella. Lilian era una mujer interesante. Tocaba muertos todos los días y hacía una lectura trágica de ellos, pero con objetividad y cierta distancia, como si los cuerpos sobre la mesa de la autopsia fueran personajes de sus óperas. Tal vez esa sea la mejor manera de encarar su profesión: convertir los cadáveres en personajes

de ficción para no sentir tanta pena.

—Es una cita de Shakespeare. Ella parece un pajarillo, un pequeño gorrión o un estornino. Uno no puede evitar sentirla débil ahora que está muerta, como si una ráfaga de viento fuerte la hubiese lanzado al suelo. Pero creo que cualquiera de nosotras muerta podría verse igual. Es como si la parca nos pusiera a todas un velo de fragilidad encima —concluyó.

—Lo que quiero es ponerle un velo de rejas al maldito que hizo esto —le respondió Anne.

Ella y yo nos habíamos quedado de pie a menos de un metro de distancia del cuerpo y de Lilian. Hicimos silencio las tres. Observábamos el cuerpo como si estuviésemos en un acto funerario. Una especie de solemnidad espontánea se había tejido entre nosotras y el cadáver de Dakota Davis.

7

Yo quería tocar a Dakota. La rabia de verla muerta se iba apoderando de mí. Su vida perdida tan temprano. No podía sacarme de la cabeza la escritura en los márgenes de aquel documento legal. Me resultaría difícil tocar el cuerpo sin dar una explicación. De repente, pensé que Lilian tal vez entendería mi capacidad. No sé por qué tuve esa idea. Tal vez porque ella buscaba un escape en la ópera y la ficción, y la gente que hace eso suele ser abierta a ideas nuevas. Mucho más que Anne, que era tan práctica. Si lograba que Lilian fuera mi aliada, entonces podría colarme en la sala de autopsias y tocar a Dakota. Lo cierto era que allí no podía hacerlo.

Dejamos a Lilian hacer su trabajo y aguardamos. Después de unos minutos, Anne habló.

—¿Otra vez las bragas igual?

—Sí. Los mismos cortes —respondió Lilian, hizo una pausa y después continuó—. No vivo tan lejos de aquí. Joseph es miembro de este club, pero hace mucho no viene. Tenemos la casa en el barrio de Stagecoach. Desde que se fueron los chicos a la universidad yo no había vuelto por aquí. Sí puedo decirles algo: este hombre sabe lo que hace. Aquí nadie la vería. Pudo haber estacionado en la pista vieja del aeropuerto, que llega hasta ese lugar —dijo señalando un área entre unos árboles como a diez metros de donde estábamos—, y de allí traerla cargada.

—¿No hay forma de que el asesino sea una mujer? —preguntó Anne.

—Tendría que ser una muy fuerte. Si sucede lo mismo que con Abril, encontraremos signos de penetración forzada. Sin embargo, no hallamos nada que sugiera la penetración de algún objeto, aunque tampoco ADN distinto al del cadáver. Tendría que ser una mujer que odiara con mucha fuerza a las otras mujeres… —reflexionó Lilian y dejó la frase inconclusa.

—Envidia —dije sin pensarlo y luego intenté explicarme—. Abril y

Dakota pudieron inspirar envidia en mujeres, pero también en hombres. Eran inteligentes y brillaban. Las anotaciones de Dakota confirman que era muy capaz, y la constante competencia que Wilson James mantenía con Abril también. Eran mucho más de lo que se veía a simple vista, no solo caras bonitas.

—La envidia es el centro de la mejor obra jamás creada. Me refiero a *Otelo*. No es ni Desdémona, ni siquiera Otelo el centro de esa tragedia. Es Yago, el envidioso. Puede que eso sea lo que mueve al criminal. Espero que ustedes lo encuentren, porque hasta ahora se está burlando de nosotras —dijo Lilian con una entonación diferente.

Entonces, noté que Anne volteó, y Lilian y yo también lo hicimos casi de inmediato. Vimos al jefe Jaydan Cooper caminar en dirección a nosotras.

—No tenemos nada —exclamó Anne en un susurro.

Lilian se me acercó y, sin que Anne lo notara, me dijo algo sorprendente al oído.

—Quieres tocarla, ¿verdad? —me preguntó.

8

Su voz y esas palabras envueltas en una pronunciación educada crearon una alarma en mi cerebro. No supe qué responder.

—No eres nueva en esto. Para oler algo no hay que tocarlo. Lo he meditado mucho desde el hallazgo de Abril, y creo que sé quién eres.

Contuve la respiración. Ella continuó hablándome muy cerca mientras Anne caminaba al encuentro con el jefe.

—Mi hija estudia lo mismo que yo, en Topeka. Y tiene un profesor, Felipe Lamont, un tanto «extraño» y dado a reunirse con los alumnos en actividades extracurriculares. No es acosador ni nada por el estilo. Solo le gusta rodearse de mentes jóvenes, y tengo que decir que mi Marcella es una chica brillante. Cuando este profesor toma algunos tragos de más se pone hablador, y le ha contado a Marcella y a sus amigos que hace unos años una psicoterapeuta, asesora de la Policía de Topeka, tocaba de forma extraña a cierto cadáver de un niño. Decía que era de las cosas más raras que le había pasado en su vida laboral y siempre se preguntó por qué alguien haría eso. Creo que esa asesora eres tú. He hecho algunas averiguaciones y ha sido poco lo que he conseguido, pero suficiente: eras psicoterapeuta y vivías en Topeka.

Estaba claro. Lilian me había descubierto. Todo mi esfuerzo para ocultar lo que soy y para encajar en el Departamento de Homicidios de Wichita había volado por los aires gracias a Marcella y su profesor. Yo también recordaba al forense y siempre tuve la impresión de que hablaría de más. Me quedé callada. Noté que Anne me hacía señas con la mano para que me uniera al jefe y a ella. Estaban a escasos metros de nosotras.

—Anda con ellos. Quiero decirte que conmigo tu secreto está bien guardado. Soy una fiel creyente del sexto sentido, o como quieras llamarle tú. Me parece que hay personas sensibles para muchas cosas que ni siquiera imaginamos las personas de ciencia. Si lo que sea que experimentas al tocar los cadáveres nos ayuda a atrapar a los culpables tanto como lo hace la ciencia forense, me parece genial. Pero tienes que contármelo todo. Me interesa sobremanera. Claro, si quieres hacerlo…

Me sentí salvada.

—Está bien, Lilian. Sí quiero tocar el cuerpo de Dakota. Estamos ante un sujeto sumamente inteligente que no deja pistas, como tú misma has dicho. Dime a qué hora puedo ir a la sala de autopsias sin que nadie más esté allí. Y sí, soy esa persona que has descrito. Gracias por guardarme el secreto —le dije y comencé a caminar al encuentro de Anne y el jefe Jay.

9

—Entonces, ¿tenemos a un asesino serial? —estaba preguntando Jay en voz alta cuando me uní a ellos.

Llevaba puestos unos lentes Ray-Ban modelo aviador, pero pude adivinar detrás de los oscuros cristales su mirada inquisitiva. Necesitaba que Anne le dijera algo para poder presentarse a los medios, pues la noticia saldría tarde o temprano.

—Hola, Alexis —me dijo sin mirarme.

—Jefe —respondí.

—Eso parece, Jay. Lilian debe confirmarlo, pero ha visto los mismos cortes en las bragas, que también estaban dentro de su boca. Puede decirse que las dos víctimas conservan el mismo tipo, son parecidas físicamente. Vamos a concentrarnos en ellas. Haremos psicología forense. Ya estuvimos en casa de Abril Smith y ahora iremos a la de Dakota. También vimos su auto —dijo Anne.

—¿Su auto? —preguntó Jay sorprendido.

—Fue idea de Alexis de camino hacia acá.

Él pareció comprender.

—Muy bien —dijo girando la cara hacia mí y quitándose los lentes—, ese es el ritmo que espero, que nos adelantemos. Bien pensado comenzar a escarbar en la vida de la víctima porque, por lo que sé, este asesino no deja ninguna pista junto a los cadáveres. Es como si conociera todos nuestros procedimientos. No nos la va a poner fácil. Hoy mismo, dentro de cuatro horas, quiero volver a verlas en el despacho y deseo que tengan algo que decirme.

Al terminar de hablar, giró y se fue. Anne se llevó la mano a la cabeza y apartó un mechón de pelo hacia detrás de su oreja.

—Ya tenemos el permiso de ingreso a la casa de Dakota. Me lo ha dicho Jay. Vivía sola en un apartamento en el barrio de Saint Francis. Él conoce la zona muy bien porque está a punto de comprar allí una casa y piensa que Dakota debía contar con una buena posición económica. Miraremos su cuenta bancaria. Recién graduada, me extraña que tenga tanto dinero. Le diré a Ender que indague —

concluyó Anne.

—¿Qué piensan? ¿Que estaba en manejos extraños con el crimen organizado y se enteró de algo en alguna defensa que la hizo enriquecerse, y que luego eso se volvió en su contra? No lo creo, porque no es un hecho aislado este asesinato —argumenté.

—Yo tampoco lo veo así. Está claro que no debemos buscar en el entorno de Abril ni en el de Dakota por separado. Más bien, debemos encontrar algo que las una, una cosa común —razonó.

Parecía que volvía a pensar con claridad y por ahora había dejado el tema de Gerard Haynes.

—Ambas eran mujeres que levantaban envidias, deseos —le dije.

—Deseos de destruirlas… —repitió Anne—. Eso es cierto. Yo misma lo sentí cuando hablé aquellos minutos con Abril Smith. Me pareció que llevaba una vida plena, que lo tenía todo, que era demasiado feliz gracias a una felicidad que en ese momento me había quitado a mí. Lo has expresado muy bien. Lo que mueve al asesino es el deseo de que dejen de respirar, por eso las asfixia y las estrangula con sus propias manos —completó Anne.

Un llamado interrumpió nuestra conversación. Era Lilian. Había pronunciado el nombre de mi compañera.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

Lilian venía con algo en las manos.

—Al mover el cuerpo, hemos encontrado esto en el bolsillo de la falda. Es un carnet de membresía de un club de paracaidismo llamado Blue Greatness. Mi hijo Tiago asistía a él. Queda al este de la ciudad. Un tanto retirado, pero quienes practican deportes extremos lo adoran y se desplazan hasta allá, entusiasmados, porque tienen los mejores aviones que alcanzan la mayor altura permitida para el lanzamiento.

El dron que daba vueltas sobre su propio eje, el que vi caer al río Arkansas la noche del 4 de Julio, y la mujer que apareció en mi sueño flotando comenzaron a tener otro significado. ¿Un club de paracaidismo?

10

Nos dirigimos a Blue Greatness, al sureste de Wichita. Era cierto que quedaba lejos. De camino, hablamos sobre los rasgos de la personalidad de quien se atrevía a lanzarse en paracaídas.

—Yo no lo haría. Más por el avión que por el paracaídas. Los odio —confesó Anne.

—Veo que tienen varios aviones modelo Beechcraft King Air de dos turbinas, que se elevan a catorce mil pies, y es cierto lo que dijo Lilian. Es la empresa mejor equipada y la que logra la mayor altura de lanzamiento —dije mientras miraba la página web en el teléfono celular.

»El gerente del lugar se llama Clifford Welch —continué—. Le pediré a Ender que investigue si Abril tuvo algo que ver con ese centro de paracaidismo o con alguien ligado a él.

—Es una buena idea. Ojalá nos estemos acercando a algo —manifestó Anne.

—Parece que esta empresa, Blue Greatness, es propiedad del grupo Bach. En la página aparece una fotografía de Elías Bach —dije.

—No me extraña. Las salas de festejo del Museo de Aviación también tienen fotos de miembros de la familia Bach por todas partes. Son los dueños de la industria química más importante de este lado del país, y también han invertido en el zoo de Wichita. Hablan de abrir nuevas áreas enormes y de traer más animales africanos. Son de las familias más ricas del estado y tienen varios tentáculos, como pulpos —afirmó Anne.

Cuando habló del zoo recordé el animal de mi sueño, al que parecía un perro con las orejas redondeadas. Entonces me di cuenta de que para mí ese animal era hembra. Tenía esa convicción en mi cabeza y no sabía por qué.

—¿Conoces un animal que parece un perro flaco con orejas de forma redondeada? —le pregunté a Anne.

Ella volteó un segundo a mirarme y luego volvió a poner la vista en la vía.

—Mira que haces interrogantes extrañas, Alex. ¿Puedo llamarte,

Alex? —me preguntó.

—Puedes hacerlo —respondí. No me importaba. Devin me llamaba «Ale». No me gustaría que nadie más lo hiciera tal como él, pero «Alex» estaba bien.

—Pues sí sé a qué animal te refieres. Se trata de un licaón, o perro pintado africano. Mis hijos son fanáticos del zoo y por eso ningún animal de los que allí están tiene secretos para mí —afirmó Anne.

«¿Por qué habré soñado con un licaón?», me pregunté intrigada y giré la cabeza para mirar por la ventanilla del auto mientras pensaba en eso.

Vi un cartel publicitario del Zoológico de Wichita.

—Mira qué casualidad. Nosotras hablando del zoo… —señaló Anne.

Asentí, aunque ya no sabía qué era casualidad y qué no.

11

Cuando llegamos al centro de paracaidismo, nos identificamos en la puerta de ingreso y pedimos hablar con el gerente. Un hombre calvo y joven de mirada esquiva, que usaba un arete en forma de calavera en su oreja derecha, nos permitió la entrada y nos dijo la ubicación de la oficina de la gerencia.

En ese momento, solo había un vehículo en el estacionamiento. Se trataba de un deportivo azul y negro. Parecía de colección. Cuando nos bajamos del auto, lo primero que escuchamos fue el sonido de los motores de un avión muy cerca. Anne miró hacia el cielo, buscándolo, y vi cómo su cuerpo se estremeció.

Nos dirigimos a la oficina de Clifford Welch y tocamos a su puerta. Una voz de tono agudo nos invitó a pasar. En ese momento, no supe si se trataba de un hombre o de una mujer. Cuando entramos, vimos a un sujeto alto, delgado y rubio. Estaba de espaldas. Se servía algo (café o agua) y se hallaba frente a una encimera. Volteó y nos miró.

Llevaba el cabello peinado hacia atrás y en la parte superior central se alzaba un copete un tanto elevado. Vestía de negro con una camiseta muy ceñida al cuerpo. Noté que los músculos de sus brazos estaban cultivados; pensé que debía ir al gimnasio diariamente y que era un hombre fuerte. Era imposible no fijarse en sus bíceps.

No era un sujeto atractivo aunque su cuerpo fuera perfecto. Las facciones de su cara eran desagradables, al menos para mí. Tenía la nariz muy ancha y sus ojos azules eran muy pequeños y juntos. Además, tenía las cejas muy pobladas y rubias. Sin embargo, algo me dijo que él creía que era un tipo seductor.

—Me ha dicho Merrick, de seguridad, que son detectives de homicidios. Es la primera vez que alguien de la Policía viene aquí. Pasen y siéntense, por favor —invitó.

Luego, con una taza blanca sostenida en su mano izquierda, caminó hacia un escritorio que ocupaba el centro del despacho, la puso allí y se dirigió a nosotras para darnos la mano.

Primero lo hizo con Anne y luego conmigo. No experimenté nada al estrecharla. Solo noté que era muy pálida y estaba fría. Clifford,

entonces, me pareció un lagarto blanco. Tenía la cara pequeña y la forma de su peinado hacía recordar una cresta como la que tienen algunos de esos animales.

—¿Conoce usted a una mujer llamada Dakota Davis? —preguntó Anne una vez que nos sentamos en las sillas frente al escritorio y él ocupó el lugar que lo presidía.

—Sí. Lo sé porque no es un nombre común entre los miembros del club. Además, tengo una memoria de elefante. Dakota Emily Davis Hoff. No le tiene miedo a nada. ¿Qué ha pasado? ¿Ha tenido algún problema?

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—No lo recuerdo. Creo que hará un par de semanas, pero no estoy seguro —dijo y con su mano izquierda se rascó la barbilla. Me pareció ver un fino corte en su dedo anular.

—¿Qué tanto la conoce?

—Hablé con ella un par de veces. Era del tipo de «miembro fácil». Así llamamos a quienes no se arrepienten y dan buenas contribuciones al club. No lo creerán, pero algunas veces alguien cuenta con la acreditación para el lanzamiento y cuando llega el momento de la verdad, cuando debes poner el pie en el vacío, se arrepiente. Eso es molesto. Nos sucedió hace poco con un chico, y por eso ahora estamos más atentos a cualquier «duda» que podamos detectar en nuestros clientes.

—¿Las veces que vio a Dakota estaba sola o acompañada?

—Sola —respondió él.

—¿Podría decirnos algo más sobre ella? Cualquier cosa —pregunté.

—Creo que era abogada. La escuché hablando por teléfono la primera vez que vino aquí. Atendió una llamada, allí mismo donde está usted sentada —dijo y señaló el lugar donde me encontraba, después siguió hablando—. Nos acababa de pasar lo del cliente «tipo B» y yo en persona me empeñé en hacer las entrevistas de aceptación de los nuevos miembros. Fue cuando conocí a Dakota. Ella se disculpó al atender la llamada y dijo que era algo importante. Después me explicó que estaba armando la defensa de alguien acusado injustamente.

—¿Recuerda su nombre? —pregunté.

—Sí. He dicho que tengo una excelente memoria auditiva, aunque no tanto visual. La persona con la que hablaba se llamaba Lindsay Taylor.

Anne cambió de expresión. La comisura de sus labios tembló por unos segundos.

PARTE III

1

—Obtendrás todo el poder que siempre has deseado.

Eso le dijo la persona días antes de que asesinara a Abril Smith. Lo estaba recordando y sentía una honda satisfacción que nunca antes había experimentado.

—Será un poder que ni siquiera imaginas, a cambio del sacrificio de las víctimas, de esas mujeres que están mucho mejor calladas.

Eso le había dicho aquella tarde la persona que le había ofrecido el trato extraordinario. Ahora pensaba en que había valido la pena actuar como lo hizo y aceptar la proposición porque esos instantes de las muertes de Abril y Dakota fueron inigualables. Los segundos del último soplo de vida abandonándolas que quedó grabado en sus ojos. Nunca antes se había sentido como una deidad. Estaba cumpliendo con la oscuridad y obteniendo un gran favor a cambio.

No podía sacar de su mente aquellos momentos que había llamado para sí «dorados» porque eran brillantes y valiosos, únicos. Uno de ellos, el más preciado, fue cuando sometió a Abril ante su total desconcierto, cuando la violó y luego bordeó su cuello con las manos y apretó fuerte. Sintió cómo su espíritu dejó de estar allí y su pensamiento se volvió blanco y ausente, convirtiéndose solo en una masa de músculos y huesos lo que antes había sido una mujer hermosa e inteligente.

Sin embargo, una cosa le preocupaba. Se seguía haciendo la pregunta sobre la metamorfosis que iba a padecer producto de su cercanía con lo que en su interior llamaba la «luz negra». No quería ser como un insecto que se acercaba a algo deslumbrante que luego lo quemara. Intuía que la persona que le había hecho la oferta de los asesinatos era muy poderosa de una manera sobrehumana.

Intentó acallar sus temores porque hasta ahora se había sentido muy bien y no había consecuencias negativas de sus actos, sino al contrario. Terminó de tomarse el trago y dejó el vaso sobre la mesa del comedor. Su celular vibró y lo sacó del bolsillo del pantalón.

Escuchó la voz del otro lado de la línea. Era una voz aguda que conocía muy bien, que amaba y odiaba a la vez.

—Hola. ¿Recuerdas a Nathalie, aquella niña pecosa vecina tuya? Pues ha sido contratada en el Laboratorio Europeo de Física de Partículas en Suiza. ¿Puedes creerlo?

No había olvidado a Nathalie. Fue la primera chica que odió con obsesión, tan lista, siempre con la respuesta correcta a todo lo que se preguntaba. Por eso había contaminado la venda que se ofreció a ponerle en la herida del brazo aquella vez que rozó la reja oxidada. Le resultó fácil hacerlo porque era crédula.

Le hubiese gustado apretar el cuello de Nathalie como lo hizo con el de Abril y el de Dakota. Su metamorfosis se estaba acelerando producto del pacto que había hecho y no podría detenerla, nunca, aunque quisiera.

• • •

Patsy escuchaba a su madre mientras intentaba sin éxito encender el auto. Eran casi las diez de la noche y el sol ya se había ocultado. Habían pasado el día en la casa de su hermano Timothy. No había estado mal la barbacoa, aunque el calor fue bochornoso a todas horas.

—Mamá, no te preocupes. Algunas veces me ha pasado esto de vuelta a casa, y después de varios intentos, el motor se enciende.

—No estoy preocupada, bonita. Solo cansada. Creo que abusé con la sangría. Dijo Melanie que no le había puesto ron, pero creo que sí lo hizo —comentó la madre de Patsy y luego sonrió con picardía.

Su hija la miró y sintió ternura. La amaba y sabía que, para ella, haber perdido la visión fue terrible. Pero era tan increíble que aún conservaba el buen humor y las ganas de vivir intactas.

Miró su perfil, su nariz recta y algunos mechones rebeldes de su pelo gris que quedaron fuera del moño que se había hecho en casa de Timothy porque su cuello sudaba y el calor era abrasador.

Si su madre hubiese podido ver su rostro, hubiese percibido que Patsy estaba preocupada. La alarmaba haberse quedado accidentada a varios kilómetros de Wichita sin ni siquiera haber llegado al punto donde estaba el cartel del desvío para el Terradyne Country Club, en medio de la oscuridad y la más absoluta soledad. Desde la mañana había tenido un mal presentimiento, como un vacío en la boca del estómago que no la abandonó ni siquiera con lo bien que la había pasado en la casa de su hermano.

Patsy continuaba intentando encender el auto, pero ya comenzaba a convencerse de que sus esfuerzos eran inútiles.

—Mamá, creo que lo mejor es que vaya andando a la estación de gasolina que dejamos atrás. Está como a un kilómetro de aquí. Mi celular no tiene cobertura justo en este lugar. Ya lo he comprobado.

¿Estarás bien? —preguntó Patsy mirando a su madre.

—Claro, cariño. Anda. Puede que hasta me quede dormida. La sangría de Melanie ha sido como una bomba para mí —insistió.

En ese momento, Patsy se dio cuenta de que un auto se acercaba. Vio las luces a lo lejos.

—Espera, mamá, puede que no tenga que irme. Viene alguien… —dijo.

Aguardó en silencio. Su madre ni siquiera se movía. Estaba intentando escuchar algo. Desde que estaba ciega, había pretendido agudizar el oído y lo había conseguido. La madre de Patsy escuchó que un auto se detuvo cerca.

—Hola. ¿Puedo ayudarles en algo? —preguntó quién conducía.

—No logro encenderlo. Si pudiera llamar al número de emergencia se lo agradecería —respondió Patsy.

—Claro. No hay problema —se apresuró a decir la persona que estaba al volante, pero un par de segundos después continuó hablando —. Lo siento, me he quedado sin batería en el celular. Puedo acercarla a la estación de servicio que acabo de dejar atrás. Allí podrá comunicarse con algún servicio de grúa o con alguien…

—Está bien. Había pensado ir allí. Muchas gracias —respondió Patsy.

—Querida, ¿por qué no le dices que llame a Timothy…? —dijo Helen, la madre de Patsy, quien de repente le tomó el brazo en un impulso.

Había sentido miedo.

—Tranquila, mamá. No es peligroso. Y es muy guapo —le respondió en voz apenas audible.

Helen sonrió y soltó el brazo de su hija. Patsy salió del auto y se subió al otro vehículo. Helen escuchó el inicio de una conversación antes de que oyera la puerta cerrarse.

—Me llamo Patsy.

—Mucho gusto. Mi nombre es…

2

—¿Qué significa «un cliente B»? —pregunté, en parte porque me interesaba la respuesta, pero sobre todo para darle tiempo a Anne a que se recuperara del impacto que le produjo haber escuchado ese nombre. Luego tendría que explicarme su actitud.

—Son los que se arrepienten cuando llega la hora de saltar —respondió Clifford, moviendo su cuerpo hacia atrás y apoyando la espalda en la silla.

Me fijé, entonces, en una fotografía en blanco y negro que colgaba en la pared, detrás de Clifford. Mostraba a dos libélulas azules. Ellas se veían nítidas, pero detrás se mostraba un campo de flores borrosas. Uno de los insectos parecía estar muerto cuando lo fotografiaron y el otro movía sus alas al momento de la toma de la imagen.

«¿Y si fueran dos asesinos?», me pregunté mentalmente.

—¿Qué estuvo haciendo la noche de ayer? —preguntó Anne sacándome de mis pensamientos.

—¿Soy sospechoso? ¿Es que le pasó algo a Dakota Davis? —insinuó Clifford, y cuando hizo la última interrogante entrecerró, los ojos y movió la cabeza hacia adelante.

—Son preguntas de rutina. Por favor, contésteme —exigió Anne.

—Pues anoche estuve con mi esposa.

En ese momento, escuché la puerta del despacho abrirse de golpe. Una mujer con el cuello muy delgado, que vestía un modelo llamativo color verde oliva, apareció tras ella. Me dio la impresión de que debía ser bailarina de *ballet*, por su figura. Tenía el pelo negrísimo y recogido en una cola de caballo.

—Cariño, justo hablaba de ti —dijo Clifford. Algo en su entonación había cambiado.

Se acomodó hacia delante como en estado de alerta. La mujer caminó con paso decidido hacia donde nos encontrábamos sentados. Se detuvo junto a Anne y nos miró por unos segundos a las dos. Luego volteó la mirada hacia Clifford.

—Son detectives del Departamento de Homicidios. No me lo han dicho, pero creo que a una de las miembros del club le ha sucedido

algo malo. No sé si la recuerdas, la chica abogada, Dakota Davis… —completó.

—Soy Mary Jane Bach Tucker —dijo la mujer.

Ya yo lo sabía. La constitución del cabello y la barbilla partida eran dos características inconfundibles. Acababa de ver esos mismos rasgos minutos antes en el hombre de la página web del club Blue Greatness, en el poderoso Elías Bach.

3

—¿Qué le ha sucedido a Dakota Davis? Lo que sea que estén buscando, deben hacerlo en relación con su profesión. Si se dedicaba a defender personas peligrosas, allí puede estar la clave —aventuró Mary Jane Bach.

Ella continuaba de pie, pero se había aproximado más a la silla donde se hallaba Clifford y posó la mano sobre su hombro. Él se veía nervioso, como si no supiera a dónde mirar, si a ella, hacia arriba o a nosotras, al frente. Parecía estar aguardando instrucciones.

No sé por qué recordé una película de terror en la que había un ventrílocuo. Era como si una voz dentro de mí comparara a Clifford Welch con un muñeco.

—No podemos hablar del caso. Además, somos nosotras las que hacemos las preguntas —respondió Anne con una voz que denotaba firmeza.

Mary Jane exhibió una sonrisa que mostraba una dentadura perfecta.

—Claro. Es cierto. Además, ustedes saben cómo llevar adelante su trabajo. Tenemos la mejor disposición de brindar toda la información posible, aunque me temo que es poco lo que podemos decirles. Vi a Dakota antes de lanzarse al vacío. Era una chica decidida y muy valiente. Creo que era la primera vez que lo hacía, y no la percibí para nada nerviosa.

—¿Usted estaba en el avión? ¿Es instructora? —pregunté.

—No soy instructora, pero sí me encontraba en el avión cuando Dakota se lanzó la primera vez que lo hizo. Su instructor es Danny Malone. Podemos darles sus señas, porque hoy no se encuentra en el centro. Tal vez él sepa algo más sobre ella. Asumo que la asesinaron porque, si no, ustedes no estarían aquí —completó.

Noté que, después de decir eso, ejerció mayor presión con su mano en el hombro de Clifford antes de apartarla.

Entonces él dijo:

—Si me preguntan mi impresión de Dakota, diría que era una buena chica, pero un poco atrevida y alocada, como todas las mujeres

que a cierta edad se creen jovencitas y sacan los pies fuera del tiesto.

Se había transformado. La presencia de Mary Jane había activado una parte de él llena de condescendencia y paternalismo en la superficie. En el fondo, presentí odio y resentimiento.

—¿No es necesario ser «atrevida» para practicar deportes como los que aquí se gestionan? ¿Acaso no vive esta empresa de la gente «atrevida»? —pregunté.

Mary Jane me miró con ira, pero si algo sabía hacer esa mujer era disimular. Sus ojos color gris oscuro se clavaron en mí como dos flechas, pero luego su rostro pareció esculpido en piedra.

—Algunas veces Clifford emite opiniones que pueden lucir condescendientes. No ha querido criticar a nadie. Y como usted dice, es verdad que si no fuera por esa dosis de aventura y riesgo que algunas personas tienen, un negocio como este no tendría futuro. Sobre todo porque somos nosotros quienes brindamos mayor emoción, dada la naturaleza de nuestros aviones —respondió Mary Jane.

Anne pidió las señas de Malone y nos despedimos de ellos. Supe que había preferido no continuar haciendo preguntas por el momento. Pensé que el hecho de que Mary Jane perteneciera a una de las familias más ricas de la ciudad podía tener que ver con esa decisión. Después de todo, Anne había sido jefa del Departamento de Homicidios y debía poseer un buen manejo político de las situaciones; sabría cuándo atacar y cuándo retirarse para luego, con más argumentos, volver al ataque. No teníamos nada contra ellos y Dakota solo había sido miembro de ese club de paracaidismo como quizás lo fue de algún otro grupo o club. Teníamos que investigar más sobre su vida antes de volver con ellos, si es que lo hacíamos.

Cuando estuvimos dentro del auto, apenas Anne lo puso a andar, le pregunté por qué se había alarmado al escuchar el nombre de Lindsay Taylor. Su respuesta me dejó sorprendida.

4

—Porque alguien llamado Lindsay Taylor visitó en la cárcel a Gerard Haynes —me dijo.

—¿Estás segura? —pregunté.

—En cuanto supe que Haynes había salido de la cárcel comencé a averiguar todo sobre él. Gracias a Dios, tengo amigos en todas partes que me dan información precisa. Estoy segura —afirmó.

—Sí que es extraño —reconocí.

—Dakota hablaba con Lindsay días antes de morir. Lindsay visitaba a Gerard. Gerard tiene una historia conmigo y Abril también, y con Harry. ¿Todavía no lo ves? Yo soy la conexión entre las dos víctimas.

—No lo sé, Anne. Pudo ser coincidencia. Tenemos que investigar más sobre la vida de Dakota Davis. Vamos a ver a Malone primero antes de seguir haciendo conjeturas. ¿Qué opinión te causó Clifford? —pregunté, cambiando el tema.

—Un pobre diablo. ¿No te fijaste cómo cambió cuando ella llegó? Es que estar casado con una Bach debe ser un estrés permanente. No sé si es hija, sobrina o nieta de quien toma las decisiones en las empresas Bach, pero ese apellido impone demasiadas reglas a quien esté ligado a él de cualquier manera.

—Es cierto, pero tuve la sensación de que ese hombre se creía desde el principio algo que no era. No te parece que cuando ella no estaba actuaba como si fuese un sujeto muy atractivo. Lo percibí muy satisfecho de sí mismo.

—A mí me parece atractivo de cierta manera —reconoció Anne.

—Cuando tenía dieciséis años, conocí a un chico, un vecino de la casa de mi abuela, que estoy segura veía su imagen distorsionada cuando se miraba al espejo. Mi abuela decía que era como un espíritu de galgo dentro de un perro sin clase… Perdona, tiendo a divagar —me disculpé.

—Te entiendo. La verdad es que me pareció un hombre «atrapado».

Me quedé pensando en la palabra que acababa de pronunciar

Anne.

Clifford Welch no me gustaba, y me parecía que era lo bastante «doble» como para ser un asesino serial en las noches y un esposo sumiso de las órdenes de Mary Jane durante el día. Esa rabia que había detectado en él al dar su opinión sobre la personalidad de Dakota me llevaba a pensar eso porque estaba segura de que el asesino también odiaba a las mujeres.

—Vamos a hablar con Malone y después con Lindsay Taylor. Antes de encontrarnos con ella, quiero saber un poco más de su relación con Gerard. También tener una mejor idea de quién es —afirmó Anne.

Después de eso, llamó a Ender y le pidió que se ocupara de investigar lo que pudiera sobre esa mujer. También que confirmara si Dakota Davis no tenía algún familiar, aunque fuera lejano, que nos pudiera brindar información.

La imagen de las libélulas azules de la fotografía tras Clifford volvió a mi cabeza como un *flash*. Me pregunté si no se trataría de dos asesinos. Si uno no devolvía la vida al otro a través de un aleteo constante, como la libélula de la foto. Un aleteo que, en este caso, consistía en asesinar mujeres.

Recordé que Anne le había preguntado a Lilian que si no podría tratarse de una asesina. Tal vez a mi compañera ya se le había ocurrido que el criminal era una mujer que quería que pensáramos que era un hombre. Pero también podría tratarse de una pareja que obtenía placer actuando en conjunto y que se transformaban el uno al otro a través del sufrimiento de un tercero.

5

Danny Malone no nos dijo nada de valor. Además, tenía una buena coartada para las dos noches de los asesinatos. La del 4 de Julio estaba en Nueva York, visitando a los padres de su esposa, y la noche pasada se encontraba en cama con un resfriado. Su esposa, la hermana de ella y su novio estaban en casa y podían confirmar que él no salió a ninguna parte.

Malone nos dijo que Dakota Davis era una excelente aprendiza, que era una mujer decidida e interesante. Nunca la oyó hablar por teléfono con nadie y no la conocía más allá de las prácticas en Blue Greatness.

—Es como si no diéramos con nada. Tengo la sensación de que las víctimas eran mujeres perfectas, pero la perfección no existe. Llega un momento en el que nos topamos con un muro de piedra que no nos deja continuar. Todos dicen lo mismo de ellas, pero nadie sabe si salían con alguien peligroso. Jay va a enloquecer cuando le diga que no tenemos ni una pista… —se lamentó Anne cuando volvíamos a la oficina después de entrevistar a Malone.

Llegamos al Departamento de Homicidios a las cinco de la tarde. Lilian ya nos había enviado el informe preliminar de la autopsia de Davis. No había dudas de que era el mismo *modus operandi* del asesino de Abril. A Dakota la habían asesinado entre las diez y las doce de la noche. La habían violado y luego estrangulado.

—Trabajemos en el salón de reuniones. Concentrémonos en el perfil del asesino —sugirió Anne apenas cruzamos la puerta del departamento.

Me pareció buena idea. En menos de cinco minutos nos encontrábamos a puerta cerrada en una sala donde había una gran pizarra blanca en una de las paredes, y una mesa larga dispuesta en el centro. Además, había una encimera con una cafetera, una tetera y varias botellitas de agua. También unos sobres de sopa instantánea y algunas tazas con el logo del Departamento de Policía de Wichita.

Era la primera vez que entraba en ese lugar y no sé por qué lo encontré sombrío, perturbador. Supuse que antes esa habitación había

albergado fotografías de otras víctimas, documentos de expedientes de asesinatos que pudieron permanecer allí en la mesa o en la pizarra para que los investigadores analizaran los datos. Eso pudo impregnar el ambiente de esa perturbación que experimenté.

Anne se sentó junto a la mesa y me invitó a expresar mis ideas. Me detuve cerca de la pizarra y tomé un rotulador negro que había al pie de ella. Escribí por unos minutos algunas palabras que ordenaban mis pensamientos y luego comencé a explicarme.

—Eso que has dicho antes, lo del muro, es importante. Puede que lo que active el deseo de acabar con las víctimas sea justo eso que mencionaste, que el asesino también se tope con un muro en algún momento. Voy a intentar explicarme. Supón que el criminal se siente atraído por ellas. Le gusta la inteligencia y la belleza, pero luego esa atracción se transforma en ira, en una envidia ciega. Como diría Lilian, se vuelve «Yago», y por eso se venga, las viola y las estrangula. Algo hace «crac» dentro de él en un momento y son justo este tipo de mujeres, como Abril y Dakota, las que desatan sus impulsos criminales, no otras. Tal vez se parecen a alguna mujer significativa en su infancia que luego lo defraudó, o a una que le ha causado una y otra vez infelicidad. Este asesino siente un odio fulminante, lo que queda claro por la forma como mata a sus víctimas, pero podría ser alguien simpático que luciera inofensivo. Y después, lo de bañarlas, es algo que no sé descifrar —expliqué.

Lo que realmente me preocupaba del baño no podía decirlo; que a los niños de Topeka también los habían aseado.

En ese momento, Ender abrió la puerta de la sala.

—Perdonen, he olvidado tocar… a veces me pasa cuando estoy distraído, pensando en otra cosa. Quería decirles que he hallado algo en las redes y deberían verlo.

—¿Sobre Lindsay Taylor? —preguntó Anne.

—No. Es sobre ti, Anne —respondió.

6

—¿Qué puede haber sobre mí…? —comenzó a preguntar Anne cuando Jaydan Cooper apareció tras Ender—. Okey, Ender, luego lo hablamos.

El jefe entró en la sala y se detuvo junto a mí, miró a la pizarra y leyó lo que había estado escribiendo.

—¿Qué tenemos? —preguntó después.

—Hemos trazado un perfil inicial del asesino, basado sobre todo en las víctimas. En las escenas no hay nada. Creemos que algo en las personalidades de Abril y Dakota ha sido detonante para desear asesinarlas. Necesita dominarlas, y eso debe causarle placer —afirmé.

—¿Por qué las asea? He leído el informe forense. Lo hace con un detergente especial. ¿Han pensado en eso? —dijo el jefe.

—¿Porque lo tiene a su disposición? —aventuró Anne.

—Nos quiere decir algo con eso. Y con lo de las bragas en la boca —sugerí.

—¿Algo como qué? —continuó indagando Jay.

Ender me observaba. Me tomé un tiempo para explicarme.

—Es inteligente, no deja pistas, pero usa un detergente que es especial. Eso me parece que es a propósito. Quiere que nos informemos acerca de él. Tal vez nos desea decir que es un sujeto ordenado y limpio, no una bestia. No es un detergente con una fragancia que evoque misticismo ni nada religioso, como el incienso. Es más bien un detergente muy potente que, en todo caso, evoca a una limpieza profunda, a asepsia médica. Y lo de las bragas puede ser una marca de dominio. Una prenda íntima metida en la boca y cortada es una muestra de violencia. Puede que odie la inteligencia de las víctimas, de las mujeres en general. La inteligencia de alguien se conoce por sus palabras, es a través de ellas que reconocemos la calidad del razonamiento. También por la forma de comer se revela la educación. No quiero divagar, no sé si me entienden. Su firma es dejar claro que las palabras y la educación de las mujeres quedan anuladas, obstruidas por la única cosa que vale en ellas: el sexo, la vagina. Esto es lo que representan las bragas en la boca. Volver a poner todo en su

lugar. Una mujer es un ser dominado que solo sirve para brindar placer sexual, y por eso debe estar callada. También debe estar limpia y ser bañada por alguien más, porque ella es incompetente para hacerlo. Lo de los cortes me sigue molestando porque no entiendo qué significan —concluí.

—Creo que te has explicado muy bien, Alexis —dijo el jefe y se quedó mirándome como si eso le extrañara.

Puede que no confiara del todo en mi capacidad, pero en ese momento lo vi complacido. Un ruido repentino nos sacó de la conversación y Anne lanzó una corta exclamación de sorpresa.

Yo me había enfrascado tanto en la explicación que daba al jefe que olvidé la presencia de Ender y no noté que había caminado por la sala hasta detenerse junto a la encimera. El sonido provino del estallido de una de las tazas de café al chocar contra el suelo. A Ender se le había caído de las manos.

7

—¡Jesús! —dijo Anne llevando su mano derecha al corazón.

Me quedé mirando un trozo de la taza que mostraba una superficie puntiaguda que podía hacer daño. Entonces imaginé una mano de mujer, su dedo índice pinchado con una gota de sangre.

«Ella se hirió con algo y luego tocó la carpeta», me dije. Me refería a los restos de sangre en la carpeta de Dakota que hallamos en el auto. No sabía por qué me había acordado de aquello en ese momento.

—Ender, no has perdido la costumbre de romper cosas —criticó Anne. Fue cuando comprendí que ella continuaba tan nerviosa como el día que la conocí, cuando ya se sentía acechada. Su reacción había sido exagerada.

Observé a Ender recoger la pieza puntiaguda.

—Perdón —se limitó a decir él.

—No importa. Déjalo. Anne, ven conmigo al despacho. Tenemos que definir algunos detalles de la ceremonia de tu reconocimiento —ordenó el jefe.

—Está bien, Jay —respondió Anne.

Ambos salieron. Ender seguía recogiendo los pedazos más pequeños de la taza y yo me quedé mirándolo. Lo noté más desgarbado que nunca y también más pálido. Tal vez porque las camisetas que llevaba, una sobre la otra, eran negras. O porque esta vez no usaba la gorra y pude ver que su pelo era casi blanco, y eso le daba una imagen de mayor palidez.

—Mi madre hoy ha tenido una crisis. No está bien. Ahora la cuida una enfermera que ayuda a papá. He tenido que imponerme un poco porque no les gusta gastar, así que a la enfermera la pago yo. Es incómodo el ambiente de casa. Mis padres dicen que soy un derrochador. Siempre lo han dicho en realidad… —confesó.

Tuve una idea clara de su crianza. Pertenecía a esas familias que consideran que la mayoría de los gastos que no son básicos para conservar la vida son superfluos. Carecen de imaginación para comprender que ir a una heladería o comprar unos patines nuevos también resulta indispensable, porque son las cosas como esas las que

hacen felices a los niños. Si hubiese tenido que apostar, hubiese dicho que quien llevaba la voz cantante de la austeridad en casa de Ender era la madre, ahora enferma. El muchacho cada vez me recordaba más a Logan Callen, el expaciente que encontré la noche del 4 de Julio junto al río Arkansas. En su caso, la historia familiar estaba dominada por una madre controladora y también en exceso austera, que siempre se oponía a los gastos «innecesarios».

—Creo que está muy bien que reconozcan a Anne. Ha sido la mejor jefa que ha tenido este lugar. Ella me contrató… —dijo Ender.

—¿Cuándo es la ceremonia? —pregunté.

—Dentro de dos días. Vendrá el alcalde. Todos están muy complacidos con la reestructuración del departamento, y fue su obra, antes de que se fuera de permiso por lo del divorcio de Harry. Ella se lo merece. Es muy buena madre y no escatima esfuerzos para hacer feliz a sus chicos. Ellos solo tienen que decir un sábado en la mañana que quieren ir al zoo para que ella seque sus manos, busque las llaves del auto y sin esperar ni un segundo salga de casa para complacerlos. Es genial.

Yo pensé: «Otra vez el zoo». Ese animal, el de las orejas redondeadas, volvía a mi cabeza. El que huía del hombre que odiaba a las mujeres.

8

—¿Sabes lo sucedido en el caso de Gerard Haynes? —le pregunté a Ender.

—Sí. Ya estaba trabajando aquí y a Anne ese asunto le dio muchos dolores de cabeza. Ahora, cuando me pidieron que investigara a Lindsay Taylor, me di cuenta de que la sombra de Haynes volvía a aparecer sobre Anne y lo lamenté.

—¿Podrías explicarme mejor lo que pasó con Gerard? —le pregunté.

Ender terminó de tirar los pedazos más pequeños de la taza desecha y tomó otra para servirse café. Era lo suficientemente tímido para no ofrecerme uno a mí. Él solo interactuaba en relación con el trabajo. La cortesía no entraba en su «radar» más por falta de roce social que por desinterés.

Lo invité a sentarse después de que puso café en su taza, y eso hizo. Yo me acomodé delante de él.

—Muchas personas creen que Haynes es inocente, pero Anne no es una de ellas. Gerard Haynes fue un niño abandonado que se crio en casas de acogida. Cuando era un adolescente, practicó por un breve periodo de tiempo la prostitución y también consumía drogas. Luego conoció a una miembro de una fundación religiosa llamada Good Hope, que lo ayudó a salir del foso y le ofreció consultas psicológicas.

Yo conocía esa fundación. Había sido objeto de un escándalo hacía unos años porque su líder, una mujer a quien llamaban «Sarah Grace», empleaba métodos de recaudación de fondos cuestionables.

—La fundación fue disuelta y la líder nunca fue atrapada. Creo que hubo un asunto de fraude y enriquecimiento ilícito, pero para muchos esa institución significó la diferencia entre seguir viviendo de manera miserable o al menos tener algo parecido a una familia. El asunto es que Haynes aprendió a trabajar y se alejó de la vida que había llevado hasta entonces. Después se mudó a un pueblo llamado Atchison. ¿Conoces ese lugar? —me preguntó.

No esperó a que le respondiera.

—Es el pueblo natal de la célebre aviadora Amelia Earhart.

Podemos decir que la vida de Haynes cambió por completo. Se convirtió en un hombre atractivo y fuerte, que, aunque tenía mal carácter, nunca fue acusado de violencia hasta que pasó. Una chica que había tenido una relación íntima con él lo acusó de violación. Se llama Lucille Sanders. Lo que alegó Haynes fue que ella se lo había inventado todo porque él la dejó y no supo aceptarlo. Lucille tenía un primo que andaba en malos pasos y, al final, le encargó que le diera una paliza a Haynes cuando todos sus intentos de que él no terminara la relación resultaron fallidos. Fue al primo de Sanders y su cómplice a quienes Haynes envió al hospital. Dijo que fue en defensa propia. Es un hombre fuerte y no pudieron someterlo en la pelea. Además, Haynes declaró haber estado preparado para un ataque encargado por Lucille Sanders porque la conocía y sabía «de lo que era capaz».

—¿Has leído el expediente de Haynes? —le pregunté a Ender. Me parecía que contaba con muchos detalles de su vida.

—Sí. Estuve con Anne en ese entonces. Después de la agresión, sucedió lo de los asesinatos. Una noche, volviendo de un bar, Haynes fue emboscado. Él declaró que no recordaba nada, solo un golpe en la cabeza cuando cruzó una esquina de una calle peligrosa de vuelta a casa. A la mañana siguiente, dos hombres fueron encontrados muertos cerca del lugar donde Haynes despertó. Eran el primo de Lucille y su amigo, los mismos protagonistas del suceso anterior. Todo indicaba que Haynes los había matado a golpes, pero en realidad no encontramos pruebas que lo inculparan. Anne estaba segura de que él había cometido el asesinato.

—¿Y tú? ¿Lo estás? —pregunté porque no me lo parecía.

Ender me miró a los ojos. Hasta ese momento, mientras hablaba, había mantenido la mirada en la taza que sostenía entre las manos.

—No —respondió. Noté que le costó hacerlo.

Después continuó hablando.

—Lindsay Taylor es la novia de Haynes. Ahora mismo creo que se han mudado juntos. Ella le escribía mientras él estaba preso. Creo que se conocieron a través de Innocence Project, la organización que promueve la defensa justa de los acusados de crímenes. Lindsay continúa perteneciendo a ella. Además es chef y trabaja en un restaurante llamado The Crane. Es de los locales nuevos que han abierto en el Centro, en la zona recuperada, bastante cerca de aquí. Su padre es profesor en la Universidad de Wichita. Creo que tiene ideas progresistas gracias a él. Ha estado ligada desde joven a movimientos políticos y adelanta una propuesta de «gastronomía biográfica» en su restaurante. También ofrece la comida que le sobra y está en buen estado a la gente sin hogar.

—¿Tú crees que Haynes odia a las mujeres? —le pregunté.

—¿Y quién no lo hace o lo ha hecho alguna vez?

Esa fue la extraña respuesta de Ender.

9

—Quiero decir que quién en su situación no lo haría. Su madre lo abandonó y después una mujer obsesionada intentó matarlo. Es normal —explicó.

—¿Y odiará a Anne? —pregunté.

—Con toda seguridad. La jefa… perdón, ya no lo es… es testaruda y cuando se le mete algo en la cabeza no hay quién se lo saque. Ella desde el principio pensó que Gerard era culpable de los asesinatos.

—Cuando viniste aquí, antes de que el sargento Cooper llegara, dijiste que habías encontrado algo sobre Anne en las redes. ¿A qué te referías?

—He hallado una serie de insultos y descalificaciones sobre Anne en varias cuentas falsas y no he podido descubrir el IP de donde provienen. Quien sea el autor, sabe cubrir bien sus pasos. Primero llego a un servidor ruso y de allí pierdo la pista —confesó Ender en voz cada vez más baja.

—¿Qué tan graves son los insultos? —continué indagando.

—Si no fuera por una cosa, me parecerían sin importancia —respondió.

—¿Por qué? —pregunté.

—Alguien afirma que el exesposo de Anne conocía a Abril Smith. Y dice que Anne lo sabe.

La imagen del licaón hembra que salió del agua vino a mi cabeza de nuevo. La que era perseguida por el hombre. Pensé por un segundo que Harry podía ser quien seguía a Anne, que la odiara calladamente y que quisiera hacerle daño vulnerando su imagen. Antes había pensado que se trataba del asesino de Abril, pero hasta ahora nada lo relacionaba con Dakota Davis.

—¿Qué opinas de Harry?

Cuando hice esa pregunta, recuerdo que una moneda cayó al suelo. Supuse que se había salido del bolsillo de los vaqueros gastados de Ender. El objeto rodó hasta que tropezó con la pared, donde pendía la pizarra que yo había estado utilizando minutos antes. Dio varias

vueltas y se detuvo para caer mostrando una de sus caras.

—Otra vez «el hombre de Vitruvio» ha querido escapar de mi poder —dijo Ender y sonrió.

Debí poner cara de incomprensión porque él se vio en la necesidad de explicarse.

—El *Hombre de Vitruvio*, la imagen famosa de Leonardo da Vinci. Lo llevo en una moneda que me ha dado suerte. La encontré el día que me contrataron en este departamento. Creo que pertenece a un casino, en algún lugar de Kansas, donde dicen que jugó alguna vez el actor Bud Spencer. Desde ese día siempre me acompaña. El *Hombre de Vitruvio* representa la medición de las dimensiones del cuerpo humano.

Lo sabía. Una moneda con esa figura había sido dejada dentro del vientre de Devin cuando lo asesinaron. Sus piernas y sus manos habían sido llevadas a una posición que imitaba en algo a esa figura famosa.

Sentí que mi sangre se heló dentro de mi cuerpo. Esperé a que Ender la recogiera. Se levantó y caminó desgarbado y arrastrando los pies hasta llegar al lugar donde había quedado la moneda. Le pedí que me la enseñara en cuanto se volvió a acercar a mí. Era idéntica a la de Devin. Ender poseía el horrendo objeto que representaba lo más terrible en mi vida y que nunca había querido volver a ver.

El frío de muerte se apoderó de mis sienes y mi garganta, y las palabras de Lilian aparecieron de pronto en mi cabeza: «El asesino no deja ninguna pista…».

¿Cómo dejarlas si es que se trata de alguien que conoce a fondo los procedimientos policiales?, esa fue la pregunta que me hice y mis piernas comenzaron a temblar.

PARTE IV

1

La vio levantarse de la cama. Llevaba puesta una pijama color gris claro con pequeños círculos blancos y rosas.

«Debía ser nueva», se dijo. La observó caminar hacia el baño y luego desaparecer. La cámara no cubría esa área de la casa. La otra cámara que había instalado le daba la visión de la sala, el comedor y la cocina.

Esperó impaciente. Entonces escuchó un ruido cercano, justo detrás de la puerta de su cuarto. «Será ella, que ya se despertó», pensó. Contuvo la respiración para que la mujer que vivía con él no escuchara ningún sonido y pensara que aún dormía. En efecto, la mujer del otro lado de la puerta siguió de largo y apagó la luz del corredor.

Él continuó aguardando a que la mujer de la pijama, que se había convertido en su obsesión, volviera a entrar en su campo visual. Al cabo de varios minutos, pudo observarla de nuevo. Estaba de suerte: Anne no tenía sueño y había decidido tomar la computadora portátil y trabajar un poco sobre la cama.

Logró ver su rostro con claridad, y le encantaba cuando eso pasaba. Para poder observarla a todas horas, había instalado esas cámaras en la computadora portátil de Anne Ashton y en varias áreas de su casa.

• • •

Gerard tomó la última caja y caminó. Ahora, oficialmente, se había mudado al apartamento de Lindsay, en el barrio de Hilltop. Se trataba de un apartamento que le había costado a su novia treinta mil dólares, tenía ochenta metros cuadrados, las paredes eran de color verde claro y los suelos, de cuadros blancos y negros. El edificio en la planta baja contaba con un espacio de uso común para todos los residentes, en donde había varios juegos de sala con butacas de color marrón y tres estanterías repletas de libros, revistas y películas.

Todo aquello era un mundo nuevo para Gerard. Sobre todo porque le parecía que quienes vivían en ese lugar, los vecinos de Lindsay,

estaban todos cortados por la misma tijera. Se trataba de chicos irreverentes y «habitantes» del mundo de la creatividad, del diseño y del mercadeo de las redes sociales que no sabían nada de las cosas prácticas de la vida.

Pero Lindsay lo valía todo para él, incluso el verse rodeado de gente con la que no tenía ningún interés en común, de los típicos niños consentidos. Él era otra persona desde que la conoció a través de Innocence Project. Primero fue por cartas y luego ella lo había ido a visitar a la cárcel, y desde entonces, supo que era especial. Muchas veces había querido fundirse con ella en una sola persona y que fuera Lindsay quien gobernara sus pensamientos, sus ideas y calmara su mal carácter. Recordó la primera noche que pasaron juntos, haciendo el amor con una inspiración que él nunca había sentido antes. Lindsay era su alma gemela, atrapada en un cuerpo perfecto, que lo hacía sentir querido. Ella le daba paz. Por eso no podía contradecirla, ni tampoco quería vivir lejos de ella ni un segundo.

Lindsay le había prometido darle una sorpresa en cuanto llegara a casa, pero ahora no se encontraba en el apartamento. Eso le extrañó un poco, sin embargo, pensó que en cualquier momento aparecería.

Dejó la caja sobre la mesa de madera clara, que su novia acababa de comprar para que los dos pudieran comer más cómodos, pues la que tenía antes era muy pequeña. Comenzó a vaciar la caja. Casi no contaba con pertenencias; su vida no había sido fácil. Solo las pocas cosas que le había regalado Sarah Grace. Terminó de desempacar y fue a la cocina por un vaso de agua. En la puerta del refrigerador encontró un sobre cerrado sostenido con un imán. Se fijó en la caligrafía. Conocía esa letra. Abrió el sobre y leyó.

«Ahora debes asesinar a Anne Ashton si quieres una vida buena, sin gente que te conozca y en un lugar lejano. La asesinas y huyes, porque no podrás vivir en paz en esta ciudad, y lo sabes».

La carta venía acompañada de un papel más pequeño con una cifra escrita, un monto en dólares. Junto a los dígitos y entre paréntesis leyó otras palabras: «Esto solo sería un adelanto si la matas. Si no lo haces, algo malo te pasará».

Odiaba a Anne hasta el punto de querer matarla, pero deseaba una vida al lado de Lindsay con algo que él no había tenido en muchos años: amor.

Fue en ese momento cuando supo que lo que sentía por su novia era más poderoso que cualquier otra cosa. Ya no había vuelta atrás para él. Arrugó el sobre y el papel y lo lanzó al basurero que había en la cocina.

2

La puerta se abrió de golpe y Anne y Jay entraron en la sala. En ese momento, creí que era cierto que había sido casualidad que Ender se hubiese encontrado la moneda en el Departamento de Homicidios. Supuse que estaba nerviosa por lo que ese objeto significaba para mí y por el ambiente de ese salón. No podía ser que Ender tuviese algo que ver con la oscuridad. Al estar más cerca de él, yo lo notaría de ser así.

—Le he contado al jefe sobre Gerard Haynes. También que Dakota Davis conocía a Lindsay Taylor, y que esta visitó a Haynes en la cárcel porque pertenece a Innocence Project. Piensa, como tú, que antes de sacar conclusiones hay que investigar más —reconoció Anne.

—Lindsay Taylor es la novia oficial de Gerard. Ya se han mudado juntos —acotó Ender.

Miré al jefe y él me miró a mí. Supe traducir en sus ojos que no estaba convencido de la participación de Gerard en los asesinatos. Era como si todos en el Departamento de Homicidios reconocieran que el tema Haynes era el punto débil de Anne y la dejaran continuar con esa obsesión, pero supieran que la verdad estaba en otra parte.

—Mañana será un nuevo día. Es mejor que se vayan a casa a descansar. Han sido unas horas duras para todos —propuso el jefe Jay.

Salimos de la sala de reuniones y nos dirigimos al estacionamiento. Yo tenía la sensación de que las cosas habían quedado inconclusas, pero era verdad que estaba exhausta. Haber visto la moneda con la imagen del *Hombre de Vitruvio* fue demasiado para mí.

Cuando llegamos al estacionamiento, Ender se fue caminando por un corredor externo del edificio, que se ubicaba en el lado izquierdo y conectaba con la calle Newman. Esta atravesaba la parte trasera de la construcción. Me extrañó que no dijera nada a Anne sobre lo que había conseguido en las redes. Después, el jefe Jay tomó su auto y también se fue.

Anne y yo nos habíamos quedado de pie y de espaldas a la entrada del edificio. Era una noche calurosa y algunos insectos volaban cerca de las luces que iluminaban el estacionamiento. Cuando Anne se despidió de mí, la vi tan cansada que pensé que sería mejor contarle

sobre lo que Ender me había dicho en la mañana y no en ese momento. La observé marcharse y la imaginé llegando a casa y disfrutando, al menos unos minutos, con sus hijos antes de enviarlos a la cama. Luego supuse que temería alguna nueva llamada de quien la acosaba, y miraría varias veces por la ventana. Si de verdad le había contado al jefe sus sospechas sobre Haynes, este debió pensar en poner vigilancia en la casa de Anne.

Me puse en marcha y entonces miré el edificio de Investigación Forense, que se hallaba a la derecha, y vi la luz encendida. Era la de la sala de autopsias donde trabajaba Lilian. Le escribí un mensaje desde mi celular y esperé.

Los últimos rayos de sol caían. Pensé que ya era tarde y sospeché que allí no había nadie, pero escuché el tono de mi teléfono. Había recibido un mensaje. Era Lilian, confirmando que aún se encontraba allí y que estaba sola. Podría ir y tocar el cuerpo de Dakota Davis. ¡Era mi oportunidad! No valía de nada que me hubiese formado para trabajar en el Departamento de Homicidios si no empleaba mi capacidad por completo. Era cierto que no encajaba en aquel lugar, pero tenía que confiar en mí misma y seguir adelante aunque lo que viera al tocar a Dakota fuera perturbador. Tenía miedo, pero no podía actuar de otra manera.

Me encaminé a la puerta de entrada del edificio de Investigación Forense, intentando prepararme para lo que fuera que iba a percibir o ver cuando tocara a Dakota. Llegué a la sala de autopsias. Allí estaba Lilian, escuchando ópera. Era una canción triste. Ella levantó la mirada cuando oyó la puerta abrirse. Di varios pasos en dirección hacia la mesa donde yacía el cuerpo de Dakota.

—Hola, Alexis.

—Hola —respondí.

—Esa es la canción más bella de Puccini. Es la esperanza trágica, el tema central de *Madame Butterfly*. Creo que era lo más adecuado para Dakota. Aunque el personaje se quitó la vida por amor, y esta mujer no lo hizo, se la arrebataron. Todo lo que llega aquí se relaciona a la tragedia, no solo la que envuelve a las víctimas, sino también al asesino…

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Me interesaba escucharla.

—El odio es trágico siempre. Uno se pregunta por qué el asesino odia a sus víctimas, y la razón, estoy segura, debe referirse a algo que no debió ser, algo terrible que pudo haberle pasado a él. Todos llevamos un asesino adentro, solo hay que tocar las teclas adecuadas. Con esto no lo estoy justificando.

—Lo sé —le respondí.

—Tócala. A la pobre chica. Espero que sirva de algo. Permíteme observarte y déjame saber lo que ves. Me interesa, como científica y como mujer. Debemos protegernos entre nosotras. Eso creo firmemente —declaró Lilian.

Aquella noche la notaba diferente. Como si fuese mi aliada desde siempre. Incluso antes de conocerla. Como si hubiésemos vivido la vida conectadas, y ahora nos hubiésemos encontrado y pudiéramos ser útiles la una a la otra.

Me acerqué al cadáver. Una sábana blanca cubría a Dakota hasta los hombros. Toqué su frente. Vi una copa de vino caer y estrellarse contra un suelo de mármol blanco. Y sentí miedo, mucho miedo.

3

—¿Qué pasa, Alexis? Estás muy pálida —la escuché preguntarme. La voz de Lilian me llegaba en un tono muy bajo, como si estuviera lejos. No era la primera vez que las voces se distorsionaban cuando acababa de tener una visión.

—Nada. Ella estaba aterrada. Supo que iba a morir, pero se dio cuenta tarde. ¿Has hecho análisis del contenido estomacal? ¿De su sangre? —pregunté.

—Claro. ¿Qué quieres saber? —interrogó.

—Si había tomado vino —respondí.

—No lo hizo —me aseguró.

—He visto una copa de vino tinto caer al suelo y estallar. El suelo era de mármol.

—Podría ser el de su casa. He visto el interior de los apartamentos de la zona donde ella vivía. Son lujosos y estoy segura de que el suelo es de mármol blanco.

—Sí. Podría ser eso —convine.

—¿Crees que conocía a su asesino? ¿Que lo invitó a casa y se había tomado con él una botella de vino? —preguntó Lilian emocionada.

—No sé qué creer. Pero eso que dices es posible. Tal vez Dakota tuvo ese recuerdo cuando el asesino la estaba asfixiando. Pudo haber disfrutado algún momento con él y tomarse una botella de vino en casa. Y ese recuerdo estalló en su cabeza cuando él la atacaba, y por eso he visto la copa hecha añicos. Además, esa acción de caer… también he visto en sueños a una mujer desplomarse del cielo hacia el agua. Y lo del paracaidismo significa una caída… —dije sin mucho convencimiento.

—Es cierto, lo del club. ¿Han obtenido algo de ese lugar? —me preguntó Lilian.

—El gerente está casado con una Bach. Admite conocer a Dakota, pero de manera superficial. El instructor también, y tiene coartada. Ender investiga otros aspectos de la vida de Dakota, pero la chica vivía sola y no sé si alguien la conocería en profundidad. Su padre y su madrastra residen en Nueva York y llevaban tiempo sin

comunicarse con ella.

—Entonces, Dakota Davis es un misterio, un enigma.

—Su pasión era el trabajo y el éxito profesional. Me pongo a pensar; una chica así, que sale de investigar en la Biblioteca Pública y prepara un caso de defensa, es abordada por alguien en el estacionamiento de ese lugar. Esta persona la convence de que deje el auto allí y se vaya con ella. ¿Cómo la convenció? ¿Se trataría del caso que preparaba? Sabemos que salió de la biblioteca a las nueve, pero nadie vio si se fue con alguien. Nunca había dejado el auto pernoctar en ese lugar. En el estacionamiento no hay cámaras de seguridad —lamenté.

—Entiendo lo que dices. Pudo ser por trabajo, porque ayer fue miércoles y al otro día habría trabajo. Estaría agotada. Pero hay personas que cuanto más cansadas están, más evitan llegar a casa. No sé si me explico. Mi marido algunas veces es así. Es como una compulsión por vivir. Quizás Dakota solo decidió irse de fiesta o de noche de sexo. Él pudo ser un sujeto seductor.

—Es verdad —reconocí.

—Algunas veces complicamos las explicaciones que son simples en realidad. Como te he dicho, todo esto podría tratarse solo de una esperanza trágica; la de ser amada o deseada, como ocurre en *Madame Butterfly*, aunque realmente no necesitemos eso para ser felices —afirmó Lilian en tono solemne.

—¿Quieres decir que algo pudo «encandilar» a Dakota para hacerle tomar una decisión inesperada? —pregunté.

—¡Exacto! ¡Nunca mejor expresado! Esa es la mejor síntesis de lo que he querido transmitir. Como una mariposa atraída por la luz, como un accidente, algo que no pudo ignorar porque era atractivo y la hizo torcer sus planes. Pero ¿por qué? Porque en el fondo se sentía atraída por esa persona y debió pensar que valía la pena cambiar los planes. Diferente al personaje de *Madame Butterfly*, que siempre esperó la llegada de quien amaba. Aunque Dakota no parecía ser de las que se sentaba a esperar: cuando algo que quería se le presentaba, no dudaría en tomarlo. Son cosas que pienso por lo del club de paracaidismo, por su profesión y su apariencia. Puede que me equivoque, pero a mí también los cuerpos y lo que sé de la vida que han llevado me dicen cosas, como a ti.

—Entiendo —le aseguré.

—Dakota había bajado de peso recientemente. Quería verse bien. Su alimentación era bastante sana. Esta mujer amaba la vida… —dijo Lilian con palabras sentidas.

4

Me fui a casa pensando en lo que me había dicho la forense. Ahora se había convertido en una inesperada aliada para mí. Cuando llegué a mi apartamento, me di un baño y calenté una *pizza* pequeña en el horno. Me comí tres trozos y tomé una lata de
Coca-Cola
.

Intenté poner la mente en blanco para después repasar el caso. No estaba llegando a ninguna conclusión, y sentía que mi capacidad analítica estaba deteriorándose y la sombra del asesinato de Devin quería volver a atraparme, a culparme.

Me quedé dormida en la sala de casa. Me despertó una llamada a las tres y cuarto de la madrugada. Era Anne. Una mujer llamada Patsy White fue hallada muerta en un área boscosa cerca de la vía que conduce al Terradyne Country Club. Las bragas se encontraban dentro de su boca y un bolso de mano con su identificación dentro fue hallado cerca del cuerpo.

Me cambié y, en cuanto pude, llegué al lugar donde hallaron el cadáver. Anne ya estaba allí. Tenía los ojos enrojecidos y detecté un ligero olor dulzón que se desprendía de ella.

—Patsy White, cuarenta años. Su auto se averió en la vía a unos cuantos kilómetros de la ciudad. Viajaba con su madre, Helen White. Un auto se detuvo y un hombre les ofreció ayuda. La madre está ciega y se quedó en el interior del vehículo mientras Patsy iba a una estación de gasolina cercana. Al ver que el tiempo pasaba y su hija no volvía, Helen White comprendió que algo malo había sucedido. Una pareja de jóvenes que volvía a la ciudad la encontró dentro del auto con una crisis de nervios. La ayudaron y dieron la alerta. Una patrulla encontró el cuerpo de Patsy. Eso es todo. Helen White está en casa. Cuando terminemos aquí, debemos ir hacia allá. Aún no sabe que hemos hallado a su hija asesinada.

—¿Lo escuchó hablar?

—Sí, pero el maldito tuvo suerte. No pudo verlo.

—Creo que por eso la mató. Si Helen White no hubiese sido

invidente, su hija estaría viva. Pero este fue un crimen de oportunidad, por lo que parece, y eso puede haberle hecho cometer algún error, justo porque se sintió afortunado y poderoso al toparse con otra víctima imprevista. Al menos sabemos que es un hombre —completé.

—¿Alguna vez lo dudaste? —me preguntó Anne.

—No lo sé. Pienso que hay una mujer implicada, o podría haberla. Como cómplice, musa o aliada.

No podía decirle lo de la perra pintada de mi sueño, la licaón, y el hombre que la sigue. Caminamos hacia el lugar donde yacía el cadáver.

Noté de inmediato que Patsy era diferente a Abril y a Dakota. Era una mujer grande, de hombros anchos. Su pelo era corto y castaño oscuro. Vestía una blusa blanca con botones al frente. Los pantalones cortos que debió llevar puestos se encontraban cerca de sus pies calzados con zapatos deportivos.

Miré su cara. Lucía como si hubiese estado expuesta al sol hacía pocas horas. Había zonas enrojecidas, sobre todo en el área bajo los ojos y la nariz. Sus ojos estaban cerrados. Parecía que dormía.

En ese momento, escuché la voz de Lilian a mis espaldas.

—Anne, Alexis. La bestia no descansa ni un día, por lo que veo —sentenció.

Nos apartamos un poco para que Lilian y una chica del equipo forense, que llevaba una lámpara encendida que emitía una luz muy potente, hicieran su trabajo. Anne atendió una llamada, supuse que era del jefe Jay.

El resto de los forenses presentes preparaban los materiales para la recogida de posible evidencia, acordonaban la zona y disponían lámparas en lugares adecuados para iluminar el área. Todavía no amanecía y estábamos rodeados de oscuridad.

Me sentí mal. Sabía que debía ir a hablar con la madre de Patsy White y que me iba a enfrentar a uno de los momentos más duros desde que comencé a trabajar en el Departamento de Homicidios. Tenía que decirle que su hija había muerto asesinada y que el culpable estaba libre porque no teníamos la menor idea de quién era. Yo sabía lo que iba a sentir. Lo mismo que yo cuando recibí la llamada que me informó sobre la muerte de Devin. Su asesino también estaba libre, y desde el 4 de Julio tenía la sensación de que ambos eventos, la muerte de Devin y de estas mujeres, se conectaban, pero no sabía cómo salir de la penumbra en la que me hallaba. Presentía un mal mayor y más poderoso cayendo a mi alrededor.

Una lágrima corrió por mi cara y mi cuello, y luego dejé de

sentirla. Desapareció en la tela de mi blusa. En ese momento, Lilian dijo algo que me brindó una mínima esperanza.

5

—Se ha dejado algo esta vez…

Hice señas a Anne y luego hablé en voz alta.

—Corta la llamada. Se ha dejado algo.

Anne comprendió. Dijo unas cuantas palabras más y cortó. Vino corriendo hacia donde me hallaba, a pocos metros del cuerpo.

—Es un trozo de cinta americana negra. Lo tenía adherido en el cabello —dijo Lilian, triunfante.

Anne debió pensar lo mismo que yo. Que tal vez encontraríamos alguna huella en ella. Una cinta de esa naturaleza era un objeto en donde las huellas se imprimen con facilidad debido a su característica adhesiva.

—Entonces, las ata. Las obliga a caminar hasta donde desea, las ataca y luego las asfixia. Después las limpia y les quita las cintas —razonó Anne.

—Pero esta vez se le ha pasado este pequeño trozo adhesivo —acotó Lilian, satisfecha.

—Nos vamos a hablar con Helen White. Lilian, en cuanto tengas los resultados del análisis de la cinta y lo demás, llámanos. También de lo que encuentren en el auto de Patsy —pidió Anne y Lilian asintió.

Salimos de allí y tomamos la vía que nos conducía a Wichita. Llegamos al barrio de New Salem y luego cruzamos el río Arkansas hasta llegar al barrio de Indian Hills. Allí vivía Helen White con Patsy. Lo que estaba a punto de hacer me iba a destrozar, y creo que a Anne también: decirle a una mujer que ya no volvería a ver a su hija.

—¿Cómo has dormido? —le pregunté a Anne, rompiendo el silencio que nos había acompañado todo el trayecto desde que vimos el cuerpo de Patsy. Aún faltaban unos minutos para llegar al número 13 de la calle Malta, en Indian Hills.

—Mejor. Esta vez no me ha llamado ni ha ido a casa. Creo que haberlo visto en la cafetería Morgana lo alertó, tal vez se asustó y dejará de seguirme por un tiempo.

—¿Sigues convencida de que es Gerard Haynes quien te acosa?

—Claro que sí.

—¿Le has contado a Jay?

—Sí. Lo de las llamadas también se lo dije. Quería poner vigilancia en casa, pero le respondí que todavía no era necesario. No quiero asustar a los chicos. Fue comprensivo, pero no cree que sea Gerard el asesino serial. Sin embargo, me dijo que se encargará de averiguar si tiene coartada para las horas en las que se cometieron los asesinatos.

—¿Ender ha hablado contigo sobre algo que encontró en las redes?

—No. ¿De qué se trata?

—Alguien sabe lo que ha hecho Harry —respondí.

Anne detuvo el auto. Después inspiró profundo y, con las dos manos sobre el volante, me preguntó: —¿Qué es lo que ha hecho Harry?

Su pronunciación fue lenta y daba un énfasis extraño a cada palabra.

—Que tuvo una relación con Abril Smith —respondí y me quedé mirándola.

—¡Ahhh!, solo eso… —me dijo. Parecía aliviada.

6

—Ender escarba demasiado en las redes. Mientras eso aparezca solo por esa vía, no me importa. Eso sucedió hace tiempo y nadie va a cuestionar mi capacidad para investigar y atrapar al maldito asesino de las bragas. Si aparece lo de Harry en la primera página de un periódico serio, es otra cosa, pero no creo que pase —razonó—. Lo que debe hacer Ender es investigarlo todo sobre Lindsay Taylor —continuó.

Después de decir eso, volvió a encender el auto y a retomar la vía camino a la casa de Helen White. Me pareció extraño que Anne se tomara lo que le dije de esa manera tan campante. Pensé que tal vez lo hacía porque no quería dar importancia al tema de Harry y era de las que pensaban que hacer caso de ese tipo de noticias era agrandar el problema.

—No creo que fuera el plan del asesino acabar con la vida de Patsy tal como sí lo fue hacerlo con Abril y Dakota. Solo vio la oportunidad: una chica accidentada con una madre ciega a su lado. Debió darse cuenta de que nadie lo reconocería y no pudo evitar caer en la tentación, obedecer al impulso de asesinar. Está embriagado de poder y cada vez más parece ser preso de sus necesidades —afirmó Anne.

Yo pensaba igual y eso daba al asesinato de Patsy una nota de desgracia mayor, de infortunio.

—Si el auto no se hubiese quedado en esa vía por la que él también pasó… —dije y entonces pensé en algo. Me quedé callada un instante. Creo que Anne se dio cuenta de que había un asunto que no habíamos considerado.

—¡Es cierto! La vía del Terradyne Country Club. ¡Podría ser miembro de ese lugar! —exclamó Anne.

—Sí. Es una posibilidad. Pero no está solo eso. Pudo tomar la autopista antes y venir de otra ciudad, de cualquier parte. Al menos es algo y podríamos suponer que ese camino forma parte de su itinerario. Tendríamos que saber algo más sobre él, más allá de los rasgos de su personalidad que hemos establecido, para investigar a los miembros del club —afirmé.

Anne asintió. En unos pocos minutos más estuvimos frente a la casa de la madre de Patsy, en el barrio de Indian Hills. Se trataba de una urbanización compuesta de pequeños edificios color arena y malva con ventanales de vidrio azulado. Entre los edificios podían verse conjuntos de arbustos y flores. Parecía un lugar tranquilo. Sin lujo ni pretensiones.

Patsy vivía en un apartamento de la planta baja que se encontraba junto a unos rosales. Tocamos a la puerta y aguardamos. En ese instante, odié mi trabajo. Llevar esa noticia me resultaba terrible. Abrió la puerta un hombre bajo, de tez bronceada y ojos oscuros, que miró con horror nuestras identificaciones del Departamento de Homicidios. Se quedó en silencio.

—Somos las detectives Carter y Ashton. ¿Este es el domicilio de Patsy White? —preguntó Anne.

El hombre se tardó unos segundos en responder. Escuché unos pasos adentro del apartamento. El hombre volteó y ordenó:

—Mamá, espera allí.

Después se dirigió a nosotras.

—Sí. Esta es la casa de mi hermana Patsy. Yo soy Timothy White. ¿La han encontrado?

Ya me temía esa pregunta y lo que venía después.

—Lo sentimos. Creemos que su hermana Patsy ha sido asesinada. Hallamos el cuerpo de una mujer que guarda sus características físicas. Cerca de donde fue encontrado había un bolso de mano que contenía una documentación a su nombre. Esperamos que un miembro de su familia nos acompañe para identificar el cadáver. Lo lamento mucho, pero en realidad creemos que se trata de su hermana —terminó de decir Anne con la voz más grave.

En ese momento, escuchamos un ruido dentro, como si algo se hubiese desplomado. Timothy White corrió y dejó la puerta abierta. Me asomé y pude ver a una mujer mayor arrodillada en el suelo, mirando al vacío, y un jarrón roto con varios tulipanes a su lado. La falda azul de la mujer se había mojado con el agua contenida en el jarrón.

—¡Mamá! —alcanzó a gritar el hermano de Patsy.

Anne y yo entramos. Esperamos a que él consolara a su madre. Ella comenzó a llorar y lo abrazó después de ponerse en pie.

—¿Por qué ha sucedido esto? Algo así no tenía que pasar… —exclamaba Helen White en medio de un llanto muy amargo.

Era cierto lo que ella decía. «Algo así no tenía que pasar». Fue solo una oportunidad para el asesino arrebatarle la vida a Patsy. Ni siquiera se parecía a las demás víctimas. ¿Lo habría hecho solo por la

ocasión que se le presentaba? ¿O habría algún nuevo detonante que lo había impulsado a cambiar el perfil de las víctimas?

7

Helen White se calmó unos minutos después. Anne y yo continuábamos de pie junto a la puerta, esperando a que esa primera crisis pasara. Necesitábamos hablar con ella porque, aunque no hubiese visto al hombre, sí lo había escuchado.

—Sentimos tener que hacerle algunas preguntas en este momento, pero es necesario —dijo Anne.

La mujer cobró una cierta entereza, secó sus lágrimas y le pidió a su hijo que la condujera a la mesa del comedor.

—Sentémonos. Timothy, sirve un poco de café, por favor —pidió.

Nos acomodamos en torno a una mesa que estaba cubierta con un mantel bordado parecido a uno que había en casa de mi abuela. Experimentaba mucha pena por Helen, pero no podía ceder ante ese sentimiento. Comencé a sentir la piel de la cara caliente.

—Necesitamos que nos relate con el mayor lujo de detalles posible lo sucedido anoche cuando el auto de su hija se detuvo en la vía. Todo lo que recuerde aunque crea que no es importante, puede serlo —dijo Anne.

—Está bien —contestó ella, hizo una pausa y comenzó a hablar—. Veníamos de casa de mi hijo Timothy. Preparó una barbacoa. De camino, cerca de una estación de gasolina y del club Terradyne, el auto, de repente, se detuvo y se apagó. Patsy intentó encenderlo en varias oportunidades, hasta que desistió. Entonces, propuso que yo me quedara dentro y que ella fuese a la estación, andando, para buscar ayuda. En ese lugar no había cobertura telefónica. Entonces, me dijo que un auto se aproximaba y yo también lo escuché. Después oí la voz de un hombre. Era grave, agradable. Parecía educado y joven. Yo diría de unos cuarenta y tantos años. Y mi hija se fue con él —dijo Helen White.

Su voz se quebró al pronunciar estas últimas palabras.

Timothy, que ya había llegado a la mesa con una bandeja de tazas de café que puso encima del mantel, posó su mano sobre la de su madre.

—¿Recuerda usted qué dijo él exactamente? —pregunté.

—Sí lo recuerdo. No he podido olvidarlo desde que presentí que a mi hija le había pasado algo malo. Él preguntó si podía ayudarnos en algo. Mi hija le explicó que el auto no encendía y le pidió que llamara al teléfono de Emergencias. Él dijo que lo haría, pero después anunció que se había quedado sin batería en el celular. Y entonces ofreció llevarla a la estación de servicio cercana.

Helen, en ese momento, cerró su mano izquierda, apretando el puño.

—¿Usted sintió miedo? —le pregunté.

Timothy me observó, extrañado, y Anne también lo hizo con una mirada inescrutable.

—Sí. Es verdad. Sentí miedo, pero fue pasajero. Hasta le dije a mi hija que le pidiera al hombre que llamara a Timothy, pero entonces ella me dijo que él no era peligroso y que era guapo. Era guapo… —repitió y varias lágrimas salieron de sus ojos.

—¿Qué más recuerda, Helen? —preguntó Anne.

—Su nombre. Sé su nombre. Fue lo último que oí cuando mi hija se fue en ese auto. Él dijo «mucho gusto, mi nombre es Gerard».

8

Desde que la madre de Patsy nos dijo eso hasta que llegamos junto a dos patrullas al barrio de Hilltop, transcurrió menos de una hora. Cuando Anne se activa, es la más efectiva y rápida de las policías del mundo. Eso lo supe desde que la vi hacer la traqueotomía de emergencia a la niña pequeña al borde del río, la noche del 4 de Julio.

Además, en este caso, la información dada por Helen White apuntaba en la dirección que ella había previsto. Quería cazar a Gerard Haynes, y era implacable en ese objetivo. Dirigió la operación en la casa de Lindsay Taylor. La idea era interrogar al sospechoso y contar con refuerzo policial para ello.

Cuando llegamos al apartamento de Lindsay, notamos que la puerta estaba abierta. Anne desenfundó su arma y yo la mía. Nos acompañaban dos agentes detrás de nosotras y dos más se habían quedado vigilando la entrada del edificio.

Anne empujó la puerta y entramos. Vimos a Gerard de espaldas. Sostenía por los brazos a una mujer que se hallaba frente a él. Los dos estaban de pie. La mujer tocaba con su espalda una de las paredes del lugar. Ella se veía alterada. Nos encontrábamos en un salón que estaba hecho un desastre. Había objetos en el piso, una butaca tumbada y varios vidrios rotos.

—Suéltala —ordenó Anne apuntando a Gerard.

Él se paralizó. La mujer lo miraba, reflejaba estar defraudada. Noté un brillo de reprobación en su mirada. Ella tampoco se movía. Todo parecía estar sucediendo en cámara lenta.

—Levanta las manos y sepárate de ella —gritó Anne.

Gerard continuaba con las manos puestas sobre los brazos de Lindsay, sin moverse y sin voltear hacia nosotras; y Lindsay permanecía con la mirada puesta sobre él. Era como si nosotras no estuviésemos allí y el mundo se resumiera solo a lo que sucedía entre ellos dos.

—Gerard, queremos hablar contigo. Lo que haya sucedido aquí es entre ustedes dos. Vemos que Lindsay no está herida. Ya nos explicarán qué ha pasado, pero lo mejor es que la sueltes y hables con

nosotras —le dije.

Yo también estuve apuntándolo hasta ese momento, pero entonces bajé el arma. Logré con eso que Lindsay hablara.

—Ella tiene razón, cariño. Vamos a hacer las cosas bien —dijo.

Sus palabras surtieron un efecto inmediato en él. La soltó y se dio la vuelta hacia nosotras. Clavó su mirada en Anne.

—No he matado a nadie —gritó.

Era un hombre muy atractivo, que parecía en ese momento un héroe caído. Fue absurdo que me fijara en su belleza, pero sin quererlo lo hice.

9

Transcurrieron dos días desde que detuvimos a Gerard Haynes para interrogarlo. Las cosas no sucedieron como Anne hubiese querido. En primer lugar, Haynes contaba con una coartada sólida para el momento del asesinato de Patsy. Se encontraba trabajando en la cafetería Morgana y varios testigos confirmaron que no salió, que estuvo encerrado en un trastero trabajando hasta después de las doce. En segundo lugar, Lindsay explicó lo sucedido en su casa como «una pelea sin consecuencias», una crisis de su novio que tenía mal carácter, y afirmó que en ningún momento la golpeó y que nunca lo había hecho.

Dijo que, cuando Gerard padecía algún ataque de ira, la tomaba contra los objetos, pero que era inofensivo y que eso solo había sucedido dos veces. Nos hizo saber que ella estaba consciente de que Gerard había llevado una vida horrible en el pasado, pero estaba segura de que era una buena persona, incapaz de asesinar ni dañar a nadie a menos que fuera en defensa propia. Lindsay no levantó cargos, así que soltamos a Gerard después de unas horas.

Anne, cuando esa mañana vio que su principal sospechoso (no solo de asesinar a las mujeres, sino de acecharla a ella) se marchaba, mostraba un rostro descompuesto, demacrado. Estaba peor que nunca. Había puesto todas sus esperanzas en la culpabilidad de Gerard. Hasta había hecho que Helen White escuchase su voz, pero ella dijo que no se le parecía a la que oyó la noche del asesinato de su hija.

Yo tampoco estaba bien. Mis visiones habían cesado y la última se manifestó al tocar la frente de Dakota Davis. Lo único que me faltaba por hacer era tocar el cadáver de Patsy, pero estaba esperando que Lilian me llamara. Sabía que lo haría en cuanto le fuera posible y la sala de autopsias estuviese despejada.

Era como si al cruzar la puerta del departamento la energía se acabara dentro de mí. Tanto era así que pensé que tal vez estaba soñando cosas que luego no recordaba. Podía estar teniendo pesadillas relacionadas con el asesinato de Devin y la culpa que eso me producía, con las monedas del *Hombre de Vitruvio* o los cadáveres de los niños

muertos por acción de la oscuridad. Podía estar soñando con cualquiera de esos horrores que presentía; de ese poder oscuro que relacionaba lo sucedido en Topeka con el asesinato de Devin y con lo que ahora estaba pasando. Lo cierto era que no podía recordar mis sueños, si es que se estaban produciendo. Lo extraño era que cuando despertaba, me encontraba mejor que cuando llegaba a mi escritorio, en el departamento. Era allí donde había caído sobre mí en las últimas horas una especie de «mente en blanco» que no me dejaba avanzar en el caso.

Le propuse a Anne que saliéramos de la oficina para tomar algo. Presentí que teníamos que salir de ese lugar y respirar un poco de aire, que allí nos sentíamos más vencidas por ese asesino que ya había acabado con la vida de tres mujeres porque no teníamos ningún rastro de él.

Había una cafetería cerca llamada Flavio que solía estar tranquila porque el café que ofrecían era italiano y costoso en comparación con las otras de la zona. Fue una de las cosas que Ender me había aclarado apenas llegué al Departamento de Homicidios.

Quería que Anne se sincerara conmigo. Sabía que haber dejado libre a Gerard debía ser un golpe duro para ella. Cuando le propuse que saliéramos unos minutos, me miró con cara de agradecimiento. Fuimos a la cafetería y nos sentamos en la mesa más apartada del mostrador y de las máquinas de café.

En cuanto Anne se acomodó y puso su bolso de mano en la silla vacía de junto, me miró y sonrió con algo que parecía más un gesto trágico, como una mueca de resignación.

—No sé cómo lo ha logrado. Estar en dos sitios al mismo tiempo. Asesinando a Patsy y en el lugar donde trabaja. Es como si no fuera humano, sino un demonio —me dijo.

—No pudo ser él —respondí.

—Eso parece —reconoció y levantó la mano para que alguien viniese a atendernos.

Una muchacha llegó y recibió la orden. Cuando la vi marcharse, tomé la palabra.

—Anne, me he preguntado la razón por la que el asesino que buscamos dijo llamarse Gerard. Eso significa que sabía que tú pensabas que era él. ¿A cuántas personas les has dicho lo que a mí? Me refiero a tus sospechas sobre Haynes.

—A Harry, a Jay, a Lilian, a Ender y a ti.

—¿No existe una posibilidad, aunque sea remota, de que alguien escuche tus conversaciones, que alguien esté cerca de ti sin que lo notes?

—Pues no lo sé. Es verdad que me he sentido vigilada desde hace días. Estoy nerviosa, pero lo he atribuido a las llamadas con la respiración horrenda que recibo en casa. Las que creo que hace Haynes.

En ese momento, tuve la sensación de que una cosa se me estaba pasando, que había escuchado algo recientemente que era una clave importante, pero no pude saber qué era.

10

—Todavía pienso que es Gerard quien me llama —insistió.

—Es posible, pero no es el asesino, Anne —respondí.

—Entonces, estamos en el lugar de inicio y Jay está perdiendo la paciencia. A cada hora me llama para preguntar si tenemos avances. Parece que está posponiendo unas vacaciones que debe tomar y también una mudanza que había planificado. Todo por este caso. Ya hoy salió en las noticias. ¿Lo viste?

—No. Prefiero no distraerme con eso en lo posible.

—Aún no saben lo de las bragas, pero van a enterarse pronto. Son como pulpos con miles de tentáculos —se quejó.

Una chica diferente a la que tomó la orden nos trajo dos tazas humeantes y una botellita de agua gasificada que Anne pidió. Las dos hicimos un movimiento al mismo tiempo para tomar el sobre de azúcar que estaba dentro de un vasito sobre la mesa. Entonces, en ese momento en el que estábamos tocando el sobre a la vez, tuve una visión fugaz: vi a Anne tomar un vaso lleno de algo que parecía agua, pero no lo era. Era ginebra.

Eso explicaría lo desencajada que la había visto. Concluí que Anne tenía un problema con la bebida y este se estaba haciendo más fuerte con el paso de los días.

Dejé que mi compañera se apropiara del sobre de azúcar y cogí otro. Entonces, como en un efecto retardado, comprendí algo que las dos chicas de la cafetería me hicieron ver. Se trataba de una sustitución. Uno esperaría que la misma persona que te toma la orden sea quien la traiga, pero no había sido así.

—¿Y si fueran dos personas las que crean las condiciones para los asesinatos? —dije en voz alta, pensando en las dos libélulas azules que todavía tenía grabadas en mi cabeza.

Anne me miró con fijeza.

—¿Y si fuera una mujer y no un hombre la que atrae a chicas como Abril y Dakota, no en términos sexuales, sino por simpatía o identificación, porque se sienten seguras con ella y luego aparece el hombre depredador, que es su cómplice?

—Vaya. No lo había pensado así —reconoció Anne.

—Esa sería una sustitución inesperada y mortal para las víctimas —completé.

—Yo creo que el asesino es un hombre, y que está movilizado por el odio a las mujeres, o a una en particular —sugirió Anne y continuó —. Gerard odia a su madre, por ejemplo.

—Te pido que dejes por un momento de lado la culpabilidad de Gerard. ¿Qué piensas que mueve ese odio de este asesino desconocido? Dime, si tuvieses que explicar con una sola palabra la razón por la cual asesina a mujeres como Abril y Dakota, con cuál la harías. Excluyo a Patsy porque estás de acuerdo conmigo en que ese fue un asesinato de oportunidad que lo único que demuestra es que se siente cómodo en la ciudad, que no nos tiene miedo y que actúa a sus anchas —argumenté.

—Envidia —respondió Anne en un tono seguro, racional.

—¿Qué envidia? —continué indagando. Me parecía que, a pesar de estar perdidas y sin pistas, comenzamos a acoplarnos de manera perfecta; ella era objetiva y directa, y yo, intuitiva, moviéndome en medio de impresiones, y sobre todo por olfato.

—La inteligencia de las mujeres bellas. El arrojo de Dakota, la competencia de Abril, la pasión de ambas por vivir.

—¿Por qué un hombre envidiaría todo eso en una mujer siendo un sujeto atractivo, como dijo Patsy? ¿No le gustaría, más bien, rodearse de mujeres así para demostrar que es mejor que los otros hombres? ¿Por qué no aplica lo de la «novia o chica trofeo» para alardear? —pregunté todavía imaginando que, tal vez, la envidia la sentía la mujer que formaba parte del dúo asesino.

—Porque alguna mujer lo hace sentir inferior. Tú misma me lo explicaste cuando me hablaste de la relación entre Abril y su marido. Podría ser un hombre que aparenta querer a una mujer que le hace daño, sin ella saberlo. Uno no conoce del todo a las personas con las que vive… —dijo como refiriéndose a algo cercano.

—Hay una mujer cerca de él que erosiona su psiquis y, a la vez, no puede salir del amparo de esa mujer que odia. Está o ha estado adherido a ella construyendo una simbiosis extraña, compleja, retorcida. Tengo la impresión, y es solo una intuición, de que este asesino siempre ha tenido una psicopatía oculta y que hubo un detonante que lo ha hecho dar un paso más ahora mismo, y que tiene que ver con una mujer. Cuando pienso en esto, siempre viene a mi mente una pareja de individuos, un hombre y mujer, como Mary Jane y Clifford… —sugerí sin terminar la idea.

Cuando Anne iba a preguntarme algo sobre lo que acababa de

decir (ni yo misma sabía muy bien por qué), mi teléfono vibró en el bolsillo del pantalón. En ese momento, Juliet Rice entró en la cafetería. Pareció extrañarse de vernos sentadas allí.

Tomé el aparato y vi un mensaje de Lilian. Había encontrado algo en la cinta americana y nos pedía que fuéramos de inmediato a verla.

11

—No hay huellas, pero sí unas fibras —dijo Lilian.

Nos recibió esta vez en su despacho. Se trataba de una pequeña oficina que se encontraba al lado de la sala de autopsias. Nos mostró un informe que acababa de redactar con el hallazgo.

—¿Fibras de qué? —preguntó Anne, impaciente.

—Residuos de fibras azules de alfombrillas de un automóvil. Ya lo he enviado a los expertos. Esperemos que pronto nos puedan decir algo —manifestó Lilian.

—Bien. Vayamos a casa de Dakota, Alex. Aún no lo hemos hecho con todo este asunto de Haynes, y puede ser que encontremos algo sobre ella que nos ayude a mejorar el perfil de las víctimas —dijo Anne.

Acto seguido, se dirigió a la puerta de la oficina. Noté que Lilian quería decirme algo más, pero no lo hizo. Salimos del edificio y vimos a una mujer caminar con paso apurado. Parecía salir del Departamento de Homicidios. Llegó a la esquina y dobló en dirección a una callecita lateral que culminaba en la calle Newman. Tuve la impresión de que huía, pero luego pensé que eran suposiciones mías.

Vimos a Juliet salir del departamento y mirar en dirección a donde la mujer había desaparecido. Luego nos vio, se dio la vuelta y entró.

—¿Qué habrá pasado? —pregunté en voz alta, aunque lo hacía para mí misma.

—Algunas personas vienen a presentar denuncias creyendo que la oficina correspondiente todavía se encuentra en esta instalación —respondió Anne.

—No sé. Me parece que es algo más. Voy a entrar un momento… —le dije.

—Está bien. Te espero en el auto —propuso.

Cuando toqué la manija de la puerta del departamento, vi algo. Otra vez la licaón, pero esta vez estaba muerta y las manos de un hombre rodeaban su cuello. El nombre «Nathalie» apareció en mi cabeza, escrito con sangre.

Eché a correr por donde había visto caminar a la mujer, pero no

había ni rastros de ella.

12

—¿Qué sucede? —me preguntó Anne. Me había seguido al verme correr. Nos encontrábamos donde iniciaba la calle Newman, cerca del área posterior del edificio del Departamento de Homicidios.

—No lo sé. Creo que esa mujer sabía algo del asesino —alcancé a decir casi sin aire.

Escuchamos pasos que provenían de la callecita lateral del edificio del departamento, por donde nosotras habíamos cruzado para llegar hasta allí. Volteamos. Vimos venir al jefe Jay y esperamos a que nos dé el alcance.

—Parece que hemos perdido una testigo. Al menos, es lo que cree Juliet. A mí me parece que todo es un desastre. Una mujer llamada Nathalie acaba de estar aquí diciendo que tenía información sobre el asesino serial y luego se fue sin más. ¡Información, un cuerno! Lo que pasa es que ya se ha destapado la caja de Pandora. ¿Han visto las noticias? No paran de salir. Las redes están inundadas. Saben que es un asesino serial y también que no tenemos nada. Ya se ha generado una matriz de opinión adversa que, antes de ayudarnos a dar con el culpable, nos lo impide. Ahora, como esta mujer, van a llamar y venir un millón de personas que nos distraerán de las verdaderas pistas. Necesito que consigan algo concreto y lo quiero ya —dijo el jefe y giró en redondo.

Anne y yo nos quedamos calladas y lo vimos irse por el mismo lugar por donde vino. Yo quería ir adentro y preguntar qué era exactamente lo que había dicho esa mujer, pero no encontraba la manera de justificar esa acción. Tendría que confesarle a Anne mis visiones, mi capacidad. Entonces, pensé que la imagen al tocar la puerta había sido producto de lo que acababa de decir Jay sobre las noticias. Esa mujer debía estar muy asustada, como lo estarían todas en la ciudad, creyéndose la próxima víctima del depredador. Por eso pude percibir su miedo y mi cerebro la había representado como ese animal del sueño, como esa licaón. Y el hombre que la perseguía, sin duda, era el asesino al acecho.

—Peor no podemos estar —manifestó Anne. Debía también estar

pensando que el pánico iba a apoderarse de la ciudad muy pronto.

Después de decir eso, comenzó a caminar hacia el estacionamiento del Departamento de Homicidios.

Me quedé unos segundos de pie, pensando. Decidí acompañar a Anne a la casa de Dakota, tal como habíamos quedado, y luego proponerle que hiciéramos un análisis de las noticias y el control de daños que ellas suponían. Me parecía extraño que Ender no nos hubiese alertado sobre las informaciones que estaban apareciendo en las redes. Creía que Anne había acordado con él que lo hiciera. Entonces, de repente, una posibilidad brilló en mi cabeza. Era solo una idea, pero, de ser cierta, explicaría esa sensación de persecución y vigilancia que Anne mantenía y que la estaba haciendo consumir más ginebra que nunca.

Anne era una persona inteligente, formada en seguridad, y si se sentía vigilada, la explicación más lógica era que en verdad lo estuviera. Caminé con ritmo rápido y llegué al estacionamiento para hablarle.

—La última vez que fuiste al zoológico con tus hijos… ¿La recuerdas? —pregunté a Anne, alzando la voz para que me escuchara porque se hallaba a varios metros de mí, de camino a su auto.

—¿Qué puede importar…? —comenzó a decir, pero luego se detuvo.

—¿La recuerdas o no? —insistí alzando la voz un poco más y sin dejar de caminar.

—Sí.

Llegué hasta donde ella estaba esperándome.

—«Ellos solo tienen que decir un sábado en la mañana que quieren ir al zoo para que ella seque sus manos, busque las llaves del auto y sin esperar ni un segundo salga de casa para complacerlos. Es genial». ¿Eso fue lo que hiciste? Estabas en la cocina en esa oportunidad, en tu casa, y tenías las manos mojadas, tal vez estabas lavando los platos y tus hijos estaban sentados a la mesa, pero ya habían terminado de comer… ¿Fue así?

Anne me miró con los ojos muy abiertos.

—Sí —dijo lentamente en voz baja—. ¿Cómo diablos lo has sabido? ¿Quién te dijo eso? —preguntó en un tono más agudo.

—Sé quién te está vigilando. Has sido objeto de la obsesión de alguien que está muy cerca de ti. Hay varias obsesiones mezcladas aquí y por eso no podemos ver claro la más importante, la del depredador de mujeres.

13

—¿De qué estás hablando? —me preguntó Anne.

—Es Ender. Te está vigilando. Está obsesionado contigo. No sé si llegará a imaginar cosas, como lo hacía mi antiguo paciente Logan Callen. He debido saberlo antes. Te observa en casa. Por eso supo exactamente lo que hiciste esa vez antes de ir al zoo. Que te secaste las manos solo pudo saberlo si te estaba viendo. ¿Ha ido a tu casa? ¿Pudo dejar cámaras ahí?

—Sí —respondió Anne.

—¿Alguna vez le dijiste específicamente que habías secado tus manos un sábado en la mañana y tomado las llaves del auto para ir al zoológico? Lo ves, son detalles que uno no da porque son innecesarios. Uno puede decir «fui al zoológico con los chicos la mañana del sábado», pero nada más. Tal como Ender me lo dijo, me queda claro que te estaba viendo. Te observa en tu propia casa. Tienes que hablar con él de inmediato —propuse a Anne.

No me costó convencerla. Puede que su cerebro ya hubiese registrado información sobre la obsesión de Ender hacia ella, pero que no la hubiese hecho consciente. Cuando se lo hice ver, entonces toda esa información emergió y también lo vio claro.

Entramos en el edificio. Esperé en mi escritorio. Anne y Ender hablaron en la sala de reuniones. Al cabo de media hora, ella salió y me llamó. Cuando llegué al salón, Ender caminaba por el corredor en dirección a la escalera y se topó con Juliet.

Entré en la sala y cerré la puerta. Anne me invitó a sentarme y ella lo hizo delante de mí. En medio de nosotras estaba la mesa.

—Lo ha reconocido todo. No está bien ese chico. Pero no le diré nada a Jay por ahora. Ender puede sernos muy útil. En lo suyo, es el mejor. Está tras la pista del
IP
que ha generado la mayoría de los comentarios en mi contra. Además, me ha confesado que cuando vio la cara de Dakota Davis le pareció conocida de la *Dark Web*, y ha encontrado otras cosas sobre las víctimas a través de una investigación personal que no ha comunicado

a nadie. Y lo más importante, cuando supo que Haynes estaba libre, comenzó a investigar. Dice que es posible que haya salido de la cafetería Morgana sin ser visto. ¿Recuerdas que te dije que la ciudad estaba cruzada por tierras contaminadas por químicos y que había un proyecto en la municipalidad de rescate y reconstrucción de estos terrenos que se aproximan al centro de la ciudad? Pues la cafetería Morgana es una de ellas y Ender entró en la web del proyecto urbanístico. Hay túneles en ese lugar y no me extrañaría que algunos de ellos tuviesen botellas con detergentes en desuso. Gerard pudo salir de la cafetería y llegar una calle más allá sin que nadie lo supiera porque no lo verían cruzar la puerta. La comprobación de los testigos de la cafetería se basaba no en que estuvieran con él, sino en que no lo vieron salir del lugar. Se suponía que él se encontraba en una especie de trastero acomodando unas cajas. ¿Lo entiendes? Te dije que no sabía cómo había podido estar en dos lugares al mismo tiempo y gracias a Ender lo he descubierto. Que Helen White no reconociera su voz pudo ser un error de ella. Y Lindsay pudiera ser su cómplice. ¿Quién sospecharía de ella? ¿La has visto? Parece un ángel.

Intenté abrir mi mente a lo que decía Anne y encajar a Lindsay Taylor como cómplice de los asesinatos.

—Hay una cosa que se llama mimetismo batesiano. Lo sé por mi hijo mayor, que está muy interesado en los animales. Es cuando una especie inofensiva se transforma y se asemeja a otra muy peligrosa. Aquí podemos estar en presencia de algo así, pero a la inversa. Ella puede ser peligrosa y estar disfrazada de una especie inofensiva, salvadora de Gerard, sanadora de su pasado. O pueden intercambiar los roles de malos y buenos entre ambos.

—¿Qué más ha averiguado Ender de las víctimas en la *Dark Web*? —le pregunté antes de continuar la discusión sobre Lindsay.

—Son conversaciones, comentarios entre usuarios de perfiles anónimos, pero son las que han dado pie a las noticias sensacionalistas que han comenzado a aparecer en muchas redes sociales en este momento. Se trata de dar una imagen «sospechosa» de las víctimas que ponga en duda tanto su moralidad como su integridad personal. Las críticas de los foros de la *Dark Web* culpan a las mujeres de sus propios asesinatos, alegando su baja moral, su forma de vida y la manera despreocupada o «amistosa» con la que se relacionan con hombres de su entorno. Todas las víctimas son mujeres con vidas independientes, lejos de los patrones patriarcales. Han analizado lo mismo que nosotras, pero con una clara orientación a culparlas de sus muertes. Lo peor es que Ender cree que los periodistas comenzarán a hablar con más fuerza de un asesino en serie y lo harán con base en lo

que circuló primero en la *Dark Web*. Algo como «un asesino en serie que mata zorras disfrazadas de mujeres exitosas». No lo dicen así, pero es lo que está detrás de los comentarios. De hecho, Ender ha visto que las críticas en la *Dark Web* cada vez son más duras.

—Entonces, ha sido ese el punto de origen de lo que está publicando la prensa sensacionalista —puntualicé.

—Sí. No debe sorprendernos. Como no consiguen la información precisa del *modus operandi* que confirme que es un asesino serial, porque de aquí no se ha filtrado nada, entonces echan mano de lo que sea. Si la prensa se hace eco de lo que dice Ender circula en la web, vamos a presenciar un juicio popular en el que los patrones de independencia femenina de las víctimas servirán para explicar y hasta justificar por qué han sido escogidas.

—Ya. Como cuando la gente afirma que las víctimas de violación tienen la culpa por el largo de la falda o por salir solas a altas horas… —completé.

—Es deprimente y vomitivo, pero esa es la opinión que desea recrear este tipo de noticias. Un juicio paralelo de la opinión pública no para juzgar al asesino, sino a sus víctimas.

—Asqueroso pero cierto —dije y me llevé una mano a la frente. Había que pensar rápido y me estaba quedando sin ideas. Además, esa bendita sala me quitaba toda la energía.

—Hasta de mí han hablado en los foros públicos de las redes —completó Anne.

—¿Qué han dicho? —le pregunté.

—Que la exjefa del Departamento de Homicidios se ha divorciado y trata de llevar una vida como mujer independiente, «abandonando» a sus hijos, y que bien podría pasarme lo mismo que a las víctimas que investigo.

Suspiré.

—Establecen nexos de personalidad entre las víctimas y comentan sobre otras potenciales víctimas… —lamenté—. Y si el asesino está al tanto, podría incluso orientarse por lo que lee. Incluir nuevos asesinatos de mujeres que tal vez no había contemplado asesinar antes —sugerí.

Anne tomó su celular, que estaba sobre la mesa, y lo miró por unos momentos.

—Aquí está. Lo acaban de actualizar en la página web del diario Wichita Report. «Asesino serial de mujeres atrevidas asedia la ciudad y el Departamento de Homicidios ni informa ni investiga». Estoy segura de que Jay va a enloquecer cuando vea esto —dijo.

Recién ahí comprendió la gravedad de lo que yo acababa de

manifestarle.

—Has dicho que el asesino podría orientarse por lo que lee e incluir nuevos asesinatos de mujeres que no hubiese contemplado… —repitió con voz queda.

—Sí, Anne. Creo que podrías estar en peligro —afirmé.

14

—Claro que estoy en peligro, el asesino es Gerard Haynes y puede que Lindsay sea su cómplice, como ya te he dicho. ¿No expresaste antes que podía ser una pareja? A una mujer que le guste un asesino la cabeza no le funciona bien —sentenció.

Otra vez me pareció una persona rígida, con ese pensamiento «de conjunto» que no la dejaba ver la complejidad de las cosas. No sabía cómo sacarle de la cabeza la idea de que Gerard era el asesino. A mí me parecía un hombre atormentado que la odiaba, pero que a la vez deseaba olvidarla. Percibí un fuerte nexo entre él y Lindsay Taylor cuando lo detuvimos. Nada más.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le pregunté a Anne. No podía contarle mis percepciones aún. Debía haber más confianza entre nosotras.

—No denunciaré a Ender. Le pedí que continuara investigando en la *Dark Web* y lo que pudiera de Haynes. Si es él, lo voy a probar —dijo con determinación, hizo una pausa y luego continuó—. Lo olvidaba. Ender descubrió que Abril y Dakota en una época también practicaban deportes extremos. Encontró fotografías de ellas escalando montañas.

Me quedé pensando, y luego me levanté de la silla y tomé el rotulador. Escribí en la pizarra: «Tienen profesiones liberales, independencia económica y afectiva, y aman los deportes de riesgo».

—Podríamos pedir apoyo con investigadores para profundizar en el pasado de las víctimas, de Dakota y de Abril, de sus años en la universidad y ese gusto por los deportes de riesgo, ¿no te parece? —le pregunté a Anne.

—Está bien. Se lo pediré a Jay —dijo.

Sonó condescendiente, como si no quisiera dar una respuesta negativa a mi petición aunque no la convenciera. Después de todo, estaba empeñada en que Haynes era el culpable. Entonces, pensé en quién sería la antítesis de Gerard Haynes para Anne, y llegué a una conclusión: Ender. ¿Y si fuera él el depredador de mujeres? ¿El asesino?

Volví a plantearme esa pregunta ahora con más fuerza que antes. Después de todo, a los ojos de Anne, él estaba libre de sospechas, y justo era ella la encargada de la investigación. Estaba obsesionado con mi compañera y podía estar asesinando mujeres para que Anne investigara ahora que había vuelto al trabajo, como en una especie de juego macabro que le complacía crear entre ellos dos. Sabría muy bien ocultar huellas en las escenas donde dejaba a las víctimas y él mismo estar poniendo información en la *Dark Web* sin dejar rastro alguno. Y era él quien guardaba consigo una moneda idéntica a la del vientre de Devin…

Tal vez por eso me sentía tan mal en el departamento los últimos días, porque estaba muy cerca de la oscuridad. Sin embargo, había sido incapaz de percibir la maldad dentro de él. Era cierto lo que sospechaba desde antes: el enemigo oscuro era mucho más poderoso que yo.

15

No conté mis sospechas sobre Ender. A Anne menos que a nadie.

Salimos del Departamento de Homicidios y nos fuimos a la casa de Dakota Davis, ubicado entre las zonas de South Central y Sunnyside. Se trataba de los edificios llamados Saint Francis. Todo era lujo allí, y desde la recepción, el suelo era de mármol rosa y blanco.

El conserje, un hombre de unos sesenta años llamado Nigel Hill, nos indicó cuál era la puerta del apartamento de Dakota. Era un apartamento por piso. Ella vivía en la cuarta planta y contaba con un ático. Teníamos autorización para entrar en el domicilio, y cuando nos disponíamos a hacerlo, escuchamos ruidos adentro. Nos pusimos alerta y continuamos girando la llave que el mismo conserje nos había entregado.

—Es extraño. El conserje no nos alertó de que hubiese alguien aquí —dijo Anne.

Tenía razón. Las dos quitamos el seguro a nuestras armas. Entonces, el conserje salió del ascensor que nosotras acabábamos de abandonar.

—Perdonen. Acabo de leer el reporte del cambio de guardia de mi compañero. Allí hay un hombre que dice ser el hermano de Dakota Davis, pero, que yo supiera, ella no tenía hermanos.

—Apártese —le ordené a Hill.

Empuñamos las armas y entramos. Lo vimos. Era un hombre alto, atlético, vestido de negro.

—Soy el hermano de Dakota. Me llamo Paul Parkes. ¿Quiénes son ustedes? —preguntó temeroso.

—Detectives Ashton y Carter. ¿Puede demostrarnos que es quien dice ser?

—Claro que sí. Tengo la identificación conmigo.

—¿Por qué no había venido antes? En ninguna parte figura que Dakota tuviese hermanos —argumenté.

—Porque en realidad no somos hermanos de sangre. Su padre se casó con mi madre y yo soy hijo de un primer matrimonio. No estaba en Kansas. He venido porque soy el único «familiar» cercano de

Dakota. Nos llevábamos bien y me dejó las llaves de su piso la última vez que nos vimos en Londres.

Intuí que el chico decía la verdad. Anne comprobó los documentos de identidad de Parkes y todo estaba en orden. También le mostró varias fotos que conservaba en su celular, en las que podía verse a Dakota junto con él, sonriente.

—Señor Parkes, ¿ha variado la disposición o sustraído algo de lo que encontró en este apartamento? —pregunté.

—No. Apenas llegué hace unos minutos —respondió.

—Vamos a pedirle que se siente aquí a esperar unos momentos. Queremos mirar las pertenencias de su hermana.

—¿Por qué? ¿Es que creen que el asesino estuvo aquí?

—No lo sabemos.

—¿Su hermana le dijo algo sobre que hubiese conocido a alguien recientemente?

—No. No hablamos desde diciembre del año pasado. Lo siento —dijo él.

Lo noté afectado.

—Está bien. Ahora mi compañera revisará las habitaciones de la casa mientras usted y yo conversamos sobre Dakota. Todo lo que sabe sobre ella, sus pasatiempos, sus ideas. Lo que usted quiera decirme, estará bien —indicó Anne.

Me pareció increíble lo que escuchaba. Al salir de la casa de Abril Smith, me reclamó la forma como me había conducido, y ahora ella promovía que fuera en busca de objetos y husmeara por toda la casa. Me resultó un cambio interesante en el comportamiento de Anne. Tal vez la juzgué demasiado a la ligera cuando la consideré una persona de ideas rígidas. La miré y me pareció que me pedía que vaya a hacer lo que sabía hacer, fuera eso lo que fuera. Parece que había logrado que Anne me comprendiera un poco.

Caminé por todo el apartamento. Ni vi ni presentí nada sobre Dakota. Era como si allí hubiese vivido alguien sin emociones, o podría ser que yo estaba perdiendo mi capacidad empática.

Todo fue igual hasta que llegué a la habitación principal y me senté en la cama. Entonces, una de las peores visiones que había tenido en mi vida cayó sobre mí de manera fulminante.

PARTE V

1

Soñó con el hombre que le hizo la oferta. Su cara estaba desfigurada. Luego una sombra le cubrió el rostro, pero todavía podía ver sus dientes blanquísimos y el brillo de sus ojos rojos.

Sabía que si quería el poder ilimitado, tenía que pactar con él, y no había dudado ni un segundo en hacerlo. Ya, a estas alturas de su vida, tenía muy claro a quiénes odiaba y por qué.

Algunas veces, toda la rabia que guardaba dentro de sí se le subía a la cabeza y ejercía una presión enorme sobre su cuello. Era cuando quería buscar el cuchillo de caza y rebanarle el cuello a esa mujer detestable, pero en lugar de hacer eso, solo le sonreía y preguntaba cómo le había ido.

Ella significaba todo lo que odiaba. Era increíble la manera como había sido capaz de concentrar lo despreciable y odioso de esa manera tan perfecta; siempre simpática, agradable, capaz y sobre todo inteligente.

Cada vez que asesinaba a alguien, la estaba asesinando a ella, un poco. Esas muertes eran como varios actos de un preámbulo a ese gran momento que llegaría pronto. Después ya nadie podría detenerlo. De una vez por todas, esa insatisfacción bochornosa que lo había acompañado desde la escuela, desde que su madre decidía sin consultarle, iba a ser sustituida por la burla eterna a todas aquellas mujeres que pretendían tener «don de mando».

Los cuerpos de las mujeres que asesinaba le producían reafirmación, además de placer. Se transformaba en una especie de fiera inmortal a quien todos debían temer con cada asesinato. Y ahora tenía de su lado a gente muy poderosa que había hecho difusa la línea entre lo humano y lo sobrehumano. No entendía bien ese poder, pero era cierto que, desde que había pactado con ellos, era más fuerte, invencible. Y él, el hombre que le hizo la oferta, pasaría por un sujeto normal, simpático y educado. Pero solo si se le miraba una sola vez. Después era evidente que era el operario de las bestias. Así le gustaba llamarlo. El operario de las bestias que viven entre nosotros, invisibles como monstruos presentes en otra dimensión superpuesta a la nuestra,

y que cuando se cumplía el rito, se hacían más fuertes. Nunca había creído en algo así, las religiones le resultaban huecas, pero esta, a su medida, la que lo estaba haciendo un superser, era la mejor.

• • •

Ella escuchó el timbre y se levantó nerviosa para abrir la puerta. Hacía mucho tiempo que no se emocionaba de esa manera. La noche prometía cosas nuevas.

Tomó el mando del televisor en la sala de su casa y oprimió el botón para apagarlo. Hubo dos o tres segundos de duda porque vio en la pantalla la foto de una chica sonriente, y luego las de otras dos. Eran las víctimas del asesino serial que estaba atacando en Wichita.

En ese momento, algo se cayó en la cocina e hizo un ruido seco. Llovía a cantaros y una de las ventanas había cedido ante la fuerza del viento.

«No es normal una lluvia tan intensa», eso pensó Candace Young, que adoraba la lluvia desde niña. Pero esa noche le resultaba inquietante. Fue a la cocina y cerró la ventana. Recogió el envase que se había caído del borde de la alacena y lo puso sobre la mesa. Luego volvió a la sala y se miró en un espejo de marco dorado y arabescos que había sabido pedir a su madre con inteligencia. Era su objeto preferido en casa desde que tenía uso de razón.

Se consideraba una mujer afortunada, con una infancia feliz a cuestas. La más feliz de todas. Siempre fue una chica inquieta, con las rodillas heridas por las caídas de la bici y los patines, que contó con un enorme jardín que era su campo de juegos. Cuando creció, cambió esas diversiones por el parapente y después de un breve periodo de tiempo de rebeldía quiso estudiar Ciencias Políticas. Logró sustituir los deportes y la acción física por la mental, por la estrategia de convencimiento para que pasaran cosas en el mundo.

Amaba la política. Su sueño era mudarse a Washington y dirigir su propio grupo de presión política impulsando su tema preferido: el enfoque de género. Para ello había vivido los últimos tres años de su vida y por fin lo había logrado. Ya todo en casa estaba listo, el equipaje preparado y el dinero justo para comenzar su vida en otro lugar. Aquella noche sería de las últimas que pasaría en Wichita. Todavía tenía que despedirse de mucha gente conocida, por ejemplo, de los amigos del club.

Por todo eso quería celebrar a lo grande. Deseaba celebrar lo que era, allí mirándose en el espejo porque le gustaba su reflejo. Caminó con pasos apurados hasta la puerta. Casi se olvidó de que habían tocado. Fue como si el tiempo se hubiese detenido de repente al

evocar sus recuerdos y ahora comenzara a transcurrir nuevamente. Abrió.

—¡Hola! —dijo la persona recién llegada.

—¡Cuánta puntualidad! —respondió Candace con una gran sonrisa.

—Te has cortado el pelo… te ves diferente —exclamó la persona.

Ella no supo apreciar el tono de crítica que había encerrado en esas palabras.

—Sí. Mi vida va a cambiar por completo y una buena forma de demostrarlo es iniciar la transformación por el cabello. ¿No lo crees? —preguntó.

La persona no respondió porque odiaba su nuevo peinado. La hacía ver más fuerte, y no era lo que deseaba. La imaginó muerta y adivinó que ese aire de fragilidad que lograba crear después de lavarlas, cuando las ponía sobre la tierra, se había estropeado con este nuevo corte de pelo.

«¿Por qué esta idiota se cortó el pelo justo hoy?», se preguntó y sintió una presión en la boca del estómago. Ese era el primer síntoma físico de su odio. Experimentaba muchas cosas cuando deseaba acabar con el oxígeno de otra persona, cuando quería poner las manos alrededor de su cuello y presionar. La primera de ellas era esa sensación de vacío en el estómago.

Le pasaba desde que tenía siete años cuando su vecina Nathalie decía alguna «genialidad». Cada vez los síntomas aparecían más temprano, desde Abril. Sabía que aún faltaban dos horas para que Candace estuviese muerta. Primero tenía que ganarse su confianza, escucharla, que ella sintiera que era alguien importante, solo así su placer sería completo. Pero el cambio de peinado alteraba todo. Estuvo a punto de abortar el plan. Podía buscar a otra, pero después decidió que ya estaba allí y que seguiría adelante.

—¿Estás lista? —se limitó a preguntar.

—Siempre lo estoy —respondió ella.

La otra persona sonrió y Candace continuó sin notar nada extraño. Era incapaz de imaginar siquiera las ideas que cruzaban por la mente de quien acababa de tocar a su puerta. Esa persona se excitaba solo con imaginar el momento en el que lograría borrar la cara de satisfacción y prepotencia que a sus ojos ella exhibía. Le parecía que Candace pensaba que lo tenía todo a sus pies sin habérselo ganado, solo por poseer la cara bonita, una buena figura y la mente despejada.

«Eso era lo que debían haberle dicho a Candace desde pequeña: que las mujeres como ella, que agrupaban esas tres características, podían ser lo que quisieran. ¿Y qué habían hecho para merecerlo?», eso se preguntaba, impaciente por amarrarla y dominarla.

—¿Quieres entrar o nos vamos de una vez? —preguntó Candace, confiada.

—Mejor nos vamos ya —respondió la persona con voz amable.

Adoraba su disfraz. ¡Era genial! Nadie sospechaba que tras esa apariencia de normalidad y simpatía se escondía su verdadero yo.

—Voy a buscar mi bolso de mano y nos marchamos —exclamó ella, divertida.

Dejó al visitante en el umbral de la puerta y desanduvo sus propios pasos hasta llegar al salón. Allí, sobre una mesa, se hallaba un pequeño bolso de mano azul y un paraguas. Candace tomó ambos objetos, colgó el bolso del hombro y el paraguas de su brazo. Miró por última vez la pantalla del televisor. Creía que lo había apagado, pero estaba claro que solo había pensado en hacerlo. Se dijo que tal vez oprimió un botón equivocado del mando.

Otra vez vio la noticia del asesino serial en la pantalla. Ahora apareció la imagen del edificio del Departamento de Homicidios de Wichita y una fotografía de la jefa investigadora del caso, la teniente Anne Ashton.

Candace se sintió de repente en peligro, pero fue solo por un segundo. La piel de sus brazos se erizó y escuchó un trueno a lo lejos, seguido de un resplandor que iluminó por un instante la ventana del salón.

—Vamos, Candace, se nos hace tarde —dijo la persona que esa noche la asesinaría.

Ella escuchó su agradable voz y después las gotas de lluvia caer.

—Han pasado todo el día informando las noticias del asesino. Espero que lo atrapen pronto —exclamó ella con una incomodidad que no pudo explicar.

—La conozco. A Anne Ashton, la encargada del caso —dijo quien la observaba y había escuchado la noticia.

Candace pensó por un momento en las mujeres como Anne. Por ellas quería que su carrera como lobista en Washington fuera brillante, y sabía que iba a conseguirlo.

—Debe ser increíblemente buena en su trabajo —dijo inspirada.

La persona no respondió. Estaba llena de rabia. Candace buscó el mando y ahora pulsó el botón correcto. La pantalla se tornó negra. Dejó el aparato sobre una butaca color salmón que había en la sala y caminó hasta la salida. Apagó las luces y, tras salir, cerró la puerta.

Tres horas después, estaba muerta.

2

Un hombre con el rostro borrado (sin nariz ni boca ni ojos) estaba sobre mí estrangulándome. Yo sentía mucho miedo. Y no era yo misma, sino Dakota Davis.

Estuve segura de que estaba viendo lo que ella vivió segundos antes de morir. De repente, tuve la certeza de que ella conocía a ese hombre sin rostro y de que se preguntaba una y otra vez por qué se había ido con él en lugar de volver a casa.

Me faltaba el aire y todo comenzó a dar vueltas sobre mí hasta que no pude evitar sentir vértigo. La imagen del hombre con el rostro borrado también daba vueltas, pero la presión de sus manos sobre mi cuello se hacía cada vez más asfixiante.

«Su belleza», creo que Dakota pensó en eso en algún momento antes de que la atacara. De repente, se dibujaron las cuencas de los ojos del hombre y aparecieron en ellas las monedas, las del *Hombre de Vitruvio*. Y comenzaron a salir ríos de sangre de ellas.

Era un hombre atlético, vestido de negro y delgado. Podía ver la forma de los músculos de sus brazos bajo la camisa. Eran tonificados, ejercitados y muy fuertes. Dejé de ser Dakota y volví a ser yo, y eso fue lo más aterrador. Que ese hombre me habló a mí. Se acercó y me susurró al oído: «Por tu culpa, por meterte en nuestros asuntos, ahora tu Devin está muerto».

Era una voz que yo conocía, pero que no pude identificar. Era alguien con quien había hablado o a quien había escuchado antes. Pude percibir dos fuerzas dentro de ese hombre, el poder y la insatisfacción. Una lo llevaba a hacer lo que hacía, a asesinar mujeres, a dominarlas antes. Y la insatisfacción, a pesar del control que ejercía sobre sus víctimas, era el combustible para no parar. Nunca pararía porque su resentimiento jamás se vería saciado. Él era solo un instrumento de la oscuridad. Como si ella (la oscuridad) lo supiese todo sobre él y lo hubiese atraído por eso.

Era un hombre hueco, sin rostro, con el vacío a cuestas de pretender un poder ilimitado. La oscuridad conocía su odio y lo estaba utilizando. Ella lo sabía todo de todos nosotros; de Devin, de mí, de él,

y usaba los puntos débiles para convertir a las personas en asesinos.

La horrenda imagen de ese sujeto desapareció después de que estuve convencida de que era un instrumento del mal, como aquellos hombres que asesinaron a los niños de Topeka.

Las lágrimas llenaron mis ojos por Dakota y por Devin. También por mí. Me sentí más determinada que nunca a enfrentarme con ese hombre y con lo que lo movía, aunque fuera más poderoso que yo.

Me levanté de la cama y salí de la habitación de Dakota Davis.

3

No le dije nada a Anne. Del apartamento de Dakota volvimos al Departamento de Homicidios. El resto del día estuve ansiosa, como esperando que algo más sucediera.

Lilian continuaba haciendo análisis, Ender en lo suyo y totalmente a las órdenes de Anne después de lo que habíamos descubierto sobre él. Seguía analizando en la *Dark Web* si algunos de los comentaristas anónimos resultaban de interés. El jefe Jay cada dos horas llamaba a Anne para saber si habíamos avanzado algo y Juliet Rice nos observaba a Anne y a mí con expectación cada vez que caminaba cerca de nuestros escritorios. Parecía querer controlarnos.

Avanzado ese día, noté un temblor en mis manos. Era casi imperceptible, pero lo sentía. No creía que nadie más se diera cuenta, sin embargo, era molesto. No podía concentrarme, era como si una niebla se hubiese apoderado de mi cabeza.

A las seis de la tarde le dije a Anne que me iría a casa, que no me sentía bien y que quería darme un baño y pensar. Lo que en realidad deseaba más que cualquier otra cosa era tener una nueva visión o un sueño aunque fuera escalofriante, algo que me hiciera avanzar y descubrir la identidad del asesino. Aunque sabía que la oscuridad no acabaría cuando lo detuviéramos, al menos evitaríamos que más mujeres murieran frente a nuestros ojos. Estábamos en punto muerto y solo nos dedicábamos a conseguir los cuerpos que nos dejaba el asesino. Se estaba burlando de nosotros.

—Tienes mala cara, Alex. Descansa. Mañana será otro día —me dijo Anne.

Después se quedó observándome por unos segundos e hizo un movimiento con la boca que denotaba preocupación.

—Me duele la cabeza. Es todo. En cuanto me recupere, trataré de poner las cosas en perspectiva… —le respondí.

Me preocupaba que notara el temblor de mis manos o la sensación de frustración que se había apoderado de mí.

—Veré a Jay una vez más. Va a volverme loca… —reconoció Anne.

—¿Qué sabes de Ender? —pregunté.

—También hablaré con él antes de irme a casa. Hoy irá Harry y llevará *pizzas* para todos. Hemos acordado que nuestros chicos necesitan ver que seguimos siendo amigos.

Había olvidado a Harry. Yo nunca lo había visto. ¿Y si ese era el hombre sin rostro de mi visión? Algo debía significar esa cara borrada en mi sueño…

4

—Anne, ¿cómo te imaginas al asesino? —le pregunté de repente y sin pensarlo.

—¿Dices si no fuera Gerard Haynes? —preguntó, hizo una pausa y después continúo—. Pues como Gerard Haynes. Resentido, violento, con brazos fuertes y supongo que atractivo en su estilo. Ya hemos hablado de ese perfil. Además, por supuesto, es inteligente. Un monstruo… —sentenció.

Ella tenía razón. Ya lo habíamos hablado, pero lo que quería era establecer si al menos, en el inconsciente, Anne se planteaba que el asesino pudiera ser otro, no Gerard. Me temía que ni siquiera se le hubiese pasado por la cabeza que quien estuviese acechándola fuera su exmarido, Harry.

—Lo preguntaba porque… —comencé a decir, pero me vi interrumpida por Ender, que apareció de repente frente a nosotras, silencioso como un gato y con una expresión seria.

—Tienen que ver esto —dijo con voz aguda.

Llevaba una computadora portátil en las manos y caminó hasta el escritorio de Anne. Me acerqué. ¡No lo podía creer! Eran las fotos de los cadáveres de Abril, Dakota y Patsy. Se hallaban tal y como las habíamos encontrado en los descampados.

—¿Qué significa…? —dijo Anne, confusa.

—Estaban en la red. No puedo acceder al
IP
. O mejor dicho, no pude hasta hace cuatro minutos.

—¿Quieres decir que sabes quién las ha colgado? —preguntó Anne alzando la voz.

—No quién, pero sí desde dónde. A pocas cuadras de aquí. Ha sido en la cafetería Morgana.

5

—Debemos avisar a Jay para lo de la orden de detención… —comenzó a decir Anne, pero la atajé.

—Espera, Anne. No podemos hacerlo así. Es un lugar público. Eso dirá su defensa. Si quieres atrapar a Haynes, debes tener más que eso y no ponerlo sobre aviso —razoné.

No me parecía lógico que si el asesino había sido tan hábil para esconder sus huellas, tanto que no teníamos ni una sola pista, únicamente las fibras azules en la escena de Patsy que hasta ahora no nos habían conducido a nada, no se hubiese sabido cuidar y utilizara alguna computadora de su lugar de trabajo. No podía ser tan inteligente para una cosa y tan descuidado para la otra.

—Lo que dice Alexis es verdad, pero yo tengo la solución —dijo Ender con un aire infantil de victoria.

—¿Cuál? —le preguntó Anne.

—No digas nada a Jay todavía. O si quieres se lo dices. No te estoy indicando lo que debes hacer: tú eres lo suficientemente capaz para saber qué hacer y cuándo…

—Ender, concreta… —interrumpió Anne, exasperada.

—Puedo hacerme pasar por un usuario de ese lugar e instalar un troyano. Así, la próxima vez que alguien entre en el sitio que estoy monitoreando se encenderán las alarmas y lo tendremos. Además, me fijaré si hay cámaras o puedo instalar una espía…

Después de decir eso se calló. Estaba claro que había recordado que Anne y yo sabíamos de las instalaciones que había hecho en la casa de mi compañera. Conocíamos de lo que era capaz.

—Está bien, Ender. Haremos eso. No sé qué me pasa. Tú tienes razón, Alex. Es poco lo que tenemos en su contra. Sin embargo, informaré a Jay de este descubrimiento —afirmó Anne.

Ender asintió y yo también lo hice.

—Supongo que no hay ninguna duda de que el

IP

proviene de ese lugar, ¿verdad? —pregunté.

Anne me miró con asombro.

—Ninguna —respondió Ender.

Escuchamos unos pasos y una puerta cerrarse.

—Esta maldita lluvia y el viento, abre y cierra las puertas con brusquedad —exclamó Anne—. Lo mismo debe estar sucediendo en casa —completó.

—Está bien que se lo digas al jefe Jay de una vez, Anne. Porque «su sombra» ya lo sabe —afirmó Ender.

—¿Su sombra? —le preguntó frunciendo el ceño.

Sabía de quién hablaba Ender. Era cierto que parecía una sombra en la oficina y que lo sabía todo.

—Se refiere a Juliet Rice —aclaré.

6

Una mujer rubia de pelo corto al «estilo bob» caminaba atada de manos. Detrás había una nave industrial abandonada. Llovía. El agua corría junto a sus zapatos de tacón alto. El hombre sin rostro iba a su lado. Iba a matarla y ella lo sabía.

Desperté. Había una figura en el techo de mi habitación. Se movía y parecía una mariposa. Provenía del reflejo de las luces de los autos que pasaban por la vía frente al edificio. No siempre sucedía, pero cuando pasaba, me sentía aliviada.

Me gustaba mirar las imágenes producto de los juegos de luces desde niña. En casa de mi abuela (que era el único lugar de mi infancia donde valía la pena estar) se reflejaban cosas así en las paredes y en el techo. Eran las luces de un bar que había enfrente. Eran maravillosas porque titilaban toda la noche, lo que era un gran espectáculo para mí.

Esa mínima superficie iluminada en el techo de mi habitación, que podía ver al despertar de los sueños y pesadillas, me consolaba. Pero el consuelo duraba poco tiempo. De inmediato, volvía al horror, posiblemente acabaría soñando con una nueva víctima del asesino. Ninguna de las anteriores tenía ese peinado. Todas llevaban el pelo largo, al estilo Botticelli, como bien había dicho Anne al describir a Abril. Incluso Patsy White, que no había sido escogida por el asesino como las otras, tenía el pelo largo.

¿Por qué había visto una nave industrial? ¿Quién me había hablado de un proyecto urbanístico que cruzaba la ciudad y que tenía que ver con viejas fábricas?

Me levanté de un brinco y busqué mi computadora portátil para investigar. «Proyecto de recuperación industrial de Wichita», tecleé. Durante no sé cuántos minutos estuve leyendo. Descubrí que había un gran proyecto llamado «Waterway», que incluía la intervención del antiguo distrito industrial, desde la zona más alejada del Centro, junto al barrio de Stagecoach, donde había dicho Lilian que vivía, hasta el distrito South Central. Eran varios corredores industriales abandonados que se estaban recuperando poco a poco. La lentitud

obedecía a que muchas de las tierras estaban contaminadas. En la ciudad, años antes, habían proliferado industrias de químicos, gasolineras, fábricas de impresiones y tintas.

Comencé a mirar las fotos antiguas de las fábricas. Quería ver si alguna de ellas me recordaba a la del sueño. Pero nada se me hizo familiar. No conocía la ciudad y eso me desesperaba.

Entonces, pensé en Anne. Eran las diez y media de la noche y ella tenía «velada de *pizza*». Podría estar despierta aún. Además, estaba contenta por lo que nos había dicho Ender. Todo apuntaba a que Gerard Haynes estaba implicado en los asesinatos, y eso era lo que Anne deseaba con locura. Estaría tomándose la última o la penúltima copa de *gin*…

Busqué mi celular y la llamé. Me sorprendió que una voz de hombre me respondiera.

7

—¿Por qué has tomado mi teléfono? —escuché preguntar a Anne.

—Lo siento, me confundí. Pensé que era el mío —respondió el mismo hombre que me atendió.

—Hola, Alex. Disculpa. Harry no sabe ya qué es suyo y qué no lo es. ¿Qué sucede? —preguntó mi compañera.

—Tenemos que establecer un perfil geográfico de las acciones del asesino. Hasta ahora hemos evaluado la personalidad de las víctimas y poco más, pero no nos hemos centrado en los lugares en donde las deja; y más importante aún, no hemos pensado en la zona donde las caza y tampoco que él necesita un lugar para asesinarlas y bañarlas con ese químico extraño. He pensado que tal vez lo haga en una nave industrial abandonada —concluí.

Sé que no debí sonar muy convencida al decirlo. Si Anne me preguntaba de dónde saqué lo de la nave industrial, hubiese tenido que revelar lo de mi sueño, y no estaba dispuesta a hacerlo. Mucho menos por teléfono.

—Estoy de acuerdo con lo del perfil geográfico. De hecho, lo había pensado justo hoy. He ido a la cafetería Morgana con el jefe. Le informé lo que descubrió Ender. El mismo Jaydan Cooper me dijo que quería visitar ese lugar. Lo acompañé y lo esperé en el auto. Ese fue el acuerdo al que llegué con él, que no dejaría a Haynes verme. Jay entró y se hizo pasar por un cliente del lugar. Conversó un par de minutos con Haynes, pidió dos cafés y fue a mi encuentro. Cuando salimos, Ender llegaba para instalar el virus troyano.

—¿Descubrieron algo? —pregunté.

—Todavía. Yo me quedé en el auto, pero puedo decirte que desde donde estaba vi a la chica entrar, a Lindsay. Haynes habló con Jay y después se marchó con su novia. No me importa reconocerlo y decírtelo a ti, mientras aguardaba en el auto, me sentí muy ansiosa. Cuando eso me pasa, necesito comerme un caramelo o algo. En realidad, lo que necesito es una copa de *gin*, pero sé que debo medir eso. El hecho es que busqué en mi bolso de mano, pero se habían acabado los caramelos de miel que suelo llevar. Así que abrí la

guantera del auto de Jay y tampoco había nada con azúcar que me calmara, pero lo que sí encontré fue lo que hay en todas las guanteras y, por supuesto, un mapa. Justo en ese instante pensé en ti y en que no habíamos hecho ese análisis geográfico que ahora has planteado. ¿Te das cuenta cómo por vías diferentes llegamos al mismo punto? Yo con mi ansiedad por un caramelo y tú con tus reflexiones.

—Eso es bueno para ambas —concluí con sinceridad.

—Así es. Yo buscaba algo dulce…

Comencé a notar que Anne había tomado alcohol. Esa reiteración no me pareció del todo necesaria.

—… y removí varios objetos en la guantera. Jay es un hombre muy pulcro y ordenado.

Cuando Anne dijo esa última palabra, me convencí de que había consumido más de media botella de *gin*.

—Imagínate que tiene un set de manicura en el auto. Estaba allí cerrado y las tijeras a un lado. Casi me pincho con ella, pero no lo hice…

—Anne, ya está bien —escuché decir al hombre.

—¡No está bien! Estoy hablando con mi compañera —replicó ella.

—Entonces, mañana en la mañana analizamos el proyecto Waterway. Se trata de un plan que incluye la identificación y la reurbanización de varias zonas industriales de Wichita, desde las afueras por la parte norte hasta la zona del Centro. Es de la municipalidad, aunque incluye inversión privada. De los Bach… tú misma me hablaste de ello —expliqué.

—Entiendo lo del perfil geográfico. Como te he dicho, pensé en eso hoy, ¿pero por qué te empeñas en hablar de una nave industrial?

—No lo sé, Anne. Es una idea que se ha metido en mi cabeza —respondí.

—Ya. A veces eso pasa. ¿Sabes?, estoy contenta. Hoy no me han llamado con esa respiración horrenda en el teléfono… Creo que ya va a parar. Te dejo, compañera. Ya Harry se va a casa. Piensa que debo dormir para poder «conciliar mi vida personal con mi espacio profesional». Es la segunda vez en el día en que alguien me dice eso, como si el asunto de la casa fuera solo de las mujeres. Qué equivocados… —dijo Anne y cortó la llamada.

Algo de lo que había dicho me dejó intranquila. Sentí por un segundo que Anne estaba en peligro justo en ese momento. Y la verdad es que no quería que nada malo le pasara.

8

Saqué la idea del peligro de Anne de mi cabeza. Continué mirando las fotos viejas de la ciudad en internet. Sabía muy bien la apariencia que tenía la nave industrial que vi en el sueño. Las paredes externas estaban llenas de ventanas polvorientas y en el techo había una estructura de metal oxidado. Pudo haber sido el esqueleto de un tanque. Tenía la sensación de que recordaba por completo ese sueño y que con el paso de los minutos aparecía aún más nítido en mi cabeza. Esa imagen era lo único que tenía. La chica rubia amarrada de manos con el pelo «estilo bob» que caminaba delante de una fábrica abandonada…

«¿De qué era la fábrica?», eso me pregunté un millón de veces, pero no obtuve respuesta. Intentaba concentrarme una y otra vez para ver si había algún detalle que arrojara pistas de lo que allí se producía, pero fue en vano.

Repasé los expedientes de las víctimas y todo lo que sabíamos sobre ellas. También los informes forenses y los reportes actualizados de cada caso. No encontré nada nuevo de lo cual tirar y comenzó a dolerme la cabeza. Decidí tomarme una copa de vino para intentar relajarme un poco, aunque no era optimista en esa empresa.

En ese momento, alguien tocó a mi puerta. Era el jefe Jaydan Cooper. Me sorprendí mucho cuando lo vi tras el umbral.

—Hola, jefe. ¿Qué hace aquí? —saludé sin ocultar mi asombro.

—Hola, Alexis. Te he llamado, pero no atendías el teléfono. Me ha dicho Juliet que estabas mal de salud.

—Solo con un poco de dolor de cabeza. No vi sus llamadas. Lo siento.

—En realidad, Alexis, tengo que hablar contigo y no quería hacerlo en la oficina —dijo con tono grave.

Aún se hallaba de pie junto a la puerta. Me di cuenta de que debía invitarlo a pasar. Me temía que sabía lo que iba a decirme. Alguien le habría hablado de mí, de Topeka. Se había hecho realidad lo que tanto recelé, y en el peor momento, cuando estábamos más perdidas en la investigación.

—¿Quiere pasar, jefe? —tuve que decirle.

Él sonrió y respondió que sí. Tengo que reconocer que me sentía un poco incómoda con su visita. Era un hombre atractivo y era mi jefe. Pero lo peor era que si Cooper sabía de mis «métodos», quedaría a su criterio mi futuro como investigadora. No me parecía una persona de mente amplia, como Lilian Peterson. Tampoco deseaba deberle nada al jefe Cooper porque no quería ese tipo de relación especial con él, menos tratándose de un hombre tan atractivo. Mezclar placer y trabajo no era una buena idea.

Jaydan pasó y cerré la puerta. Nos dirigimos a la sala. Cuando llegamos, se detuvo y miró la botella de vino que había dejado sobre la mesa del comedor.

—¿Quiere tomar algo? —pregunté.

—No, gracias, Alexis. No tengo mucho tiempo. Me están esperando.

Noté que hizo un esfuerzo por decir eso. Aunque en ese momento me dije que podía ser mi imaginación. Sin embargo, lo noté un poco nervioso y eso me extrañó. Era un sujeto de los que uno se imagina dueño por completo de la situación.

—Quiero que sepas que una persona me ha dicho algo sobre ti, de tu pasado en Topeka. La gente, por alguna razón que no comprendo, me cuenta cosas sin que yo lo busque. No habrá ningún problema contigo en el departamento mientras yo sea el encargado.

9

Después de la visita del jefe, decidí dormir un poco y me acosté en el sofá. Las primeras luces de la mañana me despertaron. Me senté y pasé las dos manos por mi cara. Podía adivinar mis ojeras, mi mal aspecto.

Me levanté sintiéndome impotente. Quería salvar a la mujer rubia del sueño, pero no sabía cómo hacerlo. Recordé que en mi sueño llovía a cántaros. Me asomé por la ventana del salón para saber si aún caía agua, pero vi las calles secas. Estuve segura de que ya esa chica estaba muerta. La oscuridad otra vez me había ganado.

Y mi compañera estaba convencida de la culpabilidad de Gerard Haynes sin darse cuenta de que el verdadero asesino lo inculpaba a él, y por eso había dado su nombre a Patsy White, para que su madre lo oyera. No sabía cómo hacer para que Anne dejara la obsesión con Haynes y comenzara a ampliar su perspectiva. Hasta el jefe Jay se había dado cuenta. Era imposible que Haynes hubiese entrado en la *Dark Web* desde su lugar de trabajo. Sería una novatada imperdonable para el mismo hombre que sabía actuar y asesinar sin dejar pistas.

Busqué mi teléfono y lo sostuve entre las manos, mirando el parque que hay justo frente a mi ventana, el que tantas veces me ha recordado a Devin porque a él le gustaban los árboles y los senderos entre ellos. Fue en un parque donde lo asesinaron…

—¡No! ¡No puedo deprimirme! —me dije porque sabía en qué iba a terminar ese recuerdo.

Presentí que me llamarían para decirme que había otro cuerpo. Sabía que de un momento a otro me darían esa noticia. Entonces, recibí la llamada de Anne.

Acababan de encontrar otro cadáver con las bragas dentro de la boca. El de una mujer llamada Candace Young. La hallaron en un descampado entre los barrios de Crown Heights y el de Stagecoach.

—La encontró el perro de un corredor que debió olerla a distancia. En medio de la oscuridad, el dueño del animal pensó que se trataba de un chico porque…

—Llevaba el pelo corto «estilo bob» —completé.

—¿Cómo lo has sabido?

—La he visto en un sueño —le respondí resignada.

No podía seguir ocultándome. Esa era yo, alguien que soñaba con los horrores de la oscuridad. Anne tendría que creer en mí y mis habilidades porque sería la única oportunidad que tendríamos de detener al asesino.

10

Le dije que después le explicaría. Quedamos en encontrarnos en el lugar donde el asesino había dejado el cuerpo de Candace Young. Tomé mi auto y en menos de quince minutos estuve en ese lugar. Era una mañana preciosa y eso hacía más trágico el hallazgo.

Cuando llegué, también lo hacía Anne. Estaba hecha una pena. Hasta peor que yo. Mostraba los labios resecos y el rostro demacrado. Me miró mientras caminábamos a donde los chicos del Departamento Forense habían acordonado el área y se encontraba el cadáver. Me dijo lo mismo que yo estaba pensando de ella.

—Te ves fatal.

—Lo mismo digo —le respondí.

Anne sonrió y yo también lo hice. Puede que vernos tan destruidas la una a la otra nos uniera un poco más. Continuamos caminando y reconocí la figura de Lilian. Destacaba entre las demás personas que estaban allí congregadas. En cuanto nos vio, levantó la mano.

Llegamos hasta ellos. Dos chicos del equipo forense se retiraron a donde habían instalado la unidad de recolección y nos dejaron solas con Lilian.

—Otra «ingobernable» caída… —dijo Lilian.

—¿Ingobernable? —preguntó Anne.

—Sí. No ven que ninguna de las víctimas tenía pareja. Eran como ustedes.

Las tres hicimos silencio. Lilian tenía la característica de que podía resumir en pocas palabras cosas que uno había pensado, pero que todavía no se había explicado claramente, ni siquiera a sí mismo. Tal vez era ese aire de tragedia y ópera que llevaba consigo lo que la hacía emitir de tanto en tanto esa claridad cartesiana.

—Es cierto, Lilian, pero si va a acabar con todas las mujeres independientes, o se equivocó de época o nunca terminará el trabajo —sentenció Anne.

Miré el rostro del cadáver. En el sueño no logré ver su cara, solo el cuello estilizado y su pelo corto. Pero era ella. Me percibí a mí misma como alguien fallido, pues, aunque tenía la capacidad de ver cosas, no

me servía de nada para evitar que las muertes se sucedieran.

—Cuarenta y tres años. Ciencias Políticas, militante de movimientos contra la violencia de género. Su bolso de mano ha sido encontrado a unos metros de aquí, junto a esos arbustos —dijo Lilian, mostrándolos—. Iba a mudarse de esta ciudad. Los chicos encontraron la impresión de un contrato de arrendamiento en Washington
D. C.
Debía ser como yo, que mete cosas en la cartera y luego las olvida.

—¿Alguna otra cosa en el bolso, Lilian? —pregunté. Se me estaba ocurriendo una posibilidad. Si lo que había dicho la forense era cierto, tal vez el bolso de Candace fuese una buena fuente de información.

—No lo sé. Sobre la mesa que han dispuesto los chicos para registrar y etiquetar las pruebas debe estar —respondió Lilian.

—¿A qué hora murió? —preguntó Anne.

—Entre las doce y la una. Las bragas en la boca tenían los mismos cortes. Pero esta vez la lluvia jugó a nuestro favor.

—¿A qué te refieres? —dije.

—Candace murió cuando aún llovía. Por eso bajo su cuerpo hay humedad todavía. Por ello, creo que el asesino no se dio cuenta de que, al cortar, un trozo minúsculo quedó bajo el cuerpo. Puede que sea también porque, de todos los lugares donde ha dejado los cadáveres, este contaba con menos luz. Antes se amparaba en las luces del club y del aeropuerto, pero aquí no hay nada similar…

—¿Un trozo minúsculo de qué? —preguntamos Anne y yo al mismo tiempo.

—Perdonen… un trozo de cuerda. Tuvo que ser un acto casual, puesto que el asesino es un ser extremadamente planificador y calculador. Tal vez la cuerda era unos centímetros más larga de lo que él creía, tal vez no vio que un extremo colgaba o no se dio cuenta de que estaba cortando dos cuerdas a la vez… Sea como fuere, esta vez tenemos algo.

—¿La cuerda ataba sus muñecas? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Eso creo —respondió Lilian.

—Alexis, acompáñame. Tenemos que hablar —dijo Anne con una entonación diferente a la usual.

Había notado algo en mí y no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

11

Le pedí a Anne que habláramos en otro lugar. Si iba a contarle lo mío, no quería hacerlo allí ni en el Departamento de Homicidios. Juliet era, como bien había dicho Ender, una sombra que todo lo oía. No sabía si me iba a sincerar con Anne, pero de hacerlo, debía ser en otro lugar.

Me preguntó a dónde quería ir para hablar y le dije algo que hasta a mí misma me sorprendió.

—Quiero ir al zoo. Me gustaría ver ese animal sobre el que te pregunté antes. ¿Lo recuerdas?

—Claro. Me conozco el zoo de arriba abajo. Te llevo directo a un banco en donde podemos estar frente a ella —respondió con seguridad.

—¿Ella? —pregunté.

Anne Ashton era una caja de sorpresas.

—Sí. Hay varios, pero la que más se ve es hembra. Siempre se separa del grupo. Un empleado del zoo, el señor Falk, me dijo que la llamaban Dora.

En veinte minutos estuvimos en el zoo. Durante todo el trayecto en auto nos mantuvimos en silencio. Cuando llegamos, caminamos un poco entre varios senderos y luego nos sentamos en un banco frente a un área descampada y limitada por una cerca. Y entonces vi a Dora.

Era el animal de mi sueño, el que no podía atrapar el hombre consumido por la oscuridad. No me podía explicar por qué había soñado con ella, pero eso no me importaba porque eran más las cosas que no sabía explicarme que las que comprendía.

—Dora mira como si lo reconociera a uno. Como si lo supiera todo, y tiene esa actitud de un ser que dice: «No puedes contemplar el mundo como es, así que termina de aceptar la realidad de una vez». Además, disfruta de su soledad. La otra vez estaba aquí mismo con mis chicos y nos quedamos observándola, y otro individuo de su misma especie vino por ella como si quisiera llevarla con la manada. ¿Y sabes qué hizo?, pues se quedó impávida. Creo que lo mandó a paseo…

Escuché la historia de Anne y la imaginé como una buena

contadora de historias para sus niños. El sol y su compañía convertían aquella mañana en algo esperanzador. No hacía tanto calor aún y la claridad me reconfortaba. También la presencia de Anne. Me sentía muy lejos de poseer esa sensación asfixiante que se había desatado en mí cuando me hallaba en la oficina.

—¿Por qué sabías que Candace Young tenía el pelo corto? ¿Has estado investigando por tu lado? ¿Hay algo que debas decirme? —me preguntó.

Inspiré profundo y me atreví a responderle.

—He tenido sueños Anne. En ellos algunas veces veo cosas que me ayudan a despejar dudas y a aclarar ideas. No es nada mágico ni soy una loca. Creo que ya debes saberlo porque eres bastante capaz de hacerte una buena opinión de las personas, y ya me conoces desde hace unos días.

—Sé que no estás loca —respondió.

—Algunas veces mis sueños me dicen cosas que puede que yo haya pensado, pero de manera desordenada. Los sueños ordenan mis pensamientos. Son como revelaciones. Algunas personas las tienen en vigilia, en momentos de lucidez y de manera repentina. Pero yo no soy así. Yo tengo que soñar, y esas «visiones» que llegan a mi cabeza en ellos luego me hacen pensar mejor. ¿Entiendes?

—No mucho, pero me hago cargo. ¿Qué soñaste?

—Soñé con una nave industrial abandonada y con una mujer de pelo corto atada de manos.

Lo solté todo de una vez.

12

—Lo de la nave industrial lo entiendo. Hemos hablado de químicos. Yo misma te he contado sobre la contaminación de los suelos en el área central de Wichita, en la zona que pertenecía a los corredores industriales de antes. Además está lo del compuesto químico antiguo que el asesino usa al lavar los cuerpos. También lo que te conté de los canales subterráneos que podrían existir en ciertos lugares, como por ejemplo en la cafetería Morgana. Está, por si fuera poco, la sombra de los Bach, que todos sabemos tienen industrias farmacéuticas. Conocimos a uno de ellos y Lilian nos habló de que su esposo había trabajado para los Bach. Son demasiadas «piezas» que pudieron haberse ordenado en tu sueño. Entonces, lo de la nave industrial lo comprendo y eso de que sintetices información desordenada. Pero lo del tipo de corte de pelo de Candace no puedo entenderlo —reflexionó Anne.

Tenía razón.

—No lo sé. Tal vez mi cabeza quiso enfatizar algo. Hemos dicho que la apariencia de las víctimas es de fragilidad cuando las vemos muertas, pero en vida eran mujeres para nada débiles. Y verlas allí lavadas, vencidas, con las bragas en la boca… puede que me haya hecho pensar en que la clave para el asesino es transformar la fortaleza que tienen ellas en debilidad póstuma. La fortaleza femenina que en parte se basa en romper los patrones masculinos. Pude pensar en un pelo corto a lo «bob» por algo de eso. La verdad, Anne, es que ni siquiera sé lo que te estoy diciendo… —reconocí.

—Puedo decirte que te entiendo y no te entiendo a la vez —confesó, hizo una pausa y luego continuó—. Hoy creo que estamos un poco locas las dos. Lo cierto es que acertaste con lo del pelo de Candace Young.

—Sí. Fue casualidad… —alcancé a decir.

No la vi convencida, pero noté que no rechazaba mis argumentos. Había logrado por primera vez algo que en realidad necesitaba, contar algo de mí que nadie sabía aparte de Devin y no sentir rechazo.

—Lo de las naves industriales. Creo que vale la pena tirar de ese

hilo. He estado pensando y creo que tienes razón: Haynes no es el asesino. No podría ser tan estúpido para colgar las fotos de los cadáveres desde su lugar de trabajo. ¿Por qué alguien querría implicarlo? No lo sé. Jay ha puesto vigilancia en ese lugar, en la cafetería. También donde vive Haynes con su novia, una especie de comuna *hippie* de la nueva era en el barrio de Hilltop. Ender continúa alerta a cualquier otra cosa que aparezca en la red. Ahora que dices lo del perfil geográfico, me pregunto si la clave no estará en el centro de la ciudad…

»Si lo piensas bien, ha dejado los cuerpos —continuó diciendo después de tomar un poco de aire— en descampados cercanos al Centro. Mira que cada vez que hemos ido a esos lugares, ya sea que salgamos de la comisaría o de mi casa o la tuya, no tardamos más de quince minutos en llegar. Han sido siempre las arterias salientes del casco central de Wichita, de las calles 1 y 2. Tú vives un poco más al sur y yo al norte, pero podría decirse que seguimos estando en el área central y cerca del Departamento de Homicidios, y por eso llegamos a los descampados en poco tiempo.

—La Biblioteca Pública, donde pensamos que el asesino abordó a Dakota Davis, se encuentra en el Centro, y la cafetería Morgana también está próxima. Si alguien ha intentado implicar a Haynes, ha estado en ella. La vía donde recogió a Patsy White conduce al Centro —completó.

—Exacto. El asesino tendría, como todos los asesinos en serie, un conocimiento exhaustivo del entorno donde actúa. Suelen asesinar en su mismo medio. Es decir, el asesino caza en el centro de la ciudad, es su zona de confort, y deja los cadáveres en zonas con muy poco tránsito por la noche, pero no alejadas del Centro. ¿Cómo te suena?

—Bien —le respondí.

—Lo de la nave industrial podría ser… —continuó Anne.

—El lugar donde las asesina y las baña después de cazarlas. Donde se siente seguro —completé.

—La verdadera guarida cercana al Centro y a los descampados —concluyó.

Miré al frente. Bajo un único árbol frondoso estaba la licaón Dora. Me miraba, tal como dijo Anne, como si me conociera. Tuve la impresión de que lo que quería decir ese animal en mi sueño era relativo a ese momento, a la armonía que había logrado con mi compañera. Tal vez eran nuestras capacidades juntas con lo que el hombre de la oscuridad no podría.

De repente, escuché un ruido de monedas que cayeron al suelo detrás de nosotras. Y seguido del grito de un hombre.

13

Volteamos.

—Solo es un hombre que ha dejado caer su monedero y ha gritado de rabia, por impulso… —dijo Anne.

Esas palabras quedaron en mi cabeza: rabia, impulso.

—Hemos pensado que el asesino se mueve por envidia o resentimiento a las mujeres. Pero ¿y si no tiene un móvil tan concreto o racional, sino que es movido por un «impulso»?

—Dices una especie de compulsión… —completó Anne.

—Algo así.

Preferí dejarlo porque había logrado por primera vez una buena conexión con Anne. Sabía que ese era un vínculo valioso y no quería destruirlo. Pero no me refería a eso. El sonido de las monedas me había recordado la raíz de todo el mal al que nos enfrentábamos, la oscuridad que también asesinó a Devin.

Aunque hubiese querido aclararle a Anne que lo que había llamado recién «una compulsión» era en realidad un pacto. Uno que, temía, el asesino había hecho con la oscuridad y que a estas alturas ya se habría apoderado de él.

—No sabía que personas menores de sesenta años aún usaran monederos. Siempre lo vi más como algo de mujeres mayores… —comentó Anne y sonrió por un segundo.

Un recuerdo vino a mi cabeza. Un paciente, mi antiguo empleo, Topeka. Y una mano de hombre abriendo un monedero de cuero negro. Volteé y miré. El hombre iba de espaldas caminando por uno de los senderos que conducía al edificio principal del zoo. Aunque lo vi de espaldas, lo reconocí. Era Logan Callen, el controlador aéreo que encontré el 4 de Julio en el bulevar junto al río Arkansas la misma noche que conocí a Anne. ¿Cómo era que volvía a coincidir con él tan pronto? ¿Me estaba siguiendo?

—¿Qué te pasa, Alex? Parece que has visto un fantasma —exclamó Anne.

—Nada. Me he encontrado a una persona dos veces en menos de una semana. Es todo.

En ese momento, los celulares de ambas vibraron. Lilian nos había enviado un mensaje: «La cuerda es fibra de aramida».

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Anne y llamó de inmediato a Lilian. La puso en altavoz.

—Hola a ambas. La fibra de aramida es una fibra sintética cinco veces más fuerte que el acero. Es usada en los paracaídas y parapentes, también se emplea en las cuerdas que sostienen a los escaladores. Dicha cuerda está trenzada por haces distintos, lo que la hace realmente resistente. Sin embargo, pierde propiedades ante la flexión y la compresión, sobre todo con la humedad, por lo que no es difícil cortarla con unas tijeras, aunque el proceso puede requerir destreza.

Lilian continuaba la explicación detallada, pero tanto Anne como yo nos fijamos en la misma palabra, lo supe solo con verla a la cara: paracaídas.

14

Del Zoológico de Wichita al club Blue Greatness hay que recorrer toda la ciudad de oeste a este. El viaje se nos hizo eterno. Creo que cada una iba pensando si se nos había escapado algo al hablar con Clifford Welch o con su esposa, Mary Jane Bach.

Para mí, Welch era un sujeto resentido y a la vez presuntuoso que se creía más atractivo de lo que en realidad era. Ella mostraba ese «don de mando» que la gente que ha nacido en una familia poderosa casi siempre enseña.

El problema era que no habíamos logrado establecer un nexo entre Abril Smith y el club de paracaidismo. Solo estaba conectado con Dakota Davis. A Patsy White no la contábamos porque, tanto para Anne como para mí, ese había sido un crimen de oportunidad. Pero ahora el hallazgo de la cuerda que acababa de revelarnos Lilian nos volvía a conducir al mundo de Blue Greatness.

Cuando llegamos, volví a ver el auto deportivo estacionado en el mismo lugar. Ahora noté que la tapicería era azul. Se lo hice ver a Anne, quien asintió pensativa. Encontramos a Welch fuera de su oficina. Al vernos, cambió la expresión de su rostro.

—¿Qué vienen a hacer aquí? —preguntó haciendo énfasis en cada palabra y caminando hacia nosotras.

—Necesitamos hacerle nuevas preguntas —respondió Anne.

—¿Sobre qué? Ahora no tengo mucho tiempo —dijo en el mismo tono de antes.

Ya se encontraba detenido frente a ambas. Nos hallábamos de pie junto a la puerta de su despacho, donde nos atendió la primera vez.

—¿Conoce usted a una mujer llamada Candace Young? —pregunté.

—No me suena ese nombre —se limitó a responder, cauto.

—¿Qué estuvo haciendo ayer entre las doce y la una de la madrugada? —preguntó Anne.

—Estuve en casa.

—¿Alguien puede confirmarlo? —pregunté.

—No.

—¿Podemos ver la lista de los miembros de este lugar? —preguntó Anne por su parte.

—No sin una orden —respondió tajante.

—Entonces, vendremos con la orden y pondremos todo esto patas arriba si es lo que desea, con la consecuente mala publicidad para su negocio —concluyó Anne.

—Es allí donde se equivoca. Esto no es un negocio. Es un divertimento nuestro.

—¿De su esposa y suyo? —pregunté.

—Sí. De Mary Jane y mío —respondió y me lanzó una mirada de desprecio.

—Sea lo que sea, volveremos con una orden, señor Welch. Sabrá qué poco nos importan los bonitos apellidos en el Departamento de Homicidios de esta ciudad —afirmó Anne con un gesto parecido a una sonrisa.

—Deberían importarle, como a todos, aunque no lo reconozcan. De todas formas, no hay necesidad de ser groseros. Hemos enviado esa información que ahora está solicitando a su departamento hace días. De hecho, después de que ustedes me visitaron por primera vez.

—¿Cómo dice? —preguntó Anne.

—Tal como oye. La recibió una persona llamada Juliet Rice y fue dirigida al sargento Jaydan Cooper. Si ahora me disculpan, tengo mucho que hacer porque Mary está de viaje fuera del país y no sé cuándo volverá. Suerte con la orden.

Eso dijo y entró en su oficina, la de las libélulas azules, dejándonos a Anne y a mí de una sola pieza.

PARTE VI

1

Clifford Welch vio a las detectives encender el auto e irse. Las miraba por la ventana de su despacho. Buscó el celular en el bolsillo de su pantalón hecho a la medida. Pulsó el código de desbloqueo y luego rastreó un nombre en la pantalla. Era alguien con quien había hablado hacía pocas horas.

Llamó. Aguardó el tono. Estaba nervioso pero también subyugado. La persona con la que quería hablar le producía esa sensación. Además, le brindaba la posibilidad de liberarse pronto del mayor de los yugos: Mary Jane.

No podría divorciarse de ella porque nadie abandonaba a una Bach y quedaba vivo para contarlo. Eso había dicho la misma Mary Jane un millón de veces en una especie de velada amenaza por si a él se le ocurría intentar dejarla.

«Mary disfruta viendo cómo me doblego ante ella porque es una sádica», eso le contó a la persona que ahora llamaba hacía unas semanas y esta le había brindado una solución radical:

—Te sacaré de allí. Es un despropósito que cargues con ese peso, con esa mujer idiota que no sería nadie sin ti. Ayúdame y yo te ayudaré. Esto funciona así. A mí también me están ayudando. Se trata de dar rienda suelta a los deseos, sin límites. Y los deseos más poderosos son los que nos llevan a querer destruir a quienes nos han hecho daño, y nos impiden brillar como nos merecemos tú y yo.

Eso le había dicho esa persona semanas atrás, y desde ese momento se convirtió en una imagen sagrada para Clifford porque supo expresar en pocas palabras lo que él llevaba tiempo sintiendo.

—A mí también me pasa. Hay una mujer a la que odio más que a cualquier otra. Y me he dejado de hipocresías. Todos queremos matar, es parte de nuestra naturaleza, pero como especie hemos querido intentar torcer ese apetito. Ninguna otra especie hace eso ni se cuestiona si debe matar, y no solo para saciar el hambre, sino para mantener el dominio. ¿O crees que los felinos más fieros matan por hambre? No. Lo hacen para dominar. Para sentir que están en lo más alto de la jerarquía y asegurarse de que nadie podrá decirles qué

hacer. Y eso, querido amigo, es lo que pienso hacer con mi vida. Que nadie esté por encima de mí y mucho menos una estúpida y blandengue tipa que ni siquiera sabe lo que desea de su propia vida.

Recordaba las palabras de esa persona con claridad. Nadie le había hablado antes así, logrando que descubriera y le pusiera nombre a lo que él también había sentido desde adolescente, a esa rabia intensa que no podía descifrar ni sacar de ninguna manera hacia afuera porque sería mal vista por su padre y su madre. Clifford prefirió odiar y besar, odiar y besar a las personas que despreciaba, a las chicas de la preparatoria cuando notaba que les agradaba. Era como si otro Clifford estuviese observando dentro de él al actor que estaba afuera conquistando chicas odiosas. Después llegó la mejor de todas: Mary Jane.

Era una Bach. Sus años de entrenamiento en los mejores gimnasios de Wichita, el que lo invitaran a los clubs exclusivos del norte de la ciudad y a los grupos de excursionistas y escaladores había sido una fortuna porque en ese mundo encontró a la que sería su esposa, una presa fácil. Nunca imaginó que llegara a ser tan cruel y que lo considerara menos que un animal doméstico.

El tono de la llamada se interrumpió mientras pensaba en que ahora todo era diferente. Atendieron.

—Han estado aquí. Las detectives —dijo Clifford.

La persona al otro lado de la línea rio. Soltó una carcajada sonora y larga.

—No te preocupes por eso. No tienen ni idea…

• • •

Anne conducía hacia el Departamento de Homicidios. Las ideas se agolpaban en su cabeza. Estuvo a punto de compartirlas con Alexis porque habían logrado una buena conexión en el zoo. Le parecía una chica brillante, diferente. Pensaba que podría ser una buena compañera de trabajo para ella. Un poco extraña, pero eso no le importaba. Aunque no podía revelarle lo que se le había metido en la cabeza porque era demasiado grave. Creía saber quién era el asesino serial, pero no tenía ni una sola prueba. Hasta que no se hiciera con ellas lo callaría, incluso delante de su compañera.

Cuanto más lo pensaba, más le cuadraba. La personalidad taimada y esa sensación que no sabía describir acerca de que, de alguna manera, ella era parte central de la historia.

¡No podía creerlo! ¿Por qué tanta perversidad? Inspiró profundo y sintió miedo.

—¿Te pasa algo, Anne? —preguntó Alexis.

«Tal vez está presintiendo mis pensamientos. Debo cuidarme de ella porque tiene esa capacidad de observación extraordinaria, y luego esas piezas sueltas que se ordenan en su cabeza cuando sueña…», eso pensó Anne.

—No, Alexis. Solo que lo que ha dicho Welch es muy extraño. ¿Por qué Juliet no nos dijo nada sobre la lista de nombres? A veces las cosas que están frente a tus ojos y no eres capaz de relacionarlas… —se limitó a decir. Después hizo silencio.

De repente, recordó algo.

—¡Dios mío! ¡Lo olvidé! La ceremonia de premiación es dentro de veinte minutos. Apenas podremos llegar.

2

Llegamos al Departamento de Homicidios. Comprendía perfectamente a Anne. Yo también hubiese olvidado algo como eso en medio de la investigación. Pero sentía que había algo más que la preocupaba. Anne no me estaba diciendo todo. Luego de la ceremonia hablaría con ella.

Nos separamos en el estacionamiento del departamento. Ella se dirigió al edificio principal y yo al Departamento Forense. Mi compañera se encargaría, luego de la premiación, de hablar con Juliet y confirmar si era cierto que Welch había enviado el listado de miembros del club Blue Greatness.

Yo deseaba tocar el trozo de cuerda de aramida. Podía ser que me dijera algo, que pudiera ver alguna imagen. Valía la pena intentarlo. Busqué a Lilian. La hallé en su oficina, sentada y revisando papeles. Creo que me estaba esperando.

—Vamos —me dijo sin más y se levantó.

Nos dirigimos a la sala de evidencias. Allí buscó una caja de pruebas, la abrió y la puso sobre una de las mesas.

—Tócala —me pidió.

Me acerqué y puse la punta de mis dedos sobre el pequeño trozo de cuerda, que se notaba ennegrecido. Entonces la vi. Era Anne. Estaba sentada en una silla en primera fila. Parecía como si mis ojos estuviesen justo detrás de su cuello. Yo era alguien que la odiaba.

«La odio tanto o más que a Nathalie», esa frase apareció en mi cabeza. Solté el trozo de cuerda con terror. No quería sentir lo que experimentaba un asesino, y eso era lo que acababa de pasar.

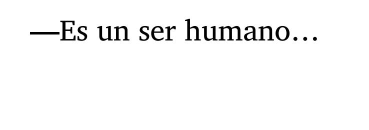
—¿Qué has visto? —me preguntó Lilian, asustada.

—Estuve en su cabeza. La odia a muerte.

—¿A Candace Young? Pensaba que te ponías del lado de las víctimas, no del criminal. Eso debe ser aún más aterrador.

—Lo es. El criminal también es un ser humano que ha sido colonizado por… Olvídalo. Tengo que buscar a Anne —dije.

Me despedí de Lilian. Ella se quedó repitiendo mis propias palabras:


—Es un ser humano…

3

Cuando llegué al salón de usos múltiples, en la segunda planta del edificio principal del departamento, estaban condecorando a Anne. La vi pararse y caminar hacia un discreto podio que habían colocado junto a los estandartes. Recibió una medalla de las manos del encargado de la municipalidad y junto a él se encontraba el jefe de Policía del estado, un hombre canoso de mirada esquiva que había visto antes en fotografías de la prensa.

Había algunos periodistas en el lugar. Supuse que no dejarían pasar la oportunidad para preguntar a Jaydan Cooper sobre los avances del caso del asesino serial, ahora que la prensa había descifrado las similitudes entre los casos y que las fotos de los cadáveres estaban en la *Dark Web*.

Continué dando una mirada rasante por la habitación desde donde me encontraba, de pie junto a la puerta trasera, y vi a Ender sentado en la segunda fila al lado de Jaydan Cooper y a Juliet Rice. Me preguntaba si mi visión, al tocar el trozo de cuerda, significaba que el asesino se encontraba en esa sala.

¿El asesino odiaba a Anne? ¿Es que mi compañera tenía razón desde el principio y todo tenía que ver con ella?

Noté que una mujer miraba a Anne de una manera extraña, con fijeza. Esta se encontraba en la última fila. En ese momento, volteó y me miró. No olvido una cara y sabía que la había visto antes en la pantalla de la computadora de Anne. Era Lindsay, la novia de Haynes. ¿Por qué estaría allí?

Comenzaron a aplaudir en ese momento y Anne retomó su puesto en la primera fila. Hubo *flashes*. De repente, Lindsay se levantó y gritó:

—Encierran a la gente inocente y son incapaces de dar con el asesino que atemoriza a la ciudad.

Se escucharon murmullos y dos uniformados se acercaron a ella. Anne les pidió que se detuvieran, y con una velocidad similar a aquella de la traqueotomía que le practicó a la niña el 4 de Julio, llegó hasta el podio de nuevo.

—Déjenla. No la saquen de aquí. Escuchemos lo que tenga que

decir. Soy la jefa de la investigación y puedo responder todas las inquietudes que tengan. Las de ustedes, periodistas, y también las tuyas, Lindsay.

Ahora los murmullos se hicieron más fuertes. Jaydan no sabía qué hacer y, en cambio, Anne parecía saberlo muy bien. De seguro había considerado que, ante la irrupción de Lindsay, lo mejor era adelantarse y tomar una postura de claro encaramiento a la situación en lugar de ampararse en la fuerza policial para sacarla del edificio. Debió haber pensado que eso daría una peor imagen de la Policía, y tenía razón.

Lindsay no dijo nada más. Por sus propios pasos, se dirigió a la salida. Pero antes de pasar por mi lado, Anne volvió a tomar la palabra.

—Quiero que todos sepan que estamos muy cerca de dar con el asesino de Abril Smith, Dakota Davis, Patsy White y Candace Young. Seguimos una buena pista. Ha cometido errores y los hemos atajado en el aire.

Lindsay se había detenido al escuchar por segunda vez la voz de Anne, pero no volteó a mirarla. Solo la oyó y cerró los ojos. Luego continuó caminando y salió de la sala. Se tropezó conmigo al hacerlo y comprendí que esa mujer se movía por amor. Aunque hubiese sido torpe su intervención y algo inmadura, amaba a Gerard Haynes. Una imagen apareció en mi mente por dos segundos cuando tuvimos contacto: un parque, una manta azul y Lindsay junto con Gerard mirando a unos cachorros jugar cerca de ellos. Había paz en él, pude percibirla, y satisfacción en ella.

Los presentes comenzaron a aplaudir a Anne y me sacaron de mi ensimismamiento. Me fijé en Ender y vi que sonreía, y su rostro adquiría un tono sonrojado. Todos miraban a Anne, menos Juliet, que parecía preocupada.

Me di cuenta de que había un hombre aplaudiendo las palabras de Anne con mucha fuerza. Era alto y atlético. Tenía cara de niño y una sonrisa perfecta.

4

El acto terminó y los periodistas rodearon al jefe. Anne se acercó a donde estaba el hombre, lo tomó de la mano y se dirigió a mi lado.

—Él es Harry. Mi exesposo y mejor amigo —me dijo.

—Hola. Tú debes ser la nueva compañera de Anne. La tienes impresionada. Me ha hablado mucho de ti —dijo él y me dio la mano.

La estreché y vi el mismo muro de cuando conocí a Anne. Pero esta vez cedió por completo y saltó por los aires. Detrás de él estaba Anne, sonriendo junto con dos niños. Los mismos que había visto el 4 de Julio, sus hijos. Puede que Anne no lo supiera, pero el matrimonio con Harry era algo que debía romper, un acto que la conduciría a una especie de liberación. Un muro que debía estallar.

—Anne, tengo que hablar contigo de inmediato —le escuché decir a Jaydan Cooper.

No se veía contento. La verdad es que la declaración de Anne sobre la inminente detención del asesino también me había asombrado, pero pensé que lo había hecho por una buena razón.

—Jay no parece estar feliz con lo que dijiste —comentó Harry en voz baja.

—Ya me hago cargo —respondió Anne y se fue a hablar con el jefe.

Harry se despidió de mí y salió de la sala. Ender se acercó y me dijo que no había novedades en relación con la cafetería Morgana, pero que estaba seguro de que era imposible que Gerard Haynes hubiese colgado las fotos en internet porque en el momento en que aparecieron él había sido captado por la única cámara que funcionaba en un negocio vecino. Estaba en el área exterior fumando sin ser visto por el gerente, ya que no se lo tenía permitido.

En unos minutos, todos salieron del lugar. Me quedé sola y me senté en la silla que había ocupado Anne. Entonces, volví a sentir un odio profundo y oscuro sobre ella. Alguien que estuvo presente o relacionado con uno de los presentes odiaba con locura a Anne Ashton. Igual que a una mujer llamada Nathalie.

¿Qué era lo que había ido a decir esa mujer y por qué se arrepintió? ¿Qué había visto? ¿O a quién? ¿Era el asesino serial el

mismo hombre que odiaba a Anne o estaba confundiendo las cosas?

Me dije que no era momento para dudar de mí misma. Al tocar el trozo de cuerda había visto a Anne, así que tenía que tratarse de la misma persona.

Sentí un frío de muerte que me caló hasta los huesos. Sobre todo en la cabeza. Como si de pronto mi pelo se hubiese sumergido en un lago helado y ahora lo estuviesen haciendo mis sienes. Así somaticé el miedo que sentía por Anne. No podría volver a soportar que la oscuridad se llevara a alguien cercano a mí. Tenía que protegerla y no fallarle, como sucedió con Devin.

5

Después del acto de reconocimiento, me fui a mi escritorio y esperé a que Anne apareciera.

Hubo un momento en el que Juliet pasó por mi lado y la abordé. Le pregunté qué había dicho la mujer llamada Nathalie cuando visitó el departamento. Me respondió que solo había llegado a decir su nombre, ni siquiera su apellido, y que después de informar que tenía algo que decir sobre el asesino serial, de repente, se dio media vuelta y se fue. «Solo un falso testigo más», llegó a decirme. Le agradecí a Juliet la información. La noté algo desenfocada. De hecho, me di cuenta de que primero tocó su bolsillo izquierdo, buscando los lentes que luego recordó llevaba sobre su cabeza.

Continué aguardando a Anne y mirando una y otra vez los expedientes de las víctimas. Al cabo de media hora o cuarenta minutos, apareció.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunté.

—Bien.

—¿Es cierto que Clifford Welch ha enviado la información?

—Sí. Ya los chicos están evaluando la posible conexión entre las víctimas y ese lugar. Ahora debo irme a casa. Mi hijo menor ha enfermado —dijo al tiempo en que sacaba su bolso de mano del escritorio que ocupaba y que se hallaba junto al mío.

—Lo lamento —le dije.

Quería alertarla porque tenía la impresión de que estaba en peligro, pero no encontré la manera de hacerlo.

—¿Puedo ayudarte en algo? Si quieres, trabajamos en tu casa.

—No debe ser nada grave. Estaré de vuelta en un par de horas. De no ser así, te llamo para que nos reunamos en casa. Es una buena idea. Gracias, Alex.

Tenía que dejarla ir, pero no me sentía tranquila. Quería prevenirla de alguna manera. Me levanté y me acerqué a ella todo lo que pude. No deseaba que nadie más me escuchara.

—He tocado el trozo de cuerda que encontró Lilian en la escena donde el asesino dejó a Candace Young. Algunas veces no solo tengo

sueños. También veo imágenes cuando estoy despierta. Creo que estás en peligro, Anne. Hay cosas que no puedo explicar, pero no significa que no existan. Es todo lo que puedo decirte.

Su respuesta me desconcertó:

—Eso es lo que se llama fe. Soy una persona creyente, Alex. No debes convencerme de la importancia de las cosas que no se pueden explicar.

—Sí. Puedes llamarlo fe —acepté.

—No imagino la vida sin creer en algo que no se ve o no se comprende del todo —completó.

Debía ser consolador pensar como Anne. No solo para ella, sino para las personas como yo, que vemos y percibimos cosas incomprensibles, inquietantes. Podemos encontrar buena compañía en la gente como Anne, que cree sin necesitar explicaciones. Deseé con mucha fuerza poder permanecer a su lado como investigadora durante varios años de mi carrera.

—No me pasará nada. Luego me cuentas qué viste al tocar la cuerda.

Después de decir eso, me tomó del brazo y apretó un poco. Sonrió y se fue. Me dije que podía estar impactada por el odio que había experimentado hacia Anne y que, estaba segura, era el sentimiento que movía al asesino, pero que tal vez estaba exagerando el riesgo actual de mi compañera. En poco tiempo volverá e intentaremos avanzar en el caso, me dije.

Planifiqué emplear esas dos horas en las que se ausentaría Anne en el análisis de los mapas de Wichita. Pediría ayuda a Ender. Quería dar con esa instalación de mi sueño, pero era difícil hacerlo porque solo contaba con una imagen. Mi cabeza se llenó de mapas, vías y fábricas abandonadas en los minutos siguientes, pero nada me recordaba lo que había visto en el sueño.

Pasaron cuatro horas y Anne no aparecía. La llamé, pero saltó la contestadora. Salí al estacionamiento para estirar un poco las piernas. En el fondo, estaba preocupada. Había algo inquietante que Anne me dijo por teléfono la noche anterior, cuando noté que había tomado más *gin* de la cuenta. Me repetía una y otra vez esa conversación, pero no lograba dar con ello.

A medida que pasaban los minutos, me alarmaba más porque Anne no se presentaba. Tal vez no fuese nada, me repetía. Continué llamándola, pero no respondía. Entonces, llamé a su casa y Harry atendió el teléfono. Me dijo que sus hijos se encontraban en perfecto estado, que los acababa de llevar de vuelta a casa porque Anne lo había llamado hacía unas horas para decirle que no podría recogerlos

en la escuela.

—¿Ninguno de ellos está enfermo? —insistí.

—No. ¿Por qué? —preguntó.

—No te preocupes. Debí entender mal —alcancé a decirle.

¿Dónde se había metido Anne y por qué me había mentido?

6

Volví al interior del departamento y corrí a buscar a Ender. Lo encontré en la sala del café, donde días antes me había hablado de las cafeterías de la zona y también llegó a la conclusión de que yo me parecía a él porque nunca encajaría del todo en ese lugar. Lo vi revolviendo con una cuchara el líquido humeante de la taza. Estaba de espaldas.

—¿Sabes a dónde ha ido Anne? ¿Te ha dicho algo? —le pregunté acercándome a él.

Se volteó y se quedó mirándome extrañado. Me pareció más viejo sin la gorra de béisbol en la cabeza.

—Su hijo está enfermo. La llamé a los minutos de verla salir para confirmar que Gerard no podía ser quien había entrado en la *Dark Web* a colgar las fotos y tampoco su novia. Me había pedido que investigara a Lindsay también. Quiso que me encargara de comunicarme con los chicos que vigilan a Gerard para comprobar las coartadas de él y su novia cuando se cometió el asesinato de Candace Young. Y tienen una buena. Estaban con dos parejas más, unos vecinos del edificio donde viven, en casa de uno de ellos.

—¿Y ella dónde estaba cuando hablaron? Me refiero a Anne.

—Me dijo que de vuelta a su casa porque uno de los chicos estaba enfermo.

—¿Has dejado de vigilarla con las cámaras? —le pregunté.

En ese momento, casi deseé que me dijera que no.

—Claro. Eso acordé con Anne y le prometí que nunca más lo haría.

—Ender, Anne nos ha mentido. Ninguno de sus hijos está enfermo. Nos engañó deliberadamente a los dos y no sé la razón. ¿Se te ocurre alguna?

—No. Espera… sabes que desde mi oficina se ve el área del estacionamiento donde Anne aparca. Antes de subir al auto, la vi hablando con Lilian. Tal vez ella sepa algo.

Ender no había terminado la frase cuando salí con pasos ligeros en busca de la forense. La hallé en la sala de autopsias. Ahora escuchaba una ópera desconocida para mí.

—Lilian, ¿qué hablaste con Anne hace unas horas en el estacionamiento? —le pregunté casi sin aliento.

Me miró extrañada.

—¿Pasa algo?

—Dime qué te dijo, por favor.

—Me preguntó por una reunión que hubo en casa cuando cumplí cincuenta años. Fue una gran fiesta porque mi marido lo planificó todo. Es espléndido cuando quiere.

—¿Por qué Anne se interesó por esa reunión?

—No lo sé.

—¿Qué quería saber exactamente?

—Algo sobre los chicos, mis hijos, y el club Blue Greatness. ¿Recuerdas que les dije que yo conocía ese lugar y que sabía que tenían los mejores aviones para los lanzamientos?

—Sí. Lo hiciste cuando estábamos en el descampado.

—Creo que algo de lo que expresé entonces le interesó a Anne.

—¿Quiénes estuvieron en tu cumpleaños?

—Todo el mundo. Mi esposo, mis hijos y casi cien personas más. Todos los del departamento, o casi todos. Y amigos de mi familia y del trabajo de mi esposo. No lo sé. Fue una locura. Pero ¿qué está pasando…?

La voz de Lilian comenzó a fundirse con la de la soprano que salía de los altavoces Bose. Todo empezó a encajar en mi cabeza; el conjunto de las piezas, el odio, el resentimiento, la envidia, por qué aquella mujer, Nathalie, había corrido como si huyera del departamento o por qué me sentía asfixiada en el edificio principal del departamento.

7

Busqué mi auto y comencé a recorrer las vías que había memorizado mirando los mapas. Las que formaban parte del proyecto de reurbanización de las zonas industriales. Todas confluían en el centro de la ciudad, muy cerca del Departamento de Homicidios.

Hubo un momento en el que tomé el camino que conducía a las viejas instalaciones de las industrias Bach, próxima a donde el asesino dejó el cuerpo de Abril Smith.

Una de las cosas que descubrí al mirar los mapas era que había una antigua carretera que conectaba con el lugar donde el vehículo de Patsy White quedó varado. Era una vía que estaba en desuso. Intenté tomarla, pero estaba obstruida y no se permitía el paso. Entonces, di la vuelta y llegué hasta la vía principal, la misma que tomó Patsy. Me estacioné en la gasolinera que el asesino mencionó. Allí me detuve a pensar. No podía avisar al departamento lo que estaba haciendo. No todavía.

—¡Dios! ¡Si al menos supiera a dónde ir…! —dije en voz alta y golpeé el volante.

Anne se me había adelantado. Concluyó lo mismo que yo y debió habérmelo dicho. Le hubiese creído por insólitas que fueran sus sospechas. Ahora no tenía dudas de que estaba en peligro.

—Va a asesinar a Anne. ¡Lo sé! —grité.

En ese momento, la vi. A una licaón muy parecida a Dora. Me miraba y comenzaba a caminar hacia el bosque que estaba junto a la vía y a la estación de gasolina.

Me bajé del auto y fui detrás del animal. Ella continuaba caminando despacio. Quería que la siguiera. No sabía hacia dónde me estaba conduciendo. Crucé por entre unos árboles y varias ramas caídas, y comencé a escuchar un paso de agua.

De repente, me vi cerca de una casa destartalada. Junto a ella se había detenido la licaón, pero luego corrió hasta perderse. Llegué a la vivienda y encontré a un chico junto con su madre en el patio trasero.

—Hola. Me preguntaba si cerca de aquí hay alguna fábrica en desuso. Soy la detective Carter, del Departamento de Homicidios, y he

estacionado mi auto en la gasolinera cercana.

—En esa gasolinera hay una vía no pavimentada que comienza detrás del edificio y que no puede verse desde la principal. Si usted continúa por ella algún trecho, va a encontrar una antigua granja en medio de un campo yermo. Está abandonada desde hace muchos años, antes de que yo llegara a este lugar, cuando comenzaron a abrirse carreteras y se construyó el club. Es lo único que hay por aquí abandonado.

—¿Usted la conoce?

—Yo sí —respondió el chico.

—¿Te gusta ir allí? —le pregunté al pequeño.

Asintió con la cabeza.

—¿Te agrada mirar el tanque del techo?

—Sí. Parece una nave espacial.

—Eliot tiene mucha imaginación —dijo la mujer con una entonación que dejaba claro que para ella eso era algo malo. El chico me miró, avergonzado.

—Me has ayudado mucho, Eliot. Has sido muy útil al Departamento de Policía de Wichita —alcancé a gritarle mientras me alejaba corriendo.

8

Corrí hasta el auto. Me subí a él y busqué la vía que la mujer me había mencionado. No recordaba haberla visto en los mapas. Era cierto que existía. Conduje, intentando no hacerlo a mucha velocidad. No quería llamar la atención porque no sabía si estaba siendo observada.

Mis manos comenzaron a sudar. Recordé a Dora y me pregunté si en realidad había estado allí o se trató de una visión, una imaginación mía. Miraba a todos lados, pero no veía ningún edificio abandonado. Al cabo de varios minutos, apareció, tal como dijo la mujer. Se trataba de una edificación rectangular de unos cuatrocientos metros cuadrados, de una sola planta. Pude ver varias ventanas y al menos tres puertas. Junto a la construcción estaba el auto de Anne y el auto deportivo que ya conocía.

Apagué el motor. Pedí refuerzos. Me bajé del vehículo y me oculté tras unas plantas secas que encontré cerca de él. No lograba ver nada. Tendría que aproximarme para comprender qué estaba sucediendo allí adentro. Sin embargo, desde el interior de la casa podrían estarme observando y sería un blanco fácil si alguien deseaba dispararme.

Decidí no esperar y acercarme. Cuando estuve junto a la edificación, me asomé a través del cristal polvoriento de una de las ventanas. No logré ver nada. Llegué hasta una puerta y empujé. Crujió y cedió. Entré, empuñando el arma. Ahora mis manos estaban secas pero heladas.

Caminé. El lugar estaba vacío. Se trataba solo de paredes, piso de madera, techo, ventanas y puertas. Debía tener muchos años sin uso. Recordé a Anne cuando me habló de la contaminación de los suelos en Wichita. También a Ender contándome sobre los pasadizos de la cafetería Morgana. Entonces lo supe. Debajo de mis pies…

Continué caminando y mirando hacia abajo, pendiente de cualquier mínimo indicio de que hubiese alguna puerta en el piso que condujera a un sótano, pero no encontraba nada en la superficie que me hablara de una puerta de acceso a una cámara subterránea. Me dije que tenía que estar en alguna parte.

El recuerdo de mi abuela llegó para auxiliarme. Cuando perdía

algo, se acostaba en decúbito lateral sobre el suelo y observaba. Decía que así aparecían los objetos, hasta los más insignificantes, que todo era cuestión de posición y de perspectiva.

«Eso haré, abuela», dije para mí misma. Me acosté, confiando en que si había una escotilla, tendría que mostrar algún tipo de protuberancia, un dispositivo para levantarla.

Y allí estaba. Se trataba de una pequeña arandela de hierro que estaba a pocos metros de mis ojos.

9

Me levanté de un salto y corrí hacia ella. La agarré con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, me tomé un segundo para concentrarme en lo que estaba a punto de hacer y tiré fuerte. La puerta se levantó y quedó totalmente abierta. Me asomé con la Glock en las manos, apuntando. No escuchaba ningún ruido. Había una escalera de madera y sin pasamanos.

El lugar estaba en penumbra, pero al final, a unos cuantos metros de mí, pude ver cierto reflejo tras la silueta de unos objetos que parecían mesas y cajas. Había unas personas allí tras ellos. Bajé con cuidado de no hacer ningún ruido y volví a cerrar la escotilla. Logré llegar al último peldaño de la escalera y luego toqué el suelo. Me dirigí a la pared más próxima. Quería desplazarme junto a ella para reducir las posibilidades de ser vista.

Continué avanzando, cada vez más cerca de la luz, y comencé a distinguir mejor a quienes allí se encontraban. Se trataba de Anne, de Jaydan Cooper y de Clifford Welch. Este último estaba de pie, apuntando al jefe Jaydan, quien yacía maniatado y tumbado en el suelo. A su vez, Anne estaba apuntando a Welch a escasos metros de él.

Ella se encontraba de espaldas y no podía verme, tampoco Clifford. El único que tal vez me había visto era el jefe Jay.

—Anne, dispárale —le ordenaba él—. Olvídate de mí por un momento. Si bajas el arma, nos matará a los dos. Tienes que decidirte ya y cumplir con tu deber.

Anne solo se mantenía apuntando a Welch. Este tampoco bajaba el arma. Pude ver que su brazo temblaba. Eso no era bueno. Estaba muy nervioso y podría disparar el arma aunque no lo quisiera.

—Vuelvo a decirte, Clifford Welch, que sueltes eso y te des la vuelta. Ya no tienes escapatoria. Te prometo que vamos a escuchar todo lo que tengas que decirnos y tus derechos no serán vulnerados, pero deja de hacer tonterías, que solo van a perjudicarte —dijo Anne.

Welch se volteó hacia mí. Anne gritó:

—¡Suelta el arma!

Me separé de la pared, di varios pasos apuntando a Welch. Él disparó dos veces. Jaydan gritó. Vi caer a mi compañera al tiempo en que yo también disparaba.

10

Herí a Welch. Él también cayó hacia un lado. Me acerqué corriendo y, al ver que estaba inconsciente y neutralizado por el momento, fui con Anne. Ella también había perdido el conocimiento. Mostraba una herida en el hombro derecho, pero supe de inmediato que no era de gravedad. La bala solo la había rozado. Anne llevaba chaleco antibalas y tal vez el segundo disparo impactó en él. Podría esperar a la atención médica.

Corrí a donde había caído el arma de Welch y la pateé lejos por si recobraba pronto el sentido. Luego fui con el jefe Jaydan y puse mi arma a un lado. Sus manos estaban atadas hacia adelante, reposaban sobre sus piernas. Por un momento dudé en ayudarlo, pero al ver a Welch y Anne herida comencé a quitar las amarras.

—Ha sido él y todavía no puedo creerlo. Yo lo conocía desde hacía algún tiempo. Intentó usar eso para tapar su crimen, que me conocía. El listado que envió al departamento no debía estar completo. Alguna vez pertenecimos a un club de alpinismo, hace años, en la escuela. Era un patán en ese entonces, pero después cambió. O al menos, eso creí yo. En realidad, odiaba a las mujeres que se acercaban a su negocio, supongo. Todo lo que significara valor femenino. Todavía no puedo creer que alguien como él sea un asesino serial. ¿Está muerto?

—No. Disparé a su brazo. Solo está desmayado —respondí.

Continuaba intentando desatar al jefe Jaydan. El amarre era fuerte.

—Me dijo que viniera aquí solo. Me confesó sus crímenes. Pretendía que lo amparara con la promesa de que no volvería a hacerlo. No sé cómo se le ocurrió que lo apoyaría. No estaba pensando bien. Después me atacó al comprender que no sería un aliado para él. Por alguna razón, Anne apareció justo en el momento en el que iba a dispararme. Creo que me estaba siguiendo. Debió haberse olido algo extraño en Welch cuando fueron a visitarlo.

El jefe no paraba de hablar y explicarse. Yo continuaba intentando desamarrarlo.

—Espere un poco más. Es una cuerda resistente y el nudo está bien hecho —expliqué.

—Está bien —respondió impaciente e hizo silencio unos segundos.

Escuché un movimiento y un quejido. Luego silencio. Era Anne.

—Ya viene la ayuda, Anne. Todo está bien —grité sin voltearme. Quería que mi compañera se tranquilizara.

—No te preocupes. Estoy mirando a Welch y sigue inconsciente. Es solo que Anne se ha despertado. ¿Cómo está ella? —preguntó Jaydan.

—Va a ponerse bien. Creo que se desmayó más por la conmoción. Solo una bala le hizo daño y fue en el hombro.

—¿Has pedido refuerzos? ¿Cómo has encontrado este lugar?

—Sí. Los refuerzos están en camino. Ya deben estar a minutos de llegar, pero hay que solicitar la unidad médica —respondí.

—Alex… —dijo Anne lanzando un grito desde donde había caído.

—Anda con ella. Yo puedo esperar —dijo el jefe.

Comencé a darme la vuelta. Lo que sucedió después pasó en una fracción de segundo. Unas manos bordearon mi garganta y apretaron con una fuerza bestial. Me fui quedando sin aire mientras veía los hermosos ojos de Jaydan Cooper clavados sobre mí. Pero ahora pude descubrirlos sin disfraz. Su mirada era de odio puro.

De repente, su rostro se desdibujó y todo quedó en la más horrenda y silenciosa oscuridad para mí.

11

Cuando desperté, me encontraba junto a Anne. Las dos estábamos atadas, en el suelo, junto a una de las paredes de ese lugar, y ellos dos, Jaydan y Clifford, estaban frente a nosotras sentados en unas sillas.

Clifford llevaba la camisa puesta a manera de venda sobre la herida que le hice en el brazo. Había una luz tenue que provenía de una lámpara de combustible que colgaba de alguna parte a pocos metros de ellos.

Anne estaba consciente pero débil.

—Ya han venido los chicos. Tu «refuerzo» acaba de irse cabizbajo… —dijo el sargento Jaydan Cooper con voz de sorna.

Después sonrió.

—Han revisado el piso de arriba. —Señaló con el dedo índice e hizo una mueca con los labios—. Y no han encontrado nada. Verás, Alexis, estas edificaciones antiguas contaban con este tipo de cámaras para esconder asuntillos ilegales con sustancias químicas o bebidas alcohólicas. También dicen que hacían orgías subterráneas en algo parecido a unas discotecas clandestinas. La gente de avanzada se atrevía a hacer las cosas aquí abajo, las mismas que no tenían el coraje de hacer arriba los demás, aunque las desearan. Estaremos todos los presentes de acuerdo en que los lados oscuros son siempre los más interesantes.

Se calló por un momento. Movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo, varias veces, como haciendo ejercicios con el cuello para quitarse la tensión en los músculos. Después continuó hablando.

—Todavía no sé cómo hiciste para llegar aquí. De todas formas, los nuestros no son tan estelares en las búsquedas como la querida Anne y ahora su extraña compañera. ¿O es que creías que no sabría nada de ti? —completó, mirándome.

Welch tenía mi arma en sus manos y en ese momento me apuntó a la cabeza.

—Espera, Clifford. No tan rápido. Este es un momento sublime y no hay que apurarlo. Lo que pasa es que nunca has podido domesticar tus apetitos.

Después de decir eso, se levantó de la silla y caminó hacia la escalera, allí tomó su celular y lo estuvo manipulando. Anne aprovechó para hablarme.

—Ha sido él, Alex, lo supe por las tijeras, que eran más grandes de lo normal y por eso estaban fuera del estuche de aseo en su guantera. También por la alfombrilla azul de su auto. Cuando fui con él a Morgana y me quedé ahí… Después hablamos de mi trabajo y me dijo que era lógico que me quedara en casa cuidando a los chicos, siendo mujer. Es algo trillado que muchos hombres de mente atrasada piensan, pero no sé por qué ese comentario me abrió los ojos. Es un maldito asesino que siempre ha estado cerca de mí… —me dijo en voz cada vez más baja.

Parecía que necesitaba explicarme cómo había llegado a sospechar de Jaydan y también por qué no me lo dijo cuando debió, antes de seguirlo.

—Lo sé, Anne, pero no hables, guarda las energías —le dije, intentando calmarla.

—Lo seguí hasta aquí. Inventé la enfermedad de mi hijo. Tenía que comprobarlo por mí misma antes de alertar a nadie en el departamento. Pero él debió saberlo, que lo estaba siguiendo, y montó esta obra de teatro con Clifford. Pretendía hacerme creer que Welch era el asesino, o no lo sé… Es cierto que dudé porque no quería que fuese culpable, es un policía y un amigo. Es demasiado.

—Nadie fue capaz de verlo, Anne. Yo tardé más que tú. Y también quise creer que no era él hasta el final.

Jaydan volvió hasta el lugar donde estaba antes, sentado junto a Clifford, que se mostraba inmóvil.

—Debí saberlo antes, su hipocresía escondida detrás de esa simpatía que a todos cautiva. ¡Era el perfil, Alex, delante de nuestros ojos…! —continuó diciendo Anne, pero esta vez elevó la voz. Tanto que él nos escuchó.

—¡Eres increíble, Anne! A punto de morir y todavía tan «profesional». Lo ves, Clifford, por eso algunos piensan que el futuro está en las mujeres —dijo Jaydan.

Clifford se mantenía en silencio, apuntando.

—Y las cosas no han sido del todo como has dicho, Anne. Me pareció oír que afirmabas que monté un teatro con mi amigo, pero no fue así. Digamos que él sufrió una crisis después de que ustedes estuvieron por segunda vez en su oficina. Fue por el asunto de la cuerda y Lilian. Es bueno saber que seguiré contando con una patóloga tan capaz para los próximos casos de asesinatos. El tema es que mi amigo se sintió perdido y realmente me citó aquí para que

discutiéramos los próximos pasos, y fue verdad que de repente perdió la perspectiva y me ató. No me hubiese llegado a hacer daño, estoy seguro, aunque el hecho de que me apuntara llegó a preocuparme. Fue cuando apareciste, Anne. Ahora las aguas han vuelto a su cauce. Eso hubiese dicho mi padre. Y ya hemos arreglado las diferencias entre nosotros.

—¿Qué te ofrecieron? —interrumpí.

Me miró sorprendido, no sé si porque me había atrevido a cortar su discurso o porque conocía que no estaba en esto solo, que había alguien detrás. Después que salió de su sorpresa, me respondió.

—Me han ofrecido todo.

—¿Quiénes son ellos?

—Están en todos lados, buscando a los elegidos. Y yo no solo soy uno más. Soy el mejor de todos, y creo que ahora lo saben.

12

—¿De qué estás hablando, Alex? —preguntó Anne.

—No va a explicártelo, querida. No deberías confiar en ella como lo haces. Las mujeres son muy dadas a confiar entre ustedes y no comprenden que eso es un estúpido error.

—¿Y ahora qué harás? —pregunté interrumpiéndolo otra vez.

—Las mataremos —dijo sin más.

—No te estoy hablando a ti, sargento Cooper, sino a Clifford.

El aludido se movió en la silla. Hasta ese momento, había permanecido en silencio e inmóvil.

—Dime, Clifford, ¿tú sabes lo que el sargento hará? —insistí.

—¿Por qué me llamas «sargento»? —gritó Jaydan.

Eso era lo que quería, sacarlo de sus cabales. Adiviné que ese era uno de sus complejos de inferioridad, que Anne era teniente y él, sargento. Continué ignorándolo.

—Yo sé lo que el sargento hará contigo. Serás carne de cañón. Nos asesinará a los tres y se llevará las glorias de haber resuelto el caso, y tú pasarás a la historia como el asesino de las bragas, cuando solo le serviste de instrumento. Tú hacías el trabajo duro: seleccionabas a las chicas y se las ponías en bandeja porque las conocías antes por tu club. Pero jamás has sido su compañero. Lo que te ha ofrecido es mentira. ¿Qué fue? ¿Liberarte de Mary Jane? No debiste creerlo porque ni él ni sus amigos son confiables.

—¡Cállate, estúpida! —gritó Jaydan.

—¿Por qué voy a callarme? Crees que mueves los hilos, pero no es cierto. Eres una marioneta de tus amigos —respondí.

—¿Yo soy una marioneta? ¿Yo? —gritó y luego intentó emitir una carcajada.

Entonces, se levantó de un salto y lanzó la silla a varios metros de distancia. Esta fue a chocar con la pared y luego cayó de lado. Había logrado provocarlo, puede que más de lo necesario. Caminó a grandes pasos hacia mí. Anne lanzó un gemido y luego una exclamación: —¡Dios!

Él se me acercó y se detuvo frente a mí. No miré hacia arriba.

Delante de mi cabeza se encontraban sus fuertes piernas dentro de un pantalón oscuro ajustado. No dijo nada. Luego se puso en cuclillas, descendió y orientó su cabeza hasta poner la cara justo frente a la mía, casi rozándola.

Todos sus movimientos eran calculados. Parecía un reptil a punto de atacar. Esa belleza cautivadora que había reconocido antes en Jaydan Cooper continuaba allí, pero ahora estaba contaminada por la maldad pura. Sentí su aliento de monstruo y una mirada de hiel.

—No eres nada —le dije mirándolo a los ojos.

Sonrió y mostró su dentadura perfecta, puede que demasiado blanca. Levantó la cabeza un poco hacia arriba y la movió como diciendo «no debiste». Levantó el brazo derecho y me golpeó en la cara con el puño. Sentí dolor en la nariz y en el pómulo izquierdo. Debió usar un anillo porque comencé a sangrar bajo el ojo. Sentía la humedad correr por mi cara.

—Alex, cállate —dijo Anne.

—No eres nadie y Nathalie lo sabía… —insistí.

Sabía que iba a morir, pero esa era mi venganza. Decirle a la cara al embajador temporal de la oscuridad que nunca brillaría como Devin, como Anne, como yo misma. Cuánta razón tenía Lilian de pensar en un patético Yago al ver los cadáveres de sus víctimas. Era un hombre repugnante.

Me tomó por el cuello con las dos manos y comenzó a asfixiarme. Me convertí en Abril, Dakota, Patsy y Candace por un momento y vi lo que ellas vieron.

—¿Cómo sabes lo de Nathalie? ¿Cómo? —me preguntaba mientras apretaba más y más.

13

Luego me soltó. Tosí. La garganta me ardía. Intentaba recuperar el aire. Caminó de vuelta junto a donde estaba Clifford Welch sentado y se detuvo junto a él, de frente hacia nosotras.

—Esa chica Nathalie tuvo el atrevimiento de dirigirse al departamento. Seguro buscaba a la encargada del caso, a la superpolicía Anne Ashton. La conocía desde la infancia y luego la volví a ver viviendo en mi barrio. Creo que algo le dije, algo como que a algunas mujeres habría que violarlas y meterles las bragas en la boca para que se callaran en la eternidad, ya que ese sería un verdadero infierno para ellas, el no poder decir sus bobadas. En ese grupo incluía a su madre, que era una arpía, y Nathalie lo sabía. Pero la muy idiota se indignó y me dijo que nunca volviera a decir algo así sobre su madre.

Hizo silencio. Se volteó. Ahora quedó de espaldas a nosotras y de frente al área donde estaba la escalera, que era el único lugar de acceso al sótano. Me seguía pareciendo un reptil de piel oscura. Estaba vestido completamente de negro con ropa entallada que se ajustaba y dejaba ver su cuidada figura. En ese momento, su belleza era tan amenazante que se transformaba en fealdad.

—Imagino su miedo cuando se dio cuenta de que era yo el jefe del Departamento de Homicidios. Juliet debió decirle mi nombre —continuó.

—¿Por qué los cortes en las bragas y la limpieza de los cuerpos? —le pregunté.

Se dio la vuelta.

—Eso no lo revelaré —me respondió.

—Ha llegado la hora, Cliff. Mátalas ya —dijo y le dio una palmada en el hombro a Clifford Welch.

Pareció olvidar que ese hombre estaba herido y que justo ese era el brazo que había recibido la bala.

—Sí, marioneta Welch. Mátanos para que luego él pueda matarte a ti —le grité a Clifford.

—Es inútil que intentes dividirnos. Él sabe su lugar y también el

mío. Algunas personas no tienen problema en que alguien superior mueva los hilos, y te aseguro que los míos no los mueve otra persona. ¿No eres psicóloga? Deberías saberlo, lo de la seguridad y la libertad. Casi nadie soporta la libertad y todos buscan la seguridad. La de Welch soy yo. Ha sabido ver mi capacidad justo porque él no la tiene. ¡Soy yo quien mueve los hilos de esta ciudad y quien determina quién vive y quién muere! —exclamó Jaydan Cooper con un grito que retumbó entre esas paredes.

Su discurso era surrealismo puro, un delirio al extremo. Eso era lo que yo buscaba, que su ansia de poder quedara así expuesta para que se volviera en su contra. Miré a Clifford. Pude sentir que su ira contenida se desbordaba.

14

Clifford se levantó y caminó hacia nosotras. Apuntó a la cabeza de Anne. Ella comenzó a rezar. Solo alcanzó a decir dos palabras de su oración. Clifford se dio la vuelta y disparó a la cabeza del sargento Cooper. Lo mató en el acto.

—No soy una marioneta de nadie, payaso engreído —dijo y miró el cuerpo sin vida del jefe del Departamento de Homicidios de Wichita, el mismo asesino serial que había hecho un pacto con la oscuridad.

Jaydan no calculó que su aliado podría haber cultivado por él un odio aún más grande. Escuchamos ruidos. Una voz de alto. Clifford soltó el arma y se tumbó de rodillas en el suelo. Cuatro hombres uniformados y una mujer descendieron por las escaleras, se acercaron empuñando sus armas. Uno de ellos esposó a Clifford Welch y otro comprobó que el jefe Jay estaba muerto. Dos se acercaron a donde Anne y yo nos encontrábamos atadas.

—Necesita atención. Tiene una herida de bala en el hombro —informé.

En ese momento pensé que una de las debilidades de Jaydan era que siempre menospreciaba a los demás. Así como yo pude encontrar la puerta de ingreso al sótano, los chicos también pudieron hacerlo. Después de todo, yo había hecho la llamada y revelado la ubicación. Tardaron, pero lograron dar con nosotras. Alguien debió decidir volver al lugar y comprobar mejor porque, tal como había dicho el propio Jaydan, esos lugares contaban con sótanos.

Los policías nos quitaron las amarras y nos ayudaron a levantarnos. Luego buscaron dos sillas y nos pidieron que nos sentáramos unos segundos mientras evaluaban nuestras heridas.

Obedecimos. Yo tenía sangre en la cara y una pequeña herida en el pómulo. Anne había perdido más sangre por la herida en su hombro y estaba adolorida. Uno de los uniformados sacó un pañuelo e hizo una venda improvisada para cubrir la herida de Anne.

Nos pidieron que nos quedáramos allí unos minutos hasta que llegara la ambulancia. Era mejor esperar la atención médica para que evaluara el brazo de mi compañera y vendara mejor la herida antes de

que tuviese que moverse más.

Se llevaron a Clifford Welch al exterior. Me quedé sentada junto a Anne, acompañándola. La mujer policía y otro de los uniformados aguardaron junto a la escalera. El cadáver de Jaydan Cooper yacía en el suelo. Ahora esa habitación debía ser objeto de análisis forense y Lilian Peterson no tardaría en llegar. Pude imaginar su asombro y el de todo el Departamento de Homicidios cuando conocieran los hechos.

—Gracias. Me has salvado la vida. Te prometo que jamás volveré a guardarme nada para mí mientras seas mi compañera —me dijo Anne, visiblemente conmovida.

—Tal vez ahora seas la jefa, Anne, y no mi compañera —respondí.

—¡No quiero eso! Ni en un millón de años… Soy policía, no burócrata. Los policías estamos en las calles para intentar hacerlas más seguras. Aunque Jaydan también era policía… ¡Dios! Sabía que era él, y cuando lo supe, debí habértelo dicho.

—Yo que suelo percibir cosas, no lo hice con Jaydan. «Al mejor cazador se le va la liebre», decía mi abuela. Tal vez entre las dos hagamos «un» buen cazador, en el futuro —le respondí con una sonrisa.

—Un «dos en uno». Es una buena idea —dijo y también sonrió.

Escuchamos pasos arriba.

—Alguna vez hasta pensé que él quería tener algo sexual conmigo. Se me acercó un poco cuando Harry ya se había ido de casa. Pero yo no quise continuar adelante a pesar de su magnetismo. ¡Es increíble que Jaydan fuera el asesino! Creo que lo voy a asimilar, pero será dentro de varios días.

—Lo es porque además te odiaba con toda su alma y logró engañarnos a todos.

—¿Dices que me odiaba a mí? —preguntó Anne y sus ojos se abrieron un poco más. También hizo una expresión de dolor porque movió el brazo sin quererlo.

—Sí. Fue lo que vi al tocar la cuerda. Pero ahora no pienses en eso. Después hablaremos.

Bajaron paramédicos. Uno de ellos llevaba un maletín en las manos. Atendieron a Anne y también se ocuparon de mi herida en el rostro.

Salimos del sótano. Cuando comencé a subir la escalera, miré hacia donde estaba el cuerpo de Jaydan. Quería dejar atrás ese lugar marcado por la ira que desprendía ese hombre aunque estuviese muerto. Aún me afectaba su odio y me dolía su violencia. Además, él sabía todo sobre mí. Se lo había contado la oscuridad.

15

Cuando salí al exterior, amé la claridad del sol, el calor y los colores amarillo y verde de aquel campo que antes no tuve la oportunidad de admirar.

La ambulancia se llevó a Anne al hospital. Luego llegó la primera unidad forense y Lilian Peterson venía en ella. Cuando me vio, se dirigió hacia mí. Me preguntó en voz baja:

—¿Ha matado a Jay? ¿El asesino? ¿Qué demonios ha pasado aquí?

—No, Lilian. El sargento Jaydan Cooper era el asesino.

No daba crédito a mis palabras. Pude descubrir la impresión que explotó en su cerebro. Después comenzó a comprender.

—Entiendo. Por eso no dejaba ninguna huella. Por eso lo de las fotos en la *Dark Web* y su interés por culpar a Haynes. Porque él, como todos, sabía que Anne se obsesionaría con Gerard Haynes y su caso antiguo. ¿Jay? Si creyera en Dios, ahora mismo dejaría de creer… ¿Un policía asesinando y violando mujeres?

Asentí.

—Y Anne lo sabía, ¿verdad? Por eso me preguntó sobre la fiesta de mi cumpleaños. Jay llegó tarde porque venía de lanzarse en paracaídas. Para ese tiempo, el negocio de Welch apenas comenzaba y mis hijos y Jay hablaban de la altura de los aviones… Ella recordaba que alguien había hablado de eso junto a la piscina, pero quería asegurarse de que fuera Jaydan. No me preguntó directamente por él. Solo por la conversación y por quiénes habían ido a casa.

—Anne lo sabía y lo siguió. Actuó en el momento justo en que Clifford Welch, cómplice de Jaydan, se le enfrentaba. Estaba desesperado porque, gracias a ti, nosotras sabíamos lo de la cuerda. Creo que fue cuando Welch se dio cuenta de que había sido un tonto útil para Jaydan, que nunca iría a la cárcel y que antes de eso lo culparía a él de las muertes luego de asesinarlo. Eran conocidos desde hace años. También compañeros de club y de deportes extremos llenos de adrenalina.

—No conocemos a nadie realmente y todos podemos llegar a convertirnos en asesinos si… —dejó la frase inconclusa.

—Se mueven las teclas correctas si nos hacen un ofrecimiento imposible de rechazar —completé.

—Sí. Algo así estaba pensando. Tal vez sea demasiado decir que todos, pero al menos sí unos cuantos… —afirmó.

—Jaydan hubiese asesinado a Welch y lo hubiese inculpado. Tal vez también hubiese asesinado a Anne —razoné.

—Es un horror —sentenció Lilian—. Era portador de la belleza inhumana como la leyenda japonesa de Yuki-onna. Era la mujer más bella, cuyo aliento gélido congelaba a todos. Hay pasiones buenas y malas, sin duda. Jaydan debía contener una de las peores y ser movido por una espantosa pasión. ¡Mi marido no va a creerlo! ¡Le caía simpático! Creo que hasta lo había invitado al club a partidas de tenis. Y la prensa va a delirar. Piensa bien cómo dirás esto, Alexis. Supongo que Asuntos Internos estará por llegar.

Cuando Lilian terminó de decir eso, vimos un auto aproximarse y estacionarse tras la unidad forense. Un hombre alto y delgado, vestido con un traje negro y una camisa blanca, se bajó de él, me miró y comenzó a caminar hacia donde estábamos.

—Me parece que ya han llegado —afirmé.

—Tengo mucho trabajo que hacer aquí. Que tengas suerte, Alexis —me dijo Lilian. Creo que en realidad estaba preocupada por mí.

Después de decir eso, se fue hacia adentro de la edificación. El hombre alto y bien vestido pasó junto al auto deportivo de Clifford, que continuaba allí, y pisó en falso. Tuvo buenos reflejos, apoyó la mano en el vehículo para no caer. Luego continuó avanzando.

Llegó a mi lado y se detuvo. Se aflojó un poco el nudo de la corbata. Llevaba el pelo encrespado y un tanto largo para ser un funcionario de Asuntos Internos. Eran la policía de la Policía y pretendían mostrar una apariencia más «convencional». Había conocido a algunos de ellos durante mis años de estudio.

—Sebastian Hausmann. Asuntos Internos —dijo y me dio la mano.

—Alexis Carter —respondí.

La estreché. Cuando lo hice, una imagen apareció en mi cabeza. Vi a una mujer amordazada, golpeada, con las manos atadas. Llevaba un vestido rosa manchado de sangre. Estaba débil pero viva.

¿Qué estaba pasando?

16

Tardé varios segundos en darme cuenta de lo que sucedía. No tenía tiempo que perder. De repente, comprendí de golpe la verdadera relación entre Clifford y Jaydan, un *quid pro quo*. Creía que Clifford le ayudaba a buscar el perfil de mujeres que encajara en sus apetitos y que Jaydan le había prometido hacerle algo a Mary Jane. Era ella la mujer de la visión, estaba segura.

Entendí que Clifford, al ver la inminencia de nuestras sospechas en la segunda visita que le hicimos, se apresuró a adelantar lo que deseaba, la parte del trato en que Jaydan debía asesinar a su esposa. Clifford tenía moralidad de asesino, pero era un cobarde y nunca se atrevió a asesinar a nadie por sus propias manos. Pero sí a atacar, a maniatar… por eso llevó hasta allí a su esposa, para que Jaydan cumpliera su parte y luego dejar la asociación. Recordé lo que dijo en las afueras de su oficina en el club de paracaidismo, que su mujer estaba de viaje. Pero no era así…

Me separé rápido del hombre recién llegado. Caminé hasta el auto de Welch. Miré a un lado y a otro. Uno de los forenses estaba acomodando materiales sobre una mesa de evidencias a pocos metros.

—¡Una palanca! —pedí a viva voz.

Sebastian Hausmann se acercó a mí veloz. Me miró sin comprenderme, pero se hizo cargo. Fue a su auto corriendo y abrió el maletero. Sacó una barreta y llegó a mi lado lo más rápido que pudo. Los forenses junto a la mesa se quedaron sin saber cómo reaccionar.

—¿Quieres abrir esto? —preguntó con voz potente.

—Sí —respondí y sin pensar le arranqué la palanca de las manos, poniéndola en el maletero. Era allí donde él tocó antes para no caerse. Había servido de instrumento, de canal para que me diera cuenta de lo que contenía el auto de Clifford.

Accioné la herramienta y abrí el maletero. Allí estaba Mary Jane, inconsciente y golpeada, pero viva. Sebastian Hausmann exclamó algo y pidió ayuda urgente a los forenses. Creo que dijo algo parecido a «¿cómo diablos lo supiste?».

No le respondí. Los forenses acudieron de inmediato y Lilian

también. El pulso de Mary Jane latía. Me aparté y Sebastian Hausmann hizo lo mismo.

Me quedé pensando en el odio que Clifford debía sentir por Mary Jane Bach. Era un odio diferente al de Jaydan, más pasivo y dependiente. Necesitaba que otra persona hiciera realidad su ansiado asesinato. Al matar a Jaydan Cooper había dado todo por perdido, pero tampoco había anunciado que su esposa estaba muy malherida en el maletero de su deportivo cuando se lo llevaron. Pudo haber tenido ese mínimo acto de humanidad, pero no fue así. Aunque debía saber que su auto también iba a ser analizado. A ese nivel llegaba su desprecio por su esposa: feroz pero taimado. Tampoco soportó que Jaydan lo llamara títere. Era tan peligroso como él, aunque menos atrevido. Alguien susceptible de pactar con la oscuridad. Me pregunté cuántas personas así, capaces de hacerlo, habría en la ciudad. Cuántas personas «normales» con instintos asesinos.

En ellas estaba el verdadero poder de la oscuridad.

17

Cuatro días después de lo sucedido en la granja abandonada, llegué a la oficina. Recuerdo que era una mañana fresca, contra todo pronóstico. Las cosas en el departamento se habían calmado un poco. Todos sabían que el sargento Jaydan Cooper era el asesino de las bragas.

Conocí a Nathalie. Volvió a la oficina a explicar por qué había salido huyendo. Un vuelo la esperaba para cruzar el océano y volver a Ginebra, donde iba a empezar a residir. Era una brillante científica. También una persona tímida y callada. No podía imaginar a alguien que representara de mejor manera ser la antítesis de Jaydan Cooper. Nunca perdonó su inteligencia sin ansias de fama. No comprendía esa perspectiva íntima tradicionalmente asociada a un temperamento femenino.

Anne me sonrió cuando me vio aparecer. Tal como dijo, continuó a mi lado y no aceptó el puesto de Jaydan. En realidad, creo que nunca dejó de ser ella la directora, al menos en el corazón de todos. Menos para Juliet. Ella sí que estaba afectada. De hecho, había pedido unos días de baja. Era *vox populi* que estaba enamorada de Cooper.

Anne le pidió a Ender que renunciara y él lo hizo. Creo que intentó hacer la vista gorda por su obsesión con ella, pero no lo logró. Fue lo mejor. Ender necesitaba ayuda profesional.

Gerard Haynes continuó su trabajo en la cafetería Morgana y Lindsay en su restaurante. Lo sé porque acompañé a Anne a la cafetería. Quería hablar con él, creo que para disculparse. No sé si eso fue lo que hizo, ni lo que hablaron, pero cuando volvió al auto, la vi mejor, como liberada de una carga. Tal vez Anne comprendió que pudo equivocarse y que Haynes fuera en realidad inocente, como afirmaba Innocence Project. Aún no se lo he preguntado ni creo que lo haga.

Ella tampoco me ha preguntado a mí a qué me refería cuando hablaba de «ellos» con Jaydan Cooper. No le había contado a Anne sobre la oscuridad que había buscado a Jaydan y que él aceptó. Todo a su tiempo.

Haberme visto implicada en el rescate a tiempo de Mary Jane Bach había sido bueno para mí. Eran gente poderosa e hicieron un pronunciamiento público sobre mi trabajo. Decidieron hacer eso una vez que en Emergencias le dijeron a su padre que la vida de Mary Jane se salvó por unos pocos minutos. Las declaraciones de los Bach y también sus influencias hicieron que la prensa fuera más benévola con el Departamento de Homicidios de Wichita y que resaltaran en mayor grado la resolución del caso y no que el asesino perteneciera al cuerpo.

A Sebastian Hausmann no lo convencí. Me preguntó varias veces cómo se me ocurrió que Mary Jane estaba en el maletero. Era un hombre inteligente, yo diría que interesante. Nunca había conocido a alguien que al estrechar su mano me transmitiera con tanta claridad dónde estaba una víctima a punto de morir. Eso me hizo pensar que tal vez con las personas indicadas a mi alrededor los sueños y las visiones comenzarían a ser más claras. Estaba dispuesta a confiar en eso.

Trabajar junto con Anne era una gran noticia para mí. Esa sensación de extrañeza que me invadía en mi primera semana de trabajo en Wichita comenzó a desdibujarse. También la asfixia y los temblores que llegué a sentir. Me parece que eso se debía a la cercanía con el asesino.

Podía ser que ahora haya encontrado el mejor lugar para luchar contra la oscuridad. Por lo pronto, había dejado de soñar con el hombre sin rostro y me propuse cada tarde ir a saludar a Dora. Ya lo había hecho un par de veces. Era cierto que me miraba como si me conociera.

18

—Lo de Jaydan Cooper no salió como esperábamos —dijo una de las personas que miraba el agua aquella tarde del 15 de julio.

—No —respondió su interlocutor de forma seca.

Estaban sentados en un banco situado en el paseo junto al río Arkansas, frente a la escultura del indio.

—Era una pieza de valuación regular, pero otra vez ella se interpuso —insistió quien había iniciado la conversación.

—Lo sé. Ya es la segunda vez. Ha tenido miedo, pero ha continuado adelante —afirmó quien escuchaba a la persona que poseía mayor rango en la misión que los ocupaba.

—Nosotros también lo haremos, y esta vez desde más cerca —respondió quien miraba el agua. Acto seguido, cruzó una pierna sobre la otra y encendió un cigarrillo.

—Así sea —respondió el subordinado e inclinó la cabeza.

Se mantuvieron en silencio un rato. Las luces de la ciudad se encendieron y se reflejaron en el río.

Cuando el cigarrillo se consumió, las dos personas se levantaron del banco. Una de ellas caminó en dirección al puente y la otra continuó por el sendero que bordeaba el agua. Solía hacer eso para pensar en soledad.

Su andar era pausado. Sin embargo, dentro del bolsillo derecho del pantalón tintinearon dos monedas que chocaban entre sí y lo hacían por la cara que mostraba al *Hombre de Vitruvio*.

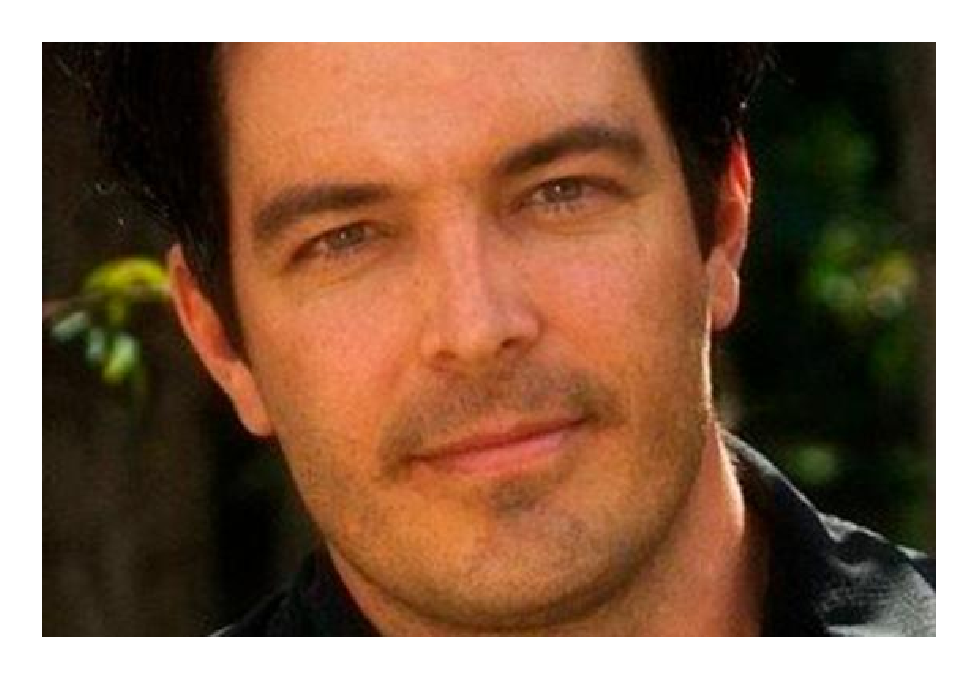
Varios caminantes pasaron por su lado. Uno de ellos se le quedó mirando y sonrió. La persona devolvió la sonrisa y se quedó pensando.

—Esta vez tendría que ser mejor que el mediocre sargento… —se dijo para sus adentros.

Después se detuvo y miró la gran escultura que proyectaba el reflejo en el agua: una sombra oscura. Luego inspiró profundo y percibió el olor de la pureza del río. Esperaba contar con una nueva carga de revelaciones claves ahora que Alexis Carter había logrado dar con la transmigración de su esencia. Sabía que eso la hacía más poderosa, porque conocía los antiguos escritos.

Continuó caminando hasta caer la noche. Se había iniciado la otra cacería en busca de una nueva voluntad de muerte.

F I N



RAÚL GRABANTES nació en Barranquilla, Colombia. Desde su adolescencia tuvo mucho interés por la lectura de relatos policiales e historias de suspenso. Su carrera es administración de empresas pero su pasión es la escritura. Ha trabajado como corrector, lector, y editor de periódicos locales. Apasionado por el género suspenso y policial, Raúl ha publicado como autor independiente cinco novelas: La Última Bala, El Silencio de Lucía, Resplandor en el Bosque, Pesadilla en el Hospital General, y El Palacio de la Inocencia. Raúl radica actualmente en Panama City, Florida, desde donde escribe su siguiente novela.

UN THRILLER DE MISTERIO SOBRENATURAL

MIEDO EN TU CADÁVER

UN CASO DE *ANNE* Y *ALEXIS*

RAÚL GARBANTES

Un escritor asesinado. Una amiga que ha huido sin dejar rastro. Una detective que debe descubrir el misterio. Siete pasajeros a bordo de un bus disfrutan de un *tour* fotográfico en Dakota del Sur. Sin embargo, al cabo de varias horas, solo vuelven cinco de los siete viajeros. Por alguna razón, ninguno recuerda lo sucedido en ese viaje. Las autoridades locales descubren que uno de los pasajeros ha sido encontrado asesinado en la vía del *tour*, y otro ha desaparecido. Ellos no se explican la «laguna» mental que los ocupantes del bus han padecido. ¿Es cierto, o todos son cómplices del asesinato? La detective Alexis Carter viaja al lugar para investigar lo sucedido. El caso la afecta muy de cerca ya que Anne Ashton, su compañera, es la desaparecida. ¿Podrá Alexis emplear toda su habilidad empática para resolver el crimen y encontrar con vida a Anne?



Raúl Garbantes

Miedo en tu cadáver

Casos criminales complejos - 2

ePub r1.0
Café mañanero 29-03-2024

Título original: *Miedo en tu cadáver*
Raúl Garbantes, 2022

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 03/2024
ePub base r2.1



MIEDO
EN TU CADÁVER

Raúl Garbantes

PARTE I

1

La persona se encontraba sentada frente a un escritorio. Antes había trazado siete palabras en una hoja en blanco.

Lo hizo con una caligrafía elegante, perfecta. Después levantó la mirada y observó por la ventana la caída del sol. Puso la mente en blanco esos segundos para admirar aquella maravilla. Cada vez que reparaba en los colores del cielo, sentía como si acabara de volver de la muerte.

Pensaba que nadie podría imaginar que ya había conocido el infierno, pero que ni siquiera el infierno era suficiente para destruir a alguien cuando se contaba con un plan de escape. Lo importante, siempre, era tener un plan.

Apartó la mirada de la puesta de sol y volvió al papel. Después de leer el verso, dejó la hoja sobre el escritorio y tomó su celular. Tocó el ícono de la cámara fotográfica y buscó varias imágenes. Escogió una de ellas. Entonces se llenó de rabia al observar a la persona que aparecía en la fotografía. Sintió como sus ojos se convertían en las puertas de salida de una gran ira, de la furia que casi hacía explotar su cabeza. Esta vez tampoco gritó. Nunca lo había hecho cuando una emoción así aparecía. De inmediato, esa rabia se convirtió en un plan y tomó también la forma de sentencia de muerte para la persona que observaba en ese momento.

Imaginó que la fotografía había salido expulsada de su celular hacia el cristal de la ventana que tenía enfrente, la que antes le había mostrado el atardecer. Así pudo ver la cara del «sentenciado» en mayor tamaño. Ese rostro sonriente, complacido, contaminado. Imaginó que con su dedo índice marcaba una equis color rojo sangre sobre esa cara maligna.

Ahora tenía el plan del asesinato perfecto. Resultaría imposible de comprender porque nadie llegaría al «fondo» del asunto.

«A las personas les cuesta mucho llegar al fondo de los asuntos».

Eso se dijo.

Luego dejó el celular sobre el escritorio, dobló el papel con el verso y lo guardó en el cajón superior. Pasó su mano por la cabeza para

comprobar que su pelo estaba como debía y salió de la cabaña.

El lugar estaba en calma aquella noche fría. La neblina se apoderaba a ratos del paisaje y todos los demás dormían.

Se dirigió a su auto con cuidado de no hacer ruido y abrió el maletero. Comprobó que allí se encontraba la pala que buscaba. Entonces vino una imagen a su cabeza: la forma que dibujaban los diez puntos de luz en medio de la oscuridad.

En ese momento se apoderó de esta persona la misma sensación de encierro y asfixia de aquellos días que vivió de «disciplina» en casa, pero al instante este sentimiento desapareció. Tomó la pala y caminó con ella en las manos.

Se dirigió hacia un punto del camino de Badlands Loop. Mientras lo hacía, continuaba recordando «la caja de la concentración». Así la llamaba porque era demasiado vulgar llamarla «ataúd».

La pared superior de la «caja de la concentración» tenía diez agujeros para que no se quedara sin oxígeno al permanecer dentro. Esos primeros días de encierro fueron los más claustrofóbicos, sobre todo cuando los agujeros dejaban de colar la luz y se quedaba en la más horrenda oscuridad. Pero ahora sabía que esa oscuridad había sido su aliada para desarrollar un gran poder de concentración. Recordó que fueron veintiocho días dentro de la caja.

Solo podía salir para comer y asearse. Se dijo que, como la vida no es nada sin un poquito de imaginación, fue buena idea lo de los espejos y la linterna. Fue su primera gran ocurrencia. Así pudo practicar las expresiones y descubrir que el rostro humano puede crear miles de gestos en apenas una hora. Más tarde vino la idea de las cabezas del público bajo el espejo, que se situaba en la parte interna de la tapa de la caja y justo frente a sus ojos. Imaginarse al público había sido también un estupendo ingenio que practicó varias veces a lo largo de su vida.

La persona se sentía satisfecha consigo misma al pensar todo esto y al contacto con la superficie rugosa de la pala entre sus manos. Caminaba en libertad porque sabía que dentro de aquellas cuatro paredes de madera de su niñez había logrado adquirir una disciplina excepcional, madurar y forjar su carácter actual.

«Para crear, hay que padecer», concluyó.

Era justo lo que iba a hacer en pocas horas; crear maravillas.

Cuando llegó al lugar escogido, dejó la pala junto a un árbol y a unas rocas, y la cubrió con una capa de hojas.

Después dijo en voz alta:

«Se fue, pero qué forma de quedarse…».

Entonces emprendió la vuelta a las Cabañas Wells. Lo hizo

caminando despacio, con un andar muy particular.

Sentía que la noche le pertenecía.

• • •

La tarde del 6 de enero un bus con seis pasajeros recorría la vía Badlands Loop en Dakota del Sur. Formaban parte de un grupo que hacía turismo fotográfico.

Dentro del autobús se escuchaba una melodiosa música. Los pasajeros conversaban y tomaban fotografías del paisaje.

Uno de ellos miró por la ventana y volvió a sentir lo mismo que el día anterior cuando admiraba el ocaso en una de las Cabañas Wells.

—La melodía es preciosa. Invita a meditar. Despierta ese lado místico que todos llevamos dentro y que solo pocos nos atrevemos a reconocer —dijo Linda Donner.

Luego enderezó su espalda y volvió a mirar hacia el frente. A su lado estaba sentado Arthur, su marido desde hacía seis meses.

Arthur le respondió a Linda algo sobre la forma de conducir de Raymond Phelps. No estaba conforme, pero no pensaba decírselo porque ya le había costado bastante que accediera a firmar el contrato por la paga que ambos le ofrecían. También había tenido que consentir que algunas veces Raymond se quedara a dormir en la cabaña pequeña de su conjunto turístico para compensar aquel bajo salario.

—Después de todo, apenas empezamos con el negocio y no podemos ponernos tan quisquillosos, ¿verdad, cariño? —razonó Arthur.

Linda estaba pensando en otra cosa y ni siquiera le respondió.

Kenneth Ryder tenía la cámara fotográfica sobre sus piernas. En ese momento no estaba interesado en el paisaje. Estaba como perdido, en el limbo. Al menos eso le hizo ver la persona que iba a su lado cuando notó su mirada extraviada.

Los demás a bordo comenzaron de repente a tomar fotos.

Era la primera etapa del *tour* organizado por Arthur y Linda Donner. La idea era recorrer aquella zona del estado transitando la vía Badlands Loop y «captar el maravilloso paisaje, el incomparable espectáculo de la Vía Láctea que podía disfrutarse desde el Parque Nacional Badlands». Eso publicitaba el afiche que colgaba en la pared frontal de la casa que funcionaba como centro operativo de las Cabañas Wells.

Arthur les había aclarado a sus huéspedes que el *tour* fotográfico consistía en dos paseos de cinco horas cada uno. Al otro día irían a admirar los yacimientos fósiles y los riscos de granito de la zona de

Needles.

Linda había querido incluir en este primer viaje la visita al antiguo cementerio lakota, pero la propuesta no tuvo buena recepción entre el grupo de viajeros.

—Les digo que haríamos mejor integrando la espiritualidad que todavía encierran estas montañas, las Black Hills, porque son tierra sagrada.

Eso había dicho Linda, en un tono algo amenazante, cuando apenas el autobús comenzaba a andar la ruta aquel 6 de enero.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Mary Hasting abriendo todavía más sus grandes ojos grises y moviendo un poco la cabeza a un lado.

En ese momento, Mary hizo la pregunta que todos tenían en mente.

—Por nada. Linda exagera a veces —se había apresurado a responder Arthur Donner en tono cortante.

El paseo continuaba sin imprevistos, pero, de repente, un silencio pesado cayó sobre los viajeros. Uno de ellos pidió al chofer del autobús —a Raymond Phelps— que se detuvieran. Este lo hizo sin preguntar la razón.

La persona que hizo aquella solicitud se bajó del vehículo y se paró en medio de la vía. Ya era de noche.

Nadie reaccionó ante este hecho; el conductor se mantuvo paralizado como si no pasara nada, escuchando la música que no había dejado de sonar desde que iniciaron el paseo.

Minutos después, otra de las personas que estaba en el interior del vehículo siguió a quien se bajó antes y tomó una pala de algún lugar junto a un árbol y a unas rocas.

Se dirigió a la otra persona que se había quedado de pie en la vía y le dio varios golpes en la cabeza. La víctima del ataque pudo ver todo lo que sucedía hasta que sintió el primer golpe. Vio caminar a la otra persona hacia él con la pala en la mano, pero no hizo nada, solo se quedó allí detenido como si fuese incapaz de comprender lo que estaba pasando.

Los golpes no cesaban, la persona que los propinaba estaba movida por una rabia titánica.

Todos en el bus se mantenían con la vista al frente tal como si el viaje hubiese continuado o sus mentes se hubiesen quedado detenidas en alguna de las fotografías tomadas. El paisaje parecía haberlos hipnotizado a todos, a excepción de una mujer que había logrado mantener los ojos cerrados por unos instantes, y no solo para parpadear. Cuando ella los abrió, se dio cuenta de que algo malo ocurría. Estaba confusa y no era capaz de comprender del todo lo que

pasaba, pero intuyó que debía bajar para averiguar la razón de la detención del bus.

Preguntó a los presentes qué sucedía, pero lo hizo con dificultad, con solo dos palabras sueltas:

—¿Detenidos…? ¿Desviados…?

La mujer llevó sus manos a la cabeza y luego a sus labios. Algo la hacía hablar despacio y pensar con limitación.

Bajó del autobús y solo entonces supo que se había cometido un asesinato.

En ese momento recobró su agudeza habitual, pero alguien le dio un golpe en la cabeza. Nunca tuvo oportunidad de defenderse.

Anne Ashton cayó inconsciente a un lado de la vía, en Badlands Loop.

2

Estoy en un cementerio. Hay una densa niebla que lo arropa todo. De repente se disipa un poco y puedo ver a un hombre vestido de negro. Está de espaldas a mí y de frente a una lápida que luce nueva, si se le compara con las otras que se encuentran a su lado y que están invadidas por musgo y rodeadas de malas hierbas.

Pienso que es un cementerio antiguo y tétrico, lleno de esculturas de ángeles con las cuencas de los ojos ensombrecidas y de figuras de mujeres que llevan cubiertas las cabezas con velos.

El hombre de negro lloraba inconsolable, sufría. Parecía un niño, aunque encerrado en un cuerpo de alguien adulto, y me transmitía su tristeza a mí. No podía ver su cara, tampoco la escritura en la lápida, pero pude estar en su mente durante unos segundos:

—No te veré más. ¡No podré seguir! Ha sido mi culpa que estés allí encerrado.

Eso pensaba el hombre sufriente.

Creí que iba a desplomarse, a caer sobre sus rodillas y aceptar que no quería continuar con su vida, pero no lo hizo. Continuaba de pie frente a la lápida, perdido en su pena.

De repente la imagen del hombre y la lápida se nubló, la niebla lo consumió todo y me desperté sobresaltada por el dolor de la pérdida de ese desconocido. Yo también sabía lo que era perder a alguien así. Todavía no me había podido recuperar de la ausencia de Devin. Sabía que el hombre de mi sueño había comprendido el tamaño de la soledad futura que se arrojaría sobre él todos los días. También tenía la sensación de que esa persona existía, que no era una representación de alguien, ni un símbolo.

Miré la hora en el celular, que había dejado sobre la mesa de noche. Eran las dos y veintitrés minutos de la madrugada.

Me dije que debía volver a dormir y cerré los ojos otra vez. Entonces, una visión llegó a mi mente. Era un surco dibujado en una tierra negruzca, húmeda y con sales brillantes. Lo veía con un nivel de detalle increíble, como si mis ojos tuviesen incorporados lentes de aumento. El surco dibujaba una figura, una intersección o una

bifurcación, según como se mirara. Parecía haber sido hecha con algún instrumento de punta afilada. Podía ver claramente los trazos en la tierra. Era una figura pequeña, simple, una especie de letra ye mayúscula. Lo que más me impactó fue que junto a ella estaba el hombre del sueño. Vi sus pantalones oscuros, el borde de estos rozaban unos zapatos negros, opacos. En el sueño no había visto sus zapatos, pero tenía la irracional convicción de que se trataba del mismo hombre. Como si le hubiese sido posible salir de mi pesadilla y ahora volver a mi mente en forma de visión, estando despierta.

La imagen desapareció, tal vez producto de la impresión de sentirme acechada por ese sujeto, y abrí los ojos.

¿Qué significaba esa figura?

¿Quién era ese hombre?

Me levanté y fui a la cocina para tomar agua. Escuché la sirena de una patrulla de policía perderse a lo lejos y después un silencio absoluto. Me serví agua en un vaso bajo que había dejado sobre la encimera y cuando terminé de tomarla, súbitamente, pensé en Anne.

Tuve la impresión de que Anne estaba en peligro. El vaso resbaló de mis manos. Lo vi caer al suelo y estallar. Di un paso atrás. Un fragmento de cristal se clavó en mi pie desnudo. Apoyando una sola pierna, llegué hasta la silla en donde me siento a desayunar. Examiné mi pie. Un hilo de sangre salía del trozo de cristal y dibujaba la misma imagen, la bifurcación. Podía ser casualidad o que desde ese momento comenzaría a ver letras en todas partes.

Sabía que otras veces había soñado cosas peores, pero por alguna razón no estaba tranquila.

Escuché el sonido de mi celular. No era la alarma, era el tono de una llamada.

3

—Anne ha desaparecido. Presumimos que ha sido secuestrada.

Esas fueron las palabras de Charlize Tonny, la nueva jefa que llegó en sustitución del sargento Jaydan Cooper.

—¿En su casa? ¿Los niños están bien?

—No fue en su casa. Ni siquiera en esta ciudad.

Cuando la jefa Tonny dijo eso, recordé que Anne había viajado por el fin de semana a Dakota del Sur, a Rapid City. Su tío materno celebraba las bodas de plata. Anne nunca se perdería algo así. También recordé que Harry, su exesposo, se había empeñado en que los chicos no viajaran con ella y la convenció para que se quedaran con él.

—¿Dakota del Sur? ¿Rapid City?

—Casi. En las cercanías. Por los alrededores de un conjunto de cabañas en la vía de Badlands Loop.

—¿Qué hacía Anne allí?

—Nadie lo sabe. Nos comunicamos con el hotel en Rapid City. De repente dijo que se quedaría una noche más y cambió el vuelo para la madrugada del lunes. Algo la hizo quedarse en Dakota del Sur un día más. ¿Tienes alguna idea de por qué hizo eso?

—Ninguna.

—Secuestraron a seis pasajeros que viajaban en la ruta de Badlands Loop y los mantuvieron cautivos durante doce horas. Esta mañana han aparecido sin poder explicar qué ha sucedido y creyendo que solo habían transcurrido cinco horas desde que abordaron el autobús. Uno de ellos fue hallado muerto en la vía con la cabeza destrozada, y la teniente Anne Ashton, quien viajaba en ese bus, desapareció.

Nada de lo que decía Charlize tenía sentido. De inmediato, pensé en la oscuridad.

—La víctima es Paul Bristol, quien se hizo pasar por un turista inglés y mantuvo su verdadera identidad oculta ante el grupo. Decía llamarse Ernest, aunque este es su segundo nombre. Es un escritor que publica bajo el seudónimo de Bambi Black.

—Espera, Charlize, ¿viajaban en un autobús?

—Sí. En uno pequeño. Era un *tour* fotográfico. La zona ha ganado fama por sus paisajes naturales. Arthur y Linda Donner han comprado un conjunto de cabañas y ofrecen actividades de esparcimiento. Una de ellas es el *tour* fotográfico.

—Anne jamás demostró ningún interés por ese tipo de cosas.

—Lo más extraño aquí es que los pasajeros no son capaces de narrar lo sucedido; para ellos, no pasó nada extraño. Se mantuvieron de paseo para tomar fotografías todo el tiempo y afirman no haber permanecido en el bus más de cinco horas, tal como era el plan. Tampoco recuerdan que Bristol o Anne se bajaran del bus, ni que este se detuviera por ninguna razón. Simplemente no saben cómo demonios pasó lo que pasó.

—Estaré en el departamento en quince minutos —le dije.

—Está bien. Yo voy llegando a la oficina. Trata el tema con discreción hasta que tengamos un plan —me pidió.

Corté la llamada y corrí a vestirme. Puse una bandita en la herida del pie, me calcé, tomé las llaves del auto y salí corriendo de casa. Era demasiado grave lo que sucedía. Tenía la impresión de que mi sueño y mi visión debían estar relacionadas.

En la esquina de la calle Broadway con la calle Lincoln me detuve, atendiendo la señal del semáforo, pero los segundos me parecieron siglos. ¡No podía aceptar que Anne estuviese en peligro o muerta! Un hormigueo me atacó en la base del cuello y la herida en el pie latió. Me sentí gafe: primero Devin y ahora Anne, y me dije que la oscuridad debía estar detrás de lo ocurrido en ese bus.

Si no es así, ¿cómo era posible que nadie recordara lo ocurrido?

Era tan loca la explicación que los pasajeros daban que debía ser verdad. Como coartada, decir que no se recuerda cómo alguien que viaja a tu lado aparece muerto en la vía y ni lo notas, es muy mala. Los cómplices de un asesinato —o dos— se inventarían algo mejor que afirmar que no recuerdan nada.

«Lo que dicen debe ser cierto y ser obra de la oscuridad, que ha seguido a Anne solo por ser mi compañera…».

Esa era la terrible idea que me atravesaba la mente.

El semáforo continuaba sin dar la señal de cambio y yo estaba confusa. Podía continuar, pero nada cambiaría si llegaba antes a la oficina. Pensaba que tenía que llegar a hablar con la jefa Tonny con las ideas más claras. No podía hablarle de la oscuridad abiertamente, pero algo tendría que decirle.

Decidí tomar el celular y buscar en internet el nombre de la víctima y el de su seudónimo. Al menos eso lo sabíamos. Lo primero que apareció bajo el nombre de Bambi Black fue su último libro,

Espíritu residente. Una novela de fantasmas ambientada en la época de la prohibición. Y luego alrededor de veinte más. La información sobre Bristol era muy vaga en las redes y siempre me encontraba con la misma biografía escueta. Nunca brindó entrevistas y solo se sabía que residía en Londres.

Leí veloz una crítica a «Bambi Black» que afirmaba que había querido imitar el estilo de un escritor superventas de Estados Unidos que recreaba las leyendas ancestrales de los pueblos originarios pretendiendo convertirlas en historias de crímenes actuales.

Cabía la posibilidad de que Bristol hubiese sido un efecto colateral del rapto de Anne. Tal vez no había caído en el trance colectivo que, imaginaba, habían padecido los otros pasajeros del *tour* La verdad es que las ideas se me agolpaban en la cabeza, se superponían una sobre otra y no podía pensar con claridad.

Además, el hombre de mi sueño continuaba como un eco, como una espina molesta en alguna parte de mi cerebro. Como diciendo que él tenía algo que ver.

El semáforo cambió a verde y continué avanzando, todavía más confusa. Pensé en Rossy García del Subdepartamento de Investigación Virtual. Era rápida, muy lista y tenía criterio e inteligencia emocional. En esto último era superior a Ender, el *hacker* ensimismado que el departamento reclutó y que había renunciado hacía seis meses. Además, Rossy veía a Anne como una figura materna. Iba a respetar la petición de Charlize de no comentar nada sobre su desaparición, pero eso no me impediría pedirle ayuda.

La llamé.

—Rossy, soy Alexis. Necesito que busques urgente todo lo que puedas sobre un hombre llamado Paul Bristol. No su perfil público. Algo más. Luego te explico. También investiga a una pareja: Arthur y Linda Donner.

—Okey —se limitó a responder.

Rossy nunca pedía explicaciones de nada, y era mejor así.

4

Subí los escalones del edificio del Departamento de Homicidios de dos en dos. Llegué casi corriendo al despacho de Charlize Tonny. Juliet Rice, investigadora adjunta de la dirección, me miró conmocionada. Tenía la impresión de que ella y la jefa se habían hecho muy cercanas y que ya sabía lo ocurrido con Anne. Tarde o temprano todos se enterarían.

Juliet se apartó de mi camino y me vio tocar a la puerta de Charlize.

—Adelante —dijo la voz dentro del despacho.

Antes de que entrara, Juliet vino caminando a paso rápido hasta mí, me tocó el brazo y lo apretó un poco.

—Tienes que encontrarla, Alexis —me dijo con los ojos brillantes.

Así era Anne. Todo el mundo la quería. Todos allí la necesitábamos. Anne era como todo lo que estaba bien en un policía, en una persona. Yo también la necesitaba. Habían transcurrido seis meses desde que junto a ella resolví el caso del asesino serial que abandonaba los cadáveres en descampados de Wichita. Eso creó una buena opinión de mí y la sensación de no encajar en el Departamento de Homicidios no había desaparecido, pero sí disminuido. La compañía de Anne tuvo mucho que ver con eso porque me había hecho sentir como en casa.

—Voy a hacerlo, Juliet. No voy a parar hasta encontrarla —le respondí.

—¿Crees que está viva? —me preguntó, soltándome.

—No lo sé —le dije con una sinceridad que me hizo daño.

Juliet tragó grueso, miró hacia un lado, dio la vuelta y se marchó. Esa mirada fue como el cierre de una puerta; de allí en adelante se comportaría como siempre, eficiente, racional, organizada. Su petición de encontrar a Anne había sido como un escape de una parte emotiva y espontánea que Juliet casi nunca dejaba salir a flote.

Entré en el despacho de Charlize. La encontré de pie, mirando hacia el exterior a través de la ventana. Ahora me parecía aún más delgada. Un mechón de pelo se había escapado del moño bajo que

siempre llevaba y que aprisionaba tal vez demasiado su cabello rubio. Me dije que lo de Anne también la había alterado.

—Hacía tres años y medio que no deseaba fumar. Uno cree que se despide de las cosas, pero las cosas no se despiden de uno —dijo.

Después se dio la vuelta y caminó hasta el escritorio. Se sentó a la cabecera y me invitó a hacerlo frente a ella. Tenía un cigarrillo sin encender entre sus manos.

—Quiero ir a Dakota del Sur. Necesito hacerlo —le confesé.

Me miró como intentando escrutarme. Un rayo de sol cayó de pronto en la habitación y alumbró su cara. Sus ojos color azul claro tenían la mirada clavada en mí. Pude ver cuando sacó una conclusión sobre lo que acababa de decirle. Esperé la negativa para contraargumentar.

Hizo silencio y tomó su celular. Marcó unos dígitos en él y esperó.

—Jefe Gabriel Martin. Soy otra vez Charlize Tonny del Departamento de Homicidios de Wichita. Tal como le dije hace unos minutos, la agente Alexis Carter viajará a Rapid City hoy mismo.

5

—Sin entusiasmo, pero sin poder decir que no. Una de mis agentes está desaparecida, y aunque creo que estuvo a punto de negarse, al final aceptó. Me refiero a Gabriel Martin. Es el jefe de Homicidios en Rapid City, la ciudad más cercana al lugar del asesinato y la desaparición de Anne —me dijo Charlize cuando terminó la comunicación telefónica.

—Te lo agradezco, Charlize.

—No lo agradezcas. Algunos pensarían que la cercanía entre dos agentes, una desaparecida y la otra en su búsqueda, es un elemento en contra para obtener buenos resultados. Yo no soy de esas. Para mí es al contrario. No lo estropees, Alexis. Consigue algo rápido.

Ahora la luz que había entrado en la habitación desapareció y Charlize miró desde el lugar donde se hallaba hacia la ventana.

Luego tosió brevemente.

—Es todo, agente. Ya lo he informado a todos. Hace unos minutos. Nadie comentará nada fuera de este lugar. Ahora me dirigiré a casa de Harry, el exesposo de Anne. Es de las cosas que más detesto de este trabajo, y la verdad es que son pocas las que no me gustan.

Comprendí el detalle en su peinado, el mechón fuera de lugar. Supe que desde temprano Charlize estaba pensando en que le tocaría dar esa terrible noticia a la familia de Anne.

—Apóyate en Juliet, en los chicos de Investigación Virtual, en cualquier compañero que, vislumbres, puede ayudarte a conseguir resultados lo más rápido posible.

—Con Juliet y Rossy García estará bien, al menos hoy —respondí.

—De acuerdo. A trabajar —me dijo y se levantó.

Yo también lo hice y me dirigí a la puerta del despacho.

—¿Tienes alguna idea de lo que hacía Anne en ese *tour*fotográfico a varios kilómetros de la ciudad donde tuvo lugar la celebración familiar? —me preguntó.

Me detuve y volteé.

—Ojalá la tuviera —le respondí.

—El lado oscuro…

—¿Qué dice, jefa?

—Todos lo tenemos. Tú lo sabes, estudiaste Psicología y eres perfiladora.

—Ya —alcancé a decirle.

—Preguntaré a Harry, a sus familiares. Alguien tiene que saber algo. O tal vez su interés fuera místico. Hay quienes creen que esa zona del país conserva una energía sagrada, potente. La de los lakotas en las Black Hills, las montañas cerca del lugar de los hechos —me informó.

—Anne no creía en nada de eso. Su religión era, digamos, bastante conservadora —expliqué.

—Pero algunas personas, en ciertos momentos de la vida, dan un giro. ¿No has escuchado que ahora mismo hay grupos reviviendo la adoración a los dioses del Olimpo en contra de los ortodoxos, en Grecia? Se han convertido en un problema de seguridad porque quieren realizar sus ritos en la Acrópolis —argumentó.

—Me cuesta pensar que Anne se haya visto inundada por ideas religiosas tan diferentes a las que siempre ha creído —insistí.

—Lo cierto es que una persona va a una fiesta de un tío y la pasa bien. Sobre todo, si es una persona familiar como lo es Anne. Y luego, de repente, cambia de planes, pospone el regreso y se va a mirar paisajes y a tomar fotos. No tiene sentido en ella. Es como si se hubiese salido del carril, como una desviación.

—Una desviación… —repetí.

La figura en la tierra de mi visión volvió a aparecer en mi cabeza.

6

Llamé a Juliet y a Rossy a la sala de reuniones. En menos de tres minutos estuvieron allí. Nos sentamos en torno a la mesa dispuesta frente a una pizarra blanca.

Normalmente, en esa sala se escuchan las voces del exterior, pero en ese momento no escuché nada. Era un silencio sepulcral.

—¿Te crees lo del bloqueo mental? —preguntó Juliet, rompiendo el mutismo, y continuó—. ¿Que ninguno de los pasajeros se acuerde de nada, de haber visto algo…?

—No lo sé. Es muy temprano para afirmarlo o negarlo. La verdad es que me parece una explicación tan inusual y tirada por los pelos que puede que sea cierta —le respondí.

—Es verdad —opinó Rossy—. Y hablando de los pasajeros, he estado los últimos quince minutos investigando sobre ellos. Eran cinco personas si contamos al chofer y no contamos ni a Anne ni a Bristol.

Hizo una pausa y después inspiró. Llevó la mano derecha a su frente sin objeto alguno, dio un toque a su flequillo de estilo bob y luego volvió a bajarla. Las pulseras plateadas que llevaba puestas tintinearon. Comprendí que ella era la más afectada de las tres. No sabía cómo procesar en su interior la desaparición de Anne. Siempre había visto a Rossy como lo que es, una chica de veinticinco años con una inteligencia prodigiosa, tranquila, bondadosa, enamorada de sus dos gatas y siempre vestida de negro.

Entonces recordé las veces que vi juntas a Anne y a Rossy. Bromeaban, reían. Podrían haber parecido madre e hija. No sabía nada de la historia familiar de Rossy, solo que había venido de Puerto Rico y que llegó a Wichita hacía quince años, que amaba su trabajo dentro de la oficina y que nunca había visitado la morgue. Su mundo era como una fantasía, como un videojuego, y todos nosotros éramos avatares. Por eso debía ser impensable para Rossy que la gente en realidad fuese violenta. Era algo con lo que tenía que convivir, pero que había convertido en una especie de abstracción refugiándose en su mundo de computadoras. Ahora a alguien que quería, tal vez más que Juliet y que yo, esa garra de violencia que ella pretendía ignorar la

había hecho desaparecer.

—Todos estamos afectados, Rossy. Está bien. Cuanto más rápido avancemos, más oportunidades tenemos de dar con Anne —le dije.

—Sí. Perdona, Alexis —se recompuso y movió sus brazos hacia abajo. Otra vez las pulseras, ahora de ambos brazos, chocaron entre sí y produjeron un sonido metálico y agudo que quedó en el ambiente unos segundos.

—Los pasajeros… —recordó Juliet.

—Kenneth Ryder, 28 años, ciclista y senderista. Familia de ingresos promedios. Estudió Economía, pero nunca ejerció. Se ha dedicado a recorrer todos los rincones de Dakota del Sur y del país. Es activo en las redes, pero por debajo del promedio. Todas sus fotografías son en escenarios naturales.

—¿Y de qué vive? —preguntó Juliet.

—Creo que de su atractivo físico.

7

Ambas la miramos.

—O al menos podría hacerlo. No es un gigoló declarado ni nada de eso. Pero es un hombre bastante guapo. Creo que llama mucho más la atención por su excelente estado físico. Ha sido entrenador en Rapid City. También trabajó en un gimnasio de buena fama hace un par de años.

—Y tú piensas que la mayoría de sus clientes son mujeres y que agradecen poderle tener cerca, entrenándolas —sintetizó Juliet.

—Sí. Algo así. Pero también podrían ser hombres.

—¿Tuvo alguna vez contacto con Paul Bristol? —pregunté.

—No. Ninguno. Tampoco ha viajado a Londres jamás. No ha pisado el Reino Unido. En realidad, ninguno de los pasajeros del autobús conocía a Bristol antes. No hay prueba de ello en las redes, ni en sus vidas reflejadas en los sistemas informáticos.

—Sin embargo, no toda la vida está reflejada en sistemas informáticos. ¿Verdad? —puntualizó Juliet.

—Casi toda —respondió Rossy.

Ellas eran como agua y aceite.

—Podría dejar aquí ahora mismo mi celular, y salir caminando a la cafetería de la esquina y encontrarme con alguien. Conocerlo y luego volver aquí. Nadie sabría que conocí a esa persona.

—Pero si luego comienzas a frecuentarla, tu teléfono te ubicaría cerca de ella. O el pago de tu tarjeta, o el
GPS
de tu auto, o el comentario que hagas en alguna de las redes… —contraargumentó Rossy.

—Faltaría analizar los celulares —atajé—. Eso debe hacerlo el Departamento de Homicidios de Rapid City. Continúa, Rossy —le pedí.

—Arthur Donner, 60 años. Casado por segunda vez hace seis meses con Linda Donner, quince años menor que él. Es gestor cultural, ha gerenciado algún museo de poca importancia en Dakota del Sur. Ahora se dedica al turismo cultural. Vendió las propiedades que

poseía, y que le había dejado en herencia su madre, y compró las Cabañas Wells. Linda es artista plástica. Su huella en las redes está dominada por la exposición de sus obras y sus comentarios sobre ellas. No me parece que sean muy populares ni muy cotizadas. Ha dicho alguna cosa inexacta en una de sus entrevistas.

—¿Cómo de inexacta? —pregunté.

—Por ejemplo, dice que el uso de los crayones de cera color rojo está relacionado con el suicidio en adolescentes, por la tremolita que poseen, una forma de asbesto.

—Vaya… —exclamó Juliet.

—Ya. Cree que todo lo que piensa es verdad, sin importar la comprobación real de sus afirmaciones —concluí.

—Sí. Algo así —completó Rossy.

—Es una gran ignorante —sentenció Juliet.

Rossy la miró con curiosidad. Creo que la mentalidad cartesiana de Juliet le causaba asombro. Después continuó hablando. Fue cuando dijo algo que me alarmó.

—Linda Donner también afirmó en otra entrevista, sin casi ninguna importancia, que las montañas «observaban rabiosas la vía de Badlands Loop y que esa energía oscura se estaba desbordando ahora mismo».

8

—¿Cuándo dijo eso? —pregunté, intentando ocultar el interés que las palabras de Linda Donner habían suscitado en mí.

—Déjame ver… —Rossy sacó del bolsillo de su falda de encajes negro, un celular, tecleó y miró—. Eso lo dijo hace dos meses, el 15 de noviembre.

—¿En qué contexto? ¿Por qué hablaba de una energía oscura? —interrogué.

—Tiene que ver con su última exposición de obras. La presentó en Rapid City en una galería de los suburbios. El tema recurrente en ellas es algo como una bestia que mira por una ventana a las personas. Parece un búfalo, aunque a mí más bien me parece un minotauro. Ella no ha aclarado qué clase de criatura es en realidad. Es bastante críptica cuando ofrece detalles sobre sus obras, y como te digo, no goza de buena fama como artista.

—Está bien. Continúa, Rossy —le pedí.

—Nos quedan Mary Hasting y Raymond Phelps. La primera es una veterinaria que siempre ha vivido en Rapid City. Tiene 35 años. Es prácticamente inexistente en las redes. Solo he visto alguna foto de ella en compañía de varios perros hermosos, de unos no tan hermosos, y de varios gatos. Uno de ellos se parece a mi gata Ava. Y Phelps ha sido mecánico toda su vida. Desde que murió su hijo, hace pocos meses, se ha dedicado a ser chofer de autobuses. El hijo vivía con él. Creo que tenía cierta condición de salud especial. Tengo que investigarlo mejor…

Noté que Juliet iba a interrumpir a Rossy, pero desistió de hacerlo. De seguro iba a preguntarle cómo se había enterado de eso.

—Ahora Phelps está contratado por los Donner para labores de apoyo y transporte de las Cabañas Wells. Esto es todo lo que sé hasta ahora. Estos dos son los menos visibles en las redes —continuó Rossy.

—¿Hubo antes algún evento parecido a este en esa zona? —pregunté.

—No que haya visto. Puedo investigar más. Solo sé que ese lugar está plagado de leyendas sobre los indios lakota.

—Entonces, la víctima es un escritor inglés que viajó a Dakota del Sur, se encerró en una cabaña en una zona con historia indígena, no conocía a nadie, además se presentó con otro nombre al registrarse, manteniendo oculta su profesión… —dije.

—Pero fue a ese lugar con la intención de escribir una novela basada en las prácticas ancestrales o sobre los espíritus que se apoderan de las personas en la época actual. Iba a llamarlo «la rabia».

«La rabia… las montañas rabiosas de Linda Donner y la cabeza de Bristol destrozada…», pensé.

—Pero ni siquiera había comenzado a escribirla. Solo tenía algunas ideas… —explicó Rossy.

9

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Juliet.

—El escritor era como todos los escritores, con un gran ego. Así que busqué en el millón de cosas que ha firmado como Bambi Black en internet y descubrí, atando cabos, la contraseña de uno de sus… Es igual. En resumen, accedí a unos apuntes que había tomado dando forma a su nueva novela. Solo he logrado entrar en un documento. Se trata de la fotografía de una hoja que muestra lo que debe ser su escritura. Supongo que era de esos escritores que, cuando tenía una idea, debía escribirla de inmediato porque si no la perdía. Y luego, para conservar el escrito, toman una foto y la suben a la nube.

—Muéstranos la foto —pedí.

Ella buscó la imagen en su teléfono y lo puso sobre la mesa. Juliet y yo nos acercamos para verla.

—Mostraba palabras sueltas y una fecha: «Nueva historia del brillo de la rabia», «1920», «Espíritus cegados por la luz, sacrificio», «Bisontes», «Gran Bisonte», «Rencor», «Pestilencia», «Rapid City», «Oscuridad».

Mis ojos quedaron fijos en la pantalla del teléfono de Rossy. Escuché que ellas dos hablaban, pero yo no podía quitar la vista de la pantalla. Varias cosas vinieron a mi mente como un alud, y todas se resumían en lo que esa última palabra significaba. La oscuridad que me persigue y que ahora había atrapado a Anne. ¿Por qué Bristol pensaba escribir sobre ella? ¿Qué tenía que ver Dakota del Sur con ella?

Después me dije que «oscuridad» era una palabra como cualquier otra, y si Bambi Black se dedicaba al tipo de género de suspense fantasmal y paranormal, no era tan extraño que quisiese conocer las zonas del país que contaban con historia de tribus ancestrales que podían ofrecer rasgos interesantes a sus novelas.

Podía ser que estuviera comportándome de una manera paranoica.

—¿No lo crees, Alexis?

Eso me preguntó Juliet y yo no tenía idea de qué hablaba. Me había desconectado por completo de la conversación.

—Creo que antes de afirmar algo así hay que investigar más. Puede que, como has dicho tú misma, Bristol sí conociera a alguno de los pasajeros, aunque ese hecho todavía no lo hemos detectado —respondió Rossy.

No sabía de qué hablaban, pero la intervención de Rossy disimuló mi distracción.

—Supón que uno de los pasajeros conocía a Bristol. Concedido. ¿Cómo logró ese pasajero, que presumimos es el asesino de Bristol, hacer que los otros fuesen sus cómplices? —preguntó Juliet.

—O estamos ante un homicidio cometido por un grupo de asesinos que no parecen tener mucho en común, al menos aparentemente, o es cierto lo que dicen y no recuerdan nada, no sé cómo —aventuró Rossy.

Hizo una pausa. Luego continuó.

—Hay una tercera posibilidad: que sea cierto que las montañas de ese lugar están rabiosas y esa rabia se haya apoderado de todos en ese bus. Que entre todos hayan asesinado a Bristol porque venía a escribir sobre lo que para ellos sería una especie de profanación.

—No puedo creer que de verdad pienses eso —dijo Juliet con un rictus de amargura.

—No es que yo lo crea. Pueden creerlo ellos. Y si es así, pueden estar convencidos de que actuaron bajo una fuerza superior. Un asesinato cometido en grupo, de gente poseída…

Las tres hicimos silencio.

Estábamos pensando lo mismo.

Si nos encontrábamos enfrentando a una secta que era capaz de esconder su existencia de esa manera, cuyos integrantes pasaban por personas sin puntos en común más allá del interés por la fotografía y los paisajes, lo más seguro era que Anne ya estuviese muerta, porque debía saber demasiado sobre ellos.

La pregunta que me hacía era si el hecho de que Anne estuviese allí era casualidad.

10

Dejé la oficina y fui a casa a empacar lo mínimo necesario. No podía pensar con claridad. Quería llegar pronto a Rapid City y conocer a los pasajeros y al chofer del autobús. También quería tocar el cadáver. El cuerpo de Paul Bristol.

Llegué al Aeropuerto Nacional Wichita Dwight D. Eisenhower.

Después de registrarme en la aerolínea, me dije que tenía que calmarme: el vuelo hacía escala en Dallas y duraría cuatro horas y veinte minutos. Para pensar con claridad, debía apartar el miedo que me producía la idea de que Anne estuviese en peligro de muerte o que ya estuviese muerta.

Pensé que haberme reunido con Rossy y con Juliet tampoco había ayudado. Cada una mostraba su preocupación por Anne afilando aún más los rasgos de su personalidad; Juliet se ponía más pesimista y sarcástica, y Rossy más dispersa. Eso generó un ambiente de tensión en la sala que resultó molesto. Al menos para mí, que pensé cosas que no podía compartir con ninguna de ellas. Mi verdadero temor sobre la oscuridad solo podía saberlo Lilian Peterson, la forense del departamento que desde el principio supo mi secreto. Pero no había tenido tiempo de hablarle. Desde que recibí la noticia de la desaparición de Anne, no había parado.

Me senté en una de las cafeterías del aeropuerto y tomé un café solo, sin azúcar. Desde allí podía ver los aviones y pensé en Anne. Ella los detestaba. Aun así, se atrevió a subir a uno. Eso me dijo antes de viajar a Rapid City:

—Voy a la celebración de las bodas de plata del tío Tom. Lo quiero un montón. Es mi tío preferido. Lo quiero tanto que me embarcaré en un horrendo avión. No uno, sino dos. El vuelo hace escala en Dallas y estaré en el aire más de cuatro horas. Creo que rezaré todas las oraciones que conozco y también inventaré alguna nueva. Tendré que enfrentarme a esos monstruos mecánicos.

Aparté varias lágrimas de mis ojos. En momentos así era cuando tenía que demostrar que valía para conseguir una solución. No podía detenerme en la pena.

Una niña me estaba mirando con atención. Su madre, a su lado, la reprendió. Debió decirle algo como «deja de mirarla de esa forma», pero la niña no obedeció. Entonces sonrió. Me saludaba. Hice lo mismo. La madre la tomó de la mano y se la llevó.

«¿Qué sentido tenía cortarle la espontaneidad a la chica?», pensé.

Terminé el café y me dirigí a la puerta de embarque. Llegaría al Aeropuerto Regional de Rapid City a las seis de la tarde. Había un ligero retraso en la salida.

Entonces se me ocurrió algo que podía sonar extraño, pero estaba dispuesta a correr con las consecuencias. Siempre me había acompañado la sensación de no encajar donde llegaba, sobre todo en el Departamento de Homicidios de Wichita, por mi forma de investigar, aunque había sabido vivir con eso. Ahora el mundo entero podría considerarme un bicho raro que hacía preguntas extraordinarias, y no me importaba si con eso daba con el paradero de mi compañera.

Así como Juliet y Rossy, mi naturaleza también se había agudizado ante la idea de perder a Anne.

11

Me dirigí al mostrador del embarque. Escogí a mi presa. La chica que se veía más experimentada y también al mando. Me acerqué a ella y hablé en voz baja.

—Hola. Soy Alexis Carter, del Departamento de Homicidios de Wichita. ¿Tienes un minuto?

Más allá del normal asombro por mi presentación, la mujer reaccionó con rapidez.

—Hola, Alexis. ¿Ha pasado algo?

—Nada. No te preocupes. ¿Podemos hablar allí? —Señalé un espacio libre de pasajeros y empleados, a unos tres metros de donde estaba el mostrador de embarque. Estaba justo al lado del ventanal desde donde podía verse el avión que abordaríamos.

—Sí —dijo ella.

Caminamos hacia el lugar y aproveché para mostrarle mi identificación. Ella asintió moviendo la cabeza.

—¿Estuviste aquí trabajando hace cuatro días? ¿El 3 de enero?

—Sí.

—Bien. Así que recibiste el *boarding* de los pasajeros.

—No de todos. Somos dos personas recibiéndolos y algunas veces tres. ¿Es que ha sucedido algo malo?

—No. Sé que te va a parecer extraña la pregunta, pero tal vez lo hayas notado: ¿había alguien muy asustado antes de subir al avión?

—Algunas personas se ponen nerviosas. Es natural. Pero sí que había una mujer simpática, de baja estatura, que lucía fuerte, que creo estaba aterrorizada. Miraba a un lado y a otro. Luego hacia arriba y tomaba con las manos una medalla que le colgaba del cuello. Creo que estaba rezando. También noté que sacó algo de su bolso de mano, creo que una pastilla, y la tomó sin agua. Pensé que podría dar problemas en el vuelo, pero nadie reportó nada extraño. La gente que manifiesta tanto miedo a volar, normalmente, lo hace por una buena razón. Y esa «buena razón» es más importante que el miedo que le producen los aparatos.

—Así es…

—Fanny. Me llamo Fanny Rao.

—¿Esta es la mujer? —le pregunté mostrándole una fotografía de Anne en mi celular.

Asintió.

—¿Puedes decirme en qué lugar se sentó, si es que lo hizo?

—En aquella silla. Sí. Estoy casi segura. En la tercera de la última fila. El poco tiempo que estuvo sentada…

—¿Por qué?

—Caminaba inquieta. Incluso se detuvo aquí mismo, donde estamos, y creo que apoyó las manos sobre este cristal. Miraba el avión desde aquí. Me parece que era valiente. Cuando alguien tiene fobia a los aviones, intenta no verlos.

Allí estaba el ventanal detrás de mí. A pocos pasos. Tal vez sería una posibilidad para saber algo más de Anne. Una que me hiciera comprender por qué había ido a ese *tour*fotográfico. Sobre todo, quería aferrarme a una esperanza de que todavía estuviese viva.

12

Caminé y toqué el cristal. No sentí nada. Mi mente quedó en blanco. Abajo podía ver el avión, y a varios hombres inspeccionándolo.

—¿Puedo hacer algo más por usted? —me preguntó Fanny Rao.

Volteé y le di las gracias. Ella volvió al mostrador y yo me dirigí a la silla donde me había dicho que Anne se había sentado.

Pude imaginarla allí, muerta de miedo, pero pensando en su tío Tom. Me senté tal como ella debió haberlo hecho. Entonces, un miedo enorme se apoderó de mí. Las piernas comenzaron a temblarme con movimientos que podían haber sido visibles para cualquiera que me estuviera observando.

«Pobre Anne», alcancé a decir. Me levanté y esperé a que iniciara el abordaje del avión, pensando en que debía hablar con los tíos de Anne. Tal vez ellos podrían aclararme su estado de ánimo, porque puede que les haya explicado la razón de su visita a las Cabañas Wells.

En ese momento me llamó Harry, el exesposo de Anne. Para mí continuaban siendo esposos, solo que de una manera diferente. Seguían viéndose cada fin de semana y pasaban tiempo junto con los chicos. Aunque Harry tenía una nueva pareja, me daba la impresión de que el lugar de Anne no estaba del todo sustituido.

—Alexis, ¡es terrible! ¿Qué ha pasado? Alguien tuvo que obligarla a ir a ese lugar. Estoy seguro de que no fue por voluntad propia. ¿Anne tomando fotos de paisajes? Nunca. Una vez hablamos de ello. Le parecía una actividad superficial, excéntrica. Una moda sin sentido. ¿Qué le ha pasado a mi Anne?

—No lo sé, Harry. Pero ten la seguridad de que te mantendré informado de lo que descubra. ¿Puedes continuar diciéndome lo que pensaba Anne de ese tipo de actividades? Cualquier cosa que me digas sobre eso o sobre su viaje a Rapid City estará bien. Podría ser útil.

—No sé mucho. Adora al tío Tom. En relación con esos *tours* fotográficos, me dijo que si a uno le gusta algo, un paisaje u otra cosa, toma una fotografía en cualquier momento y no necesita ir en grupo para hacer eso. Mantenía que la inspiración aparece en un momento, porque algo te parece hermoso, y que no necesitas estar en conexión

con otros para buscarla. Pensaba que, cuando se estaba en búsqueda de algo así en grupo, pocas veces se encontraba y se terminaba siendo superfluo.

—Entiendo. Harry, te dejo. Ya voy a abordar el avión. Te mantengo informado. Si recuerdas algo, o en casa de Anne encuentras algo que nos ayude a comprender este cambio de destino que quiso dar, algo que la pudiera haber llevado a querer conocer el paisaje de Badlands Loop o la zona de Black Hills, por favor, cuéntamelo.

Me despedí de él. Estaba deshecho. Era mejor que no continuara hablando con gente que conocía a Anne al menos durante ese día. Mi angustia se mezclaba con la de ellos y quedaba en peor situación.

Volví a detenerme en el lugar donde lo había hecho Anne. Toqué de nuevo el cristal. Desplacé mis manos en la superficie del vidrio del ventanal, intentando percibir algo. En ese momento sentí que alguien ponía su mano en mi hombro. Era una mano fría, como un trozo de hielo.

13

—Perdone, había olvidado algo y de repente lo recordé —me dijo Fanny Rao.

Parecía satisfecha.

—Creo que la persona que le interesa, la mujer aterrada de hace cuatro días, reconoció a uno de los pasajeros. Se quedó mirándolo con una cara extraña. Era un hombre que estaba esperando para abordar. No viajaba solo. Iba con una mujer, su novia o su esposa. Antes los vi besándose.

—¿Está completamente segura? —le pregunté.

—Sí. Estoy segura. Cuando vio a esta pareja, le digo que su expresión cambió. Por un momento creo que hasta dejó de sentir miedo.

—Antes me ha dicho que fue cuando vio al hombre y ahora ha dicho «pareja». ¿Pudo ser que le sorprendiera ver a la mujer y no al hombre? —pregunté.

—Sí pudo ser. Estaba mirándolos a los dos —concedió.

—¿Qué la hace pensar que los reconoció? —indagué.

—Porque uno mira diferente cuando reconoce algo o a alguien. Creo que podría ser por la atención que les prestaba. No lo sé explicar… —me respondió.

—¿Esas personas, el hombre y la mujer, abordaron el mismo avión con destino final a Rapid City?

—Sí —afirmó ella.

—Gracias. Voy a necesitar que me envíe a esta dirección electrónica la lista de los pasajeros de ese vuelo —le dije y me despedí.

Podría ser algo importante lo que Fanny Rao acababa de decirme. Me pasó por la cabeza que tal vez Anne reconoció a alguien que abordaría el avión y que por ello cambió de planes. Pero eso no aclaraba por qué terminó en el *tour*fotográfico de los Donner. A menos que uno de los pasajeros del bus también hubiese sido pasajero del mismo avión al que subió Anne. Si era así, íbamos a saberlo muy pronto.

Comenzó el abordaje. Cuando me desplazaba por el pasillo para entrar en el avión, llamé a Rossy. Le pedí de inmediato las fotos de quienes iban a bordo del autobús. De las cinco personas que acompañaban a Anne en Badlands Loop y también de Paul Bristol.

Esperé unos segundos, y cuando recibí el correo de Rossy, me detuve, volví sobre mis pasos y busqué a Fanny Rao. Le mostré las fotos.

—¿Alguno de ellos abordó el avión el 3 de enero? —pregunté.

Se tomó su tiempo observando las imágenes, hasta que llegó a una conclusión.

14

No pudo reconocer a nadie. Si en efecto Anne conocía a alguien de ese vuelo, no fue ninguno de los participantes del *tour* Pudo haber sido cualquier persona. Anne era bastante sociable y siempre había vivido en Wichita, así como su familia. Ella conocía a mucha gente.

Me dije que tenía que dejar de hacer de cada pequeña cosa una posibilidad, una pista. Pero luego me afirmé lo contrario. Lo único que tenía para hallar a mi compañera era intentar ponerme en sus zapatos, comprender sus últimos pasos, intentar dar con sus pensamientos y explicarme sus últimas decisiones.

Me senté en el asiento que me correspondía en el avión, junto a la ventanilla. Imaginé a Anne aterrada, esperando el despegue.

«Si tan solo no hubieses ido a esa fiesta», pensé. Cerré los ojos. Dormí unos minutos. Me despertó el traqueteo del avión. A mi lado iba un hombre que intentó sin éxito buscarme conversación. Luego renunció a ello y se puso a leer una revista.

Volví a cerrar los ojos y entonces tuve una visión. Fue un resplandor insoportable, un brillo muy potente que hizo que todos los objetos y personas se vieran como siluetas muy oscuras. Estaban en un avión. Eso me parecía, aunque también en ese momento me pareció que podía ser un tren.

Pude ver las sombras de cinco personas: dos mujeres y tres hombres. Las siluetas eran las de los cinco a bordo del autobús del *tour*fotográfico.

Era como si se dirigieran a gran velocidad al sol, el brillo era irresistible. El resplandor provenía del exterior y entraba por las ventanas. Iban a estrellarse contra algo muy refulgente. En ese momento, la visión desapareció.

Abrí los ojos. El hombre de al lado me miraba y me preguntó algo que no entendí.

—¿Perdone? —le dije.

—Me pareció que decía usted alguna cosa —me respondió.

Le dije que no y dirigí la mirada hacia abajo. Allí estaba la revista que antes había estado hojeando, sobre sus piernas. Estaba abierta en

una página que mostraba en el escrito: «Hombre de las cavernas dentro de un bloque de hielo sorprende a senderistas en un parque en Minneapolis». También pude reconocer más abajo la imagen del bisonte de Altamira.

—¿Podría prestarme su revista? Solo un momento —pedí al hombre.

Ni siquiera sabía por qué lo hacía. Estaba confundida y caminaba a tientas.

El hombre me ofreció la revista y miré mejor las imágenes. Recordé las obras de Linda Donner de las que me había hablado Rossy, en las que el tema recurrente era una bestia negra, un búfalo o un minotauro que miraba a las personas. El bisonte de Altamira también era una figura negra y roja que el hombre del Paleolítico miraba en el techo de su cueva. Tal vez pensara que ella también lo observaba a él.

«Una bestia que siempre nos está mirando», dije en voz alta.

El hombre a mi lado movió la mano y pude ver un anillo dorado que llevaba puesto. Casi ocultaba la mitad de su dedo medio y allí estaba el grabado de Vitruvio girando, burlándose de mí, como el de la moneda que extrajeron del cadáver de Devin…

Desperté brincando en el asiento. A mi lado no había nadie, el asiento siempre había estado vacío. Ningún hombre ni revista, ni bisonte. Todo había sido un sueño. Una visión y un sueño después, o una visión dentro de un sueño.

Temí que las cosas confusas que se plantaban en mi cabeza estuviesen empeorando por la ansiedad que me producía la desaparición de Anne. No sabía traducir el significado del resplandor de la visión, pero era claro que la silueta de Anne no estaba allí. Solo la de los otros pasajeros del *tour* Temí por la vida de Anne porque tampoco vi la silueta de Paul Bristol, que, todos sabíamos, estaba muerto.

Fue la primera vez que me planteé que a esas alturas Anne ya no vivía.

La otra parte del sueño, la del hombre con el anillo de Vitruvio, me hacía sentir gafe y culpable, y pensar que la oscuridad estaba detrás de todo. Amaba a Devin y él murió de una forma horrible. Quería a Anne y temía que ya hubiese tenido un destino similar al de él.

¿Sería mi culpa?

¿Sería la oscuridad que destruía todo lo que yo tocaba y valoraba?

Por primera vez consideré seriamente que los pasajeros de ese autobús y su chofer fueran todos parte de la oscuridad, y por eso había visto sus siluetas tan oscuras.

¿Pero por qué el bisonte?
¿Y por qué en el sueño recordé las pinturas de Linda Donner?

15

Llegué al Aeropuerto Regional de Rapid City a las seis y veinte minutos de la tarde del día 7 de enero. Tomé un taxi que me condujo al Departamento de Homicidios en la sede principal de la Comisaría de la Policía de la ciudad.

Se trataba de un edificio de una sola planta más pequeño que los de otras comisarías que había conocido.

Me presenté ante el funcionario que aguardaba tras el mostrador de la entrada y me dijo que continuara caminando hasta el final del pasillo y buscara el despacho del jefe inspector Gabriel Martin. Eso hice.

Sentí que varias miradas se posaban sobre mí. Intercepté algunas de ellas. Esta vez me observaban con extrañeza, pero no porque conocieran mis métodos; no podían conocerlos. Sino porque no pertenecía a ese cuerpo ni a esta ciudad. Podría ser una intrusa para ellos aunque fuese perfiladora en Wichita.

Un hombre muy alto y de contextura fuerte, pelo rubio y entrecano, con el rostro bronceado, salió al pasillo y se quedó de pie observándome. Luego volvió a entrar en la sala de donde había salido.

Escuché que pronunció mi nombre con una voz que tronó y me dijo que pasara. Entré en un despacho pequeño en donde había un escritorio demasiado grande. Estaba lleno de papeles y dos portarretratos de marco plateado entre ellos.

—Soy el jefe Gabriel Martin y usted es Alexis Carter de Wichita. Adelante. Siéntese —me dijo con una entonación imperativa.

Su voz tenía un tono muy grave. Se veía a todas luces que era un hombre dominante.

Una mujer muy delgada que vestía falda negra y blusa blanca entró en el despacho. Él la miró y después me preguntó si quería algo de beber. Le pedí un café solo.

—Gracias, Netty —dijo suavizando un poco la voz.

Me senté frente al escritorio y a Gabriel Martin. Esperé a que él tomara la palabra. Me fijé que a su espalda, colgando en la pared, había varias fotografías donde podía vérsele con una mujer que

aparentaba su edad, de unos 55 años, y con varios chicos y jóvenes que se le parecían. Había otra foto donde Martin estaba junto a un pez de tamaño mediano.

Él notó que me quedé mirando la segunda imagen.

—Se llama Trucha Asesina. No sabemos cómo hizo para llegar a los arroyos de Black Hills.

Exhibe a su familia, es conservador, tradicional, aficionado a la pesca. Cree en el mantenimiento del orden aunque su escritorio sea un desastre. Debe ser de mentalidad cerrada en cuanto a muchos aspectos, por lo tanto, reacio al cambio, y debe estar molesto de que yo esté aquí, como la trucha…

—Tal vez fue algo fortuito que ese animal llegara a esos arroyos —dije.

—Imposible. Las casualidades en los ríos no existen. Alguien debió haberla introducido en esas aguas. Aquí los peces no aparecen de la nada.

Me seguía pareciendo que me enviaba mensajes entre líneas.

—Bien, detective Carter, este asunto no pinta bien para su compañera Anne Ashton.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

16

—No creerá que Anne…

—Yo no creo nada. Le estoy hablando de los hechos y las posibilidades. ¿Qué tan estable emocionalmente es Anne Ashton? Lo digo, luego de su divorcio y del problema que tuvo con un expresidiario hace unos meses. Nos hemos enterado de «cierta» conducta de Ashton con ese asunto del expresidiario. Parece que desarrolló una actitud algo paranoica.

Presentía que algo así sucedería. Vino a mi mente en un segundo la figura y los surcos en la tierra. Me pareció en ese momento que aquel dibujo tenía relación con la explicación que estaban dando a lo sucedido: que Anne se volvió loca y perdió la razón. De allí la bifurcación que vi, como si la mente de Anne se hubiese torcido o descarrilado. Mi compañera desaparecida no podía defenderse. Además, Rapid City era una ciudad pequeña de menos de 60 000 habitantes y lo que pasó ocurrió cerca, pero a la vez podría decirse que en medio de la nada, en un lugar rodeado de naturaleza. Ese es un perfecto escenario para la comisión de crímenes porque estos son «solucionados» con las explicaciones más convenientes. Es mejor que el responsable sea el que viene de afuera. La culpabilidad de Anne era la solución idónea para este caso; era la teniente de Wichita que había enloquecido.

—No podemos excluirla de las sospechas —dijo moviendo la mirada hacia uno de los papeles sobre el escritorio.

Me dije que tenía que calmarme antes de responder. Culpar a Anne era lo más absurdo que había oído en mi vida, pero no podía enfrentarme abiertamente a Martin.

—La agente Anne Ashton no ha presentado problemas de salud mental. Es una teniente muy valorada en el departamento. Lo importante es que me permita ayudarle a desentrañar algunos aspectos turbios de este caso, como por ejemplo, el hecho de que ninguna de las personas a bordo de ese autobús recuerde lo sucedido. ¿No lo cree así?

—Es peor que eso. Dicen recordar lo sucedido y, según ellos, no

pasó nada. Es decir, no es que reconocen que se durmieron o algo así. Es que dicen que continuaron el viaje sin contratiempos y que luego llegaron al lugar de partida, las Cabañas Wells, y fue solo allí cuando notaron que faltaban dos de los pasajeros: Bristol y Ashton.

—¿Usted les cree?

—Como le he dicho, no creo ni dejo de creer. Los testigos o sospechosos se muestran molestos y temerosos de que los mantengamos custodiados en ese lugar, en las Cabañas Wells. Todos han sido llamados a declarar y lo han hecho, pero continúan fieles a su versión original, que es no recordar que sucediera algo extraño en el dichoso paseo. No pueden comprender cómo ese hombre resultó muerto.

Hizo una pausa y me miró, intentando hacerse una opinión de mí. Después continuó.

—Nadie ha sido detenido, pero aún se encuentran en investigación todos ellos. Ninguno dice haber conocido a Paul Bristol antes. Reconocen haber intercambiado varias palabras con Anne Ashton antes de subir al autobús. Dicen que ella se presentó ayer en la tarde justo antes de iniciar el *tour*y que Arthur Donner, el propietario de las cabañas, no la esperaba. Pero había lugar de sobra y le permitió participar de la actividad.

—Me gustaría leer las declaraciones de los testigos.

—No hay problema —respondió.

Pero no le creí. Sabía que me iba a dejar leer las declaraciones porque había dicho a Charlize que me recibiría, pero en cuanto tuviese oportunidad trataría de deshacerse de mí. Y más ahora que pensaba que Anne era la culpable del asesinato de Bristol.

—¿Los testigos han dicho si Anne justificó su presencia allí de alguna manera?

—No —respondió cortante.

Fuimos interrumpidos por Netty y el servicio de café. Ella caminó hasta detenerse junto al escritorio. Extendió una taza humeante de café con leche muy claro a Martin y una taza pequeña de café solo a mí.

—Gracias, Netty. Tu café es lo mejor de este lugar.

Netty me miró con curiosidad, dijo algo en voz muy baja, fue como «gracias» y salió de allí.

—¿Ninguno de ellos había conocido o leído a Bristol antes?

—Dicen que no. Lo estamos comprobando.

Otra vez su contestación fue parca, cortante.

Comenzó a tomarse el café y yo, mientras tanto, pensaba cómo continuar la conversación. No iba a obtener nada de Gabriel Martin. Si

seguíamos hablando, la constante serían respuestas casi monosilábicas. Tenía que hacer algo más.

17

—Una vez que lea el expediente del caso quisiera presentarme en las Cabañas Wells como una huésped más, no como perfiladora criminal ni como miembro del Departamento de Homicidios. Si tal como usted ha dicho no han obtenido nada de ellos en los interrogatorios, tal vez yo pueda lograr algo desde allí adentro.

Se quedó callado. Lo estaba pensando.

—Está bien. Vaya a ese lugar —aceptó.

Le di las gracias.

—Hemos pedido a un psiquiatra, que nos ha prestado servicios en otras ocasiones, una evaluación completa de cada uno de los testigos. Eso puede ayudarnos a arrojar un poco de luz en este asunto.

—Es una buena idea —comenté.

Después me atreví a hacerle unas preguntas.

—Sé que no tiene la certeza, pero si tuviese que apuntar una teoría, ¿qué diría usted? ¿Los testigos mienten? ¿Están encubriendo un asesinato?

—Yo diría que no lo están encubriendo —reconoció.

—Es una pésima coartada decir que nada pasó —afirmé.

—Así es. Es tan inconveniente para ellos… Si fueran cómplices de lo que sea que pasó, hubiesen podido idear otra cosa. Mire, esa vía en esta época no es muy frecuentada. Está bastante sola. Podrían haber dicho que alguien los detuvo y bajo coacción obligaron a Bristol a salir del vehículo. Lo mismo con Anne Ashton. Eso en caso de que no haya sido ella…

Dejó la idea en el aire.

—¿Tampoco parecen estar mintiendo por miedo a alguna represalia? —pregunté en parte para saber la respuesta y en parte para dejar de lado el tema de la culpabilidad de Anne.

—Lucían nerviosos. Sobre todo, Mary Hasting, la chica veterinaria. Se ve que era la primera vez que se hallaba en una situación como esta. Pero lo de los nervios es normal, dadas las circunstancias.

—¿Conoce usted algún grupo de creyentes de alguna secta que pudiera estar relacionado con el asesinato de Bristol? Lo digo porque

era un escritor que solía tratar temas sobre creencias ancestrales y les daba una orientación «criminal». Eso pudo haber molestado a alguien por aquí.

—¿Usted lo dice por las ideas extravagantes de Linda Donner?

—No lo sé. Cuénteme sobre sus ideas.

—Algunas personas creen que tienen cosas que decir, y no tienen nada en absoluto.

Levanté las cejas sin darme cuenta. Me dejó un poco sorprendida la respuesta de Gabriel Martin. Noté cierto resentimiento en sus palabras. Luego no dijo nada más en relación con Linda Donner.

Terminó de tomar el café de un solo sorbo. Se levantó. Me tendió la mano. La estreché y sentí un apretón fuerte, rudo. Eso era, un hombre rudo. Luego me entregó una carpeta llena de papeles. Se trataba del expediente del caso del asesinato de Paul Bristol.

Me dijo que podía leer los documentos en la sala de junto. Me dijo también que uno de los oficiales podía llevarme a las Cabañas Wells cuando terminara de hacerlo. Martin había considerado que mi tiempo de reunión con él había terminado.

En ese momento, una mujer que vestía uniforme tocó a la puerta y le entregó un papel. Hubo una mirada de complicidad entre los dos. Martin lo leyó e hizo una mueca de satisfacción.

—Acaban de traerme los resultados del análisis de la pala, el arma homicida con la que destrozaron la cabeza de Paul Bristol. Las huellas son de Anne Ashton. No hay ninguna duda.

«¿Por qué las huellas de Anne estarían en el arma homicida?», pensé.

—Bien, agente Carter. Es muy posible que la agente Anne Ashton sea la persona que estamos buscando.

18

Leí el expediente del caso. No obtuve nada útil de él. La única información nueva que conocí fue la disposición de los pasajeros en el autobús. En realidad, se trataba de un minibús Mercedes Sprinter de diecisiete plazas. Arthur Donner y Linda Donner iban sentados en la primera fila de asientos, más cerca del chofer Raymond Phelps. En una fila de asientos intermedios estaba sentada Mary Hasting y un poco más atrás Kenneth Ryder y Anne. Al final se encontraba Paul Bristol.

Pensé que tal vez se había sentado allí para observarlos a todos. Si había venido a Dakota del Sur a estudiar personas para construir personajes, ese era el mejor lugar.

No hice caso a Martin y me dirigí a rentar un auto. Si iba a hacerme pasar por una huésped más de las Cabañas Wells, no tenía sentido que me vieran bajar de una patrulla de policía. Y aunque fuese un auto oficial sin identificación, alguien podría sospechar y preguntarse por qué una turista o alguien que viene a disfrutar del paisaje no procura mayor movilidad, y viene sin vehículo.

Todos los huéspedes tenían registrados autos a sus nombres y los habían llevado a las cabañas. Eso también venía en el informe.

Renté un Nissan y me dirigí a las Cabañas Wells. Se hallaban a once kilómetros del Parque Nacional Badlands. En el camino pude ver una valla publicitaria que parecía de hace veinte años. La estética, los colores y el contenido. Era como si una muestra del pasado estuviese allí mostrándose. Era de las Cabañas Wells y decía: «Para desconectarse de la rutina y entregarse a nuevas experiencias de descubrimiento de paisajes».

Cuanto más lo pensaba, más me parecía extraño que Anne se hubiese sentido atraída por un lugar como ese.

El GPS del auto me indicó que estaba a cuatro minutos de mi destino. Pude ver junto a la carretera, al lado izquierdo, un conjunto de cabañas que se disponían en medio del bosque. También vi una patrulla estacionada al margen de la calzada. Debían ser agentes siguiendo

instrucciones de vigilancia a los huéspedes de las Cabañas Wells.

Para los pasajeros del bus, aquel lugar debía haberse convertido en una especie de cárcel; se encontrarían en un limbo lleno de dudas, en caso de que fueran inocentes. No se había podido comprobar que tuviesen algo que ver con el asesinato de Paul Bristol, pero tampoco que no lo tuvieran. Además, en este momento, todos ellos debían estarse preguntando qué diablos había pasado, si es que en realidad no lo sabían.

Me pareció poca vigilancia un solo vehículo policial, pero supuse que Martin cada vez se iba a apegar más a la idea de que Anne era una asesina. Lo de las huellas en la pala no era bueno para ella.

¿El asesino le habría obligado a tocarla?

¿A cuántas otras cosas la habrían obligado?

Me dije que no podía seguir mi pensamiento por allí. Había que tener sangre fría y continuar.

Giré en un camino de grava que comunicaba con la vía. Recorrí pocos metros y encontré una de las cabañas que había visto antes desde la carretera. Supuse que funcionaba como una especie de recepción o administración del lugar. Había tres autos más aparcados en un área frente a la cabaña, la cual, a todas luces, era el estacionamiento. Detuve el auto. Me miré en el espejo. Pasé la mano por mi cara. Solté la cola de caballo que me había hecho temprano en la mañana. Ahora tenía que parecer una viajera despreocupada. Era la primera vez que iba a representar, aunque fuera por pocas horas, a alguien que debía mantener ocultas sus verdaderas intenciones.

19

Me bajé y percibí algo en ese lugar, fue como una sensación de abandono. Como esa que queda cuando alguien querido, deseado o necesitado se va. Es de los sentimientos más tristes que pueden existir. No supe descifrar si estaba experimentando eso por lo que podía estar padeciendo alguien que estuviese allí, o por mí misma; después de todo, Anne era alguien que yo quería. Me dije que no podía ser por eso, porque el abandono implica una acción voluntaria de quien te deja. Y Anne no había dejado su vida voluntariamente; jamás dejaría a sus hijos ni su trabajo por nada en el mundo.

La imagen de la bifurcación dibujada en la tierra negra y brillante seguía dentro de mí, amenazante, casi con saña.

Caminé hacia la cabaña. De ella salió un hombre y se dirigió a mí.

—Hola. ¿Desea hospedarse? Ha tenido suerte si es así. Estaba a punto de irme a la cama. No esperaba a nadie esta noche.

Era Arthur Donner. La fotografía que Rossy me había entregado lo mostraba joven. Pude detectar unas leves ojeras en su rostro. Se trataba de un hombre de altura y contextura medias. Lo más llamativo era su abundante pelo castaño oscuro, ondulado, con la raya al medio. Ese peinado no le favorecía. De inmediato deduje que el anuncio en la vía había sido ideado o aprobado por él.

—Hola. Soy Alexis Carter. Y, en efecto, he venido porque me han hablado maravillas de este lugar. Quería saber si tenía alguna cabaña disponible.

Arthur se acercó y se detuvo a una distancia prudencial. Puede que incluso mayor a la necesaria.

Pensé que era un hombre educado, calculador, un poco chapado a la antigua. Me fijé más en su rostro. Llevaba lentes de montura y a través de ellos pude ver dos ojos agudos azul oscuro. Tenía los labios muy finos y las orejas prominentes. También vi unas arrugas muy marcadas rodeando su boca.

—Encantado de conocerla, Alexis. Pues mire que está de suerte. Sí tenemos una cabaña para usted —me dijo con entusiasmo.

«Está acostumbrado a mantener relaciones públicas, a conservar

amistades y conocer gente. Debe ser por su trabajo como gestor cultural», pensé por su forma de tratarme.

Eso también me llevó a presumir que podría ser un hombre que podría mentir muy bien. El marcado entusiasmo que me había mostrado sin conocerme me pareció exagerado.

—¡Genial! —respondí.

—Así es. Si no, hubiese tenido que llegar a Rapid City para buscar alojamiento, y nada allá se compara con esto. Pero usted ya lo sabe porque, de lo contrario, no hubiese venido hasta aquí.

«Quiere saber de dónde vengo», me afirmé.

—Bien, usted dirá qué debo hacer para comenzar a disfrutar de este lugar.

—Sí. Perdone. Qué mala educación. Venga conmigo a la recepción. Allí la registraré y de inmediato le entregaré las llaves de la cabaña número cuatro. Es aquella que se ve desde aquí. Donde brilla aquella luz. Cerca, justo detrás, pasa un arroyo que le brinda un carácter especial a esa estancia. Es usted una mujer afortunada.

—Perfecto —respondí al conversador y educado Arthur.

Él me sonrió y yo hice lo mismo. Pero no me gustaba. Era de las personas que ocultan muy bien lo que están pensando y, de tanto mostrar un buen trato, sin quererlo podrían hacer crecer en ellas una gran… ¿rabia?

20

No podía perder de vista que el resentimiento era una de las grandes razones para pertenecer a la oscuridad. Eso me lo había demostrado el asesino serial que Anne y yo cazamos hacía seis meses.

Arthur me recordó a un hombre que asistía a mi consulta antes de convertirme en perfiladora criminal, cuando era psicoterapeuta. Se llamaba Bruno Sheridan. Era encantador, un excelente conversador, hablaba con soltura más de tres idiomas. Pero esa era solo la cara que Bruno mostraba. Debajo de ella se ocultaba un hombre insatisfecho con lo que había conseguido en la vida y portador de mucha ira.

—¿Cómo ha dicho que se enteró de nuestro lugar? —preguntó disimulando su interés mientras abría la puerta de la cabaña y se apartaba para que yo entrara primero.

—Voy a serle franca. Fue por el anuncio en la carretera. Cuando lo vi, me dije que necesitaba algo así.

—Eso que me ha dicho me ha dado una gran alegría. Mi esposa y yo tuvimos una discusión sobre la pertinencia de invertir en ese anuncio publicitario. Y ya ve, yo tenía razón.

Entramos a la cabaña. Estaba amoblada con objetos costosos, de diseño, algunos demasiado lujosos para estar allí. Una escultura que imitaba una escalera de caracol hecha con monedas negras me llamó la atención.

Él lo notó.

—Lo hizo Linda. Esa escultura. La escalera.

—Es diferente.

—Linda es diferente.

No supe cómo traducir la entonación que Arthur dio a esas palabras.

Un ruido exterior lo sobresaltó. Sonaba como los tacones de una mujer corriendo, acercándose.

Vi sus ojos agrandarse y cómo en un ademán nervioso tocó la montura de sus lentes en la parte superior y los acomodó como si hubiese sentido que se le estaban resbalando. Luego pareció tomar una decisión, inspiró y se preparó para ver a quien en segundos

cruzaría el umbral. Por un momento pensé que Arthur estaba muerto de miedo.

Una mujer baja y muy pálida, vistiendo de rosa, con una cabellera rubia que caía hasta medio dorso y unos inquisidores ojos verdes apareció.

—Linda…, cariño… —balbució Arthur.

—¿Quién es ella? ¿Otra policía? —preguntó en tono amenazante.

21

—Amor, pero qué cosas dices. Es una nueva huésped —respondió él.

—Hola. Soy Alexis. He venido a hospedarme dos o tres días.

Linda Donner bajó la guardia. Terminó de entrar en la cabaña y se detuvo en la mitad del salón.

—Perdona, Alexis. Es que ya estoy harta de que me pregunten siempre lo mismo, y yo no puedo hacer otra cosa que responder siempre lo mismo: como si lo que pasó fuese culpa de alguno de nosotros.

Pude analizarla mejor. No era tan baja como me había parecido al principio. Tenía una cara bonita y un lunar color marrón cerca de los labios.

—Linda, Alexis no debe saber de qué estás hablando. ¿No ves que apenas acaba de llegar?

Entonces sí estuve segura de que la entonación de Arthur encerraba molestia. Así era mi paciente Bruno Sheridan cuando hablaba de lo que consideraba las «brillantes ideas de su madre».

Comprendí que Arthur se percibía más inteligente y prudente que su esposa, pero algo lo hacía permanecer bajo su dominio tal como le sucedía a Bruno, bajo el dominio de su madre. En este caso, podría ser solo la atracción que Linda le producía. Era quince años menor que él y mucho más llamativa. No sería el primer hombre que se siente locamente atraído y desarrolla una obsesión posesiva por una mujer aunque la considere inferior a él.

—Entiendo —dijo Linda, quien pareció comprender la crítica velada en las palabras de su esposo.

—He venido porque no encuentro el tubo de rojo óxido transparente. No está donde guardo los demás tubos y los óleos. Y sabes que sin ese color no puedo trabajar en la serie. Es el que mejor representa la sangre…

—Linda es mi esposa, y es artista plástica.

—No digas eso, Arthur. Está pasado de moda. Soy un canal de transmisión. Un instrumento para producir ideas y sinapsis, solo eso. Además, en mi última exposición me fue de terror. Nadie en el estado

ha comprado alguno de mis cuadros. Hemos debido salir de aquí para exponer en otra parte del país.

Percibí un reclamo a Arthur. Definitivamente, había algo «descompuesto» en la relación.

—Bien, querida, tus pinturas al óleo no suelen estar en esta cabaña. No trabajas aquí. Así que busca bien en el taller —dijo Arthur.

Ahora había recobrado otra vez su «temperamento» educado.

Linda se dio la vuelta para abandonar el lugar, pero de repente desistió. Me hizo una pregunta.

—Dígame la verdad. ¿Siente algo en el ambiente de este bosque? ¿Verdad que la rabia de las montañas oscuras ha llegado hasta aquí? La policía jamás lo entenderá: «la rabia» se apoderó de nuevo de alguien y produjo la ceguera necesaria para hacer su trabajo. De eso se trata este asesinato.

22

—¡Ya está bien, Linda! —exclamó Arthur molesto.

—¿De qué asesinato está hablando? —pregunté fingiendo sorpresa.

—¿Es que no lo sabes? Han asesinado a un hombre en la vía de Badlands. A poco de aquí. Y nosotros, todos nosotros, estábamos allí. Pero no recordamos nada. No sé por qué no comprenden que se trata de algo que trasciende lo humano.

—Linda se refiere a que, lamentablemente, nos hemos visto mezclados en un asunto desagradable. Ni nosotros ni ninguno de nuestros huéspedes ha tenido nada que ver con la muerte de ese hombre, así que pronto la policía nos dejará en paz.

—¿A quién han asesinado? —pregunté.

—A un escritor de poca monta llamado Paul Bristol —respondió Linda—. Se presentó aquí sin decir su verdadero nombre ni su identidad. Solo vino para extraer información sobre los indios lakota y la maravillosa cosmovisión que poseían. ¿Para qué? Para luego fragmentarla, cambiarla, contaminarla, y crear una historia vulgar de asesinatos.

Inspiró y continuó hablando. Arthur la miraba, resignado. Lo que sea que hubiese querido callar estaba siendo expuesto por su esposa, sin reparos.

—He visto las reseñas de sus novelas. No antes cuando llegó aquí. Sino después que supimos quién era en realidad. Es un asco. Habla de la «mujer cegada por la luz del sacrificio». Todo lo tergiversan quienes solo buscan fama sin importarles la verdad.

—¿Dice que a ese hombre lo asesinaron aquí? ¿En una cabaña? —pregunté.

—No, Alexis. Ni mucho menos. Fue en la carretera. Aquí estamos fuera de peligro. Ya la policía la está buscando. A la mujer que mató al escritor —respondió Arthur.

—¿Es que saben quién es? —pregunté fingiendo sorpresa.

—La única que pudo haberlo hecho es la persona que ahora está huyendo: esa mujer, Anne Ashton, que apareció aquí de repente cuando estábamos a punto de abordar el bus para el *tour*fotográfico.

—¿Y cómo crees que logró hacer que no recordemos nada? —cuestionó Linda.

—Hay sustancias que consiguen eso. Pudo habernos drogado. Creo que la Policía, el jefe Gabriel Martin, comparte esa idea. No me lo dijo, pero parece un hombre sensato. Yo conocí a un primo de él cuando trabajaba en el museo… —respondió Arthur.

—¿Cómo pudo esa Anne Ashton darnos una sustancia si apenas llegó, habló contigo, te pidió participar del paseo, subió y partimos? —insistió ella.

—No lo sé, Linda. Pero eso es más sensato que creer que la energía de las Black Hills cayó sobre nosotros —dijo Arthur con un tono exasperante.

Linda hizo silencio y lo miró con furia. La tensión entre ellos había llegado al punto máximo. En ese momento escuchamos nuevos pasos en el exterior de la cabaña. Esta vez la persona que se acercaba no corría ni calzaba zapatos de tacón.

23

—Hola. Estaba buscando a alguno de los dos. Me he quedado sin botellitas de agua en la cabaña… —dijo una mujer que se acercó y entró.

Era alta, de contextura media. Tenía el pelo negro, rizado, y lo llevaba suelto a la altura de los hombros. Su cara era pequeña y sus ojos grandes. Parecía tímida. Llevaba un jersey azul claro de mangas cortas. Noté que sus brazos eran muy delgados y blancos.

Se trataba de Mary Hasting. En la foto que me envió Rossy y que mostré a Fanny Rao en el aeropuerto parecía contar con unos kilos de más.

Me dije que Mary no aparentaba la edad que tenía. Recordé que contaba 35 años, pero lucía como si no hubiese llegado a los 30. Hablaba con algo de vergüenza. No fui yo la única que se dio cuenta. Arthur Donner también lo hizo.

—Querida Mary, ha sido un error nuestro. Con lo de los interrogatorios policiales, salimos muy tarde de Rapid City y eso me ha trastornado toda la rutina. Aquí mismo tengo las cajas con las botellas de agua, pero olvidé por completo llevarlas a las cabañas.

Mary dio varios pasos más.

—No hay problema, Arthur. Me entregas dos botellitas y las llevo a la cabaña. La verdad es que esto que ha pasado me ha dejado alterada. Perdón… no… —Dejó la frase inconclusa y me miró.

—Ella es Alexis Carter. Rentará una de nuestras cabañas —explicó Arthur.

Mary Hasting llegó a mi lado. Me extendió la mano.

—Mucho gusto —me dijo.

Me di cuenta de que Mary me recordaba a una niña vecina de la casa de mi abuela, con quien solía pasar las tardes jugando. Pero eso fue solo por dos o tres semanas. Luego no recuerdo bien por qué la chica se fue. Yo era pequeña y ella era un poco mayor.

—Igual —respondí.

La entrada de Mary Hasting en la cabaña calmó la tensión que había crecido entre Arthur y Linda. De alguna manera refrescó el

ambiente. Se veía a leguas que estaba intentando ser amable, pero que el asesinato de Bristol la había descolocado.

Al menos, aparentemente.

En ese momento, Mary caminó hasta una silla que se hallaba en un rincón del salón donde nos hallábamos y se desplomó sobre ella. Me di cuenta de que lo de las botellitas de agua pudo haber sido una excusa de ella para llegar hasta allí y manifestar otra cosa.

—Creo que nos culparán a todos del asesinato de ese hombre. Nos hacen creer que somos testigos, pero somos los sospechosos. No sospechan de esa mujer que subió a última hora. Nos están intentando confundir. Tal vez hasta nos estén espiando en este momento. Es muy extraño que nos hayan dejado volver aquí. Aunque claro, para aparentar, nos han pedido que no abandonemos las cabañas y no volvamos a Rapid City. ¡Y yo tengo que volver! ¡Tengo que volver! —exclamó.

Estaba a punto de desatarse en ella una crisis nerviosa. No me hubiese extrañado que de repente soltara una risa histérica.

—Mary, no tienes que ponerte así. Nosotros no tenemos nada que ver —dijo Linda con una entonación que prendió todas las alarmas en mi interior porque me pareció que era una advertencia para la huésped.

¿Y si Mary Hasting era el lado más delgado de la cuerda? ¿Y si todos estaban implicados en el asesinato de Paul Bristol y Mary era la que podía delatar lo que había sucedido?

Estaba claro que, de los tres, ella era la más nerviosa, la menos dueña de la situación.

24

—Creo que estás muy alterada, Mary. Tienes que serenarte. No es bueno que los policías te vean así. Pueden pensar que tenemos algo que ver con lo que pasó —dijo Arthur.

Parecían estar preocupados por otra cosa, no por el estado que mostraba Mary Hasting.

—Lo entiendo —se limitó a decir ella.

Arthur fue a buscar una de las botellas de agua, la abrió y se la ofreció. Mary la recibió y la bebió completa. Después se levantó y dijo que volvería a su cabaña. Pensé que debía aprovechar para irme con ella y lograr que me dijera algo más sin la «supervisión» de los Donner. Apuré mi registro, argumentando que deseaba descansar, y a los pocos minutos obtuve las llaves de la cabaña número cuatro. La de Mary Hasting era la número tres según ella misma dijo.

De camino pasé junto al auto que renté para buscar mi equipaje. Había que caminar un sendero ascendente de piedra y grava que en algunos momentos mostraba escalones y barandillas. A cada uno de los lados estaba el bosque, y desde el estacionamiento se escuchaba el correr del agua. Me apuré en caminar junto a Mary y noté que detrás dejábamos a Arthur y a Linda, observándonos. Continuaba con la impresión de que había algo que no querían que Mary me dijera.

Comenzamos a caminar el sendero. Tomé la palabra.

—¡Vaya historia! Lo que les sucedió. Si me pasara algo así, estaría muriendo de los nervios.

—Eso justo es lo que me pasa a mí. Es tan insólito. Y trato de recordar una y otra vez ese paseo, y no puedo pensar en nada malo ni diferente. Simplemente estábamos en el autobús hablando, mirando el paisaje, escuchando música y para mí eso fue todo lo que pasó. Sí que es verdad que ni puedo relatar lo que hice. Es decir, es como si todo el tiempo del paseo se hubiese convertido en una foto. No puedo decir de qué hablamos, ni quién dijo qué. Solo sé que estuvimos hablando. Creo que no me estoy explicando bien.

—Sí. Te entiendo. Sabes que estuviste allí, pero no recuerdas el proceso. Como si te hubiesen dicho que estabas allí y tú lo hubieses

asumido sin reparos. Pero, cuando estamos en un lugar, somos capaces de relatar la continuidad; es decir, tú hoy deberías recordar, por ejemplo, las conversaciones que sostuvieron, el hilo de la conversación.

—Exacto. ¿Eres psicóloga?

—Psicoterapeuta.

—Ya me parecía a mí. Ahora que lo dices, la última conversación que recuerdo tuvo que ver con un cementerio…

Recordé mi visión y al hombre que sufría. Pensé que tal vez el cementerio significaba algo.

«Mary», «Mary».

Alguien gritaba.

Era Linda. Venía corriendo detrás de nosotras. Mary hizo silencio después de verla.

—Arthur quiere saber si ya has cenado. Nosotros preparamos pollo horneado, si te apetece, en casa podrías cenar.

—Gracias, Linda. No he tenido mucha hambre.

—Mary, me hablabas de un cementerio… —intenté retomar la conversación.

Fue Linda la que me respondió.

—Es un lugar místico. Un viejo lugar sagrado para los lakotas, el grupo de los indios siux que se asentó en Dakota del Sur cerca de las montañas Black Hills. Puedo llevarla cuando quiera, una vez que pase la tempestad de las investigaciones policiales del «asunto de Bristol».

—Recuerdo que tú hablaste de eso en el paseo —dijo Mary.

Entonces sucedió algo inesperado. El comportamiento de Linda me sorprendió. Nos tomó a ambas por los brazos y nos habló en voz baja.

—Arthur intenta calmarte y te asegura que la policía no nos implicara en nada, pero en el fondo reconoce que es inexplicable lo que hizo esa mujer. Intenta comprenderlo diciendo que nos drogó de alguna manera. «Esas sustancias existen, te quitan la voluntad. Hasta te pueden hacer perder la memoria. —Pero está equivocado—. La rabia» aparece cuando menos se le espera, y si hemos olvidado lo sucedido o nunca lo supimos, eso obedece a la acción de la energía contenida en este lugar. Tal vez esa Anne Ashton fue quien asesinó a Paul Bristol porque esta vez ella fue el instrumento de «la rabia».

—Ya, pero, Linda, esa no puede ser la única explicación. Nadie creerá eso y preferirán creer que tuvimos algo que ver —respondió Mary.

En ese momento, me miraron y creo que se dieron cuenta de que me habían incluido en el asunto sin quererlo. Apenas acababa de llegar a ese lugar y me estaban tratando como si hubiese sido parte del

grupo del *tour* como si yo también estuviese implicada. Pero ya era demasiado tarde para excluirme. Creo que Mary Hasting fue la primera en notarlo.

—A Arthur no le gusta que hable de esto. Él no cree en nada. Es demasiado racional. Dice que es de mal gusto hablar siempre de estos temas. Por eso he querido alcanzarlas sin que él estuviese presente.

Hizo una pausa. Nos hallábamos en la mitad del camino. Mary miró hacia arriba, a donde estaban las fachadas de las cabañas tres y cuatro.

—Sí. Es cierto, queridas. Es mejor que vayan a descansar. Y tú, Alexis, no podrás decir que no ha sido diferente este paseo para ti. Al menos no vas a olvidarlo sin más.

Ahora Linda se convertía en alguien capaz de bromear un poco con lo sucedido. La personalidad de Linda Donner era desconcertante. Yo diría que era portadora de muchas caras.

25

—Voy a intentar dormir —dijo Linda y volvió sobre sus pasos.

Mary y yo continuamos el camino. Hubo un momento en que no vi una piedra pequeña en el camino y tropecé. Me sostuve de la barandilla hecha con delgados troncos de árboles que protegía el sendero y lo separaba del bosque.

Después de pocos segundos de silencio, Mary comenzó a hablar.

—Algunos lugareños creen en la existencia de una especie de resplandor que te enceguece, una rabia que llega de alguna parte, que es como un espíritu o una energía que vaga en este lugar de tanto en tanto y se apodera de alguien. Esta persona actúa en contra de otra sin explicación. Se cuenta que una mujer de uno de los poblados cercanos, a principios del siglo pasado, mató a su hijo pequeño en un arrebato. Lo sacudió con tal violencia que su hijo murió por las lesiones cerebrales que ella le ocasionó. Esa historia se ha complementado con un conjunto de leyendas: de que ese día los animales estaban descontrolados y que más de mil bisontes se agruparon en las vías desde Badlands Loop hasta Black Hill y atacaban a todo el que pasaba por allí. Dicen que hasta los animales domésticos mostraban un comportamiento agresivo. Lo han llamado «el brillo de la rabia».

—Todos los pueblos tienen sus leyendas —le dije, restándole importancia a lo que me contaba para que hablara más.

—Linda afirma que no se trata de una leyenda, sino de una energía que vaga y se torna violenta por la pérdida del equilibrio que los lakotas habían conseguido al considerar las montañas cercanas sagradas.

Ya habíamos llegado al frente de las cabañas. Nos detuvimos.

—Ahora que me acuerdo, Linda y yo estábamos hablando de eso en el autobús. Decía que ella había trabajado en favor del equilibrio porque había representado a «la rabia» en sus obras. Y cuando nos enteramos de que alguien había asesinado a ese hombre, a Paul Bristol, ella dijo que no había servido de nada lo que estuvo intentando hacer porque igual esa mujer mató al turista.

—¿Su esposo no cree en nada de eso verdad? Debe ser difícil

convivir con alguien que no cree lo mismo que tú. Sobre todo, si estás tan convencida —sugerí.

—Me parece que Arthur Donner no está enamorado de Linda. Yo creo que en realidad la odia. Dicen que amaba con locura a su primera esposa, y Linda es la segunda. Pero tal vez se haya acostumbrado a vivir con ella y ahora no puede estar solo.

26

Tenía muchas cosas en las que pensar. Lo del resplandor y la leyenda que me acababa de contar Mary Hasting me recordó el sueño en el avión. Ese brillo insoportable que contrastaba con las siluetas de todos ellos, los pasajeros del autobús.

De repente, sentí un escalofrío. Recordé al hombre que iba a mi lado en el sueño del avión. El que tenía la revista con el bisonte de Altamira. Sabía que había algo que se me estaba pasando entre todo lo que había oído ese día, pero no lograba saber qué.

Me despedí de Mary y entré en mi cabaña. Dejé el equipaje de mano junto a la puerta y suspiré. Eran demasiados símbolos, demasiadas palabras sueltas y muy poca cosa para relacionarlos. Y el tiempo pasaba sin saber nada de Anne.

Intenté llamar a Rossy. Quería preguntarle si tenía algo más para mí. La llamada comunicaba, pero en ese momento vi la sombra de un hombre tras el cristal de la ventana. Pasaba muy cerca de la cabaña, y ese no era el lugar por donde estaba el sendero para acceder a las otras cabañas, que suponía las números seis, siete y ocho.

Sabía que eran ocho cabañas porque lo había leído en un afiche en la cabaña principal. Además, había visto un mapa con las ubicaciones de cada una.

Corté la llamada que aún comunicaba. Saqué el arma del equipaje. La oculté debajo de mi chaqueta. Aguardé sin quitar la vista de la ventana. Volví a ver la sombra. Salí de la cabaña, di la vuelta sin hacer ruido y entonces lo vi. Se trataba de Kenneth Ryder.

Estaba de pie, pero no mirando hacia mi ventana, sino hacia el otro lado, el bosque. Tenía ropa deportiva y una linterna frontal encendida. Al verme la apagó.

Decir que ese hombre era atractivo sería algo insuficiente. Era un modelo perfecto del cuerpo y la cara masculinos. Recordé lo que dijo Rossy sobre él y su forma de vivir. La foto que había visto no le hacía justicia.

—Hola. He visto la sombra en la ventana y… —le dije.

—Hola. No soy peligroso. Solo estaba corriendo en el bosque —me

dijo con la respiración entrecortada y la sudadera empapada.

Miró algo en su reloj. Supuse que tenía que ver con los kilómetros corridos, con el rendimiento. Observé sus piernas. Tenía puesta una rodillera en la pierna izquierda.

«La rodilla destrozada y sigue corriendo porque no puede parar», concluí.

Pasó la mano derecha por su frente perlada y luego caminó en dirección hacia mí.

—Soy Kenneth —dijo y me dio la mano.

Me fijé en sus ojos. Del color más azul que vi jamás. Luego, al contacto con su mano, percibí algo desagradable que me hizo temerle.

27

Era un hombre atormentado. Sentí desasosiego, aturdimiento. A la vez, no lo percibía como una víctima, sino como un victimario. Como si él mismo se hubiese labrado su propia ansiedad por algo que le hizo a alguien.

—Soy Alexis.

—¿También eres policía? ¿Ahora nos vigilan desde adentro?

—No soy policía. ¿Por qué lo dices?

—No lo sé. Algo en tu actitud.

—¿Porque salí a ver la sombra?

Giró la cabeza ligeramente hacia el lado izquierdo y también movió un poco los labios.

—Sí. Por eso.

—Me han estado hablando de lo que les sucedió y me han dejado un poco nerviosa.

No hizo más que asentir. Después se quitó la linterna frontal con pericia.

—Mucho gusto, Alexis. No andes persiguiendo sombras por allí. Algunas son peligrosas —me dijo y se fue caminando por el sendero, hacia abajo.

Debía estar hospedado en la cabaña número uno o dos.

Di la vuelta a mi alojamiento y entre en él. Me quedé pensando en Kenneth Ryder. Tenía la sensación de que cada movimiento y cada palabra que hizo y dijo en algún momento habían sido calculados, pero respecto no solo a mí, sino a la especie humana. Era un tipo que podía atraer de manera avasallante tanto a hombres como a mujeres. Una especie de dios de los conocidos por su belleza —hubiese dicho Lilian Peterson—, y me pareció que eso lo supo desde muy joven. En él percibí hastío. Podía ser una carga pesada tener esa apariencia, como si eso no lo dejara conectar realmente con nadie. Sentí que habló conmigo, pero sin fijarse en mí. Como si cada persona para él fuese un ser genérico, justo porque todos lo ven a él como un espécimen. Uno bello, pero espécimen al fin.

He conocido un par de mujeres así, que padecen ese tipo de

soledad producto de su apariencia extraordinaria.

¿Y si era el hombre de mi sueño? ¿El atormentado que lloraba por alguien? ¿Y si por fin había conseguido con quien conectar y luego lo había perdido?

No imagino una ira mayor que esa. Sería una buena razón para asesinar. ¿Pero por qué a Bristol?

28

Retomé la llamada a Rossy. Le pregunté si había descubierto algo más sobre alguno de los pasajeros del bus o el chofer, Raymond Phelps. Solo me faltaba él por conocer.

—De Linda Donner, lo mismo. Para mí, está como una cabra —me dijo.

—Sin embargo, recuerda que Paul Bristol escribía novelas sobre este tipo de historias que gustan a Linda. Supongamos que viajó a Dakota para hacerse de un buen arsenal de historias y sensaciones que lo inspiren. Tal vez alguien le habló de las obras de Linda, y eso era justo lo que buscaba. Hay demasiadas similitudes entre lo que aquí dicen y las palabras escritas en el papel que sacaste de algún lugar de las redes de Bristol.

Cuando dije eso, me di cuenta de algo y me sentí estúpida por no haberlo visto antes.

—¿En algún documento público Bristol habla de «espíritus cegados por la luz, sacrificio» o, mejor, de «una mujer cegada por la luz del sacrificio»? —pregunté.

—No. Eso ya lo he verificado. Ninguna de las palabras que escribió en la nota que te mostré en el salón de reuniones hoy en la mañana las había empleado antes en sus novelas, ni en las reseñas. Claro que ha escrito la palabra rabia antes, pero no como un aspecto prioritario…

—Te entiendo, Rossy. Pero esa frase en particular, la que te acabo de mencionar, ¿no aparece en sus libros ni en sus entrevistas?

—No. Estoy segura.

—Entonces alguien me ha mentido. Y es una mentira que indica que Paul Bristol sí había entablado conversación con al menos uno de los pasajeros. Alguien está mintiendo descaradamente.

Era Linda. Recordaba con claridad sus palabras: «He leído sus reseñas. No antes cuando llegó aquí. Sino después que supimos quién era en realidad. Es un asco. Habla de la mujer cegada por la luz del sacrificio. Todo lo tergiversan quienes solo buscan fama sin importarles la verdad».

Le conté mi reflexión a Rossy.

—Sí, te mintió.

—Exacto. Y puedo encontrar paralelismos entre lo que ella dice de sus pinturas y lo que él ha puesto en ese papel; la ceguera, la rabia. Otra cosa. Aquí se habla de una leyenda, de un día en el que «la rabia» se apoderó de la población. Inició con una mujer que sacudió a su pequeño hijo hasta matarlo, los animales enloquecieron, y miles de bisontes se apostaron cerca de la carretera para atacar a todo el que pasara.

—Sí. Pero tal como has resumido el asunto, esa es una versión de Linda Donner. Lo que pasa es que sí es verdad que hay una creencia allí sobre «el gran bisonte», que es como una deidad. Eso es una creencia lakota. Para los antropólogos, estas son historias falsas, pero nuestra amiga Linda Donner es de las que cree en eso y suele dibujar sus patas, sus ojos. Incluidos los rastros que deja ese animal en la tierra. Esa mujer ha creado una mezcla de leyendas antiguas, agregando la historia de la mujer que asesinó a su hijo al sacudirlo. Desde hace meses sus cuadros, que son horribles por lo que veo, representan lo que llama «el brillo de la rabia».

—Y es lo mismo que pone Bristol en su nota. «Nueva historia del brillo de la rabia». ¿Lo ves? Creo que él se nutrió de ella para comenzar su novela. Estoy segura de que, si lo de la mujer que sacudió a su hijo pasó y quedó grabado en la memoria colectiva de las personas en este lugar, debió haber sido en 1920. Y allí está otra vez: Bristol apunta esa fecha en la nota.

—Es verdad. Es como si esa nota la hubiese tomado justo después de hablar con Linda Donner.

—Supongamos que mantuvieron una comunicación determinada desde Londres. Luego él viene para acá, para hablar con ella y estudiar la zona *in situ*. ¿Por qué nos ha mentido? Arthur también debe estar mintiendo. Aunque tal vez Linda le esconda cosas. ¿Por qué Bristol participó del *tour*fotográfico? Para ver el paisaje o porque uno de los pasajeros sería uno de sus personajes. ¿Y si en ese afán de búsqueda de buenas historias se topó con algo indebido? ¿Si descubrió un secreto de alguno de ellos que lo condujo a la muerte?

—Es posible. Acabo de mirar lo que dijiste del año 1920. Es cierto. No es un artículo serio, pero sí se dice que una mujer llamada Brenda Shean mató a su hijo de esa manera. ¡Qué tétrico! Fue enterrado en…

Rossy continuó hablando, pero me distraje. Pensé en los trazos en la tierra de mi visión y en los cuadros de Linda con los rastros del bisonte. Pero los que vi no pudieron haber sido hechos por las patas de uno.

En ese momento, sin saber la razón, vino a mi mente la imagen de

una muñeca sucia y horrenda que me daba miedo cuando era niña, y que por alguna razón apareció en el basurero de la casa de mi abuela.

Me obligué a volver a centrar la atención en Rossy, pero ya se había callado.

—Tengo que ver las pinturas de Linda Donner.

—Pues solo tendrías que ir a las Cabañas Wells. Te dije que vendieron lo que tenían y lo apostaron todo a ese complejo turístico. El taller de ella también se encuentra allí.

Me di cuenta de que era cierto. Arthur le dijo que buscara en el taller el tubo de pintura roja que había perdido. Eso significaba que su lugar de trabajo debía estar a pocos pasos de mí.

—¿Entonces crees que uno de ellos es el asesino y los demás son cómplices?

—La verdad, Rossy, es que no sé qué creer —le respondí.

Me despedí de ella y me quedé mirando la ventana. Comprendí que cuando llegué al aeropuerto de Rapid City estaba convencida de que los pasajeros habían entrado en un trance colectivo, pero ahora no sabía si es que estaban guardando un secreto o si sabían más de lo que habían dicho en las entrevistas. El nerviosismo de Mary Hasting me llevaba a pensar en eso. Además, la atmósfera de las Cabañas Wells estaba cargada de algo desagradable. Alguien sentía furia y abandono. ¿Quién? ¿Qué o a quién había tocado en ese lugar que me había transmitido esa sensación?

29

Aguardé casi una hora. Quería que todos se fueran a la cama.

Salí de la cabaña y tomé el sendero de las escalinatas que había subido con Mary y Linda. Bajé cerca del estacionamiento y de la cabaña de la recepción. Tenía en la cabeza la imagen del mapa que había visto antes. Recordaba una edificación que no tenía numeración y que estaba alejada de las otras. Para llegar a ella había que tomar un camino detrás del estacionamiento en sentido opuesto al sendero, hacia el lado derecho del complejo. Al menos eso era lo que mostraba el mapa. Pensé que, si una de las instalaciones funcionaría como un taller para Linda, debía ser esa.

Caminé con cuidado de no hacer ruido. Lo hice por espacio de diez minutos. Al fin llegué a la cabaña sin número. El lugar se encontraba bastante iluminado por las farolas que habían dispuesto a lo largo del complejo. Creí estar en lo cierto al pensar que ese era el taller de Linda porque afuera y cerca de la puerta vi varios periódicos con manchas de pintura y percibí olor a trementina.

También había trapos manchados de rojo que fueron blancos alguna vez. La coloración rojo intenso que mostraron me produjo un pensamiento macabro, terrible: la sangre de Anne. Realmente tenía miedo de que la hubiesen asesinado. Esperaba que esa idea fugaz que atravesó mi cabeza no fuera más que resultado de la normal angustia que todos padecemos cuando alguien querido desaparece. Y que no fuera producto de mi facultad de percepción.

Me dirigí hacia donde estaba el trapo manchado y lo tomé. Olí. Era pintura al óleo. Lo dejé donde estaba.

Fui hasta la puerta e intenté abrirla. Cedió. Linda no había tomado la previsión de cerrarla; tal vez nunca lo hacía.

Recorrí el interior del recinto. También se hallaba bastante iluminado con la claridad del exterior que entraba por la ventana. Tenía la misma distribución espacial de la cabaña que yo había rentado; una sala, una habitación, la cocina, un baño. Eso sospeché. Al menos el salón tenía las mismas dimensiones y había dos puertas en idénticos lugares. Pero el salón no estaba amueblado como una cabaña

cualquiera. Definitivamente era un taller de pintura. Me pareció muy ordenado y me dio la impresión de que faltaba pasión en ese lugar. Era como una puesta en escena de una obra de teatro. No sé por qué tuve esa sensación. Debí haber visto elementos que me llevaron a pensar eso, pero no los hacía conscientes en ese momento.

Caminé y miré una gran mesa llena de tubos de pintura al óleo. Había dos caballetes con lienzos en blanco junto a él. Uno de ellos mostraba un trazo azul.

Vi una botella de vodka en medio de los tubos de pintura y también un vaso bajo.

En un rincón de esa habitación había unos lienzos apoyados contra la pared. Me dirigí hacia ellos.

La pintura que mostraba el lienzo que estaba de primero en la pila era horrenda. Representaba a una mujer vestida de negro con un traje largo. Ella cargaba a un niño vestido de blanco. Lo tomaba con sus manos extendidas y lo mantenía elevado a la altura de su cabeza, sosteniéndolo por debajo de los brazos del infante. Detrás de ellos había una ventana y unos ojos amarillos observaban la escena, tras ella. Era una criatura de pelaje oscuro cuya forma no se distinguía por culpa de la oscuridad de la noche que se representaba en la pintura. Un candil amarillento del lado izquierdo, puesto sobre una mesa, completaba la composición. Era tal como la había descrito Rossy, una bestia mirando, acechando.

Toqué el borde del lienzo que mostraba esa pintura y lo aparté. Quería ver las otras obras que estaban detrás de él. Todas repetían la misma escena. Solo que la criatura que miraba por la ventana comenzaba a verse un poco mejor. Parecía un bisonte. En una de estas mostraba sus fauces, unos colmillos blancos. En la última pintura que estaba contra la pared el infante que sostenía la mujer de negro ya no estaba. Había una mancha roja en el piso de la habitación, junto a la ventana.

Toda la serie era espeluznante. Sospeché que la idea era exhibir las piezas una al lado de la otra para crear la impresión de una secuencia temporal. El animal que acecha se comió al niño delante de una madre que lo odiaba. Esa fue mi conclusión.

Dejé los lienzos en su lugar. Sobre la mesa había unas pinturas más pequeñas. Me detuve a mirarlas.

Esos lienzos estaban colonizados por tonos oscuros y brillantes, parecidos a la brea. Los colores más utilizados eran el negro y el rojo tanto en estas pequeñas pinturas como en las grandes que descansaban en la pared. Algunas de las que estaban en la mesa eran abstractas, otras mostraban cuevas tal vez de las minas que existían cerca de la

zona. Recordé que Dakota del Sur era una zona minera.

En ese momento se produjo un ruido fuerte detrás de mí. Supe que había alguien más allí, pero no lo había oído llegar.

Era como si me hubiese estado aguardando y la puerta abierta hubiese sido una trampa.

30

—¿Qué está usted haciendo aquí? —me gritó una voz masculina.

Volteé y vi a un hombre apuntándome con un rifle de caza. Levanté las manos.

—Tranquilo. Soy Alexis Carter, huésped de este lugar. Salí a caminar. Esta cabaña estaba abierta y sentí curiosidad. No tiene que apuntarme con eso —le dije.

El hombre bajó el arma. Era Raymond Phelps.

—No se puede andar por allí como si se estuviera en casa. Y más con lo que ha pasado aquí —respondió.

—Tampoco es recomendable andar apuntando a la gente. En ninguna parte dice que uno no puede caminar en la noche en este complejo turístico. No es muy amable lo que usted ha hecho. ¿Es propietario?

—No. Soy la mano derecha de Arthur Donner, el propietario. Disculpe…

Lo había manejado bien para que se sintiera culpable. El aspecto de Raymond era descuidado, su sudadera estaba manchada con algo que parecía aceite. Supuse que era una prenda que había comprado hacía mucho tiempo. Recordé que Rossy me había dicho que antes fue mecánico y trabajó en un taller.

Se quedó mirándome sin saber qué hacer. Su cabeza brillaba por el efecto de la luz que entraba por la ventana y hacía ver su pelo aún más rubio de lo que era, casi blanco. Lo llevaba cortado al rape. Phelps tenía 52 años, pero lucía mayor.

—Está bien —respondí parca—. No me ha dicho su nombre.

—Raymond Phelps.

Escuché pasos en el exterior y una voz conocida. Raymond miró hacia la puerta.

—¿Raymond? ¿Qué ha pasado?

—Nada, Arthur. Solo vigilaba.

Arthur Donner entró en el taller.

—Raymond, ¿qué haces con eso? —dijo recriminándole y llevando la mirada al rifle—. Ya todos estamos muy nerviosos. Después de todo,

hay un asesino suelto —completó Arthur.

—Me voy a la cama —alcancé a decir.

—Perdone, Alexis, pero ¿qué hacía usted aquí? —me preguntó Arthur con una entonación diferente a la que siempre utilizaba para hablar. Esta vez noté una inflexión más pronunciada.

—Salí a caminar. La puerta estaba abierta y entré a echar un vistazo. El olor a trementina me indicó que este debía ser el taller de Linda y me moría por ver sus obras. Como me estuvo hablando de ellas más temprano…

—¡Es cierto! Pero es extraño que Linda no haya asegurado la puerta. Está muy nerviosa con lo ocurrido.

—A mí no me lo pareció. Creo que está muy calmada porque ella se explica lo sucedido de una manera «diferente» —sugerí.

Quería provocar una reacción en Arthur. Pero ese hombre sabía esconder sus pensamientos. Se quedó callado y dibujó una sonrisa en su rostro. Luego me respondió.

—Es verdad lo del olor a trementina. Espero que no le resulte molesto.

31

Después de lo sucedido en el taller de Linda, me fui a la cabaña. Desde ese momento hasta el día siguiente en la mañana me sentí observada. Era como si los ojos de la pintura de Linda se hubiesen quedado con la mirada puesta en mí.

No dormí nada. Mi preocupación por Anne continuaba creciendo. Me vestí, tomé el auto y salí a la carretera. Quería dejar atrás por unos momentos las Cabañas Wells. No había visto ni experimentado allí nada útil cuando conocí a los pasajeros del autobús más allá de esa mala sensación que me transmitía ese lugar.

Decidí buscar el cuerpo de Paul Bristol y tocarlo. Esperaba encontrar la ocasión sin que me vieran.

Me dirigí al Departamento de Homicidios de Rapid City. El GPS me confirmaba que el Instituto Forense funcionaba allí.

Llegué y busqué su ubicación. Estaba en la misma edificación y poseía una entrada independiente. Crucé la puerta. Me encontré con un módulo de seguridad y un pasillo vacío y frío que conducía a varias puertas. Escuchaba voces en una oficina cercana al módulo y a la puerta. Eran un hombre y una mujer hablando y riendo. Percibí un coqueteo entre ellos. Me dije que uno de los dos debía estar sentado en el módulo de seguridad, pero no era el caso.

Caminé rápido sin detenerme. Probé abrir varias puertas; oficinas, sala de archivos, una especie de área de reunión, hasta que llegué a la sala de autopsias. Ninguna de las puertas mostraba rotuladores con identificación.

Entré en la sala. Allí, como era de esperarse, había una persona trabajando. Llevaba uniforme y estaba de espaldas. Debía ser técnico o doctor.

—Hola. ¿Desea algo? —me preguntó.

Era una mujer que volteó al escuchar mis pasos. Se quedó observándome.

—Hola, soy la detective Alexis Carter —le mostré mi identificación—, y quisiera obtener el informe del caso Paul Bristol.

La mujer endureció la expresión y dio unos pasos hacia mí. Yo todavía permanecía junto a la puerta.

—Ya lo hemos enviado al jefe Martin —respondió.

Me acerqué un poco más a ella y observé con mirada rasante la habitación.

—Lo siento. Debí haberme confundido. ¿Ya han terminado la evaluación del cadáver? —pregunté.

—Sí. El análisis externo y el interno. Aún no ha sido trasladado a la sala de refrigeración, pero estaba a punto de hacerlo.

Miré a la única mesa de autopsias que estaba ocupada. La sábana azul claro dejaba ver un bulto de una persona adulta.

—No creo poder hacer nada más por usted —dijo la mujer, recelosa, y se dio la vuelta.

Después, como si hubiese caído en la cuenta de algo, se volvió hacia mí de nuevo:

—¿Me ha dicho que pertenece al departamento? Nunca la había visto.

—Porque soy agente del Departamento de Homicidios de Wichita —respondí.

—Pues bien. Busque el informe de la autopsia en la oficina del jefe Martin o diríjase a Netty Burgess, su secretaria.

—Está bien. ¿Podría ver el cadáver? —le pregunté.

—De acuerdo —aceptó.

Creo que pensó que eso haría que me fuera más pronto y la dejara trabajar en paz.

—Es este que está aquí —dijo al tiempo en que se dirigía a la mesa que ya yo había identificado antes.

Caminé hacia ese lugar. Ella también lo hizo y descubrió la cabeza del cadáver. Me dije que ahora solo tendría que tocarlo. La dificultad era que la técnica forense estaba junto a mí y no tenía intención de irse.

—Recibió fuertes golpes —afirmé.

—Así es. Se ensañaron con él —me respondió.

—¿Habías visto algo así antes? —pregunté.

—Mientras estudiaba. No en la realidad. Tengo poco tiempo aquí —explicó—. ¿Quiere ver solo la cara o el resto del cuerpo? —continuó.

Algo dentro de mí me dijo que tocara la sábana.

—Así está bien.

Apenas dije eso, me adelanté a los movimientos de la asistente forense y agarré la sábana con mi mano derecha.

«No debe usted…», eso comenzó a decir la mujer. La escuché

mientras veía en mi cabeza otra vez el resplandor del sueño del avión. Ahora las figuras negras, las siluetas de Arthur, Linda, Mary, Kenneth y Raymond, podían distinguirse con mayor claridad. No había duda de que eran ellos. Estaban sentados en torno a una especie de fogata, en algo que parecía un rito. El resplandor se fue haciendo más brillante.

—Ahora debe irse de aquí. Tengo mucho trabajo —culminó.

Ya la mujer había apartado la sábana de mis manos, acomodándola sobre el cadáver de Bristol. Me miraba con desconfianza.

—Sí. Claro. Ya me voy. Gracias —alcancé a decirle.

Salí de la sala y caminé sin detenerme por el pasillo. Las voces tras la primera puerta continuaban. Tomé el pasador, abrí y salí.

Me topé de frente con Gabriel Martin.

32

—¿Qué está usted haciendo aquí?

—He venido a buscar el informe de la autopsia —respondí.

—¿El mismo que está incluido en el expediente que ya leyó? Haga el favor de decirme la verdad —exigió.

Era un hombre alto, musculoso. En ese momento me pareció amenazante. No porque fuera a golpearme, por supuesto. Era algo diferente.

—Pensé que los forenses podrían haber pasado por alto algo en ese primer informe. He trabajado en casos en los que eso ha sucedido.

—Está bien, Carter. He hablado hace pocos minutos con su jefa, Charlize Tonny. Le he dicho que manejamos la teoría de que Anne Ashton cometió el asesinato de Bristol. Además, existe la posibilidad de que haya drogado a los pasajeros. Las declaraciones, como ha leído, son consistentes y no creemos que sean asesinos ni cómplices.

Dos personas aparecieron. Pretendían entrar en el Instituto Forense. Nos apartamos para que pasaran y luego caminamos un poco hasta el inicio del estacionamiento.

Sabía que Martin no era un aliado. Creía que la «invitación» para estar allí colaborando en la investigación tenía las horas contadas. Así que me enfrenté a él.

—¿Ahora sí comienza a «creer»? —le pregunté manteniendo la mirada en sus ojos pequeños, marrones. No iba a intimidarme su apariencia de hombre rudo y autoritario.

—¿Qué quiere decir? —preguntó levantando la voz.

—Que antes me dijo que usted no creía nada y que se dejaba llevar por los hechos y las pruebas. ¿Es que no se le ha pasado por la cabeza la idea de que hayan obligado a Anne a tocar esa pala? ¿Han hecho exámenes sanguíneos a los pasajeros y al chofer del autobús para comprobar si han sido drogados?

Esperé unos segundos y luego continué.

—Jefe Martin, ni siquiera me ha preguntado si he descubierto algo en las Cabañas Wells, y no lo ha hecho por una simple razón: cree que no seré capaz de hacerlo o que no hay nada que descubrir allí. Le digo

que he descubierto que para Anne resultó imposible drogar a esas personas porque no tuvo contacto con ellos sino hasta minutos antes de subir al vehículo, y como usted debe haber leído en las declaraciones dentro del autobús, nadie ingirió nada.

No se esperaba que reaccionara de esa manera. Hacía silencio.

—También me parece una falta de educación, ya no de delicadeza, que estemos sosteniendo esta conversación en la que está implicando en un hecho gravísimo a una excelente teniente de la Policía de Kansas en la entrada de un edificio, junto al estacionamiento.

—Puede continuar con la investigación a su manera. Solo manténgame informado de todo —se limitó a responder.

Después se quedó mirándome, como meditando lo que le acababa de decir. Yo comencé a caminar hacia el auto cuando, sin haber dado ni tres pasos, Martin me dijo otra cosa.

—Si he sido brusco, le pido disculpas. Entiendo que la teniente Ashton es su compañera y se preocupa por ella. Su búsqueda continúa en todo el estado. Yo mismo estoy coordinándola. Hasta ahora la opinión pública desconoce que podría ser considerada sospechosa de la muerte de Bristol y haré lo posible porque eso siga así hasta que sea inevitable.

33

Subí al auto y llamé a Charlize. Continuaba dándome su apoyo y me dijo que defendió a Anne ante Martin. También me pidió resultados pronto.

Yo no podía dárselos. Estaba perdida. Ese resplandor de la visión y del sueño era casi lo único que tenía. También la sensación que me producían las Cabañas Wells y la impresión de que había algo oculto muy cerca de mí. Nada más.

Eran todas cosas difusas. Además, estaba esa sensación de ser observada desde que vi ese horrendo cuadro de Linda.

Decidí ir al lugar donde fue encontrado el cadáver de Paul Bristol en la vía de Badlands Loop. Busqué el informe del levantamiento del cadáver en mi celular.

Mientras conducía hacia allá, se me ocurrió la idea de que la oscuridad estuviese relacionada con los sucesos, pero no implicada en lo que ocurrió en el bus. Más bien, interesada en ello. Como si me estuviese siguiendo los pasos y ahora se hubiese interesado en el extraño evento del «trance colectivo» que parece haber tenido lugar en el bus. Tal vez ambos, la oscuridad y yo, buscábamos lo mismo, encontrar a un asesino muy poderoso.

Llegué al lugar donde apareció el cadáver de Paul Bristol. Donde el bus debió detenerse. La vía estaba desolada. Nada venía a mi mente. Todo quedaba en blanco. Continué conduciendo por la vía de Badlands.

«¿Dónde estás Anne?», grité.

Deseé con todas mis fuerzas que estuviera viva, pero nada me daba esa certeza.

Entonces lo vi. Era un animal, un licaón. Ya lo había visto antes cuando investigaba el caso del asesino serial en Wichita. Me gustaba pensar que de alguna manera ese animal que descubrí en el zoo de Wichita me conocía bien y era un enviado de Devin para acompañarme.

Detuve el auto y me bajé. El animal quería que lo siguiera. Lo hice. Crucé la carretera y me adentré en el bosque. Caminé durante varios

minutos, tal vez quince o veinte. Lo hice siguiendo un sendero que parecía haber sido transitado hacía poco tiempo.

Llegué hasta la boca de una mina abandonada. Allí perdí el rastro del licaón. Presentía que deseaba que entrara en la mina. Temía hacerlo. No quería encontrar el cadáver de Anne. Solo pensarlo me aterraba.

Me armé de valor y entré. Sentí una sensación de ahogo, de encierro, pero continué adelante por los conductos subterráneos, alumbrándome con la luz del teléfono.

Me di cuenta de que reconocía ese lugar. Lo había visto antes. No en ninguna de mis visiones o sueños. Lo había visto en uno de los cuadros pequeños de Linda Donner.

PARTE II

1

La mujer despertó. Corría el 8 de enero, pero ella no lo sabía. Percibió el olor a tierra. Presintió su humedad. Sintió frío. Solo había oscuridad a su alrededor y no podía siquiera ver sus manos. Comprendió que estaba enterrada viva y que se encontraba dentro de una caja, de un ataúd.

Recordó lo que sucedió en el bus, pero solo a medias. No sabía quién la había atacado al encontrar a ese hombre con la cabeza destrozada en medio de la vía, aunque recordó que faltaba una persona en el bus, además de él. Entonces sintió un fuerte golpe en la cabeza y nada más. No había vuelto a despertar hasta ahora.

La cabeza no le dolía en ese momento. Pensó que debieron drogarla, administrarle algún analgésico antes de meterla allí.

—¡Sáquenme! ¡Quiero salir! —gritó.

Las lágrimas brotaban de sus ojos sin parar. No podía controlar el llanto. Era tan intenso que los músculos alrededor de su boca se tensaban al máximo y su mandíbula temblaba. No podía dejar de llorar aunque deseara hacerlo.

Movía sus piernas y chocaba los pies contra el techo de la urna una y otra vez. Creyó sentir un animal caminar, y después correr, por su tobillo. Gritó otra vez. Se imaginó que era una araña o algo desconocido que vivía en la tierra y que hacía cavernas. Algo que ella no habría visto jamás.

—¡Sáquenme! ¡Por favor! —suplicaba en vano y continuaba golpeando las paredes de la caja donde se encontraba. Lo hacía con los pies y con las manos. De tanto hacerlo con desesperación, las manos comenzaron a dolerle.

Nadie podía escucharla. La crisis nerviosa que padeció duró más de diez minutos. Luego se dijo que, desesperándose, solo conseguiría quedarse sin oxígeno más temprano.

Al menos podía mover sus manos y sus brazos; no la habían atado. Quitó algo de la humedad que habían dejado las lágrimas en su rostro y en su cuello. Intentaba hacer un ejercicio de autocontrol, de dominio del pánico. Rezó. Pidió a Dios que alguien la escuchara.

—Alexis… Ella va a encontrarme. Es la única que puede hacerlo. Es especial. Nunca la comprendí bien, pero ella va a sacarme de aquí… —se dijo y volvió a llorar, esta vez con menos ímpetu.

Fue cuando un nuevo ataque de pánico la asaltó. Otra vez pateó la urna. Movía la cabeza de un lado a otro. La sacudió tanto que luego se sintió mareada.

Pretendía despertar de esa pesadilla, pero sabía que era real lo que le sucedía. Solo jugaba a engañarse.

—¡No! ¡Esto no puede ser verdad! —se decía a sí misma.

Por un momento pensó que hubiese sido preferible morir como ese hombre, el del cráneo destrozado en la vía.

Recordó cuando había tomado la decisión de ir a las Cabañas Wells. También la razón que tuvo para hacerlo. Era válida; cualquiera la hubiese entendido y en su lugar hubiese hecho lo mismo. Debían hacerse cosas diferentes para obtener resultados diferentes, y ella había conducido su vida de una manera más rígida de lo que hubiese querido. Solo que lo comprendió tarde. Pero fue eso, esa decisión que tomó, la que la había llevado a esa horrenda situación, la que la condujo a la muerte…

—¡Dios mío! ¿Quién me encerró aquí? ¿Por qué? —se preguntaba sin mover los labios.

Otra vez la mandíbula comenzaba a temblar. Inspiró profundo, cuatro veces. El olor a tierra entraba por su nariz y le traía a la mente ideas aterradoras. Se dijo que debía controlarse y sacar fuerzas de alguna parte. Volvió a inspirar y a espirar. Lo hizo despacio. Recordó cuando dio a luz a Mathew, su primer hijo; recordó los dolores de parto y los ejercicios de respiración para favorecer el proceso. Hasta ese momento, había pensado que aquella fue la ocasión que le exigió mayor control de la mente sobre el cuerpo en su vida. Y lo hizo tan bien que se sintió orgullosa. Una de las enfermeras presentes en la sala de parto lo reconoció. Ella escuchó cuando le dijo al doctor que era increíble, que la paciente no reflejaba dolor alguno.

Ahora se encontraba en una situación de muerte inminente y controlarse era casi imposible. Sabía que se quedaría sin oxígeno de un momento a otro, mas lo único que se le ocurrió hacer en ese instante fue los mismos ejercicios de respiración que hizo durante el parto de Mathew.

Calculó el tamaño de la caja en donde se hallaba encerrada. No duraría más de veinticuatro horas. Se asfixiaría antes. Pero si caía presa del pánico, sería peor. Entonces hubo algo que la hizo pensar que no iba a dejar que los últimos momentos de su vida fuesen controlados por otra persona, por el monstruo que la encerró allí. Ella

nunca había sido así, no había dependido de nadie, y no cambiaría al final. Si era su muerte, iba a ser como ella decidiera e intentaría estar tranquila. Contaba solo con su pensamiento y su imaginación, con los recuerdos de la buena vida que había tenido para intentar mantenerse calmada y no perder la esperanza de ser encontrada.

—Nadie sabía que iba a las Cabañas Wells. Ni siquiera se imaginan por qué lo hice. Pero ya a estas alturas me estarán buscando. Alexis me estará buscando… —dijo en voz alta para convencerse de que la salvarían.

El animal que corría por su pierna continuaba ascendiendo lentamente.

2

Recorrí todos los recodos de la mina y no logré conseguir nada. No entendí para qué ese animal —el licaón— me había llevado hasta allí. Tal vez no era ese el sitio, sino otro cercano y yo no lo comprendí.

Me sentí como si estuviese arando en el mar. El área boscosa era enorme. Tenía que contar con algo, con alguna pista para poder descubrir alguna cosa. Me dije que iba a enloquecer, pero me resistía a desesperarme. Si lo hacía Anne, estaría perdida. Me intentaba convencer de que no estaba muerta una y otra vez. Tenía que aferrarme a esa idea para poder lograr resultados.

Volví a la cabaña. Cuando aparqué el Nissan, llegó un mensaje de voz a mi celular. Debió haber sido enviado en algún momento del camino en el que el aparato no tuvo cobertura. Era del jefe Martin. Me informaba que el psiquiatra asesor del Departamento de Homicidios de Rapid City, del cual ya me había hablado, se encontraba en las Cabañas Wells para sostener entrevistas con los Donner, Mary Hasting, Kenneth Ryder y Raymond Phelps. El especialista pretendía desentrañar el misterio de la pérdida de la memoria que relataban todos ellos. Tal como me había dicho Martin a las afueras del Instituto Forense de Rapid City, a los viajeros del bus se les consideraba testigos y no sospechosos, porque la principal sospechosa era Anne.

Me dirigí a la cabaña que funcionaba como oficina de la recepción del conjunto, donde había conocido a Linda Donner y a Mary Hasting la noche anterior. Supuse que allí tendrían lugar las entrevistas que conduciría el psiquiatra.

Encontré la puerta abierta. Cuando entré, vi a un hombre que se hallaba de espaldas. Vestía una camisa color rosa y pantalones *slim* negros. Era alto y muy delgado. Tenía el pelo oscuro y abundante.

Él no me oyó llegar. Parecía ensimismado en lo que hacía. Miraba algo entre sus manos. En ese momento me pareció un libro, o tal vez una libreta. Su nivel de concentración era bastante elevado. Cualquier otra persona hubiese volteado al escucharme llegar.

Me fijé en que llevaba puesto un reloj de pulsera, dorado. Lo tenía en el brazo derecho. En ese momento él levantaba el brazo y la mano.

Luego la extendió. Me pareció extraordinariamente larga y pálida. En el dedo medio llevaba un anillo de considerable tamaño.

—Hola —dije.

Él volteó. Experimenté terror al ver sus ojos, un pavor que me paralizó, y no pude seguir hablando.

Supe que el psiquiatra era parte de la oscuridad, que había sido reclutado. Solo con verlo lo adiviné. Era la primera vez que me pasaba algo así, que esa pertenencia me resultaba tan evidente.

El hombre caminó hacia mí. Me mantuve inmóvil, aterrada.

—Al fin nos conocemos, Alexis. Soy Jamie Balfe…

3

Se detuvo a un metro de distancia de mí y no me tendió la mano. Continuaba mirándome y dibujó una mueca con sus labios.

—Es una lástima que un lugar como este se haya visto envuelto en algo tan extraordinario. He participado antes de las actividades de los Donner, y he podido maravillarme con las fotografías del Parque Nacional Badlands que la gente de sus paseos ha tomado. También he asistido a las exposiciones de Linda, y sé que son un tanto especiales. Lo que pasa es que siempre he vivido en Rapid City, desde que me gradué —dijo con un tono de voz que no demostraba emoción alguna.

Caminó hacia la ventana y cerró la libreta que tenía entre las manos y que había estado leyendo antes de que yo llegara. Continuó hablándome de espaldas, mirando hacia afuera a través del cristal.

—Este es un lugar maravilloso, y es incomparable la observación que se logra de la Vía Láctea desde el Parque Nacional Badlands. Es el mejor sitio del planeta para verla. Los yacimientos fósiles y los riscos de granito de Needles también son un portento. Así que no debe prestarle atención a las leyendas ni creencias populares de estos parajes que ensombrecen un tanto a estos lugares. La gente necesita divertirse con un poco de misterio de vez en cuando.

Me di cuenta de que pronunciaba la erre con un énfasis peculiar y no me gustó su alusión a que «la gente necesita divertirse». Me dije que debía seguirle la conversación, como si no hubiese detectado nada malo en él. Era lo que estaba haciendo. Fingía, hablaba con naturalidad, aparentaba ser amable conmigo aunque no me hubiese tendido la mano.

—¿Ya ha entrevistado a algunos de ellos? —le pregunté.

Él continuaba de espaldas a mí.

—Sí. A todos. Me temo que han sufrido un «paréntesis», una especie de parálisis de sueño a la inversa. En la parálisis del sueño la persona está consciente, pero no puede moverse, el cuerpo por unos segundos no responde a la voluntad. En el proceso que he denominado «paréntesis» sucede lo contrario; la persona no está consciente de lo que sucede aunque el cuerpo pueda moverse, se pueda pestañear,

incluso uno puede levantarse y hacer actividades mecánicas como lavar los platos, salir a pasear al perro o caminar por un parque conocido. Otra característica de este fenómeno es que el tiempo no transcurre para los afectados. Así, las horas pueden ser segundos en la consciencia de quien padece el paréntesis.

—Entiendo —respondí, parca.

No era ajena a esa explicación. Como psicóloga, sabía que existían estados de semiinconsciencia de esta naturaleza que él describía y que rozaban varios fenómenos, como lo hipnótico y los olvidos involuntarios. Ya había pensado en eso, pero también consideraba que alguien debía haber producido ese estado común en los pasajeros.

—Hasta ahora no había conocido ese proceso colectivamente —me limité a responderle a Jamie Balfe.

No deseaba expresarle mis pensamientos. Nunca había reconocido tan fácilmente a un aliado de la oscuridad. Tenía la certeza de que Jamie Balfe era muy peligroso y que estaba allí para atraparme.

Recuerdo que me pregunté en ese momento si Gabriel Martin también lo sería, si estaría de su parte, pero había sabido esconder mejor su pertenencia. No podía confiar en nadie después de ese descubrimiento que acababa de hacer. Entonces recordé que sí había una persona en la que podía confiar. Pensé en Lilian Peterson, la forense del Departamento de Homicidios de Wichita, con quien mantenía una excelente relación porque ella conocía mis secretos, mis facultades. Debía llamarla si no quería continuar con la sensación de que estaba sola enfrentándome a algo más poderoso que yo y de que hasta el jefe Martin podía estar implicado.

La desaparición de Anne me había debilitado, y la oscuridad lo sabía. Ahora estaba más cerca de mí, justo en esa habitación.

4

—¿Entonces ya ha terminado aquí? —pregunté.

Jamie Balfe se volteó y volvió a clavar sus ojos negros en mí.

—No. Apenas voy empezando. —Sonrió—. Le voy a sugerir a Gabriel que los deje irse a Rapid City. Todos residen allí, menos los Donner.

«Habló de Gabriel y no de Martin. Eso connota amistad, cercanía», me dije a mí misma.

—Han sido víctimas de una hipnosis colectiva. Alguien los convenció de que lo que sus ojos veían se repetía una y otra vez; alguien logró redoblar varios segundos en su cabeza como si estuviesen frente a una pantalla de televisión, enajenándolos de lo que en realidad estaba sucediendo alrededor de ellos. Todas las versiones de lo que cuentan son verosímiles y concuerdan en la historia. Mientras antes vuelvan a su rutina diaria, hay mayor posibilidad de que recuerden algo más. En un ambiente de tensión los recuerdos no aflorarán, y que los obliguen a estar aquí significa tensión para ellos —explicó.

Luego caminó en dirección hacia mí. Entonces tomé la decisión de enfrentarlo. Caminé a su encuentro y le tendí la mano. Antes no había querido tendérmela y la mayor parte del tiempo se había mantenido dándome la espalda. Eso debía significar algo, no sabía qué, pero decidí hacer lo contrario a lo que él había programado en nuestro encuentro. Quería tocarlo.

—No nos presentamos de manera debida. Soy Alexis Carter del Departamento de Homicidios de Wichita, aunque eso ya usted lo sabe.

Lo toqué, sentí su mano helada. Un témpano de hielo. Era como si no fuese humano, como si por sus venas no corriera sangre caliente. No vi nada en mi cabeza, pero tuve la seguridad de que ese hombre era un gran observador y que por eso estaba allí. Quería que los pasajeros se fueran para analizarlos en su propio terreno. Él también deseaba saber quién era el asesino, pero con fines muy diferentes a los que me movían a mí.

Supe entonces que, sin quererlo, yo había sido útil para que la

oscuridad llegara hasta allí y se interesara en lo que ocurrió en Badlands Loop. Si el asesino logró influir en las mentes de cinco personas de esa manera, debía ser muy poderoso, y por ello la oscuridad quería captarlo. La presencia de Balfe allí me confirmaba esa idea. Si el asesinato de Bristol y la desaparición de Anne hubiesen sido obra de la oscuridad, ese hombre no se hubiese presentado en las Cabañas Wells ni estuviese hurgando en las mentes de los pasajeros. Si lo hacía era porque también buscaba respuestas. La oscuridad solo se dejaba ver cuando el objetivo lo ameritaba.

Solté su mano. Él dio la vuelta y se dirigió a la puerta. En ese momento llegaba Arthur Donner.

—Pensé que ya usted se había ido —le dijo a Balfe.

Me pareció un comentario brusco para provenir de alguien como él, tan acostumbrado a las relaciones públicas. Algo lo estaba descontrolando. Tal vez las ideas de Linda o los nervios de Mary Hasting. O simplemente él era el asesino que se sabía con la capacidad de controlar momentáneamente las mentes de los demás y le atemorizaba que un psiquiatra estuviese allí.

—Estaba terminando de tomar algunas notas de nuestras conversaciones, pero ya me iba —respondió Balfe con ese tono neutro con el que me había hablado antes y sin darse por aludido por la brusquedad del comentario de Arthur.

Era, de verdad, como un hombre hecho de hielo.

—Veo que ha conocido a nuestra huésped, a la última en llegar… —comentó Donner. Luego me miró y sonrió.

—Sí. Acabo de hacerlo —respondió Balfe.

Ellos no parecían ser aliados. De hecho, Arthur actuaba con recelo.

—Ahora sí me marcho. Buenas tardes —dijo Balfe y salió de la cabaña.

Fue extraño. Apenas lo vi, sentí pánico, pero luego, cuando decidí enfrentarlo, ese miedo pareció congelarse, no desaparecer, sino domesticarse dentro de mí. Me pregunté por qué me pasaría eso, ese cambio tan repentino. Fue la primera vez que pensé en la posibilidad de que alguien estuviese jugando con mi mente.

5

Apenas hice esa reflexión, volvió el terror a mi cabeza y una sensación de ahogo inexplicable me atacó. Salí de la cabaña y caminé con rapidez en dirección al bosque que iniciaba del lado izquierdo del sendero que conducía a mi cabaña. Sentía que me estaba quedando sin oxígeno, como si mi diafragma no pudiera moverse o estuviera atrapada en una caja. Caminé entre los árboles sin parar, deseaba deshacerme de esa asfixia, y se me dio por pensar que era la cercanía a las cabañas lo que me la producía.

Transcurrieron unos minutos y la desagradable sensación fue disminuyendo. En ese momento comencé a escuchar a los pájaros y el murmullo del arroyo que estaba cerca.

«¿Sería que a Anne la habían asesinado asfixiándola?», me pregunté. También consideré que podía ser el haberle dado la mano a Balfe lo que me produjo ese ahogo, aunque eso había comenzado unos minutos después.

Jamie Balfe podría ser el asesino y Anne podría estar muerta con las marcas de sus manos en el cuello…

Sentí las lágrimas resbalar en mi cara. Tomé el celular y llamé a Lilian Peterson. Necesitaba desahogarme. Sabía que debía pedir ayuda.

—¡Tienes que venir, Lilian! No tengo a quién acudir. Lo que pasa aquí no me gusta. No he avanzado nada. No sé si Anne está viva y cada vez me siento más aprisionada, más atrapada. Tampoco confío en el jefe de policía ni en el asesor que se ha buscado.

—Es terrible, Alexis —interrumpió.

—Sí.

—Moveré algunos hilos. Intentaré ir para allá o apoyarte de alguna manera. Ya creo saber cómo hacerlo… Charlize no podrá negarse, pero intenta calmarte —me pidió.

Me sentí aliviada. Le di las gracias a Lilian, corté la llamada y guardé el teléfono en el bolsillo de mi chaqueta. Entonces escuché que alguien se acercaba. Ahora venían por mí.

¿Para qué entrar en esa zona boscosa si por allí no estaba el

camino a ninguna de las cabañas?

A menos que se tratara de Kenneth Ryder corriendo, me dije.

¿Y si Jamie Balfe estaba asociado con Gabriel Martin y había logrado con sus conocimientos psíquicos ese paréntesis que él mismo había descrito a la perfección?

Eso significaría que estaba atrapada en sus redes al entrar en ese bosque. Martin era la autoridad en el lugar, y si algo me pasaba allí, nadie se enteraría porque sabrían ocultarlo bien, siendo Martin policía. Además, podrían haber controlado la mente de los pocos huéspedes en ese momento tal como lo hicieron en el bus.

Saqué mi arma. Me oculté tras un tronco y esperé unos momentos. Un hombre se acercó y miró a todos lados. Era quien menos esperaba encontrarme allí.

6

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunté, saliendo de mi escondite.

Se trataba de Sebastian Hausmann, el hombre de Asuntos Internos. El mismo al que designaron para investigarme en un caso anterior. Parecía que alguien de arriba estaba empeñado en vigilarme. En ese momento, reconocí que había sido presa de un pánico irracional. No podía seguirme comportando como un conejo asustadizo. Algo me estaba alterando demasiado.

—Hola, Alexis Carter. No podemos decir que eres efusiva dando bienvenidas —me dijo, sarcástico.

Una de las peores cosas de verlo allí era que sentí que me gustaba. Desde que lo vi la primera vez me atrajo. Ya estaba bastante descentrada como para que este nuevo «factor» viniese a interferirme. Además, no estaba segura de poder confiar en él.

Se acercó a mí.

—¿Cómo se explica tu presencia aquí? —le pregunté.

—He venido por lo de Anne Ashton…

Lo entendí. Venía a investigar por qué Anne había enloquecido según Gabriel Martin. A esas cosas se dedicaba la unidad en la que Sebastian Hausmann trabajaba.

—No puedo creer que de verdad pienses que Anne Ashton es una asesina. Es mi compañera de trabajo en Wichita y es la mejor policía que existe, no una asesina… —le reclamé.

Me tomó del brazo y me hizo una seña para que callara. Nos quedamos en silencio. Él mantenía su mano en mi brazo sin hacer presión y miraba un punto en el vacío. No quería observar, sino escuchar, y dejar la mirada puesta en la nada era su forma de afinar el oído. Parecía un cazador.

Me gustaba mucho. Su forma de moverse, de concentrarse. Un recuerdo inoportuno me atacó. Recordé cuando hacía años hablaba en el consultorio de Topeka sobre las ganas inmanejables de besar que algunas veces atacaban a mis pacientes. Las mismas que me atacaron en ese momento y que desaparecieron con la misma velocidad.

Me di cuenta de que era cierto lo que Sebastian había intuido:

alguien nos estuvo escuchando. Yo también oí un ruido de pisadas sobre un lecho de ramas secas.

Uno de los huéspedes de las Cabañas Wells podría en ese momento saber la verdadera razón de mi presencia allí.

7

Sebastian me soltó el brazo.

—Sea quien fuera, ya se ha ido —dijo.

Me miró y lo supe. Yo le atraía tanto como él a mí. Eso era aún peor. No podía ser más inoportuno el momento para iniciar cualquier cosa con Sebastian Hausmann.

Me separé un poco de él. Era perceptivo. Notó que algo me pasaba.

—Me iré a Rapid City. Solo quería que supieras que estoy en el caso. Y no pienso que Anne Ashton sea una asesina. He estudiado su historial y creo en su inocencia. El asesino debe haberla secuestrado. Así que, aunque no te lo parezca, estoy de tu lado.

—Muy bien —alcancé a decirle.

Se dio la vuelta y comenzó a alejarse. Me quedé mirándolo. Sabía que no voltearía. Era de los que no le gustaba que pudieran leer sus pensamientos, y sabía que me había dado cuenta de que yo le atraía.

Volví a mi cabaña y no encontré a nadie en el camino. Quien nos escuchó se había apresurado en desaparecer. Ya eran las seis de la tarde. Decidí darme un baño y aprovechar esa última noche en las Cabañas Wells para hablar con los huéspedes. Sabía que Jamie Balfe le diría a Martin que Mary Hasting, Kenneth Ryder y Raymond Phelps debían irse a sus casas en Rapid City, y también sabía que Martin aprobaría la recomendación del psiquiatra aunque no fuera su aliado, ni miembro de la oscuridad.

Sentía que se me acababa el tiempo. Podría seguir investigando, pero en Rapid City, y entonces, para volver a contactar con ellos, tendría que revelar la razón de mi presencia allí. Perdería esa poca confianza que algunos podrían tenerme al verme solo como una huésped más.

Cuando estuve lista y me dispuse a salir de la cabaña para hablar con quien encontrara primero, alguien tocó a mi puerta de forma insistente.

—Alexis, ¿estás allí? Perdona, pero tengo que hablarte sobre algo. Alexis, soy Mary. Mary Hasting…

Enseguida abrí la puerta.

—Sé lo que estás haciendo aquí. Supongo que eres policía. Te escuché hablar con el otro policía en el bosque. Perdona por haber salido corriendo y no dejar que me vieran. Todo lo que aquí ha pasado me ha puesto muy nerviosa.

Le pedí que pasara. Ella lo hizo. Noté que temblaba.

—Cálmate, Mary… —comencé a decir, pero me interrumpió.

—Sé por qué ella vino a las Cabañas Wells y por qué quiso participar en el paseo fotográfico.

—¿Por qué? —pregunté alzando la voz.

—Fue por él, por Kenneth Ryder.

8

—Entre ellos dos había algo. Estoy segura de que no era la primera vez que se veían —completó Mary.

Le pedí que se sentara y le ofrecí una botellita de agua. Ella lo hizo, cogió la botella y la bebió de varios sorbos.

Aguardé y me senté junto a ella. Nos encontrábamos en torno a la pequeña mesita en el área del comedor de la cabaña. Frente a nosotras había una ventana que tenía las cortinas descorridas y ella no dejaba de mirarla ni un segundo.

—¿De qué tienes miedo? —pregunté.

Creo que le sorprendió mi pregunta, pero respondió veloz.

—Es que él podría hacerme algo si sabe que he venido a decirte esto.

—¿Quién es él? —insistí.

—Kenneth Ryder.

—¿Por qué dices que entre ellos dos había algo?

—Los vi. Me di cuenta de cómo se saludaron. Soy observadora. Cuando los dueños de las mascotas me mienten, yo lo sé por detalles que he visto en ellos, en los animales o en cualquier otra cosa en sus casas cuando hago visitas a domicilio. Y estoy segura de que esa mujer, Anne Ashton, lo conocía a él, a Kenneth Ryder, desde antes.

—Vas a tener que ser un poco más clara conmigo —le pedí.

—Ella llegó y ya todos estábamos dentro del bus. Todos, menos Arthur, que estaba haciendo algo en una de las cabañas. Yo, de repente, me di cuenta de que no recordaba si había dejado cerrada como era debido la puerta de mi cabaña. Le pedí a Linda que no se fueran sin mí y bajé volando del vehículo. Subí hasta mi cabaña y verifiqué. Estaba todo en orden y volví al estacionamiento. Entonces fue cuando los vi. Ella llegaba caminando y él estaba afuera del bus. Kenneth caminó a su encuentro. Creo que nadie más se dio cuenta de eso, solo yo. En ese momento pensé que era la novia de Kenneth.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Estoy segura de que se besaron.

—¿Se besaron? ¿Cómo amigos? ¿Cómo novios?

—Sí y no. Se besaron en la mejilla, pero luego él dejó la mano sobre la espalda de ella. No la apartó de inmediato y ella parecía cómoda con eso. Continuaban hablando y riendo. Había una corta distancia entre ellos. Sobre todo, ella reía y él era quien más hablaba. Luego él acarició su espalda y se separaron un poco. Los dos se dirigieron a la puerta del bus. En ese momento llegaba Arthur y Anne Ashton le dijo algo. Supongo que le preguntó si podía participar del paseo y él le debió decir que sí. Ya para ese momento yo me encontraba cerca. Subí al bus y después lo hicieron ellos. Eso fue todo.

Lo que me dijo la empleada de la línea aérea en el aeropuerto de Wichita adquirió un nuevo sentido para mí después de las palabras de Mary. Tal vez Anne no estaba mirando ni al hombre ni a la mujer que se besaron o se saludaron afectuosamente. Quizás los miraba a ambos, a la relación entre ellos, a lo que significaba eso para ella. Podía ser que Anne, desde hacía días, supiera que algo importante faltaba en su vida y fue ese algo lo que reconoció en la pareja del aeropuerto.

Anne tal vez creyó que Kenneth Ryder podría darle algo valioso que ella veía que tenían los demás, que le hacía falta, lo que reconoció en la pareja del aeropuerto. Eso había dicho la empleada de la aerolínea, que era como si «reconociera» a alguien. Pudo ser más bien «algo».

¿Se habría sentido Anne atraída a tal punto por Kenneth Ryder para cambiar sus planes?

Alguien me había hablado del lado oculto de Anne, pero en ese momento no recordaba quién.

9

—Si eso fue todo lo que viste, ¿por qué estás tan asustada? No tiene nada de especial o de peligroso. Quiero decir, ¿por qué crees que esa información te pone en peligro y tienes miedo a Kenneth Ryder?

—Porque me parece que él lleva algo malo consigo. No es una persona equilibrada. No sé si me estoy explicando. Es como si tuviese un peso muerto sobre sus hombros. Tal vez el problema en la pierna, en la rodilla, lo ha hecho resentirse contra la vida. Podría tener mucha rabia oculta.

—¿Viste algo, alguna relación, entre Ryder y Paul Bristol?

—No. Aunque ahora que lo dices, la noche antes del *tour* estoy segura de que ellos dos hablaron aquí en el sendero que conduce a estas cabañas. La cabaña de Ryder es la número uno. Lo sé porque lo he visto entrar allí cuando viene de hacer ejercicios en el bosque. Digamos que es un hombre en el que una se fija…

Hizo una pausa.

—Entiendo. ¿Dices que en la noche ellos dos hablaron?

—Sí. Estoy segura, pero no sabría decirte sobre qué. Solo escuché sus voces. No los vi, pero estoy segura de que no era la voz melosa de Arthur ni mucho menos la voz áspera de Raymond Phelps.

—¿Por qué no dijiste nada de esto a la policía? ¿O sí lo hiciste?

—No. Porque tenía miedo. ¿Y si Kenneth nos drogó a todos, si le hizo algo a las botellas de agua que han estado todo el tiempo en la cabaña administrativa y mató a Bristol porque se conocían, o porque él se enteró de algo sobre él, de un secreto, y también secuestró a Anne Ashton por la misma razón?

Hizo una pausa para tomar aire. Tenía las pupilas dilatadas.

—Ella también podría ser su cómplice. He conocido personas que son capaces de cambiar de repente por una pasión que alguien les provoca. Personas que pueden haber estado esperando toda la vida por algo y que, cuando lo encuentran, se aferran a eso sin importar nada más. Es como un resplandor que las ciega.

—Como un resplandor… —repetí despacio.

10

Le pregunté a Mary Hasting si sabía dónde se encontraba Kenneth en ese momento. Me dijo que creía que había salido a correr por el bosque. Le pedí que no dijera nada a nadie de lo que habíamos hablado. Ella asintió y salió de la cabaña, luciendo más tranquila.

Mary Hasting me parecía una testigo confiable. La descripción que había hecho del saludo de Anne y Kenneth estaba cargada de detalles. Tuve la impresión de que podía ser cierto lo que dijo y se lo conté a Rossy. Apenas Mary se fue, la llamé y le dije que lo prioritario era saber todo de la vida de Ryder; si antes había estado en Wichita; si pudo haber coincidido con Anne alguna vez en alguna parte del mundo.

Noté a Rossy deshecha, triste. A todos nos afectaba la desaparición de Anne y continuaría haciéndolo hasta que no supiéramos qué había pasado con ella. En el caso de Rossy, su voz había cambiado, ahora sonaba mucho más joven, como si fuese casi una niña. Al menos a mí me lo pareció en ese momento.

Yo, en cambio, me había bloqueado, no percibía casi nada. Una sola certeza había tenido en las horas que llevaba en Dakota del Sur: que Jamie Balfe pertenecía a la oscuridad.

—¿Crees que él tenga que ver con la desaparición de Anne? —me preguntó Rossy al teléfono con la voz cada vez más aguda. Comprendía que para ella era muy difícil imaginar que Anne podría estar muerta.

—No lo sé. Pero si lo que dice Mary Hasting es cierto, podría ser. Lo que sabemos de él es que ha trabajado en gimnasios de relativo prestigio, que es ciclista, escalador, deportista y que estudió Economía. ¿Eso es? —confirmé con Rossy.

Me parecía inusual que un graduado de Economía no se dedicara a una labor intelectual y en cambio trabajara en un gimnasio como un entrenador. A todas luces, prefería el cultivo físico. A menos que su facultad intelectual estuviese en entredicho a sus propios ojos, y que eso le hubiese hecho cultivar un gran resentimiento hacia los demás. Hacia las mujeres y hombres que podría atraer con su espléndida

figura.
—Sí. No hay nada raro en su historia. Ahora intentaré encontrar algo en común con la de Anne. Tal vez alguna vacación en la que coincidieran en algún hotel, en una estación o aeropuerto. Ahora recuerdo lo que nos dijo Juliet cuando estabas aquí. Dijo que si ella salía de la oficina y se iba al parque y se sentaba en un banco, allí podría conocer a alguien sin que las redes, ni internet, ni nadie se enteraran. ¿Lo recuerdas?
—Sí. Hablaba de esos encuentros fortuitos que algunas veces ocurren… —dije y me quedé pensando.
Me despedí de Rossy. Me dije que, si era Ryder quien poseía la capacidad de nublar la mente de los pasajeros, quizás no logró hacerlo del todo con Anne y por eso tuvo que actuar de manera diferente con ella. Por mucha atracción que sintiera Anne por ese hombre, no iba a ser cómplice de un asesinato. Si como dice Mary Hasting, Kenneth y Bristol hablaron la noche antes de la salida del paseo, eso indica que podrían conocerse más de lo que Ryder dijo. Pero si Kenneth dudaba de la capacidad de nublar la mente de Anne y planeaba matar a Bristol en ese momento, ¿por qué se arriesgaría a invitarla al paseo?
Tenía muchas dudas en mi cabeza. Salí de la cabaña y fui en busca de Kenneth. Llevé la Glock conmigo. Llegué a la cabaña número uno y toqué a la puerta. Me sentí observada. Nadie abrió. Di la vuelta a la cabaña y no escuché ni vi signos de que allí hubiese alguien. Volví sobre mis pasos al sendero que conducía a mi cabaña y me adentré en el bosque. Las luces del complejo turístico alumbraban mi paso. Miré unas huellas en un camino entre los árboles cerca del lugar donde más temprano había estado hablando con Sebastian. Continué ese camino. Anduve durante diez minutos más o menos. No escuchaba nada ni veía rastros de Kenneth.
Se me ocurrió de repente que Anne estuviese allí, que su cadáver se encontrara en ese bosque. Los hombres de Martin no habían buscado en ese lugar y era una buena pregunta interrogarse la razón. Claro, ellos buscaban a una prófuga, no a un cuerpo…
—¿Por qué te dices que está muerta? —me reclamé en voz alta a mí misma.
No vi un tronco que se hallaba delante de mis pies y caí de rodillas. En ese momento volvió a venir a mi cabeza la visión de la muñeca que me asustaba, la manchada y ennegrecida que encontré en el basurero de la casa de mi abuela.
La primera vez que me vino ese recuerdo fue un día atrás, cuando estaba en la cabaña hablando con Rossy por teléfono. Ahora lo hacía otra vez, pero era diferente. Ahora a la muñeca le faltaba un ojo y de

esa cuenca vacía le salían gusanos.

Me levanté y sacudí mis manos. No quería pensar que esa visión al contacto con la tierra me estuviera alertando que Anne estaba enterrada allí, a pocos metros. La cara de la muñeca se parecía un poco a la de Anne, sobre todo su pelo. La tierra es un buen lugar para los gusanos…

Por estar pensando esas ideas horrendas no escuché que alguien se acercaba a mí por detrás.

11

—¿Me está buscando? —preguntó Kenneth Ryder.

Llevaba la linterna en la frente y la luz me apuntaba como la mira de un rifle.

—Sí. Lo estoy buscando —respondí.

Él se acercó. Se quitó la linterna frontal y la apagó. Su respiración era entrecortada. Lo noté casi exhausto. La forma frenética como Kenneth Ryder hacía ejercicios me pareció una práctica de autodestrucción, como si no deseara parar hasta caer desmayado.

—¿Me permite la linterna? —pregunté.

—¿Quiere esto? —respondió extrañado.

Sus ojos clarísimos me miraban con un brillo de incredulidad. Se me había ocurrido que tener contacto con ese objeto que lo acompañaba en sus carreras en soledad podría transmitirme algo de él, de su pensamiento.

Comprendí por qué pudo haberle gustado a Anne. Tenía cara de niño, y si algo era Anne, era maternal, protectora y deseaba que todos a su alrededor estuviesen a salvo. Más un tipo como ese, al que tal vez no se cansaría de admirar. Aunque al principio le pareciera su cara la de un niño, después primaría en su atracción esa apariencia de hombre extraordinariamente guapo.

Él me ofreció la linterna. La toqué. Había tristeza en Kenneth. La sentí cuando palpé la banda elástica. Después lo vi en el cementerio de mi sueño, llorando la muerte de alguien. Esta vez sí pude leer la inscripción en la lápida: «Jim el indio».

Le devolví la linterna.

—¿Para qué me buscas, Alexis Carter?

—¿Quién es Jim?

Hicimos los dos las preguntas a la vez.

—Era un buen amigo, una persona que lo era todo para mí y que murió en una ruta de senderismo no tan lejos de aquí. En ese accidente, yo también me lesioné la rodilla —dijo.

—¿Por eso corres de esa manera? ¿Para volver a ese lugar? —le pregunté.

Me miró como si se diera cuenta de que yo era una persona peligrosa porque podría comprenderlo, y él no deseaba ser comprendido.

—Siempre intento llegar, pero cuando me aproximo, me detengo y doy la vuelta. Soy un cobarde. No solo eso. También soy un asesino.

Por un segundo pensé que confesaría el crimen de Paul Bristol. Instintivamente, moví mi mano derecha buscando mi arma.

—Estoy seguro de que eres policía, así que deberías detenerme. Yo lo maté…

12

—¿A quién mataste? —pregunté.

—A Jim.

—¿Cómo lo mataste?

—Me empeñé en ir a esa excursión. Tenía que explicarle algo. Las cosas entre nosotros no iban bien y Jim podía ser difícil de controlar y de mantener a tu lado cuando querías decirle algo importante. Pero no pude hacerlo. Discutimos y se fue. Estuve buscándolo más de una hora y, cuando lo encontré, lo vi en el fondo del desfiladero. Bajé lo más rápido que pude y me lesioné, pero continué. También caí. Jim ya estaba muerto. Se rompió el cuello. Nunca tuve oportunidad de salvarlo.

Llevó sus dos manos a la cara, se frotó los ojos. Después las apartó con violencia, con rabia. No quería llorar, pero lo estaba haciendo.

—Ni siquiera sé por qué te estoy contando esto —dijo pronunciando más rápido las palabras. Tocó su rodilla e hizo un gesto de dolor.

Ya estaba claro para mí que el vínculo que tenía con Jim era muy íntimo.

—Lo amaba. Era la persona más importante y fue mi culpa que muriera. Tampoco lo hice feliz, porque no me sentía libre exponiendo lo nuestro. Era mi primera relación homosexual, y tal vez sea la última. Él, Jim, para mí fue como una explosión. Un antes y un después.

—¿Un resplandor? —pregunté.

—Sí. Puede describirse así —me respondió e hizo una mueca parecida a una sonrisa—. ¿Cómo sabes eso? Lo de Jim. Aquí nadie lo sabe. ¿De dónde sacas su nombre? ¿Quién eres realmente? —preguntó.

—¿Cómo sabes tú mi apellido? Estoy segura de que nadie te lo ha dicho en este lugar. He tenido cuidado de no mencionarlo —le dije.

Era cierto. Lo había hecho con un claro propósito: que no me investigaran en las redes.

—No lo sé. Se lo habré escuchado a alguien —mintió.

—Soy policía, del Departamento de Homicidios de Wichita. He venido a investigar la desaparición de Anne Ashton. La mujer que subió con ustedes al bus. Sabes de quién hablo. ¿No sería ella quien te dijo mi nombre completo?

—No. No sé de qué estás hablando. Yo nunca conversé con ella.

—Alguien te vio hablándole —le contradije.

—Quien diga eso está mintiendo. Nadie pudo verme conversando con Anne Ashton.

—Has cometido dos errores Kenneth. Has dicho «conversé» en lugar de «hablé». Es sutil, pero hay una diferencia. Otra persona hubiese utilizado el verbo «hablar». Este se emplea para situaciones de comunicación entre desconocidos, y suelen ser encuentros efímeros. Como cuando uno «habla» con el encargado de una tienda, por ejemplo. Conversar es otra cosa. Estoy segura de que conversaste con Anne en alguna parte, que la conociste antes. Y que la invitaste a que participara en el paseo. También has dicho «nadie pudo verme conversando» en vez de «yo no hablé con ella». Es diferente. Debes estar muy seguro de que cuando se conocieron, y tal vez conversaron durante horas, no había nadie fijándose en ustedes o no había nadie alrededor —razoné.

Vi en él un segundo de duda, como si quisiera decirme la verdad, pero no lo hizo.

—No sé de qué estás hablando. Nunca conocí a Anne Ashton.

Después de decir eso, se fue en dirección a las cabañas.

13

En ese momento me di cuenta de que yo también había cometido un error. Había pasado algo importante por alto: el bus.

Si al tocar la banda elástica de la linterna de Kenneth había visto algo, cabía la posibilidad de que al tener contacto con los asientos del bus también lo hiciera. Además, era allí donde se había dado el fenómeno colectivo, donde los pasajeros entraron en esa forma de conciencia alterada que les impidió darse cuenta de lo que sucedía. Al menos esa era mi teoría de las cosas.

Pensaba que quien les hizo entrar en el paréntesis descrito por Balfe debía tener cercanía con ellos, estar allí presente. No me parecía que fuera Kenneth, porque lo que había percibido de él no tenía que ver con el asesinato de Bristol, sino con la muerte de Jim, su amante. Pero también cabía la posibilidad de que yo misma estuviese siendo víctima de la acción poderosa del asesino, que él estuviese bloqueando mis capacidades empáticas. No podía olvidar que era una persona poderosa. Y bien podía ser Kenneth.

Decidí ir de inmediato al Instituto Forense. Si corría con suerte, todavía el bus debía estar allí. Apenas habían pasado menos de cuarenta y ocho horas desde la desaparición de Anne.

Me dirigí a mi cabaña y busqué las llaves del auto que había alquilado. Bajé las escaleras que conducían al estacionamiento. Intenté acortar camino tomando por detrás de la cabaña, donde funcionaba la recepción del complejo, y escuché las voces de Arthur y Linda Donner que se colaban por una ventana entreabierta. Las persianas del interior estaban corridas, pero la ventana no estaba del todo asegurada.

«Fue tu culpa por esa obsesión que siempre has tenido», eso le decía él a ella. No pude comprender lo que Linda respondía. Hablaba en voz más baja. Luego los dos se callaron. Tal vez escucharon mis pasos. Alguien cerró la ventana sin descorrer las persianas.

Continué mi camino hasta mi automóvil, pensando que quizás había llegado el momento de presentarme como lo que realmente era y no como una huésped. Tenía que presionarlos a todos y debía conseguir alguna pista pronto. La vida de Anne estaba en peligro. Al

menos ese era el mejor escenario: que todavía estuviese viva. Lo otro no quería ni pensarlo.

¿Por qué Arthur culpaba a Linda? ¿Qué había sido su culpa? ¿Por qué Kenneth se negaba a decirme la verdad sobre Anne? ¿O lo que vio Mary no era cierto y solo producto de su imaginación?

Todas esas preguntas me invadían el cerebro mientras manejaba hacia Rapid City. En veinte minutos estuve en el Instituto Forense. Ya eran las once y cuarto de la noche.

Me presenté ante el oficial de guardia, le mostré mi identificación y le dije que debía ver el vehículo del caso Bristol. El hombre dudó, pero debí convencerlo con mi tono de voz y la seguridad que demostré. Si me impedía el ingreso, de igual manera, estaba dispuesta a entrar. Me orientó para encontrar el estacionamiento de vehículos. Debía dar la vuelta a la edificación y llegar hasta una puerta de garaje color gris. Eso hice.

Estacioné el auto, me apee y cuando iba por la mitad del camino, tuve la sensación de que alguien iba detrás de mí. Me detuve, no escuché nada. Continué alerta. Era como si una persona ocultara el sonido de sus pasos, acompasándolos con los míos.

Volví a detenerme. Entonces sí escuché claramente los otros pasos. Alguien me seguía. Me di la vuelta.

14

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó Sebastian Hausmann cuando estuvo a poca distancia de mí.

—¿Por qué me estás siguiendo? —dije como única respuesta.

—No te estoy siguiendo. Salía al estacionamiento y te vi, reconocí el auto. También soy policía, y de los buenos. Eso significa que soy observador. Noté que el único auto de alquiler en las Cabañas Wells era ese Nissan. Supuse que era tuyo. Los demás huéspedes son de la zona y tienen sus propios vehículos. La única que viene de Wichita eres tú.

—¿Qué quieres? —insistí.

—Saber en qué andas.

—¿Para qué?

—¿Ayudarte? Te parece tan inconcebible que alguien quiera ayudarte, Carter.

Me quedé callada unos segundos. Hacía mucho tiempo que no me llamaban por mi apellido. Me pareció irónica esa formalidad porque entre nosotros había tensión sexual, y los dos lo sabíamos. Puede que lo hiciera por eso, para esquivarla, disminuirla. Tal como yo también lo intentaba.

—Quería ver el vehículo, el bus. Creo que no han hallado nada allí, ni rastros de sangre ni huellas desconocidas, porque de haberlo hecho me hubiesen informado, pero de todas maneras quería verlo.

—Es extraño. No sé qué podrás sacar solo con verlo. Iré contigo. Así me aseguro de que nadie te impida hacer lo que sea que pretendes hacer.

Tuve que reconocer que su presencia podía ser valiosa. Yo estaba allí porque la jefa Charlize Tonny lo había solicitado, pero él lo estaba porque debían abrirle las puertas. Su unidad era de las que nadie quería tener revoloteando cerca, pero también a las que no puede decírsele que no investigue. Además, en teoría, Hausmann pensaba lo mismo que Gabriel Martin, que Anne era culpable. Para aclarar ese tipo de culpabilidades era que aparecían los agentes como él. Era un policía de policías. Debía haber hecho buenas migas con el jefe Martin

y era bueno tenerlo de mi lado.

Comenzó a andar delante de mí. Cuando llegamos a la puerta gris que me había dicho el oficial, yo me detuve y él, al darse cuenta, también lo hizo. Llamé por el intercomunicador y esperé. Una mujer uniformada abrió. Sebastian mostró su identificación y ella se apartó para que pasáramos. Entramos en una especie de garaje.

—Venimos a ver el vehículo del caso Bristol. Debe ser el único minibús en análisis en este momento —dijo Sebastian.

La mujer afirmó y nos señaló con la mano hacia el lugar donde estaba estacionado. No hizo ninguna pregunta.

—Está abierto y ya han terminado los análisis. Tenemos la orden de sacarlo de aquí en cuanto amanezca.

Después de decir eso, volvió a sentarse junto a la puerta. Nosotros nos detuvimos junto al bus y Sebastian me miró con curiosidad.

—Aquí lo tienes, Carter —me dijo y me miró intrigado—. Iré a distraerla. Le pediré el informe de salida o cualquier cosa parecida. Preguntaré hasta qué hora estuvieron trabajando en esto u otra cosa inútil. Haz lo que tengas que hacer —me dijo. Se dio la vuelta y se fue.

Me quedé paralizada. No comprendía nada. ¿Por qué Sebastian Hausmann me facilitaba las cosas, si para alguien que no conociera mi forma de trabajar podría resultar una acción sin sentido lo que estaba haciendo allí?

Volví a concentrarme en el bus. Puse la mano sobre la carrocería. La sentí muy fría, como si hubiese tocado un témpano de hielo.

15

Continué deslizando la mano sobre la carrocería hasta llegar a la puerta. Entré. Tenía clara la ubicación de los pasajeros. La misma estaba descrita en el expediente del caso que analicé junto a la oficina de Martin cuando llegué a Rapid City hacía dos días.

Me dirigí al asiento del conductor, lo toqué y tuve una visión. Vi a un hombre joven postrado en una cama. Parecía agonizar. Había un péndulo que se movía sin cesar y de repente se llenaba de agua que salía de adentro hacia afuera, e inundaba la habitación. El hombre comenzó a flotar sobre el agua oscura. Él vestía de blanco.

La imagen desapareció. Después toqué el asiento donde había estado sentado Arthur Donner.

No experimenté nada, pero cuando pasé mi mano por el espaldar del asiento de Linda, entonces tuve otra visión.

Esta vez vi a una mujer de rostro arrugado y pelo cano. Ella estaba de espaldas. Recibía un golpe certero en la base del cráneo con un objeto romo y brillante. Esta imagen no estuvo tan clara como la anterior, además, su duración fue menor. Apenas lo suficiente para comprender lo que pasaba. Esa anciana había sido atacada hace mucho tiempo.

Luego busqué el asiento de Kenneth. Volví a verlo en el cementerio de mi sueño frente a la tumba de su amante secreto.

Sabía que junto a Ryder se había sentado Anne. Iba a tocar ese asiento, pero me detuve. Una ola de pánico me atacó. No quería ver que Anne estuviese muerta ni tampoco la forma como habrían podido asesinarla. Era demasiado para mí sentir su agonía, su miedo.

Entonces toqué el asiento que ocupaba Mary Hasting. Vi a una chica muerta al pie de una edificación de gran tamaño que parecía una escuela. Su cuerpo yacía sobre varias piedras de grava gris y junto al tronco de un rododendro. La chica muerta era Mary Hasting.

«¿Cómo era posible si ella estaba viva?», eso fue lo que me pregunté en el momento en que la visión se extinguía. Me dije que debía enfrentarme de una vez a lo que fuera que le había pasado a Anne, y me obligué a tocar el asiento que ella ocupó.

Entonces ninguna idea o imagen vino a mi cabeza. Me quedé en blanco. Comencé a sentir un calor sofocante. Mi piel, de repente, se llenó de sudor. Era como si estuviese en un lugar sin ventilación. Sentí también que algo recorrió mi pierna, como un insecto. La sacudí. La sensación no se iba. Una especie de claustrofobia me atacó y tuve que salir del bus de inmediato. Me estaba asfixiando.

Caminé algunos pasos para alejarme. El bus se había convertido en una prisión o en algo peor, en una jaula. Después comprendí que lo que sentía era que no había oxígeno allí adentro. No era una prisión ni una jaula. Era una tumba. Anne estaba en una tumba…

PARTE III

1

Anne despertó y se preguntó por qué no podía morir durmiendo. Continuaba encerrada en el ataúd. No podía entender cómo era que seguía con vida.

Creía que había pasado muchas horas dentro de esa horrenda caja. Ya no intentaba escapar ni golpeaba las paredes. Era inútil.

Llegaron a su mente recuerdos de los hechos sucedidos antes de subir al bus en las Cabañas Wells. La alegría del tío Tom y la tía Rachel. Lo bien que se había sentido en la celebración junto con ellos. También cuando conoció a Kenneth en la cafetería de Rapid City, aquel lugar tan bonito que le había llamado la atención porque tenía afiches de Memphis y un gramófono de estilo antiguo, dorado y brillante. Por eso había entrado allí. Por ese gramófono y lo que significaba; la alegría, la compañía, el baile y la música. Le gustó mucho ese lugar y le produjo como un *déjà vu*.

Entonces lo vio a él. Fue un encuentro casual, pudo ser olvidable si ella no se hubiese fijado en el color de sus ojos. Era un azul que jamás había visto, algo cegador, turbador. Después lo miró con atención y todo lo que vio le gustó. Además, él le sonrió. Fue una sonrisa trágica, incluso triste. Supo que algo le pasaba y no quería dejar de admirarlo.

Recordó que se dijo a sí misma que necesitaba lograr algunos cambios en su vida. Atreverse a cosas que antes quiso hacer, pero que siempre posponía. Y allí estaba ese hombre, quien le hacía una invitación a comenzar esos cambios.

Sin más, él se le acercó, llevando consigo una taza humeante de café, y se sentó en su mesa. Ella no dijo nada. Se mantuvieron en silencio durante algunos segundos. Fue un silencio excitante.

Después de eso pasaron horas conversando. Podía recordar en detalle todo el hilo de la conversación y el momento en el que decidieron cambiar las tazas de café por los tragos de *gin*. Él le dijo que no tomaba casi nunca, pero que con ella le parecía una buena idea hacerlo. Fue un diálogo fresco, como el que se sostiene con alguien conocido.

Al despedirse, la invitó a participar del paseo para tomar

fotografías que comenzaba en las Cabañas Wells de Badlands Loop.

Ella no sabía dónde estaba eso, pero ni siquiera dudó un segundo en aceptarlo. Llevaba días pretendiendo probar una «aventura medida». Sabía que debía abrirse a nuevas personas, los niños estaban con su exesposo y ella no estaba faltando a ninguna de sus responsabilidades, así que podía posponer su vuelta a Wichita un día más sin problemas. Ya era tiempo de pensar en ella.

Anne comenzó a llorar. Se permitió hacerlo, pero sin perder el control como le había pasado antes.

—¿Por qué tuve que fijarme en ese gramófono? ¿Por qué tuve que mirar a Kenneth? —dijo en voz alta, pero apenas audible, mientras las lágrimas llenaban su rostro.

Anne no podía respirar bien. Intentó convencerse de que era por el llanto, por la obstrucción de las fosas nasales, pero sabía que no era cierto.

Había llegado la hora de morir. Sin quererlo se vio a sí misma como un pez color naranja de los que gustaban a Mathew. Un pez asfixiándose, fuera de la pecera…

Tal vez había comenzado a delirar. Cerró los ojos y rezó por sus dos hijos. No quería perderse la parte de su vida que había planificado acompañarlos y disfrutar de ellos. Agradeció todas las veces que se dijo a sí misma que era preciso conservar una buena relación con Harry por el bien de los chicos. Ahora él sería el responsable de los cuidados.

El aire cada vez entraba en menor cantidad en sus pulmones. Entonces imaginó a Alexis buscándola. Se dijo que no podía perder la esperanza.

—Ella me encontrará —afirmó y sintió sueño.

«Tal vez Alexis me encuentre durmiendo, y cuando me despierte, esté en casa con los chicos, en el jardín…».

Ese fue el último pensamiento de Anne antes de dormirse.

2

Sebastian se dio cuenta de que algo malo me pasaba. Corrió a mi encuentro, cerca del bus, y me lo preguntó. Quería decirle a alguien que lo que le pasaba a Anne era horrible, pero no podía hacerlo. Al menos, no a él. Le dije que me había mareado un poco allí adentro y me propuso que saliéramos.

Lo hicimos. Cuando estuvimos junto al auto que renté, me preguntó dónde me hospedaría en Rapid City. Martin debió decirle que los huéspedes de las Cabañas Wells podrían volver a sus casas a la mañana siguiente, y Sebastian concluyó que ya yo no haría nada en ese lugar. También debió prever que, hasta que no me excluyeran de la investigación, me quedaría en Dakota del Sur.

—No lo sé. En cualquier parte. Podría quedarme en las cabañas y viajar hasta acá, a Rapid City. No está lejos.

—¿Seguro de que estás bien? No me lo parece.

—Sí lo estoy —mentí.

Él sonrió. No me había creído.

—Debes comer algo y yo también. Vamos —dijo y sin más comenzó a dar la vuelta al auto para tomar el puesto del conductor.

No pude o no quise negarme. Estaba pasándola muy mal por Anne, a punto de perder los nervios, pero la compañía de Sebastian me apartaba un poco del borde del abismo. Que él condujera también era un alivio.

Salimos del estacionamiento del Instituto Forense y comenzamos a dar vueltas por la ciudad. La mayoría de los lugares estaban cerrados. Ni siquiera me había fijado en la hora, pero, a todas luces, ya era tarde para cenar.

—Vamos al restaurante del hotel. Está abierto hasta la una de la mañana. Acabo de confirmarlo —dijo Sebastian.

Me quedé en silencio.

—Alexis, seguro habrás notado varias miradas que sin duda te han hecho concluir que me gustas. Pero no te he dicho de cenar en el hotel pensando en nada más. No todavía.

La sinceridad de Sebastian me parecía maravillosa.

—¿Por qué decidiste ir a distraer a la oficial del garaje forense? Quiero decir… ¿qué crees que necesitaba hacer en el bus? —le pregunté. Era algo que me había quedado dando vueltas en la cabeza.

—Lilian me ha pedido que te apoye. Puedes confiar en mí. De verdad. Me gustaría que lo hicieras. Soy de los buenos.

3

Cené con Sebastian. No volvimos a hablar del caso. En realidad, casi no hablamos de nada. Permanecimos en silencio, pero no fue un silencio incómodo.

En varias oportunidades, durante la cena me atacó un impulso de levantarme, tomar el auto y comenzar a dar vueltas por toda la ciudad, por la Badlands Loop hasta las Black Hills para buscar a Anne. Pero sabía que eso no serviría de nada. Debía concentrarme en resolver el caso de Bristol porque así daría con el asesino y con mi compañera. Los policías estaban haciendo su trabajo. En varios lugares del trayecto, entre las Cabañas Wells y Rapid City, vi patrullas. Pero nadie la buscaba dentro de un ataúd. Yo mantenía la sensación de que era allí donde estaba, pero no tenía idea de dónde buscar.

La verdad es que necesitaba comer. Me sentí un poco más animada después de hacerlo.

Sebastian y yo nos despedimos al terminar de cenar. Después tomé el auto y fui a las cabañas de vuelta. De camino llamé a Lilian.

—¿Qué le has dicho a Hausmann? —le pregunté apenas atendió la llamada.

—Es un buen chico. Lo conozco de siempre. A su familia. Mis padres y sus abuelos son los mejores amigos. Puedes confiar en él.

—¿Cómo lo sabes? Una cosa es que sea «un buen chico» y otra que pueda comprenderme.

—Estoy segura de que podrá. No le he dado detalles. Solo le he dicho que tienes una portentosa imaginación y que para resolver el caso del asesino serial de hace seis meses esa capacidad tuya fue clave. Es todo.

—Está bien —concedí.

—No podré ir para Rapid City. Además, me pareció mejor que, ya que Sebastian Hausmann iba de todas formas, supiese que yo esperaba que te apoyara. Fue lo único que hice.

—Te he dicho que está bien, Lilian —insistí.

—Además es un hombre muy interesante. Siempre lo ha sido. Mira que dedicarse a la fuerza pudiendo seguir los pasos de su padre en el

mundo financiero. Eso es algo excepcional.

—Ya.

«Así que es hijo de un hombre rico», me dije.

—¿Has descubierto algo? —me preguntó.

—Sí. Algo horrendo. Creo que a Anne la han enterrado viva. Pienso que aún está viva, pero no sé cuánto tiempo más podrá estarlo…

—¡Maldito monstruo! ¡No puede ser!

—Lilian, quiero que me seas del todo sincera. ¿Cuánto tiempo puede aguantar una persona encerrada en un ataúd?

—Depende del tamaño de la caja y de si esta es hermética. Entre veinticuatro y treinta horas, a lo sumo, si no hay ninguna entrada de aire. Lo siento, Alexis…

—Sí. Yo también —le dije.

Me despedí de Lilian como pude antes de echarme a llorar. Detuve el auto en el arcén mientras me calmaba. Intenté recordar las visiones que había tenido dentro del bus y concentrarme en ellas, y no en mi presentimiento de que Anne se encontraba asfixiándose en un ataúd en ese momento.

Sobre Kenneth no había nada nuevo, pero sobre los otros pasajeros sí. En el asiento de Raymond Phelps, el chofer, había visto a un chico moribundo, en el de Linda Donner una mujer había sido atacada con un objeto, y en el caso de Mary Hasting… ¡la había visto muerta!

Eso último era lo más extraño. Y también que no viese nada sobre Arthur Donner.

¿Y si esa fuera la clave? ¿Y si no vi nada porque ha sabido nublar mi mente como lo hizo con la de ellos?

4

Escribí a Rossy. Le pedí una actualización de los informes de investigación de todos los pasajeros cada seis horas. Además, en el mensaje le alertaba que pusiese especial cuidado en la relación de Linda Donner con algún pariente mujer y mayor que hubiese muerto de manera violenta. Y en algún familiar de Raymond Phelps que hubiese muerto por algún problema de salud.

Lo de Mary Hasting pretendía comprobarlo yo misma apenas amaneciera. Aunque la sensación que me dejó la visión que tuve al tocar el asiento que ocupaba Mary era que esa chica estaba muerta, podría ser que se tratara de un accidente no mortal que ella hubiese padecido.

Era verdad que la mayoría de las veces mis visiones no eran claras y no significaban lo que creía que significaban en un primer momento. Solo luego, con cabos que voy atando a medida que pasa el tiempo y con mucho razonamiento, es cuando logro dar con algo en firme.

Me aferré a esa idea para creer que tal vez Anne no estuviese enterrada en realidad, que lo que vi fuese una idea en sentido figurado que tuviese que ver con algo que Anne había sentido en algún momento y que la hizo ir a las Cabañas Wells. Algo como cansarse de la rutina. Muchas personas asocian la rutina con una especie de asfixia, de ausencia de libertad. Anne no era de esas, pero todos podemos cambiar en algún momento.

Continué conduciendo hasta las Cabañas Wells. Cuando llegué, todo estaba en silencio. Subí el sendero y me detuve a medio camino de mi cabaña, junto a los árboles. Allí estaba Kenneth esperándome.

—Te he mentido. Conocí a Anne en Rapid City y los dos nos sentimos atraídos de inmediato. Fue algo magnético. Desde la muerte de Jim no había tenido deseos de conocer a nadie más. Estaba dormido, pero ella me sacó de ese estado. O pudo haberlo hecho si hubiese tenido tiempo de conocerla mejor. Ella me habló de ti. Me dijo que eras especial y su mejor amiga.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —reclamé.

—No lo sé. Quería convencerme de que haberla conocido no tenía

nada que ver con lo que pasó en ese bus, pero no puedo. Sé que fue mi culpa, la muerte de ese hombre y la desaparición de Anne. Todo es mi culpa.

—¿A qué te refieres?

—Yo percibí que Paul Bristol estaba en algo, que había llegado aquí por alguna razón oculta. Sé cuándo alguien oculta cosas porque yo también lo he hecho. Creo que los Donner están implicados en lo que pasó en ese bus. Estoy seguro de haber visto la noche antes del asesinato a Paul Bristol entrar en el taller de Linda Donner. La escuché decir que nunca lo había visto antes de estos días, pero no es verdad. Había entre ellos un vínculo. Esa misma noche Bristol me dijo que algunas personas eran perfectas para entrar en las historias, y miraba a Linda Donner en ese momento. Ella salía de la cabaña de administración. Yo para entonces no sabía que él era un escritor.

—¿Qué clase de vínculo?

—No lo sé —se lamentó al tiempo en que movía la cabeza—. ¡Ojalá lo supiera! Pero era algo que intentaba ocultar. Como la relación que yo tenía con Jim.

—¿Dices que era algo sexual?

—No. No lo creo. Me he estado volviendo loco las últimas horas pensando en lo que pudo pasarle a Anne. Creo que de alguna manera caímos en una trampa en este lugar, en este viaje. Es como si cada uno estuviese entretenido en sus propios pensamientos, o pérdidas, y por eso resultó más fácil que entráramos en ese trance confuso, pero a la vez no soy capaz de sospechar de nadie en particular.

Miró hacia abajo.

—No le hice nada malo a Anne. Ni a Bristol. Soy un cobarde, pero no un asesino —dijo Kenneth.

Pronunció esas palabras a modo de despedida. Luego caminó hacia el bosque. No intenté seguirlo. Hablaría con él más tarde, ya que tuve la sensación de que quería perderse solo entre los árboles. Era como si quisiera que el bosque se lo tragara y no volver.

La suya era una presencia cargada de belleza trágica.

5

Volví a la cabaña. Tenía que pensar en Anne y en lo que la había movido a ir a ese lugar. Ahora sabía que la razón tenía nombre y apellido: Kenneth Ryder.

Experimentaba una ambivalencia dentro de mí; quería a Anne y me alegraba que se hubiese sentido tan a gusto con Ryder, pero ahora me llenaba de rabia que se hubiese sentido atraída por él. En ese momento podía estar muerta, y yo debía aceptarlo.

Además, mis capacidades de percepción estaban peor que nunca. Tendía a creer en Kenneth y en Mary, y a sospechar de los Donner, pero eran solo presunciones sin fundamento. En ese momento, comprendí las visiones que tuve de cada uno de los pasajeros desde una nueva perspectiva gracias a lo que me acababa de exponer el propio Kenneth: cada uno estaba entretenido en sus propios deseos o pérdidas. Eso había dicho. Y podía ser justo eso lo que había debilitado sus estados de consciencia, y había permitido que alguno de ellos —el culpable— controlase las percepciones de la realidad que todos los demás tuvieron durante esas horas en el bus.

Raymond pensaba en un familiar querido, Kenneth en la pérdida de su amante y en una nueva oportunidad con Anne. Mary quizás pensaba en algún accidente escolar que padeció. Yo podría haberla visto muerta por el hecho de que ella es una persona temerosa, y andar por la vida con miedo, lo he pensado muchas veces, es como estar muerto. Pero la única visión que mostraba una agresión era la que había tenido cuando toqué el asiento que ocupó Linda Donner.

¿Quién era la anciana que había visto? ¿Linda habría asesinado antes a alguien y Paul Bristol lo sabría?

En ese momento, una voz dentro de mí me hizo ver que podía estar equivocada desde el razonamiento inicial.

¿Y si la víctima desde el principio era Anne y fue Paul Bristol quien lo descubrió porque el bloqueo mental en él no fue como en los otros? ¿Y si nada tiene que ver su muerte con sus investigaciones para la novela ni con su labor como Bambi Black?

Podría Anne ser el centro de todo…

Me dije que debía descansar, al menos intentarlo, porque no estaba llegando a nada con mis reflexiones. Al amanecer expondría todas mis cartas, diría por qué estaba allí y tal vez haciendo eso me fuera mejor.

Me acosté en la cama sin desvestirme. Cerré los ojos. Lloré por Anne. Una parte de mí quería salir a dar vueltas por todo el estado, pero otra parte me frenaba. Tenía que encontrar al asesino para poder dar con Anne. No servía de nada conducir hasta el amanecer y extenuarme.

Dormí un poco, pero una llamada al celular me despertó. Era Rossy. Me dijo algo que lo cambiaría todo.

6

—La hijastra de Paul Bristol lo acusa de haber abusado de ella.

Eso me dijo Rossy y me quedé sin palabras. Hasta ahora habíamos visto a Bristol solo como una víctima de asesinato y también como un escritor incómodo. Pero no como un pedófilo.

—La niña vive en Londres. Nunca había dicho nada, hasta ahora. Las redes están que revientan.

—Algunas de las víctimas solo hablan cuando el abusador ya no puede hacer más daño, cuando su dominio y control se han acabado. Así que el «asesino del bus» ha acabado con un monstruo… —dije a Rossy, aunque en gran parte me lo decía a mí misma.

—¿Pero cómo pudo saberlo si ninguno de los pasajeros había conocido antes a Bristol? Ni siquiera usaba su propio nombre y la niña nunca había revelado el abuso a nadie hasta ahora —se cuestionó Rossy, y era muy cierto lo que decía.

—No lo sé —dije, respondí, pero sí lo sabía.

El asesino, o la asesina, podría presentir cosas como lo hacía yo y, al conocer a Bristol, pudo saber que era un pedófilo. Podía tener la misma capacidad que yo, incluso mayor. Eso explicaría lo errática que me sentía desde que llegué a las cabañas. Podía ser que el asesino estuviese bloqueando también mi capacidad para que yo no descubriera la suya.

—Tal vez conocía el caso de su abuso en Londres de alguna manera que aún no hemos detectado —me atreví a decirle a Rossy—. Será una especie de vengador —completé.

—¿Cómo seguimos? —me preguntó.

—Investiga muertes accidentales y homicidios de abusadores de niños en este estado y en toda la región.

—De acuerdo.

—Gracias por llamarme, Rossy —le dije despidiéndome, pero cuando iba a cortar, ella me detuvo.

—Alexis, he llorado tanto por Anne… Aquí dicen que lo más seguro es que esté muerta. Eso lo escuché en los pasillos. Hasta Juliet, que tú sabes que no congenia mucho conmigo, ha intentado

consolarme. ¡Esto es horrible! Por favor, haz lo que puedas. Juliet dice que si alguien puede encontrarla, eres tú.

Le respondí que lo estaba haciendo y me despedí. Me extrañó la afirmación de parte de Juliet Rice. Ella no era muy comunicativa conmigo. Uno no sabe lo que realmente piensa la gente hasta que se genera una crisis. Esa fue la explicación que me di del comentario de Juliet en ese momento.

7

Amaneció. Era el tercer día sin saber de Anne. No había soñado nada y mi mente continuaba en blanco.

Recogí mis cosas y me marché de la cabaña. Me convencí de que estar allí no contribuía para nada y que, más bien, me debilitaba. Comencé a odiar ese bosque, ese paisaje. Miraba la tierra e imaginaba que parte de ese lecho cubría a Anne, y que jamás la encontraríamos.

Cuando llegué al estacionamiento, guardé mi equipaje en el auto. En ese momento vi a Mary Hasting que estaba haciendo lo propio con el suyo, guardaba un morral gris en un Ford Fiesta. Me vio y se acercó a mí.

—Por fin podremos irnos. Ya nos han levantado la restricción. Todos lo haremos. Menos Linda y Arthur porque esto es su casa —dijo.

Noté que al pronunciar la palabra «esto» cambió la expresión de sus ojos. Era como si odiara estar allí.

—¿Tuviste algún accidente en la escuela, de niña? —le pregunté cambiando el tema.

Se extrañó, pero me respondió sin chistar.

—Sí. No sabía que ustedes averiguaban tanto sobre la vida de las personas, hasta lo que ha sucedido hace mucho tiempo. Estaba haciendo *balconing* y caí de una cornisa. Casi muero —respondió.

Parecía que lo reviviese en ese momento por la expresión de dolor que mostró su rostro.

—De hecho, los doctores no se explican cómo sobreviví. Casualmente, estaba contándole esto a alguien en el bus, pero no recuerdo a quién. Puede que ese sea el último recuerdo claro que tengo de las conversaciones que sostuve allí ahora que lo pienso. Tal vez se lo decía a Linda. Sí, pudo ser a ella. Anne estaba hablando con Kenneth, Bristol no lo hacía con nadie. Arthur miraba hacia adelante, así que debió ser con Linda.

—¿Linda no te contó nada sobre un familiar de ella que muriera a raíz de un ataque violento? —pregunté.

—¿Durante el trayecto? No. Ella solo hablaba de lo maravilloso que era el cementerio de los lakotas y de la energía de las montañas,

que podía ser benigna o maligna según el caso.

—¿Según cuál caso?

—Linda tiene una forma particular de entender las creencias de los pueblos indios. Creo que nadie la comprende muy bien. Ni siquiera Arthur. Como te dije antes, para mí ese matrimonio no es…, como decirlo, verdadero. Creo que es bastante falso. Como si él estuviese cubriendo un papel estando con ella.

Recordé que Mary Hasting me había dicho que la primera esposa de Arthur había muerto. Me extrañó que Rossy no hubiese hallado nada al respecto.

—¿Cómo murió la primera esposa de Arthur? ¿Lo sabes?

—No. Creo que estaba enferma de algo muy grave.

En ese momento escuchamos el grito de una mujer. Provenía del lado derecho del estacionamiento, donde se encontraba la cabaña taller de Linda Donner.

Corrí hacia allá, dejando atrás a Mary. En pocos minutos llegué al taller. Había una mujer tendida junto al portal. Su vestido estaba manchado de rojo a la altura del pecho.

8

Cuando me acerqué, me di cuenta de que se trataba de Linda Donner, pero no estaba herida. La mancha del vestido parecía pintura roja.

Arthur Donner y Raymond Phelps aparecieron. Después lo hizo Mary Hasting. Tomé el pulso a Linda y comprobé que estaba respirando. Todos sus signos vitales estaban bien. Parecía víctima de un desmayo. La levantamos entre varios y la condujimos a una silla que Mary sacó de la cabaña.

Linda comenzó a volver en sí. Phelps buscó una botella de agua del interior del taller. Linda abrió por completo los ojos. Parecía confundida, pero yo no estaba segura de que no fuera una actuación.

—Cariño, ¿qué te ha pasado? ¿Por qué has gritado? —preguntó Arthur.

—He tenido una revelación al pintar. Ha sido algo muy extraño. He mirado la hora en mi celular, y luego volví a mirarla y habían transcurrido tres horas, pero para mí fueron solo minutos. ¿Lo ven? El doctor Jamie Balfe me ha explicado que eso se llama «paréntesis», y es un estado de consciencia diferente. Entonces vi el lienzo y había algo que no recordaba haber creado, por eso grité y salí. Creo que luego me desmayé de la impresión.

—Está bien, Linda, ahora debes descansar… —comenzó a decir Arthur, pero no pudo continuar porque su esposa lo interrumpió.

—Durante ese paréntesis estuve dibujando, creando. No dejé de pintar y allí está el cuadro. Ustedes mismos pueden verlo. No he sido yo, solo he sido un instrumento. ¡Era lo que deseaba! Transmitir el mensaje de estas montañas y hoy lo he hecho por fin y de manera pura, transparente.

Raymond Phelps la escuchaba como si creyera sus palabras. Mary Hasting lo hacía con una mirada de sospecha y Arthur con un brillo de rabia.

—Está bien, Linda. ¡Ya está bien! —repitió su esposo enfatizando la última palabra.

Raymond se dirigió adentro y yo fui tras él.

Sobre un caballete que estaba junto a una mesa repleta de pinturas

al óleo, paletas y recipientes con pinceles había un lienzo cuyo acabado parecía reciente. Brillaba. Eran formas en tonos negros y rojos, también algunas de color marfil.

Me acerqué más. Raymond se quedó detenido más lejos. Parecía temerle al lienzo. Miré su cara y vi terror en ella. Además, me pareció que reconoció algo en esa pintura.

Me di cuenta de que lo dibujado eran huesos amontonados en un agujero cavado en la tierra.

«Cavado en la tierra…», me repetí.

Entonces dos frases aparecieron durante un segundo en mi cabeza: «desgracia eterna» y «soledad futura».

¿Qué diablos significaba eso?

9

Levanté la mano para tocar el lienzo, pero Raymond corrió hacia mí y me detuvo. Contuvo mi brazo y apretó fuerte.

—No lo haga —dijo en tono resuelto.

Después me soltó. Mientras mantuvo contacto conmigo, volví a ver el péndulo. Sentí una gran tristeza, experimenté desolación, pero a la vez el inicio de algo, como una nueva esperanza en él. El péndulo de la visión ahora no contenía agua. Su aguja oscilante funcionaba a la perfección; pude ver su movimiento a un lado y a otro.

—Usted ahora cree en algo nuevo —afirmé, un poco para él y un poco para mí.

—Sí —respondió y parpadeó.

—Dígame, Raymond, ¿ha sufrido la muerte de un ser querido hace poco tiempo?

—No veo qué tiene eso que ver con lo que ha venido a investigar —me respondió con la voz quebrada, más triste que molesto.

Luego hizo silencio. Pensé que se echaría a llorar, pero no lo hizo.

—Mi hijo. Murió joven. Yo morí con él, pero no del todo. Estoy medio vivo y medio muerto. Algunas personas también están dentro de uno, y cuando nos dejan, queda muy profundo un sufrimiento eterno.

Mientras hablaba, él miraba los huesos del lienzo. Aproveché su silencio para voltear y mirar también el cuadro. De repente vi salir de entre los huesos dibujados gusanos blancos. Esos animales estaban en mi mente y eran similares a los que había visto antes en la cuenca del ojo de la muñeca, pero se veían muy reales ahora sobre el lienzo.

—Yo no creía en nada, pero la muerte de mi Mark, los terribles dolores que padeció en su enfermedad, me condujeron a buscar consuelo. Lo conseguí en la creencia de la energía que permanece en este lugar gracias a los espíritus de las personas amadas. Consumido por los delirios producto de la medicación durante las últimas horas de vida, Mark hablaba de los niños muertos de estas colinas. Decía que todos se habían juntado en el vientre de las colinas para vengarse de quienes les hacían daño. Se refería a los hijos de Black Hills, a los

descarriados que deben retomar el rumbo y vengarse. ¡Él podía verlos! Hablaba de un cementerio de niños pequeños, de bebés con esqueletos mínimos, de infantes que nadie había querido. Eso luego me lo explicó Linda…

Comprendí que Raymond se había convertido en un creyente de las ideas de Linda, y de tal vez algunos más en la zona, porque eso le había brindado un sentido a la muerte de su hijo. Ahora era un ferviente seguidor de «el brillo de la rabia».

—Linda me ha explicado que los niños son como los bisontes reunidos en la vía de Badlands Loop, esperando el día de la venganza colectiva. Uno de ellos, de los dueños de esos huesos, es el bebé de 1920, el niño al que su madre sacudió hasta la muerte. ¿Cómo se le puede hacer eso a un niño? Ahora todos los niños que han muerto sin culpa quieren vengarse y esos son sus huesos, Linda los ha visto y los ha dibujado.

Sin quererlo, recordé a la hijastra de Bristol y se me ocurrió que el móvil que tuvo el asesino para matarlo fue justo ese, la venganza.

—¿Usted pensaba en su hijo mientras conducía el bus? —le pregunté.

—Siempre pienso en él cuando veo algo bonito. Pero luego vuelvo a escuchar el sonido del péndulo que había en casa y que a él le gustaba tanto. Fue el único sonido que quedó en la habitación cuando Mark dejó de respirar. Yo me quedé solo con ese maldito péndulo y el silencio de mi hijo muerto. No he podido tirarlo. Aún está en casa. A veces uno no puede desentenderse de las cosas.

Después de decir eso, me miró y la forma de hacerlo me pareció una acusación.

—¿Por qué no nos ha dicho que es policía? —preguntó.

Fue cuando noté que sus ropas estaban sucias, como si hubiese estado cavando.

10

—Aquí no hay secretos. Ayer la han visto con uno de los policías de los que dicen que son jefes. ¿Qué haría con él si no fuera policía? Desde que la vi supe que nos estaba engañando.

—Investigo la desaparición de un miembro de mi equipo. Eso es lo que hago aquí —respondí.

—De la mujer. Nunca pensé que esa mujer, Anne Ashton, fuese culpable de nada. Creo que ha sido una víctima también.

—¿Una víctima de quién, señor Phelps?

—Del mal que hay en este lugar. Dios nos ha abandonado ya hace tiempo. Hemos quedado a merced del mal. Solo somos los abandonados de Dios.

Giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia afuera. En ese momento, algo golpeó el techo de la cabaña. Fue un sonido seco y fuerte, pero Raymond ni se inmutó. Continuó su camino.

Escuché que afuera Arthur hablaba.

—Ha sido una rama del árbol, que se ha desprendido. Phelps, te he dicho que atendieras esto. ¿Es que no puedo confiar en ti en algo tan elemental? —reclamó Arthur Donner.

Era un hombre egoísta con apariencia de amabilidad incapaz de ver más allá de sus narices. Así me pareció en ese momento. Podía ser el asesino que usaba el sufrimiento de cada uno de los pasajeros para nublarles el cerebro. Lo que habían padecido en el bus quizás no fuera, como decía Balfe, un estado de conciencia alterna, sino un estado de infelicidad que los hizo débiles. Era la desgracia eterna y la soledad futura que todos llevaban consigo, menos Arthur Donner. Si era así, no había asesinado a Bristol porque fuera un pedófilo, sino porque tal vez descubrió algo sobre él.

«¿Y si los Donner habían asesinado a la primera esposa de Arthur y Bristol lo supo?», después de hacerme esa pregunta me harté de mi extravío, de esas cabañas, de los cuadros de Linda y de los cuentos de la rabia de las montañas. Salí del taller y me detuve en medio de todos ellos. Kenneth ya se había unido al grupo.

—Soy detective del Departamento de Policía. Esta es mi

identificación —dije, mostrándola— y ahora mismo ustedes van a decirme qué diablos sucedió en ese bus y cuánto conocía cada uno a Paul Bristol. Les aseguró que tengo menos paciencia y bastante más interés que los agentes que hasta ahora los han interrogado.

11

Arthur me miró con odio. Linda lanzó una exclamación. Mary y Kenneth no hicieron ningún gesto.

—Paul Bristol visitó el taller de Linda y estuvo hablando con ella toda la madrugada del 6 de enero —dijo Arthur—. Ella no dijo nada a la policía, hasta ahora.

Que su propio esposo la delatara fue algo sorprendente.

—¿Pero qué te propones, Arthur? —gritó Raymond.

—Déjalo, Ray. Está bien. Puede que ya sea hora de que sepan la verdad. De todas formas, no tengo nada que ocultar. Yo conocí por medio de correos electrónicos a Paul Bristol. Me dijo que era un escritor bajo seudónimo y que estaba interesado en escribir una historia contextualizada en estas tierras. Me pareció una idea horrenda, pero imposible de evitar. Así que comencé mi cruzada para hacerle ver lo místico de este lugar y también lo peligroso. Le hablé de la intensidad del resentimiento y de la sed de venganza de los inocentes, de los niños cuyos espíritus existen como unidad en Black Hills. Por eso sostuve una larga charla con él aquella noche.

—Es lo que digo. ¿Por qué ocultarlo si ni tú ni yo hemos hecho nada? —dijo Arthur.

—Porque tal vez la Policía no quiera verlo así —respondió Linda con aspereza.

En ese momento pensé que lo de antes, el desmayo, había sido fingido. Se le veía muy enérgica. No estaba segura de cuánto creía Linda lo que decía y cuánto era un papel que representaba con alguna intención.

—¿Alguien más ha dejado de decir algo en los interrogatorios?

—Estoy seguro de que Kenneth Ryder sostuvo una conversación con Bristol y me temo que no lo dijo —afirmó Raymond.

—¿Cómo sabe lo que dije y lo que no? —preguntó Kenneth.

—Los vi hablando en el sendero que conduce a las cabañas número tres y cuatro.

—Sí. Es cierto. Paul Bristol me preguntaba por el accidente de Jim Seward, mi amigo. Se debió enterar porque era escritor y andaba

detrás de cualquier historia para retorcerla y sacar provecho. Le dije que es lo que sucedió y eso fue todo —respondió Kenneth.

—En relación con lo que sucedió en el bus, he leído sus declaraciones, las conozco. ¿Hay algo más que alguno de ustedes haya recordado de esas horas entre que salieron de aquí y volvieron?

Todos hicieron silencio. Había descubierto cosas, pero eran insuficientes. Ahora estaba otra vez en el punto inicial, o casi. Y Anne debía estar muerta a esas horas.

12

—En el trascurso del día volveremos a vernos. Los visitaré en sus casas. Ahora mismo iré al Departamento de Homicidios. Linda Donner, debe usted presentarse ahí lo más pronto que pueda. Ha omitido información y debe hacer una nueva declaración —le dije.

—Está bien —respondió—. Iré en cuanto me estabilice y me asegure de que no sufriré otro desmayo. Además, debo terminar algunas cosas en mi taller —dijo.

Me dirigí al auto. Tenía un plan por primera vez desde que estaba allí. Salí de las Cabañas Wells y busqué un lugar donde ocultar el auto. Bajé y caminé por el bosque, bordeando la propiedad de los Donner. Ese debía ser el camino que tomaba Kenneth Ryder cuando corría. Llegué al lugar donde había visto a Sebastian. Ya para ese momento Mary, Kenneth y Raymond debían haberse ido. Al menos los dos primeros. Raymond era un fiel servidor de Linda. Tal vez se hubiese quedado allí.

Con cuidado de que no me vieran, vigilé. Escuché voces. Eran las de un hombre y una mujer. Me oculté y los vi pasar. A Linda y a Arthur. Se internaron en el bosque y tomaron dirección hacia el oeste, como acercándose a la carretera. Los seguí.

Después de varios minutos de camino, me di cuenta de que estábamos cerca de la mina abandonada que antes había visitado. No tenía idea de que por el bosque colindante con las Cabañas Wells podría también llegarse hasta allí.

Ellos entraron en la mina. Aguardé y les seguí los pasos. Llegaron a un lugar de la mina y se detuvieron. Desenterraron algo, parecía una caja. Linda sacó una muñeca vieja, parecida a la que de pequeña me causaba pavor, la misma que había visto en mis visiones. Extrajo unas fotografías. Luego volvió a enterrar la caja y la muñeca. Se dieron la vuelta y comenzaron a desandar sus pasos.

Tenía que apurarme en salir porque si no me verían. Logré dejar atrás la mina y me oculté tras unos árboles. Cuando ellos salieron, me di cuenta de que Arthur miró en la dirección en la que yo me hallaba. Por un segundo pensé que me había visto. Pero luego continuó

caminando junto a Linda.

Esperé varios minutos para estar segura de que habían abandonado el lugar. Entré en la mina y busqué el sitio en que habían desenterrado algo.

Escarbé lo más rápido que pude. Encontré una caja de madera con la muñeca adentro y varios huesos.

No tenía duda de que se trataba de restos humanos.

13

—¿Qué significa esto? —pregunté a Linda.

Le mostraba las fotos de los huesos que ella había desenterrado y vuelto a enterrar.

Nos hallábamos en la sala de interrogatorios del Departamento de Homicidios de Rapid City. También estaba presente el jefe Martin. En cuanto descubrí la osamenta lo llamé. Él se encargó de la detención para interrogar a Linda y a Arthur, y de enviar un equipo a donde yo me encontraba, en la boca de la mina.

Arthur aguardaba afuera. La idea era interrogarlos por separado. El jefe Martin había cambiado su actitud conmigo y ahora me permitió llevar la voz cantante en la entrevista.

—Son hallazgos producto de mis investigaciones de años. Datan del tiempo de los siux y son restos sagrados. Han servido de inspiración para mis obras y me pertenecen en este momento porque soy yo quien ha dado con ellos —respondió altanera.

—¿Dónde los encontró? —pregunté.

—En varios lugares. Me han sido revelados y confiados —dijo ella.

—Tendrá que decirnos los sitios exactos —intervino Martin.

—Sabe que vamos a hacer un estudio especializado en esa osamenta, y si encontramos algo que la relacione con los sucesos acontecidos hace tres días que produjeron el asesinato de Bristol y la desaparición de Anne Ashton, va a estar en problemas. Así que es mejor que lo que tenga que decirnos lo haga en este momento —le dije. Noté un brillo de miedo en su mirada.

—No tengo nada que ver con lo que pasó allí —respondió con voz temblorosa—. ¿Por qué no dejan entrar a Arthur? —preguntó.

—A él lo interrogaremos después, y sin la presencia de usted —respondí.

Había algo que le daba miedo y no comprendía qué era.

—Ustedes no pueden hacer eso. ¿Dónde está mi abogado? ¡Quiero llamar a mi abogado!

—Puede usted llamar a su abogado —dijo Martin.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Jamie Balfe. Linda lo

miró y sus hombros y sus brazos temblaron.

—Al doctor Balfe ya lo conoce. Dejaremos que llame a su abogado y mientras tanto el doctor quisiera tener una conversación con usted —dijo Martin.

Acto seguido, me miró en señal de que debíamos irnos de la sala. Obedecí y una vez afuera, en el corredor del departamento, le pregunté a Martin la razón de la presencia de Balfe en ese lugar. Me dijo que deseaba conocer el estado mental de Linda Donner. Tenía sentido, así que no le dije nada más sobre eso.

—¿Cuándo estarán los resultados de los huesos? Los análisis para comprobar si pertenecen a… —dije, pero Martin me interrumpió.

—Un especialista que hemos traído de la universidad está trabajando en eso. Como comprenderá, esto escapa un poco a lo que estamos acostumbrados por aquí. Mire, justo allí viene él. Se trata del profesor y doctor McGee. Puede que ya tenga algo para nosotros. Vamos a mi oficina —dijo Martin.

Al cabo de pocos minutos estábamos frente al escritorio del jefe Martin, McGee, un hombre pequeño que olía a picadura de pipa, de más de 60 años y con mirada esquiva, y yo.

—¿Y bien? —preguntó el jefe de policía.

—Son resultados preliminares —dijo McGee—, pero creo que los exámenes concienzudos no harán más que confirmar lo que ahora sé. Los restos tienen más de cien años, pero no mucho más. No tienen nada que ver con osamentas actuales. Se trata de osamentas de niños pequeños. Mi opinión es que se han profanado algunas tumbas de niños para reunir esos huesos.

—¿Solo cien años? ¿Es imposible que tengan más tiempo? —intervine—. La implicada afirma que los obtuvo de cementerios siux en las montañas.

—Es absurdo. ¡Imposible! Está mintiendo o está engañada. Podría llenarlos de detalles técnicos, pero no creo que sea necesario. Me juego mi reputación a que la osamenta no tiene más de ciento veinte años.

—Pues gracias, doctor. Siga trabajando. No queremos entretenerlo más —dijo Martin y se levantó.

Despidió a McGee y luego volvió conmigo.

—¿Qué piensa ahora? —me preguntó.

—Que Linda y Arthur son unos farsantes que buscan lucrarse de todo esto. Pero no sé si también han sido capaces de asesinar por el hecho de que Bristol los descubriera.

14

—Creo lo mismo. Antes le dije que esta mujer tiene unas ideas extrañas y, por mí, todo lo que apunte a que ni siquiera es fe lo que la mueve está bien —afirmó Martin.

—Creo que los Donner han construido una narrativa misteriosa para impulsar las obras de arte de Linda y muy posiblemente en algún momento pensarán hacer público el supuesto «hallazgo» de la mina para dar un impulso a sus proyectos particulares de turismo, incluida la venta de las obras de Donner. En síntesis, son unos farsantes que utilizan las leyendas populares con fines egoístas —afirmé.

—Tiene sentido. Vamos a ver si Balfe coincide.

—¿Lo conoce desde hace mucho? ¿Al doctor Balfe? —pregunté intentando no parecer muy interesada.

—¡De toda la vida! Es excelente. Por cierto, ¿ha visto a Sebastian Hausmann? Está aquí por Asuntos Internos, por la situación de Anne Ashton. No hemos dado aún con su paradero y ya la prensa ha colado que está relacionada con el asesinato de Bristol. Lo lamento… a su compañera se la ha tragado la tierra.

—Yo también lo lamento —respondí.

Me di cuenta de algo en el comentario de Martin y me alarmé: —¿Por qué cuando le pregunté por Balfe usted me habló de Sebastian Hausmann?

—¿En serio? No lo sé… ¡Ahhh!, debe ser porque hoy los vi desayunando juntos en una cafetería de la ciudad. Una que tiene una decoración interesante…

15

Siempre tuve la idea de que en la oscuridad había gente poderosa, de sustantivos recursos económicos. Recordé que Lilian me dijo que el padre de Sebastian era rico. Era posible que él formara parte de ella. Pero también podría ser que hubiese buscado hablar con Jamie Balfe porque sabía que era el psiquiatra asesor contratado por el Departamento de Homicidios de Rapid City. Me despedí de Martin y fui a buscar a Sebastian. Tenía que aclarar su papel en todo esto.

Llegué al hotel Palladium. Allí había cenado con él la noche anterior. Se trataba de un pequeño hotel de trabajo que todavía contaba con las llaves corrientes, no magnéticas, y yo en un momento de la noche me fijé en el número de su habitación, que estaba grabado en un gran llavero que llevaba consigo. Era la treinta y uno. Quería tomarlo por sorpresa, interrogarlo.

Subí a la tercera planta, busqué la habitación y toqué. Él abrió enseguida.

—Hola, Carter. Sabes sorprenderme.

Esas fueron sus palabras. Tenía el pelo mojado. Olía a loción para después de afeitar.

—¿Qué hacías hablando con Balfe hace unas horas? —le pregunté.

Abrió un poco más los ojos y luego sonrió. Apoyó el lado derecho de su cara en el borde la puerta y me miró, intentando escrutarme.

—¿Me estás siguiendo, Carter? Nadie me ha seguido en mucho tiempo. ¿Quieres pasar? —me preguntó.

Yo todavía estaba de pie, fuera de la habitación. Él terminó de abrir la puerta sin esperar mi respuesta y se quedó de pie a un lado. Pude ver empañado un espejo dispuesto en una pared cercana a la puerta y a lo que, suponía, era el baño de la habitación. Sabía por qué me había fijado en eso. Sebastian me recordaba cosas que ya había dado por muertas, que habían dejado de interesarme. Como también le pasó a Anne…

Entré en la habitación. Él cerró la puerta y me pidió que avanzara. Caminamos el pequeño pasillo que terminaba en una salita desde donde podía verse la cama revuelta. El olor del lugar era agradable.

Él estaba detrás de mí. Presentía su mirada. Me pregunté a mí misma qué estaba haciendo allí.

—Tienes suerte. Hay dos cápsulas de café aún. ¿Quieres?

—Sí. Está bien —alcancé a responder.

Él apartó una toalla de una silla y me invitó a sentarme. Se puso a preparar el café y yo me senté.

—Sé que Balfe es el asesor de Martin para estos casos. Quería hacerme una idea de lo que opina sobre los pasajeros. Lo que ha pasado aquí es muy extraño. Y siempre que pasan cosas extrañas, tú estás metida, Carter. Así que voy a empezar a pensar que la extraña eres tú…

—¿Qué impresión te produce ese hombre? —interrumpí.

Apretó el botón de la cafetera y se quedó pensando, mirando la taza.

—No me gusta. No sé por qué.

Cogió la taza cargada y me la ofreció. Rocé su mano al agarrarla. En ese instante me vi a mí misma en una cama —no la de ese hotel—, haciendo el amor con él.

—¿Estás bien, Carter? —me preguntó.

No le respondí porque una idea se me cruzó por la mente: «el contacto de Kenneth y Anne, el saludo y la caricia en la espalda que vio Mary Hasting. Esas ganas de que alguien nos encuentre y nos descubra tal como somos. Esa energía erótica es poderosa y tal vez con un roce logre saber algo de Anne. Di la mano a Kenneth y la estrechó, pero tal vez acarició a Anne con la mano izquierda…».

—¿Quieres acompañarme a hacer una visita? —le pregunté a Sebastian.

16

Llegamos a casa de Kenneth Ryder. Vivía en un apartamento tipo estudio, con decoración industrial, donde primaba el color blanco y los objetos de aluminio.

No se sorprendió al verme. Puedo decir que creo que hasta casi me esperaba. Nos recibió y nos pidió que nos sentáramos en la sala. Una vez que estuvimos acomodados comenzó a hablar.

—¿Han sabido algo de Anne? —preguntó.

—No —le respondí.

No sabía si Kenneth era culpable o inocente, lo que sí sabía era que lo que movía a Anne era poderoso y que allí, en la materia que la animaba, podía tal vez conocer algo sobre su estado actual. Después de todo, fue por Kenneth que ella se había descarrilado, encandilado… Lo comprendía porque el pelo mojado, el espejo empañado y la fragancia que desprendía la piel de Sebastian en su habitación cayeron sobre mí como un alud de estímulos y me hicieron verlo. Para encontrar a Anne tenía que ponerme en su lugar, comprender que su móvil había sido una persona de carne y hueso.

—He leído unas noticias. Algunos lanzan la idea de que ella es la culpable, la asesina de Bristol —dijo Kenneth.

—La prensa amarillista no descansa nunca —respondió Sebastian.

Pensé que era «ahora o nunca» y hablé.

—Kenneth, necesito que recuerde cuando saludó a Anne el día de los sucesos. Haga memoria e intente no omitir ningún detalle. Entiendo que usted estaba fuera del bus cuando ella llegó. Quiero que haga conmigo lo mismo que hizo con ella en ese instante. Vamos a reconstruir ese momento, por favor.

Sebastian se mostró impávido. Debía estar pensando que estaba loca, pero no lo demostró. Kenneth se levantó y me pidió que lo hiciera yo también.

Me besó la mejilla y luego puso su mano izquierda en mi espalda. Fue entonces cuando mi mente se puso en negro y de repente comenzaron a aparecer unos puntos brillantes. Primero pensé que se trataba del firmamento, en donde podían verse las estrellas, pero

luego me di cuenta de que no era así. Alguien estaba encerrado en medio de esa oscuridad. Tuve la convicción de que era Anne. Estaba metida en una caja, en un ataúd, pero este tenía agujeros por donde entraba el oxígeno. Por eso me había sentido asfixiada en las cabañas y en el bus, pero nunca había visto a Anne muerta.

Me reafirmé en que ella estaba encerrada, pero comprendí que aún podía estar viva.

17

La confianza que me dio la idea de que Anne estaba viva logró un cambio total en mi actitud. Expliqué a Sebastian lo que había pasado con Linda y Arthur Donner de camino a las Cabañas Wells. Creía que allí, en alguna parte, estaba enterrada Anne.

Los Donner aún estaban en el departamento, no detenidos, pero sí bajo interrogatorio. Había llegado al acuerdo con Martin de que los mantuviera allí todo el tiempo posible, así que no pasarían las próximas horas en las cabañas.

—Quiero quedarme sola en ese lugar. Quiero pensar en todo lo que encierra este caso —le dije a Sebastian.

—No sé qué te propones encontrar allí. Ni tampoco entiendo la reconstrucción del saludo de Kenneth Ryder y Anne Ashton, pero es verdad que desde que salimos de casa de ese sujeto estás más animada. Cada uno con sus métodos, ¿verdad? —me preguntó.

—Así es —respondí y sonreí.

—No sabía que supieras hacerlo. Sonreír. Te ves un poco más…

—¿Normal? —interrumpí.

—No era lo que iba a decir —afirmó.

Acordé con Sebastian que me dejara en las cabañas un tiempo, se llevara el auto y luego volviera a buscarme. Él, mientras tanto, iría al Departamento de Homicidios e intentaría una estrategia para acallar a los medios de comunicación en cuanto al tema de Anne. Lo más probable era que tuviesen que dar algunas declaraciones.

Me resultaba una ventaja tener de mi lado a alguien que se movía como pez en el agua en la estructura burocrática interestatal de los Departamentos de Homicidios. Había sido una buena idea de Lilian que contara con Sebastian. Me preguntaba qué tanto lo conocería en realidad.

Él me dejó en las Cabañas Wells y partió. Me detuve en el estacionamiento y caminé hacia la cabaña administrativa. En el lugar no parecía haber nadie. Anduve por los alrededores de todas las cabañas y del taller. No encontré nada anormal. La puerta del taller estaba cerrada. Subí el sendero que conducía a las cabañas tres y

cuatro y en medio del camino me dirigí hacia el bosque otra vez. Hasta allí había llegado cuando experimenté la asfixia después de conocer a Balfe. Me detuve en el que creí era el mismo sitio, donde también vi a Sebastian y después a Kenneth Ryder.

Me quedé mirando la rama de un árbol que sobresalía de entre las otras. Ella hacía un movimiento oscilante. Sentí como una picadura de un insecto en mi brazo derecho y luego los labios resecos. No dejaba de mirar la rama que se mecía. De repente, me pareció todo más oscuro y mi celular vibró dentro de mi chaqueta. Lo saqué y miré la pantalla. Era un número desconocido. Atendí. La voz me sonaba conocida, pero era incapaz de identificarla. La rama continuaba moviéndose.

—Si quieres ver con vida a Anne Ashton, debes venir a las cascadas Badlands Loop sola y en este momento.

PARTE IV

1

Anne despertó. Sintió unas gotas de agua que caían cerca de su boca. Se dio cuenta de que no había muerto porque el ataúd tenía unos agujeros que parecían estar conectados a conductos que le administraban oxígeno. Y las gotas de agua que caían cerca de su boca le indicaban que la persona que la encerró la quería mantener hidratada.

«¿Es que el plan es que siga viva aquí enterrada mucho tiempo?», pensó.

Esa idea le causó un espanto mayor al que había experimentado antes. Podría permanecer con vida en ese lugar muchas semanas. Y morir poco a poco sin volver a ver la luz ni el cielo.

Las lágrimas brotaron y esta vez las sintió frías. Pensó que tendría fiebre. El olor a orina comenzaba a hacerse insoportable. Se decía que si vomitaba sería peor. Aunque tal vez pudiera ahogarse con su propio vómito. Solo era cuestión de proponérselo y no flaquear…

Había perdido la noción del tiempo. No sabía si habían pasado horas, días o semanas. Se dijo que pronto perdería la cordura y que antes de hacerlo preferiría estar muerta.

El chorrito de agua que caía cerca de su boca comenzó a producirse con mayor fuerza. Eso la hizo pensar diferente. De repente intentó conseguir fortaleza y no perder la última esperanza. Eso ya le había pasado antes, transitar desde la más profunda desesperanza a un estado en el cual se negaba a rendirse por completo.

Pidió a Dios, otra vez, que Alexis la encontrara.

—¡Solo quiero ver crecer a mis hijos! —dijo en voz alta—. Todavía son pequeños —completó bajando el tono.

Tocó su frente para saber si en realidad tenía fiebre. Un frío extraño se había apoderado de sus huesos. Abrió la boca y tomó agua. Se sintió mejor. Tomó todo lo que pudo hasta que el líquido dejó de caer. Se dio cuenta de que la mejor forma de calmarse era respirar el poco aire que llegaba y pensar en sus dos hijos. Recordar los buenos momentos que había pasado con ellos. Tenía tiempo para hacerlo…

Uno de los recuerdos que más venía a su mente era estar con ellos

en el parque Herman Hills. Allí se sentía segura y puede que un poco reconciliada con la especie humana. Por su trabajo solía ver muchos horrores, pero allí en ese parque pasaba horas con los chicos y era feliz. En ese lugar también les había enseñado a montar bicicleta entre los senderos que acompañaban el cauce del río Arkansas.

Siempre se dijo —desde muy joven— que en los parques ella sabía diferenciar cuando una mujer o un hombre disfrutaban su papel de madre o padre, y que cuando esto resultaba una carga también le era fácil notarlo. Esa rabia contenida, ese malestar que percibía en algunos padres le molestaba mucho, y se sentía genial cuando veía lo contrario, la armonía entre madres, padres y chicos. La alegría compartida por una pequeña victoria, como haber comprado la última rosquilla del carrito de comida que se ponía en la entrada sur cercana al río y disfrutarla bajo el entramado de sol y sombra que daban los árboles tumbados en el césped, era de lo mejor que le había pasado en la vida. Si tuviese que escoger un solo momento de toda su vida, sería ese.

Se dijo que no quería morir pensando en el monstruo que la había encerrado, sino en su familia.

Levantó la mano y tocó la pared del ataúd al tiempo en que pasaba la lengua por sus labios resecos. Ni siquiera el agua había podido calmarlos.

Se le ocurrió que podría con sus ropas tapar los agujeros que la proveían de oxígeno y en poco tiempo terminaría todo. Dejaría esa opción como un último recurso.

Anne se aferraba a los buenos recuerdos para no desesperarse. Se decía que solo tenía que controlarse y recordar mientras Alexis llegaba por ella…

2

Desperté. Tenía una pala en mi mano derecha. Estaba llena de sangre. A menos de un metro de mí yacía el cuerpo de una chica. No podía ver su cara porque el pelo revuelto y húmedo la cubría. Su cabeza mostraba una gran herida.

—¡Suelte el arma! ¡Arrodíllese y suelte el arma! ¡Levante las manos!

La voz de un hombre decía eso. Sabía que él estaba detrás de mí. También comencé a escuchar otras voces y exclamaciones.

—¡La asesinó!

—¿Por qué?

—¡Está loca!

Otra vez el hombre me ordenaba.

—Suelte la pala y arrodíllese. Estoy apuntándola con mi arma.

Hice lo que él me pedía. Me arrodillé con las manos arriba. No sabía qué había pasado. Lo último que recordaba era la llamada a mi teléfono y la rama del árbol moviéndose. Yo estaba en el bosque contiguo a las Cabañas Wells. Y era de mañana, a lo sumo a mediodía. Sebastian me dejó allí. Eso era lo que recordaba. Y una voz en el teléfono que me decía que si quería ver con vida a Anne debía dirigirme a un lugar junto a las cascadas.

En ese momento escuché el ruido del agua caer. Era potente y parecía envolverlo todo. El policía me empujó hacia el suelo y me esposó. Luego me levantó.

—¿Quién es ella? ¿Está muerta? —pregunté.

—Debo leerle sus derechos.

Comenzó a repetir de memoria varias frases. Yo intentaba entender lo que había pasado conmigo. No podía ser que yo hubiese matado a esa mujer. Necesitaba saber quién era ella.

—¿Quién es ella? —volví a preguntar.

El policía no me respondió.

3

—Se llama Kimberly Sherman. Tenía antecedentes por maltrato de menores. No era una buena persona. Creo que desde que usted fue detenida ha estado preguntando la identidad de la víctima —dijo el jefe Gabriel Martin.

Nos encontrábamos en la sala de interrogatorios, uno sentado frente al otro. En medio de nosotros había una mesa. Martin ordenó que me quitaran las esposas. La misma agente policial que me había recibido cuando me condujeron hasta el Departamento de Homicidios de Rapid City hizo lo que él ordenó. Martin también le dijo que abandonara la sala y la mujer lo hizo.

—Puede decirme, agente Carter, ¿qué ha pasado aquí con usted?

—No lo sé —respondí.

Miré mis manos y mi ropa manchadas de sangre. Le conté lo que recordaba.

—¿Entonces usted también ha sufrido una «laguna»… o un «paréntesis»? —me preguntó. No supe si sus palabras estaban llenas de sorpresa o de ironía.

—Eso parece. Estoy tan sorprendida como usted. Es la primera vez que me pasa algo así. Yo estaba en la propiedad de los Donner y luego me vi con la pala en la mano frente a esa mujer. En medio de eso no sé qué pasó ni lo que hice. El único hecho cierto es que recibí una llamada. Pueden comprobarlo en mi celular.

—¿Lo lleva consigo? ¿Dónde está? ¿Lo sabe?

—No.

—¿Y su arma?

—Tampoco lo sé.

—Ya estamos otra vez frente a cosas «inexplicables». Primero su compañera que se pierde, después usted y ahora esto. No vamos a poder detener a la prensa y esto va a ser un circo.

—Alguien me llamó y eso debió ser minutos después de que Sebastian Hausmann me dejara en las Cabañas Wells algo después de mediodía. ¿A esa hora todavía los Donner estaban detenidos? —pregunté.

—Sí. Ellos estuvieron aquí todo el día de ayer. Hoy en la mañana los hemos dejado marcharse. Sebastian volvió a este departamento a las cuatro de la tarde informando que usted también había desaparecido. Fue a buscarla en las Cabañas Wells, tal como habían quedado, y no la encontró por ninguna parte. Desde ese momento la hemos estado buscando, pero ya sabe que las extensiones de tierra de esta parte del estado son enormes y difíciles, con todos estos bosques. No fue sino hasta la noche cuando supimos de usted, y de la peor forma posible. Ahora, por si no lo sabe, son las tres de la madrugada.

Hizo una pausa y me miró como si yo fuera una criatura extraña.

—¿Cómo es posible que no recuerde nada? —insistió.

—Así como fue posible con los pasajeros del bus. Es lo mismo. Si usted creyó lo del «paréntesis» de Balfe antes, ¿por qué no lo cree ahora? ¿O es que de verdad piensa que soy una asesina o que tengo problemas mentales como pensó en su momento de Anne?

—No, detective Carter. Ahora no me va a convencer con su lógica. Lo hizo antes y la apoyé. Hasta defendí a su compañera, su nombre, quiero decir, ante mis jefes e hice todo lo posible para que no saliera a la luz las sospechas sobre ella, pero ahora está usted en una situación mucho más comprometida. Tengo muchos testigos que la vieron con la pala en la mano y de frente a la víctima. Nunca tuvimos algo así de Ashton.

—¿Dónde está Sebastian Hausmann?

—No lo sé.

—¿Qué va a hacer conmigo? —pregunté.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Pase adelante, doctor Balfe… —dijo al tiempo en que se levantaba de la silla.

4

—El doctor se encargará de realizar un análisis preliminar de su estado mental —dijo Martin con voz impersonal.

La puerta se abrió y entró Jamie Balfe. Sé que vestía de un tono claro, muy claro. Lo vi más alto que la primera vez, pero no inspeccioné tanto su cuerpo porque no pude dejar de mirar su cara y sus ojos. Tenía una horrenda expresión de satisfacción. Entonces, en mi cabeza, apareció la imagen del monstruo oscuro del cuadro de Linda Donner. Me mostraba sus ojos rojos y junto con él estaban muchos perros de pelaje negro ladrando y gruñendo, mostrando sus colmillos y derramando espuma en las fauces.

Sin pensar me aferré a la madera de la mesa que tenía adelante. Apoyé mis dos manos sobre ella. Entonces la visión desapareció.

—Jamie, gracias por venir tan pronto —dijo Martin.

—Faltaba más. Sabes que puedes contar conmigo. Ahora conversaré con la agente Alexis a solas.

—Claro —respondió Martin y salió de la habitación.

Balfe se quedó mirándome. Se acercó y se sentó en la silla que Martin había ocupado. Inspiró y puso sus dos manos sobre la mesa, donde yo también había puesto las mías. Las aparté.

—Estoy aquí para encontrar al asesino de Bristol porque deseamos conversar con él. La única persona que sabe sobre mi plan eres tú, así que es tiempo de dejar de disimular.

—Estoy de acuerdo —le dije, retándolo.

Se quedó en silencio unos segundos más.

—Ahora mismo me niego a conversar con usted. Podrá estar aquí el tiempo que quiera. Sabe que conozco mis derechos y también sabe que conozco la organización a la que pertenece. Es insólito que se le haya ocurrido siquiera la idea de que podría cruzar con usted más de dos palabras —le dije.

—¿Ni siquiera si haciéndolo logramos dar juntos con el asesino y con su amiga más rápido?

—No voy a cooperar con usted jamás.

—Entiendo —respondió.

Se levantó, dio la vuelta a la silla y luego la movió para aproximarla al borde de la mesa.

Me sonrió. Luego se llevó la mano izquierda al cuello y se lo tocó con el dedo índice. Lo movió dibujando una línea imaginaria en sentido horizontal, como indicándome que cortarían mi cuello.

Entonces yo sonreí. No iba a demostrarle el miedo que me causaba. Caminó hacia la salida y antes de irse se volteó. Me habló sin mover los labios. Fue como una comunicación telepática. Me decía que ahora yo no sería un obstáculo porque era considerada una asesina, tal como mi amiga Anne.

En ese momento pensé que la oscuridad al fin había ganado.

Balfe sacó algo de su bolsillo, era una moneda. Ya sabía que una de sus caras mostraba al hombre de Vitruvio, como aquella que sacaron del vientre de Devin muerto. Ese objeto era la señal inequívoca de que se pertenecía a la oscuridad y de que ella había asesinado a mi novio.

La puerta se abrió antes de que Balfe la abriera. Lo hizo de golpe, y apareció Sebastian.

—Agente Hausmann, no pensé verlo de nuevo tan pronto —dijo Balfe.

5

—Yo tampoco a usted —respondió Sebastian.

—Pues ya me iba. La agente se niega a hablar conmigo. Puede que usted corra mejor suerte.

—Creo que es muy posible que así sea —le respondió Sebastian con un tono de desconfianza que Jamie Balfe debió haber captado.

Había desagrado en la cara de Balfe. Estaba claro que pensó que Sebastian estaba en mi contra y ahora se había dado cuenta de que contaba con un gran aliado para probar que yo no había asesinado a esa mujer. Lo más seguro era que él pretendiera dar la opinión contraria y convencer a Martin, que lo tenía en alta estima.

Balfe se fue y Sebastian se acercó a mí.

—¿Por qué demonios te has negado a hablar con Balfe? Te dije que me caía mal, pero de allí a…

—Lo que hago no tiene que ver contigo —le dije aunque después me arrepentí de haber sido tan dura.

Él levantó las cejas y continuó hablando como si nada hubiese pasado.

—¿Entonces por qué?

—No me parece un hombre confiable. Creo que tiene que ver con otras muertes pasadas. No tengo pruebas, pero pienso que pertenece a una corporación criminal.

—¿De qué estás hablando, Alexis?

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre.

—No lo entenderías, o puede que sí, pero ahora debemos pensar en otra cosa.

—Por ejemplo, en sacarte de aquí.

—¿Cómo ves mi situación? —pregunté.

—Martin está haciendo lo posible por apoyarte aunque no lo creas, pero está en una situación comprometida, sobre todo porque no es capaz de explicar por qué tenías esa pala en tus manos. A tu favor juega el hecho de que nadie te vio cometer el asesinato. En tu contra juega que cree mucho en el criterio de Balfe y que no has querido hablar con él. Me he comunicado con Charlize Tonny y ella lo ha

hecho con Martin. Ambos buscan cómo librarte de esto.

—Alguien me llamó y es lo último que recuerdo. Alguien me dijo que si quería ver con vida a Anne debía ir a las cascadas.

—Es decir, que alguien te puso una trampa y luego logró que tuvieses una laguna mental y de alguna manera te condujo a las cascadas. ¿Es eso?

—Sí. Lo mismo que les sucedió a los pasajeros del bus. A todos, menos a uno. Uno de ellos es el asesino, ha estado cerca desde el principio; y lo he conocido y he hablado con él o ella. Eso presiento. No sé quién es. Podrían ser Linda junto con Arthur, que es su cómplice natural. Creo que no tienen escrúpulos y que son unos farsantes. Sobre todo, Linda, que es capaz de justificar cualquier cosa… pero Martin dice que ellos estaban aquí cuando yo recibí esa llamada y que no hicieron ninguna.

—¿Y el empleado? Raymond Phelps.

—Sí. Creo que podría hacer cualquier cosa por Linda. Ella lo tiene como atrapado.

—¿Mary Hasting? No sabemos qué estaba haciendo. Pudo llamarte también.

—Sí. Pudo hacerlo —le respondí—. Tengo que salir de aquí. Creo que Anne está viva, que está enterrada pero viva.

—¿Cómo sabes eso? —me interrumpió.

Lo ignoré.

—Y también creo que el asesino se dedica a cazar abusadores de niños, maltratadores. Esta mujer, Kimberly, también lo era, al igual que Paul Bristol. Tal vez estemos frente a un vengador de inocentes, delante de alguien que ha sido víctima de maltratos y que ha sufrido un detonante por la muerte de alguien o por otro cambio trascendental en su vida.

—Por lo que sé, podrías estar describiendo al menos a dos de los cinco pasajeros: a Raymond Phelps y a Kenneth Ryder —razonó Sebastian.

Le di la razón y me quedé pensando en que el poder mental del asesino era excepcional.

—Y si fue víctima de una crianza de abusos psicológicos que le hicieron desarrollar una capacidad mental única, tal vez es una persona con un coeficiente intelectual elevado y una gran capacidad para soportar algún tipo de tortura. Tal vez lo encerraran en un ataúd agujereado para que no muriera y se escapara de la vida de maltratos que le tenían reservada… —dije en voz alta.

6

—Eso que dices es muy retorcido —expresó Sebastian—. Lo de no acabar con la vida de alguien para continuar haciéndole daño durante mucho tiempo.

—Algunos niños son víctimas de ese tipo de maltrato. Tú lo sabes —respondí.

—Sí. Es cierto. Es que lo dijiste de una manera… quiero decir, hubo algo en tu forma de hablar que me hizo sentir más de cerca la perspectiva de la víctima.

Era un hombre perceptivo. Por eso había comprendido mi comentario. Sin embargo, no podría imaginar que toda mi vida había estado llena de una enorme capacidad empática que muchas veces me generaba confusión y ansiedad, pero que también me había permitido hacer justicia, y resolver casos de asesinatos terribles.

Era esa la misma capacidad que me hacía pensar ahora que Anne estaba viva, encerrada en una caja, en un ataúd y bajo tierra, pero que habían agujereado la madera y de alguna forma garantizaron que ella pudiera respirar. Estaba viva, pero —si lo que pensaba era cierto— debía encontrarse atravesando uno de los peores momentos de su existencia, encerrada y sin saber cuánto más se prolongaría esa horrible situación.

La angustia de no encontrar a Anne me había afectado mucho y nunca las visiones en mi cabeza me habían dejado tan confusa. Solo esperaba que mi compañera resistiera un poco más hasta que yo pudiera encontrarla.

—Quisiera dar con algo que me permita encontrar a Anne. ¡Tengo que salir de aquí! —le dije a Sebastian, alzando un poco la voz.

En ese momento apareció el jefe Martin en el umbral de la puerta.

—Está de suerte, Alexis Carter. Hay testigos que han revelado algo que le exime de sospechas. No digo que comprendamos por qué tenía esa pala entre las manos, y por qué estaba allí.

Hizo una pausa y luego me miró reflexivo.

—Ya este endemoniado caso está rebasando mis límites y los de arriba empiezan a mostrarse nerviosos…

—¿A qué testigos se refiere? —pregunté.

Él cerró la puerta, inspiró profundo y caminó hacia la mesa en donde yo me hallaba sentada junto con Sebastian. Se acomodó el nudo de la corbata y luego se sentó.

Llevaba una carpeta en las manos. La abrió y la desplegó sobre la mesa. Nos mostró las hojas de un reporte policial. Las tomé y leí. Mientras tanto, al mismo tiempo en que yo leía el informe del testigo, se aclaró la voz y comenzó a explicarse. Sobre todo, se dirigía a Sebastian.

—A la hora del crimen la detective Carter se hallaba a la vista de varias personas que miraban las estrellas en una de las llanuras de Badlands Loop. La recuerdan porque sostuvo un comportamiento extraño; se mantuvo de pie mirando el cielo durante al menos treinta minutos y sin moverse. Pensaron que estaba drogada o llevaba a cabo una especie de rito. El hecho es que unos chicos la vieron llegar y dirigirse al lugar donde luego hallamos a la víctima.

Terminé de leer la declaración y comencé a prestarle más atención a Martin. Él continuaba hablando.

—De repente la agente Carter se detuvo y cambió de dirección, y fue cuando se encaminó hacia el centro del descampado y permaneció allí detenida. Entonces uno de los chicos escuchó un sonido proveniente de donde estaba la víctima, como de algo que se desplomara, y creyó ver a alguien correr después de eso. Esto sucedió a la hora del crimen según el analista forense. El chico no le dio importancia en ese momento. Luego Alexis se dirigió hacia el lugar del crimen y uno de ellos la siguió. La vio llegar y tomar la pala y luego quedarse de piedra con la pala en las manos, pero ya Kimberly Sherman estaba muerta.

—¿Por qué no habían dicho nada de eso antes? —preguntó Sebastian.

—Parece que uno de ellos cuenta con antecedentes. Además, estaban consumiendo drogas. Algunas personas toman siempre las peores decisiones y al principio prefieren callar antes que dar parte a la Policía. Luego, uno de ellos fue más sensato y convenció al otro de que contaran todo lo que habían visto. Es muy posible que, cuando la siguieron, lo hicieran pensando que ella tenía alguna droga que compartir con ellos —terminó de decir Martin, mirándome.

—Porque ellos pensaban que yo estaba bajo el efecto de algunas sustancias debido a mi comportamiento… —completé pensativa.

—Así es. Ha tenido suerte, después de todo —sentenció Martin.

Se quedó callado unos segundos y después volvió a hablarme.

—Ahora la pregunta es qué le pasó en esos momentos. Entiendo

que no ha querido hablar con el doctor Balfe. Eso no puedo explicármelo, Alexis. Le tenía por una persona sensata, y permitir que él le evaluara hubiese sido lo mejor para usted en un momento como este.

—Su departamento cuenta con sus propios asesores, Martin. No la puedes culpar por eso —intervino Sebastian.

—Está bien. Puede irse, Alexis. Manténgame al tanto de lo que haga. He dicho a Linda y a Arthur Donner que esperen una nueva visita suya. Terminaron siendo unos fraudes. Ella confesó que había profanado las tumbas de unos niños en un cementerio que está medio destruido, junto al viejo hospital que ahora está abandonado. El de San Lázaro. Son unos ambiciosos e inescrupulosos, pero tal vez no sean unos asesinos. En realidad, no tenemos nada en contra de ellos que los conecte con la muerte de Bristol. Algunas veces he pensado que todos en ese bus son unos asesinos y que lo de la laguna mental son solo patrañas.

Una vez que Martin dijo eso abandonó la sala. Me quedé pensando y Sebastian me miró, interrogante.

—Es como si el plan fuese que me dirigiera más temprano al lugar del crimen, pero algo hizo que me desviara. ¿Lo comprendes? Como si se tratara de una lucha mental entre el asesino y yo —completé.

—Y como si tú hubieses podido desencadenar un paréntesis de defensa dentro del paréntesis que el asesino había pretendido crear para ti. ¿Algo así? —preguntó.

—Exacto —confirmé.

Ahora recuerdo que llegué al lugar donde estaban unas personas admirando el cielo y me dirigí al lugar que se me había indicado que fuera, pero no recuerdo nada más. Sin embargo, los planes del asesino se vieron truncados por ese desvío que hice cuando esos chicos me vieron dudar y luego caminar hacia el descampado. Algo dentro de mi cabeza me permitió defenderme, tal como has dicho.

—Te pasó algo similar a lo de los pasajeros porque no recuerdas lo que pasó en esos minutos, pero sí lograste retrasar un poco el momento en el que debías estar presente en la escena, que era el plan del asesino. ¿Es eso lo que dices?

—Sí. El asesino debía estar allí esperándome. Tal vez fue a quien vieron correr los chicos.

—Eso deja fuera de sospecha a los Donner. Estaban aquí en ese momento. Los interrogaban.

—Sí. A menos que contaran con un cómplice. Alguien que encontrara un nuevo sentido en la vida después de una pérdida dolorosa. Alguien cegado por un tipo de resplandor —dije, pensando

en el sueño que tuve en el avión mientras volaba a Dakota del Sur.

—Te refieres a su empleado, Raymond Phelps.

—Sí. Ese hombre está entregado por completo a las nuevas creencias que le ha transmitido Linda Donner. Tal vez ella no crea nada de lo que dice, pero lo que yo vi en el taller de Donner cuando Raymond me acompañaba fue a un hombre que admiraba sus obras. A una persona que todavía sufría demasiado por la muerte de su hijo y que encontraba en el asunto de los niños de Black Hills y en la explicación del «mal existente en estas montañas» alguna forma de consuelo. Conozco personas así. Traté pacientes que hicieron lo mismo que Phelps ante una pérdida dolorosa, y se convirtieron en verdaderos fanáticos creyentes de la noche a la mañana.

—¿Tanto como para matar por ello? —preguntó Sebastian al tiempo en que movió el brazo y descansó la mano sobre la mesa que estaba junto a mí.

—Es posible, si siente que alguien puede interrumpir el nuevo equilibrio que ha conseguido. Esto es, por ejemplo, si Raymond pensara que Bristol podría afectar a los Donner de alguna manera. Pero también está lo de los abusos… Quiero decir que Bristol había abusado de su hijastra y Kimberly Sherman era una maltratadora, así que esto nos lleva a pensar que el asesino va en contra de personas que tienen un historial de violencia con niños. Bristol no sería la víctima por el peligro que podría significar para los Donner, sino por lo que hizo antes. A menos que sea parte de las creencias del asesino, que es como una especie de encarnación de la venganza de los niños de Black Hills, como una materialización de la ira de las montañas. Sí, esto podría ser… —le dije y dejé la frase inconclusa.

—Está bien. ¿Qué quieres hacer ahora? —me preguntó, haciéndose cargo de mis reflexiones, pero necesitando que concretáramos acciones.

—Hablemos con todos. Confirmemos sus coartadas a la hora del crimen de Kimberly Sherman. Pediré a Rossy, de mi equipo de apoyo en Wichita, que investigue si Sherman conocía a alguno de los pasajeros. De alguna manera el asesino se enteró de lo que ella hizo.

Sebastian se quedó mirándome. Sentí ganas de agradecerle su compañía y su apoyo. Sabía que no comprendía mucho de lo que hacía, pero también sabía que era de las personas que no necesitan entenderlo todo para tomar partido y avanzar en las investigaciones.

—Vámonos de aquí —le respondí.

No podía contarle lo que conocía de la oscuridad, ni que Balfe era miembro de ella, pero en ese momento confiaba en Sebastian, y su compañía me era necesaria para continuar la búsqueda de Anne y no

desesperarme.

Esperaba que esos agujeros que imaginaba había en donde fuera que estuviese encerrada se mantuvieran ventilándola hasta que pudiera dar con ella. No podía imaginar su muerte y era lo que más temía: que de repente llegara a mi cabeza la visión de mi amiga muerta.

Anne no era solo mi compañera. Era mi mejor amiga. Sentí ganas de llorar, pero luché para no hacerlo. Me levanté y Sebastian también lo hizo. Caminamos unos pasos en dirección a la puerta del salón. Él abrió y yo salí. Balfe en ese momento se encontraba al final del corredor. Tenía la mano puesta en el picaporte de la puerta de salida de la comisaría. Me miró y sonrió. Un escalofrío recorrió mi espalda.

La voz de Sebastian detrás de mí, muy cerca de mi oído, fue como un bálsamo.

—Deberías descansar, Carter.

7

Eran las cuatro de la mañana. Nos dirigimos al hotel Palladium. Decidí hospedarme en ese lugar.

Tomé una habitación y dormí un par de horas. Luego me di un baño rápido para despejarme e ingerí todo el contenido de las dos botellas de agua que había en el minibar. También abrí una lata de Coca-Cola
Light y la tomé por completo, casi sin parar. Se había desatado en mí una sed bestial y sentía los labios resecos. Era algo que ningún líquido parecía calmar.

Miré mi reflejo en el espejo de la habitación cuando estuve lista. Estaba demacrada, parecía enferma y débil, pero me dije que no podía detenerme.

En ese momento recibí una llamada al celular, que había dejado sobre la cama. Me alarmó. Tenía miedo de que fuera para decirme que habían dado con el cadáver de Anne.

—Dime, Rossy —dije al atender.

—Hola. Voy con el reporte. De Kimberly Sherman no tengo mucho. Es decir, sabemos que era una mujer violenta cuyo marido interpuso una orden de alejamiento y se quedó con los chicos, pero no encuentro nada que la relacione con algún pasajero del bus ni con Bristol. Tampoco con Anne.

Cuando pronunció su nombre se le quebró la voz. Después tomó aire y continuó.

—De los otros temas que me preguntaste te confirmo que la esposa de Arthur Donner no murió de manera violenta. Sufrió un infarto producto de su mal estado de salud. Tenía cáncer en las vías respiratorias. Nadie sospechó nada raro. Tampoco hay en la vida de Linda Donner ninguna mujer de edad avanzada que haya muerto por un ataque ni de una lesión craneal. La madre de Linda continúa viva en un residencia de ancianos y, aunque da muchos problemas por su temperamento, no ha tenido ninguna dificultad ni nadie la ha golpeado. Lo del amigo de Kenneth Ryder quedó determinado como un accidente. Me refiero a la muerte de Jim Seward. Nadie sospechó

nada extraño y mira que he escarbado. Y lo del suceso de Mary Hasting ocurrió una noche después de una fiesta en la escuela San Patrick, donde estudió. Pero quien cayó fue su joven amiga, no ella, y Mary Hasting fue testigo del hecho. Fue un intento de suicidio.

—¿Estás segura de eso? —pregunté.

—Sí. He leído la noticia. No fue gran cosa, porque la chica se salvó casi de milagro. Se llama Philipa Crittendon.

No entendía por qué Mary me había mentido. Tampoco por qué yo le había visto a ella —en la imagen de mi mente— tendida sobre la grava gris junto al rododendro y no a su amiga.

—¿Qué más has averiguado?

—Nada más. Podemos decir que esta es la última actualización que tengo para ti. Sigo buscando y en cuanto cuente con algo más te llamo. ¿No sabemos de Anne…?

—Lo siento, Rossy. Nada aún —respondí en voz más baja.

Quería decirle que pensaba que estaba viva, pero no podría hacerlo sin entrar en detalles de lo que era capaz de percibir. Sin embargo, me arriesgué un poco a darle alguna información que la tranquilizara.

—Yo creo que sigue con vida. Si la intención era matarla como a Bristol, lo hubiese hecho de una vez en la vía de Badlands Loop. No podemos rendirnos ahora.

—¡Es verdad! Eso me dice Juliet. Me ha apoyado mucho estos días.

—Y tiene razón —expresé.

Luego hice una nueva petición a Rossy.

—Quiero que investigues antecedentes de maltrato o de consultas psiquiátricas en Rapid City y sus alrededores que tengan que ver con torturas psicológicas, encierros en lugares cerrados a niños. Sé que las historias clínicas son confidenciales, pero tal vez puedas encontrar algo en medios amarillistas que hayan expuesto cosas de esta naturaleza. No sé, Rossy… pon tu imaginación a funcionar, busca en las redes sociales, en páginas de aficionados de crímenes reales, en lo que sea. A veces creo que el sistema legal deja muchos vacíos cuando las denuncias no prosperan. No sé si me explico.

—Sí lo haces. Investigaré lo que pides. En cuanto a lo otro que me solicitaste, sobre los abusadores de niños, he hecho una lista de quienes residen en Dakota del Sur. Te la enviaré a tu *e-mail*. Ningún otro ha muerto de manera sospechosa en esa zona. Solo Kimberly Sherman. Y un sujeto llamado Travis Engler, que fue acusado de violación de un niño, de su hijastro. Está muerto porque la esposa lo mató. Ella está presa en la Penitenciaria Estatal de Dakota del Sur, en Sioux Falls. Engler murió producto de las lesiones derivadas de un ataque. Los otros sujetos que cuentan con antecedentes de esta

naturaleza, o están en la cárcel, o están en libertad porque ya pagaron la pena. Son los que te he listado. Otra cosa, hemos comprobado que Paul Bristol no se comunicó con nadie más al llegar al país. Tomó el vuelo a Dakota del Sur y se dirigió a las Cabañas Wells de inmediato. Sabemos por el rastreo de su teléfono que no salió de las cabañas. Al menos, si lo hizo, no llevó el celular con él.

—Está bien, Rossy. Gracias —le dije y corté.

En pocos segundos recibí un *e-mail* y lo abrí en el teléfono. Era de Rossy. Se trataba de la noticia sobre Philipa Crittendon. Podía verse una imagen borrosa de una chica que lucía triste.

En ese momento tocaron a mi puerta. Dejé el teléfono sobre la cama y fui a abrirla.

8

—Hola —le dije a Sebastian.

—¿Has descansado? —me preguntó.

Se hallaba con la espalda apoyada en la pared del corredor justo frente a mi puerta. Creo que esa separación que él mismo impuso entre la puerta de mi habitación y su cuerpo obedecía a un mecanismo de defensa que se había diseñado para no estar cerca de mí, para no verse tentado a entrar. Sabía que había tensión sexual entre nosotros y tal vez no quería correr el riesgo de que yo también quisiese dejarlo pasar.

—Dos horas. Pero me siento mejor —respondí—. De todas formas es imposible que duerma más.

—Lo sé. Hay que encontrar a Anne Ashton.

Por la forma como dijo esas últimas palabras comprendí que, una vez que la encontráramos, entonces intentaría cambiar su actitud conmigo. Al menos eso era lo que él se debía decir a sí mismo. Posponía cualquier proposición de intimidad que pudiera hacerme hasta después de encontrar a mi compañera. Reconozco que me complació haber creado ese plan de acción en un hombre como él. Ser su objeto de deseo pospuesto me agradaba.

—¿Nos vamos? —completó.

Asentí, busqué mi celular y la llave de la habitación y salí junto con él. Caminamos en dirección al ascensor y en ese momento escuchamos el batir de una puerta tras nosotros. Se trataba de la de salida de emergencia que distaba a unos diez metros de donde estábamos. No tenía nada de particular que esa puerta se hubiese abierto. Podía tratarse de un trabajador del hotel que había salido por allí y que antes no vimos. Sin embargo, me quedé pensando unos segundos. Luego reanudé el paso cuando Sebastian lo hizo. Tomamos el ascensor y llegamos al vestíbulo del hotel. Cuando salimos de la cabina, nos dimos cuenta de que Linda y Arthur Donner acababan de entrar en el edificio. Miraron a un lado y a otro y luego, cuando nos reconocieron, caminaron hacia nosotros.

Linda lucía nerviosa, y Arthur, impasible. Más bien, lo vi como

disfrutando. Se notaba complacido, pero intentaba disimularlo.

—Necesitamos hablar con ustedes lo antes posible —dijo ella con la voz quebrada cuando estuvo cerca de mí.

Miraba a un lado y a otro. Luego posó su atención en unas personas que se hallaban en el vestíbulo, caminando hacia la salida.

En ese momento comenzó a escucharse el tema de la película *Titanic*. Céline Dion entonaba «mi corazón seguirá latiendo» cuando Arthur rio de una forma que me pareció algo violenta. Linda lo miró con asombro.

—No pasa nada, Linda. Es que me causa gracia, es la canción de la película del mayor naufragio, al menos del más famoso. Es un poco lo que nos sucede a nosotros por tu culpa. ¿Podemos sentarnos, por favor? —preguntó Arthur señalando un juego de sofá y butacas que se hallaban a nuestra derecha. Era el más apartado de la recepción del hotel y del módulo de la conserjería. A todas luces, buscaba intimidad.

—¡Alguien quiere matarnos! —exclamó Linda Donner.

Por primera vez pensé que ella decía una verdad. Esa era la auténtica Linda Donner, una mujer temerosa. Todo lo que había visto antes en ella, esa persona de espiritualidad ancestral conectada con la «esencia de las colinas», había sido un burdo disfraz.

9

—¿Por qué alguien querría matarla? —le pregunté.

—Es mejor que nos sentemos para que mi esposa pueda explicar mejor la interesante teoría que nos ha traído hasta aquí —insistió Arthur Donner.

Caminamos hasta llegar al lugar que él había señalado y nos sentamos. Sebastian y yo lo hicimos en las butacas frente al sofá. Un poco más atrás de este se encontraba un ventanal que mostraba el jardín interno del hotel. Linda y Arthur se sentaron en el sofá frente a nosotros y también al área del pasillo que comunicaba con el vestíbulo.

Aguardamos a que ellos tomaran la iniciativa en la conversación.

—Verán, la gente muchas veces necesita de una atmósfera particular para valorar las cosas que de otra manera pasarían desapercibidas. Mis obras tienen alto valor estético y sobre todo reflexivo, resumen muy bien esta época que vivimos, pero los habitantes de esta zona del país no tienen mucho criterio. Así que ideamos un mecanismo de promoción, una especie de publicidad muy creativa…

—Que consistía, básicamente, en engañar a la gente con el asunto de los huesos de los niños y de las creencias ancestrales de los siux. ¿No es así? —interrumpí.

—Usted dice «engañar», pero nosotros decimos «estimular» —respondió Linda con una entonación un tanto hostil.

—¿Quién quiere matarla? —preguntó Sebastian, intentando concretar el punto de su mayor interés.

—Todo esto es como un efecto espiritual de búmeran, y me pasa por los pensamientos asesinos que he tenido…

—¿De qué está hablando, Linda? —pregunté, elevando un poco la voz.

Esa mujer me exasperaba. No solo era una farsante que había sido capaz de profanar tumbas, sino que ahora volvía a plantar cara aludiendo al plano espiritual.

—Los que tuve con ella. Ha llegado el momento de exponer los

pensamientos que me mostraron la rabia que había en mí. Muchas veces quise asesinar a mi madre tomando una escultura negra que había en el salón, y que ella amaba, porque mi madre no supo mostrarme el camino adecuado para ser yo misma. Uno se autoengaña y se dice que tener pensamientos asesinos, que cometer crímenes imaginarios, no es ningún delito, pero esa intención criminal queda grabada en alguna parte de tu registro de vida y te perseguirá siempre. Esa es la sombra que enturbia mi vida y lo que no me deja avanzar ni triunfar. Esa rabia contenida que acumulé por mi madre.

—Esas son tonterías, Linda —reclamó Arthur—. Pensé que te había quedado claro que desear matar a alguien no es lo mismo que hacerlo. También creí que esas ideas de la rabia solo habían servido para el contenido de tus obras, y no que en realidad las creyeras aunque fuera de una forma mínima. Eso de que estamos en los días en que la energía rabiosa de las colinas está por erupcionar lo decías para vender las obras de los huesos enterrados. ¿O no? —preguntó Arthur con una entonación mucho más aguda que la que acostumbraba a emplear. Era como si en ese momento, de manera genuina, estuviese asombrado de las explicaciones que acababa de exponer su mujer.

Ella hizo silencio. Él la miraba como si en ese instante hubiese dejado de reconocerla. Después Arthur continuó hablando.

—Lo que Linda nunca entendió es que mentir de esta manera tiene sus consecuencias, porque la gente que ha sido engañada experimenta una especie de traición. Todo ha sido por su afán de lograr el éxito más rápido de lo debido. También por eso invertimos todo lo que teníamos en las cabañas… —manifestó Arthur. De repente lo vi más viejo, más cansado.

—No es momento de recriminarnos nada —se quejó Linda.

—¿Quién se ha sentido traicionado? —pregunté.

En ese momento vi como la mirada de Linda se llenaba de pánico y la de Arthur de miedo. Miraban a alguien que debía estar de pie y detrás de Sebastian y de mí.

10

Ambos volteamos con precaución. Giramos la cabeza lentamente. Vi un brazo extendido a menos de medio metro de distancia de mí y una mano que portaba un arma.

Consideré que era mejor no movernos y pensar muy bien nuestras acciones. El brazo temblaba y era de un hombre.

Con el rabo del ojo vi que Arthur se movió hacia atrás, dejando caer la espalda sobre el respaldo del sofá. Entonces volví la cabeza hacia adelante, otra vez hacia los Donner. Sebastian también lo hizo.

Linda rogaba:

—¡No dispares! ¡No tienes derecho a hacerlo! Sé que te sientes defraudado, pero esta reacción es desproporcionada.

—Creía en lo que hacías. Pensé que ahora mi hijo formaba parte de una dimensión mejor y que podría contar con su presencia, pero todo esto era un juego para ti —dijo quien los apuntaba.

—Raymond, suelte el arma. ¿Pasará el resto de su vida encerrado? ¿Es lo que quiere? —le dije sin moverme y sin voltear.

Me di cuenta de que Sebastian se preparaba para atacarlo y desarmarlo. El brazo de Phelps, empuñando el arma, estaba más cerca de él que de mí, podría decirse que justo sobre su cabeza.

Contando con el elemento sorpresa, además de hacerlo con el nerviosismo de Phelps, podía resultar bien el plan de Sebastian, pero era arriesgado. Me pareció preferible hacerlo entrar en razón primero. Toqué la pierna de Sebastian con mi mano izquierda; con ese gesto pretendía decirle que aguardara un poco.

Escuché un grito que provenía de unos cinco o seis metros de distancia. A esa hora el vestíbulo del hotel estaba bastante vacío, pero alguien había visto lo que sucedía. Ya no podría controlarse la reacción de quienes llegasen y pasasen por la recepción del hotel. Eso iba a empeorar las cosas y pondría más nervioso a Raymond Phelps.

—Raymond, la gente que está aquí ya se ha dado cuenta de que está armado y pronto se verá rodeado de personas que podrían hacerle daño. También usted sería capaz de hacer algo en contra de gente inocente. Esta no es la mejor manera de actuar —le dije.

—No me importa… —comenzó a responder él, pero luego se calló.

Linda lloraba y Arthur se inclinaba un poco más por detrás de ella. Parecía que estuviese intentando utilizarla como escudo si Raymond se decidía a disparar.

Una idea vino a mi cabeza: era cierto lo que decía Mary Hasting sobre que ese hombre no quería a Linda. Al contrario, si alguna vez la unió a ella algo agradable, ahora eso se había convertido en odio.

Lo que sucedió después fue muy rápido. Sebastian se desplazó veloz con un movimiento bien calculado que hizo que el arma de Raymond saliera volando. Inmediatamente y con una velocidad felina, se levantó y se abalanzó sobre Raymond, que se había quedado paralizado.

Yo entonces tomé mi arma del cinto y le apunté. Escuché gritos y el llanto agudo de Linda Donner.

11

Se llevaron detenido a Raymond Phelps, quien, una vez desarmado, se mostró muy dócil. Los Donner también se fueron a casa después de prestar declaración. Sebastian y yo nos hallábamos en su auto de camino a ver a Mary Hasting.

Miré el reloj del celular: eran las once de la mañana y yo lo único en que pensaba era que Anne llevaba más de 84 horas desaparecida. Lo que había pasado en el hotel era para mí algo que no tenía que ver con lo esencial en este caso.

—¿Crees que Raymond sea a quien buscamos? —me preguntó Sebastian sacándome de mis pensamientos.

—Es un hombre atormentado cuya sanidad mental se fracturó con la muerte de su hijo. No sé si sería capaz de embarcarse en una cruzada como la de nuestro asesino —le respondí algo dudosa.

—¿Crees que el asesino está haciendo eso? ¿Qué ha diseñado una cruzada de venganza contra los abusadores?

—Sí. Eso creo. Ya no me convence que el motivo para matar a Bristol fuera por sus novelas. La muerte de Kimberly Sherman nos orienta en otra dirección. Sabemos que la misma persona la mató a ella en el lapsus que yo experimenté, que fue igual al que experimentaron los pasajeros. Es decir, provocar ese estado de conciencia alterada forma parte del *modus operandi* del criminal. Lo que no comprendo es por qué, si el asesino es fruto de una crianza cruel, ha iniciado los asesinatos de manera tan tardía. A menos que lleve en su historial varios homicidios que no hemos detectado, pero si lo ha hecho, estos no han estado acompañados de testigos que declaren no saber lo que sucedió en un lapso de horas.

—¿De dónde sacas que el asesino es producto de una crianza cruel? —me interrumpió Sebastian, con un tono de voz que demostraba extrañeza.

No le respondí y continué mi idea.

—Debió haber un detonante, como ya hemos hablado… Pensamos en una muerte y por ello consideramos a Raymond, pero el tema es que Phelps no ha salido del foso, no cuenta con la energía necesaria

para convertirse en un inteligente asesino, para «emocionarse» con un proyecto criminal. Además, no me parece que tenga la capacidad mental para producir lagunas mentales en las demás psiquis.

—En ese caso, lo mismo podríamos decir de Kenneth Ryder. Ese sujeto también es como una sombra llena de tristeza por la muerte de su amigo Jim Seward y no tendría entonces la energía necesaria.

—Tienes razón —concedí.

Pensé en mi visión de Kenneth sufriendo en el cementerio. También en la de Raymond padeciendo la muerte de su hijo, junto al péndulo. En ese momento consideré que debía descartarlos a los dos porque el asesino no contaba con un amor como el que ellos habían sentido y todavía sentían. Algo me dijo que al asesino un amor así le hubiese podido permitir escapar y desembarazarse de lo que ahora lo llevaba a matar.

—La desgracia eterna, la soledad futura… —dije, sin quererlo, en voz alta.

Sebastian quitó un segundo la vista de la vía y me miró, abriendo un poco más los ojos.

—Esa frase vino a mi cabeza en estos días. Para Raymond y para Kenneth la vida es sombría, son personas desgraciadas, pero a pesar de eso están conectados con la realidad de una manera que creo el asesino no conoce.

—Dices cosas muy extrañas, Carter.

—La tristeza les debilita el poder mental. El asesino debe ser una persona que no se ha visto apegada a alguien con la intensidad con que ellos lo están o han estado; Phelps a su hijo y Ryder a su amante. Es igual, al final de cuentas, son sentimientos amorosos intensos. Y por eso el criminal ha podido concentrarse en su extraordinaria capacidad sin que nada consuma su energía, porque ni ama ni sufre. Ya lo ves, al menos Phelps está desequilibrado y fuera de sí, y si ni siquiera es capaz de controlarse a sí mismo, menos podría hacerlo con las mentes de otros.

—Ahora comienzo a entenderte. El hombre es un peligro, pero como tú, pienso que no es a quien buscamos. A menos que esté fingiendo y sea un gran actor —reconoció.

Sus palabras me llamaron la atención. Me quedé callada, pensando, y Sebastian lo notó. Entonces se sintió obligado a explicarse mejor.

—Digo que, si el asesino es tan increíble como para nublar las mentes de los demás, también puede hacernos creer que tiene una personalidad que no tiene. Y que sufre, por ejemplo. ¿No lo crees? —completó.

Esa idea me perturbó, pero en ese momento no supe por qué. Preferí continuar exponiendo mi razonamiento.

—Nos quedan Linda, Arthur y Mary —dije.

—¿Por qué siempre has creído que el asesino es uno de los pasajeros? ¿No podría ser acaso alguien que siguiera al bus desde un auto del que ni siquiera tenemos una pista? —razonó Sebastian.

—Desde que llegó al país, Bristol no se comunicó con nadie más. Simplemente se fue directo a las Cabañas Wells y solo interactuó con las personas que estaban allí. Tuvo que decirle a alguien lo del abuso a la niña, de su hijastra.

Le argumenté eso por decirle algo, pero yo sabía que el asesino conocía lo del abuso no porque Bristol lo hubiese confesado, sino por la misma razón por la que yo sabía cosas al tocar a las personas. Debía poseer la capacidad de detectar abusadores solo con tocarlos o verlos. En ese momento fue la primera vez que pensé en serio que era alguien similar a mí, que empatizaba de la misma forma o mejor que yo, y que por eso se convertía en juez y verdugo sin necesidad de pruebas.

Al tener contacto con Bristol, debió saber lo que él había hecho con la niña y decidió matarlo, así como a Kimberly Sherman. Era como si el asesino fuese mi propio reflejo, un «Alexis» sin escrúpulos y dispuesto a matar. En ese momento la imagen de la bifurcación volvió a mí y tomó un sentido aterrador, una representación de mí misma dividida, extraviada.

Sacudí la cabeza y continué hablando.

—Entonces lo lógico es pensar que el criminal es alguien que estuvo en las cabañas y en el bus, y que habló con Bristol, y que por alguna razón logró que él le confesara lo que le había hecho a la pequeña.

No sabía si mi planteamiento convencería a Sebastian. La verdad es que tenía muchos puntos débiles, ya que Paul Bristol pudo hablar con alguien por teléfono sin salir de las cabañas o haberlo hecho por internet, incluso antes de llegar a nuestro país. Pero no podía decirle a Sebastian que me empeñaba en buscar al asesino entre los pasajeros del bus porque era lo que mi intuición me orientaba, lo que mis visiones me mostraban aunque no tuviese ninguna prueba.

—¿Qué opinas de Arthur Donner? —le pregunté, cambiando el tema.

—Es un tipo racional que está harto de esa mujer.

—Así es. Podría culparla de su deslave financiero. También de haberse visto invadido por un deseo impostergable hacia ella que luego se transformó en hastío. Arthur pudo haber iniciado una relación con Linda incluso antes de que su primera y agonizante

esposa muriera. No sería la primera vez que alguien vive una fantasía de atracción hacia una persona y luego se da cuenta de que esta no era lo que esperaba, y detesta su propia decisión de tener algo con esa nueva persona y hasta desea volver el tiempo atrás.

—¿Por qué es tan importante para ti el pasado de Donner y lo de la primera esposa? —preguntó y, al hacerlo, arrugó un poco la frente y dio un pequeño toque en el volante con su mano izquierda.

Era una buena pregunta y yo no podía responderle con la verdad. No podía decirle que había visto, al tocar el asiento que ocupó Linda, el ataque a una mujer de cabellos blancos que podría ser la primera mujer de Arthur, y que por eso prefiguraba un asesinato anterior en una especie de complicidad de ellos dos. Ya ella había aclarado que tuvo fantasías asesinas con su madre que no llegó a cumplir, y bien esta podría ser la mujer mayor de mi visión siendo atacada con un objeto, pero tal vez, junto con Arthur, Linda sí se había atrevido a hacer algo para matar a la primera esposa de él. A mí me parecía que el miedo que ella reflejaba no era solo por lo que había llamado «crímenes imaginarios» ni por el deseo de haber querido asesinar a su madre. La verdad es que no sabía si debía descartar a los Donner de ser sospechosos. Si la crianza de Linda fue dura y odiaba a su madre, podría ser una vengadora de abusivos.

—No puedo decírtelo —le respondí a Sebastian muy a mi pesar.

Me estaba resultado muy difícil la relación con él, porque sabía hacer las preguntas adecuadas y cada vez me costaba más sortear sus interrogantes sin desvelar mi propia capacidad empática. Era un hombre muy inteligente. Demasiado.

En ese momento fui salvada por la campana. Llegábamos a la clínica veterinaria propiedad de Mary Hasting.

12

Sebastian apagó el motor del auto.

—¿Es que no confías en mí, Carter? —me preguntó mirando hacia abajo.

Era la primera vez que lo hacía, eso de hablarme con la cabeza gacha. Me dije que Sebastian contaba con varios mecanismos de autorregulación. Primero, alejarse de la puerta de mi habitación para no caer en la tentación de evidenciar su deseo de hacer el amor conmigo. Ahora, no mirarme a los ojos para que no notara que mi falta de confianza le afectaba.

Sucumbí ante el impulso de tocarlo y con mi mano busqué la suya, que descansaba sobre su pierna derecha.

—Sí confío. Ahora mismo eres la persona de la cual me fío más. Es solo que mis métodos son diferentes y necesito que contemos con más tiempo para poder explicártelos. Lo haré cuando encontremos a Anne. Te lo prometo —le dije.

Él tomó mi mano y la apretó por unos segundos. Luego la soltó y abrió la puerta del auto sin decir nada más.

Bajamos y vimos a una mujer salir de la clínica. Iba acompañada de un cachorro *golden retriever*. El perro ladraba y movía la cola.

Caminamos hacia ellos y, cuando estuvieron a menos de un metro de distancia de nosotros, noté que la mujer había estado llorando. Su nariz estaba enrojecida y sus pestañas aún seguían húmedas.

El cachorro comenzó a oler los zapatos de Sebastian. Él se agachó y el animal comenzó a lamerlo.

—¿Puedo acariciarlo? —preguntó a la dueña.

—Sí. Claro que puede. Se ha salvado. Llegó muy enfermo. Todavía no puedo creer que esté bien —respondió ella, sonriendo.

Su cara me resultaba familiar, pero no podía dar con la razón.

Sebastian puso sus dos manos sobre el cuello y la cabeza del cachorro y lo acarició. El perro sacaba la lengua y la llevaba a los dedos de Sebastian.

—Se llama Locura. Ya ven por qué —dijo ella.

Luego se despidió y se llevó a Locura tirando de la correa, quien

continuaba ladrándole a Sebastian como despidiéndose de él.

Llegamos a la puerta de la clínica y la abrimos. Cuando entramos, nos topamos de frente con Mary Hasting. Vestía un uniforme de color blanco que mostraba dibujos de muchos perros y gatos coloridos.

—Agente Carter. Inspector. Ahora mismo estoy ocupada. Tengo que operar a una gatita. Pero pueden esperarme aquí si lo desean. Trataré de no tardarme mucho. Locura me ha entretenido más de lo debido.

Después de decir eso, dio la vuelta y se fue caminando por un corredor. Sebastian y yo nos sentamos en la salita de espera que comunicaba con la puerta de entrada. En ese momento no había nadie más en el lugar. Un fuerte olor me invadió, era parecido al que podía percibirse en los hospitales y que me desagradaba.

De pronto, recibí una llamada de Martin. Linda y Arthur Donner burlaron la vigilancia policial y se les había perdido el rastro. El jefe ordenó la vigilancia de ellos hasta que se resolviera el caso, pero habían logrado desaparecer.

Las palabras de Sebastian volvieron y retumbaron en mi cabeza: «Si el asesino es tan increíble como para nublar la mente de los demás, también podría hacernos creer que tiene una personalidad que no posee».

Yo había creído que los Donner eran unos farsantes, que ella era una mujer que quería adquirir fama por sus pinturas, y que él estaba hastiado de ella, pero tal vez eso solo era lo que ellos querían que creyera. Yo podía haber caído como mosca boba en la trampa del matrimonio Donner. Además, me convencí de que ellos estaban siendo interrogados a la hora del asesinato de Kimberly Sherman, pero eso podía no ser cierto. Ya conocía la comisaría de Rapid City; era un edificio pequeño con poco movimiento para ser una comisaría. Ellos pudieron influir en los recuerdos de Martin o de quien fuera que los interrogara en relación con los huesos de los niños que Linda desenterró en la mina abandonada. Simplemente creí que estaban allí porque Martin lo dijo, igual que los pasajeros del bus dijeron que el paseo el día de la muerte de Bristol se había dado sin contratiempos.

—Nos han engañado todo el tiempo —le dije a Sebastian.

13

Pensé en lo que había experimentado en las Cabañas Wells: ese desconsuelo y esa asfixia que al principio supuse se debía a la presencia de Balfe. Me preguntaba cuál de los dos sería el controlador, quien poseía la capacidad de interferir en los recuerdos de los demás. Me dije que tal vez lo conseguían entre los dos como en una especie de sinergia. Quizás la primera vez que cometieron un asesinato fue cuando mataron a esa mujer de cabellos grises de mi visión. Entonces, lo vi todo claro.

—¡Es él! ¡Él es el poderoso! Por eso no vi nada al tocar el asiento que ocupó en el bus. ¿Cómo no pude planteármelo antes? ¡He estado todo este tiempo en casa de los raptores de Anne! —exclamé.

—Alexis, ¿puedes decirme de qué demonios estás hablando? —me preguntó Sebastian alzando la voz.

Yo aún tenía el teléfono entre las manos. La voz de Martin podía escucharse en el aparato, intentaba que yo le respondiera. La impresión de saber que desde el principio conviví en el mismo lugar con los captores de Anne me desquiciaba.

Sebastian tomó el celular de mis manos y se puso al habla con Martin. Me sentía entre nubes, más bien, como dentro de una espesa niebla. Miré al frente y vi una fotografía muy grande de un gato siamés que parecía escrutarme, acusarme. Si Anne moría, sería mi responsabilidad. Como lo había sido la muerte de Devin. Todas las personas que amaba lo hacían por mi culpa…

—Han dado la orden de búsqueda por todo el estado —me dijo Sebastian con voz grave apenas cortó la comunicación con Martin y me devolvió el celular.

—¿Por qué huir si no son culpables? —preguntó.

—Porque tal vez lo son —respondí.

—No me lo parecían. Además, no pudieron matar a Kimberly Sherman porque estaban en la comisaría.

—¿Lo estaban en realidad? —intervine.

—Eso me dijo Martin. Él mismo los estaba interrogando. Creo que Balfe también estaba allí. De todas formas, no podrán ir lejos.

—A menos que conozcan vías de escape que la policía ignora. Sabían de la existencia de la mina, también de la del cementerio junto al hospital antiguo. Parecen conocer muy bien estos parajes.

—La policía también —argumentó él. Después, como cayendo en cuenta de algo, continuó hablando—. ¿Quieres decir que hicieron creer a Martin y a Balfe que estaban en la sala de interrogatorios cuando en realidad estaban en las cascadas matando a Sherman?

Asentí. Sebastian inspiró profundo y con la mano derecha se sacudió el pelo de la parte superior de su cabeza.

—Podría ser… —terminó aceptando.

14

Salimos de la clínica veterinaria sin avisarle a Mary Hasting. Le propuse a Sebastian que participáramos en la búsqueda de los Donner en lugar de ir a la comisaría. No podía quedarme sin hacer nada hasta que la policía diera con ellos. Además, pensaba que el tiempo de Anne se acababa. Si los Donner planeaban huir, podían deshacerse de Anne para no dejar ese cabo suelto.

Las próximas horas las pasamos recorriendo la ciudad y los alrededores de Black Hills. En mi cabeza nada aparecía, ninguna visión. Estaba bloqueada por completo.

Eran las siete de la noche cuando le dije a Sebastian que deseaba volver al lugar donde el bus se detuvo y asesinaron a Bristol. Llegamos allí. Nos bajamos del auto y caminamos hasta adentrarnos un poco en el bosque, junto a la carretera. Sebastian solo me seguía. Desde hacía unos minutos lo notaba muy callado.

Esperé un poco y miré en todas las direcciones. Me sentía perdida. Me agaché y toqué la tierra y el monte que crecía en ella, pero era incapaz de tener alguna visión.

—Carter, ¿qué haces? —me preguntó.

Sacudí mis manos y volví a ponerme de pie. Escuché un ruido en la carretera. O eso me pareció. Entonces volteé en dirección a donde lo había oído y sin querer tropecé con algo. Casi me caigo y, para no hacerlo, me apoyé en Sebastian. Puse la mano en su brazo. Él me sostuvo y luego su mano tomó la mía. Fue cuando una horrenda imagen se apoderó de mi mente. Vi el cuerpo ensangrentado de un hombre con muchas heridas en el cuello, en la cara, en el pecho y en los genitales. Estaba muerto y tuve la convicción de que había sido víctima del asesino que yo buscaba.

¿Por qué el contacto con Sebastian me producía esa imagen?

Sentí que me faltaba el aire y un enorme peso aprisionaba mi cabeza. Yo no conocía a ese hombre muerto, no era Bristol. Después la imagen desapareció y apareció un gramófono dorado y antiguo cubierto de sangre en el que daba vueltas un disco. En medio de este podía leerse la palabra «amor». El gramófono parecía estar en una

cafetería.

¿Quién había hablado de una cafetería antes? No podía recordarlo.

Esa imagen también desapareció de mi cabeza y me quedó un profundo miedo porque había una sola explicación para que esas imágenes hubiesen aparecido al tocar a Sebastian Hausmann.

Y esa deducción era aterradora.

15

Perdí la consciencia. Cuando desperté, me hallaba en la sala de una casa que no conocía. Había un olor a medicamento en el ambiente. Sentí náuseas.

Me dolía mucho la cabeza. Iba a estallarme. Intenté moverme, pero mi cuerpo no respondía a mi voluntad. Escuché pasos y luego la voz de Sebastian Hausmann. Cantaba una canción que nunca había escuchado. Parecía música celta.

—¿Eres un asesino? —le pregunté.

Sebastian no me respondió y siguió cantando. Después se sentó en una silla junto a la mesa de un comedor que se encontraba como a cinco metros de distancia de la mecedora donde yo estaba sentada.

Aunque quería levantarme, no podía hacerlo. Supuse que me habían drogado. Miré alrededor y me di cuenta de que había muchos objetos antiguos en ese lugar. Las ventanas estaban cubiertas con telas blancas de encajes que en ese momento me parecieron horrendas. Era como si el tiempo se hubiese detenido y me encontrara en una estancia típica de inicios del siglo pasado.

—¿Dónde estoy?

Algo en mi cabeza me recordó a Balfe, a la oscuridad.

—Es una casa muy bonita. Parece cuidada con esmero —fue lo que respondió Sebastian.

Su voz tenía algo malo. Hablaba con una pronunciación lenta, como si tuviese que pensar con mucho esfuerzo antes de hablar.

—¿Por qué me has traído aquí? ¿Aquí está Anne?

—Anne… quería que la sacaras de tu cabeza para entrar en tu habitación, para que me invitaras a entrar —dijo, hablando todavía con mayor lentitud.

Escuché el sonido de un celular, pero no era el mío. El tono era diferente. Sebastian se mantuvo inmóvil y callado. Cerró los ojos. De pronto me pareció que actuaba como un niño.

Escuché un gato maullar. Me dije a mí misma que tenía que calmarme. No podía mover las manos ni ninguna parte de mi cuerpo, pero al menos podía pensar con claridad.

El gato comenzó a maullar con más insistencia. Escuché unos pasos que se acercaban. Entonces me di cuenta de que era el olor que había percibido en la clínica veterinaria de Mary Hasting. Y también comprendí que al lado de la casa de mi abuela no había ninguna vecina.

Mary Hasting había implantado ideas en mi cabeza. No existía ninguna niña parecida a ella en mi pasado, aunque muchas veces deseé que hubiese alguien allí para tener con quien jugar.

¡Esa vecina nunca existió!

PARTE V

1

Anne despertó. Había soñado que estaba en su casa. Pero al abrir los ojos otra vez la verdadera pesadilla volvió sobre ella.

Deseó que su corazón fallara de una vez. Había perdido toda esperanza. Ahora estaba segura de que nadie la encontraría.

Lo que más quería era morir y acabar con ese insoportable encierro. No se atrevía a tapar los agujeros que todavía la conectaban con la vida. Algo dentro de ella se negaba a hacerlo. Cada vez que las gotas de agua caían por la pequeña manguerilla de goma que llegaba cerca de sus labios, ella abría la boca para tomar del líquido y no morir de sed.

Estuvo despierta durante unos minutos, pero luego se fue perdiendo en un sueño consolador. Esta vez el sueño la llevó a la cafetería donde conoció a Kenneth.

Despertó y recordó lo que sucedió en el bus, otra vez. Cuando se dio cuenta de que algo inusual estaba pasando. Cuando bajó y la vio a ella, a Mary Hasting.

Lucía impactada, aterrada.

—¡Alguien lo ha herido! ¡Está muy mal! No sé qué ha pasado… —exclamaba una y otra vez.

Anne no llevaba su arma consigo. Después de todo, había ido a Rapid City para una fiesta, no de servicio.

Entonces caminó hacia la parte de atrás del bus y cruzó la vía. Vio un bulto inerte en el otro lado de la carretera. Se acercó a él. Pensó que Mary se había quedado junto al bus, pero no fue así.

Fue ella quien la atacó y la metió en ese ataúd. ¿Cómo había podido confiar en ella?, se preguntaba una y otra vez.

Era una interrogante que le hacía daño. Tal vez porque lucía inofensiva, sensible y confiable. Pero era el peor monstruo que había conocido en toda su carrera como policía. El más letal. El que lograría acabar con su vida.

—Puede que haya sido mi culpa por haber aceptado la invitación de Kenneth… —se dijo a sí misma y volvió a quedarse dormida.

2

Supe que Mary era poderosa y creaba «trucos de espejos» en la memoria de las personas.

Ese parecido que implantó en mí fue posible por el deseo de compañía que siempre tuve de pequeña. Eso hizo que nunca me la planteara en primera línea como sospechosa. Después se había mostrado asustadiza, cercana, confidente. Había actuado muy bien porque nunca dudé de ella. Y ahora me tenía bajo su control, al menos físicamente.

Fue cuando pensé en eso que Mary apareció en la sala, sonriendo.

—Veo que te has despertado, Alexis. Ya comenzaba a preocuparme. En tu caso, tuve que drogarte y por ello no puedes moverte, pero pronto recuperarás la movilidad de todo el cuerpo. Tu voluntad es increíble. Con Sebastian no tuve que tomarme tantas molestias. Noto cierta tensión sexual entre ustedes…

—¿Anne está viva? —fue lo primero que le pregunté.

Ella me miró, callada, después se sentó frente a mí en una silla de madera. Alisó un pliegue que se formó en la tela de su uniforme a la altura del regazo. Este se había convertido en el refugio de un gato que vino siguiéndola. Entonces acarició la cabeza del animal mientras este entrecerraba los ojos.

—Sí. Anne está viva —me respondió.

Inspiré aliviada y comencé a sentir un hormigueo en la punta de los dedos de las manos.

—Es la primera vez que hay dos personas en esta salita. Todas estas cosas pertenecían a mamá y ahora son mías. Ella murió hace unos meses, pero es como si todavía estuviera aquí. Siempre me dije que cuando ella por fin no estuviera iba a quemar todo esto, y con mi propio dinero iba a comprar cosas muy diferentes. Pero ya ves, uno no sabe cómo va a reaccionar llegado el momento.

Hizo una pausa. Yo miré a Sebastian.

—Eso era cuando pensaba que podría escapar, pero algunas personas tienen otras maneras de quedarse. ¿Conoces el poema? «Se fue, pero qué forma de quedarse».

—¿Escapar de qué? —le pregunté.

—De ella. De Felicity Abroms. Así se llamaba mi madre. Hasta su nombre era una ironía para mí.

—Te torturaba. Estaba enferma. Era sádica y tú fuiste su víctima eterna. ¿No es así?

—No pretendas conocerme tanto, Alexis. Yo soy la que ha logrado implantar ideas en tu cabeza. Desde que te vi en las Cabañas Wells comprendí que eras poderosa. Pero solo has descubierto lo que yo te he permitido. Por eso pensaste que era yo la chica herida en la escuela. Era Philipa en realidad, casi la única amiga que he tenido y también la única persona con la que cometí un error. Era apenas una niña y no sabía cómo actuar. Después de eso, mamá fue más severa aún. Pila, así la llamaba yo, intentó suicidarse porque atravesaba un cuadro depresivo grave. Su padre abusaba de ella. Lo había contado a una de nuestras maestras, pero esta no tomó en serio la acusación o se tomó demasiado tiempo en hacerlo. Fui yo quien dijo a los cuatro vientos que Pila era víctima de su padre y de la tapadera de ese colegio, pero mi madre se encargó de mostrarme que no debía entrometerme en eso, y mi equivocación fue hacerle caso. Pila ahora sigue siendo mi amiga. De hecho, hoy te cruzaste con ella cuando más temprano viniste a verme. Siempre que visita Rapid City nos encontramos.

Comprendí por qué había visto el rostro de Mary en mi visión. Porque ella así lo quiso, porque en parte esa era su confesión. Su amiga fue víctima de abuso y ella también. No solo se sentía culpable por no haber hecho nada más por su amiga, sino que, a la vez, se veía igual a Philipa, como una víctima. Nunca le dijo a nadie lo que su madre le hacía y vivió con su abusadora hasta hacía pocos meses. No podía pensar algo más trágico y horrible. El maltrato, en el caso de Mary, era sobre todo psicológico y por ello más difícil de detectar. También comprendí por qué tuve la visión del hombre ensangrentado al tocar a Sebastian. Él había estado acariciando a Locura minutos después de que Mary —de seguro— lo hizo también. Quizás ambos lo acariciaron de la misma manera, masajeándole el cuello.

—¿A cuántas personas has matado? —le pregunté.

—Podríamos decir que «directamente» comencé con Paul Bristol. Era una mala persona.

—¿Entonces «indirectamente» hubo alguien antes? ¿Se trataba de un hombre?

—Sí —dijo a la vez que movía la cabeza hacia abajo y miraba a su gato—. A Travis Engler. Y ella también se merecía estar presa.

—¿Ella?

—Verás, su esposa sabía que Engler abusaba de su hijo, pero prefería ignorarlo. Me trajo al mastín a consulta porque se estaba tornando agresivo. Toqué al animal y lo supe todo. Me sentí asqueada con Travis y con ella también. Mi madre ya estaba inválida y dependía por completo de mis cuidados en ese entonces. Esa fue una buena etapa para mí; verla disminuida y dependiente. Fue cuando comencé a verme como alguien que podía contribuir a mejorar la vida de algunas personas. Así que le dije a Josefine, la esposa de Travis, que el animal era inofensivo. Además, le inyecté una dosis de un estimulante y le dije a ella que no sería un problema, que podría irse a casa. El niño ya no vivía con ellos en esos días. Sabía que el perro iba a atacarlos en cuánto despertara. Y lo hizo. Se le abalanzó a él y ella le disparó al animal en medio del ataque. Además, sin quererlo, disparó a Travis y terminó de herirlo de muerte. Porque Josefine no era diestra en el manejo de la escopeta. Eso fue justicia poética.

Me miró y sonrió.

—Luego declaré a la Policía que le había dicho con suma claridad a Josefine Engler que el perro era un peligro y que no debía llevarlo a casa, sino sacrificarlo. Ya sabrás a quién le creyó el policía. Mi testimonio fue central para la acusación. Josefine resultó culpable de homicidio culposo. ¿Y sabes por qué el detective me creyó? Porque le recordé a una antigua novia que tuvo. Puedo hacer eso, lograr que la gente me vea como no soy, conectar con una parte alterada de la memoria.

—Lo sé. Lo hiciste conmigo y mi vecina imaginaria —le dije.

—Lo ves. Solo lleno espacios en blanco. Soy el contenido deseado que ocupo los vacíos del pasado, podríamos decir.

—¿Por qué has retenido a Anne? Ella no ha maltratado a nadie. Es la mejor persona que conozco.

Entonces, el resplandor de una rabia muy pura apareció en los ojos de Mary Hasting, que se clavaron en mí.

3

Después Mary llevó la mirada hacia Sebastian. Él se mantenía sentado a la mesa, inmóvil y con los ojos cerrados.

—No va a recordar nada de esto —me dijo.

—¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Por qué nos trajiste aquí si no sospechaba de ti y todo el mundo busca a los Donner? —pregunté.

—Tarde o temprano ibas a saber la verdad. Percibo que eres empática.

—¿No has percibido otra cosa? —pregunté.

—¿A qué te refieres? ¿Al tormento de Kenneth por su amor perdido y a su genuino interés en tu amiga? ¿A las nuevas creencias que son una tabla de salvación para el pobre Raymond? ¿O al amor mezclado con odio que en el ocaso de su vida siente Arthur por la egoísta Linda?

—Me refiero a Jamie Balfe —completé.

—Es un hombre extraño, pero no sé de qué hablas.

Me pareció que decía la verdad.

—En cuanto a Anne, te he dicho que está viva y que lo seguirá estando porque necesita un buen tiempo para reflexionar. No logré someterla en el bus como a los otros. Tal vez porque con aquellos ya había mantenido contacto antes en las cabañas, en cambio, Anne llegó de improviso movida por el deseo que le inspiró Kenneth Ryder.

Cuando dijo eso, volví a experimentar la ira que la unía a Anne.

—¿Por qué odias a mi compañera? —le pregunté.

—No lo hago. No odio a nadie en particular. Felicity me enseñó a no sentir nada parecido. Solo actúo de forma oportuna para evitar sufrimientos, como los que tuve que soportar yo, y como los que tuvo que aguantar Philipa. Claro que, en mi caso, me hicieron más fuerte.

—No es verdad. Odias a Anne —insistí.

El gato emitió un ruido y la atacó de repente. Le hizo un arañazo en la mano. Luego saltó al suelo y se fue a refugiar en un rincón.

Me di cuenta de que Mary tenía en la mano un alfiler. Había clavado la punta en el animal, buscando esa reacción en él.

—Era la gata de mamá. Ya está vieja. Debe morir pronto, pero aún

no decido cuándo. Mientras tanto, la cuido y la alimento.

Me supe perdida. Estaba atrapada por una persona muy enferma e impredecible. Sus traumas eran profundos. Mary Hasting tenía una personalidad fragmentada y, aunque decía no odiar, todo en ella era ira.

—Tu rabia se pudrió dentro de ti. La que sentías por tu madre, la que ella te producía al encerrarte en un ataúd —le dije.

Mary se levantó de la silla y caminó hacia mí. Se detuvo a mi lado y acarició mi cara.

Entonces, en mi cabeza vi a una mujer muy parecida a Anne meter a una niña en una caja de madera repujada, con un espejo y varios agujeros en la cara interna. La niña se parecía a la muñeca llena de gusanos de mis visiones anteriores.

—¡La odias porque se le parece! Anne se parece a tu sádica madre y no puedes evitar sentir esa enorme fuerza nueva para ti, ese deseo de castigarla que nunca pudiste ejercer.

4

Pensé que iba a golpearme al escucharme, pero no lo hizo. Se separó de mí un poco, dando dos pasos hacia atrás y luego se dio la vuelta. Después llevó la mano a la parte posterior de su cuello y movió la cabeza a un lado y a otro. Como ejecutando ese movimiento que uno hace cuando quiere distender los músculos, cuando siente tensión.

—¿Qué sabes tú de mi madre? —preguntó todavía dándome la espalda.

—Te encerraba por horas y así lograste desarrollar tu habilidad mental, tal vez innata, como nadie lo ha hecho. El autocontrol era lo único que tenías para sobrevivir. La rabia que sientes por Anne, la verdadera razón por la que la has raptado y encerrado no es porque supiera que mataste a Bristol, sino porque te hace recordar a tu madre. El parecido entre ellas puede que sea demasiado para ti. Debe ser la primera vez que sientes algo tan auténtico, que tu cabeza queda en blanco y experimentas una emoción tan real y enorme.

Hice una pausa y sentí un hormigueo en mis pies. Logré moverlos un poco.

Continué hablando.

—Lo malo es que este sentimiento es la rabia. Hasta matas por una razón, porque quieres sacar de este mundo a los abusadores como el padre de tu amiga, como Bristol y Sherman. Eres una vengadora racional y poderosa, pero lo que has hecho con Anne no se corresponde con eso. Simplemente no pudiste evitar odiarla por su parecido con Felicity —le dije.

Vi cómo se clavó el alfiler en el dedo medio de la mano izquierda. Me pareció que lloraba por el movimiento que observé en sus hombros, pero no lo hacía. La escuché reír. Después se dio la vuelta y me miró.

—Puede que sea verdad lo que dices.

—Detente. Puedes ahora mismo parar. Tendrás un trato justo, te ayudarán. Saldrás de este lugar en donde aún respira Felicity. Puedes salvar a Anne porque ella no es tu madre. Sus hijos la necesitan —le dije.

—Es muy tarde —me respondió.

Me dio la impresión de que por un segundo o dos quiso creerme, pero al final no lo hizo.

—Te pareces a Kenneth Ryder y a su patética idea de creer que podía volver a empezar. Se encontró con Anne Ashton en la cafetería más bonita de esta ciudad. Es emblemática y exhibe objetos interesantes. Algunos fueron donados por Felicity, como aquel gramófono dorado que yo odiaba porque ella lo activaba y disfrutaba de la música mientras yo estaba castigada. No está bien ese patético optimismo de amores mínimos que algunos creen enormes y salvadores. Son solo falsedades que emocionan por un momento. Y yo soy inmune a ellas. Tienes que saber, Alexis, que algunas cosas no tienen remedio, y soy de esas.

En ese momento, se acercó. Estaba decidida a golpearme o tal vez a estrangularme. Escuché a la gata maullar una vez.

Sebastian comenzó a cantar de nuevo la misma canción de antes.

5

Volví a sentir el hormigueo de antes en las piernas. Parecía que mi cuerpo comenzaba a despertar, pero lo hacía de una manera muy lenta, como para que pudiera defenderme de Mary. Aquel era mi fin.

Ella avanzaba hacia mí. Entonces esperé un ataque, pero no lo hubo.

—Eso es lo normal, lo que hacen todos. Esperan el impacto en un momento y piensan que luego todo acabará. Pero, en mi caso, no sucedió así. No hubo un ataque definitivo, ni un antes ni un después. Vivo en un constante golpe que no acaba. Tal vez tú puedas entenderme… —dijo.

Se había detenido. La gata, que aún estaba en la habitación, salió corriendo y Sebastian interrumpió su canto. De repente pensé en el momento en que recibí la llamada que desgarró mi vida, cuando me dijeron que el hombre que amaba había muerto. Sabía que eso estaba en mi cabeza porque Mary lo metió allí. Comprendí que se hacía fuerte y se imponía por la culpa que las personas sentíamos. Así, Linda se sentía culpable de haber querido asesinar a su madre, Raymond de no haber brindado una mejor vida o una mejor muerte a su hijo, Kenneth de no haber dicho a los cuatro vientos que amaba a su amigo. Por eso yo había tenido aquellas visiones en el bus. Era por medio de la culpa que lograba doblegar las mentes y producir el «paréntesis», la expulsión de la realidad y la continuación de una realidad diferente por unos minutos o algunas horas. Mary lograba imponer un estado de conciencia secundario que funcionaba como una detención del tiempo verdadero.

—Sé cómo lo consigues. Primero te haces una idea de las personas y después usas las palabras adecuadas para traer el recuerdo que atormenta a tu interlocutor. Y es allí cuando logras el efecto. Lo logras por una mezcla de habilidades que has cultivado. Sabías que al decirme lo del golpe que no acaba iba a pensar en Devin. De seguro has investigado mi vida. Cuentas con una inteligencia excepcional y has tenido mucho tiempo para hacer juegos mentales y mirar tus propias expresiones en un espejo, encerrada en el ataúd donde tu

madre te encerraba. Deseas que el recuerdo de Devin me haga débil, me impulse a pensar que ya nada tiene sentido, y eso hace mi mente débil y me lleva a un limbo —afirmé.

Ahora que la había comprendido, no iba a dejar que la culpa fuera más fuerte dentro de mí. Traje a mi mente a Anne y a sus hijos. Eran personas vivas que valían la pena. Pensé en mi compañera la primera vez que la vi, tan resuelta a salvar la vida de una niña que se estaba asfixiando.

Entonces me pareció que comencé a librarme del efecto que Mary quería lograr en mí.

Las dos librábamos una especie de batalla por el control de mi mente, pero yo estaba resistiendo.

—Tú lo sabes, la imaginación salva, Mary. Y ahora imagino a Anne, no a Devin. No es la primera vez que me libro de tu influencia. Lo hice en el descampado, y seguro que fue porque pensaba en Anne y en que yo podía hacer algo por ella. Justo por eso que tú has descrito como un «patético optimismo», que además es algo que nunca has sentido, pero que envidias. ¿A quién imaginas tú, más allá de la persona que te maltrató hasta el final de sus días? ¿Por quién serías capaz de hacer algo? Por nadie —sentencié.

Mary comprendió que no podría doblegarme en ese momento. Dio la vuelta y se encaminó a la salida de la sala, pero yo no podía dejar que se marchara. Tenía que detenerla.

La vida de Anne dependía de ello.

6

Tenía que hacer algo para que volviera aunque tuviese que alterarla y provocarla.

—Lo que hizo Felicity contigo fue tu culpa. Pudiste haberte ido de esta casa y abandonarla cuando creciste —le grité.

Sabía que eso la alteraría porque no era cierto. Mary fue víctima antes de ser victimaria, y su madre había sabido tejer un vínculo tóxico para ella del cual nunca tuvo oportunidad de escapar. Era una acusación falaz la que hacía, pero necesitaba que se descontrolara y permaneciera en la sala por más tiempo, hasta que al menos me dijera algo más sobre Anne.

Mary se detuvo al escucharme y giró en redondo.

—Así que no eres tan inteligente como pensé. Eso es lo que opinaría la gente ignorante, pero se supone que tú no lo eres —me dijo en tono acusador.

Logré mi objetivo, había abierto la caja de Pandora.

Volvió a dar la vuelta y salió de la sala con pasos apurados. Tuve la intuición de que volvería. Lo hizo trayendo una pala consigo.

Intenté moverme, pero más allá de los calambres que sentía en las piernas, no lograba nada.

Se me ocurrió un último recurso.

—¡Sebastian! ¡Sebastian! ¡Tienes que ayudarme! —grité.

Él abrió los ojos y se quedó mirándome, pero no hizo nada más.

Mary se detuvo.

—¿De verdad crees que lograrás que él despierte? Uno de tus problemas es que confías demasiado en la gente que no conoces —me dijo.

—Sebastian, lo que creas que has hecho mal, no es así. ¡Nadie ha muerto por tu culpa! Si no pudiste salvar a alguien inocente fue porque nunca estuvo en tus manos hacerlo —grité con más fuerza.

Estaba apostando a que si era cierto que la debilidad que Mary aprovechaba se soportaba en los sentimientos de culpa —en esas ideas que nos hacen sentir miserables—, en el caso de Sebastian, debía ocurrir algo similar. Perteneciendo al cuerpo policial, supuse que tal

vez alguna vez Sebastian llegó tarde y no pudo evitar la muerte de alguna víctima. O que tal vez había optado por hacerse policía viniendo de una familia rica para resarcir una acción pasada cargada de culpabilidad. No lo sabía, pero intentar aquello era mi última esperanza.

—Sebastian, son las personas vivas las que importan en el presente. ¡No los muertos del pasado! —grité.

Mary se acercó corriendo hacia mí con la pala sostenida en su mano derecha. Supe que moriría y, en milésimas de segundos, muchas escenas junto con Devin y junto con Anne poblaron mi mente. Me dije a mí misma que había hecho todo lo posible y cerré los ojos. Me preparé a morir.

En ese momento escuché un disparo.

7

Mary cayó al suelo cerca de mí. Sebastian se acercó corriendo a la mecedora donde yo me encontraba.

Intenté ponerme de pie. Lograba mover las piernas un poco más, pero no como para poder levantarme sin ayuda.

—Alexis, ¿estás bien? —me preguntó Sebastian cuando llegó. Pasó sus manos por mi rostro y luego acarició mi cabeza.

—Sí. Estoy bien. ¿Y ella? ¿Está muerta? Cómo sabremos de Anne si…

—No está muerta. Le disparé al hombro —respondió Sebastian.

Después de decir eso, se agachó para evaluar a Mary Hasting. Supuse que iba a tomarle el pulso y a ver su estado general.

En pocos instantes volvió a ponerse de pie y caminó por la sala. Buscó un celular y regresó con él entre las manos. Llamó a la comisaría.

—Pronto estarán aquí. No sé muy bien lo que pasó. Solo sé que esta mujer tenía tan poca fe en mí que ni siquiera me desarmó. De repente te escuché y tomé mi arma.

—Tenía poca fe en ti y mucha fe en ella misma —respondí al tiempo que miraba hacia abajo, a donde yacía Mary.

—Ahora está estable. Solo desmayada. Se salvará y nos dirá dónde está Anne. No te preocupes… —me dijo Sebastian.

Entonces, unas ganas incontenibles de llorar me atacaron. Nunca me había sentido tan cerca del fin. Mis brazos adquirieron de nuevo total movilidad y también mis piernas. Le pedí ayuda a Sebastian para levantarme. Me sostuvo y logré con su apoyo mantenerme en pie.

Sentí náuseas, pero logré estabilizarme. Sebastian estaba muy cerca de mí. En ese momento me abrazó y yo me aferré a él. Sentí como las lágrimas resbalaban por mi cara e iban a parar a la tela de la camisa que cubría sus hombros.

—¿Estabas…? ¿Escuchaste…? ¿Cómo saliste de ese trance? —pregunté.

Sin interrumpir el abrazo, me respondió:

—No recuerdo con claridad. Sé que escuchaba tu voz y la de ella,

pero sentía que estaban en una dimensión diferente, que yo me hallaba en otra parte como un espectador. Hubo unas palabras que me hicieron volver a la realidad. Dijiste que eran las personas vivas las que importaban, o algo así. ¿Cómo supiste que…?

Dejó la pregunta inconclusa.

—No lo supe. Solo lo imaginé. Tienes espíritu de ley, de policía. Las personas como tú siempre lamentarán algo de su pasado, siempre hay alguien a quien no pudieron salvar. Estoy segura de que algún fantasma de culpabilidad poblaba esa dimensión en la que estabas, algún recuerdo de alguien que quisiste salvar y no pudiste.

—Me gusta lo del «espíritu de ley». Nadie me lo había dicho antes. Deberías explicárselo a mi familia —dijo con una sonrisa irónica y luego me abrazó más fuerte.

En ese momento, supe que yo también debía dejar los muertos en el pasado. Y me despedí de Devin como nunca lo había hecho. Creo que él también quería despedirse de mí.

Escuchamos pasos dentro de la casa. Llegaron varios agentes acompañados de Gabriel Martin.

En ese momento, Mary Hasting despertó.

8

Sebastian y yo nos hallábamos en el despacho del jefe Gabriel Martin unas horas después de los eventos en casa de Mary Hasting.

Parecía que había estado allí hacía muchos años y ni siquiera había transcurrido una semana desde la primera vez que visité el despacho y vi las fotos de Martin alardeando de su pesca de las truchas extrañas.

—Hasting no ha dicho una palabra —explicó el jefe.

—Tengo que verla —exclamé.

—Lo sé. Lo sé —dijo al tiempo en que levantaba una mano, como pidiéndome paciencia—. Pero debíamos seguir los procedimientos. Había que conocer la droga que esa mujer le había administrado y comprobar que estuviese bien. Ahora lo sabemos y también que ya se encuentra en perfecto estado. Además, debíamos esperar la intervención de Hasting. Por cierto, usted agente Hausmann, tiene una excelente puntería, la neutralizó sin comprometer su vida.

—Sí. Desde muy chico aprendí a disparar. Salía de caza con mi padre. Era de las pocas cosas que hacíamos juntos —respondió Sebastian.

—Ahora nos enfrentamos al problema de que, si Hasting no habla, no podremos avanzar ni en su acusación ni en lo más importante, dar con el paradero de la agente Anne Ashton.

—Ella me dijo que la había encerrado en una caja de madera con ventilación e hidratación —mentí.

Me pareció que Sebastian me miró con un gesto de preocupación. Como si supiera que eso no era verdad. Pero pensé que no podía saberlo, porque durante la conversación que yo sostuve con Mary él se encontraba en estado de semiinconsciencia. Eso me había dicho.

—¿No le dio ninguna otra pista? —preguntó Martin.

—No —respondí.

—Mala cosa. Estamos haciendo el análisis del celular de la detenida. Localizando dónde estuvo los últimos días. Pero hasta ahora no hemos descubierto nada. Yo sigo sin entender cómo esa mujer ha logrado confundir a tanta gente. ¿Qué clase de poder extraño es ese? Para mí es algo totalmente nuevo, y si me lo permiten, aterrador.

—Es una mujer muy traumatizada y perturbada —completó Sebastian.

—Y eso me lleva a plantearme una pregunta. ¿Cómo es que Jamie Balfe no pudo detectar esa perturbación en Mary? —dije y esperé atenta la reacción de Martin a mi nada inocente comentario.

—Es verdad. Ya lo había pensado de camino del hospital hacia acá —reconoció Martin—. Tal vez ella también logró engañarlo a él.

—O tal vez Balfe descubrió los traumas y la capacidad de Mary Hasting y por alguna razón no dijo nada —insistí.

Martin se movió hacia adelante y apoyó los codos en la superficie del escritorio que nos separaba de él.

—¿Está diciendo que Balfe voluntariamente entorpeció la investigación? —me preguntó.

Su entonación era una mezcla de incredulidad y molestia.

—No lo sé. Pero si justo se le busca para que aclare el diagnóstico psicológico de individuos sospechosos y no logra conducirnos a la verdad, voluntariamente o no, no ha sido útil —aclaré.

—Es cierto. Es la primera vez que lo noto tan perdido. De hecho, lo he llamado hace unos minutos, pero no me ha respondido, y eso tampoco es normal —dijo Martin.

Me levanté de la silla que ocupaba. La misma que utilicé la primera vez que entré en ese despacho. Miré un rayo de sol que avanzaba tímido sobre los papeles del escritorio de Martin y las partículas de polvo que flotaban en el aire. Entonces una pregunta vino a mi cabeza: «¿Cuánto aire le quedaba a Anne?».

Sebastian se levantó también.

—Voy a hablar con Mary Hasting. Tendrá que decirme dónde la ha encerrado —dije.

Me escuché a mí misma con una entonación diferente. En ese momento la puerta del despacho se abrió y Netty Burgess, la secretaria de Martin, entró. Vestía la misma blusa blanca y la falda negra de cuando la vi la primera vez. Debía siempre vestir igual para ir a trabajar. No sé por qué me fijé tanto en eso. Me lanzó una mirada cargada de algo que no supe descifrar.

Sebastian y yo salimos del despacho, y cuando él estuvo a punto de cerrar la puerta, escuché unas palabras:

—Todavía no puedo creer que Mary, la veterinaria, sea una asesina. ¿Están seguros de eso? Ha cuidado todos los animales de mi familia desde siempre. Y su madre era una excelente persona, una mujer muy culta…

La puerta se cerró y pensé: «Comprendo demasiado a Mary Hasting. Las apariencias esconden a los peores monstruos, y eso es

insoportable».

—Monstruos como Balfe, con imagen de civilizados pero que sirven a la oscuridad —exclamé en voz alta.

—¿Perdón? ¿Decías algo? —preguntó Sebastian.

El papel de la oscuridad en todo esto me preocupaba. Según Mary, ella no percibió nada extraño en Balfe, pero eso podía ser mentira. Tal vez ya la habían captado o estarían a punto de hacerlo.

—Después de visitar a Mary Hasting me gustaría que viéramos a Jamie Balfe —le dije a Sebastian.

Ese hombre continuaba dándome miedo, pero ya era hora de vencerlo.

9

Cuando salimos al estacionamiento de la comisaría, nos encontramos con Kenneth Ryder.

—Agente, la estaba buscando —me dijo.

Sebastian se apartó un poco. Comprendió que Kenneth quería decirme algo a solas.

—He escuchado que han detenido a Mary Hasting y que creen que es ella la asesina de Bristol.

Hizo una pausa. Me mantuve en silencio.

—Algunas personas no muestran jamás lo que son. Nadie sospecharía de Mary porque es una mujer fresca, sencilla, sensitiva. Es todo lo que deseamos que sea bueno en alguien. Pero luego, cuando lo pensamos bien, entonces comprendemos que nadie puede ser tan perfecto. Que la perfección es un invento. Y entonces, algunos detalles empiezan a florecer en nuestras cabezas…

—¿Detalles como cuáles? —lo interrumpí.

—La primera noche que pasamos en las cabañas, antes del paseo, yo tenía la impresión de que ella me comprendía, que sabía de mi depresión y de las ganas que siempre he tenido de perderme en el bosque y no volver. Salgo a correr de forma compulsiva, a pesar de mi rodilla, y lo hago como para destruirme. Pero eso nadie lo sabe. Sin embargo, ella me miraba como si lo supiera. Y esa noche, cuando volví a la cabaña, la encontré de pie en la escalinata que conduce a las cabañas. Era como si me estuviera esperando.

—¿Y qué pasó?

—Me dijo que ojalá pudiera ser posible.

—¿A qué se refería? —pregunté sin perder los detalles en las expresiones de Kenneth.

—Eso es lo más extraño. Yo acababa de conocer a Anne. Y mientras corría, pensé que era la primera vez que no quería morirme ni perderme. Quería volver a las cabañas y que pasara con rapidez el tiempo aquella noche, y volver a verla al día siguiente. La había invitado a que me acompañara al *tour*fotográfico y no estaba muy seguro de si ella iba a aceptar mi invitación. Mary no podía saber eso,

era imposible que comprendiera que había una luz al final de mi camino, o que tal vez la hubiera. Eso era lo que yo estaba pensando, y entonces, esta mujer que casi no conocía y que no tenía nada en común conmigo me dijo esto, y no pude sino pensar que se refería a mis propios pensamientos.

—¿Como si al decir «ojalá fuera posible» se refiriera a lo que deseabas con Anne? —apunté.

—Sí. Utilizó la palabra «ojalá», pero por su expresión traduje que ella pensaba que yo era un iluso por creer que pudiera ser posible. No lo vi como la expresión de un deseo, sino como si de verdad me estuviese diciendo: «no es posible». Ella daba por descontado que nada cambiaría en mi vida. Pero, a la vez, lo comprendí como una mínima compasión que tuvo conmigo, como si genuinamente deseara que me fuera mejor aunque supiera que era imposible. Sé que todo esto es confuso, y la verdad es que no sé expresarme mejor. Nunca he sido bueno con las palabras. Solo quería que supiera que esa mujer se puede meter dentro de uno y escarbar.

—Entiendo —me limité a responder.

—Al menos a mí nunca me hizo daño, y cuesta creer que sea una asesina.

—Los asesinos no siempre son como esperamos —argumenté.

Él se me quedó mirando.

—¿Usted, en su carrera, ha conocido gente que puede leer en la vida de los demás como si fueran libros abiertos?

Tuve que decirle la verdad.

—Sí. Conozco a una persona con esa habilidad. No como un libro abierto. Más bien como manuscritos confusos.

—Ya. Ella la quiere y confía mucho en usted. Solo quería que lo supiera. Me refiero a Anne. Me lo dijo. Hablamos de todo…

—No tienes la culpa, Kenneth. Ni de lo que pasó con Anne ni de lo que pasó con Jim —le dije.

Él sonrió agradecido.

—Ahora me parece que usted también sabe leer mi mente.

Le devolví una breve sonrisa.

—¿Mary le dijo algo sobre algún lugar al que ella le gustara ir, algún sitio apartado en donde tomara fotos, por ejemplo, o a donde fuera de vacaciones? —le pregunté.

—No. Lo lamento. No lo hizo. En realidad, no me habló de nada con relación a ella. Es más como una esponja que absorbe lo que somos los demás. Como si no tuviese nada que contar sobre su propia vida.

Pensé que no era cierto que Kenneth era mucho más que un

hombre bello. Acababa de describir el vacío trágico de la vida sin afectos de Mary Hasting sin saber siquiera que lo había hecho.

10

Me despedí de él y subí al auto con Sebastian. Me preguntó si la conversación con Kenneth había arrojado algo, y le respondí que no. Solo lo que ya sabíamos: que Mary era hábil leyendo a las personas.

—¿Crees que Anne aún esté viva? —me preguntó de repente Sebastian.

Sentí que luego de sus palabras un silencio de hielo se apoderó de la cabina del auto. Quería responder que sí, pero no podía. No lo sabía. Desconocía si el hecho de que Mary no pudiese visitar el lugar donde tenía a Anne iba en contra de la sobrevivencia de Anne. Tal vez el mecanismo por medio del cual le proveía de oxígeno requería atención que ahora Mary no podría brindar recluida en el hospital.

—No lo sé, Sebastian. Creo que, si damos con ella rápido, la encontraremos con vida —respondí.

Llegamos al Monument Health Rapid City Hospital. Recorrimos la planta cinco del edificio buscando la habitación de Mary Hasting. Era la número 515 según nos habían informado en la recepción.

Desde varios metros de distancia supimos la ubicación de la habitación donde se hallaba porque la puerta estaba custodiada por dos agentes policiales. Caminamos hasta allí. Yo lo hice con pasos rápidos. Cada segundo contaba.

Entramos en la habitación después de mostrar las identificaciones. Una enfermera iba saliendo. Mary se hallaba acostada en la cama con los ojos abiertos y mirando al techo. Tenía las manos entrelazadas en el pecho, una sobre la otra.

Algo me hizo adivinar que esa era la posición que adoptaba cuando estaba encerrada en el ataúd que había diseñado su madre, Felicity Abroms.

Lucía como en un estado catatónico, con la mirada fija y en absoluto mutismo. Ni siquiera pareció darse cuenta de que entramos en la habitación.

Intenté hablarle, toqué su mano, me interpuse entre sus ojos y lo que fuera que miraba arriba, pero no logré que hablara. No pude sacarla del estado en el que se hallaba y no dijo ni una palabra.

De repente, cuando Sebastian y yo desistimos de nuestros intentos de que nos dijera dónde estaba Anne, ella adoptó una posición imposible. Levantó su espalda y su cabeza como si debajo de ella hubiese varios almohadones, y se mantuvo en esa incómoda postura.

Recordé que había estudiado eso en la universidad. Esa espeluznante posición que en siglos pasados era asociada con posesiones demoníacas. Era común en esquizofrénicos y conocida como la «almohada psíquica». Nunca la había visto en alguien y comprendía por qué se asociaba a algo macabro. Sentí como la piel de los brazos se me erizaba.

—¡Qué diablos! —exclamó Sebastian mientras la miraba adoptar y mantener esa posición.

Mary se mantuvo así, como reposando sobre algo invisible y no dejaba de mirar hacia arriba, hacia el techo. Ese estado catatónico —estuve segura— era parte de sus defensas durante sus encierros.

—¿Por qué ha adoptado esa posición tan extraña? —preguntó Sebastian.

—No lo sé —confesé.

—Creo que ni siquiera sabe que estamos aquí —dijo él.

—No. Está totalmente desconectada de la realidad.

Pensé que tal vez imaginara que se hallaba en una playa o en un campo hermoso. Mary solo contaba con su mente y me temía que ahora la hubiésemos perdido para siempre. Sospeché que nunca volvería a la realidad y con ello perderíamos la posibilidad de localizar a Anne.

Sentí miedo. Avancé un poco más hacia la cama y me atreví a tocar a Mary. Puse mi mano sobre una de las suyas.

No esperaba ver lo que vi entonces.

11

En mi visión, Jamie Balfe estaba vestido tal como lo vi cuando lo conocí. Con ropa ajustada y de color claro. Estaba sentado en una butaca blanca en un espacio muy iluminado. Lo acompañaba el hombre de la pesadilla del avión, el que creía que estaba a mi lado. El mismo que llevaba un anillo dorado en su dedo con el grabado de *El hombre de Vitruvio*. Con voz muy grave que no parecía humana, sino más bien un rugido, el desconocido me dijo: «Una bestia que siempre nos está mirando».

Solté la mano de Mary sin pensarlo.

—¿Qué te pasa, Alexis? —escuché preguntar a Sebastian.

—Alguien ha estado aquí y ha tocado a Mary… —dije sin terminar y salí corriendo.

Cuando los oficiales me vieron, notaron que algo me pasaba. Miré más allá y me di cuenta de que una puerta se movía al final del corredor del piso.

—¿La enfermera que acaba de estar aquí tomó esa dirección? —pregunté levantando la voz y atropellando mis palabras.

—Sí. Me pareció extraño porque el módulo al que siempre se dirigen se encuentra en la dirección contraria —me respondió el oficial de estatura más baja, que también parecía el más despierto de los dos.

Corrí hasta llegar a la puerta que había visto moverse. La crucé. Me encontré en una habitación que contenía varios estantes y material de lavandería y limpieza. Allí no había nadie.

La habitación tenía otra puerta, que daba al exterior del edificio y a una escalera de emergencia. Llegué hasta allí, pero la mujer se había esfumado. Pensé que pudo haber entrado en cualquiera de las plantas del edificio si utilizó aquella escalera exterior.

Lamenté no haberme fijado en su rostro ni en ninguna otra característica de su cuerpo para luego poder reconocerla. Simplemente quedó en mi memoria como alguien que vestía de enfermera y nada más. Pudo ser cualquiera.

Volví al pasillo de la quinta planta. Mientras lo hacía, me

confirmaba a mí misma que la oscuridad rondaba a Mary Hasting porque deseaba algo de ella. Su poder, su capacidad extraordinaria.

Llegué a donde se hallaba Sebastian, junto a los dos oficiales. Lo miré. Él me observaba con curiosidad. Estaba claro que esperaba una explicación, pero también que aguardaría a que estuviésemos solos, o a que yo quisiera brindársela.

Les pregunté a los agentes si se habían fijado en la cara de la enfermera que recién había visitado la habitación que resguardaban. Me dijeron que no. También quise saber si alguien más había visitado a Mary desde su llegada al centro. Uno de ellos me respondió que sí, que alguien lo había hecho.

—¿Quién? —pregunté. Debió notar la alarma en mi voz.

—No se preocupe, agente, porque era de los nuestros —respondió el mismo que me había aclarado antes que el camino tomado por la enfermera había sido inusual.

Y justo esa era la respuesta que temía. Imaginaba a Jamie Balfe robando de alguna manera, a través de sus conocimientos de la psiquis humana, la alta capacidad de Mary Hasting. Me dije que estaba enloqueciendo y que eso no era posible. Pero luego una parte de mí me alertaba que yo nunca había sabido lo que era o no posible para la oscuridad, porque no me enfrentaba a fenómenos totalmente humanos, sino a una fuerza distinta, desconocida.

—¿Balfe? —preguntó Sebastian al oficial, quitándome las palabras de la boca.

—No. No fue el doctor Jamie Balfe quien vino… —respondió el otro uniformado.

12

—Fue el jefe Martin. Y nadie más —completó el oficial.

Asentí y le pedí a Sebastian que nos apartáramos un poco de los agentes.

—Por ahora Mary no saldrá de ese estado. Intentemos encontrar alguna pista conversando de nuevo con los pasajeros del bus para ver si ella les dijo algo que nos pueda conducir al lugar que usa como escondite de Anne —le propuse.

Él estuvo de acuerdo. Salimos del hospital. De camino al auto, Sebastian me hizo una confesión:

—He pensado lo que has dicho de Jamie Balfe y creo que tienes razón. Es sencillamente imposible que se le escapara la patología de Hasting. Tuvo que ser adrede. Me refiero a ocultarla. Por algo lo hizo. Se me ha ocurrido que tal vez esté con ella. Que quizás tiene una relación que no conocemos con Mary y que sea su cómplice. Creo que debemos ir a hablar con él tal como propusiste antes.

—De acuerdo —respondí.

Subimos al auto y tomamos la vía a casa de Balfe. Recuerdo que en ese momento Sebastian giró el volante para tomar la calle Fairmont. Allí fue donde comprendí que no debía torcer el rumbo para acercarme a la oscuridad, que debía concentrarme en la búsqueda de Anne porque yo sabía que, aunque Balfe había sido reclutado, no tenía que ver con la desaparición de Anne. Por muy tentadora que fuera la idea de perseguir a Balfe con el apoyo de Sebastian y de desenmascararlo, no era la prioridad.

—Mejor vamos a la casa de Mary primero —le propuse.

—Pensé que querías hablar con Balfe, ya que nunca te ha gustado. Además, ya los agentes han estado allí y han revisado todo. No hay nada que nos conduzca a tu compañera —argumentó.

—Está bien, Sebastian. Tengo que decirte algo. Yo soy capaz de encontrar, de percibir, algo en esa casa que los otros agentes no encontrarían. Poseo una capacidad empática especial que me ayuda a hacer bien mi trabajo. No espero que me creas, comprendo que es difícil hacerlo, pero ahora, y solo por el bien de Anne, te pido un voto

de confianza, y que me apoyes en lo que quiero hacer. Con Balfe iremos luego.

Sebastian me miró solo por un segundo cuando terminé de hablar. No dijo nada e introdujo una dirección en el
GPS
del auto. Tomábamos dirección a la casa de Mary Hasting.

El resto del trayecto permanecimos en silencio. Creo que él rumeaba lo que yo acababa de decirle. Debía ser de los que piensa mucho antes de emitir una opinión cuando se enfrentan a algo desconocido. Uno de esos hombres que gana prudencia cuando algo lo descentra. Supuse que esa virtud la había aprendido de alguien significativo para él, de algún miembro de su familia, que no era su padre. Percibía una mala relación entre ellos.

Hablé con la jefa Tonny antes de llegar a casa de Mary mientras Sebastian conducía. La búsqueda de Anne se había intensificado y ella estaba en constante comunicación con Martin. También intentaba calmar los ánimos de los jefes superiores. Estaba haciendo su trabajo lo mejor posible, sin embargo, noté que ya no tenía esperanzas de encontrar a Anne con vida. Algo en su tono de voz cuando me habló de Harry, el exesposo de Anne, y de los niños, me hizo darme cuenta de eso.

Yo, en cambio, no quería perder el último atisbo de fe. Me resistía a hacerlo.

Llegamos a la casa de Mary. Entramos en la sala donde todo había sucedido, donde pensé horas antes que todo acabaría para mí.

Me detuve al ver la silla donde permanecí semiinmóvil. Era una mecedora vienesa. Ese lugar estaba cargado de pasado, de tristeza. A la vez sentía que comprendía lo que allí había pasado. Nunca descifré tan bien a un asesino como lo hice con Mary. Tal vez porque se parecía a mí en sus capacidades.

Pero yo me había salvado; a mí al menos una persona me había querido, y esa había sido mi abuela. Yo la amaba y adoraba el recuerdo y la sensación que ella me producía. Mary era yo misma, descarriada, y en ese momento ya aceptaba esa comparación entre ella y yo.

Caminé por la sala, toqué los objetos antiguos, las figuritas de Lladró y un reloj de manecillas doradas que daba la hora. También toqué la superficie de la mesa en torno a la cual Sebastian estuvo sentado. Luego las cortinas llenas de encajes. Pero nada venía a mi mente.

La frustración se apoderó de mí. ¡No era posible que antes, en otros casos, mi capacidad estuviese allí y ahora, cuando más lo necesitaba,

se hubiese esfumado!

Sebastian me observaba callado. Su teléfono vibró, lo tomó y me dijo que debía atender la llamada. Salió de la casa.

Me detuve en medio de la estancia y miré a todos lados, intentando dar con algo.

—Anne… ¿Dónde estás? ¡Tienes que ayudarme a encontrarte…! —exclamé casi dándome por vencida.

13

Abrí los ojos y miré el espejo sobre una chimenea pequeña que había en la salita. Se trataba de un espejo opaco sobre todo en los bordes, rodeado de un marco plateado ennegrecido.

Caminé hasta él. Si Mary era como yo, tal vez mi propio reflejo me condujera a algo. Fue una idea confusa que tuve, pero no perdía nada con probarla. Toqué la superficie del espejo y miré mi propio rostro. Estaba fría. Entonces una frase vino a mi mente con letras brillantes. Pude leerla solo por un segundo: «Una cámara tras otra».

¿Qué significaba eso?

Tuve la seguridad de que Mary, en algún momento, se sintió orgullosa de esa idea.

—Una cámara tras otra —repetí en voz alta.

Era como un logro para ella, como una conquista que su mente había logrado vislumbrar hacía poco tiempo. Intuí que tenía que ver con Anne, pero no sabía por qué.

En ese instante, las palabras desaparecieron y vi tras de mí el rostro de Sebastian. Había vuelto y pude observar su reflejo en el espejo.

—¿Has logrado algo? —me preguntó.

Una voz interna me sorprendió, haciéndome una revelación: «Sebastian no programó el GPS para ir a la casa de Balfe. Sabía cómo llegar a esa dirección. Solo lo puso cuando cambió de rumbo hacia la casa de Mary».

Otra vez dudaba de Sebastian, aunque no deseaba hacerlo. Mi mente analítica me jugaba una mala pasada trayendo ahora a relucir algo que percibí en el auto y que no hice consciente en ese momento. No podía ignorar lo obvio: Sebastian sabía dónde vivía Jamie Balfe. ¿Por qué?

14

—¿Por qué me miras de esa forma? —me preguntó Sebastian al tiempo en que avanzaba hacia mí.

—¿Qué significa para ti la frase «una cámara tras otra»? —le pregunté y lo observé con fijeza.

Me miró y frunció el entrecejo.

—El lugar donde los chicos toman fotos en Badlands Loop, donde observan el firmamento. No lo sé… —me respondió con voz dudosa.

—¿Dices cerca de donde apareció muerta Kimberly Sherman? —puntualicé.

—Sí. Donde fuiste tú misma, cerca de las cascadas.

—Podría ser… —respondí dubitativa.

—Tengo que comunicarte algo que ha sucedido —reveló de repente.

—Dime —lo apuré a continuar.

Me extrañó la expresión que había puesto de pronto.

—Jamie Balfe está muerto.

—¿Asesinado? —pregunté sin pensar.

—No. Parece un infarto. Martin me lo ha dicho. Él mismo lo ha encontrado en su casa.

Me volteé y quedé frente a Sebastian, que ya se había acercado bastante a mí mientras hablaba.

—Hay otra cosa. Parece que estaba obsesionado contigo. Encontraron una carpeta llena de información sobre ti y tu trayectoria profesional. También fotografías de tu consultorio en Topeka, y noticias de los casos que has resuelto en Wichita. La encontraron sobre la mesa del comedor de su casa, y todo apunta a hacernos pensar que esos papeles habían sido manipulados con frecuencia y que muestran un uso reciente.

—¿Has estado en casa de Balfe antes? —le pregunté porque la duda me carcomía.

No hubo en él ninguna señal de alarma.

—No, pero sé dónde está. Me cité con él en una cafetería que se ubica al frente de su apartamento y me mostró el lugar donde vivía.

Me pareció que deseaba crear un nexo más cercano conmigo, pero yo no se lo permití. ¿Por qué lo preguntas?

Sentí un gran alivio.

—Por nada.

15

—¿Qué es lo que pasa entre Jamie Balfe y tú? —me preguntó, elevando un poco más la voz, al ver que yo no decía nada en relación con los papeles encontrados en su casa.

—Pertenecía a una organización poderosa que va tras de mí —le respondí.

Me miró, iba a continuar hablando, pero luego debió reconsiderarlo y se quedó callado.

—Tenemos que concentrarnos en Anne. Después te lo explicaré —completé.

No quería detenerme a pensar por qué la oscuridad había acabado con la vida de Balfe. Creía que su muerte no había sido por causas naturales y también pensaba que nunca iba a poder probarlo. Además, debió ser la misma oscuridad la que había dejado a la vista esa carpeta con mi trayectoria. Algo así no se les hubiese pasado por alto. Era como si quisieran decirme que yo estaba en el foco de su atención.

—Entonces, una cámara tras otra cámara —repitió pensativo Sebastian, sacándome de mis reflexiones.

—Eso es —confirmé.

—¿Qué ha pasado? ¿Has recordado algo más de la conversación que sostuviste con Mary Hasting? ¿Es que ella te habló de eso?

—No. Es algo que… Sí. Ha sido eso —mentí.

—Pues no lo sé. Si quieres, vamos a ese lugar cerca de la cascada. O hablamos con los chicos que atestiguaron haberte visto.

—Mejor vamos al sitio —decidí.

Antes de salir de la casa, recorrí todas las habitaciones sin lograr nada más. También dimos una vuelta por la clínica veterinaria sin ningún resultado. No quería desanimarme, porque sabía que ese era el último paso antes de la rendición final. Y no pensaba rendirme hasta encontrar a Anne.

Nos subimos al auto. De camino a las cascadas, leí un anuncio del Museo Geológico de Rapid City. Algo en él trajo a mi mente las horribles pinturas de Linda Donner; quizás las cuevas, las minas…

—¿Los Donner no han aparecido? —pregunté.

—Olvidé decírtelo. Sí. Ahora mismo están en las Cabañas Wells. Se habían ocultado en el bosque cercano, argumentando miedo a ser culpados de asesinato, pero cuando se enteraron de que Mary Hasting había sido detenida, salieron del escondite. Pienso que esa mujer intentará sacar provecho de la historia de Hasting haciendo lo único que sabe hacer, creando historias mágicas y avivando los miedos de las personas.

—No sé… He recordado sus pinturas. Siempre llenas de cuevas, de bestias con colmillos y todo ese tema de la rabia de estos lugares. También está lo de los huesos en las minas. Ella los dibujó.

—Todo eran mentiras —sentenció.

—En este lugar hay muchas minas abandonadas. Y la tierra está allí llena de gusanos…

—¿Cuáles gusanos? —preguntó Sebastian.

Moví la cabeza en señal de negación. No pensaba explicarle lo de la muñeca y los gusanos que había visto en las imágenes de mi cabeza.

—Espera, Sebastian. ¿Y si fuera una cámara subterránea? Por eso lo del Museo Geológico. Y si habláramos de cámaras, a manera de habitaciones, una sobre otra, enterradas… Podría ser. Por eso el licaón me condujo hasta esa cueva, y por esa razón el bosque que está entre esa mina y las Cabañas Wells me causaba inquietud y esa sensación de abandono. Y también por eso ahora he recordado el tenebrista cuadro de Linda con sus huesos, los huesos mínimos…

—¿Qué diablos estás diciendo, Carter? —exclamó Sebastian, perdiendo la paciencia.

Lo interrumpí.

—¡Ya sé dónde está Anne!

16

—Una cámara tras otra, o lo que es lo mismo, una cámara más abajo. Siempre ha estado allí, bajo los huesos que Linda enterraba y desenterraba. Mary también debía conocer esa mina. Y si por mala suerte para ella, descubríamos a Anne, los culpables naturales serían Linda y Arthur. Después de todo, en ese lugar hay huellas de ellos, por lo de los huesos que plantaron allí. Por eso Mary se decía a sí misma al mirarse al espejo: una cámara tras otra, un agujero tras otro, un crimen escondido bajo otro que ni siquiera lo era tanto. Lo que han hecho los Donner no se compara con lo que ha hecho Mary Hasting.

Tomé, con las manos temblorosas, mi celular y llamé al jefe Martin. Le dije que enviara gente a la misma cueva que ya todos conocíamos gracias a los Donner. Le indiqué a Sebastian cómo llegar hasta allá.

Nos detendríamos en el mismo lugar donde yo había estacionado el Nissan cuando el licaón intentó orientarme. Esperaba que no fuera tarde.

«¿Por qué no busqué mejor en esa oportunidad?», me reclamaba.

Sebastian me hablaba, pero yo no podía concentrarme en lo que decía. Escuché de su boca frases como: «Sería arriesgado enterrar a Anne allí con los Donner revoloteando la zona»; «Aunque también es cierto que, como ya habíamos hecho un hallazgo allí, tal vez no volveríamos a mirar dos veces…».

Los minutos se me hicieron eternos. El jefe Martin me aseguró que, en unos instantes, varios oficiales estarían en la mina abandonada.

Sebastian y yo llegamos de primeros. Corrí y seguí el mismo camino que había tomado hacía días. Sebastian trataba de seguirme el paso. Entramos en la mina y buscamos el área donde Linda enterraba la cajita con los huesos de los infantes que había sacado del viejo cementerio. Escarbé con las manos. No veía nada en la tierra.

—Hay que buscar algo para cavar de manera más eficaz —dijo Sebastian.

—Debe haber alguna pala por aquí —le respondí.

—Buscaré —me dijo y salió de la mina.

No podía quedarme sin hacer nada, así que continué apartando la tierra con mis manos. Sentía la humedad y cada vez más el olor a mineral. A mi mente vinieron imágenes horrendas de la bestia del cuadro de Linda Donner. La que miraba a la mujer con el niño en los brazos. Sentí miedo, pero no me detuve. Después, esa bestia que veía en mi cabeza tomó la forma de Balfe, y luego la de otro hombre que nunca había visto en mi vida. Luego, adquirió la forma de *El hombre de Vitruvio*, pero con colmillos. Sacudí la cabeza para apartar esas horrendas imágenes y continué excavando. La tierra se me metía dentro de las uñas y dolía muy adentro.

Escuché voces cerca. En ese momento tropecé con algo. Parecía una manguera.

Unas hormigas oscuras —muchísimas— estaban agrupadas en torno a lo que acababa de tocar, que aún no podía ver bien. Comenzaron a morderme. Sentí ardor en mis manos, pero luego desapareció. Eran muchos insectos los que iban haciéndose visibles en la tierra. Imaginé el cuerpo de Anne mordido por ellos, pero de inmediato deseché ese pensamiento. Estuve segura de que las ideas que estaban poblando mi cabeza, de alguna manera, eran obra de la oscuridad; ella necesitaba que me detuviera, que perdiera a Anne. Tal vez la «enfermera» que había visitado a Mary logró que ella le dijera dónde estaba Anne y desde ese momento la oscuridad se había propuesto entorpecer mi búsqueda, plantando dudas en mi cabeza y también muchos miedos.

Tenía que continuar.

17

No sé cuánto tiempo estuve haciendo eso.

Alguien, de pronto, me tocó la espalda. Era Sebastian con una pala entre las manos. Detrás de él había dos hombres uniformados.

Me aparté para que Sebastian continuara cavando. Miré mis manos y estaban hinchadas y enrojecidas. Escuché como la pala tropezó con un objeto.

—Sí. Aquí hay algo. ¡Busquen instrumentos para cavar! —ordenó Sebastian a los oficiales.

Ellos salieron corriendo.

Las lágrimas no me dejaban ver con claridad lo que sucedía. Sebastian continuaba cavando sin descanso. Entonces la vimos. Una caja de madera conectada con varias mangueras que lucían antiguas, como las que se usaban en los laboratorios de biología del siglo pasado.

Toqué la madera varias veces, dando golpes, como si fuese una puerta. Esperaba escuchar alguna respuesta del interior.

—¡Anne! ¡Aquí estamos! ¿Puedes oírnos? —grité y esperé. No hubo ningún ruido.

Los hombres volvieron con palas. También llegaron otros.

—¡Anne! —continué gritando.

Entonces los escuché. Unos débiles golpes en la madera.

¡Estaba viva!

Otro hombre se puso a cavar junto a Sebastian y yo tomé la pala de un tercero y también lo hice.

Por fin pudimos despejar la pared superior de la urna y luego la abrimos. Vi la cara de Anne, estaba manchada de sangre y barro. Una película de suciedad cubría su rostro y su pelo. Pero allí estaban sus ojos, brillantes como siempre. La vi sonreír y también llorar al mismo tiempo.

—Mantén los ojos cerrados, Anne. Aunque no haya mucha claridad aquí, deben acostumbrarse poco a poco. Has estado expuesta a una oscuridad absoluta —dijo Sebastian.

Entonces me aparté para que la sacaran de allí.

Caí hacia atrás, sobre la tierra. No podía mantenerme en pie. Fue cuando las manos comenzaron a dolerme. Me había herido al cavar y ni siquiera supe en qué momento había pasado.

Sentí hambre, frío, sed y un cansancio infinito. Pero todo había valido la pena.

18

Inspiré profundo y abrí la puerta de la habitación del hospital, donde estaba Anne en recuperación.

Entré. Ella me miró y sonrió.

—Sabía que ibas a encontrarme. Has sido un ángel para mí. Siempre lo serás. Ahora te debo mi vida.

Sentí un nudo en la garganta. Caminé hasta la cama y le tendí la mano. La vi bien, recuperada. Casi era la Anne de siempre.

—Gracias —insistió.

Solté su mano y busqué una silla que había en un rincón de la habitación para sentarme cerca de la cama.

Hice silencio.

—He estado pensando. No la exculpo, claro, pero todo esto me parece muy trágico. Esa mujer, Mary, debe haber vivido cosas indescriptibles. Asesinaba abusadores de niños…

—Su rabia lo justificaba todo y sus asesinatos no iban a parar. Para ella existía la venganza y el castigo, no la justicia —le dije a Anne.

Imaginaba a Mary encerrada en una urna con un espejo. La imaginaba ensayando caras de tristeza, de alegría, de sorpresa… y usando su mente para no morir, para sobrevivir.

—Además, su misión vengadora no era fiable. Fue tu parecido a su madre lo que la hizo volcar su rabia sobre ti. Y eso es bastante injusto. Al final pagarían justos por pecadores.

—Es verdad —reconoció Anne.

—Contigo fue como su primer gran acto de furia. No estaba preparada para una emoción tan auténtica. Creo que, de continuar asesinando, llegaría un momento en que por cualquier cosa pensaría que alguien merecería morir. Había que detenerla.

Anne asintió con la cabeza.

—Es muy peligrosa —convino.

—Mary es capaz de inculcarte una idea, un parecido ficticio de ella con alguien de tu pasado que te hiciera emocionalmente su aliado. Eso podía lograrlo con apenas una conversación porque es muy inteligente. Eso hizo con el agente que la interrogó cuando el hombre

murió atacado por el perro. Le recordó a alguien querido, y también lo hizo conmigo —reconocí.

—¿Dices que se mimetizaba? Es espeluznante el control que ejerce en la memoria y la consciencia de las personas —confesó Anne.

—A mí misma me plantó la idea en la cabeza de que se parecía a una vecina que nunca tuve. Su habilidad era la confusión en el recuerdo de los demás —confirmé.

—Se habrá hecho veterinaria porque para ella la gente es odiable y los animales amables —dijo Anne con algo de pena.

—Creo que piensa que la gente es débil y ella no. Pero vivió una vida muy sola y siempre con su maltratadora al lado. Debió tener un autocontrol increíble, y mientras su madre seguía viva, le alimentaba más el odio que terminaría explotando hacia todo el mundo —completé.

—En lugar de deslastrarse de la rabia y buscar consuelo en alguien cuando su madre murió, se convirtió en asesina… —reflexionó Anne.

En ese momento, fuimos interrumpidas por la entrada en la habitación de Harry y los niños de Anne. Uno de ellos corrió veloz y se detuvo al lado de la cama. La miró y sonrió. Le preguntó si algo le dolía.

Anne apartó varias lágrimas de sus ojos y lo recibió con una gran sonrisa.

Saludé a Harry con un gesto, me levanté de la silla y me aparté. Me despedí de Anne y de su exesposo y salí de la habitación.

De camino al encuentro con Sebastian —quien me esperaba al final del pasillo—, pensaba en Mary, y en que su mayor error fue que nunca se había atrevido a confiar en nadie. Además, se había decidido a cruzar una línea que yo nunca había cruzado: la de usar las capacidades que tenía para confundir, para asesinar.

Me dije —de nuevo— que pude haber sido como ella de no haber tenido el cariño de mi abuela. Supe entonces cuánto le debía.

Nunca, como en ese momento, estuve tan segura de que una persona podía hacer la diferencia y convertirse en el extravío o en la salvación de otra.

Ahora todo había terminado. El caso estaba cerrado y Mary recibiría tratamiento psiquiátrico. También pagaría por sus delitos.

Anne se recuperaría y volvería al trabajo, estaba segura de que regresaría más fortalecida que nunca.

La oscuridad continuaba esperando por mí. No tenía dudas. Esperaría sus nuevos ataques. Podía ser que, desde ahora, y tal como me pasó con Balfe, fuese capaz de identificar a sus miembros con facilidad. Por esta vez, sabía que la había vencido y que se había

hecho justicia.

Llegué junto a Sebastian. Luego caminamos juntos en dirección al elevador. Tomaríamos en breve un vuelo a Wichita.

19

Dos personas caminan en el sendero junto al río Arkansas, en Wichita.

Lo hacen en silencio.

Uno de ellos lanza una colilla al piso y la aplasta con el zapato.

La otra persona le hace una pregunta: —¿Qué sigue?

La persona que aplastó el cigarrillo se encoje de hombros. Luego mira a la otra con interés.

—Continuar, como siempre hemos hecho.

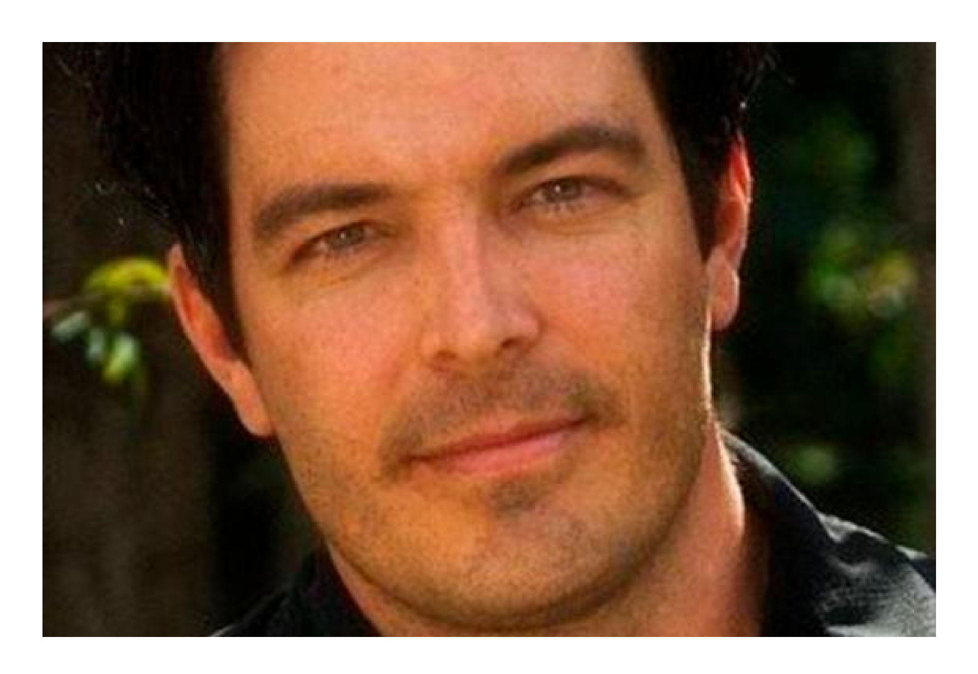
—¿Nos olvidamos de Mary Hasting? —preguntó la persona subordinada.

—No es importante el individuo, sino el plan. Ahora mismo, Alexis Carter cree que es más fuerte y eso nos conviene.

—¿Y es que acaso no lo es?

Quien hasta hace pocos momentos había estado fumando, sonrió y miró hacia arriba. Pudo ver la cresta de la escultura del indio junto al río. Se quedó por unos segundos en silencio y luego concluyó: —Alexis Carter no imagina lo que le espera.

F I N



RAÚL GRABANTES nació en Barranquilla, Colombia. Desde su adolescencia tuvo mucho interés por la lectura de relatos policiales e historias de suspenso. Su carrera es administración de empresas pero su pasión es la escritura. Ha trabajado como corrector, lector, y editor de periódicos locales. Apasionado por el género suspenso y policial, Raúl ha publicado como autor independiente cinco novelas: La Última Bala, El Silencio de Lucía, Resplandor en el Bosque, Pesadilla en el Hospital General, y El Palacio de la Inocencia. Raúl radica actualmente en Panama City, Florida, desde donde escribe su siguiente novela.


UN THRILLER DE MISTERIO SOBRENATURAL
MIEDO A TU VENGANZA
UN CASO DE ANNE Y ALEXIS
RAÚL GARBANTES

La detective Alexis Carter y su compañera Anne Ashton se enfrentan al caso más desconcertante y misterioso de sus carreras. Pero a medida que la investigación avanza, Alexis descubre que su habilidad empática está siendo bloqueada por una fuerza oscura. El tiempo se agota y la tensión aumenta mientras Alexis y Anne luchan por desentrañar las pistas ocultas en cada escena del crimen. Alexis también descubre secretos aterradores de su pasado que la dejan en un conmovedor estado de zozobra.

¿Será capaz de confiar en Anne y contarle el secreto de sus facultades? ¿Podrán ambas detectives detener al asesino antes de que siga matando a personas inocentes?



Raúl Garbantes

Miedo a tu venganza

Casos criminales complejos - 3

ePub r1.0

Café mañanero 29-03-2024

Título original: *Miedo a tu venganza*
Raúl Garbantes, 2023

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 03/2024
ePub base r2.1





MIEDO
A TU VENGANZA

Raúl Garbantes

PARTE I

1

—¿Una o dos cucharaditas de azúcar? —preguntó la mujer.

—Solo una. Gracias —respondió la otra persona.

—¿Cree que en realidad estoy en peligro? —preguntó la anfitriona.

—Sí. No han sido imaginaciones lo que hemos visto.

—¿Pero por qué yo? Nunca le he hecho mal a nadie —objetó al tiempo en que se levantaba de la silla porque notó que un pájaro se posaba junto a la maceta de las hortensias, tras la ventana que se había abierto. Pudo ver su silueta en los cristales.

La persona que estaba sentada frente a ella aprovechó ese instante para sacar algo del bolsillo de la prenda de ropa que llevaba puesta. Sin pensarlo y con una velocidad increíble, le hizo un corte. Empuñaba un arma de doble filo, mortal. La disección fue precisa, en la pierna derecha de la mujer dueña de casa, justo en la arteria ilíaca externa. Sabía muy bien medir el lugar, imaginarlo debajo de la ropa clara que su víctima llevaba puesta. Ella no pudo reaccionar a tiempo para intentar apartar la mano asesina. Además, esta era fuerte y ágil. En segundos, hizo otro corte en la arteria femoral de la misma pierna.

La mujer, herida de muerte, comenzó a marearse. Los cortes no le dolían, solo sentía su pierna mojada y caliente. Lo único que podía pensar en ese momento era en una pregunta: ¿por qué esa persona había hecho eso?

No tenía ningún motivo, se repetía.

En un instante se vio como viviendo una fantasía, una pesadilla. No podía ser cierto lo que estaba ocurriendo. Alguien había entrado a su casa, y ella permitió ese ingreso porque no había nada que temer. ¡No podía haberlo! Y ahora la había herido sin más. Debía ser una persona desquiciada.

—¿Por qué ha hecho…? —alcanzó a decir mientras llevaba sus dos manos a la altura de su muslo. La cantidad de sangre que se desbordaba de su cuerpo le resultaba alarmante. Comenzó a sentir dificultad para respirar.

Aquella persona, veloz, hizo otros dos cortes de inmediato en la otra pierna. Parecía haber sido entrenada para eso: para cortar, para

herir de forma fulminante.

Entonces la mujer cayó al piso. Comprendió que era su fin y no sabía por qué.

2

El pavimento mostraba una capa de arena rojiza y fina que lo cubría todo aquella noche del 10 de diciembre. Miré hacia abajo y me dije que nunca había visto granos de arena de ese color. Creía recordar una imagen de un libro, que de pequeña había hojeado en casa de mi abuela y que mostraba algo similar, pero era una fotografía de un desierto africano muy lejos de Wichita.

El rostro sonriente de mi abuela y el olor a abedul que siempre rodeaba su bonita casa nubló por un momento mi interés en la extraña arena. Sentí nostalgia de ese pasado en el que fui feliz, aunque fuera por poco tiempo. Ahora me parecía un contraste con el presente. Por alguna razón, estaba inquieta, alerta.

Inspiré y continué caminando hasta el número 400 W de la avenida Waterman. Desde allí, presentía la existencia del río Arkansas aunque no pudiese verlo. Sentía las manos frías. Eso me pasaba cuando estaba cerca de su caudal; experimentaba temor y no sabía por qué.

En ese momento, recordé que había soñado con él, con el río. Me detuve. Entonces supe que ese sueño había sido angustiante, pero no fui capaz de recordar por qué. Me dije que tal vez por eso me sentía nerviosa y mis manos estaban tan heladas.

Recordé de repente a Lilian, nuestra jefa forense, hablando de Dante y de los círculos del infierno. Había asistido a una obra de teatro que hacía referencia al «río de los muertos»…

Lilian era la responsable de que estuviese caminando por esa calle en aquel momento. Nos había invitado a un lugar. Se trataba de un gastrobar, propiedad de alguien que ella apreciaba. Nos citó a Anne, Juliet, a la jefa Tonny, a Rossy y a mí a conocer el sitio. Según ella, el viernes por la noche, El Olvido adquiría una atmósfera interesante, con la iluminación a medias y los espléndidos cantantes de *jazz*.

Di unos cuantos pasos más porque no encontraba la entrada, hasta que vi, a unos metros más allá, la luz amarilla y tenue de un farol que parecía antiguo. Me dije que ese debía ser El Olvido.

No había nadie en la calle y no se escuchaba ningún ruido. Me

pareció un lugar demasiado tranquilo para estar ubicado un bar. Tampoco había coches estacionados cerca. Si aquel era el gastrobar, no debía estar muy concurrido.

Confirmé la dirección en el móvil. Era la correcta, así que continué avanzando. Entonces me di cuenta de que alguien me seguía.

Volteé.

Una ráfaga de viento chocó contra mi falda y mi blusa, y un olor a agua fétida llegó hasta mí, pero en un segundo desapareció. No estaba segura de si fue real.

Continué escuchando pasos, pero no había nadie en la calle. Pensé que era una mala pasada de mi mente, una alucinación auditiva, y estaba segura de que tenía que ver con ese sueño que no podía recordar, pero que había dejado mi mente intranquila.

Una nueva ráfaga de viento helado levantó la arena rojiza que cubría el pavimento y revolvió mi pelo.

Sentí que algo caía sobre mi cabeza, pero era solo el efecto del viento y la arena.

Extendí la mano izquierda y vi como unos minúsculos granos caían sobre mis dedos. Estrujé los dedos índice y pulgar para sentirlos. Eran muy finos. Entonces, de golpe, recordé el sueño que tuve apenas horas antes.

3

Todo estaba oscuro y solo veía al indio, a la gran estatua del Guardián de las Llanuras, que se encuentra en la ciudad junto al río Arkansas. Brillaba, pero no tenía cabeza, y el río parecía de sangre. Escuchaba gritos de muchas personas y sabía que las casas y los edificios se estaban cayendo. La voz de mi abuela me dijo algo:

«Vienen por ustedes, mi niña».

De repente, vi una moneda caer del cielo. Una de un tamaño descomunal. Chocó contra el suelo y abrió una gran grieta. Hizo un ruido estridente. Reconocí la moneda que tenía grabada al *Hombre de Vitruvio*, la había visto en innumerables ocasiones desde el asesinato de mi novio Devin. Luego cayó otra moneda, y otra, y otra… Era una lluvia de monedas haciendo un ruido ensordecedor. Todas tenían grabadas al *Hombre de Vitruvio*. Y la estatua del indio también se convirtió de pronto en el *Hombre de Vitruvio* y comenzó a girar sobre su propio eje a una velocidad vertiginosa.

Supe que la oscuridad quería acabar conmigo, que venía por mí, como me había alertado mi abuela. Entonces comencé a correr. Sentía mi respiración acelerada y corría para escapar de la lluvia de monedas. El sonido atronador se quedaba en mi cabeza y también el de los gritos de las personas, de todos los habitantes de Wichita que estaban muriendo aplastados. ¡La ciudad estaba siendo destruida y yo no podía hacer nada!

En el sueño, llevaba conmigo mi arma y el móvil. En ese momento me llamó Sarah Morrison, la niña que estuvo a punto de morir y que logré salvar junto con Anne Ashton hace año y medio. Me dijo que tenía mucho miedo porque la oscuridad había vuelto por ella.

Allí terminó el sueño, y solo en ese momento logré recordarlo.

Ahora, en la calle y mirando hacia atrás, lo reviví todo de golpe.

¿Por qué allí y en ese instante?

¿Por qué esa inquietud creciente?

No me gustaba sentirme así tan alerta. Me dije que debía seguir andando y pensar que este sueño, como muchos otros, debía sedimentarse en mi cabeza y que con el pasar del tiempo

comprendería su significado. Si algo había aprendido, era que mis visiones y mis sueños eran confusos, y que el tiempo me ayudaba a despejar los verdaderos significados que encerraban. Con paciencia era como había podido emplearlos para resolver los casos. La ansiedad no me conducía a ningún lugar.

En ese momento, escuché un coche a lo lejos. Me dije a mí misma que debía calmarme. Continué caminando en dirección al farol de la luz amarilla. Llegué y me detuve ante él. Leí en un pequeño letrero de letras negras el nombre del gastrobar.

Abrí la puerta y todo cambió. Lo que era silencio y tranquilidad se convirtió en música, voces, risas… Se trataba de una antesala con paredes de tono escarlata y lámparas clásicas de lágrimas de cristal. Había varios objetos antiguos, candelabros y muñecas de ojos brillantes y pelo rizado. También un espejo empañado y manchado junto a una gran cortina negra que parecía pesada. Vi una entrada junto a ella, supuse que daba paso al «corazón» del bar. Me extrañó que no hubiese nadie en aquel vestíbulo para recibir a los clientes.

Avancé hasta la entrada y la atravesé. Al hacerlo, rocé la tela de la cortina con el brazo. La sentí áspera. Alguien gritó, pero luego comenzó a reír. Había al menos cincuenta personas en ese lugar. Las mesas eran circulares y una lámpara de neón azul rodeaba el techo. Las sillas en torno a las mesas eran cubos negros.

Miré una de las mesas, rodeada de un sofá y varios asientos individuales, y reconocí a Lilian. Al verme, sonrió y caminó hacia mí.

—¡Hola, Alexis! Ya estamos todas aquí. ¡Vente! —dijo, me tomó del brazo y me llevó hacia la mesa. Parecía contenta.

Allí estaban Anne, Rossy y Juliet.

—La jefa Tonny no ha podido venir —comentó Anne, levantándose y haciéndose a un lado para que yo pudiera pasar y sentarme en el sofá junto a la mesa.

Ella estaba acomodada en una de las sillas. Pasé y me senté entre Juliet y Rossy. Esta última miraba el móvil que llevaba entre las manos y me dijo «hola» sin mirarme. Lilian se sentó en la silla vacía que estaba junto a donde se había acomodado Anne.

—¿Has visto lo del virus que se desató en la famosa Escuela de Adiestramiento de Aviadores? —me preguntó Lilian, hizo una pausa y luego continuó—: Es la que está al norte de la ciudad, reconocida por ser de las mejores del mundo, con un programa de la OTAN. Mi marido no sabe qué pensar. Es buen amigo de… —dijo, dejando la frase inconclusa.

—Lilian estaba hablando de eso antes de que llegaras. Yo no he

visto nada al respecto —respondió Anne y llevó a sus labios un vaso que supuse contenía *gin*. Era su trago preferido.

Dije que no me había enterado de la noticia. Por alguna razón, me había atacado un cansancio y un sueño inusuales que me habían llevado a dormir casi todo el día. Por ello no me había enterado de esa noticia.

El timbre de un móvil sonó en ese momento e interrumpió mis pensamientos. Era el de Rossy. Ella sonrió al mirar la pantalla y salió del bar. Vi como Juliet la seguía con la mirada y me pregunté qué estaría pensando. Juliet era una mujer con una fuerte coraza que hacía difícil conocerla. Allí estaba, igual a como se presentaba en la oficina cada día, inescrutable. Esa rigidez en su apariencia, en ese momento, significó algo para mí, pero no logré saber qué.

—El comandante Alfred Price brindó unas declaraciones sobre lo ocurrido en la Escuela de Adiestramiento de Aviadores —dijo Juliet y luego se inclinó para tomar de la mesa una copa de vino tinto.

Tomó un sorbo, la dejó en su sitio y continuó hablando.

—He leído en Twitter un montón de sinsentidos. Algunas personas exponen sus opiniones como si fuesen verdades científicamente comprobadas. Dicen que la arena que ha cubierto la ciudad este diciembre es la que ha enfermado a los aviadores. Inventan las más disparatadas teorías. Además afirman que los pájaros están muriendo por la misma razón. Porque hay algo en el ambiente. Se empeñan en buscar cosas misteriosas y en conectarlas a todas, y parece que en esta época, previo a los días de Navidad, se ponen todavía más creativos —sentenció y volvió a tomar la copa de vino.

—Pero no puedes negar que lo de la arena es anormal. A menos que lo relaciones con… —dijo Lilian y calló.

En ese momento, volvía Rossy.

4

—Tengo que irme. Mi novio ha llegado a Wichita de improviso —dijo con una gran sonrisa y con la voz más aguda.

Se despidió de todas y se fue caminando rápido. Juliet levantó las cejas y se quedó en silencio.

—Nuestra amiga está enamorada —afirmó Anne.

—Decía que sí que están sucediendo cosas raras en estos días, y no me parece que todo lo que se dice en las redes sea descartable. Es un hecho que los pájaros se desploman, y eso es lo que la gente comenta con todo el derecho, pero lo más importante para mí es que se trata de aves migratorias que no debían surcar estos cielos, en esta época del año. Están como desorientadas… como si se les hubiese olvidado la ruta habitual. Además, según mi vecina, parece que muestran algo extraño en sus picos, cierta deformación y coloración singular —completó Lilian.

—Esa no es la primera vez que pasa. Creo que una noticia similar apareció hace un año, y tal vez seis meses en otra ciudad. Cuando justo estábamos en el caso de Platt y Andrew… —dijo Anne, y de repente hizo silencio.

Era justamente el caso en que habíamos trabajado la agente del FBI de Washington D. C. Julia Stein y yo, en el que habíamos salvado la vida de Sarah Morrison y de otros niños.

—A veces tengo la impresión de que las cosas siempre vuelven a suceder —completó Anne, pensativa.

—¿Ves? A eso me refiero. Todo el mundo ha adoptado una actitud críptica, extraña. Como tú ahora mismo, Anne. Estás algo misteriosa —afirmó Juliet—. Esta borrasca cargada de arena que no deja ver con claridad la ciudad parece que también ha nublado las mentes de las personas —se quejó.

Me pareció que comenzaba a comprender algo de lo que decía Juliet. Creo que se refería a cierto ambiente de tensa calma que se respiraba. Era como si la ciudad presintiera que algo malo iba a pasar. Claro que para Juliet ese asunto era desfavorable, un capricho sin

sentido de las personas, pero para mí era mucho más: creía en las intuiciones y en la capacidad de percibir cosas que para muchos no estaban a la vista. Yo misma era una especie de prueba de ello.

—Anne, creo que te estás dejando llevar por las revelaciones del pastor King, aunque no deberías, ya que tú no perteneces a esa religión. Ahora King está en su momento de gloria porque anda diciendo a diestra y siniestra, en todos los medios de comunicación, que el «fin de los tiempos se acerca» —dijo Lilian, hastiada.

Sabía que era atea y que las ideas religiosas la irritaban en extremo. Yo siempre había supuesto que eso obedecía a que en su niñez un adulto de su entorno fue un fanático religioso, lo que la hizo rechazar todos los planteamientos dogmáticos.

De repente, comenzó a escucharse una canción: *What a Wonderful World*. Una chica la cantaba con voz grave. Los murmullos y voces que estaban allí de fondo desde que llegué dejaron de oírse. La gente hizo silencio. Nada más se oía la voz de la solista.

The colors of the rainbow, so pretty in the sky.

Un chico que mostraba en el brazo un enorme tatuaje de un dragón envuelto en fuego se acercó y me preguntó si quería tomar algo. Venía sonriendo con malicia. Sus ojos eran muy claros. Incluso me pareció que pronunció mi nombre al hacer la pregunta, pero no estuve segura. Le respondí que un vodka tonic.

¿Acaso me conocía?

Transcurridos un par de minutos, el chico volvió con mi trago. Al ponerlo sobre la mesa, golpeó las llaves del coche que yo había dejado allí.

—¿Sabes mi nombre? —le pregunté.

Anne se quedó mirándome extrañada, interesada. Pude darme cuenta de eso por el rabillo del ojo.

—¡Claro! ¡Usted es Alexis Carter! La he visto alguna vez en las noticias. Soy un aficionado de las historias de asesinatos y de los casos reales de crímenes que hemos tenido en el estado. Además, no me olvidaría de su cara…

Luego de decir eso, se fue.

—*What a Wonderful World*… —cantaba Lilian con picardía.

Pero yo no quise bromear por el comentario del chico. Aunque intentaba no estarlo, me sentía preocupada. Escuchar la letra de la canción resultaba peor para mí. Me parecía que distaba mucho de la realidad. Me refiero a que me inundaba esa sensación de que habitábamos un mundo peligroso que se encontraba al borde del

abismo, una inquietud sutil que no me abandonaba y que me alertaba de que, antes que maravilloso, se trataba de un mundo peligroso. Estaba segura de que a muchas personas les ocurría lo mismo en ese momento. Podía percibirlo. No solo me refería a las que estaban allí en el bar, sino en la calle, en la ciudad y más allá…

5

Volví a casa luego de tres horas.

El resto de la noche en el bar transcurrió sin sobresaltos. El chico que atendía nuestra mesa y que intentaba ligar conmigo continuó con una sonrisa disimulada, y luego lo vi haciendo lo mismo con una chica que estaba en la mesa, de junto. Ella también era rubia, pero más joven que yo. En ese momento, pensé que cada vez tenía más claro que en materia de gustos eróticos y sexuales la gente, sin quererlo, repite un patrón: nos gustan personas de físico parecido. Recuerdo que pensé en Sebastian Haussmann por unos segundos y luego me lo saqué de la cabeza, cuando decidíamos qué comida ordenar.

• • •

Al llegar a casa no tenía sueño y me senté en la sala, pensando en los temores que me había dejado el sueño.

Tomé el portátil y busqué información sobre el virus que había atacado a los alumnos de la Escuela de Adiestramiento de Aviadores de Wichita. Vi las breves declaraciones de Alfred Price. Me enteré de que los síntomas que presentaron comenzaron con unas llagas muy dolorosas en las extremidades inferiores y superiores, y luego derivaron en la inflamación de otros tejidos internos. Aunque no quería hacerlo, algo en mi cabeza relacionaba lo que había pasado en la Escuela y lo que estaba sucediendo en Wichita con las escrituras religiosas, con las plagas de Egipto y en parte con el Apocalipsis. Las conocía porque en mis estudios me había topado con casos de pacientes psiquiátricos críticos que estaban obsesionados con el fin del mundo y que habían desarrollado conductas criminales.

Dejé el portátil en un esfuerzo por apartar esas ideas. No sabía quién era ese pastor King, mencionado por Juliet, pero tampoco me interesaba saberlo. Lo que menos quería era convertirme en una ferviente creyente de cataclismos e ideas apocalípticas, solo porque había llegado una arena roja, los pájaros estaban enfermos o porque un grupo de militares había enfermado. Tenía que relajarme un poco. Hasta el propio comandante Alfred Price pensaba que se había tratado

de una intoxicación. No había nada raro en eso. Por lo que vi de él, me parecía un hombre sensato, con una mente despejada.

Me levanté de la butaca y caminé hacia la ventana. Allí, detenida, me dije que tal vez el problema, lo que me tenía inquieta, era que no me habían asignado ningún caso en esos días.

Había una especie de «tregua de asesinatos» en el Departamento de Casos Complejos. Ni Anne ni yo teníamos en ese momento investigaciones abiertas. Por ello nos habíamos dado a la tarea de estudiar los casos cerrados para hacer deducciones que pudieran sernos útiles en nuevos casos. Anne era muy buena en su trabajo, resolutiva e intuitiva. Una mujer entregada a la acción, pero que también confiaba en el valor de los análisis criminológicos. Era reflexiva cuando se lo proponía. En tiempos de poca acción de calle, nos dedicábamos a estudiar las investigaciones resueltas, buscando claves para sistematizarlas. Se nos daba bien hacerlo juntas. Anne decía que mi cabeza funcionaba distinta a la de ella. Que yo era mucho más creativa y, por ello, mejor. Realmente me apreciaba. No sabía de mi capacidad empática y reducía eso que llamaba «más imaginación» a que en mi pasado, antes de formarme para trabajar en el Cuerpo, fui psicoterapeuta en Topeka. Algunas veces había estado a punto de contarle a Anne sobre mi capacidad empática, pero siempre me arrepentía. Sin embargo, sabía que ese día llegaría, que podía ser sincera con ella y que Anne era capaz de continuar confiando en mí aunque no me comprendiera del todo.

Me dije también que era posible que hubiese soñado con Sarah Morrison, porque uno de los casos que volvimos a leer Anne y yo fue aquel en el que esa niña estuvo implicada como víctima.

Continué mirando a través del cristal de la ventana hacia el parque, al árbol que me gustaba y a las luces de la ciudad.

«Vienen por ustedes mi niña».

Fue lo que dijo mi abuela en el sueño. ¿Qué significaba? ¿Por qué en plural?

Sabía que yo era enemiga de la oscuridad y que esta buscaba hacerme daño, pero no comprendía quiénes éramos «nosotros». Estaba segura de que mi abuela había dicho esa palabra en el sueño: ustedes…

Fue en ese instante que presentí con mayor fuerza que algo pasaría en la ciudad, aunque la vista de mi ventana me mostraba las calles en calma. Y no me equivoqué.

6

Un monstruo se levantó en el aire.

Era oscuro, estruendoso.

Los cristales temblaban al punto que esperé el estallido ante mis ojos. Los cubrí, por instinto, y di varios pasos hacia atrás. ¡Nunca había visto un tornado de tal magnitud! Parecía querer tragarse toda la ciudad a su paso. Estaba segura de que lo haría.

Se desplazaba violento, se acercaba cada vez más. Escuché gritos, cosas caer. Corrí a donde había dejado el móvil, sobre la mesita junto a la butaca. Busqué noticias, los *trending topic* a esa hora, la una y siete de la madrugada. Había confusión y asombro. El tornado nunca fue detectado por los radares. Se habían desatado dos fenómenos atmosféricos de repente que podían ocasionar muchos daños materiales y humanos. Pedían a la población que no saliera de casa y se resguardara. Por un lado, el inmenso tornado que muchos comparaban con el Bridge Creek-Moore sufrido en mayo de 1999, que destrozó Oklahoma con brotes de categoría F5, y que según lo que estaba leyendo atravesaría el corazón de Wichita. Y por otro, unas fuentes de extrema luminosidad que algunos pobladores del barrio Oaklawn-Sunview, cerca del parque Idlewild, reportaban.

Además, temperaturas extremadamente bajas tomaron por asalto la ciudad y los alrededores. Comenzó a caer granizo antes de la formación del tornado y de la aparición de las nubes oscuras. Ahora se reportaban fuertes ráfagas de viento que en algunos casos habían desprendido tejados y anuncios publicitarios, ocasionando heridos. Los árboles caían como bolos y las salas de emergencia de los hospitales recibían a las decenas de heridos… La situación nos había tomado por sorpresa, y eso era extraño, porque sabía que se contaba con radares para detectar y conocer el paso de los tornados.

Los cristales de la ventana vibraron con mayor fuerza y un enorme rayo cruzó el cielo al mismo tiempo. Escuché un sonido parecido al de un tren de carga en movimiento, luego otro que me pareció más bien una gran cascada. Después oí varios aullidos, y luego, como si millones de abejas estuviesen zumbando sobre la ciudad.

No podía continuar leyendo las noticias. Tenía que salir del estupor que me habían producido. Escuché varias alarmas cerca del edificio y también golpes secos, como los que producen las personas al caer. Hubo en ese momento pasos apurados en la escalera. La luz parpadeó, la de mi sala. La lámpara hizo un sonido como si la bombilla fuese a fundirse, luego encendió, pero con una luz más tenue. Percibí el llanto de un niño pequeño del otro lado de la puerta de mi piso. Recordé el sótano del edificio. Tomé el móvil, una botella de agua, el arma y salí del piso. Me detuve junto a la puerta. Varias personas bajaban corriendo por las escaleras. Una de ellas se cayó. Se trataba de un chico delgado y bajo, de pelo negrísimo y largo, recogido en una media cola. Dos que venían tras él le pisaron las manos. Las personas que corrían parecían animales desbocados.

—¡Soy la detective Alexis Carter! ¡Deben conservar la calma! Por favor, no salgan a la calle. Es mejor dirigirnos al sótano. Allí estaremos a salvo hasta que el tornado pase.

—Tiene razón —dijo alguien que se hallaba dentro del tumulto.

El chico caído se levantó y terminó de bajar los peldaños, confuso, con los ojos desorbitados. Di varios pasos hacia adelante con la intención de unirme al grupo que bajaba. Escuché la voz de una niña que provenía de un piso superior. Preguntaba por «Foggy». Supuse que sería su mascota. Una mujer le respondía que no tendrían tiempo de buscarla, y que luego «papá» lo haría. La niña comenzó a llorar. Me detuve y miré hacia arriba. Sabía que la niña necesitaba a «Foggy» para estar bien. Toqué el pasamanos de la escalera. Lo sentí arder. Sabía que en realidad no estaba ardiendo. Dos chicas y una mujer mayor pasaban por mi lado, y con ellas terminaba el grupo que descendía.

Escuchamos el choque de un coche contra algo y luego una explosión. También cayó sobre nosotras un resplandor por medio de la ventana del descanso de la escalera. Comencé a bajar. Escuchaba las voces de las personas que lo hicieron antes. Había agitación y nerviosismo. Alguien se quejó del frío que se había apoderado del lugar.

—Hay que conservar la calma —volví a repetir, ahora en voz alta. Cuando lo hice, vi salir vapor de mi boca.

Terminé de bajar y me detuve junto al grupo. Nos hallábamos en la planta baja del edificio, a varios metros de la puerta principal. Señalé la otra puerta, la que conducía hacia el sótano, que se hallaba a la izquierda. Pocas personas conocían su existencia porque el acceso al aparcamiento, normalmente, se daba por medio del ascensor. Casi nadie utilizaba esta puerta. Entre la planta baja y el *parking* había un

entrepiso de medianas proporciones que era utilizado como depósito. Era allí donde pretendía que nos resguardáramos mientras pasaba lo peor.

Noté que ya la puerta estaba abierta. Evidentemente, alguien había pensado lo mismo que yo. Era sin duda el lugar más seguro.

Un hombre al que había visto un par de veces antes ayudó a conducir a la mujer mayor hacia la puerta. La niña continuaba llorando, desconsolada. Ella y su madre pasaron por mi lado y yo les señalé la puerta del sótano. Me había detenido para asegurarme de que todos los que aún estuviesen bajando por la escalera después de mí entraran en el refugio.

Me dirigí a la pequeña.

—Soy Alexis. Soy policía. Puedo traerte a Foggy. ¿Es tu perra? ¿Quieres que lo haga? —le pregunté.

—¡Sí! ¡Es muy pequeña…! Está en la habitación. Está recién operada y ahora duerme. Pero no puede quedarse sola… —alcanzó a decir antes de volver a estallar en llanto.

—Deme las llaves de su piso —le dije a la madre con determinación.

Me resultaba insólito que no se diera cuenta de que dado el estrecho vínculo de su hija con el animal, si no intentaba salvarlo, le produciría un trauma enorme. Eso considerando que no quisiese a Foggy, como estaba claro lo hacía la pequeña.

La mujer me miró con los ojos muy abiertos.

—En este momento, el tornado no está tan cerca. Puede que pase por aquí, pero tenemos aún varios minutos para actuar. Puedo traer a su mascota y así su hija estará mucho más tranquila y mejor —le expliqué.

Pareció comprender.

—Está bien. Es el quinto piso —dijo y me entregó un llavero dorado y circular.

Lo tomé, y la niña me miró esperanzada cuando lo hice. Interrumpió su llanto en ese momento.

—Continúen hacia el sótano. Allí estarán a salvo —les pedí y comencé a subir las escaleras.

Escuché varios sonidos de llamadas a móviles y una voz que se desprendía de un aparato informaba noticias sobre los destrozos en la ciudad. Luego dejé de oírla. Ya todos los vecinos habían entrado en el sótano. Continué ascendiendo. Las alarmas en la calle se hacían más numerosas y se colaban en el edificio a través de las ventanas rotas, dispuestas en los descansos de la escalera. Podía imaginar el caos afuera, sobre todo por el miedo colectivo.

Entonces choqué con el pasamanos de la escalera y lo sentí como un témpano de hielo, el mismo que antes me había parecido que ardía. Gotas de rocío cubrían la madera oscura. Me di cuenta de que era el mismo lugar donde el chico de pelo largo se había caído segundos antes.

Unas palabras aparecieron en mi cabeza:

«Los seres nocturnos no volverán a ver la luz porque esta es la penumbra eterna. Ya nada será como antes».

¿Qué significaba eso?

Subí los escalones de dos en dos. No estaba tan segura de que tuviese tiempo de resguardarme como los otros. Sentí miedo y me arrepentí de intentar salvar a Foggy.

Llegué al quinto piso y metí la llave en la puerta. Abrí y avancé. Atravesé la sala comedor lo más rápido que pude. Escuchaba a un perro llorar. El sonido me orientó hasta dar con ella. La encontré dentro de una cesta. Era una *cavalier king*, cachorra. Sus patas estaban vendadas y una de ellas sangraba. La tomé en brazos y la llevé conmigo. Sentía el latido de su corazón muy fuerte cuando la aferré contra mí. Bajé las escaleras con rapidez. El resplandor afuera se hacía más fuerte. También el zumbido de las abejas y los gritos y aullidos en la calle. Casi me caigo al llegar a la planta baja, pero recobré el equilibrio. El animal estaba en silencio y podía sentir el calor de su pequeño cuerpo.

Cuando llegué al sótano, la luz parpadeó y luego todo quedó a oscuras. Con el animalito aún entre mis brazos, maniobré para sacar mi móvil y alumbrar hacia adentro. Me vi en medio de un gran grupo de personas que me miraba. Algunas de ellas también tomaron sus móviles para activar la linterna. Escuché murmullos.

La niña se abalanzó sobre mí. Cuando hicimos contacto, vi dentro de mi cabeza a una mujer alta, delgada, en medio de un campo de espigas. Pensé que era ella, en el futuro. O tal vez alguien significativo para ella, pero no era su madre. Como fuera, resultó una visión esperanzadora. Entonces supe que para muchos habría un mañana a pesar de la destrucción que estábamos padeciendo.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Has salvado a Foggy! —dijo.

La tomó en sus brazos y la besó.

—Soy Kelly y tú eres mi mejor amiga —me dijo.

Escuché a alguien hacer un comentario:

—¿Cómo han dejado a ese pobre animalito a su suerte? No sé por qué la gente así tiene mascotas…

Sabía lo que estaba pasando. El miedo saca lo peor de todos. Nos hace violentos, desacertados. No era el momento para hacer

señalamientos.

—¿Quién eres tú para criticarme? —respondió en voz muy alta la madre de Kelly.

Entonces pasó algo desconcertante. Alguien me acusó de ser la culpable de lo que estaba sucediendo.

7

—¡Es por la gente como usted que nos está pasando esto! —exclamó un hombre con voz muy alta, mostrando autoridad.

Detrás de esa insólita declaración hubo algunos comentarios que no pude comprender. Hasta me pareció que alguien hablaba en otro idioma.

—Es policía, ¿verdad? Lo sé, y está armada. ¿No es cierto? ¡La violencia nos ha traído hasta aquí! El libre albedrío que no hemos sabido agradecer a Dios. El reverendo King lo ha dicho. Le esperan cosas espantosas a esta ciudad en el corazón de la nación. Por eso el viento ha venido a violentar nuestra vida, para acabarnos.

—¡Cállate de una vez, Ted! —dijo una mujer de pelo cano que estaba a su lado. Pude notar que lo miraba con odio.

—¡No le hables así! —afirmó alguien.

—La gente no tiene ninguna educación —respondió otra persona.

Allí estábamos todos, rodeados de oscuridad, solo alumbrados por las linternas de los móviles, vociferando y acusándonos entre todos. Era esa la penumbra eterna…

En ese instante, escuchamos un disparo. Algunos gritaron y otros bajaron un poco sus cabezas. Pude ver las negras siluetas de todos moverse.

Calculé por el sonido que el disparo había tenido lugar en la calle y que no había peligro inminente allí adentro.

—Soy policía, y estoy aquí para resguardar el orden hasta que el tornado pase y las cosas se calmen. Si pensamos con claridad y aguardamos confiados, no nos sucederá nada. Eso incluye que no rompamos la armonía entre nosotros —alcancé a decir en voz muy alta. Sabía que, en situaciones como esas, eran comunes los conflictos. Formaba parte de la naturaleza humana y comprendí que a eso se refería la frase que había aparecido en mi cabeza. La penumbra eterna podía referirse a eso.

—¡Nadie podrá salvarnos! ¡Ahora pagaremos justos por pecadores! Tuvimos oportunidad de enmendarnos, pero no lo hicimos. ¡Nada será como antes! —gritó el hombre llamado Ted.

—¿Por qué ha dicho eso? Eso último —pregunté y me acerqué a él para ver mejor su rostro. Lo alumbré con el teléfono.

El hombre permaneció en silencio y bajó la mirada. De inmediato, comenzó a mover las manos como si estuviese desenredando un ovillo invisible frente a su cuerpo, como si este estuviese flotando en el aire, delante de él.

—Está loco… —dijo alguien de voz aguda.

Era un hombre viejo, enfermo. Sus manos tenían un color azulado y estaban muy arrugadas. Puede que su cuerpo se viera sano, pero sabía que ese comportamiento podría estar asociado a una enfermedad mental. También pensé que lo más importante era restar importancia a la tensión. Tendría tiempo de pensar en las frases en mi cabeza y en lo que ese hombre acababa de repetir después.

—Debió haberlo escuchado en televisión o en internet, en algún video. Ted, mi marido, ha tenido algunos problemas de salud y ha estado confuso últimamente. Solo repite lo que oye —explicó la mujer que lo acompañaba.

Entonces alumbré su rostro. No tuve que tocarla para comprender más sobre ella y su relación con Ted: estaba hastiada de él. Era una mujer mucho más joven, e incluso, lo que antes me había parecido pelo cano, ahora me lucía a color artificial: se había teñido al estilo *gray hair*. Lo habría hecho —tal vez— para disimular los años que había entre ellos. Su apariencia, en general, parecía estar orientada a verse mayor: el largo de su falda, el diseño conservador de su blusa. Era como una impostora, alguien que cumplía el papel de una esposa y que se empeñaba en verse mayor. Tal vez estar con él significara obtener algún beneficio, y ella tenía intereses ocultos. Me dio la impresión de que Ted estaba en peligro a su lado.

Me dije que tenía que dejar de analizar a esas personas y concentrarme en la situación extraordinaria que atravesábamos, la que todavía no estaba superada.

Caminé hasta el medio del grupo. Ellos habían construido una especie de semicírculo, de pie, en la parte central del recinto.

—Bien. Ahora quiero que cada uno me diga si conoce a algún vecino que no vea en este momento, en este lugar. Si sabe de alguien de movilidad reducida o que podría necesitar ayuda para trasladarse a este sitio —dije en voz todavía más alta, y paseando la mirada entre todos los presentes, ayudada a medias por las luces que se desprendían de los móviles que algunos todavía mantenían a la altura de sus hombros.

Nadie dijo nada.

Los minutos siguientes hubo calma. Nos sentamos en el suelo en

ese lugar, entre cajas de cartón y materiales de jardinería. Allí los teléfonos no tenían cobertura, así que no podíamos enterarnos de lo que estaba sucediendo afuera. Solo esperábamos.

Yo estaba pendiente de los sonidos de la superficie. Por ello, me senté lo más cerca que pude de la entrada. También intentaba traducir lo que podía estar sucediendo en la calle. Ya antes había pasado revista a los presentes, reconociendo sus lugares de residencia. Todos los vecinos, que hasta entonces no había conocido de nombres, estaban allí. El grupo se hacía más numeroso porque en el piso dos estaba teniendo lugar una fiesta. De allí venían los chicos y las chicas que había visto en las escaleras. Una de ellas se mostraba muy intranquila y quería salir del sótano. Tuve que disuadirla en dos oportunidades de que no lo hiciera. Era claustrofóbica.

Transcurrió cerca de una hora de larga espera, pero la situación estaba controlada. Contábamos con ventilación, todos estaban relativamente calmados y bastante callados. Dado el tiempo, ya era evidente que el tornado no había pasado por esa calle. Yo no era experta en calcular los pasos de los tornados, pero esa fue mi impresión en ese momento. Revisé de nuevo mi móvil. Continuaba sin cobertura. Decidí salir de allí para buscarla e informarme de lo que había sucedido en la ciudad. Debía hacerlo, pero me preocupaba que al salir Ted Westerby (ese era el apellido del hombre que me había acusado) o la chica claustrofóbica, llamada Lorna, dificultaran las cosas.

Cuando me decidí y me disponía a salir, escuché ruidos cerca de la puerta. Me aseguré de tener la Glock a punto. Sabía que una de las peores cosas en situaciones de desastre era la comisión de actos delincuenciales, robos, asaltos, invasiones a la propiedad. Escuché una voz que provenía del exterior justo en el momento en que, después de tocar mi arma y sin quererlo, toqué el llavero circular que la madre de Kelly me entregó. Había olvidado devolverle las llaves y las tenía en el bolsillo de mi pantalón.

—Soy Alfred James, del cuerpo de bomberos. ¿Está todo bien allí abajo? —preguntó la voz al tiempo en que yo, sin quererlo, imaginaba el grabado en la cara del llavero, luego del contacto con él.

Imaginaba la figura del *Hombre de Vitruvio*, allí, muy cerca de mí. Y el estruendo de las monedas del sueño volvió a sonar en mi cabeza en un segundo. Era como si un enemigo poderoso estuviese muy cerca de mí, como si yo no lo hubiese podido prever, hasta que fue demasiado tarde.

8

Después de la llegada de los bomberos, los vecinos volvieron a sus respectivos pisos.

El tornado no había pasado sobre nosotros. Continuó su destructor desplazamiento desde el sur de la ciudad cerca del parque, Idlewild, hasta el norte, hacia Park City.

Nadie se explicaba la ocurrencia de ese fenómeno. Tampoco la lluvia de granizo, las ráfagas de viento de más de ciento veintiséis kilómetros por hora, y el descenso tan intenso de la temperatura y de la presión atmosférica. Extensas zonas de la ciudad se encontraban sin electricidad y las fuertes ventiscas habían dejado estragos en todos lados. Ya comenzaban a nombrar al tornado como «Ghost Idlewild», justo por no haber sido visto por los radares, y también por el lugar en donde se avizoró por primera vez, el parque con ese nombre.

Al entregar el llavero a Susan Landosh —la madre de Kelly— me di cuenta de que lo que estaba grabado en él eran dos sirenas entrelazadas. Me dije que debía calmarme e intentar traducir el significado del sueño de mi abuela con más inteligencia de la que hasta entonces había demostrado.

Fui a mi piso, me bañé y me cambié de ropa. Miré mi reflejo en el espejo y me dije que de lo único que estaba convencida era de que, efectivamente, las cosas no serían igual que antes. Esa frase había aparecido en mi cabeza y también me la había recordado Ted Westerby. No sabía por qué había pensado en él varias veces. Era un hombre cuyo cerebro no funcionaba bien y a quien el miedo le había conducido a acusarme. En realidad, no la tomó conmigo en forma particular, sino con lo que él llamó «la violencia», «las armas»… Esa era una lectura común a los ojos de gente conservadora: la visión del castigo divino por lo mal que conducíamos el mundo.

Me dije, mientras miraba mi imagen en el espejo, que era normal que Ted Westerby en medio de la niebla que poblaba su cabeza, y que posiblemente se debiera a alguna enfermedad degenerativa del tejido cerebral, se sintiera vulnerable y viera enemigos en todas partes. Yo sabía que los verdaderos enemigos pertenecían a la oscuridad. Pero no

podía relacionar lo del tornado y los fenómenos sucedidos en la ciudad con ellos. ¡Nada me conducía a establecer ese vínculo! Así que concluí que debía tener la cabeza fría y prepararme para las próximas horas, deslastrándome de las impresiones de mi sueño, y de lo sucedido en el sótano. Presentía que haría cosas que nunca antes había hecho en medio de una ciudad sumida en el caos y semidestruida. Yo no había sido antes testigo de algo igual y para enfrentarlo debía tener la cabeza despejada.

Mi móvil sonó en ese instante. Corrí hacia él. Era Anne.

—Hola, Alex. La situación es grave. Hay un operativo conjunto de emergencia y debemos apoyar a los bomberos y a Defensa Civil. Debemos estar en el Distrito Nueve cuanto antes. La calle está hecha un infierno. Hay muchos detenidos por robos y saqueos, y los policías de calle no son suficientes. Además, las emergencias están saturadas y todavía hay gente bajo los escombros en el corredor del tornado, en el área lineal que impactó.

—Claro, Anne. Estaré allí en quince minutos —respondí.

Corté la llamada.

Me dolía lo que había pasado en Wichita. Una lágrima cayó por mi mejilla. Una parte de mí se descubrió formando parte de algo que tal vez por evidente había olvidado. Yo era parte de la ciudad, y ahora un pedazo de mí también estaba herido. Ese, tal vez, sería el término plural al que mi abuela se refirió en el sueño. Uno que casi nunca se hace consciente, la pertenencia a la ciudad…

Salí de mi habitación y tomé las llaves del coche, que había dejado en el lugar de siempre: sobre un plato de cerámica junto a un pequeño mueble de madera cerca de la puerta. Entonces tuve una visión. Vi muchas ratas oscuras y húmedas —miles— corriendo y comiéndose a unos pájaros negros de picos rojos que habían caído al suelo. Ellos todavía estaban vivos mientras los devoraban y emitían unos sonidos desgarradores y parecidos al pitido que hacen las locomotoras de vapor. La visión desapareció. Sin darme cuenta, dejé caer las llaves del coche al suelo y vi su descenso, como en cámara lenta. ¿Cómo podría yo sentirme tan familiarizada con ese sonido de la locomoción de vapor si nunca las vi funcionando, si no he cumplido ni cuarenta años? Era como si presintiera que esta lucha, esta destrucción, fuese antigua, histórica. Como si el mal arcaico, el de siempre, estuviese mostrando de nuevo sus fauces. Y yo también fuera un ser con una consciencia inmortal, como si de alguna manera pudiera presentir lo que otras personas del pasado sintieron al enfrentarse a él.

Recogí las llaves del coche y entonces, al hacerlo, me di cuenta de que junto a ellas había una pluma de un ave. Era alargada y

negrísima. ¿Cómo había llegado allí si en casa todas las ventanas estaban cerradas?

9

Llegué al Distrito Nueve lo más rápido que pude. Se trataba de un edificio de una planta que, en condiciones normales, debió ser bastante tranquilo. La edificación parecía nueva y, sobre todo, destinada a actividades administrativas. Ahora muchos uniformados entraban y salían de él, y todos actuaban con rapidez.

Me esperaban en una moderna oficina Anne, Juliet y la jefa Tonny. Esta última no llevaba el moño bajo de siempre. Estaba despeinada y parecía contar con más años encima.

Saludé y me senté en torno a la mesa que presidía la jefa después de cerrar la puerta del lugar.

—Falta Rossy, pero comenzaremos sin ella —dijo la jefa Tonny.

Luego comenzó a organizar nuestra colaboración con las fuerzas del orden y de salvamento. Supuse que aquella era una de las decenas de reuniones que sostendría ese día con grupos de trabajo que habría concebido para que el Departamento fuese más efectivo en la ayuda que brindaríamos. Me pareció acertado que los grupos fueran pequeños y que nos convocara a quienes estábamos allí. Había cierta afinidad entre nosotras y podíamos entendernos en momentos de crisis. Pero era cierto que faltaba Rossy. Tuve la intención de escribirle desde mi teléfono, pero no lo hice.

La jefa Tonny explicó que se habían establecido zonas de atención y que a nosotras nos correspondía la vigilancia y la participación en unas calles del área del Old Town, cerca del Departamento donde trabajamos, en la ribera derecha del río Arkansas, que dividía la ciudad en dos.

—El tornado dibujó una trayectoria paralela al río —explicó, señalando una línea recta en un mapa que había desplegado sobre la mesa.

Recordé esa sensación de amenaza que la noche anterior sentí y que relacioné como nunca con ese canal de agua, y el olor fétido que percibí por un segundo mientras caminaba por la avenida Waterman. También la escultura vertiginosa del indio de mi sueño. Me pregunté de qué servía tener visiones y sueños si no podía evitar la destrucción

y la muerte.

Debí hacer un gesto que delató mis pensamientos.

—Alex, ¿te pasa algo? —me preguntó Anne.

—Estoy bien —respondí, parca.

En ese instante, alguien llamó a la puerta de la oficina. La jefa Tonny lo invitó a pasar. La puerta se abrió y un agente uniformado entró y caminó hacia ella. Le entregó un papel. No me gustó la expresión de su rostro. Nos miró alarmada por un instante.

—Comuníquenme con él —dijo después.

El agente salió con rapidez.

—¿Qué…? —comenzó a preguntar Anne.

La jefa levantó la mano en señal de que aguardara un poco. El agente volvió y le entregó un móvil.

Anne, Juliet y yo nos quedamos expectantes, mirándola. Instantes después le dijo a su interlocutor que esperara, que pusiera el altavoz. Lo hizo y acomodó el aparato sobre la mesa. El agente dio varios pasos hacia atrás y esperó.

—Soy Martín, el novio de Rossy. Ella… no lo sé. Salió de casa, porque… ¡Ahora debe estar muerta! Yo debí estar con ella, pero se suponía que debía quedarse en la mía, en mi piso. ¡No sé por qué no lo hizo! ¡No debía terminar así! He preguntado a la gente de Salvamento, pero no me han dicho nada…

Se le terminó quebrando la voz.

Entonces tomé el mapa que descansaba sobre la mesa. Busqué la calle Madison, en el barrio de Sunnyside. Era donde vivía Rossy. ¡Lo comprendí! Se situaba justo en el área devastada. Sentí un ardor agudo en la boca del estómago y un enorme peso sobre mi cabeza.

—¡Dios mío! ¡No puede ser! —exclamó Anne.

—¿Por qué…? —comenzó a decir Juliet, y luego calló.

—Martín, ahora mismo iremos al sitio y haremos todo lo posible por enterarnos y por informarle lo que ha sucedido con Rossy —dijo la jefa Tonny.

—Está bien… Ella no debió estar allí. Yo he intentado ayudar a buscarla, pero no me lo han permitido. ¡Es horrible! —exclamó y su voz se mezcló con un sonido metálico, como un tintineo.

Miré fijamente una taza de café que había sobre la mesa, junto al mapa. Antes no me había fijado en ella. El objeto mostraba el logo de la Policía. Noté que el agente de pie, cerca de la jefa, también estaba mirando la taza.

—Díganos, por favor, la dirección exacta de la residencia de Rossy García —dijo la jefa Tonny al tiempo en que tomaba el móvil y quitaba el modo de altavoz.

Inspiré profundo. Recordé a Rossy feliz, emocionada, la noche anterior. Yo tampoco podía creerlo.

Salimos del edificio de inmediato. Anne vino conmigo en mi coche y Juliet y la jefa subieron a otro vehículo.

En menos de diez minutos estuvimos en la dirección de la casa de Rossy, en el número 799 de la calle Madison. El lugar estaba lleno de escombros. Una sensación de impotencia se apoderó de mí. No sé por qué recordé el logo de la taza que acababa de ver en la oficina. Pensé que tal vez eso sucedía por la impotencia que me producía dedicar mi vida a la seguridad de las personas, y que un evento como este hiciera estallar esa seguridad por los aires. Además, sabía que a Anne le pasaba lo mismo, que estaba entre frustrada y aterrada.

El tornado parecía haberse dirigido hacia Rossy con ensañamiento. La fatalidad la había alcanzado… Apenas a unos metros de su casa, hecha escombros, estaba la vía pavimentada y, al lado, el bulevar George Washington, que lucía impoluto. Las casas allí, construidas a poca distancia de la de Rossy, no mostraban ningún signo de destrucción.

—Es horrible. Este margen, esta frontera entre la salvación y… —comenzó a decir Anne.

—La muerte —completé.

Asintió.

Nos estacionamos detrás de una ambulancia y nos bajamos del coche con rapidez. La calle en el área devastada estaba llena de rescatistas.

Cuando puse los pies en la vía, en medio de una extraña neblina o más bien calina que se había posado en ese lugar, tuve un presentimiento.

—Ella no está muerta. Rossy está viva —le dije a Anne casi sin pensarlo.

De inmediato, me di cuenta de que no debí hacerlo. Esperé su irremediable reacción de sorpresa o que me preguntara cómo diablos podía saberlo. Pero lo que hizo me dejó descolocada.

—Yo también lo creo así —respondió.

10

—No sé de dónde sacas tal afirmación, pero puedo decirte de dónde la saco yo. Me han enseñado a aferrarme a las esperanzas. Hasta que no vea su cadáver, no diré que está muerta.

La comprendí. En momentos así, la lógica de Anne era salvadora.

Caminamos entre los escombros de la casa de nuestra amiga. Varios hombres se nos acercaron, pero cuando mostramos nuestras identificaciones se detenían y retrocedían.

Aquello parecía un lugar bombardeado. Nunca había visto nada igual. Era como si un trágico y enorme rompecabezas de millones de piezas hubiese estallado. Pedazos de paredes, ropa, cristales, muebles, agua, barro, todo se mezclaba en formas amorfas. Era un amasijo de partes inconexas, una casa desmembrada que no podría volver a armarse.

—¡Rossy! —gritó Anne en un intento desesperado, agobiada por la escena.

Miré alrededor y entre los escombros.

La única forma de que Rossy se hubiese podido salvar era que su casa contara con un sótano y que no hubiese estado durmiendo cuando el tornado pasó.

—¿Habías estado aquí antes? —le pregunté a Anne.

—Sí. En varias ocasiones.

—Yo solo la traje a casa un par de veces, pero nunca me bajé del coche —le dije.

Recordé, de pronto, la última vez que la llevé hasta allí. Fue como volver a verla, vestida como siempre de negro, caminando por el sendero que terminaba en la puerta principal de la casa, y de repente desviarse y acercarse a una ventana dispuesta al lado izquierdo para tocar el cristal. Detrás de él pude ver la silueta de un gato adulto. En ese momento, recordé que Rossy tenía una gata llamada Dorinda. Era de pelaje negro. Tenía su foto en la pantalla de su ordenador. Eso recordé.

—Rossy no maneja. No le gustan los coches. Yo también la traje varias veces a casa. Rossy apenas tiene veintisiete años… —dijo Anne,

pero dejó la frase inconclusa.

En ese momento, llegó cerca de nosotras un perro pastor alemán. Detrás de él venía una chica de Salvamento. El animal olía entre los escombros.

Anne y yo nos quedamos mirándolo. Creo que las dos deseamos al mismo tiempo, y más que nada en el mundo, escuchar sus ladridos. Sabíamos que los animales entrenados en rescate ladran para anunciar que alguien vive.

«A menos que estuviese entrenado para detectar cadáveres», eso me dije, y me alarmé de mí misma, de mi pesimismo. Antes había tenido la seguridad de que Rossy vivía, pero ahora había desaparecido. Tenía que aprender de Anne. Había que mantener la esperanza hasta el final.

Miré la labor del animal. Su comportamiento. Rastreó el área que nos rodeaba como haciendo un círculo. Luego caminó y se detuvo junto a la chica.

Ella le dio dos palmadas en el cuello y luego se quedó mirando algo a lo lejos. Seguí su mirada y vi venir a una mujer que a todas luces era su jefa.

Era muy alta, atlética. Llevaba el pelo muy corto y de un tono clarísimo. Venía en dirección a nosotras. Se desplazaba con facilidad entre los escombros. A su lado caminaba un hombre cuya presencia se desdibujaba por completo. Detrás de ellos podía ver esa niebla oscura que se había apoderado del lugar.

En la medida en que se acercaba, pude verla mejor. Parecía una máquina. Sus movimientos, sus brazos. Estuve segura de que practicaba con frecuencia alguna actividad deportiva que tonificaba sus músculos. Era como una mujer de acero. La imaginé remando en el río, o en aguas más turbulentas y peligrosas. Eso lo hice porque el hombre que venía a su lado esquivó un área a su paso que lucía inestable. Se trataba de una superficie filosa, un escombro de gran tamaño. La mujer pasó sobre eso sin inmutarse. Era como si se concibiera invencible. Llegó hasta nosotras.

—Capitana Trudy Malick —dijo con una pronunciación clara.

—Detective Anne Ashton y detective Alexis Carter —respondió Anne.

—¿Han sido llamadas a colaborar en esta área? —preguntó.

—No. En esta casa vive nuestra compañera en el Departamento de Casos Complejos. Se llama Rossy García —respondí.

Ella pensó algo y no dijo nada. Me miró por unos segundos como pretendiendo hacerse una idea sobre mí.

—Lo lamento. He estudiado los planos de estas edificaciones.

Aunque es posible que se encuentre con vida. La casa que estaba aquí y aquella —dijo señalando otra área en ruinas— contaban con una habitación subterránea, pensada como depósito, supongo. Lo importante es que logremos llegar hasta ella. Por ahora no hemos encontrado nada en esta casa.

Sabía, por la entonación que había dado a sus últimas palabras, que en la otra casa sí lo habían hecho y el hallazgo no fue favorable. No lo dijo, pero intuí que sus residentes estaban muertos.

—Conozco el Departamento en el que trabajan. Tengo una buena amiga allí —completó Trudy Malick.

—¡Jefa! ¡Aquí hay algo! —gritó uno de los rescatistas, que se hallaba a unos seis metros de nosotras.

11

Corrimos hasta el lugar. Había un espacio entre dos escombros de gran tamaño. De allí salía una voz. Era la de Rossy.

—Es el área subterránea. Buen trabajo, chicos. Su amiga es afortunada —dijo Trudy Malick—. ¡Vengan todos aquí! ¡Hay que despejar esto! Necesito al perito designado, no podemos arriesgar su vida —dijo con determinación a parte del equipo de Salvamento que ya se había acercado.

Anne y yo nos hicimos a un lado. Aunque deseábamos ayudar, era cierto lo que había dicho Malick. Esperaba que Rossy no estuviese herida. Anne tocó su medalla. La que siempre lleva colgando de su cuello.

Miré alrededor. Ahora lo hacía con más objetividad. Fue cuando tomé consciencia de la cantidad de personas que allí se encontraban. A lo largo de toda la calle destruida. Además, los residentes del área no arrasada por el tornado se asomaban por las ventanas y puertas de sus casas a observar.

Las maniobras de remoción de escombros fueron más rápidas de lo esperado. En pocos minutos, sacaron a Rossy. La subieron a una camilla. Estaba consciente. Su pelo cortado al estilo bob y su cara estaban llenas de polvo, en realidad toda su piel y su ropa lo estaban. Mostraba una herida en la pierna. Estaba sangrando. También en el área abdominal. Las telas claras que llevaba puestas estaban rotas en esos lugares.

Nos acercamos a ella cuando ya estaba acostada en la camilla. Nos reconoció y sonrió. Tomó la mano de Anne y la apretó. Luego me miró y volvió a sonreír. Sus ojos brillaban más que nunca.

Uno de los paramédicos nos dio un diagnóstico para tranquilizarnos.

—Se pondrá bien. Costillas fracturadas, aparentemente, sin perforación de órganos vitales. Fractura múltiple de la tibia. Es una chica con suerte.

—Gracias —le respondí.

El hombre asintió. Me detuve un poco en él, lo noté cansado pero

motivado, volcado a su trabajo, se sentía poderoso. Salvaba gente y eso quiso desde niño.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté, acompañando su paso rápido junto a la camilla.

—Philip —respondió apurado.

—¿Han salvado a otra persona en esta zona? —continué.

—No. Ella es la primera sobreviviente que hemos encontrado. Acabamos de sacar los cadáveres de la familia Robson —me respondió y comenzó a caminar con mayor velocidad.

—¡Dios mío! —exclamó Anne.

Las dos nos detuvimos.

Dijo «la familia». Pensé en niños. Y por ello recordé el sueño con Sarah, su miedo.

Vimos como se llevaban a Rossy en la ambulancia.

De repente me sentí sedienta, hambrienta y cansada. Anne se puso en cuclillas y bajó la cabeza. Nos estaba pasando. La presión, la adrenalina cedía y quedaba el cansancio de nuestros músculos, de nuestra mente. Aunque no lo reconociéramos, esperábamos ver el cuerpo sin vida de Rossy. Anne tocó algo en la superficie del suelo. Era un cascabel. Recordé a Dorinda.

Ante mis pies, junto a mi zapato derecho, vi una gorra de los Kansas City Royals. Supuse que era un objeto que debía estar dentro de la casa de Rossy, aunque también pudo haber volado hasta allí desde alguna casa vecina. Definitivamente, había algo que no me cuadraba al pensar que eso perteneciera a nuestra compañera.

—Jamás pensé que Rossy fuese aficionada al béisbol… —comenté sin dejar de mirar la gorra.

—¿De qué estás hablando? —me preguntó Anne, incorporándose.

Notó que yo miraba hacia abajo, a mis pies, y ella también miró. Tomó el cascabel, volvió a ponerse de pie y lo guardó en su bolsillo. Volvió a mirar hacia mis pies. Entonces me di cuenta de su asombro. Ella no veía nada. ¡La gorra que yo estaba viendo con total claridad no estaba allí en realidad!

12

—No es nada —le respondí.

Cerré los ojos un momento y, al abrirlos, constaté el espacio vacío. Efectivamente, no había nada junto a mi zapato.

¿Por qué vería la gorra de los Kansas City Royals?

Esa pregunta me la hice en silencio.

—Quien era fanático del equipo de béisbol era Ender. Eso ya lo sabes. No se quitaba la gorra de los Royals creo que ni para dormir.

Era cierto. Ender, quien antes ocupaba el puesto de Rossy en el Subdepartamento de Investigación Informática, siempre se presentó en la oficina con esa gorra de los Royals, con la misma que acababa de ver en ese momento en mi cabeza, pero de una forma muy real. De verdad hubiese jurado que estaba allí…

Me alarmó pensar que empezara a ver cosas imaginarias de manera tan real. Hasta ese momento creía saber distinguir cuando algo era una visión y cuando no lo era.

—Tienes razón. Ender era fanático —alcancé a decir.

De repente, recordé cuando conocí a Anne, aquella noche en extremo calurosa del 4 de Julio, en el paseo del río Arkansas. Aquella noche Anne le salvó la vida a una niña que se había atragantado con un trozo de comida. La vi actuar veloz, decidida. No sabía que al día siguiente me la presentarían como mi compañera de trabajo. En ese momento, no me sentía nerviosa junto al río. Lo que me produce él ha venido sucediendo después, con el paso de los meses. Esa misma noche también soñé con un hombre que llevaba puesta la gorra de los Royals.

¿Qué diablos me pasaba con esa bendita gorra?

Además, aquel día me topé con otra persona que llevaba el mismo accesorio entre las manos. Se trataba de Logan Callen, un expaciente que traté en Topeka. Trabajaba como controlador aéreo y era un hombre muy inteligente, pero con una mínima sociabilidad. Estaba obsesionado con su vecina al punto que creía que entre ellos dos existía una relación amorosa. Era erotomaníaco.

¿Había sido Anne quien había dicho en el bar que las cosas volvían

a repetirse?

Me estaba pareciendo que eso era lo que me sucedía en ese momento. Como ocurrió con aquel sueño que tuve el 4 de Julio, como si el hombre maligno que me seguía con la gorra del equipo de béisbol local hubiese vuelto a aparecer, pero no en un sueño ni en una visión normal de las que solía tener, sino en una muy vívida que me había dejado confusa.

—Deberíamos ir a la zona del Old Town. Nos desviamos por lo de Rossy, pero ya sabemos que estará bien —sugirió Anne.

—Tienes razón. Nos hemos retrasado —respondí.

Fue cuando me di cuenta de que Juliet y la jefa Tonny no habían llegado, y eso era extraño.

Se suponía que habían partido del Departamento del Distrito Nueve al mismo tiempo que nosotras y que llevaban nuestro mismo destino.

13

—¿Dónde están Juliet y la jefa? —pregunté a Anne.

—Me han enviado un mensaje. En el camino se han detenido porque un árbol cedió y cayó sobre el coche que iba delante de ellas. Están a salvo, pero han participado en el rescate del hombre que iba delante y por eso no han llegado aquí. Ya les he respondido y les he dado la buena noticia de que Rossy está bien. Lo he hecho mientras tú hablabas con el paramédico. Nos veremos con ellas en Old Town.

Me invadieron unas repentinas ganas de quedarme en ese lugar, en esa calle. Era como si algo dentro de mí me pidiera que lo hiciera.

—Adelántate tú. Llévate mi coche. Tengo algo que hacer antes. Te veo en una hora a lo sumo —le propuse a mi compañera.

Anne no me preguntó la razón de mi propuesta y me extendió la mano para que le entregara las llaves. Lo hice. La vi irse.

Llegué andando hasta la vía y caminé sin rumbo. A un lado, miraba la destrucción, y al otro, las casas en pie.

Sentía las miradas de las personas. Todos en las puertas de sus casas. Presentí desconfianza, miedo. Tal como me sucedió en el sótano del edificio. Tomé el móvil y leí las noticias más recientes sin dejar de caminar.

Había mayor caos en la ciudad. En la red me topé con una entrevista de un programa de televisión con el pastor King. Ahora pretendía dar un mensaje de aliento; me pareció que soterradamente establecía diferencias entre quienes habían muerto y quienes continuaban con vida. Casi decía que los pecadores habían sucumbido. No me gustaba ese mensaje moral, divisorio. Tuve por primera vez la sensación de que lo peor no había sido el tornado, sino lo que comenzaría a suceder a raíz de su paso. Como si las mentes de muchos hubiesen quedado tocadas, contaminadas. No sé por qué se me ocurrió eso. Puede que por la imagen de las ratas devoradoras que había visto al tocar mis llaves.

Me hallaba sola en ese momento, y fue como si la niebla que antes había estado rodeándome ahora me hubiese alcanzado. No vi las casas, ni a los del equipo de Salvamento al voltear. Un frío invernal

me atacó y me llegó a los huesos de la cara, de los hombros. Sentí los labios agrietados y los dedos de las manos me dolían. Un ruido como el rugir de una bestia gigante se metió en mi cabeza. Pasó en segundos, tal vez tres o cuatro, y después todo quedó en silencio. Me quedó una sensación de cansancio en los brazos, sobre todo en los hombros. En el izquierdo más que nada.

Fue cuando me di cuenta de que nadie en mi rápido sondeo de las noticias había mencionado la niebla que yo estaba viendo.

¿Sería que también era resultado de mi imaginación?

Fue la primera vez que dudé seriamente de mis percepciones. Cerré los ojos un momento y me dije que no podía ponerme en tela de juicio a mí misma, de esa forma. En ese momento, sentí una mano helada posarse sobre mi brazo.

14

Una mujer estaba junto a mí. Me miraba. Uno de sus iris era marrón y el otro verde. Ella era la que me había tocado con la mano.

Al principio me asustó, me quedé mirando fijamente por unos segundos sus ojos de diferentes colores, esta característica me evocaba a alguien de mi niñez. La recordaba entre sombras y evocaciones muy vagas. Por la zona en que estábamos, y aunque parezca una increíble casualidad, tenía que ser ella, la amiga de mi abuela Denisse. Se llamaba… ¡Wendy!, ¡eso era! La había olvidado por completo, pero al verla comencé a recordar. Su nombre me gustaba, como el de la amiga de Peter Pan. Yo tendría cinco años o algo así la última vez que la vi. No era común encontrar a alguien con heterocromía de iris completa, con los ojos de colores tan diferentes. Además, eran las mismas facciones que comencé a recordar con más nitidez; su nariz de forma aguileña pero pequeña, el pico de la viuda en la frente, su cara alargada y las cejas muy finas. Fue como volver a verla de repente joven y, al instante siguiente, vieja.

—¿Wendy…? —pregunté y escuché mi voz diferente, como si hablara la niña que fui y el tiempo hubiese vuelto atrás.

Ella apartó su mano de mi brazo.

—¡Niña! ¡Pero si eres tú! La Alexandrina de Denisse…

Así me llamaba mi abuela casi siempre.

Millones de imágenes vinieron a mi cabeza de golpe: la casa, las tazas de café y esta mujer sentada junto a mi abuela. Ambas riendo. Después unas sombras y sus caras de preocupación. Mi abuela lloraba. Luego algo cambió, mi madre muerta y mi padre ausente… las cosas malas, y mi convicción de que lo bueno había sido corto. Lo mejor de mi vida, junto a mi abuela Denisse, había llegado a su fin. Era como si ahora ella quisiera estar de nuevo conmigo, primero en el sueño alertándome algo y ahora de la mano de su amiga Wendy.

—¡Es milagroso que me recuerdes! Eras muy pequeña —dijo. Hizo una breve pausa y continuó—. Claro, es por mis ojos… me hacen inolvidable. Pero yo misma «me olvido» de ellos… —dijo divertida, empleando ese juego de palabras. Recordé que le gustaba hacer eso,

decir trabalenguas y hacer juegos con las palabras. Había estudiado Literatura, o algo así. Mi abuela leía libros que ella le obsequiaba y algunas veces eso me entristecía porque al hacerlo no me dedicaba atención a mí. Se quedaba horas absorta con los libros en sus manos.

Sentí algo a mis pies. Una caricia, un roce de algo muy suave. Miré hacia abajo. Era Dorinda. La gata negra como la noche. Me miró y maulló como contándome algo.

—Esto ha sido malo. Muy malo. Nunca había pasado algo así —dijo con voz grave. Después cambió su entonación—. Es la gata de mi vecina, de la joven Rossy. Una buena chica.

Dorinda dio una vuelta en torno a mí.

—Pero las cosas malas traen a las buenas. Es grato haberte encontrado —me dijo Wendy.

—También lo es para mí. Me recuerdas tanto a mi abuela Denisse… —le respondí.

—Lo sé —dijo. Lo hizo con emoción. Lo noté porque endureció un poco el rostro, como si ella también la extrañara.

—Pasa a tomar un café en casa y a comerte una tarta de manzana cuando puedas. Me gustaría ayudar en algo, si es posible. Dile a la chica, a Rossy, que su gata está bien. Sé que es de ella. En cuanto mejore, puede venir a buscarla. Si necesita cobijo ahora que su casa ha quedado destruida, puede quedarse conmigo —exclamó.

Asentí.

—Cuídate mucho, Alexis —me dijo y sonrió. Se dio la vuelta y se perdió entre la niebla. Dorinda se fue tras ella.

Entonces recordé que cuando era niña, alguna vez, me pareció una especie de bruja, y creo que el día que la conocí sentí mucho miedo.

Terminé de recorrer la calle y luego me di la vuelta. Me había quedado pensando en la casualidad de haber encontrado a Wendy, la vieja amiga de mi abuela. ¿Podría recordar su apellido? No lo creía. Tal vez nunca lo conocí. De repente, tuve el ligero recuerdo de que ella había muerto. Era como si en algún momento mi abuela hubiese dicho algo de eso en casa, en la cocina, junto al fuego.

La niebla comenzó a disiparse y ya no sentía frío. Estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera había escuchado los pasos detrás de mí. Tarde me di cuenta de que alguien me había seguido y se hallaba muy cerca, a mis espaldas.

—Alexis… —me dijo esa voz que yo conocía, y que no pensé volver a escuchar entonces.

15

—Creía que te habías ido, Anne —le respondí.

—Lo había hecho, pero recibí una llamada de la jefa Tonny y regresé. Necesitaban hallar a la capitana Trudy Malick y ella no respondía el móvil. La necesitaban en el Comando Integrado de Operaciones de Salvamento. Parece que Malick es más importante de lo que pensamos en esta crisis y… ¿pero qué haces tú aquí?

Estuve a punto de decirle que ni yo misma lo sabía.

—Nada. Ya volvía.

Las dos caminamos en dirección a donde había estado en pie la casa de Rossy. Suponía que Anne había estacionado el coche cerca del mismo lugar donde lo hice yo primero. Cuando pasamos por el sitio en donde había encontrado a Wendy, me detuve un segundo. Luego continué caminando. Entonces pude ver la casa que supuse era la de ella. Su fachada era blanca y los bordes de las ventanas, color azul marino. Parecía una construcción griega. Tenía jardineras a ambos lados de la entrada, repletas de pequeñas flores moradas. También pude ver las casas vecinas, a ambos lados de esa. Antes no había podido hacerlo porque la densa niebla no me lo permitió.

—Anne, ¿tienes alguna explicación para esta niebla repentina que ha cubierto parte de la ciudad?

Reconozco que hice la pregunta con cierto temor. Esperaba que me preguntara de qué niebla estaba hablando.

—Ninguna. Creo que es como una especie de nube de polvo que ha quedado suspendida por el frío horrendo que hace y, además, mezclada con esa arena rojiza que lo ha cubierto todo. No lo sé. Como un efecto anticiclón, o algo así. Lo más horrible es que ahora toda la ciudad está revestida de eso. Es como si Wichita estuviese cubierta de un manto de sangre —afirmó.

Sentí alivio por su respuesta. No eran imaginaciones mías.

Vi que Anne sacó una botellita de agua de uno de sus bolsillos y me la ofreció.

La tomé y le agradecí.

Bebí. Me supo a gloria. Continuamos caminando un par de pasos

en silencio. De repente, Anne lo rompió y se detuvo.

—Algo no está bien allí —exclamó, mirando hacia una casa ubicada a la derecha de la que para mí era la residencia de Wendy.

Me quedé observando con atención al lugar para ver si comprendía a qué se refería.

—La ventana de esa casa está abierta y hace un frío que pela. ¿Quién tendría las ventanas abiertas? Además de que entraría el polvo rojo que se ha levantado. Por otro lado, mira la puerta. Está rodeada de objetos que han volado hasta allí y nadie los ha apartado.

—Puede que esté deshabitada —afirmé.

Ella lo consideró, pero aun así se dirigió hacia allá y yo la seguí.

16

Cuando estuve a dos metros de un breve escalón que daba paso al jardín frontal de la casa, presentí la maldad. Anne tenía razón. Sucedía algo extraño. Algunos objetos levantados y transportados por el tornado obstaculizaban la puerta. Uno de los pequeños cristales que componía un adorno en la parte superior de la puerta, con forma de estrecha medialuna, había estallado. Sus pedazos estaban abajo, en el suelo junto a los otros objetos.

Miré la ventana que desde la vía había llamado la atención de Anne. Una de sus hojas estaba abierta y una maceta con unas flores blancas se encontraba frente a la otra hoja, que permanecía cerrada.

Nos acercamos hasta allí. Toqué la tierra de la maceta. Estaba húmeda. Alguien había vertido agua sobre ella hacía poco tiempo.

Mientras, Anne se asomó por la hoja abierta. Sus ojos se agrandaron e instintivamente tocó su arma en el cinto. Yo también lo hice. Desde ese momento, comenzamos a actuar como si hubiese una amenaza dentro de la casa. Anne no hubiese tomado esa actitud si no hubiese sido grave lo que vio adentro. Con la mano izquierda, me hizo la seña de que bajara un poco la cabeza, y ella hizo lo mismo. Nos mantuvimos bajo la ventana un par de segundos. Luego me dijo en voz muy baja:

—Hay mucha sangre en el suelo.

Asentí.

—Busquemos la parte trasera. Si alguien salió o entró, lo hizo por allí. Aquí la puerta no parece haber sido abierta luego del tornado. A menos que lo que pasó haya sucedido antes —razoné.

—Buena idea —me dijo, veloz.

Dimos la vuelta a la casa con precaución de no hacer ruido. Detrás encontramos una puerta entreabierta. La parte posterior de la casa daba a un área sin construcciones, llena de árboles que conectaba a varios metros de distancia (al menos veinte) con otra vía. Aquello constituía una buena vía de escape.

Terminé de abrir la puerta con la palma de la mano. Cuando lo hice, un pájaro negro con pico rojo y un ojo brillante apareció en mi

cabeza. Solo podía ver uno de sus ojos porque en la imagen estaba de perfil, muy cerca. Sabía que me estaba mirando. La imagen desapareció al segundo siguiente.

Avancé dentro de la casa. Llevaba la Glock en la mano derecha y Anne me seguía con la suya, dispuesta a cubrirme y a disparar cuando fuera preciso. Caminamos por una cocina, en donde no había signos de violencia, pero una emanación ferrosa se hizo perceptible de repente. Era el olor de la sangre que Anne había visto.

Se me ocurrió que alguien hubiese resultado herido por encontrarse dentro del área de acción del tornado y que se hubiese ido a resguardar allí. Eso no lo había pensado antes, sino que de una vez consideré que se había cometido un crimen. Anne también había creído esto último. Estaba segura. Pero hasta ese momento no veíamos nada fuera de lugar.

Continuamos y llegamos a la sala de la casa. En efecto, toda la superficie del suelo estaba llena de sangre. Brillaba y era mucha cantidad. A quien perteneciera, debía estar muerto, me dije. No queríamos pisarla. Podríamos resbalarnos y, al hacerlo, producir ruido y alertar al asesino. Pero no había manera de continuar si no pasábamos sobre ella.

Con cuidado, dimos varios pasos al interior de la sala. Nos dirigimos a una entrada que conducía a un breve corredor. Allí nos separamos. Anne tomó a la izquierda, hacia una habitación cuya puerta estaba entreabierta. Yo hice lo propio: tomé hacia una puerta que se hallaba un poco más lejos. Resultó ser un baño. Lo supe porque lo primero que vi frente a mí fueron los azulejos en la pared, y luego un espejo y un lavamanos debajo de él.

Llevaba la Glock, apuntaba, daba la vuelta, y entonces la vi.

17

Una mujer desnuda en la bañera, muerta. Sus ojos estaban abiertos.

Avancé. No había nadie más. Solo el cadáver y yo. No avisé a Anne porque si el asesino aún estaba en casa, debíamos sorprenderlo, y no podía arriesgarme a que me oyera.

Alguien había cortado las arterias ilíaca externa y femoral en ambas piernas de la mujer. La sangre en el suelo era de ella. Ahora parecía no tener ni una sola gota de sangre dentro del cuerpo.

Junto a la bañera vi un arma blanca, un puñal con una empuñadura dorada y una serpiente grabada. Era un puñal singular o una daga pequeña.

Miré hacia el lado de la bañera donde descansaban los pies del cadáver. Entonces leí una frase sobre los azulejos, que mostraban unos dibujos de flores celestes dentro de un jarrón. Las palabras estaban escritas con sangre.

«Ya está hecho», decía.

Sentí la tentación de tocar el cadáver. Su mano derecha sobresalía del borde de la bañera. Estaba allí como invitándome a rozarla. Pero decidí cubrir a Anne. No sabía si el asesino aún estaba en la casa. No lo creía, pero debía cerciorarme. Si me distraía con el cuerpo, podía perder segundos claves para la protección de Anne. Ahora mismo podría estar en peligro. Me dije que en una sala de autopsias podría luego tocar a la mujer. Así que volví sobre mis pasos y salí del baño.

Vi venir a Anne a mi encuentro. Nos juntamos en el medio del corredor.

—Aquí no hay nadie. Dos habitaciones, la sala y la cocina. Todo vacío…

—En el baño hay un cadáver —la interrumpí.

Fuimos hasta allí. Anne exclamó algo al verlo apenas cruzó la puerta. Pero lo hizo al mismo tiempo en que yo también hablaba.

—Esto no me gusta nada —confesé. Presentía la obra de la oscuridad. Ese mensaje, el hecho de que la sangre de la víctima estuviese en la sala y que ella, desangrada, estuviese desnuda en la bañera; que el asesino se hubiese dado a la tarea de hacer todo eso…

¿Para qué? ¿Por qué dejarla sin sangre? ¿Y ese puñal, qué significaba para él?

—Ha dejado el arma. No es usual. También nos ha dejado un mensaje el muy cabrón… —murmuró Anne.

—Hay que llamar a la jefa. Este caso será nuestro y no podemos perder tiempo —la interrumpí.

—Sí. Tienes razón. Este crimen está lleno de símbolos, parece una práctica de una secta. Nadie más podrá encargarse. Para horrores como este creamos el Departamento. ¿Por qué un maldito tornado no mata solo a los bastardos que hacen cosas como estas, sino que se lleva consigo familias enteras?

—Los buenos y los malos, justos por pecadores… —exclamé.

Anne se quedó callada unos segundos.

—Puede que alguien aprovechara el descontrol en la ciudad para dar rienda suelta a sus patologías. O que para él sea una especie de purga, de locura desenfrenada… —dijo.

—¿Qué crees que signifique esa frase? —dije, señalándola. Ya nos hallábamos las dos muy cerca de la bañera y del cadáver.

—Invirtió mucha energía y se tomó bastantes molestias para desangrar el cadáver en el piso de la sala y traerla hasta acá. Contó con tiempo. Esta mujer debía vivir sola. Creo que, a menos que sea una venganza personal que todavía no podemos descifrar, esa frase significa que hay algo más grande detrás. Quiero decir, que no escribió un mensaje relativo a esta pobre mujer: algo como «perra», «te lo merecías», «por lo que hiciste…», sino «ya está hecho». ¿Qué está hecho? ¿A quién le dices que algo «ya está hecho»?

—A un jefe…, a alguien que te ha encargado hacer algo —respondí.

18

—Así es —consintió Anne.

—O a un público —completé—. Lo cierto es que se dirige a un tercero, a nosotros, a quien encuentre la escena del crimen, a la prensa, a las autoridades, a la ciudad… De todas formas, debemos estudiar el pasado de esta mujer —añadí.

—Tendremos tiempo de hacerlo. Ahora hay que preservar la escena y hablar con la jefa —afirmó Anne.

Eso hicimos. Tal como previmos, el caso nos fue asignado. Levantaron el cadáver. Se llevaron el arma, tomaron fotografías de la sala, de la entrada, del baño. Recogieron todos los indicios posibles y buscaron huellas por todas partes. No se encontró nada importante a simple vista. Debíamos esperar el resultado de la autopsia que haría Lilian y del resto de los análisis.

Anne y yo estuvimos en la casa mientras el equipo forense trabajaba. Luego Anne fue al Departamento y le dije que yo me quedaría un poco más. Quería intentar obtener alguna imagen, alguna visión de lo que allí había sucedido. Deambulé por la sala, la cocina, el patio. No experimenté nada. Hubo un momento en el que logré quedarme sola en la habitación de la víctima. Ya sabíamos que se llamaba Inger Braun, que tenía cincuenta y tres años, era viuda, vivía sola, y trabajaba como sonografista en un consultorio privado en el barrio de Delano, al margen izquierdo del río Arkansas.

Quería conocer más aspectos de su vida. Tal como hacia el agente veterano Hans Freeman del FBI. Había escrito varios manuales para investigadores criminales. Uno de ellos se llamaba *Imaginación criminológica*, y aunque creía poco en la intuición, me parecían excepcionales. Para él, las habitaciones de las víctimas siempre nos decían cosas si sabíamos mirar bien. Además, yo contaba con mi capacidad, que podía hacerme ver cosas útiles, aunque la mayoría de las cosas fuesen confusas y, al inicio, indescifrables.

Miré a todos lados en ese cuarto, buscando alguna pista que me hablara de la personalidad de Inger Braun. Era una mujer ordenada,

algo romántica, conservadora. El edredón de su cama era blanco, así como las fundas, y las sábanas, sin adornos. La mesita de noche estaba cubierta con un mantelito de encaje de factura manual y antigua, y sobre ella descansaba un reproductor de
DVD
y la caja de una película en ese formato. *Breve encuentro*. Sobre el tocador había pocos objetos: una botellita de perfume, una crema de manos que mostraba a una flor de naranjo, una pinza de cejas y un espejo floreado en tonos pasteles. También una foto enmarcada en un portarretrato plateado. Toqué todas las superficies que pude en ese lugar: la cama, las ropas, la pared, el tocador. Mi mente estaba en blanco.

Me acerqué a la fotografía y puse mi mano sobre ella. En mi cabeza no surgió nada. Me fijé mejor en lo que mostraba. Se veían dos niños pequeños; una niña alta y un niño. No supe por qué me pareció que los había visto antes. O puede que hubiese visto a alguien que hubiese crecido ya y que de pequeño estuviese retratado allí. Era como si reconociera algo parcial en esa foto, pero ese algo hubiese variado, evolucionado. Me dejó confusa aquella imagen y al tacto no me decía nada. Mi capacidad parecía haberse anulado. Pensé que no podía ser que estando tan cerca del lugar donde una mujer murió asesinada y desangrada no sintiera nada.

Tomé una foto con mi móvil a la fotografía y varias más a la habitación. Salí de allí, pensando que una mujer así, como me la imaginaba, difícilmente se involucraría con alguien peligroso. Consideré que no había conocido al asesino y no se me ocurrió una razón por la que él o ella la escogiera como víctima. Me dije que tal vez había sido porque estaba sola en casa.

Me resigné a que por el momento no iba a percibir ninguna cosa y me concentré en un tipo de análisis como el que proponía el agente del
FBI
Hans Freeman; pensar en la víctima, pensar en la víctima…

Entonces, me llamó la atención algo de su vida que podría ser un hallazgo.

¿Por qué no hay nada en casa sobre su difunto marido? Ni una foto. Se supone que Inger Braun era viuda y, por lo que había visto, me parecía una mujer con alguna dosis de romanticismo. ¿No había querido a su marido? ¿Prefirió borrarlo de su vida?

Tomé mi móvil una vez que salí de la casa. Sin pensar, pulsé un número y luego corté la llamada.

Necesitaba a Rossy…

19

Nadie como ella para ofrecer toda la información registrada del pasado de las víctimas. Además, tenía la cabeza despejada y siempre intuía por cuál camino tomar para obtener más y más información relevante.

Caminé unos pasos hacia la avenida Waterman. Me seguía preguntando por qué Inger no mostraba nada sobre su matrimonio en su hábitat más íntimo. Además, esa película en su mesa de noche… *Breve encuentro*, ¿por qué me parecía reveladora?

Caminé hacia el coche. Entonces, cuando estaba a punto de subir en él, alguien me llamó. Volteé y vi venir a un chico. Era de estatura media, de unos veintiocho o treinta años, calculé. Apuró su paso.

—¿Eres Alexis? —preguntó con algo de vergüenza y manteniéndose a una cierta distancia de mí.

—Sí.

—Perdona que te interrumpa. Soy Martín Brody, el novio de Rossy.

—¿Ha pasado algo más? —pregunté algo alarmada.

En ese momento, saltó una alarma en mi cabeza. El «ustedes» de mi abuela significó otra cosa: como si la oscuridad pudiese venir por las personas que yo más apreciaba, y Rossy era una de ellas. No sabía por qué no había pensado en eso antes después de lo que pasó con Devin, mi novio. Después de haber vuelto a ver esas monedas del *Hombre de Vitruvio*, como la que él tenía en el vientre cuando encontraron su cuerpo.

—No. Todo está bien con ella en cuanto a sus heridas. Es que me ha rogado que venga a casa a buscar a Dorinda, su gata. Está desesperada por saber algo de ella. No se perdona no haber pensado en su gatita antes. Le he dicho que es normal, que en un momento así uno se trastorna, pero no escucha razones y yo no sé qué hacer. Ella confía mucho en usted y en Anne Ashton. Me dije que tal vez alguna de las dos podría, si les fuera posible, visitarla y hacerle ver que lo que pasó no es culpa de ella. Le prometí venir aquí, pero sé que no encontraré a su gata. Su esperanza es que no haya estado en casa al momento del derrumbe. De vez en cuando, Dorinda salía a pasear.

Hay que convencer a Rossy de que ya su gata no está.

—No es necesario. Dorinda está bien. Se encuentra con una vecina del área que no ha sido afectada. Yo misma la he visto, y está sana y salva. Pero sí que iré a ver a Rossy. Me alegra mucho saber que está bien y de verdad nos encantaría que volviese a trabajar lo antes posible. No hay nadie como ella en su trabajo —reconocí.

—Sí. Es increíble —dijo él y se quedó mirando al vacío con una expresión agradable, como si recordara un momento mágico entre ellos. Me dije que debían llevarse bien. Martín se veía preocupado por Rossy.

Entonces me fijé un poco más en él. Era un hombre atractivo, en su estilo. Llevaba lentes de montura y el pelo corto, crespo. Usaba una chaqueta que se veía costosa pero gastada. En su muñeca derecha vi una pulsera de hilos, y en su mano izquierda, un anillo de ónix. Enseguida, pensé que se lo había regalado Rossy. Ella tenía un pendiente igual. En el conjunto que él representaba, el anillo delataba la intromisión de alguien más; era como si fuese el indicio de que otra persona que él quería le había obsequiado algo que nunca hubiese comprado, y que lo lucía solo por eso. Eso me hizo recordar la foto. La repasé en mi cabeza. Eran simplemente dos niños de unos seis o siete años. Ella muy blanca y vestida con ropa clara. Él con traje y pelo oscuros. La niña llevaba un ramito de flores en las manos. Parecían estar en una celebración familiar importante debido a sus ropas. Detrás había un rosal y una enredadera. Lo que me pasaba con la fotografía era que intuía que algo en ella no estaba bien, que era discordante, pero era incapaz de saber qué. El encuentro con el novio de Rossy me hizo darme cuenta de ello. Al menos era un avance; ahora sabía que debía buscar un detalle discordante.

—Detective Carter, Rossy se pondrá muy contenta al saber que Dorinda está bien. Ha perdido el móvil, como todo lo demás, dentro de casa, pero ahora mismo me iré al hospital para darle la buena noticia —dijo.

Luego me agradeció y se fue por el mismo camino por el que vino.

En ese momento, Anne me llamó.

—Tenemos un problema, Alexis. Parece que la frase en la escena de Braun ha aparecido en otro lado también. Esto no me gusta nada…

20

—¿A qué te refieres, Anne? —pregunté.

—A que dice Ender que en la 70.a Academia de Entrenamiento de Vuelo, en Wichita, ha sucedido un evento y en una de las paredes internas de esa edificación ha aparecido escrita esa misma sentencia. Me refiero al lugar donde se enfermaron los pilotos, la que todo el mundo conoce como la Escuela de Adiestramiento de Aviadores.

Sabía a lo que Anne se refería. Había visto la noticia y en la noche estuvimos hablando de ello, y de Alfred Price. Lo que no entendía era qué tenía que ver Ender, nuestro anterior analista de información de redes, en eso.

—¿Cómo Ender…? —comencé a preguntar.

—Ender y yo hemos mantenido contacto últimamente.

Eso dijo Anne y luego hizo una pausa.

En ese momento, recordé la gorra que vi, la que me pareció tan real, junto a mis pies, en las ruinas de la casa de Rossy.

—Ender sabe lo sucedido en la Academia porque alguien puso la foto del muro con la frase en la web, pero no en un lugar público, sino en uno muy especializado, de esos que gusta a los *hackers* más aventajados. La página se llama «Esto es el fin del mundo». Además, han mostrado fotos de escombros de casas destruidas, de pájaros muertos, del río Arkansas teñido de rojo, supongo que por el polvo desértico este que nos ha caído encima, y unas cuantas cosas más. Debe ser un grupo que tiene ínfulas de profético. Lo extraño es que en la Academia escribieran la misma frase que encontramos en la escena del crimen. ¿No te parece? Ender cree que lo del virus de los pilotos ha sido un atentado.

—¿Él sabe que con la sangre de la víctima escribieron las mismas palabras? —pregunté, intentando que Anne no notara mi malestar. No me parecía bien que estuviese hablando con Ender, quien ya no trabajaba con nosotras, y quien había salido del Departamento de forma poco honrosa, mucho menos de detalles de una información de asesinato.

—No. No he comentado nada con él, si es lo que te preocupa. No

estoy loca. Solo me ha llamado y me ha dicho lo que te he contado.

Comprendí que el instinto maternal de Anne era sólido, enorme. Se trasladaba hasta una persona como Ender, solitario y con problemas de sociabilidad. Intenté apartar el tema de Ender como amigo de Anne y me concentré en lo que decía de él como as de las redes. ¿Había sido lo de la Academia un atentado relacionado con el asesinato de Inger Braun? ¿El asesino o los asesinos tendrían que ver con la página web que él había navegado? Si era así, lo que Ender sabía podría sernos útil aunque él no me generara confianza.

—¿Crees que Ender pueda poner al tanto a Rossy de lo que ha descubierto? —le pregunté.

En ese momento, sentí un escozor en mi hombro izquierdo. También los labios resecos otra vez. Me pareció que la nariz comenzaría a sangrarme, ya que un olor a sangre me invadió y experimenté una sensación de pesadez dentro de ambas fosas nasales.

—No veo ningún problema. Cuando llegue a casa, le diré… —contestó. De inmediato, se dio cuenta de que había revelado que Ender «estaría en su casa» y se quedó callada.

Lo comprendí. Ender vivía en casa de Anne. ¿Qué significaba eso?

La sensación de que el enemigo estaba muy cerca, la misma que tuve al sentir el llavero de la casa de Kelly en mi bolsillo, me atacó esta vez con más fuerza.

21

Terminé la conversación con Anne y salí de la avenida Waterman con mi coche. La sensación en mi nariz disminuyó casi al punto de desaparecer y también el ardor en el hombro. Lo único que no cedía era la sed.

Las horas siguientes fueron de mucho trabajo. Antes de dedicarnos de lleno al caso del asesinato de Braun, participamos de la vigilancia, apoyo y resguardo del orden en el área que la jefa Tonny nos había asignado.

Wichita estaba convertida en una verdadera locura. Algunas de las personas que no se vieron afectadas directamente por los fenómenos ocurridos habían desarrollado un comportamiento anómico, antisocial. Los anaqueles de los supermercados estaban vaciándose por las compras compulsivas, con el agravante de que algunas vías de acceso a Wichita estaban obstruidas por árboles caídos y otros obstáculos, y la posibilidad de reposición de los productos ya comenzaba a hacerse difícil.

Tuvimos que intervenir en un par de situaciones violentas. Una sucedida entre un dependiente de una farmacia y un cliente que sacó un arma y le apuntó sin más. La otra tuvo que ver con una pelea en plena calle. Fuera de eso, estuvimos patrullando la zona que nos correspondía e intentando calmar a la población. Mientras íbamos en el coche, escuchamos en la radio a varias personas dar declaraciones. Algunos políticos se movilizaron al corredor del «Ghost Idlewild», que involucró a varios estados. Se trató de una excepcional tormenta que recorrió más de quinientos kilómetros casi en línea recta. Los meteorólogos todavía no encontraban explicaciones.

—La verdad es que no imaginé vivir algo así —confesó Anne, quien me acompañaba en el coche.

En ese momento, comenzó a caer granizo nuevamente. Eran las seis de la tarde.

—Lo peor es que la gente teme que los fenómenos atmosféricos continúen destruyendo la ciudad —afirmé.

Percibía el miedo en las calles, en cada esquina. Las personas

salían solo a los mercados y no se hablaban entre ellas. Caminaban con rapidez. Sus cuerpos parecían rígidos, como si mucha tensión los acompañara.

Estuvimos todo el día escuchando sirenas de policías y ambulancias. Había pájaros muertos en muchas calles, mezclados con el polvo rojo oscuro (casi negro) que había dejado el tornado y que los científicos continuaban investigando.

—Parece sangre mezclado con la nieve. Ese maldito polvo… —murmuró Anne.

Volteé un segundo para mirarla. Ella veía hacia el exterior por la ventanilla. Volví a concentrar la vista en la calle.

—Mezclado con la nieve derretida, es cierto que parece sangre —asentí—. Saben que es desértico, pero no comprenden cómo sucedieron los flujos de viento para que pudiese llegar al corazón del país —continué.

—Ya. ¿Has descubierto algo más en la casa de Inger Braun? —me preguntó Anne.

—No gran cosa. Estuve en su habitación, haciéndome una idea de la clase de mujer que era.

—¡Vaya! —exclamó y me miró.

Estaría pensando en que seguía las recomendaciones del agente Freeman.

—¿Y a qué conclusión llegaste? —preguntó.

—Una mujer bastante normal, solitaria, trabajadora, creo que simple. Tenía una película clásica sobre su mesa de noche. Una fotografía de unos niños que parece tomada hace años. Y nada de su marido, como si nunca hubiese existido.

—Tal vez fue una relación corta, solo un error enmendado pronto —respondió Anne.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Me interesaba su idea.

—Mi prima Mary Ann tuvo un noviazgo largo de más de ocho años y casada no duró más de seis meses. No quiere ni acordarse del nombre del chico. Algunas veces las personas son capaces de esconder muy bien su verdadera personalidad, hasta que todo se derrumba, porque es muy difícil continuar haciéndolo una vez que se convive.

—Sí. Tal vez tengas razón. Esa es una buena explicación. Necesitamos saber cuánto tiempo permaneció casada Braun. En este caso, ella no se divorció, sino que el hombre murió.

—Es cierto. Tendremos que hablar con alguien del Subdepartamento de Investigación Informática. Son ellos los que hurgan en la biografía de las personas a través de miles de caminos, y

nos pueden dar un perfil más rápido. Lástima que…

—Que no contemos con Rossy —completé.

—Exacto. Pero está Ender —propuso.

Una fuerte ráfaga de viento atacó en ese momento la calle. El coche se balanceó. Algunos objetos ligeros volaron por los aires frente a nosotras.

Escuchamos gritos en el exterior y algo como el desplazamiento, dando tumbos, de un objeto metálico.

—¡Detente! —me pidió Anne.

22

Lo hice. Aguardamos.

La ráfaga de viento pasó. Todo quedó en calma.

—Ahora cada vez que el viento sople causará pánico —expresó Anne.

Tenía razón. Continuamos el camino.

—Veo que estás muy unida a Ender —alcancé a comentar.

—Sí. Es un buen chico y necesita relacionarse —respondió.

Presentí que mi exploración sobre la relación entre ellos no le agradaba. La forma como pronunció sus últimas palabras me lo hicieron ver. Supe que no podía, por el momento, enfrentarme de lleno a Anne ni mucho menos contarle que había tenido la visión de una gorra y que esto me conducía a Ender, y lo que me producía no era agradable.

—¿Tú que piensas del asunto de la frase repetida en la Academia? La misma del baño de Inger Braun —le pregunté, en parte para cambiar de tema y en parte porque en realidad me interesaba su opinión.

—Son palabras comunes. Podría ser casualidad. Sin embargo, deberíamos mirar. Más me preocupa ese lugar en la web, el que han llamado «el fin del mundo». ¿No te das cuenta de que todo esto, el tornado, los pájaros, el virus en la Academia, se parece un poco a lo escrito sobre las plagas de Egipto? Aunque reconozco que no es exactamente igual. En las escrituras la primera plaga fue sangre en el río, luego ranas, piojos, moscas, ganado muerto. Úlceras en las personas, lluvia de granizo y fuego, langostas y saltamontes, tinieblas… Sé que puede ser algo tirado por los pelos, pero no me puedes negar que hay alguna similitud.

Hice silencio. Ella continuó.

—Y, entonces, he pensado si no habrá un grupo de locos que, aprovechando lo del polvo desértico y lo del tornado, pretendan darle forma de cataclismo al conjunto.

—¿Pero cómo sabrían que el tornado vendría? Ni siquiera los radares lo detectaron. Además, significaría que estarían detrás del

virus en la Academia, y eso los convierte en delincuentes. Y que mataron a Braun. Me parece que, de ser el caso, estaríamos hablando de una comunidad de asesinos, y no lo veo tan claro —objeté.

—Sí. Tienes razón. Lo más seguro es que sean unos chicos que juntando todo lo casualmente sucedido hayan querido bromear con el fin del mundo —convino Anne.

Pero yo no estaba tan segura de que lo que estaba sucediendo fuera una broma, ni tampoco producto de la casualidad. La diferencia era que yo conocía la existencia de la oscuridad y mi compañera no.

Al fin llegábamos al Departamento.

Estábamos exhaustas, pero no queríamos acabar el día sin adelantar algo más en relación al caso del asesinato de Inger Braun.

—¿Sabes qué es lo que más me inquieta? —preguntó Anne, de repente, cuando yo activaba el seguro del coche.

La miré, intrigada.

23

—Ese bendito puñal con la serpiente grabada que ha dejado en la escena. Estoy segura de que no habrá huellas en él. ¿Pero por qué dejarlo allí? Parece un objeto singular. A menos que, al salir, no pudiera mantenerlo consigo. No pudiera ocultarlo. Y esas heridas tan perfectamente ejecutadas, esa disección perfecta para el desangrado. Debe ser una persona fría, eficaz, fuerte. Una máquina de asesinatos.

Todo lo que decía Anne era cierto.

Entramos en el Departamento. Nos dirigimos a la segunda planta, al despacho de la jefa Tonny.

Ella nos estaba esperando. También se encontraba allí Juliet.

Ambas se veían cansadas. El lugar desprendía olor a café.

La jefa estaba ante su escritorio y Juliet sentada en una silla frente a él.

Anne y yo nos acomodamos a su lado.

—Esperamos que las próximas horas las aguas vuelvan a su cauce en la ciudad. Las he eximido a ustedes dos de más labores de resguardo del orden público, así que ya pueden concentrarse en el caso de Inger Braun —dijo la jefa Tonny. Luego inspiró y se acomodó un mechón de pelo que se había salido de una cola baja que llevaba, hecha sin ningún cuidado.

—Jefa, creemos que en la 70.a Academia de Entrenamiento de Vuelo de Wichita alguien escribió en una pared la misma frase que hallamos en la escena del crimen de Braun. No sabemos si ambos hechos están relacionados —afirmó Anne.

Juliet la miró con curiosidad y dio vueltas a un bolígrafo que llevaba en la mano. Noté que la tenía vendada. La misma mano que movía.

—¿Cómo han obtenido esa información? —preguntó Tonny sin inmutarse.

—Una persona conocida ha navegado en las profundidades de la Internet y ha encontrado fotos. No las he visto, solo me lo ha dicho. Se encuentran en una especie de foro llamado «El fin del mundo».

—¿Esa persona pertenece al Cuerpo? —preguntó la jefa con una

entonación más grave.

—No. Pero no está enterada del asesinato de Inger Braun y mucho menos del hallazgo de la frase en su baño —respondió Anne.

—Si van a desarrollar una línea de investigación que involucre a la 70.ª Academia de Entrenamiento de Vuelo de Wichita, háganlo con suma discreción, y quiero estar enterada de todos los pasos que den. Es un área de instrucción de la OTAN y no quiero problemas —avisó la jefa.

—Creo que lo de Braun ya todo el mundo debe saberlo. La noticia ha corrido en la prensa —informó Juliet.

—Siempre he pensado que tenemos un soplón en el Departamento, y esto me hace creerlo más aún. En medio de todo este desastre, que la prensa haya informado el asesinato de Braun es sospechoso —completó la jefa Tonny.

—Así es —afirmó Juliet. Luego continuó—. Pero afortunadamente no saben casi nada. Solo que la mujer murió asesinada. Eso es lo único que han publicado. Y se trata de un portal de noticias virtual con poca credibilidad.

—Entonces no es tan grave aún. Y si lo de la frase en la escena no ha trascendido, es porque no lo saben —agregó Anne.

Le noté cara de preocupación. Imaginé a Ender en su casa entrando en su ordenador, husmeando en su WhatsApp desde allí, o instalando un virus rastreador en su móvil que le permitiera acceder a todas sus llamadas o mensajes. Esas cosas existen, y si alguien es capaz de dominarlas, era Ender. Creo que Anne en ese momento, aunque fuera un segundo, sospechó de él y lo relacionó con la fuga de información de la que había hablado Juliet.

—Lilian ha trabajado con el cadáver. Acaba de hacerme llegar el informe preliminar. Aquí lo tienen —dijo la jefa Tonny.

Instintivamente, alargué la mano primero que Anne. Ella se dio cuenta y me hizo una señal con la cabeza para que lo tomara.

Estaba deseosa de conocer esa autopsia aunque estuviese incompleta. Sabía que el cuerpo de Inger podía decirme algo. Hojeé el documento hasta que vi la foto de la herida del cadáver, agrandada. Toqué la imagen. Lo que experimenté me alarmó. Las hojas de papel cayeron a mis pies. Las tres hicieron silencio y se quedaron mirándome, extrañadas.

Debieron haber traducido el horror que había en mis ojos.

24

—¡Perdonen! —alcancé a decir.

Sentí lo que esa mujer experimentó al morir. Mucha confusión e incredulidad. Se preguntó por qué le estaba pasando eso y vio su propia mano abierta, impotente, intentando contener la sangre que brotaba a borbotones de sus muslos. Había mucha desesperación en ella, hasta que el mareo y la debilidad la consumieron. Alcancé a sentir lo que Inger Braun sintió. Fue como asistir a mi propia muerte. Fue una de las sensaciones más aterradoras que he sentido estando en compañía, pero tenía que disimular.

Tomé las tres hojas que componían el informe y volví a acomodarlas en el orden en que me habían sido entregadas. El clip que las mantuvo unidas había ido a parar al lado del zapato de Anne. Ella lo tomó y me lo ofreció.

—¿Has visto algo en el informe que quieras comentarnos? —me preguntó la jefa, restando importancia a mi actitud. De seguro pensó que mi defectuosa motricidad se debía al agotador día que habíamos tenido todas.

Pero Juliet no pensaba eso. Sentí su mirada clavada en mí. Intuí confusión y desconcierto en ella.

—Los cortes son sumamente precisos. Es alguien que conoce bien la anatomía humana —completó la jefa Tonny—. A mí también me ha sorprendido eso.

—Hay mucha sangre fría en este acto —le afirmé.

—Sin duda, el arma del crimen es la daga que ha dejado en la escena. Tendrán que consultar con un experto en ese tipo de objetos. Nunca había visto nada igual —confesó nuestra jefa. Intuí alarma en su voz.

Puse el clip a las hojas y se las pasé a Anne. Ella las tomó y miró. Se detuvo un poco en la foto de las heridas y en la que mostraba el doble filo de la daga.

—¿Lilian Peterson aún estará en el Departamento Forense? —pregunté a Juliet. Si alguien sabía dónde estábamos todos a cualquier hora del día, era Juliet Rice. Su mente ordenadora y fiscalizadora

necesitaba mantener el conocimiento del Departamento por completo a cada momento.

—Sí. Aún no se ha marchado, aunque ya debe estar por hacerlo —me respondió, pronunciando lentamente las palabras y mirándome con fijeza.

—¿Quieres hablarle? Creo que todo lo que debe saber lo ha puesto en el informe. Mira la hora de ejecución del mismo: apenas hace media hora —afirmó Anne y dejó los papeles sobre el escritorio.

No quería hablarle, solo deseaba que me permitiera tocar el cadáver, pero la lógica que acababa de exponer Anne era lapidaria. Cada vez que sucedía algo como eso, que mi compañera sin quererlo obstaculizaba mis planes, me lamentaba de no haber tenido el suficiente valor para contarle mis facultades.

—Tienes razón, Anne. Solo pensé que, tal vez estando allí con ella, podría ocurrírsele algo o decirme alguna cosa que no reportara en el informe por considerarlo solo una presunción —contraargumenté.

—Sé a lo que te refieres —convino la jefa Tonny—. En este oficio, algunas veces nos guardamos cosas y no las escribimos en los formularios, esperando a comprobar si es un acierto lo que pensamos o solo una tontería.

Asentí.

En ese momento, tocaron a la puerta del despacho.

Luego de escuchar la palabra «adelante», la persona que estaba afuera entró y todas nos quedamos pasmadas al verla.

25

—¡Rossy! —exclamamos al unísono Anne y yo.

Llevaba muletas consigo. Pero se veía bien.

—¡Hola, jefa! ¡Hola a todas!

—¿Qué está haciendo aquí, Rossy? ¿Le han dado el alta médica?

—No. Ni mucho menos. Pero solo tengo una fractura en la pierna, que ya han arreglado. No tengo fracturas en las costillas. Solo recibieron un buen golpe. Me sentí con fuerzas para venir y aquí estoy. He mirado lo que ha sucedido en la ciudad y además hubo un asesinato en mi calle. Han matado a Inger y todavía no me lo puedo creer —dijo Rossy al tiempo en que avanzaba y se quedaba detenida entre las sillas que ocupábamos Anne y yo.

—¿La conocías? —le pregunté.

—Algo. No en profundidad. Era poco sociable. Siempre salía a la misma hora y llegaba a las ocho de la noche. En ocasiones cruzábamos algunas palabras. Me parece que los últimos días algo la preocupaba. No respondió mi saludo, y cuando llegó a casa hace un par de días, miraba hacia un lado y otro, como si estuviese temerosa de algo. Pero podrían ser ideas mías o tal vez era una mujer nerviosa y yo no lo había notado. No me fijo mucho en mi alrededor.

—Está bien, Rossy. Si la jefa consiente que estés aquí, me gustaría que investigaras la vida de tu vecina. Todo, su familia, su matrimonio. Tenemos que hacernos la mejor idea posible de la razón por la cual alguien quiso asesinarla. Te haremos llegar el reporte preliminar del levantamiento de la escena y de la autopsia —dijo Anne.

Luego miró a la jefa.

Esta movió la cabeza, pero no en señal de negativa, sino de consentimiento condicionado.

—Puedes trabajar, Rossy, pero desde casa. No desde aquí. Debes tomarte las cosas poco a poco.

—No hay problema. Así lo haré. Estaré en el piso de mi novio.

Me quedé pensando en lo que acababa de decir Rossy. Ella continuó hablando, pero yo me salí de la conversación.

Inger Braun estaba nerviosa. ¿A qué le temía?

El móvil de Anne sonó en ese momento. Lo tomó. Escuchó y luego respondió.

—Vamos para allá.

Luego me miró con un gesto de sorpresa.

—Era Lilian. Ha empleado las mismas palabras que has usado tú hace un momento. No ha reportado algo en el informe «por considerarlo solo una presunción». Ahora quiere decírnoslo en persona.

26

Anne y yo ayudamos a Rossy a bajar las escaleras y salimos del edificio. Afuera estaba su novio, esperándola. Cuando se fueron, nosotras nos encaminamos al Departamento Forense, que se hallaba justo al lado.

De camino, sentí mucho frío y un ardor en mi hombro de nuevo. Era como si me hubiese quemado con algo. Pensé que tal vez estaba padeciendo una especie de alergia por el polvo que habíamos aspirado durante todo el día. Eso explicaría la presión que más temprano sentí en la nariz.

—¿Qué te pasó cuando miraste el informe? Pusiste cara de espanto.

—Hay algunas cosas que debo decirte, Anne, pero no en este momento —le respondí. No era mi intención resultar enigmática, pero era cierto que le debía una explicación.

—Está bien —afirmó y no dijo nada más.

Luego se estremeció.

—Si ahora mismo estoy congelada, no puedo imaginarme la temperatura de la morgue, de la sala de autopsias —exclamó.

Sabía que no le gustaba entrar en el Departamento Forense. Nunca me lo había dicho, pero era evidente.

Cruzamos la puerta y buscamos a Lilian en su oficina. No la hallamos. Tampoco en una pequeña sala de reuniones contigua.

—Supongo que estará en la sala de autopsias —dijo Anne, resignada.

Nos dirigimos hacia allá.

En efecto, me asomé por el rectángulo de cristal que poseía la puerta de acceso a la sala y pude ver a Lilian de espaldas. Me pregunté qué estaría escuchando ahora.

Abrí la puerta y, apenas lo hice, respondí a mi interrogante.

Oía cantos gregorianos.

—¡Vaya! —exclamó Anne.

Lilian volteó a mirarnos. Esperaba ver su sonrisa irónica, la de siempre. U oírla decir algo inteligente al vernos, pero no dijo nada.

Eso me extrañó. Nos dio la espalda y siguió con lo que estaba haciendo.

Anne también debió notar algo raro y por eso le hizo una pregunta.

—Hola, Lilian. ¿Todo bien?

—Hola. No. Nada bien. Todos los forenses en ejercicio hemos colaborado en el Instituto Forense General de la ciudad. He hecho la autopsia a una chica. Ha muerto por asfixia. Se encontraba en una disco cuando pasó el tornado cerca y el pánico se apoderó del lugar. La han pisoteado y le han comprimido el tórax… —dijo y luego calló.

Continuaba de espaldas.

—Se preguntarán por qué estoy escuchando eso, los cánticos de adoración. Es que creo que es lo único salvable de la religión y suelen calmarme. A mi hija le gustan, y esa chica, la que murió por culpa de la manada, de la brutalidad, se parecía mucho a mi niña. ¡Es todo tan exasperante! —culminó.

Anne y yo caminamos y nos detuvimos a poca distancia de Lilian. Ella se cambió los guantes que llevaba puestos por otros, y nos invitó a acercarnos al cuerpo, que estaba cubierto con la manta de papel que empleaban en la sala para cubrir a los cadáveres.

Lo destapó hasta la altura de sus pechos.

Entonces lo vi.

—Justo eso era lo que quería que notaran.

27

En el hombro izquierdo de Inger Braun había un tatuaje. Se trataba de una serpiente. También había formas que hacían pensar en un árbol. Era la misma imagen que estaba grabada en la daga con la que la habían asesinado.

—Es muy extraño. Este tatuaje no está hecho de forma convencional. Parece reciente y no ha estado cuidado con cremas cicatrizantes. La piel está reseca y veo bajo la tinta de origen animal, pero de procedencia desconocida, una quemadura extrema. Debió ser muy doloroso para ella. A menos que se hubiese anestesiado. Todavía lo estamos analizando.

—¿Qué quieres decir con que la tinta es desconocida?

—No es de origen vegetal ni mineral. Está hecha de huesos carbonizados y cáscaras de la caparazón de algún insecto. También hay restos de sangre y grasas de origen animal. Es muy pronto para saber a qué animales pertenece. Lo que me llama la atención es que no encuentro compuestos modernos; ni vegetales ni acrílicos. No puedo decir nada más. Tengo que apoyarme en el Subdepartamento de Materiales. Espero mañana tener más claridad. Pero estoy casi segura de que este tatuaje fue hecho sobre una cicatriz anterior —completó Lilian.

Me acerqué todo lo que pude al hombro del cadáver. Le pedí una lupa a Lilian. Ella trajo una de buen tamaño y gran resolución. En la base poseía una linterna. Me la dio. La encendí.

—Por cierto, entiendo que han conocido a Trudy. Es una buena amiga de la escuela. Siempre fue una líder que no le temía a nada. Recuerdo una excursión a la montaña… —dijo Lilian y continuó hablando.

Yo miraba el tatuaje a través del lente que me había entregado. Sin duda, era una culebra entrelazada a un árbol.

¿Por qué alguien como Inger Braun se tatuaría eso? No era acorde con su personalidad, con lo que había visto en su habitación. Tal vez si hubiese sido una rosa el motivo del tatuaje, lo hubiese comprendido.

—Pues tendremos que consultar a expertos semióticos —afirmó Anne.

—Eso creo. No sé que puede significar morir con un arma que muestra la misma figura que llevas tatuada en tu piel y que has puesto sobre una cicatriz anterior —dijo Lilian.

—Que pertenecías a algo y ese algo te ha destruido —respondí, casi sin pensar, al tiempo en que apagaba la luz de la lupa.

—¿Una secta representada por una serpiente y un árbol? Podría ser —convino Anne.

En ese momento, la música gregoriana se detuvo de repente.

Todas volteamos hacia los altavoces que Lilian mantenía en un rincón de la sala, sobre una silla. Anne y yo lo sabíamos, que las óperas que Lilian Peterson solía escuchar siempre venían de allí.

La luz parpadeó, y luego quedamos sumidas en una total oscuridad.

28

Escuchamos unos pasos en el corredor que conducía a la sala de autopsias. Volví a encender la luz que tenía en mis manos. Le energía eléctrica se había interrumpido y continuaba así. En ese lugar no parecían funcionar las bombillas de emergencia.

—Alguien viene —dijo Anne.

—Debe ser el vigilante nocturno —respondió Lilian.

Alumbré hacia la puerta.

Dos hombres entraron.

Solo uno de ellos vestía uniforme y también llevaba una linterna. Centré mi atención en el acompañante. Resultó ser conocido para mí. Se trataba de Alfred Price, el comandante encargado de la instrucción en la Academia donde habían enfermado los pilotos. Lo había visto declarando a través de mi ordenador antes del tornado. Estaba segura de que era él.

Pero ahora lucía diferente. Nervioso. Era un hombre, calculé, de algo más de cincuenta años. Alto, de espaldas anchas, con apariencia de deportista. Tenía el pelo rubio muy corto y los ojos azules. Su porte era dominante, pero se veía afectado. Podía observar en él a lo lejos, y a pesar de la escasa luz, un dilema; como si fuera un hombre fuerte que de repente había descubierto una debilidad que lo había trastornado.

—¿Quién es Anne Ashton? —preguntó con una voz de registro grave.

—Yo —respondió Anne.

En ese momento, la energía eléctrica volvió y la sala se iluminó.

Los cantos gregorianos volvieron a sonar y Alfred Price giró la vista al rincón. Me dije que era un sujeto de reflejos rápidos.

—Necesito hablar con usted —le dijo a Anne con determinación.

Ella caminó hacia su encuentro. Yo fui detrás. Ni siquiera sé por qué lo hice.

Lilian tomó de mis manos la lupa y se quedó junto al cadáver.

—¿De qué se trata? —preguntó Anne una vez que estuvimos junto a él y el hombre uniformado había desaparecido tras la puerta.

—Me han dicho en el Departamento de Homicidios y Casos Complejos que es usted la encargada de llevar adelante la investigación del asesinato de Inger Braun —dijo Price.

—Sí. En efecto. Mi compañera, la detective Carter, y yo. ¿Tiene información relevante sobre ese caso? —preguntó Anne moviendo ligeramente la cabeza. Eso lo hacía cuando intentaba ver las cosas en perspectiva, cuando quería entender algo que de primeras le parecía extraño.

Entonces, Alfred Price le estrechó la mano a Anne y luego a mí. Al hacerlo, comprendí de un solo golpe todo lo que lo había llevado hasta allí y el dilema que tenía dentro, y que a la distancia pude presentir.

29

—¿Podemos hablar en otro lugar? —preguntó Price.

Cuando lo hizo, me pareció que esquivaba mi mirada. Había algo que él no comprendía. Me parecía que estaba atravesando una situación extraña. Era un hombre racional, inteligente, moderado. A la vez, creía que debía ejercer como nadie la autoridad en la Academia. Tenía —comprendí— todas las características de un buen piloto: arrojo, cálculo, confianza en sí mismo. Y justo esa confianza ahora parecía haberse pulverizado. Eso era lo que descubría en él, un extravío de sí mismo.

Abandonamos el Departamento Forense y nos dirigimos a la oficina de Anne. Una vez dentro y sentados en torno a la mesa de reuniones que había a pocos metros de su escritorio, Price comenzó a explicarse.

—En primer lugar, debo decir que no comprendo lo que está sucediendo y que lo que voy a informarles, visto de primeras, parece una locura. Sin embargo, estoy en la obligación de comunicarlo…

«Se siente ridículo. Nunca había pasado por una situación como esta», pensé. Me dije que era un hombre acostumbrado a comprenderlo todo y que a sus ojos debía ser tan insólito como grave lo que lo había traído hasta nosotras.

—El hecho es que los pilotos Allan, Bruce, Cameron, Douglas y Ferguson han enfermado de una forma inexplicable. Sé lo que declaré a la prensa. Dije que era una intoxicación y que estudiábamos las causas, pero no lo creo. Lo hice porque había que privilegiar un mensaje de calma en la ciudad. Lo cierto es que han sido contagiados con un virus que aún no han podido identificar. Produce inflamación de los tejidos, de los órganos. Ahora ellos no piensan con claridad…

—¿Qué quiere decir? —intervino Anne.

—¿Cómo sabe que fue provocado? —pregunté yo al mismo tiempo.

—Por lo que ha pasado después —me respondió a mí primero.

Luego hizo una breve pausa y continuó.

—Antes todos ellos eran hombres y pilotos de primera, pero ahora no pueden articular palabras. La explicación médica es que se ha visto

afectado el centro del habla y del razonamiento del cerebro por la misma inflamación de los tejidos. Todos ellos están distantes, como en otro mundo, desconectados. Simplemente están allí, con cara de niños…

Sabía de lo que hablaba Price. Lo había visto antes en personas que padecieron accidentes de coches o motocicletas y se habían lesionado el cerebro. Adquirían una nueva expresión en sus rostros, algo infantil, pero sobre todo una especie de candidez, de ingenuidad, aparecía en sus miradas.

A él eso le resultaba aterrador, por lo que podía traducir de su rostro.

—Más sin embargo, todos han escrito una misma palabra. No hablan, pero cuando el personal médico les ha acercado papel y lápiz, al alertar que querían comunicarse, entonces han escrito algo con una escritura pueril, con letras de trazos irregulares, como si les costase mucho articular el pensamiento y el movimiento de sus manos —afirmó.

Hizo otra pausa. Dijo después:

—Han escrito la palabra Braun.

30

—Luego señalan algo inexistente delante de ellos, y a lo que parecen temerle. En el caso de Bruce y Cameron, han tenido que sedarlos… Creo que tienen alucinaciones. Cuando supe lo de la muerte de esa mujer apellidada Braun, entonces comencé a darle vueltas al asunto. Ya era bastante llamativo que los pilotos, sin tener comunicación entre ellos, escribieran lo mismo sobre el papel. Como si estuviesen delatando algo que tuviese que ver con lo que les sucedió. Eso fue lo que pensé al principio. Bajo la tesis de que lo que les pasa fuese producido por alguien con intenciones criminales, me planteé que a su manera estuviesen revelando el nombre del culpable. Pero luego, al conocer sobre el asesinato de Inger Braun, he pensado que tal vez estuviesen alertando que habría otra víctima…

—¿El nivel de comprensión de los pilotos les ha permitido enterarse del asesinato? —preguntó Anne, mirándolo fijamente. Pude ver unas casi imperceptibles arrugas en su frente.

—No. Es imposible. Le he dicho que están como en un trance.

—Entiendo —respondió Anne—. Comprendo lo que ha pensado, pero el hecho es que Inger Braun murió a raíz de un ataque con un arma blanca, y no contagiada por alguna sustancia. Quiero decir que los hechos son diferentes, así que me cuesta ver clara la relación que usted ha establecido entre el presunto envenenamiento de sus pilotos y el asesinato de esta mujer.

Price hizo silencio. Creo que intentaba que Anne expusiese con mayor detalle su razonamiento. Pensé que era una estrategia que utilizaba con frecuencia. Hacer silencio para que sus interlocutores argumentaran más antes de contraargumentar él. Pocas personas toleran los silencios incómodos, y Price debía aprovecharse de esa debilidad. Pero Anne tampoco decía nada. Solo sostenían la mirada entre ellos.

—¿Es posible que veamos la escritura en esos papeles? —intervine.

Entonces Price me observó. Hasta ese momento, podría decirse que había ignorado mi presencia.

—Sí. Los he traído conmigo. Supuse que me los pedirían —

respondió.

Ahora hablaba el hombre racional, el que yo creía que era en condiciones normales.

—Pero antes de entregárselo, tengo que decirle otra cosa, detective Carter.

Su tono me pareció acusador, y no sé por qué.

—Como bien ha deducido su compañera, he venido aquí no solamente por lo que les he dicho hasta ahora. Hay algo más. Hace dos días recibí en casa un sobre con una misiva, con un mensaje. Era una única hoja de papel. No le presté la atención debida antes —reconoció.

Acto seguido, buscó en el bolsillo interno de su gabardina. No se la había quitado al entrar en el Departamento. El frío que se había apoderado de la ciudad se colaba en las instalaciones de una manera inusual.

Fue cuando noté que Alfred Price llevaba guantes. Ni siquiera cuando estrechó mi mano me percaté de ello. Me dije que no debió llevarlos puestos entonces, pero luego pensé que se los había puesto en el trayecto desde el Departamento Forense a la oficina de Anne. Él caminaba detrás de nosotras y lo pudo haber hecho sin que lo notáramos. Creía que si los hubiese tenido puestos al saludar me habría dado cuenta.

Extendió un papel, levantando la mano de modo que el contenido del mismo quedara al descubierto ante las miradas de Anne y la mía. Lo había metido en una especie de envoltura de plástico, parecida a las que empleaban los técnicos en recolección de pruebas.

Leí el escrito. Mostraba letras rojas de mediano tamaño:

«59, calle Madison, Sunnyside».

—¡Esa es la dirección de Inger Braun! —exclamó Anne.

—Y recibió esa hoja antes de que ella estuviese muerta… —agregué en el momento en el que Alfred Price ponía la hoja sobre la mesa.

31

—¿Sabe usted algo sobre un escrito en un muro de la Academia? —le preguntó Anne.

Yo tomé la hoja, pero no experimenté nada al hacerlo. Mi capacidad empática seguía perdida.

—Sí, eso también me preocupa. Pero, en todo caso, no tiene relación con Braun. He sabido que han publicado en algunos lugares turbios de la Internet una fotografía de la frase «Ya está hecho», sacada del muro de la Academia —respondió él.

—¿Cómo ha sabido eso? —le pregunté al tiempo en que dejaba la hoja sobre la mesa.

Volvió a mirarme, esta vez con curiosidad.

—He contratado a un experto del mundo virtual a raíz de lo sucedido en la Academia. Quería descartar que también fuéramos blanco de un ciberataque. Esto es solo un acto de precaución, ya que nada nos conduce a pensar eso. Tampoco he querido preocupar sin necesidad al Consejo, ni al Departamento de Defensa. De hecho, con las primeras personas que hablo sobre mis dudas es con ustedes. Y lo hago porque ha muerto una mujer, y no me gustaría contar con información relativa a su muerte y no haberlo comunicado. Sin embargo, ahora mismo pienso que es hora de que cuente todo esto a algunos miembros del Consejo, a los representantes de la OTAN. En nuestra academia instruimos a pilotos de todo el mundo.

—Sí. Lo sabemos —convino Anne.

Yo pensaba en lo que Price acababa de decir. Era evidente que no sabía que esa misma frase había sido escrita con la sangre de Inger Braun sobre los azulejos de su cuarto de baño. Por esa razón no le daba importancia.

—Dígame, comandante Price, ¿cualquier persona pudo escribir esa frase en la Academia? Quiero decir, ¿el lugar donde apareció la frase y donde alguien pudo fotografiarla es de fácil acceso, o se mantiene bajo vigilancia? —pregunté.

—Se trata del muro lateral exterior. Colinda con un área boscosa.

Cualquiera que pasara por allí pudo hacer la pinta —me respondió. Luego hizo silencio un segundo. Después algo en su cerebro le hizo una alerta—. ¿Por qué le da tanta importancia a ese escrito? Yo pensé que una vez que se hizo público lo sucedido con los pilotos cualquier indeseable pudo pintar eso. No se imaginan la cantidad de locos que, por el hecho de que administremos formación a la OTAN, nos hacen blanco de ataques, por llamarnos belicistas —sentenció con un dejo de amargura.

Hubo algo en él que me agradó. Parecía un hombre sincero, de ideas sólidas, y puede que intransigente en muchas cosas, pero lo sentí confiable. Pudo haberse quedado en casa y no decir nada sobre lo de Braun. Se notaba que no le gustaba ventilar sucesos de su academia con el resto de los mortales externos a ella.

—Tenemos razones de peso para interesarnos en esa pinta y en quien la hizo. También en quién tomó la fotografía y la colgó en la red. No podemos comentarlas por ahora con usted. Le agradecemos que nos haya contado todo esto. Valoramos su claridad. Por supuesto, nos quedaremos con este papel y el sobre, si lo ha traído, y también quisiéramos los escritos de los pilotos —pidió Anne.

Él asintió. En ese momento, tomó su móvil y mostró unas imágenes a Anne. Ella le pidió que se las enviara a su teléfono y le dijo su número.

—Ha dicho que ha contratado a un experto. ¿Podría decirnos su nombre? —pregunté.

Esperaba justo la respuesta que nos dio.

32

—Logan Callen —respondió.

Otra vez ese nombre, me dije. Lo sospeché porque era controlador aéreo, sentía pasión por los aviones, estaba en Wichita y era tan hábil como Ender en las búsquedas en Internet. ¿Por qué Logan volvía a aparecer? ¿Era coincidencia? Además, él también usaba una gorra de los Kansas City Royals y yo había visto una gorra entre los escombros, aunque no estuviera realmente allí…

Sentí un ardor intenso en mi hombro izquierdo otra vez. Pero ahora era más agudo. Como si algo me hubiese quemado. No tuve tiempo de mirarlo, pero sabía que no había rozado ninguna superficie caliente.

—¿Lo conoce bien? —pregunté a Price.

—Lo conozco bien, pero desde hace pocos días —respondió él un poco retador.

Me llamó la atención lo que dijo. Casi todo el mundo comprende que es el tiempo el que hace que se conozca bien a las personas. Pero para Price, parecían haber otras variables implicadas mucho más importantes que la variable temporal.

—Bien, comandante Price. Cualquier nueva información que tenga, ya sea a través de lo que descubra con su asesor en las redes o en la Academia, le agradecemos que nos la comunique. También enviaremos a alguien para que fotografíe la pinta en el muro, y quizás se requiera la comunicación con el señor Logan Callen —dijo Anne.

Price asintió. Me envió una mirada que ahora denotaba aceptación. Era como si al principio yo le resultara molesta, y por alguna razón luego de la conversación hubiese cambiado de parecer. Me dije que podía ser que por su formación militar fuese un hombre capaz de percibir riesgos, mucho más que cualquier otro. Mis habilidades perceptivas podrían ser tomadas como un riesgo porque, eventualmente, me permitían conocer aspectos que las personas no están dispuestas a confesar, y podía ser que, de alguna manera, Price las hubiese intuido.

Sin embargo, después del tornado, tenía la sensación de que mi

cabeza también estaba revuelta y muy confusa, así que Price no tendría nada que temer. No percibí nada en casa de Braun, y eso me había dejado defraudada. Era como si se hubiese levantado dentro de mí una capa de miedos, de ansiedades, pero casi ninguna idea o visión que me permitiera hacer bien mi trabajo. Como si nada estuviese en su lugar.

En ese momento, me dije que las sospechas sobre Callen también eran infundadas. Pero había algo en ese hombre y en su recuerdo que me perturbaba.

—Espero que se aclare pronto el asesinato de Inger Braun —dijo Price, dándome la mano.

Por un momento, sostuvo mi mirada y pude ver sus ojos claros, grandes. Era un hombre atractivo, con algo que seducía y que obligaba a querer saber más de él, pero era algo innato de lo que tal vez ni siquiera estaba consciente. Quizás porque mostraba una parquedad, una sencillez inicial que no era tal y a la vez se veía como un hombre seguro. Eso podía ser su centro de atracción. O podía ser que ese aire de confusión que lo había traído hasta allí fuera lo que me intrigara.

El hecho es que sentí algo muy extraño en presencia de Price. Como si una parte de mí no quisiera que se fuera.

33

Esa noche no pude conciliar el sueño. Tal vez eran demasiadas cosas en las que pensar. En Logan, en la carta que había recibido Price con la dirección de Braun, en el asesinato de Braun, en el propio Price y en mi incapacidad para descubrir o intuir algo, aunque fuera mínimo. Lo único que me faltaba por hacer era tocar el cuerpo de Inger Braun, porque la llegada de Price me había descolocado. Me dije que al día siguiente lo haría. Debía ir al Departamento Forense sin Anne y aliarme con Lilian.

Di varias vueltas en la cama. Al final, me quedé dormida un par de horas y creo que lo hice con una extraña profundidad. Casi siempre me despertaba antes de que el despertador activara la alarma. Pero esta vez lo hice al escucharla, a las seis de la mañana. Era el día 12 de diciembre. Apagué el aparato y me di la vuelta. Fue cuando el roce de mi hombro con la sábana me hizo gritar de dolor. Algo grave le pasaba a mi hombro izquierdo.

Miré.

Había una cicatriz en él. Una que me hacía recordar el tatuaje que Inger Braun llevaba consigo. En su cadáver, la figura estaba más clara. Era una serpiente y un árbol. Lo que veía en mi hombro tenía la misma silueta y la misma proporción entre las líneas, pero no podían definirse tan claramente el detalle de las formas. Era como si fuese la misma imagen, pero difusa. Sin embargo, me parecía ver un árbol y una serpiente sobre sus ramas. En ese momento, pensé que también podría ser un dragón, como el del chico de El Olvido, el restobar al que Lilian nos invitó antes de que todo pasara. Pero me decantaba más porque fuera una serpiente. ¿Qué significaba esa marca y por qué yo la tenía?

Toqué la cicatriz y sentí un dolor punzante que llegó hasta la raíz del cuello.

Me levanté, entre intrigada y espantada, y la miré en el espejo del baño. Entonces, detrás de mí vi algo y la piel de mis brazos se erizó.

Era como si a mis espaldas hubiese una pantalla de cine, una proyección.

En ella pude ver, en blanco y negro, imágenes de ciudades devastadas, de huesos humanos sobre tierra seca y agrietada, de tanques de guerra y aviones explotando y cayendo al mar. Luego la tierra árida se transformó, y resultó no ser eso, sino los pliegues de una piel vista con lentes de aumento. En esa piel aparecían llagas virulentas, y un hombre de ojos blancos, con una gran lupa y vestido de blanco, miraba a través de ella las lesiones de la piel infectada. Podía ver el líquido viscoso, brillante, en medio de las llagas. Entonces, el hombre se carcajeó. Luego apareció un árbol, y sus ramas eran miles de serpientes que se movían hacia arriba y hacia abajo. El tronco y las ramas eran negras, y las serpientes, blancas.

Todo eso lo vi a través del espejo. Volteé, pero sabía que al hacerlo no vería nada más. En ese momento tuve la certeza que había estado soñando con esas imágenes, que ellas se habían quedado en mis retinas y en mi memoria, y que lo que ahora veía era solo una parte de mi sueño olvidado. De uno que debió ser horrendo. Recordé las palabras de Ted Westerby, el hombre que me acusó en el sótano del edificio. Aquello de que el mundo estaba sentenciado.

Volví a mirar mi imagen ante el espejo, mientras, me decía que no tenía dudas de que, aunque no comprendiera cómo, todo lo que estaba sucediendo tenía que ver con la oscuridad que yo conocía.

¿Por qué tenía la misma figura en el hombro que había en el cuerpo de Braun y en el puñal que encontré en su baño? Yo no conocía a esa mujer, ni tenía nada que ver con ella. Cuando me hice esas preguntas, alguien llamó a la puerta del piso. El sonido del timbre me hizo brincar como un conejo asustado. Me vi hacerlo ante el espejo. No me gustó ese reflejo. Era yo, muerta de miedo, pero con el rostro de otra persona, de un hombre joven que no conocía. Tenía el pelo rizado y le llegaba a los hombros. Estaba mojado. Sus ojos eran color miel, pero de pronto se tornaron blancos. Tenía los labios muy finos y azulados.

—Él también está muerto —dijo una voz dentro de mí al tiempo en que el reflejo del espejo volvía a mostrarme mi propia cara. Tuve la impresión de que esa persona, ese joven, tenía que ver con algo que había tocado en casa de Braun, pero era solo una idea sin fundamento.

34

Me puse una camiseta que me cubría hasta un poco más arriba de las rodillas y me dirigí a la puerta. Al llegar junto a ella, pregunté quién llamaba. El frío que se había apoderado de la ciudad no cesaba y atacaba a ratos, como en oleadas. En el cuarto no lo había sentido, pero en el corredor sí. Vi salir vapor de mi boca.

—Hola, Alexis. Soy Wendy… —dijo la voz.

Abrí la puerta.

En efecto, era ella, la vieja amiga de mi abuela Denisse.

—Hola, Wendy. ¿Qué… haces aquí? —pregunté con voz dubitativa.

—Lo que vengo a decirte solo tomará unos minutos —dijo y miró hacia adentro, como esperando que la invitara a pasar.

Me pareció muy extraño que estuviese allí. No le había dado mi dirección. Además, algo en su rostro me dijo que para ella era importante la conversación que esperaba mantener conmigo.

Me hice a un lado para que pasara.

Luego cerré la puerta.

La invité a pasar a la cocina.

—Prepararé café. Apenas me he despertado hace unos minutos —le dije.

—Sí. Es muy temprano. Lo sé —dijo ella a modo de excusa.

La invité a sentarse en una de las sillas junto a la mesa y luego me di la vuelta para preparar el café. Tenía muchas preguntas en la cabeza: ¿Cómo había logrado saber mi dirección? ¿Cómo había entrado al edificio sin llamar desde el intercomunicador? Alguien había tenido que abrirle la puerta abajo.

—Es muy bonita tu casa, hija —me dijo, interrumpiendo mis pensamientos.

En ese momento, escuché el móvil sonando en la habitación. Alguien me llamaba.

Recuerdo que cuando escuché el teléfono volteé y vi a Wendy mirar uno de los cuchillos de la barra imantada que había dispuesto en la pared, cerca de la mesa y de la silla que ella ocupaba.

Le pedí un momento y la dejé sola en la cocina.

Caminé con rapidez con la intención de dirigirme a mi habitación para buscar el móvil. Al pasar entre la sala y el pequeño corredor que conduce a la puerta de salida, giré la cabeza y me di cuenta de que estaba abierta. Estaba casi segura de que la había cerrado después de que Wendy pasó. Entonces me dije que tal vez no la había asegurado y una ráfaga de viento había vuelto a abrirla.

El aire frío que se colaba desde el descanso de la escalera era atroz. Tuve la intención de dirigirme a la puerta para cerrarla, pero el tono de llamada del teléfono me orientaba en otra dirección: era muy temprano y algo me decía que quien me llamaba era Anne para informarme algo de importancia sobre el asesino de Inger Braun.

Así que dejé la puerta abierta y continué hacia mi habitación.

Entonces algo pasó por mi lado, algo que pretendía atraparme, y lo hubiese hecho si me decidía a cruzar para cerrar la puerta. Sentí el aire desplazarse junto a mi rostro, a mi brazo, y pude ver el movimiento de algo, una sombra mínima y veloz que se abalanzó a mi lado derecho.

Pretendían atraparme…

PARTE II

1

El color azul de la piscina, a lo lejos, le llamaba, le invitaba a zambullirse.

Nunca se sentía tan libre como cuando nadaba a sus anchas. Solo en el agua era capaz de poner la mente en blanco. Y eso era ahora más necesario que nunca. Ahora que las cosas con su padre no podían ir peor y que había conocido a alguien especial. Tanto que le daba la impresión de que lo conocía de siempre.

El joven Natan continuó caminando, dando pasos seguros hasta el borde de la piscina. Si en algún momento había sido feliz, era en ese.

Miró hacia abajo, hacia el agua, y se lanzó. Al sentir el contacto del agua en su piel, sintió que renacía. Esa frescura que tanto necesitaba. La soledad del centro de natación a esas horas era maravillosa, se dijo. Por eso había citado a la otra persona a esa hora, no antes. Además, él se había hecho con la llave magnética del centro, y nadie sospecharía que estaba allí. También supo desactivar la alarma. Se le daban bien esas cosas. Tampoco era que el sistema de seguridad del centro fuese sofisticado. Al contrario, era vulnerable. Nadie estaba interesado en robar nada en esa instalación.

Él, por supuesto, no pretendía cometer un robo, solo nadar y verse con su nuevo objeto de deseo.

La vida, al final de todo, le había sonreído.

Dio varias brazadas y llegó al otro extremo de la piscina, el que quedaba más cerca de la puerta. Entonces escuchó pasos. Alguien se acercaba. Decidió quedarse dentro del agua. Allí esperaría.

Vio llegar a la persona esperada. La vio desplazarse como un felino. Le gustaba esa forma de caminar tan segura, tan dueña de la situación. Desde lejos podía traducirse que se trataba de una persona especial, diferente. Incomparable con su padre y con su remilgada familia.

—Has llegado —exclamó Natan, pasando sus dos manos por el rostro para apartar el agua.

—Sí. ¿Me he retrasado? —preguntó la otra persona y luego sonrió.

—No. Has aparecido en el momento perfecto —respondió Natan.

—¿Por qué no sales? —le preguntó.

—Está bien —convino Natan, y se acercó al borde de la piscina. Luego apoyó sus dos manos en él. Se impulsó con fuerza y pericia, y salió.

La otra persona lo miró moverse. Comprendía su ímpetu. Su energía. También fue capaz de prever que no saldría de la piscina por la escalerilla. Natan necesitaba distinguirse, hacer siempre algo diferente para llamar la atención del mundo. Era como un héroe aún no descubierto a sus propios ojos. En su mente apareció un recuerdo. Lo anuló de inmediato para poder actuar. No le gustaban las piscinas. Pero eso ya no era importante…

Cuando Natan estuvo a pocos centímetros de su cuerpo actuó con velocidad. Sacó un puñal de su bolsillo y lo clavó en la húmeda piel del joven. Luego lo movió con destreza, justo en la arteria ilíaca externa, después en la femoral. Esta vez su acción fue mucho más rápida que con Inger Braun. Necesitaba hacerlo cada vez más rápido, que entre una herida y otra no pasaran sino pocos segundos para que su maniobra fuese cada vez más perfecta, para que no hubiese tiempo de pensar en nada.

Luego hirió la otra pierna del chico.

Natan cayó de rodillas, y luego hacia atrás. Entonces la persona sacó una pequeña copa, achatada y acristalada. Estaba en uno de los bolsillos de su abrigo. La puso junto a la primera herida que le había producido a Natan. Aprisionó un poco el muslo del chico; quería que la copa se llenara con su sangre. Cuando la copa estuvo llena hasta la mitad, la retiró y luego lanzó a Natan a la piscina. Ya se hallaba inconsciente.

Entonces, lo miró por última vez y recordó su rostro sonriente y su pelo rizado. También su ingenuidad, como «la de un semidiós engreído…», se dijo.

Levantó la copa como brindando por su muerte y tomó de un solo sorbo la sangre aún tibia.

El cuerpo de Natan, en ese momento, se sumergía en el agua en medio de una mancha rojiza.

2

La mano de Wendy me contuvo. Vi un gran anillo que llevaba en su dedo medio.

Ella había pensado que yo giraría hacia la derecha para ir por el corredor y cerrar la puerta. Por eso había movido su mano para tocarme, sin lograr el objetivo de alcanzarme. Wendy se había desplazado muy silenciosa y por eso no escuché sus rápidos pasos detrás de mí. Tampoco percibí su presencia cerca. Era como un fantasma.

—Perdona, Alexis —me dijo.

Yo volteé. Me miraba con interés.

—Tengo que decirte algo antes de que te metas de lleno en tu trabajo —completó. Parecía grave. Su tono de voz había perdido esa cierta dulzura que noté cuando me saludó.

Estábamos las dos de pie, sin movernos, en medio de la sala de mi piso, en la intersección con el pasillo que conducía a la salida y el brevísimo corredor que llevaba a mi habitación.

La miré, expectante.

—Si estás recibiendo una llamada a esta hora, debe ser porque algo malo ha sucedido —me dijo.

—Es lo más seguro. Al menos, por algo extraordinario que hay que atender —completé.

Le pedí que volviera a sentarse, esta vez en la sala.

Fui a buscar el teléfono y vi una llamada perdida de Anne. La llamé y me dijo que habían encontrado otro cadáver. Esta vez en el Centro de Natación James Pit, al sureste de la ciudad. Me dijo también que todo apuntaba a que el autor del crimen era el mismo que había matado a Inger Braun. Le respondí que estaría en ese lugar en minutos.

Pensé que tenía que despedir a Wendy, por mucho que me intrigara su presencia en casa.

Cuando volví a la sala con la intención de deshacerme de ella, me confesó algo que me dejó muy confusa.

3

—Sé por qué asesinaron a Inger Braun —me dijo.

Me senté frente a ella. Lo que había dicho merecía atención.

Esa parte de mí que le temía de pequeña pareció de repente aflorar. Desconfié un poco. Después me dije a mí misma que era imposible que una persona como Wendy fuese una asesina. Ni siquiera contaría con la fuerza física para atacar a nadie. Entonces pensé que tal vez su cabeza no funcionaba bien.

—Dime por qué —le pedí con apremio.

—No tuvo nada que ver con su vida, sino con la de su padre —afirmó ella.

—¿Cómo es eso? —pregunté con palabras apuradas.

—Su padre estaba obsesionado con la idea de que fuerzas oscuras atacaban la humanidad. Fue un teólogo importante y perseguido, sobre todo en los años setenta. Luego dictó seminarios en la Universidad de Topeka, pero nunca dejó su obsesión.

En ese momento creí recordar algo, pero lo que fuera se desvaneció en mi mente antes de tomar forma.

—¿Cómo sabes eso? —la interrogué.

—He leído mucho, y en algún momento de mi vida me interesó la teología y la filosofía. Conocí las ideas de Daniel Braun porque leí todos sus libros. Sí que era un poco conservador… algo rígido. Denisse decía que le faltaba… perdón, no es nada. Estoy confundiendo a las personas y las épocas —afirmó.

—¿Es que mi abuela también conoció a Daniel Braun? —la interrumpí.

—No. No es nada de eso. Me confundí de nombre. No quise decir Denisse, sino Clare, una buena amiga que tuve, que ahora está muerta y que algunas veces leía conmigo los libros de Daniel Braun. Al principio, no sabía que mi vecina era hija de él. De hecho, lo supe por un error. Verás, llegó una carta a casa que iba dirigida a ella. Yo estaba trabajando en el jardín y sin saber lo que hacía, en forma automática, abrí el sobre y dentro encontré una revista de teología. Yo conocía esa publicación, aunque no ese número en particular. Así que

miré mejor el membrete del sobre y me di cuenta de que aquello no era para mí. Por supuesto que fui a su casa y le expliqué mi error. Ella sonrió y me dijo que podía quedarme con el ejemplar si quería, que igual se desharía de él. Dijo que desde hacía mucho no le interesaba lo que pensaba su padre, Daniel Braun, y que alguien en la universidad se había empeñado en hacerle llegar sus disparatados escritos. Así fue como lo supe…

—Está bien. ¿Pero por qué alguien mataría a Inger Braun a causa de su padre? —pregunté.

—Creo que Daniel Braun, quien ya ha muerto, se hizo de enemigos poderosos pertenecientes a una secta. Según la prensa, en la escena del crimen de Braun había elementos simbólicos extraños. Por eso lo digo. No sé si es cierto, porque las noticias no fueron muy claras. Pero si lo es, podría tener que ver con lo que Daniel Braun exponía. Puede que alguien de la secta se haya molestado por el enfoque religioso que él poseía.

—¿Y cuál era ese enfoque? —pregunté. Sabía que tenía que irme, pero yo, más que nadie, comprendía que la obsesión de Braun era cierta, que la oscuridad existía y me interesaba lo que él podía haber pensado.

—Como te digo, estaba enfrascado en la idea de que el mal que siempre ha existido muestra sus fauces de forma cíclica a la humanidad, y que se estaba preparando para hacerlo de una manera feroz en la época de postguerra. Que el nazismo había sido solo un abreboca. Que el mal, sobre todo, se alimentaba del miedo y la desconfianza. Braun murió hace diez años y hasta el final alertaba que ya había llegado el momento de la destrucción. Lo interesante de sus ideas era que enfocaban aspectos psicológicos de las personas. No era un charlatán ni un loco. Era un sabio.

—¿Por qué alguien asesinaría a su hija si las ideas eran de él?

—Eso no lo sé, pero creo que Inger no hizo nada para merecer su muerte.

—¿Es que alguien podría hacer algo para merecer morir así? —insinué.

—Lo que quise decir es que ella sería incapaz de procurarse un enemigo de nivel capaz de asesinarla.

La miré con tono de interrogación. Se vio en la necesidad de explicarse mejor.

—Inger era una mujer muy callada y poco sociable. No la imagino conociendo a alguien peligroso ni haciendo nada para contrariar a algún fanático religioso. No sé si me estoy explicando. La naturaleza de algunas personas es esencialmente ser inofensivos; y mi vecina era

una persona así, inocua. Además fue víctima de un asesino en su propia casa, y ella era muy precavida. No dejaría entrar a un desconocido. La prensa también decía que nada había sido forzado en la vivienda. Pienso que la persona entró con su consentimiento y tal vez porque fuese amigo de su padre y ella lo conociera, aunque fuera de niña.

Me levanté. Anne me esperaba. Y también la escena de un nuevo crimen. Le expliqué a Wendy que tenía que irme. La acompañé a la puerta. Cuando abrí, le hice una última pregunta: si había visto algo extraño en la calle la noche de la muerte de Inger Braun. Me dijo que no vio a nadie rondando la casa. Luego me insistió en que fuera a visitarla en algún momento para hablar sobre mi abuela, sobre su «buena amiga Denisse».

Cuando se fue, me quedé meditando, cerré la puerta, apoyé la espalda sobre ella un segundo y pensé en la oscuridad. Miré la cicatriz en mi hombro.

«Denisse decía que Braun…».

Eso había dicho. Tuve la sensación de que Wendy me estaba mintiendo y que por alguna razón no quería que supiera que mi abuela había conocido a Daniel Braun. La única conexión que veía entre Inger Braun y yo, como para que de una forma inexplicable ambas tuviéramos esa figura en nuestro cuerpo, era lo que acababa de decir a medias Wendy. Y que mi abuela, en efecto, sí conociera a Daniel Braun.

«¿Qué era lo que sabía Wendy Tandy?».

Eso me pregunté, y me di cuenta de que del fondo de mi memoria había emergido de repente su apellido.

Tal vez comenzara a recordar cosas…

4

Me dije que tenía que olvidar por un momento la cicatriz en mi hombro y lo que Wendy había dicho. Tomé mi coche y me dirigí al sur por la avenida Broadway. La ciudad apenas despertaba. Pasé sobre el río Arkansas. Esta vez no sentí nada en relación con él, ni siquiera desagrado.

Llegué al Centro de Natación James Pit.

Ya había dos unidades forenses estacionadas al frente de la instalación. También pude identificar el coche de Anne. Me bajé del mío y apresuré el paso. Estaba consciente de que la visita de Wendy me había retrasado.

Junto a la puerta principal había una mujer con cara de preocupación. Supuse que era la gerenta del lugar. Hablaba con un oficial de policía que le estaba tomando declaración. Crucé la puerta. Mostré mi identificación a otro agente que estaba al mando del resguardo de la escena. Él asintió y una técnica forense me ofreció los protectores para los zapatos y los guantes. Los tomé y me los puse. Entonces atravesé una puerta interna, por donde entraban y salían otros técnicos.

Allí estaba la piscina y un cuerpo que flotaba en ella, bocabajo. Era el cadáver de un hombre de pelo rizado. Supe que era el mismo que yo había visto en el espejo. Sentí mucho miedo de repente. No…, no era miedo…, era desengaño.

Él había sido traicionado. Estaba dolido al morir. Su mundo se había descalabrado.

«¿Por qué?».

Esa había sido su última idea, esa pregunta, al morir.

«¿Por qué me hace esto si le amo?».

Intentaba comprender si, al menos, esa persona amada por ese chico era hombre o mujer, pero no podía estar segura. Solo sabía que esas fueron las últimas inquietudes de ese chico que yacía muerto en la piscina, en medio del agua mezclada con su sangre. La atmósfera de aquel espacio había quedado impregnada de la monumental sensación de traición que su asesino o asesina le había dejado.

Sentí pena por él. Morir por el ataque de alguien que amas debía ser lo peor. Una lágrima me cayó por la mejilla.

—Alexis —me llamó Anne.

Vino hacia mí. Había estado mirando de más cerca el cadáver. Los forenses esperaban para sacarlo del agua.

—Hola, Anne. ¿Qué piensas? —le pregunté.

—El mismo asesino, sin duda. Allá, en la esquina derecha de la piscina, cerca del borde está la frase. Y ese detalle aún no se ha colado a la opinión pública. Algún portal de noticias ha dejado claro que la escena de Braun ha contado con «aspectos simbólicos extraños comunes en la violencia de las sectas», pero ni siquiera sé si lo han hecho porque saben lo del cuchillo y la sangre, o porque se lo han inventado. Creo que si lo supieran ya lo hubiesen publicado, y no es así. El asunto es que nadie sabe lo de la frase en el baño de Braun, y aquí están las mismas palabras. Además, por la sangre que hay, te aseguro que veremos las mismas heridas en las piernas del chico al sacarlo. Estaba esperando por ti…

—¿Quién es él? —pregunté, mirando a la piscina.

—Natan Hapgood, veintidós años. Le gustaba venir a nadar a este lugar casi a diario. Estudiaba Diseño de Videojuegos. Todo en regla, ni una multa de tránsito. Vivía solo en Oatville, rentaba un piso en esa bonita zona.

Asentí. Debía tener una holgada posición social, o él o sus padres.

—Hay alguien que sí sabe lo de la frase —dije casi sin pensarlo.

—¿Te refieres a Alfred Price? Sí y no. Sabe lo que escribieron en la Academia, pero no que la encontramos escrita en lo de Braun —afirmó.

La miré un par de segundos.

—Tienes razón. Es lo que él dice. Por algún motivo, le creo. No me parece un asesino. Pero sé, como tú, que algunos de los peores no lo parecen. Sobre todo en esta ciudad.

Supe, de repente, que Anne también poseía el síndrome de Dennis Rader, el asesino conocido como
BTK
. Un hombre que torturó y mató a más de diez personas en Wichita y que había dejado en la mente de muchos de sus pobladores una especie de complejo, de vergüenza histórica. Como si todos cargaran a cuestas la marca de Rader y viviesen en un lugar maldito. La pena de vivir en una ciudad donde un monstruo ejerció su crueldad.

Comenzamos a caminar para acercarnos al lugar donde el asesino escribió la frase. Bordeamos la piscina. Otra vez había sido escrita con la sangre de la víctima. Noté que junto a las letras, a menos de

cuarenta centímetros de distancia, había marcada una circunferencia de unos cuatro centímetros a lo sumo. La marca también estaba hecha de sangre. Ya los chicos del equipo forense habían demarcado esa área como un posible indicio.

—¿Qué te parece eso? —le pregunté a Anne.

Ella miró. Nos acercamos más.

—No lo sé. El borde inferior de un objeto que el asesino trajo consigo o que estaba aquí y el asesino se llevó.

—Es como la marca que dejan las tazas cuando se llenan de café y algo se derrama. Aunque el diámetro es un poco más pequeño —le dije.

Recordé, de repente, las tazas en el consultorio que dejaban la marca de café sobre las hojas, en los escritorios…

—Anne, creo que podría ser un vaso, un recipiente. Dejó esa marca y estaba lleno de sangre. Esta se derramó y dejó la silueta de la base —expresé.

—¿Por qué traería un vaso…? —comenzó a preguntar Anne, pero luego se detuvo.

Lo imaginé tomando la sangre de Natan Hapgood, mientras, Anne hacía silencio.

—Estamos listos para sacar el cuerpo del agua —nos interrumpió una mujer uniformada—. Acaba de llegar la jefa forense Lilian Peterson —completó.

La luz parpadeó en ese momento.

Cuando volvió, tuve la seguridad de que el asesino tomaba sangre. Me dije que tal vez esa era su obsesión: la sangre de algunas personas en particular.

¿Por qué deseaba la sangre de Inger Braun y la de Natan Hapgood?

¿Qué había tocado yo en la casa de Braun que me hizo pensar en Natan cuando me miraba al espejo?

5

No nos habíamos equivocado. Las heridas en el cuerpo del joven eran iguales. El asesino dejó el puñal junto a la puerta posterior de la edificación. Era idéntico al hallado en la casa de Inger Braun. La misma empuñadura. Uno de los del equipo forense lo encontró.

Lilian quedó en entregarnos el informe de la autopsia lo más pronto posible.

—Iré por él al Departamento Forense esta tarde —le dije.

Quería ir sola y tocar los cuerpos. Lilian comprendió mis deseos. Era mi aliada. Sabía que parte de mis estrategias de investigación era tocar a los cadáveres. Tenía la mente abierta y era capaz de respetar procedimientos y habilidades aunque no las comprendiera totalmente.

Anne no notó nada de nuestro acuerdo subrepticio.

Lilian se marchó. Anne y yo nos juntamos en la antesala del recinto. Vi cuando se llevaron el cadáver de Natan. Vi su rostro durante un segundo antes de que el chico de la unidad forense lo cerrara por completo en el cobertor de cadáveres. Era la misma cara, la de los ojos color miel y los labios finos que había visto en mi espejo.

—¿Quién está haciendo esto, Alexis? —preguntó Anne, afectada. Estaba sintiendo impotencia. Habían sido horas duras para todos con la ciudad todavía impactada por la tragedia del paso del tornado, y ahora con la acción de este asesino del que no sabíamos nada. Dejaba las escenas llenas de sangre, pero sin una sola pista.

—¿Hemos descubierto algo más sobre la vida de Inger Braun? —le pregunté.

—Rossy está en ello. Sabes que es buena. Seguro de un momento a otro nos dará más información. ¿Por qué lo preguntas?

—Una vecina de Rossy y de Inger Braun que conocía a mi abuela Denisse me ha dicho que el padre de Inger era un conocido teólogo y filósofo con ideas religiosas que pudieron molestar a algunas sectas. Se llamaba Daniel Braun —le informé.

Anne hizo un gesto, movió los labios hacia un lado. Eso lo hacía cuando algo no la convencía. También tocó su medalla, la que llevaba al cuello.

—Se lo diré a Rossy. Pero no veo cómo eso llevó a alguien a matar a su hija —confesó.

Luego inspiró profundo.

—En realidad, últimamente no veo nada claro. Estoy como descentrada con todo lo que ha pasado en esta ciudad. También confirmaré la coartada de Alfred Price; eso sí, con discreción. Ya la jefa Tonny nos ha pedido que andemos con pies de plomo en todo lo que tenga que ver con esa dichosa academia. Por otro lado, no veo que tengamos nada más de dónde tirar, y eso me está causando dolor de cabeza —confesó Anne y volvió a tocar su medalla.

En ese momento, sucedió algo imprevisto, allí justo frente a nuestros ojos en la puerta de ingreso al centro de natación.

6

—¡Tienen que dejarme pasar! ¡Soy su padre! ¿Qué le han hecho a mi hijo? Me llamo Gideon Hapgood y exijo que me dejen entrar. ¿Quiénes son ustedes para impedirlo? Si se pusieran en mi lugar… ¡Yo he sido el culpable de todo! ¡Es que ustedes no lo comprenden! ¡Es mi culpa! ¡No me han dejado ir con él! Tengo que hablar con el encargado…

—¡Dios mío! ¡El padre! —exclamó Anne.

Caminé hacia la entrada. Había dos oficiales conteniendo a un hombre de unos cincuenta años. Tenía el pelo como el del hijo, rizado. Era muy blanco. Tenía un lunar oscuro en la frente, entre las cejas. Supuse que, infortunadamente, el hombre había visto el cadáver de su hijo cuando estaban subiéndolo a la unidad forense. Tal vez, en un descuido de los custodios, el rostro de Natan quedó al descubierto. Yo también había podido verlo.

—Señor Hapgood, soy la detective Alexis Carter. Si promete quedarse donde está, los oficiales lo soltarán. No puede ingresar porque esta es la escena de un crimen. Si quiere que converse con usted sobre lo que ha pasado, debe detenerse y tranquilizarse. Quiero que sepa que lamentamos mucho lo sucedido y comprendemos su desesperación —le dije, intentando ser compasiva y a la vez firme.

El hombre me miró. Pude deducir que en su mente había una lucha, un dilema, pero la razón resultó vencedora. Detuvo los movimientos de su cuerpo y asintió. Los oficiales lo soltaron y dieron un paso atrás.

Anne ya estaba a mi lado.

—La detective Ashton es la encargada del caso —completé.

Pero él no la miró a ella. Continuó con su mirada clavada en mí.

—Todo esto ha sido mi culpa. Natan murió por mí. Pero yo… fui prepotente. Estaba desorientado… ¡Oh! Dios. ¡He sido yo!

Después de decir eso, el hombre giró en redondo y se alejó de nosotras a pasos largos.

—¿A dónde va? —pregunté.

Anne y yo fuimos tras él. Pero Gideon Hapgood había comenzado a

correr. Era evidente que no quería hablarnos.

—Iré… iré a verlas en poco tiempo. Sé dónde encontrarlas. Ahora debo calmarme… —gritó sin voltear.

Lo perseguimos sin mucha convicción y llegamos hasta la esquina, en donde el *parking* del centro de natación daba paso a la transitada calle Lerroux.

—Está pasando por una crisis nerviosa. Es mejor dejarlo solo. Luego vendrá a nosotras y le hablaremos. Creo que es lo mínimo que podemos hacer, respetarlo un poco. Además, debe hacer el reconocimiento formal del cadáver y no podrá posponerlo por mucho tiempo. A menos que otra persona pueda hacerlo —sugirió Anne.

—Ha dicho que ha sido su culpa. ¿Qué significará eso? Y ella, Wendy Tandy, también cree que el asesinato de Inger Braun fue por algo que hizo su padre… —manifesté en voz alta, aunque lo hacía sobre todo para mí.

Miré hacia la calle en ese momento. Entonces lo vi. Era un hombre con una gorra y una chaqueta oscura. Estaba junto a un árbol en la acera de enfrente. En ese instante, dudé de si ese sujeto estaba realmente allí o era una alucinación, una visión con apariencia de realidad.

Él también me estaba mirando.

7

Me pareció que era Logan Callen.

Estaba tomando fotos.

Pero los coches que pasaban en medio no me dejaron verlo bien y asegurarme. Luego se fue. Un camión de bomberos se interpuso y no me dejó ver cuál dirección tomó. Simplemente desapareció.

—¿Viste a ese sujeto junto al árbol? —le pregunté a Anne.

—Sí —respondió—. ¿Te pareció sospechoso? —completó.

—Creo que lo conozco. Se trata de Logan Callen —respondí.

—¿El asesor de Alfred Price? —preguntó extrañada.

—Sí. Yo lo conozco. Fue mi paciente en Topeka. Es un hombre retraído. Imaginativo. Capaz de acechar a alguien, y de creer que mantiene con esa persona un vínculo especial. Lo traté un tiempo. Luego lo encontré en esta ciudad el día que te conocí.

Me miró extrañada. Me vi en la necesidad de explicarme.

—Creo que nunca te lo dije. No te conocí en la dirección del Departamento, sino cuando te vi salvar a una niña, en el paseo del río Arkansas.

—¡Vaya! Sí que recuerdo esa noche. Hacía un calor insufrible —respondió Anne.

—Así es. Era 4 de Julio. El asunto es que Logan, en el fondo, siempre me ha parecido un tipo peligroso. Y ahora creo eso con mayor intensidad —confesé.

—¿Estás segura de que era él? Lo digo porque esta neblina horrenda que ha caído encima de la ciudad, y este polvo, hace que uno no vea con nitidez y los ojos permanezcan irritados. Además, hay algo de distancia desde aquí hasta donde estaba ese sujeto.

—Estoy casi segura —le respondí.

—Podemos visitarlo. La verdad es que es extraño que esté interesado en este lugar. Por algo estaba aquí, y además es asesor de Price, y eso lo conecta de alguna manera con lo que sucedió en la Academia y con esa página de la red que ha puesto la pinta. También está el hecho de que algunos asesinos se complacen en volver al lugar del crimen para ver los efectos de su acción, para disfrutar

observando…

—Sí. Deberíamos hacerlo —convine.

Dimos la vuelta y nos fuimos en búsqueda de nuestros coches. Ya no teníamos nada que hacer en el centro de natación.

Cuando estuve junto a la puerta de mi coche y Anne del suyo, le dije que creía que era importante pedirle a Rossy que buscara información sobre Logan, sobre Daniel Braun y sobre Gideon Hapgood. También le dije que tendría que hacer algo antes de ir a la oficina.

Pretendía visitar a Wendy y hacer que me contara la verdad. Ahora que sabía que Gideon Hapgood creía que era el responsable de la muerte de su hijo, cobraba más importancia lo que ella me había dicho. No podía ser casualidad que sobre las dos víctimas se posara esa sombra, la de las acciones de los padres como la causa de los asesinatos de los hijos.

—¿Qué harás? ¿Irás a casa de Natan Hapgood? —me preguntó Anne.

—Sí. Eso me dispongo a hacer —le respondí.

Al principio, lo hice con la plena intención de mentirle. Pero luego me dije a mí misma que también debía ir allí. Anne tenía razón, ella había comprendido que para mí esa era una de las primeras acciones a emprender, la de comprender a las víctimas de la mejor manera posible, y eso se lograba en gran parte conociendo sus hábitats. Anne no podía sospechar que yo contaba con una estrategia adicional: tocar los cadáveres.

—Veo que sigues los pasos de alguien que conozco… —me dijo.

Se metió en su coche y se despidió de mí con la mano. En ese momento, recordó algo y bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Qué sucede? —le pregunté al ver que no decía nada.

—Es que lo había olvidado. Ender me ha dado el nombre de un experto en simbología de empuñaduras de dagas. Solo le he dicho que necesitamos hablar con alguien así, no le he dado detalles de la razón. Si te parece, iré a verlo con la foto de las dagas que el asesino ha dejado en las escenas.

—Está bien. Sigues en contacto estrecho con Ender por lo que veo —insistí.

—Sí. Ya te lo he dicho. Siento algo de pena por él. De hecho, estos días se está quedando en casa porque cree que el edificio donde está su piso no es seguro.

El ardor en mi hombro volvió a aparecer y, al mismo tiempo, me quedé pensando en Anne. Me di cuenta de que era presa de su instinto maternal. Me pareció que Ender debía estarse aprovechando de eso.

¿O sería algo más lo que me molestaba que estuviese tan cerca de mi compañera?

8

Fui a casa de Wendy Tandy.

En el camino, recordé a Natan y a su padre. También la habitación de Inger. ¿Qué podrían tener en común? Aproveché que la luz de un semáforo cambió a rojo para escribir el nombre de Gideon Hapgood en el buscador de Internet en el móvil. Descubrí que era un conocido doctor en estudios bioquímicos, un investigador reputado con fama internacional. Uno de sus artículos en el buscador académico tenía un millón de vistas. Sus investigaciones se relacionaban con unos fitonutrientes y la posibilidad de evitar el envejecimiento de las células. Varios eran los temas que Hapgood, al parecer, trataba con maestría: regeneración y activación genética, senescencia celular, farmacocinética, supersustancias.

Lancé el móvil en el asiento del copiloto. ¡Me sentía perdida! ¿Qué tenía que ver lo que este científico hacía con lo que pudo haber dicho o hecho el padre de Inger, siendo teólogo? No parecían tener nada en común. Y Natan e Inger menos aún. Me dije que podría ser que el asesino escogiera a sus víctimas al azar, o de acuerdo con una selectividad que todavía desconocía.

Como en modo automático, seguí las instrucciones del GPS del coche y conduje hasta llegar a la casa de Wendy Tandy. Cuando llegué, me di cuenta de que no había nadie. Solo Dorinda. En cuanto toqué al timbre, brincó a la ventana y me miró, alerta. Me extrañó que Rossy aún no la hubiese buscado.

Entonces salí de allí y fui en dirección al piso de Natan. Anne me había enviado las señas al teléfono.

Cuando estaba a punto de llegar al edificio 129 en el barrio de Oatville, recibí una llamada en el móvil. Era de Lilian. Quería decirme que Natan tenía un tatuaje idéntico al de Inger Braun en el hombro izquierdo. Le respondí que iría a verla de inmediato y di la vuelta. Conduje con cierta temeridad. Lo único que unía a Inger y a Natan era esa figura en el hombro. Pero no solo a ellos. ¡También a mí!

Comenzó a atacarme con fuerza la idea de que una amenaza

poderosa me perseguía.

Ni siquiera podía recordar cuándo había comenzado con ese ardor, cuándo esa figura había comenzado a dibujarse en mi piel. Contaba los segundos para llegar al Departamento Forense y tocar a Natan.

Cuando por fin llegué a la sala de autopsias, Lilian estaba sola.

Me vio desde la ventanilla de cristal, en la parte superior de la puerta de entrada, y me hizo señas para que ingresara. Luego me dio la espalda.

Entré y escuché una música que me inspiró violencia, intensidad. Lilian, sin voltear, me habló con la voz un tanto grave.

—Esa pieza es de *Juana de Arco en la Hoguera*, una presentación de principios del siglo pasado llevada a la ópera. La campesina que se convirtió en heroína y que conseguía inspiración en donde ninguno de sus iguales podría hacerlo. Un prodigio entre las aguas de las ideas, de la fe y de la guerra. Es por eso que te creo…, porque sé que existen personas especiales entre nosotros que parecen normales… —me dijo.

Tuve la impresión de que Lilian también estaba cambiada.

Ahora se mostraba más mística. Podría también ser efecto del tornado, porque todos sentimos la muerte muy cerca con su paso, pensé.

No le respondí nada y caminé hacia donde yacía el cuerpo del joven.

Ahora parecía un niño. Su rostro trágico transmitía ingenuidad, pureza. Estaba cubierto por la manta para cadáveres hasta la altura de las tetillas. Vi los músculos de su cuello, de sus brazos. Aún no lo habían diseccionado para hacer el análisis de los órganos.

Allí estaba el tatuaje, el árbol y la serpiente, en su hombro. Fijé la silueta y busqué en mi memoria: la figura era igual a la mía. Era como si esa misma forma estuviese dibujándose poco a poco en mi brazo, y pronto se vería idéntica a la de él. También como si la mía adquiriera mayor nitidez con el paso de las horas, y en la medida en que lo hacía, se volvía más dolorosa, pero solo a ratos. Como si el sello de fuego invisible me presionara en algunos momentos. Entonces, me pregunté si Natan habría sentido lo mismo.

—Lilian, perdona. Voy a hacerte una pregunta. ¿Es posible que esto no sea un tatuaje, sino algo como una cicatriz?

Ella volteó y me miró.

—Lo he pensado. Tiene todas las características de una cicatriz, como si hubiese sido hecha con un sello como los que se usan para marcar ganado. Ese sello tendría que haber estado provisto de pigmentos animales, además de la superficie incandescente. Ya te lo he dicho antes. Además, los tatuajes en esencia son eso, cicatrices,

quemaduras. Por su puesto, los actuales son hechos de otra forma menos dolorosa. Esto es como si fuese uno de otra época…, no lo sé. Sigo dándole vueltas más por intriga que por responsabilidad, porque no es mi especialidad, y ya lo he pasado a los expertos del Departamento de Análisis de Sustancias aquí junto —me respondió.

Volvió a darme la espalda.

Entonces, me armé de valor y levanté la mano. Luego la posé con cuidado sobre la frente de Natan.

Quería pensar como él, entender su razonamiento, sus últimas ideas. Esa era mi oportunidad para hacerlo.

9

No sentí ni vi nada. ¡Mi cabeza estaba en blanco!

Me dije que tal vez el asesinato de este chico no tenía que ver con su parte racional, sino afectiva, tal vez estuviese enamorado del asesino, si es que lo conocía. Eso se correspondía con lo que yo había experimentado al entrar en la habitación de la piscina.

Bajé mi mano y lo toqué a la altura del corazón para intentar captar las emociones que lo embargaban en vida. Nada tampoco.

Todavía me quedaba una opción: tocar la cicatriz. Eso me dijo una voz dentro de mí.

Sentí la piel de mis brazos erizarse. Y, a la vez, mucho calor.

La ópera de Juana de Arco comenzó a sonar más alto.

Me preparé para ver cosas horrendas, propias de la oscuridad. Recordé la desesperación del padre de Natan y su sentimiento de culpa. También los ojos disímiles de Wendy y su boca diciéndome que sabía por qué habían asesinado a Inger. Las casas destruidas, la niebla, la imagen del tornado y del bar de aquella noche, el círculo de sangre en el piso junto al mensaje «Todo está hecho», la fotografía de los niños en la habitación de Braun y la imagen de una taza de café. Todo eso venía a mi cabeza de una forma desordenada, como un *collage* de imágenes inconexas, al tiempo en que mi mano se dirigía al hombro de Natan.

Mis dedos, al fin, tocaron la cicatriz, justo la cabeza de la serpiente.

Pero yo estaba seca, desprovista de lo que hasta ese momento había sido mi habilidad secreta. ¡Era incapaz de ver algo! Sentí que la oscuridad me había vencido.

Lilian me habló, sacándome de mi desconcierto.

—Se ha difundido lo del puñal y el tatuaje de Inger Braun. Es cierto que debe haber un informante de la prensa entre nosotros. He puesto una alerta de Google y hace minutos me avisó de que un portal de noticias ha dicho que la Policía cree que el asesino de Inger Braun pertenece a una secta que utiliza serpientes y árboles entre sus símbolos principales. ¿Puedes creerlo? Es como si contaran con

información, pero no precisa. Quiero decir, que en ninguna parte han mostrado la foto de la empuñadura de la daga, ni mucho menos de los tatuajes. Yo respondo por la confidencialidad de mis cadáveres, así que de aquí, de este edificio, jamás sacarán información alguna, pero debe haber alguna fuga en otra parte del Departamento… —expresó molesta.

Entonces, pensé en Ender.

Como un rayo, vino a mi mente su cara. Ender sabía eso, que Anne buscaba a un experto en empuñaduras con serpientes grabadas. Tal vez mi compañera también le había dicho lo del árbol. Anne estaba totalmente captada por ese vínculo con Ender. Allí podría estar la filtración de la información de la que hablaba Lilian. No sé por qué recordé a Lorna, la chica claustrofóbica del sótano de mi edificio, la noche del tornado. Tal vez porque, para mí, Anne estaba cautivada por ese nexo con Ender, aunque no lo supiera. También era una forma de estar atrapada no darse cuenta de que era un error confiar en alguien que, para mí, estaba obsesionado con ella.

¿Era solo eso lo que me molestaba o inconscientemente pensaba que Ender tenía algo más que ver con los asesinatos?

La música de la obra de Juana de Arco cesó de repente y la puerta de la sala de autopsias se abrió.

Era Anne. Sus ojos estaban enrojecidos. Llevaba una pluma negra entre las manos.

10

—¿Qué te ha pasado, Anne? —pregunté.

Creo que Lilian también dijo algo similar al mismo tiempo.

—¿Por qué? ¿Por esto? —preguntó señalando la pluma—. Ha sido un pobre pajarillo que ha muerto al chocar con el parabrisas del coche. No quise dejarlo allí. Lo puse al pie de un árbol, en la acera. Luego vi esta pluma sobre el capó del coche y la tomé. Es tan descorazonador que las vidas se acaben así, y nadie las recuerde.

Definitivamente, todas estábamos cambiadas; Lilian mística, Anne vulnerable y yo en blanco.

—Todo lo que ha pasado me ha afectado, es verdad. Pero tengo los ojos enrojecidos, no por llanto ni tristeza, sino por el desgraciado polvo que ha caído encima de las calles de Wichita —completó.

Mientras hablaba, se acercaba a mí. Terminó justo a mi lado. Entonces miró el cadáver de Natan Hapgood.

—Tenemos que encerrarnos en la sala de reuniones a pensar, Alexis. Rossy ya tiene información sobre la vida de los Braun y algo sobre los Hapgood. De un momento a otro debe venir Gideon Hapgood. Me extraña que aún no lo haya hecho. Si uno de mis hijos estuviese aquí, yo no podría estar en otra parte —dijo.

Noté un ligero quiebre en su voz.

—Con lo poco que contamos, debemos trazar las líneas de investigación a seguir. Tengo la impresión de que este asesino no va a detenerse —culminó.

Yo pensaba lo mismo.

—Es hábil. No tenemos pistas. Además, el ambiente postornado es perfecto para la comisión de sus crímenes; los Departamentos están al borde y hay mucho que hacer en la ciudad. Mira este edificio. Está vacío y es primera vez que no aparece ni siquiera el agente de la vigilancia. Todo está trastornado. La gente está alterada, hasta yo misma lo estoy. Cuando me dirigía aquí, vi a una mujer bajarse de su coche y maldecir al conductor que estaba delante de ella, simplemente porque el hombre no avanzó cuando el semáforo lo indicaba. Es como si hubiésemos cambiado para siempre y ya nada…

—Volviera a ser igual —completé.

En ese momento, una persona entró en la sala y se detuvo muy cerca de la puerta.

Ninguna de nosotras escuchó sus pasos ni nos percatamos de su presencia, sino cuando ya estaba allí.

—¡Trudy! ¡Pero si no has cambiado nada desde la última vez que nos vimos…! Hará, ¿cinco años? —preguntó Lilian.

—Hola, Lilian —respondió la capitana Trudy Malick en tono ligeramente afectuoso. Luego nos miró a Anne y a mí.

Al interior de la sala de autopsias la veía un poco diferente. Su pelo no brillaba tanto como cuando la conocí. Pude observar mejor sus rasgos faciales; eran definidos, con los pómulos marcados y la barbilla angulosa. Me pareció de ascendencia anglosajona. Tenía una cara singular, difícil de olvidar. Pudo haber sido el modelo para una escultura que quisiera representar a la mujer decidida, autosuficiente. Algo en sus ojos y en la forma de su nariz daban esa impresión.

—Buenas tardes —dijo Anne.

—Detectives —respondió Malick en señal de saludo—. He venido hasta aquí porque tengo que mostrarles algo.

Fue cuando me di cuenta de que llevaba consigo un morral a sus espaldas.

Adiviné que lo que fuera que la había llevado hasta allí estaba contenido en él.

La mujer, con agilidad, llevó el morral delante de su cuerpo, sosteniendo con una mano su peso, mientras que con la otra, abrió y sacó un objeto.

Lo que mostró era lo que menos me esperaba ver.

11

De superficie rugosa y negra. De borde dorado. Una cinta roja sobresalía de una de sus páginas. Se trataba de un libro.

—Durante la remoción de escombros en la casa de la calle Madison en Sunnyside, cerca de la casa de Inger Braun y de Rossy García, encontramos esto. Yo misma lo hallé durante una maniobra de incursión y salvamento. Quiero mostrárselos.

Eso último lo dijo como pidiendo que saliéramos de allí a un lugar donde pudiéramos ver el libro.

—Puedes usar mi oficina, Anne —propuso Lilian desde donde se hallaba, lavando unos objetos.

Anne asintió porque ir al Departamento —a la oficina de Anne o la mía— hubiese significado perder unos minutos. La personalidad de la capitana Malick imponía una sensación de urgencia, de efectividad. Era como si siempre estuviese ocupada y retenerla más de lo debido no fuese lo correcto.

Noté que Trudy Malick miró con extrañeza la pluma negra que Anne aún tenía entre las manos. Anne también debió notarlo, porque la llevó a uno de sus bolsillos y la guardó. Entonces, una idea apareció de repente en mi cabeza. Más bien un recuerdo:

¿No había visto yo una pluma como esa cerca de la puerta de casa?

Pero aquella había sido producto de mi imaginación, me dije.

Eso me intrigó, pero reconozco que aún más me intrigaba lo que había llevado a Trudy Malick allí, y ese libro negro que sostenía entre las manos.

Salimos de la sala de autopsias y buscamos la oficina de Lilian. Quedaba a pocos pasos, solo cruzando el corredor. Entramos. Allí había una mesita circular junto al escritorio de Lilian.

Invitamos a la capitana Trudy a sentarse. Así lo hizo y puso el morral en la silla de junto. Anne y yo también nos acomodamos, y aguardamos. Malick puso el libro que traía en sus manos sobre la mesa. Lo abrió en la página que estaba marcada con la delgada cinta roja.

Se trataba de un libro de ilustraciones, por lo que pudimos ver. Era

antiguo. De factura manual, sin edición alguna. Cuando me acerqué sobre lo que Trudy Malick mostraba con el dedo, supe que no había lugar a dudas. Era una ilustración que ocupaba el centro de una página con manchas amarillentas. Había un recuadro, y dentro de él estaba la imagen de la serpiente y el árbol. Parecía haber sido hecha con tinta china. El nivel de precisión y detalle de las formas era impresionante. Estaba la serpiente con la boca abierta, serpenteando en el tronco de un árbol que mostraba escasas ramas. Era la misma de la empuñadura de la daga y de los hombros de las víctimas. La que se estaba formando en mi hombro. Entonces, viendo la ilustración que mostraba el dedo de la capitana Malick, fue cuando tomé conciencia de que esa imagen era mi sentencia de muerte.

—¿Cómo ha sabido usted que esta imagen es de interés para nosotras? —le pregunté.

Creo que estaba esperando esa pregunta. Me miró satisfecha.

—Porque he visto las noticias. No han mostrado ninguna imagen, pero han dicho que ustedes buscan una secta asesina cuyos símbolos son una serpiente y un árbol. Y este libro tenía un lugar especial en la casa que les he referido. De hecho, creo que estaba dentro de una caja fuerte. El lugar quedó destruido y el bibliotecario ha resultado muerto con el paso del tornado. Era un hombre mayor, llamado Ian Kedler, de ascendencia irlandesa y regente de una pequeña biblioteca de libros antiguos que se ubica en el centro cultural, cerca del Museo de Ciencias Naturales. Entré en ese lugar y vi su cadáver. Me pareció que pretendía proteger este libro. Debajo de lo que quedaba de su cuerpo, y cerca de una caja fuerte abierta, estaba este objeto. ¿Por qué alguien iría a proteger un libro de grabados como si fuese un ser vivo, una persona o una mascota? No tiene sentido —reconoció Malick—. Y las cosas que no tienen sentido suelen resultar reveladoras.

Ahora veía a una mujer diferente, reflexiva. Como si la máquina que hasta ese momento me había parecido adquiriera una mayor dosis de humanidad.

12

—Me parece que tiene razón —dijo Anne.

—¿Me permite? —pregunté al tiempo en que tomaba el libro y lo analizaba. Hojeé varias de sus páginas. Había otros grabados. Ninguno con serpientes. Algunos pájaros y dragones. También cabras y caballos. Varias páginas estaban en blanco. Constaté que no había ni una sola letra en él, ni nada que identificara al autor. Parecía muy antiguo. Entonces miré la última página. Allí había un escudo, y bajo las figuras y la corona que encerraba sí pude identificar varias letras. Conformaban un apellido que yo conocía.

Se lo mostré a Anne.

—Hausmann. Eso es lo que dice…

—Sí —le respondí.

—Casi lo olvido. Dentro de sus páginas también había una hoja con otro dibujo. La he guardado —dijo Malick. Luego rebuscó en el morral y sacó el papel. Lo puso sobre la mesa.

Era el *Hombre de Vitruvio*.

—Al menos, esto sí lo conozco. No es el de Leonardo da Vinci, claro está. Es un poco diferente, pero parece representar lo mismo, las proporciones del cuerpo humano.

Yo la escuchaba hablar, pero una sensación de pánico me invadió. Sentí náuseas. Era la misma figura de la moneda que había dentro del vientre del hombre que amé, también la de las últimas visiones y sueños que tuve. Ahora no podía aferrarme a la idea de que la oscuridad no estaba tras los asesinatos. Al menos, esas muertes sí estaban relacionadas con ella. ¿Por qué el apellido de Sebastian estaba escrito en ese escudo?

Cogí mi móvil y tomé una foto.

—¿Ha logrado saber algo más del bibliotecario? —pregunté. Me pareció que Malick se dio cuenta de que algo me pasaba.

—No. Vivía solo. Nadie ha respondido al aviso que hemos dado de su muerte, hasta que me informé sobre eso, hace poco tiempo.

—Debemos quedarnos con esto. Ya nos encargaremos de hacer seguimiento a lo que corresponda. Muchas gracias por haber venido.

Como dice, es llamativo que ese hombre protegiera este objeto. ¿No pudo ser algo casual que su cuerpo estuviese junto al libro? —preguntó Anne.

—No me lo pareció —respondió la capitana Malick con discreción.

Luego se levantó. Se despidió y se marchó. Tuve la impresión de que antes de dejar la sala iba a decirnos algo más, pero no lo hizo.

13

—Hausmann… Mira qué casualidad —dijo Anne—. El apellido de Sebastian, el policía de policías que siempre aparece rondándonos. Según Lilian, es de las familias más antiguas del centro del país. Y muy poderosa además. Si es pariente de Donovan Hausmann, entonces sí que lo es. Ese apellido no es tan común. Podría valer la pena que nos comunicáramos con él. Tal vez sepa algo de este libro —sugirió.

No había pasado nada entre nosotros, pero ese hombre me gustaba. Solía evitar lugares y eventos donde pudiera verlo porque no deseaba avanzar en lo que consideraba inevitable, que la relación escalara. La última vez que lo vi fue cuando volvimos juntos de Dakota del Sur, después de resolver el caso en Badlands Loop. Pero lo que decía Anne era cierto. Había que llamarlo.

—Tengo su número en el móvil —dije.

Acto seguido, lo busqué y marqué.

Anne se levantó y tomó el libro y la hoja con el *Hombre de Vitruvio* mientras hacía la llamada. Lo miró un par de segundos con cara de interrogación.

—Iré a la oficina. Te espero allí. Ya he convocado a Rossy —me dijo y salió.

En ese momento, Sebastian atendió.

—Hola.

—Soy Alexis Carter —dije.

—Lo sé —respondió e hizo silencio.

—Estamos llevando a cabo una investigación, y en un objeto de interés hemos encontrado un escudo con tu apellido. Tengo una foto de él.

—Ya. No es necesario que me la muestres. Mi familia usaba esos símbolos heráldicos en algún momento de la historia —respondió.

—El asunto es que el objeto en cuestión está en un libro antiguo de factura manual, sin editar. ¿Eso tiene sentido para ti? —interrogué.

—Mi tío Mark, que ya murió, era restaurador de libros antiguos y coleccionista de grabados valiosos.

—¿Conocía a un hombre apellidado Kedler?

—No lo sé, pero me atrevería a dudarlo. No era muy sociable. Antes de morir, donó parte de su colección más preciada a la ciudad, creo que a fundaciones o bibliotecas especializadas. También puede que lo haya hecho a personas particulares, pero como te digo, no era reconocido por su habilidad social. No solo los libros, también las monedas. ¿Qué es lo que pasa con ese libro?

Esas dos palabras, «las monedas», provocaron una avalancha en mi cabeza.

—¿Qué clase de monedas?

—Medievales —respondió—. Decía que la historia de la humanidad se condensaba en las monedas. Pero no me has respondido. ¿Por qué te interesa el libro con la bonita heráldica de mi familia?

—No lo sabemos con certeza. Estamos en ello. ¿Eras cercano a tu tío? Como para saber si tenía alguna predilección por cierto tipo de dibujos.

—No. Lo siento —me respondió—. Puedo ir al Departamento, si quieres. Ahora mismo estoy en la ciudad. Tal vez a mirar, a ver si recuerdo algo. Solo iba a su casa en celebraciones especiales. Él se comenzó a comportar más huraño, pero de chico sí le hablaba un poco más. Puede que en mi cabeza salte algún recuerdo con el estímulo adecuado.

No me parecía buena idea verlo. Estaba segura de que bajo sus palabras yacía un doble sentido, que había querido decir que yo podría ser un estímulo adecuado para él.

—Está bien. No es necesario por ahora. Si lo consideramos, te avisaremos. También si vemos conveniente visitar el domicilio de tu tío. ¿Vive alguien en él ahora? —le pregunté.

—Yo —me respondió con simpleza.

14

Terminé la conversación con Sebastian.

Me dirigí al Departamento, a la oficina de Anne. No podía negar que haber escuchado su voz me había emocionado. Me sentí como una adolescente por unos segundos. Luego las sombras volvieron a caer sobre mí. La ventisca helada y los copos de nieve comenzaron a caer sobre mi pelo y mi abrigo, y fue como si me devolvieran a la realidad: un asesino sanguinario operaba en la ciudad enrarecida, yo creía que bebía sangre y, además de eso, no sabía nada de él. Solo lo de su fijación con la figura de la serpiente.

Entré en el edificio y mi cuerpo se estremeció al sentir el cambio de temperatura del ambiente. Caminé por el corredor. Se escuchaban más voces que de costumbre, a un tono más alto. Todavía se percibía en el ambiente el caos, la actividad sobre la marcha.

Varias personas me pasaron por el lado. Eran desconocidas. El ruido de la máquina de café me pareció muy fuerte. Recuerdo que pensé que estaba en un callejón sin salida. Solo contábamos con un libro del que nadie parecía poder hablarnos. Lo de las monedas medievales del tío de Sebastian me había inquietado. La ilustración renacentista de *El Hombre de Vitruvio* se basó en las mediciones de un arquitecto de la antigüedad, cuyos tratados también fueron muy conocidos y empleados en la Edad Media.

Cuando estaba pensando en eso, escuché la puerta que conduce al exterior abrirse y supuse que Gideon Hapgood había llegado. Volteé, pero se trataba de una mujer que no conocía. Vestía de uniforme y a su lado había un niño. Las facciones delataban que era su hijo. El chico se sacudía sobre los hombros con sus pequeñas manos. Tenía la nariz enrojecida.

Entonces, me di cuenta de algo, del significado del nombre de la segunda víctima. Natan significa «regalo de Dios».

Hapgood podría ser un hombre creyente también y por esa razón llamó de esa forma a su hijo. He sido una tonta. El hecho de que sea científico no excluye las creencias, el dogma.

Caminé más rápido y llegué a la oficina de Anne.

Me esperaba.

Estaba con Rossy.

Ella miraba por la ventana, de pie, frente al cristal. Supuse que miraba la nieve caer.

No tenía las ideas claras, pero algo se preconfiguraba en mi cabeza.

—¿Natan Hapgood tenía hermanos? —le pregunté a Rossy antes de saludarla siquiera.

—Sí, uno. Él era el mayor —dijo sin voltear.

—¿Y Braun? ¿Inger Braun? —volví a preguntar.

—Un hermano. Ella era la mayor —respondió Rossy.

—Anne, las plagas de Egipto… Una de ellas era la muerte de los primogénitos, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí. La última —me respondió arrastrando las palabras. Se encontraba sentada en la silla del escritorio.

—¡Están matando a los primogénitos! Alguien está asesinando a los hijos primogénitos de personas que se han enfrentado a una especie de cofradía, de secta asesina que emplea los símbolos de la serpiente y el árbol. Eso creo —les dije.

No podía hablarles abiertamente de lo que temía, pero esa explicación me pareció racional, convincente.

Yo también era una primogénita, y eso sumaba más a mi teoría.

En ese momento, escuchamos un golpe fuerte contra el cristal de la ventana.

Rossy cubrió su rostro y gritó.

15

—Solo es un pájaro —dijo Anne—. Ahora chocan contra todo —agregó.

Rossy llevó sus manos a la altura del corazón.

—Estoy muy nerviosa aún —se justificó.

—Es una idea, lo que dices… Es más urgente entonces que hablemos con Gideon Hapgood. ¡Es incomprensible que no haya venido! Tendremos que ir por él. Su ausencia me hace pensar en si no tendrá algo que ver con lo sucedido —dijo Anne.

—¿Su propio padre? —preguntó Rossy.

Me pareció que actuaba como una niña ingenua. Era como si la oscuridad hubiese logrado que todos agrandáramos nuestros defectos; Rossy era algo infantil, pero ahora la veía incluso vulnerable, como una chica de seis años, espantada ante las intenciones asesinas de algunas personas, como si no trabajara en una institución que se dedicaba a resolver crímenes.

O tal vez era yo. Era mi perspectiva la que estaba descontrolada, me dije.

—Sí, Rossy. Pasan cosas así y las hacen quienes menos piensas —respondió Anne en tono maternal, aunque con un pequeño dejo de hastío.

Fue la primera vez que sentí que alguien cercano a nosotras era peligroso. Como si de alguna manera no solo yo, sino todas, estuviésemos en peligro. Comprendía la necesidad urgente de hablar con Gideon Hapgood y con Wendy Tandy; sin embargo, sabía que la oscuridad era demasiado para mí, para Anne, para Rossy, para la jefa Tonny. En realidad, la oscuridad era demasiado para todo el cuerpo de policía…

—Sí, tienes razón, necesitamos una pista. No sabemos a qué otro primogénito podrían asesinar. Rossy, busca los datos del mejor experto en simbología de dagas, en serpientes y lo que se le parezca, quiero al mejor semiólogo del país. Cuando lo encuentres, avísame. Hablaré con la jefa Tonny. Aunque esté en Groenlandia, daremos con él. Ender me habló de uno, pero no confío del todo en su criterio.

Menos ahora que… Es igual. Confió más en ti. Date prisa —dijo al tiempo en que se levantaba, ponía su arma en el cinto y tomaba la chaqueta. Parecía volver a ser la mujer de acción y cabeza fría de siempre—. Alexis, ¡vamos a la casa de Gideon Hapgood de inmediato! Que ese hombre no esté aquí me da muy mala espina.

Salimos de la oficina.

Cruzamos el corredor sin detenernos. Anne ordenó, sin disminuir el paso, que dos agentes nos siguieran. También dijo a la chica de la recepción que si el padre de la víctima Natan Hapgood llegaba, nos avisaran de inmediato.

Subimos a su coche. Condujo con destreza, incluso activó el dispositivo luminoso.

En menos de quince minutos estuvimos en la casa de Hapgood. Era como si Anne hubiese despertado de un letargo que ni siquiera había percibido que padecía. Yo también quería despertar, quería comprender algo de las víctimas, de la identidad del asesino. Deseaba reponerme de la niebla que había en mi cabeza.

Nos bajamos del coche y nos dirigimos a la puerta principal de la casa. Era una edificación de tres pisos, con grandes ventanales y de construcción moderna. Distaba de las casas vecinas por al menos diez metros.

No había nadie en esa calle. Tampoco en el frente de la vivienda.

Nos acercamos y tocamos. No escuchamos ningún sonido. Miré la ventana del lado derecho de la puerta. Experimenté como un llamado, como si algo o alguien me indicara que debía llegar hasta ella y observar. Eso hice.

Anduve hacia allá. Mientras lo hacía, me odiaba por no haber seguido con más premura a Gideon Hapgood. Sentía que los sucesos se estaban desarrollando con suma rapidez y que Anne y yo habíamos sido muy lentas. Pero escuché la voz de mi abuela Denisse en mi cabeza. Me decía que tenía que confiar en mi «valía». A ella le gustaba usar esa palabra. Lo recordé de pronto, como si me hubiese hablado pocas horas antes.

Entonces, de repente, me di cuenta de que la imagen de los dos niños de la fotografía que estaba en la casa de Inger me la recordaba a ella, a mi abuela Denisse. No eran los chicos lo importante, sino el fondo, lo que estaba detrás de ellos. La imagen de la jaula dorada y reluciente que mi abuela tenía en el jardín y las flores enroscadas en torno a ella, unas muy particulares. ¡Eran las mismas que se podían ver en la foto, y ahora lo había recordado! ¡Esa fotografía de Braun fue tomada en la casa de mi abuela cerca de su rosal! Por eso, lo que había dicho Wendy sobre la opinión que mi abuela tenía de Daniel

Braun debía ser cierto y no una equivocación, como ella intentó hacerme ver.

Sentí como la adrenalina se apoderaba de mi cuerpo cuando llegué junto al cristal.

Al principio no vi nada, pero luego comprendí que era demasiado tarde…

16

—Hay sangre en el suelo —constató Anne.

Ella había venido tras de mí.

Ambas desenfundamos las armas. Tanto ella como yo poseíamos la misma convicción. Gideon Hapgood estaba muerto, asesinado…

Dimos la vuelta a la casa y encontramos que una puerta-ventana de la parte lateral derecha estaba entreabierta. Una cortina blanca salía y entraba de ella, movida por el viento. Toqué la superficie metálica para correrla. Entramos. Todo estaba en silencio.

Había una hoguera encendida en la sala. Sus llamas avivadas daban a la estancia una sensación de calidez que en cualquier otro momento hubiese resultado agradable, pero que allí lucían aterradoras. Era como si la seguridad que debía reinar en un hogar se hubiese visto contaminada, adulterada por la garra de la oscuridad, de esa bestia oculta que yo conocía.

Dimos varios pasos más. La sangre en el suelo estaba en el área del comedor. Quien se hubiese desangrado ya tendría que estar muerto. Era demasiada.

Anne y yo nos separamos.

Yo tomé hacia la izquierda de la casa. Allí había un corredor que mostraba al final una puerta blanca, cerrada. El silencio en aquel lugar, solo interrumpido a ratos por el rugir de la hoguera, nos indicaba que allí no había nadie más.

Esperaba encontrar un cadáver. Caminé hacia la puerta blanca y la abrí. Era una sala de baño. La cortina estaba corrida. Di un paso, y otro, sin hacer ruido. Abrí.

No había nada.

Escuché pasos que provenían del corredor.

Volteé.

Era Anne.

—Aquí no hay ningún cuerpo, Alexis. ¿Por qué lo heriría y lo desangraría aquí para llevarse el cuerpo? No tiene sentido. Está cambiando su *modus operandi*. Es como si estuviese evolucionando…

—Tal vez no es eso. Quizás se esté alimentando…

La misma imagen de las ratas devorando los pájaros negros volvió a mi cabeza. Y el círculo ensangrentado junto a la piscina, en la escena del crimen de Hapgood. El asesino podía ser un devorador de personas, de carne humana, y había empezado por consumir la sangre.

¿Qué era lo que encerraban las vidas de los Braun y de los Hapgood para que ambas familias fueran blanco de su instinto asesino, para querer alimentarse de su sangre? Fue la primera vez que me dije que tal vez el asesino necesitaba eso para obtener fortaleza, para mantenerse fuerte y vital. Así como…

17

Anne interrumpió mis pensamientos.

—He pensado lo que has dicho de los primogénitos. ¿Pero por qué de ellos? Tiene que haber una conexión entre los Braun y los Hapgood. Tenemos que volver a la oficina e investigar. No estamos pensando bien, Alexis —me dijo.

—Tienes razón. Debemos concentrarnos y analizarlo —respondí.

—Llamaré a la jefa Tonny. Le informaré lo que hemos hallado aquí. Deben venir los forenses —agregó.

Después se alejó un poco de mí y salió de la sala de baño. Entonces, me fijé que en esa habitación había una ventana sin cortinas. Caminé hacia ella y miré al exterior. Vi a una mujer vestida de blanco. Era un vestido vaporoso. Me hizo recordar las películas de época. Estaba de pie, mirándome. Pero su cara estaba quemada, deformada. No podía distinguir bien el contorno de sus ojos ni sus rasgos. Era delgada y alta. No tenía pelo. El contorno de su cabeza parecía desdibujado, borroso. Estaba como a quince metros de distancia de la casa.

Dio varios pasos hacia adelante. Se hallaba junto a una rosaleda, y de repente comenzó a correr en dirección a la casa, hacia mí. Levantó uno de sus brazos y me señaló. Sus manos y el resto de su cuerpo parecían intactos, pero su rostro era espantoso. La boca y la nariz eran un amasijo, una figura amorfa.

Se acercaba corriendo. Lancé una exclamación.

Cuando estuvo como a dos metros de distancia de la ventana, se evaporó.

Me dije que estaba perdiendo la cordura. ¡Ella no podía ser real! ¿Por qué me señalaba? ¿Me acusaba de algo?

En el fondo, sabía lo que me pasaba.

Mi historia familiar, lo que hizo mi padre, podía caer sobre mí como un designio. No quería aceptarlo, pero sabía que lo que ocurría tenía que ver conmigo. Me dolía pensar en eso y me había convencido a mí misma de que lo mejor era no abrir las heridas de mi pasado, pero todo lo que estaba ocurriendo parecía que me llevaba a hacerlo.

En ese momento, Anne volvió. Ni siquiera le dije lo que había visto. ¿Una mujer con el rostro quemado y desfigurado corría hacia mí y me señalaba? Anne podía tener la mente abierta, pero esto sería demasiado. Pensaría que había enloquecido.

—Listo. ¿Nos vamos? —me preguntó—. Los agentes que custodiarán la escena hasta que llegue el equipo forense están llegando —completó.

—Vamos entonces —le respondí.

Después, en un impulso, toqué su brazo. La detuve.

—Tengo que decirte algo, Anne —confesé.

Me miró sorprendida y, sin pensarlo, tocó la medalla de su cuello, otra vez.

—Desde hace un tiempo he querido dejar de ocultártelo. Desde niña tengo una capacidad superempática que me permite percibir cosas en las personas. Sus recuerdos, sus miedos. No es algo agradable, te lo aseguro. Al principio todo es muy confuso, y de repente las cosas comienzan a aclararse. Y esto, que no es un don y que muchas veces veo como un lastre, me permite llegar a conclusiones útiles. Me ha servido en mi trabajo como psicoterapeuta y también ahora como detective.

Hice silencio. Anne sonrió. Hizo un gesto difícil de descifrar, pero yo sentía que me libraba de un gran peso.

18

—Una vez salvaste mi vida. Y lo he pensado mucho. La única forma que tuviste de encontrarme cuando ya me sentía perdida era que tuvieras un don, algo especial. Ahora lo confirmas. Me preguntaba cuándo me verías como una persona confiable, tanto como para decírmelo.

Eso era lo especial que había en Anne, ella era capaz de aceptar las cosas tal como eran. Sobre todo cuando quería a las personas.

—No pretendo preguntarte cómo funciona esa capacidad que dices tener. Seguro no entendería ni la mitad. Soy una persona simple y hay algunas cosas que no me interesa conocer, porque me complicarían la existencia —dijo y volvió a sonreír.

—Gracias, Anne —le dije de corazón.

—Pero si me has dicho eso en este momento es porque algo más te preocupa… —agregó.

—Sí, Anne. Me preocupa esto —le dije y desabotoné mi blusa, lo suficiente para que pudiera ver la cicatriz en mi hombro.

Ahora se mostraba con total claridad. La serpiente y el árbol.

Anne agrandó los ojos y permaneció en silencio unos segundos. Luego me miró a la cara.

—Estás en peligro, Alexis. Esto… lo cambia todo.

—¿Qué cambia?

—El rumbo de la investigación. Debemos priorizar el estudio de los tatuajes y de esa imagen. También analizar si tienes algo que ver con Braun y con Hapgood. ¿Es que hay algo en tu pasado que tenga que ver con ellos? ¿Qué hacía tu padre? —me preguntó.

Me di cuenta de que tenía que continuar siendo sincera con ella.

—No lo sé, Anne. La persona más significativa para mí en mi infancia fue mi abuela Denisse. Ella me enseñó el valor del cariño, de la protección. No tengo gratos recuerdos de mi padre. Mi madre era una persona infeliz. Eso sí lo recuerdo. Y mi padre…

—¿Qué pasa con tu padre? —preguntó Anne con apremio.

—Él mató a mi madre —le respondí.

Era la primera vez que confesaba eso a alguien. Me embriagó un

sentimiento de muerte. Debí haber sentido lo mismo cuando a los cinco años llegué a casa y encontré a mi madre muerta. Mi cabeza había querido borrar eso de mi memoria, y lo había logrado hasta que se lo conté a Anne.

—Qué…

—Así es, Anne, mi padre, Kilian Carter, es un asesino. Y está preso por el crimen que cometió hace veintinueve años. Mató a Sophie Marian Majors cuando ella tenía veinticinco años. Sophie era mi madre…

PARTE III

1

Era una noche nublada del mes de noviembre, en 1945.

James estaba con ella en el bote. Nadie más.

Le había puesto una trampa al pedirle que bajara con él a la playa y le había golpeado la cabeza. Ahora se encontraban navegando en completa soledad.

Su marido había decidido matarla.

La razón era sencilla: se había enterado de la aventura de ella con Roddy. La había descubierto. Así todo quedaba despejado y encajaban las piezas. Ahora James era su enemigo y, cada uno en su puesto en ese bote, estaban ahí para enfrentarse. Ella se dio cuenta de que ese momento era el más sincero en la vida de ambos, el único en el cual estaban realmente solos.

«Ahora solo culminará mi destrucción completa, mi total exterminio. Siempre he sabido que estar con él, casarme con él, fue el peor error de mi vida. No sé cómo pude equivocarme tanto…», se dijo la mujer.

Pensó que él, desde siempre, la había condenado a la sumisión, al cautiverio, la había convertido en un ser servil. Pero ahora que se encontraba al borde de la muerte, estaba segura de que podía ser diferente. De una manera extraña, se sentía muy libre, ya que él también había decidido dejar de fingir.

—Mira las estrellas. Siempre te gustaron. Será la última vez que las verás. Las últimas veces son mucho mejores que las primeras. Sé cuánto odias las manchas de sangre, la dispersión y la violencia. No en vano te traté profesionalmente, y sabes que soy muy bueno en mi oficio —dijo James.

Luego quitó unas partículas de polvo imaginario del borde del bote, agitando grácilmente la mano sobre él con aire teatral.

—Nunca había conocido tanto a alguien a quien mataría. Lo que intento decirte es que he respetado tu horror a los desastres sangrientos, y por eso no saldrá ni una gota de sangre de tu interior, ni mancharás en absoluto esa blusa blanca que te queda tan hermosa.

James extendió el brazo y tocó con la punta de los dedos el borde

de la manga de la blusa que acababa de alabar.

—Al contrario, el agua entrará dentro de ti y te pondrás azul. Creo que es tu color preferido, pero para nada sangrarás. Siempre me dijiste que valorabas mi alta consideración de los gustos de los demás. Espero que esa amarra que he puesto en tus muñecas no esté muy ajustada. No queremos que te llenes de marcas ni de moretones molestos. Me he prometido eso. Te lanzaré al mar helado, pero por fuera te verás hermosa.

Ella callada, lo miró, y vio como sus ojos parecían dos pozos negros. Pensó que debía renunciar a su alocada imaginación ahora que era el final. Había sido una mujer nerviosa, de gran imaginación, según la describió su marido, que ahora se iba a convertir en su asesino. Intentó hablar, pero no pudo. Su lengua estaba dormida. Como en los sueños que de chica tenía.

—La muerte llega de noche… ¿Recuerdas la película? —preguntó él.

Aunque no quería, la recordó. Aunque quería devolver el tiempo y no entrar en aquel consultorio frente a la plaza, no pudo evitar recordar la sala de cine, su olor característico, la emoción de salir con Roddy, a quien había conocido una tarde que decidió ir al cine sola, y su amado, que entre toda la gente que en aquella sala se veía reducida a perfiles oscuros, era quien había llamado su atención. Y lo había hecho para siempre.

—No puedes quejarte, ya que te estoy ofreciendo una versión maravillosa de tu muerte, una puesta en escena bastante romántica. ¡Estás más blanca que un cadáver, amor! Y todavía no lo eres. Yo sabía que guardarías la compostura y que no te torcerías de una forma morbosa, ni te pondrías a llorar como una niña. Supongo que estarás de acuerdo conmigo en que esto no es una injusticia. Ya conoces los castigos recurrentes en la historia en relación con la infidelidad. Y eso, amor mío, es tan viejo como el mundo. Tú lo debes saber, porque la venganza y los celos son el tema favorito de las tragedias —le dijo.

Él se acercó nuevamente y le tomó la cara, apuntándola en su dirección. Ella sintió sus dedos blandos y calientes. Le acarició el rostro y le rozó la pestaña del ojo derecho. Después volvió a sentarse en la madera del bote, un poco más lejos. Eso fue un alivio para ella.

—Vislumbro tu asombro. Nunca pensaste que yo fuera esa clase de hombre, pero uno siempre guarda una «puerta trasera». Eso, para tu sorpresa, porque siempre te quejabas de que era un hombre muy predecible.

James encendió un puro que sacó del bolsillo de su abrigo. Lo disfrutaba con exageración.

Ella no podía creerlo, pero, a la vez, lo creía por completo. Una razón ambivalente se había despertado en su mente. Estaba conociendo la sombra oculta de su marido, quien, poseído por uno de los fantasmas más antiguos de la historia, los celos, estaba a punto de ahogarla. Lo había planeado muy bien, el viaje a ese lugar, su espléndida compañía. James era un hombre inteligente, mucho. Eso quizás era lo que a ella la había seducido estando tan joven.

James expulsó una bocanada de humo que se perdió en el aire, y que le entregó a ella el olor de la picadura, marchito y dulzón, mientras de fondo escuchaba el agua moverse. Sintió que el aire se acababa en sus pulmones y por primera vez el latido de su corazón era más fuerte que el ronquido de las olas. Se sintió mareada. Se dijo que, además de golpearla, James también la había narcotizado, tal vez con el vino.

—¿Sabes? Medité mucho el asunto cuando te descubrí aquella noche, cuando supe que venías de hacer el amor con él. Tu lejanía, tu indiferencia hacia mí, tu disimulo hizo que me decidiera… Si supieras cuánto me gustaste, cuánto me gustabas…

Continuó fumando, callado, mirando el agua oscura y la orilla, que a ratos mostraba luces entre la niebla. Al cabo de unos minutos, que pesaron centurias para ella, James continuó hablando.

—Desde aquel momento, hemos tenido lo que hubiese dicho mi padre, solo un «diálogo de besugos». No me gusta la debilidad, la estrechez, y eso significas para mí, porque estoy seguro de que hubieses terminado por abandonarme.

Terminó con el puro y lo tiró por la borda. Ahora parecía estar más cerca el momento en el cual la empujaría. La vería morir.

¿Con cuánto tiempo contaba ella? Cuánto tiempo para que todo terminara…

—Entonces decidí matarte. Tu problema, querida, es que nunca te gustaron los planes y siempre me acusaste de ser una máquina radical, diciendo «tienes a todo el mundo como una maquinación». Pero quien no se transforma en máquina tiene muchas probabilidades de terminar como lo has hecho tú aquí, subida en un bote en medio de un mar que detestas, a punto de ser asesinada por un conocido, y no cualquier conocido. ¿Cuántas mujeres han muerto a manos de sus maridos? Es una estadística que me gustaría conocer… —confesó James con sorna.

Ella comenzó a ver a la figura de su marido borrosa.

«No está mal que lo reduzca a una sombra, a un reducto oscuro tal como el hombre abominable que es. Un verdadero genio maligno con un buen disfraz que ha engañado a todos».

Eso se dijo. Sentía piedras dentro de su cabeza, como si algo la

estuviera hundiendo, aprisionándola desde arriba para que dejara de pensar. La misma sensación que experimentaba cuando los aviones despegaban. Era increíble que, siendo tan empática como era, poseyendo esa capacidad desde niña, no hubiese previsto que James Carter iba a asesinarla, dado que la odiaba lo suficiente como para hacerlo. Ahora contaba los segundos que la separaban del final de su vida, como si todo hubiese terminado para ella sin remedio. Tal vez prefería eso, de una vez.

Hizo uso de su imaginación. Era lo único que le quedaba. Ella estaría más viva que él, incluso estando muerta. Eso se dijo para darse ánimos, porque aún conservaba adentro una forma de oponérsele. Se sintió satisfecha de sí misma, como si en aquel momento hubiese logrado ser mucho más que James. Ahora eran enemigos claros, definidos, irreconciliables. Había querido contar con esa claridad trágica desde antes, pero siempre había cedido y nunca supo imponérsele. James nunca le había reconocido su facultad especial, su oscuridad, su valía… Al contrario, con un «exorcismo barato» sacado de los libros, del análisis de sus sueños y de las correctas maneras que maquinaba, había acabado con su magia.

Entonces, en ese momento, pensó en su pequeño, en Kilian. Contaba apenas con cinco años de edad… ¿Quién cuidaría de él cuando James la ahogara? Él era un pésimo padre, egoísta, incapaz de pensar en el niño.

Una lágrima se deslizó por su cara.

Los recuerdos de su hijo la golpeaban y la mecían como las olas es esos momentos finales. Pero una secuencia de visiones irrumpió en su mente, y apartó la imagen de su hijo. Veía a una niña que no conocía, pero que sentía que la amaba más que a nada. Ambas estaban mirando unas rosas, y ella le decía a la pequeña que debía confiar en sí misma, en su valía.

En ese instante, una gaviota se paró en el borde del bote e interrumpió la visión fugaz de la niña. Ella vio la blancura del animal. De repente otro pájaro oscuro, negrísimo, de mayor tamaño, se abalanzó sobre la gaviota. Ambos salieron volando y se perdieron en la oscuridad.

Escuchó un quejido y pudo ver como uno de los pájaros cayó al mar gracias a que la luna apareció por un segundo. Una pluma negra cayó a sus pies y ella se quedó observándola. Ya no quería ver la cara de James, pero podía imaginar sus ojos tras los lentes, como si su marido se hubiese convertido en un gran telescopio. Se dijo que debía dejar correr su imaginación en ese momento, al final de su vida.

—Ya ha llegado la hora de lanzarte al agua, querida. Me encargaré

de hacer creer a todos que has acabado con tu vida voluntariamente. ¿Quién pensaría que el buen doctor James Carter tendría algo que ver con la muerte de su inestable esposa? Nadie, por supuesto. Aunque debo confesarte que los vecinos que llevan adelante una especie de actividad religiosa en la casa contigua a la nuestra, por un momento, me hicieron pensar que debía desistir del plan de matarte. No sé de dónde vinieron, porque se suponía que la costa estaría sola en estos días. Son muy extraños. A ese lugar ahora lo hacen llamar «el santuario de la felicidad», y el líder es conocido como Hanot. No lo sé, la gente ya no encuentra en qué cosa creer para olvidar sus mediocres vidas. Todo el mundo necesita ser salvado… —dijo James Carter en un tono más bajo.

Entonces, ella se atrevió a mirar a James con un odio fulminante.

Era la primera vez que miraba así a alguien. A sus veinticinco años nunca había sentido algo tan exuberante, tan potente. Le gustó. Era lo más puro que se había desatado en ella, y era una lástima que le pasara al final. Fue cuando una gran vibración invadió el bote y, de repente, James perdió el control sobre él.

El bote comenzó a moverse en el agua en dirección a la orilla. Parecía que algo externo, que no sabía de dónde provenía, estuviese atrayéndolos a la playa.

Denisse miró a James otra vez. Nunca lo había visto así, tan indefenso. Él no comprendía lo que pasaba, se levantó y cayó en el suelo del bote debido al movimiento. Eso era maravilloso para ella. De alguna manera, pensó que el odio que sentía por primera vez estaba desatando aquello, y era eso lo que había tomado el control de la embarcación. Sabía que era imposible, pero no encontraba otra explicación. Como si todos esos años de matrimonio con alguien tan calculador como James le hubiese contaminado y ahora fuese una persona capaz de asesinar. Si sus manos no estuviesen atadas, si James no la hubiese maniatado ni subido al bote para asesinarla, ella hubiese sido la que habría acabado con su vida. Eso pensaba. Como si ahora una oscuridad poderosa, más grande aún que el desamor de él, estuviese de su parte y le hubiese dado mucho poder. Como si de ahora en adelante ella le perteneciera a esa clase de oscuridad.

Pudo ver a lo lejos, en la playa, a un grupo de personas. Solo podía ver sus siluetas. Eran al menos cinco. Parecían estarla esperando. Tuvo la convicción de que James iba a morir, pero ella no. Y también intuyó que esas personas iban a convertirse en su familia.

«La sed de venganza puede lograr cosas increíbles», dijo una voz dentro de su cabeza. Era su propia voz, pero ahora contenía algo distinto, un componente nuevo y excitante. Luego escuchó su propia

risa, muy adentro.

Denisse no decía ni una palabra y James se preguntaba con rabia qué diablos estaba pasando entre aquellas aguas.

• • •

El niño acompañaba a su padre mientras comía las ciruelas, sentado en el cenador. La idea de estar allí, apartados de todos, había sido de él. Los ciruelos estaban rebosantes y ofrecían sus provocadores frutos. La esposa del hombre se ausentó del cenador sin dar explicaciones. El niño la vio irse, pero no le importaba, porque él estaba acompañado de su padre. Este le ofreció una ciruela. El niño le sonrió y la agarró.

Luego el hombre comenzó a toser de una manera extraña, diferente, después de llevar algo a su boca. Se había atragantado. El niño nunca supo qué hacer. Intentó ayudarlo, gritó, lloró. Llamó a su madre, pero ella no le oyó. Dio golpes en el pecho del hombre mientras las lágrimas le corrían por el rostro.

Su padre murió rápidamente.

Antes de hacerlo, en plena agonía, le había agarrado con fuerza el debilucho brazo, haciéndole daño.

Daniel Braun quiso devolver los minutos y, de alguna manera, eso hizo. Tal como si no hubiese pasado nada. Se quedó muy quieto, sentado, casi sin respirar, porque hasta el movimiento que la respiración producía en su cuerpo era una nueva invitación al pasado, a la tragedia.

«¿Cuál tragedia, si nada había pasado?», decía esa voz en su cabeza.

Escuchaba a las hurracas graznar, reírse de él. Deseó con una fuerza infinita que su madre llegara. Porque ella era tan culpable como él. Incluso mucho más. Ella los había dejado solos.

Vio a un jardinero pasar a cierta distancia. Y un barquito a lo lejos, en el mar. Daniel quiso ser uno de los árboles que le rodeaban y se quedó callado; no podía relatar lo que había pasado, eso tan ridículo, tan extravagante, tan grotesco.

Cuando su madre volvió, Daniel notó que había cambiado sus ropas, su peinado, y que se había ido para arreglarse. «¿Solo para eso?», le había preguntado aquella voz misteriosa en su mente, recién emergida de su pensamiento infantil.

«Solo para eso has dejado a tu hijo solo, como si la belleza importara, como si lo superficial fuera mágico».

Daniel lloraba y explicaba a su madre la tragedia. Pero luego, esta parte sufriente fue quedando muda, apenada e inmóvil, como los

troncos que estaban entre el cenador y el agua.

Su madre gritó, preguntando qué había sucedido.

«Y además se atreve a gritarte», decía la voz poderosa en la cabeza de Daniel Braun.

«Ódiala, ódiala siempre, se lo merece, y no permitas que nunca más vuelva a ti con exigencias».

«Mira como dejó a tu padre morir por ir a arreglar su peinado; y cuando te enfrentas a los otros niños, ella no está allí para decirles lo especial que eres».

Eso escuchó Daniel que le decía la voz interior que lo alentaba.

Así, un impulso destructivo y discordante surgió dentro de él, con una forma brillante y definida, como el sol negro que lo acompañó cuando su padre tomó su brazo, como el calor sofocante de aquel lugar.

Su madre nunca más tuvo poder sobre Daniel y fue condenada al exilio, fuera de la tierra de sus buenos pareceres. Y con ella, todas las otras mujeres quedaron condenadas a la inferioridad. Por eso a Daniel le gustaba tanto el mundo religioso, lleno de hombres señalando a los dioses. La culpa desapareció con los días. Con el tiempo, la rabia se fortaleció como un parásito y se reprodujo muy dentro. Porque aparecieron «ellos» desde aquella tarde. Quienes lo hicieron un sujeto poderoso, omnipotente, educado y simpático. Un conocedor de lo espiritual y de la naturaleza humana que siempre deseaba estar cerca de lo sagrado.

Entonces, Daniel Braun comenzó a creerse un hombre por encima de todos, y a creer en la magia de los seres que lo habían elegido. Ellos, la noche de la muerte de su padre, le habían hecho comprender algo: la ira era la mejor consejera para una buena motivación. Luego supo que las voces en su cabeza tenían que provenir de ellos.

Era quienes reconocían su grandeza, lo acompañaban siempre en los discernimientos y le enviaban señales para que no olvidara que era especial. Señales que solo él sabía descifrar porque nadie más conocía esa religión que le había dado sentido a su vida. Nadie sabía que él era un elegido.

Luego fue a la Universidad de Topeka y allí se juntó a otros hombres y mujeres especiales. Fue cuando descubrió que el enemigo de la verdadera felicidad, y de Hanot, era Brais, a quien casi nunca nombraban; solo con sus iniciales B. T.

Porque Brais había tenido en su poder el péndulo y sabía educar a los pocos enemigos que tenía la oscuridad…

2

Anne hizo silencio. Me tomó de la mano y apretó.

—Querida…, debes haber sufrido mucho. No tenía idea…, pero eres la mejor detective que conozco. Me has salvado la vida, y sé que volverías a hacerlo. No se me ocurre alguien más digna de confianza que tú. Así que si hay algún loco que pretende castigarte por lo que hizo tu padre con tu madre, no le resultará tan sencillo. Ahora la pregunta es si Daniel Braun y Gideon Hapgood también…

—Mataron a alguien —completé, interrumpiéndola.

—Sí. Pero no debe ser así. Ya Rossy nos lo hubiese dicho —afirmó Anne.

En ese momento, una persona nos observaba desde fuera de la ventana del baño.

—Soy la agente Ferraris. Mi compañero y yo debemos resguardar la escena —explicó.

Anne le dijo algo y luego salimos de la casa de Hapgood.

De camino al coche, Anne me hizo una pregunta.

—¿Dónde está tu padre ahora?

—No lo sé. No he querido saberlo. Supongo que en la cárcel. Fue condenado a cadena perpetua.

—Entiendo —dijo Anne.

Era cierto. Lo entendía. Debió pensar que esa condena se basó en la naturaleza de su crimen. Estaba en lo correcto. Sin embargo, no me preguntó nada más con relación a mi padre.

—¿Te has sentido perseguida en estos días? —preguntó, cambiando el tema.

—No. No lo creo, Anne.

—Vamos a la oficina. Debemos encontrar el cuerpo de Gideon, si es que esa sangre le pertenece a él. Si no, puede que hayamos estado frente al asesino y que lo hayamos dejado escapar —dijo Anne, sorprendiéndome.

Pero entonces un nuevo razonamiento apareció en mi cabeza. Si mi padre había sido capaz de asesinar a mi madre de una forma que Anne adivinaba horrenda, lo suficiente para ser encarcelado de por vida,

Gideon también pudo asesinar a su hijo y luego hacerse ver desesperado. Comprendí que Anne había sacado esa conclusión por lo que yo acababa de decirle. Algunas veces necesitamos que alguien nos sacuda las ideas de la cabeza para ver las cosas con ojos nuevos. Era lo que le había pasado a Anne al contarle lo de mi padre.

—Es que, amparado en el dolor de la muerte de su hijo, pudo presentarse como la víctima perfecta, fuera de sospechas. ¿No lo ves? —preguntó.

—Sí —le respondí.

Además, le dije otra cosa.

—Comprendo que crees que debo hablar con mi padre.

—Es verdad. No podemos hablar con Daniel Braun porque está muerto, y no sé si encontraremos a Gideon. Así que solo nos queda tu padre, al menos considerando lo poco que sabemos. No tenemos consciencia de cuántas personas andan por allí con esa marca en el brazo. Ni siquiera sabemos cómo es que aparece.

Anne continuaba hablando, pero yo no le ponía atención. La sola idea de volver a ver a mi padre me producía náuseas. No pude contenerme. Tuve que vomitar, y logré apenas apartarme un poco para hacerlo. Había recordado el cuerpo de mi madre lleno de sangre y sus manos amputadas. Esa imagen había estado encerrada en mi subconsciente durante muchos años. Pero haber mencionado su nombre, Kilian Carter, había abierto las puertas de un nuevo infierno para mí.

3

Anne me puso la mano sobre la espalda. La movió en señal de caricia cuando terminé de expulsar todo el contenido de mi estómago.

Entonces tuve una visión. Vi las manos de una persona abrir un libro. Había algo escrito en la página. Era una especie de secuencias de símbolos, parecía una escritura ideográfica.

La persona, con el dedo índice, señalaba uno de los símbolos y luego recorría la secuencia como si estuviese leyendo. En su mente apareció una frase: «Santuario de la felicidad, Hanot».

¿Qué significa eso?

¿Por qué lo había visto al tener contacto con Anne?

La imagen desapareció. Miré a Anne.

—¿Te pasa algo? —me preguntó con el entrecejo fruncido.

—No es nada —le dije.

Pensé en Ender, en la capitana Malick, en el comandante Price. Todos ellos habían tenido contacto con Anne en las últimas horas. También conmigo, pero yo, hasta ese momento, estaba en blanco. Ahora parecía que comenzaba a percibir de nuevo algunas cosas.

En ese momento, el móvil de Anne sonó. Lo tomó y escuchó. Su expresión no era buena.

—Tengo una emergencia. Mi hijo menor se ha encerrado en alguna parte en su colegio. Sabía que no era buena idea que fuese hoy, pero como la zona está muy lejos del paso del tornado, pensamos, su padre y yo, que era mejor que continuara su vida con normalidad. Además, la escuela insistió en que los niños asistieran. Y ahora parece que está alterado y no quiere salir de su escondite. Ha pedido que vaya a buscarle y los maestros no quieren forzarlo. Lo siento, Alexis, pero debo atender esto. Solo será un momento.

—No hay problema, Anne. Ve. Iré al Departamento —le mentí.

—¿Por qué no me acompañas? —me preguntó.

Supe que temía por mí.

—Estaré bien, Anne. Tú misma has dicho que no debemos perder tiempo. Es mejor que resuelvas lo del chico y luego nos vemos en la oficina —insistí.

Anne accedió sin mucho convencimiento. Tomó el coche y se fue, veloz.

Yo me quedé detenida, mirando su partida.

Entonces, me dirigí a la zona boscosa tras la casa de Hapgood. Si mis capacidades estaban volviendo, debía seguir la pista de la mujer que me señaló. Por algo la había visto. Debían ser recuerdos en mi cabeza. Cosas en el subconsciente que aparecían en esa forma. Yo sabía, por mi formación, que en momentos críticos podían emerger algunas cosas olvidadas en forma vívida, casi como alucinaciones.

Caminé hasta el lugar, más o menos, donde creía verla. Me di la vuelta y miré la ventana del baño de la casa de Hapgood. La vi allí adentro. Mirándome desde el cuarto de baño. Pero ahora no era una mujer con el rostro desfigurado. Era mi abuela Denisse.

Alguien me llamó.

Volteé, y junto al tronco de un árbol, estaba ella.

Me mostraba un pequeño péndulo.

4

—Pretendía esperar a que vinieras a casa, pero ya no es posible —dijo con un tono de voz grave. De repente, me pareció más joven. Como llena de una nueva vitalidad.

—¿De qué estás hablando, Wendy? —le pregunté—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque estás en peligro. Vas a tener que confiar en mí y venir conmigo a casa. Allí estaremos seguras —me dijo y miró hacia atrás, y luego a uno y otro lado.

—¿Qué es eso que llevas entre las manos? —pregunté.

Mi tono de voz también había adquirido gravedad. No sabía si confiar en ella.

—Es un péndulo. Percibo que la has recordado, a tu abuela Denisse —me dijo.

No comprendí cómo podía saber eso. Pensé que tal vez ni siquiera estaba allí en realidad.

—Soy como tú. Percibo cosas. Aprendí a domesticar mi capacidad con él, con Brais. Y somos los únicos que quedamos para hacer frente a la destrucción, a la oscuridad. Pero tú has estado cerca de ellos, de uno de los reclutados. Por eso tu empatía está anulada, o casi anulada. Yo puedo ayudarte si vienes a casa.

Tuve que tomar una decisión. Ahora estaba segura de que Wendy Tandy estaba allí en realidad. Era de carne y hueso, y no solo algo en mi cabeza.

—Está bien —le respondí.

Ella inspiró profundo y me sonrió. Guardó el péndulo en el anillo que antes había visto en sus manos, cuando estuvo en casa.

—Buena chica, Alexandrina. Denisse tenía razón. Todo valdrá la pena.

Caminé en dirección hacia ella.

—Salgamos por aquí. Hay un camino que pocas personas conocen. Va a dar a la calle Milwaukee. Allí estacioné mi coche.

La seguí.

Iba detrás de ella y pude ver que caminaba con destreza. Comenzó

a nevar, pero Wendy continuaba sin inmutarse.

Cuando llegamos a donde había estacionado el coche, frente a una pequeña plaza solitaria, se detuvo y me miró.

—No deberías resistirte —me dijo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—A lo de Sebastian Hausmann. Algo muy fuerte te une a él y solo estás posponiendo lo que es irremediable.

—¿Cómo puedes saber eso? —pregunté sin pensar, pero al terminar de decirlo me respondí a mí misma. La única forma de que alguien diferente a mí conociera mi atracción por Sebastian era que fuera empática, como yo.

Continué caminando en dirección a ocupar el puesto del copiloto.

—Si ella, Denisse, le hubiese hecho caso a Roddy, no habría pertenecido a la oscuridad, porque la oscuridad se aprovecha de lo que las personas contienen, de lo que reprimen… —me dijo.

Me detuve en seco.

—Mi abuela no pertenecía a…

—¡Sí perteneció a la oscuridad! —me interrumpió—. Fue la encargada de mi asesinato, porque ella también necesitaba que alguien la salvara de su esposo —me dijo, y noté que era presa de una emoción desagradable. Pude verlo en sus ojos. Uno de ellos brillaba.

Mi móvil sonó. Un mensaje acababa de llegar. Era de Anne.

«Con lo de Gideon Hapgood olvidé decirte que antes de dirigirme al Departamento Forense conocí a la vecina de Inger Braun. Tiene los ojos bastante singulares. No me pareció que su cabeza funcionara muy bien. Deberíamos investigarla un poco. Voy llegando al colegio. Te llamo luego».

Entonces lo que vi cuando Anne acarició mi espalda tomó otro sentido.

Wendy tenía que haberme mentido sobre mi abuela. Una persona como ella no podría pertenecer a la oscuridad, y mucho menos ser una asesina.

Era ella, Wendy Tandy, quien debía ser la reclutada de la oscuridad. Y como lo había presentido antes en la oficina de Anne, estaba muy cerca de mí.

5

—Puedo ver tus dudas. Desconfías de mí, y no te culpo. A nadie le gusta que le digan cosas que nublen la imagen que tenemos de las personas que queremos.

Hizo una pausa y luego un gesto de seriedad. Después continuó.

—Vayamos a casa. Tengo muchas cosas que explicarte. Además, debo sacarte de aquí. Este lugar está contaminado. La oscuridad está haciendo bien su trabajo, cercándonos. Si no, ¿por qué crees que existe esa niebla en tu cabeza? —preguntó.

No sabía si confiar en ella o no hacerlo, pero decidí acompañarla. Si era miembro de la oscuridad, al menos ir con ella me haría avanzar, conocerla mejor. Si la evitaba, continuaría sintiéndome inmóvil, inútil y en blanco, tal como estaba desde hacía muchas horas.

Wendy pareció leer mis pensamientos y dibujó una breve sonrisa de satisfacción.

Subimos a su coche, un Ford Escort color ladrillo, y su interior olía a una fragancia agradable, como a flor de naranjo. Nos mantuvimos en silencio durante todo el trayecto.

Se me hicieron pesados los minutos, largos. Necesitaba saber más de mi abuela y de mi papel en todo esto. Sentía como si la oscuridad y yo estuviésemos conectadas desde tiempo atrás. De hecho, eso era lo que me transmitía la marca en mi brazo. Yo sería una víctima. No tenía dudas, pero al menos quería saber por qué. Intenté recordar a mi abuela, su casa, sus rosas, sus palabras. Algo que me orientara, y no podía creer que en realidad hubiese sido parte de algo macabro. Fue la primera vez que me pregunté con seriedad qué hacía a las personas pertenecer a la oscuridad. Tal vez fuera para vincularse a algo diferente. Mi abuela nunca me habló de mi abuelo James, era como si nunca hubiese existido para ella. ¿Y quién era el tal Roddy que mencionó Wendy y que comparó con Sebastian?

Inspiré profundo y miré por la ventanilla.

Allí estaba yo, haciéndome preguntas sobre mi vida, en medio de una ciudad que parecía querer recobrar algo de normalidad, pero muy lejos de conseguirlo. Y yo, en vez de concentrarme en el caso del

asesino de Braun y Hapgood, me miraba a mí misma…

—Llegamos por fin —dijo Wendy una vez que detuvo el Escort frente a su casa. En ese momento, el cielo se nubló y la noche pareció anticiparse. Eran las seis de la tarde. Recuerdo que miré la hora en mi móvil y luego lo guardé en el bolsillo de mi abrigo.

Nos bajamos del coche y caminamos por el sendero sinuoso que conducía a la puerta de entrada de su casa. Esta vez miré el exterior de la casa con más detalle. Sentí un olor muy fuerte a eucalipto y también un picor en el cuello. Fue muy breve pero intenso. La piel de mi cara estaba helada y mis ojos comenzaron a expulsar lágrimas.

—Hace mucho frío —dijo Wendy.

Sin embargo, su abrigo estaba desabrochado y su cuello no estaba cubierto. Entonces, me fije en él.

Una alarma se encendió en mi cabeza.

6

¡Ni una sola arruga!

¿Cómo era posible?

Algo que había leído hacía poco tiempo intentó volver a mi cabeza, pero sin lograrlo. Eran palabras poco usuales que había leído. ¡Lo tenía! ¡Las áreas de pericia de Gideon Hapgood! «Unos fitonutrientes y la posibilidad de evitar el envejecimiento de las células…»; «regeneración y activación genética»; «senescencia celular»; «supersustancias».

Miré sus manos. Tampoco parecían las de una mujer mayor.

—¿Conoces a Gideon Hapgood? —le pregunté de inmediato.

—Sí. Él también se equivocó.

Fue su críptica respuesta.

Llegamos hasta la puerta. Abrió y me invitó a pasar. Lo hice. Ella también entró y cerró con seguro. Puso la mano abierta sobre el madero luego de pasar el cerrojo, y el gran anillo que llevaba en el dedo medio brilló.

Aguardé.

—Vamos a la salita. Por ahora, en casa estaremos protegidas. Prepararé café o té. Lo que prefieras —me dijo.

Fue cuando me di cuenta de que hasta ese momento había estado tensa, alerta. Si ella fuese miembro de la oscuridad, no hubiese sido así. Tenía que ser su enemiga, y por eso en realidad se había calmado, porque, según ella, dentro de su casa estábamos a salvo. Ese alivio que percibí en Wendy era la prueba de que no era mi enemiga. ¿Eso significaba que debía creer que mi abuela había pertenecido a la oscuridad…?

—Quiero saber toda la verdad sobre ella, sobre Denisse —exclamé.

Wendy levantó sus manos y las llevó a su cara, tapó sus labios con ambas manos. Sus ojos se tornaron vidriosos. Luego de unos segundos, apartó las manos y dejó su rostro desnudo.

—Lo sé, Alexandrina. Esto es duro para mí. Pero no tengo más opción que revelar el pasado de Denisse para que puedas comprender. No se puede enfrentar a la oscuridad si nos guardamos secretos entre

nosotros. Hace poco tiempo leí algo que es una gran verdad: «Es cierto que necesitas confiar en tu propia fuerza, pero también es cierto que saber en quién confiar es parte de la fuerza». Y tú has decidido confiar en mí. Eso es un duro golpe para ellos. Se fortalecen con nuestras dudas, con nuestra desconfianza y extravío.

—Sé a lo que te refieres —respondí con voz muy baja.

De repente me sentí como en casa. Como si Wendy fuese mi abuela. Una restauradora sensación me invadió, parecida a la plenitud, a un instante de felicidad pura.

Ella me sonrió y su rostro me llenó de una emoción aún mayor, de las más puras, de ternura. No pude hacer otra cosa, y sin pensarlo, la abracé. Lloré.

Me hacía falta.

Ni siquiera cuando Devin murió lo hice de esa manera.

7

Unos minutos después de nuestro abrazo, nos dirigimos a la salita. Me senté en un pequeño sofá y esperé a que Wendy preparara café. Al poco tiempo, trajo en una bandeja de plata dos tazas humeantes. Me pareció que se tardó un poco más de lo debido. Entonces se sentó a mi lado, me ofreció una de las tazas y tomó para ella la otra. Me dijo algo que no comprendí. Algo como que bajo un árbol solitario siempre había esperanza, más aún si se trataba de un triste ciprés.

Después me contó sobre mi abuela. Me dijo que se había casado muy joven con un hombre llamado James Carter. Le llevaba más de veinte años de edad y era un reconocido psiquiatra de Nueva York. Era un ser detestable, controlador. Se había obsesionado con mi abuela desde la primera vez que ella cruzó la puerta de su consultorio con una crisis de ansiedad. Fue su paciente, y luego su prometida. Todo el mundo tenía una buena opinión de James Carter porque nadie lo conocía realmente. Tuvieron un hijo, mi padre. Mi abuela tuvo un amante, un hombre llamado Roddy, y James descubrió la relación. Quería asesinarla, y casi lo logra una noche. Pero un grupo de la oscuridad estaba en ese lugar y evitó la muerte de Denisse. No era casualidad que estuviesen allí. Querían captarla porque habían detectado su poder. Luego se convirtieron en su familia.

Comprendí a mi abuela y dejé de juzgarla a medida que las palabras salían de la boca de Wendy. Ella también la amaba. Podía sentirlo.

—Denisse, aquella noche de 1945, en medio del mar se convirtió a la oscuridad porque ellos la salvaron de James. Le mostraron el poder del odio. Había estado sometida a la mente de un hombre terrible que la disminuía, la anulaba. Pero ella era rebelde y él nunca pudo convertirla en su víctima perfecta. Eso era lo que deseaba. Denisse era algo inestable, sin embargo, en ella había mucha vida, mucha imaginación. Era capaz de una enorme valentía. Fue la mujer más valiente que jamás conocí. Por eso se enfrentó a Hanot…

—¿Quién es Hanot? —pregunté con temor. Mi voz sonó quebrada. Presentía que era alguien poderoso.

—Creo que ya lo sabes. Es eterno, inmortal. Está detrás de todo desde el principio. Se ha buscado las maneras de ser importante y de permanecer oculto.

—¿Cómo se enfrentó Denisse a Hanot? —interrogué, aunque no comprendía muy bien quién o qué era en realidad Hanot. Tal vez no quería comprenderlo por temor.

—De la única manera en la que se le puede enfrentar. Movido por un sentimiento más fuerte que el miedo, o la rabia, o la sed de venganza, o la culpa y la ambición. Estas son las medidas de Hanot. Tú has visto la representación medieval, la que nos recuerda al *Hombre de Vitruvio*. En las escrituras que agruparon la doctrina de la oscuridad se establecieron las medidas del hombre, representado como un ser capaz de temer, de odiar, de vengarse, de culparse y de ambicionar. Esas características son las que aprovecha la oscuridad para ganar aliados. Los mejores para ellos son los movidos por dos de esas grandes fuerzas, no solo por una. Cuando dos de ellas se funden, se hacen implacables. En el caso de Denisse, fueron la sed de venganza y la rabia que produjeron su odio. Y sé que en el caso del asesino que mató a Inger y al chico Hapgood son la culpa y la ambición. Estoy segura. Mi péndulo me lo ha mostrado. Me ha ayudado a leer mis visiones y a otorgarles el correcto significado.

Yo escuchaba a Wendy y me surgían muchas preguntas. Se me mezclaban unas con otras.

—¿Qué es ese péndulo? ¿Cómo lo obtuviste? ¿Por qué mi abuela debía asesinarte?

—Te entiendo, hija. Debes tener la cabeza hecha un torbellino —dijo al tiempo en que volvía a tomar su taza de café y bebía su contenido. Yo ni siquiera había probado la mía.

—Porque era yo la aprendiza de Brais, aquel que se declaró enemigo de la oscuridad, y era la más aventajada. Tenía quince años cuando Denisse me encontró. Puso la hoja afilada sobre mi cuello; iba a cortarlo, pero desistió. No pudo hacerlo. Esa fue su primera misión y falló. Ya había enviado a Kilian a vivir lejos. No quería verlo mezclado en las cosas de la oscuridad, y acordó con la oscuridad que dejaran al chico lejos de todo. Cuando no pudo matarme, les hizo creer que me había asesinado, y me ayudó a ocultarme bien. Denisse era muy convincente cuando se lo proponía. Tenía mucha fuerza, y esta, en realidad, se liberó aún más cuando James murió. Ellos, la oscuridad, lo mataron la noche en que casi la asesina. Pero a Denisse no la movía realmente el odio a James, sino el amor por Kilian. Y luego por ti. Me dijo que cuando estuvo a punto de morir en el bote en manos de James, tuvo una visión. Eras tú. Sin saberlo, le diste fuerzas para no

desesperarse. Este tipo de imaginación tan potente y predictiva que trasciende el tiempo y la distancia jamás la tendrá la oscuridad. En cambio, nosotros sí. Es casi lo único que tenemos. La imaginación clara y pendular entre dos puntos de entusiasmo, que transitan cuando hay confianza.

—¿Dices que eso significa ese péndulo que llevas en el anillo? ¿El ritmo de la confianza? —pregunté sin pensarlo.

Era como si las palabras salieran solas de mi boca.

—Veo que lo has comprendido de inmediato. El péndulo me ayuda a aclarar las ideas, las visiones. Muchas veces, como sabes, son confusas. El movimiento del péndulo de Brais ayuda a ver materialmente el movimiento de la confianza que nos mueve, ayuda a despejar la mente. Lo miras y te concentras, y gracias a ese vaivén logras niveles extra de atención y comprensión; muchas veces obtienes mayor claridad. No es magia, es disposición. Ellos también tienen un péndulo. El de ellos les ayuda a concentrarse y recrearse en esas emociones o sentimientos fatales que te mencioné, y el tránsito que dibuja su péndulo es siempre el odio, la furia. Para nosotros es la luz, la confianza. Tienes que aprender a emplear el péndulo para que puedas tener más claridad en tu cabeza. Pero sé que lo harás. Denisse decía que eras especial, y ahora sé que lo eres, hija mía…

Noté que en ese momento no llevaba el anillo con el péndulo. Supuse que lo había dejado en algún lugar de la cocina. También me di cuenta de que sus manos y su cuello mostraban arrugas. Comprendí que, en medio del caos que había en mi cabeza, fui capaz de ver esas partes de su cuerpo como no eran en realidad. Esperaba que esa fusión entre realidad y fantasía que me había jugado malas pasadas las últimas horas desapareciera de una vez.

—Últimamente veo como si fueran reales cosas que no están allí —confesé.

—Es por la cercanía con una acción de la oscuridad. Eso también me ha pasado alguna vez, y a Denisse le pasaba al final. Es como si se te superpusieran las visiones sobre los planos de la realidad, de lo material. Pero ya pasará… —afirmó.

—¿Quién es Brais? —le pregunté.

—Quien siempre se ha opuesto a Hanot —me respondió.

Entonces sucedió algo. Algo que la hizo callar.

8

Debió haber tenido una visión en ese instante.

Me di cuenta de que su mano izquierda se aferraba con fuerza del apoyabrazos del sofá. Ejercía presión, veía su mano temblar. Algo estaba apareciendo en su cabeza, y era algo terrible.

—Creo que debes irte, Alexis. Luego seguiremos hablando —me dijo con determinación. Su voz había cambiado de tono. Casi me pareció que estaba asustada—. Perdona por no llevarte. ¿Podrás irte por tu cuenta?

Asentí.

Pensé en insistir en que continuara hablándome, pero desistí. Parecía decidida. No deseaba que estuviera allí con ella, y debía tener sus razones.

Me acompañó a la puerta. Cuando estaba a punto de cruzarla, me volví.

—Hay algo que te preocupa. Es algo que pensaste de pronto —le dije.

—Es un impostor. No es quien dice ser. Está muy cerca y es muy hábil. Lo mueve un gran sentimiento de ambición, pero también hay culpa. Lo sé. Es implacable. Frío como una serpiente. Tú tienes la clave. Solo debes pensarlo bien.

Sabía que hablaba de quien cometía los asesinatos.

Después de decir eso, me besó en la frente. Igual a como lo hacía mi abuela. Era como si a través de ese beso me transmitiera todos los buenos deseos condensados de las dos. Como si, de alguna forma que no comprendía, Wendy estuviese dispuesta a hacer cualquier cosa por mí.

—Gracias, Wendy —dije.

—Esperé por ti. Se lo prometí a Denisse. Y por fin has llegado a mi puerta —me respondió.

Algo sonó en el piso. Eran unos pasos rápidos. Dorinda llegó hasta los pies de Wendy y se detuvo. Miró hacia arriba y maulló.

Salí de la casa y, de camino a la calle, intenté grabar en mi memoria cada una de las palabras que Wendy había dicho. Presentí

que eran importantes para resolver el caso, aunque en ese momento no comprendiera por qué.

El olor a eucalipto había desaparecido.

9

Llegué a la oficina veinte minutos después.

Me esperaba la jefa Tonny. Quería saber los avances de la investigación. La información me la dio Juliet.

Subí a su despacho.

Tuve que admitir que estábamos perdidas y que solo contábamos con personas de interés y no había ningún sospechoso en firme. En las escenas no hallamos nada de qué tirar y Gideon continuaba desaparecido.

—Esperemos el informe preliminar del equipo forense que fue a su casa —sugirió la jefa.

Me despedí de ella y fui a mi oficina. Enseguida llegó Rossy a buscarme.

—Creo que he encontrado algo interesante. Daniel Braun estudió en la Universidad de Topeka. Estuve investigando su pasado estudiantil. Parece que formaba parte de un grupo algo selecto. En alguno de los lugares de la red les llamaban «los vigilantes». Eso en forma despectiva, ya que nadie comprendía muy bien lo que hacían, qué los agrupaba, pero se la pasaban observando a los otros. No hay nada formal sobre ese grupo, pero siempre Braun se hallaba junto con las mismas personas en todas las fotos que he encontrado de él. Te lo digo porque Anne me pidió que investigara si Braun había pertenecido a una secta o algo parecido, siguiendo la idea que expresaste en su oficina más temprano. Lo de los primogénitos…

—Sí, Rossy. Lo sé. ¿Quiénes eran esas otras personas que aparecen con él?

—Eso es lo extraño. He sometido sus rostros a identificación facial y lo he comparado con el registro de estudiantes de la Universidad de Topeka y no hay coincidencias.

—¿No tenemos idea de sus identidades? —pregunté en un tono de voz más alto.

—No —respondió.

—¿Podrías enviarme esas imágenes? —le pedí.

—Ahora mismo. ¿De verdad crees que se trata de una secta

satánica o algo parecido? ¿Que el asesino está matando a los hijos de sus miembros? —preguntó.

—Tenemos poca información ahora, Rossy, pero es muy importante que continúes con esa línea de investigación del pasado de Braun. También de Gideon Hapgood.

—En relación con Hapgood, no he encontrado nada que sugiera que haya pertenecido a algún grupo de este tipo. Pero seguiré investigando.

—Gracias —le dije.

En ese momento, Juliet llamó a la puerta. Le pedí que entrara. Noté que Rossy endureció la expresión de su rostro al verla. Juliet llevaba entre las manos una carpeta.

—Rossy, tu novio ha llamado. Ha dicho que ha intentado comunicarse contigo al móvil, pero que salta la contestadora. Solo ha dejado un mensaje para que te lo diéramos. Quería que supieras que te espera en casa temprano, tal como acordaste. Me ofrecí a darte el mensaje porque venía para acá y te vi tomar esta dirección —se justificó.

La forma en que Juliet mencionó alguna de las palabras me llamó la atención. «Temprano» e «intentado». Pero la que estaba más cargada de significado era la palabra «novio». Supe que había algo entre ellas dos, un roce importante.

—Gracias, Juliet —se limitó a decir Rossy al tiempo en que caminaba para salir de mi oficina.

Cuando nos dejó solas, Juliet me miró.

Creo que se sintió descubierta, que notó que su rostro había mostrado el desagrado que se había apoderado de ella. Se vio en la necesidad de explicarse.

—No entiendo esa compulsión de algunas personas de establecer relaciones a través de una pantalla y luego comportarse de forma tan tradicional, como lo harían sus madres o sus abuelas. Son modernas para unas cosas y no para otras. Hace poco ni siquiera sabía su nombre, solo lo llamaba «Busy», y ahora fingen ser tal para cual… —criticó.

Noté la amargura en sus palabras. Juliet estaba afectada por algo. Era evidente. Me parecieron celos. Yo sabía que ella alguna vez estuvo enamorada de un asesino. En realidad, de las personas que conocía del Departamento, Juliet era la más hermética en cuanto a sus sentimientos; y por eso, aquella expresión de hastío, de envidia de la felicidad de Rossy me extrañó. No era normal que Juliet ventilara sus pareceres, y mucho menos las cosas que la afectaban.

—Te he traído el informe preliminar de la escena de la casa de

Gideon Hapgood y los informes detallados de las autopsias completas de Inger Braun y Natan Hapgood. La jefa Tonny me encargó que te los diera en persona.

Una vez que dijo eso, se acercó más y me extendió la carpeta que traía en las manos. La tomé. Pensé que experimentaría algo de la carga emotiva que había manifestado, pero no lo hice.

En ese momento, mi móvil, que se encontraba sobre el escritorio, vibró.

Me anunciaba la llegada de un mensaje.

Tomé la carpeta de las manos de Juliet y la puse junto al teléfono interno. Luego agarré el móvil y abrí un correo que acababa de enviar Rossy.

Había una fotografía, en la cual reconocí una cara.

Sentí un frío de muerte.

10

—¿Estás bien, Alexis? —me preguntó Juliet. Su voz la escuché lejana, como si estuviese separada de ella por miles de kilómetros.

Era mi padre, quien estaba junto con Daniel Braun. No tenía dudas. De entre los recuerdos subconscientes que guardaba de niña, de muy pequeña, emergió esa forma de las cejas, de la frente y la particular forma de sus orejas, grandes y un poco puntiagudas. ¡Entonces por eso yo estaba sentenciada! ¡Porque él también había formado parte de la oscuridad!

—Sí. Estoy bien —respondí—. Es solo que me duele un poco la cabeza —me justifiqué.

—No es para menos. Con todo lo que ha pasado en esta ciudad. Aunque pretendamos que podremos sobreponernos y que las cosas volverán a ser como antes. Yo no lo creo así. Yo también me he sentido mal… —confesó. Luego salió de la oficina con su acostumbrado caminar rápido.

Afortunadamente, en ese momento llegó Anne.

Necesitaba contar lo de mi padre a alguien, y Anne era esa persona.

Noté que sus ojos continuaban enrojecidos, y ahora también su nariz. Dijo algo del frío en las calles. Bajó la capucha de su impermeable. Me di cuenta de que sus labios estaban resecos, agrietados. Incluso pude ver un hilito de sangre en ellos.

Esperé a que se sentara frente a mí para decirle lo de mi padre. Se preocupó. Luego tomó el control de ella esa parte objetiva y resolutiva que yo conocía.

—Debemos verlo, Alexis. Voy a investigar dónde está, en cuál penitenciaría, y lo visitaremos. Estaré contigo si lo deseas —concluyó.

Nadie era más confiable que Anne Ashton. Valía oro para mí.

—Sé que tienes razón —le respondí.

—Parecemos novatas en esta investigación —dijo con exasperación —. ¡Ni una sola pista hemos conseguido en las escenas ni en las casas de las víctimas! Y desperdiciamos la oportunidad que tuvimos de hablar con Gideon. Solo nos queda tu padre —completó.

El teléfono de la oficina sonó en ese momento.

Lo tomé y escuché la voz de una de las oficiales que trabajaban en la recepción. Me dijo algo que me resultó extraordinario. Dejé el aparato en su lugar cuando terminé la conversación.

—¿Qué…? —comenzó a preguntar Anne y luego calló.

—Logan Callen nos espera en la sala de visitas. Dice que debe comunicarnos algo muy importante.

11

—Bien, señor Callen. Díganos qué le ha traído hasta aquí —dijo Anne.

Nos hallábamos en la salita de entrevistas más cercana a la puerta de salida. También la más fría. Nos acomodamos en torno a una mesa circular que habían dispuesto en el medio de la habitación.

Logan me miraba con mucho interés. Algo en sus ojos me dijo que su patología estaba muy lejos de haberse curado. Llevaba puesta una corbata azul, cuyo nudo estaba torcido, y una pequeña mancha marrón ensuciaba el cuello de su camisa blanca. Jamás pensé ver a Logan Callen vestido de esa manera. Era más al estilo de Ender; informal, deportivo.

—Hace mucho tiempo que no hablamos. ¿Verdad, Alexis? ¡Oh…!, perdón, detective Carter… —exclamó.

Segundos antes, cuando estreché su mano, no experimenté nada y mi mente tampoco me mostró ninguna imagen.

Lo que sabía de Callen lo sabía porque había sido mi paciente. Era un hombre capaz de obsesionarse de una manera enferma con otro ser humano. Así lo hizo con su vecina, a tal punto que imaginó que se casaría con ella.

Solía ser muy limpio. Por eso, la mancha en su camisa y el nudo de la corbata me parecieron —de alguna manera— siniestros, y me indicaron que su patología podía haber aumentado hasta el punto de hacerle olvidar su aspecto personal. Como si una nueva obsesión hubiese alimentado su vida. Pero no era solo eso, aquel cambio de vestimenta me pareció irreal, como si estuviese actuando, desarrollando un papel.

—He venido hasta aquí porque tengo que contarles lo sucedido en la Academia. Price me ha brindado mucha confianza; lo conozco y sé que está muy preocupado. Creo que ya saben lo de la pinta en el muro exterior, pero no ha sido solo eso. En la red hay algo más. Un usuario, a quien no he podido identificar, ha compartido ideas algo perturbadoras.

—¿Cuáles ideas? —intervine.

—Puede verla por sí misma, detective Carter. No me gustaba la

entonación que daba cada vez que decía «detective Carter».

Acto seguido, tomó su móvil y lo manipuló durante unos segundos. Luego lo extendió y lo puso sobre la mesa para que Anne y yo lo viéramos. Cuando tomé el aparato, percibí lo que estaba sintiendo Logan: satisfacción. Estaba disfrutando lo que sucedía. Lo hacía sentir importante.

Miré la pantalla. Y leí:

«Ya está hecho. Todo acabará. Ha llegado la hora. Los pájaros están tan ciegos como nosotros. Lo de la 70.a Academia de Entrenamiento de Vuelo en Wichita es solo el principio».

Mostré el móvil a Anne.

No me pareció tan relevante lo que habían escrito en la red. Con un poco de información de la prensa amarillista y algo de imaginación, cualquiera pudo haberlo escrito.

—Hoy mismo han colgado una foto, que es la que me hizo decidir venir aquí —completó Callen.

En ese momento, tocó el nudo de su corbata y lo enderezó.

Buscó la imagen y la mostró.

Se trataba de una copa, un cáliz dorado con figuras grabadas. Creí ver una cabeza de un dragón o tal vez fuese una serpiente. No se veía claramente porque la copa estaba manchada de sangre.

12

—Es preciso que brinde esta información a Rossy García, nuestra analista de redes —comenzó a decir Anne, mientras, yo miraba la fotografía a la que Logan aludía.

Mis sospechas eran ciertas.

Quien había cometido los asesinatos tomaba la sangre de las víctimas. De repente, un ruido metálico inundó mi cabeza. Era como si miles de campanas sonaran junto a mis oídos; resultó inaguantable. Logré soportarlo porque solo duró un par de segundos. ¿Por qué campanas? Tenía la impresión de que no era la primera vez que las oía, pero no lo recordaba bien.

—¿Ha sucedido algo con unas campanas en la 70.a Academia de Entrenamiento de Vuelo en Wichita? —pregunté.

—¿Campanas? —preguntó Logan entre sorprendido y divertido.

Anne me miró en silencio.

—No sé cómo lo has sabido. Alfred, el comandante Price, ha entregado a los pilotos Allan, Bruce, Cameron, Douglas y Ferguson cinco campanas pequeñas, grabadas con el escudo de la institución. Ellos continúan hospitalizados. Con todo lo sucedido en la ciudad, Alfred cree que podría haber cortes de energía eléctrica, y por eso se las ha dado, para que puedan llamar al personal médico de ser necesario. Les han dicho que no deben hacer esfuerzos, gritar, o cosas así. A mí me pareció una idea tonta. Pero sí que es cierto que las campanitas meten bulla, y tal vez cumplan un papel más sentimental que otra cosa. Como una muestra de que la Academia los está acompañando en estas horas bajas. De todas formas, en los hospitales hay plantas eléctricas… —terminó de decir.

—¿Dónde se encuentran los pilotos? —preguntó Anne al tiempo en que yo pensaba que Logan despreciaba la idea de Price por considerarla ridícula.

—En el hospital militar. ¿Qué tienen que ver las campanas con todo esto? —me preguntó Logan. La entonación de su voz sonó más aguda que antes.

—¿Los nombres Daniel Braun o Gideon Hapgood le dicen algo? —

pregunté.

—Nada en absoluto —respondió, cortante.

—¿Y Kilian Carter?

Anne volvió a dirigirme una mirada silente y movió un poco la cabeza hacia un lado.

—No. Nada especial. Espera… ¿No es acaso el lingüista que asesinó a su mujer en su propia casa? —preguntó con un brillo diferente en sus ojos.

13

Anne se fue junto con Logan para que Rossy registrara toda la información que él había proporcionado. Temíamos que el asesino utilizara ese lugar en la web, «la página del fin del mundo», de la que le había hablado Ender a Anne. Sabía lo de la copa llena de sangre, y también conocía la frase que acompañaba las escenas de los crímenes.

Pensé que tenía que hablarle a Anne de la oscuridad. No podía seguir callándolo, porque ella buscaba a un hombre en solitario. La oscuridad reclutaba personas, tal como me había contado Wendy. Cualquiera podía caer ante ella si le ofrecía algo muy deseado. La venganza, la rabia, la culpa o los celos eran razones poderosas. Lo hicieron con mi propia abuela y ahora estaba segura de que mi padre también había sido uno de ellos. Por eso asesinó a mi madre.

Comencé a plantearme en serio la idea de que quien cometió los crímenes estaba realizando una especie de limpieza moral, la que acababa con los primogénitos de aquellos reclutados por la oscuridad. Podía ser parte de la oscuridad y estar aniquilando a los hijos de los traidores, o también podía ser un exmiembro de la oscuridad que buscaba venganza por algo que le sucedió dentro del grupo, propiciado por los padres de quien ahora asesinaba. De cualquier manera, la oscuridad tenía relación con los asesinatos. Además, las acciones criminales de esta persona coincidían con los otros signos de destrucción que habían caído en el corazón del país: el tornado, los pájaros ciegos, el virus en la academia de aviación. Y la matanza de los primogénitos era la última plaga, tal como se establece en las escrituras del cristianismo… ¡Eran muchas cosas las que no sabía!

Me dije que la verdad era que Wendy tenía que explicarme más. Tuve la sensación de que, sin ella, no podría avanzar en la resolución del caso. Era la única que sabía cosas importantes.

«Tengo que contarle a Anne sobre la oscuridad y mis hipótesis».

Eso me dije.

Aguardé en la sala a que ella volviera. Los minutos se me hicieron eternos.

De repente, escuché un ruido violento afuera, muy cerca de la

ventana de la habitación. Imaginé una ráfaga de viento intentando llevarse todo consigo. Escuché su silbido. Entonces alguien se aproximó por el pasillo. Era alguien que apenas había entrado hacía pocos segundos al Departamento. También había oído la puerta abrirse y, extrañamente, de repente el lugar quedó en silencio absoluto.

Eran las diez de la noche. Segundos antes había mirado la hora. Los pasos comenzaron a apresurarse.

Entonces reconocí el sonido de la fricción de unas largas pezuñas chocar contra el suelo del corredor.

14

Me levanté.

Intuía el peligro. Pero no me dio tiempo de correr.

La puerta se terminó de abrir de golpe y lo vi.

Un animal de pelaje negro y ojos enrojecidos y brillantes. Sus colmillos, entre blancos y amarillentos, estaban a la vista. Se detuvo en la puerta y me miró. Estaba segura de que iba a atacarme. No era la primera vez que lo veía. La noche que Devin murió asesinado se me apareció en un sueño. No lo había recordado sino hasta ahora.

No sabía si gritar o si quedarme inmóvil. Recordé mi arma, pero era inútil. Este caso, y todo lo que encerraba, necesitaba estrategias y armas diferentes.

«Tu valía… Confía en tu valía».

Una voz —la de mi abuela Denisse— me dijo eso.

El animal continuaba mirándome. Sentí chorros de sudor corriendo por mi espalda. Sabía que era una criatura asesina.

Comenzó a gruñir.

Entonces lo recordé. La noche del asesinato de Devin no fue la primera vez que lo vi. Había soñado con él de pequeña, había sido una pesadilla. Esa misma criatura me miraba en medio de un sueño a los cinco años, el mismo día en el que mi padre mató a mi madre. ¿Cómo había podido olvidarlo?

Moví rápido mi mano derecha hacia la funda de mi arma. Algo tenía que hacer para defenderme. Al menos debía intentarlo. La Glock no estaba allí. La había dejado en resguardo. No tenía cómo defenderme. Así que lo comprendí.

El perro asesino tampoco estaba allí. Lo deduje por el silencio. Era imposible que el Departamento estuviese desierto y que no se escuchara nada desde la salita tan cerca de la puerta. El movimiento entre las oficinas, producto del tornado, se había incrementado, y además siempre teníamos personal de guardia. La salita estaba muy cerca de la salida y en ese lugar siempre se escucharía algo. El animal había aparecido acompañado de un silencio inexplicable. Lo más probable era que estuviese experimentando una visión muy vívida.

Eso era confiar en mi valía, explicarme las cosas con lógica. Solo tenía mi razonamiento para enfrentar a la oscuridad, hasta que comprendiera un poco mejor mi pasado. Tenía la impresión de que, si lo hacía, daría con el asesino. El camino era razonar y confiar.

«No eres real».

Dije en voz alta.

El perro desapareció.

Sentí alivio. Como por arte de magia, comenzaron a llegar a mis oídos las voces humanas del corredor y también apareció Lilian. Una música la acompañaba. Provenía de su móvil.

What a Wonderful World…

15

—¡Querida…!, deberías descansar. No tienes buena cara —dijo ella.

—Estoy bien, Lilian —respondí.

—No me lo parece. Deja que ponga el móvil en silencio. No conozco el número de quien me llama y he estado a punto de cambiar el tono de la llamada, pero luego lo olvido. No me parece adecuado para estos momentos escuchar esa canción. Lo que pasa es que cuando volví a oírla en el restobar, antes de que todo esto pasara, sí me pareció buena idea. En fin…, te estaba buscando. Algunas veces uno olvida las cosas, pero de repente aparece algo que te hace hilar, algo que en tu cabeza relacionas con otra cosa, y eso con otra cosa, y ¡listo!… llegas a aquello que habías olvidado.

Al tiempo en que Lilian hablaba, caminaba hacia dentro de la sala.

—No me estoy explicando bien, últimamente no tengo las ideas muy claras. Lo que he venido a decirte es que no he podido sacar de mi cabeza lo del tatuaje en el hombro de las víctimas en todo el día. Pero después de la visita de Trudy, recordé cuando fui a su casa hace años y ella habló de la universidad, y de unos hallazgos antropológicos en las tribus sudamericanas cerca del Macizo Guayanés. Los indígenas tatuaban su cuerpo con figuras que…

—¿Qué universidad, Lilian? —la interrumpí.

—Trudy coqueteaba con la antropología en ese tiempo, creo. ¿Qué universidad? La de Topeka. ¿Por qué? Lo que iba a decirte era que he estado investigando y creo que la marca es hecha con una técnica ancestral, con un sello como los que se utilizaban en el Medioevo. Supongo que dirás que el Medioevo no tiene nada que ver con las tribus del Macizo, pero es que, como te he dicho, uno puede relacionar dos cosas sin…

—¿Qué tanto conoces a Trudy? —volví a interrumpirla.

—Bastante, diría yo. Desde antes de que sucediera el accidente.

—¿Cuál accidente?

—Uno donde casi pierde la vida. Iba en su coche, ella siempre fue muy osada. Algo pasó. Sé que decidió hacer un giro repentino para evitar que alguien más muriera. No conozco muy bien los detalles. El

hecho es que estuvo en paro cardiorrespiratorio por más de veinte minutos. Literalmente, volvió a nacer.

En ese momento, llegó Anne.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Lilian tomó su móvil y miró la pantalla. Dijo algo como que tenía que atender y se retiró al pasillo.

—Trudy Malick estudió en la Universidad de Topeka —le respondí a Anne.

—Como muchas otras personas, Alexis —me aclaró.

Tenía razón. Ese hecho en sí mismo no significaba nada.

—Creo que debemos descansar unas horas. Mañana veremos las cosas más claras y definiremos las acciones a seguir. ¿Te parece bien? —propuso.

Comprendí que Anne me estaba tratando con extrema delicadeza. El asunto de mi padre había cambiado las cosas para ella. Fue cuando pensé en lo que había dicho Logan Callen, que era lingüista. Yo no lo sabía. Comenzó a cobrar sentido para mí la existencia de algunos libros que de pequeña había encontrado en casa. Tenía muy vagos recuerdos en torno a eso.

¿Realmente mi padre estaría preso?

Eso era lo que creía, pero nunca más supe de él.

—¿Estás de acuerdo? —insistió Anne, devolviéndome a la realidad.

—Sí. Está bien —le respondí.

—Kilian Carter se encuentra en la cárcel de Huntsville. Ya he realizado la solicitud de visita. Mañana debemos saber algo. También he hablado con algunos amigos del FBI. Sé que han hecho un estudio de algunos asesinos en esa penitenciaría y quería saber si Carter formaba parte de la muestra.

—¿Qué te han dicho? —pregunté.

—No ha formado parte. Está incluido en un programa de la GEP. Una especie de empresa privada que ha ganado una concesión y se muestra como líder en rehabilitación; el grupo privado Bell, que todos conocen como Correccional Modelo Bell. Ofrece gestión a través de servicios de fe, o eso es lo que difunde. Parece que Kilian ha convencido a todos los expertos de que está rehabilitado —concluyó.

La imagen del cuerpo incompleto de mi madre, vistiendo una prenda celeste que le gustaba mucho, y a mí también, volvió a ocupar mi mente. Me sentí de nuevo una niña de cinco años encontrando el horror en su propia casa.

Tenía que descansar. Anne tenía razón.

Pero no sabía si lograría hacerlo. Porque ese perro horrendo, la bestia asesina, se había presentado ante mí siempre cuando alguien que yo quería moría. ¿Por quién debía temer? ¿Por Anne? ¿Por Rossy? ¿Por Lilian?

—¿Deseas dormir en casa hoy? —me preguntó Anne.

—No. Estaré bien —le respondí.

En ese momento, había señales de alerta en mi cabeza, pero no supe traducirlas.

16

Las horas siguientes fueron de ansiedad. Llegué a casa, me di una ducha, me puse una camiseta y me dirigí a la cocina.

Preparé un té.

Casi nunca lo hago, pero tomar café iba a alterarme aún más. Ya sentía el pulso de mis manos algo tembloroso, y la cafeína no ayudaría. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Mi efectividad como agente de investigación estaba disminuida, y eso me dolía.

Por mucho que intentaba concentrarme en las escenas de los crímenes, en lo que había mostrado Logan de la página web, no lograba llegar a nada. Mi propia historia, la de Kilian Carter, la de Denisse y la existencia de la oscuridad, desviaban mi concentración.

Intenté pensar en las personas que me parecían impostoras. Sí. Esa palabra que Wendy dijo se me había quedado entre ceja y ceja. Logan parecía otra persona. Podía ser él. Además, le hubiese resultado muy fácil decir que otro había colgado en la web lo que nos mostró. La oscuridad pudo hacerse con él, aprovechando su capacidad obsesiva. Parecía cercano a Alfred Price. Tal vez los dos estaban confabulados, aunque Price me transmitía cierto extravío y Logan una suerte de desprecio hacia él… Y Trudy Malick se había erigido como una persona de interés para mí, por lo de la Universidad de Topeka. Pero no tenía clara la motivación de quien cometió los asesinatos. A fin de cuentas, no sabía si actuaba a favor o en contra de la oscuridad. Como fuera, se trataba de alguien peligroso y destructivo, movido por motivos intensos que lo llevaban a consumir la sangre de las víctimas. ¿Por qué haría eso? Tampoco estaba segura de que lo hiciera. Era solo una presunción.

Terminé mi taza de té y me asomé por la ventana de la sala.

La niebla cubría la ciudad. No era una niebla normal, continuaba coloreada en tono rosa. Debía ser por las partículas en el aire que había dejado el tornado tras su paso. O puede que yo viera esa coloración sin que estuviese realmente allí. Ya no sabía qué era cierto y qué no.

Me fui a la cama.

Me quedé dormida.

Me desperté a las seis de la mañana. Apenas abrí los ojos, el móvil sonó. Otra víctima, pensé.

Lo tomé. Era Rossy. Sonaba desesperada.

—He tratado de hablar con Anne, pero no responde. He localizado el lugar, la dirección IP desde donde se originaron los mensajes que Logan Callen me mostró. Hace cinco minutos lo logré y…

—¿Y qué, Rossy…? —le pregunté casi gritando.

—¡Qué provienen de la casa de Anne! ¡Quien escribió eso estaba en la casa de Anne!

«Ender», me dije.

¡Era Anne quien estaba en peligro!

Por eso el monstruoso perro había estado ante mí. No supe ver la alerta, el llamado. Fui una tonta. Pude haber estado con ella e irme a su casa. Defenderla.

—Ya le he dicho a la jefa Tonny. Han enviado unas unidades ahora mismo…

El sonido de varias campanas apareció en mi cabeza de nuevo. También la imagen de un cortejo fúnebre: varios coches y muchas personas vestidas de negro.

¡No!

¡No podía perder a Anne también!

17

No sé cómo llegué hasta su casa.

Me dolía el hombro, la cicatriz, como nunca.

Las cosas a mi alrededor parecían no estar allí realmente; la llave del coche; la puerta levadiza del garaje. Y luego la velocidad; la niebla; las luces aún encendidas en algunos edificios de la ciudad. Todo era como pedazos inconexos de una película repleta de escenas fantásticas.

«No, Anne, tú no puedes morir».

Eso me decía una y otra vez.

Me expliqué a mí misma que Ender estaba obsesionado con ella, que siempre lo estuvo, y que la oscuridad detectó esa pasión en él.

De seguro, se había colado en su casa, aprovechándose de su instinto maternal, de su buen corazón.

Imaginé a Ender matando a Inger.

Parecía inofensivo. Tal vez por eso ella lo dejó entrar a su hogar, considerándolo de fiar. Pudo haber puesto una buena excusa para hacer que Inger le permitiera su ingreso. Con Natan habría sido diferente. Pudo ser que el chico se hubiese visto atraído por la inteligencia de Ender, por su timidez. O por la diferencia entre los dos. Nada más lejos para Ender que ser un deportista, un buen nadador. Y como todos los genios de los ordenadores y del mundo virtual, se había atrevido a enviar esos mensajes con información relevante porque pensó que nadie lo descubriría. De hecho, Logan no pudo encontrarlo, pero Rossy sí. Confiaría demasiado en su capacidad. Todo eso lo pensaba de forma caótica, una y otra vez, mientras manejaba como loca a casa de Anne.

Cuando llegué a su calle, vi dos unidades policiales.

Bajé del coche y corrí.

Allí estaba Anne.

De pie, junto a la puerta de entrada. Estaba a salvo. Llevaba una pijama rosa. A su lado apareció uno de los chicos, me miró y luego corrió hacia adentro de la casa.

—Alexis, todavía no puedo creerlo. Rossy me ha llamado. ¡Ender

envió esos mensajes! ¿Pero en qué estaría pensando? —preguntó al tiempo en que me ponía la mano en la espalda y me invitaba a pasar.

Dos oficiales se habían quedado en el porche de la casa, pero me pareció que estaban por retirarse.

—¿Dónde está? —le pregunté.

—En la sala. Está arrepentido. Pero yo he tenido la culpa… —respondió Anne.

La miré de forma interrogante.

—He confiado en él. Le he dicho más de la cuenta. Deberían apartarme del caso como medida de precaución. No sé, este tornado me ha dejado más débil, sin criterio. No debí contarle lo que pensabas de la copa llena de sangre. También le dije lo de la figura de la serpiente y el árbol. Le conté lo del pajarito negro que chocó con el parabrisas de mi coche. Él colgó los mensajes en la red para llamar mi atención. Eso me ha dicho. Imaginó que, si yo creía que había información filtrada por allí, pensaría que iba a necesitar de su ayuda y se me haría indispensable. Pero no es un asesino, Alexis. De hecho, su coartada para el momento de la muerte de Inger soy yo misma. Estaba aquí en casa.

Inspiré profundo.

Lo que decía sonaba coherente. Lo que más me importaba en ese momento era que mi compañera, a quien me unía un inmenso cariño, estaba a salvo.

—Si todo está bien, lo mejor es que me vaya. La verdad es que no quiero ver a Ender, y tú deberías considerar negativa esa relación que mantienes con él —le dije algo molesta.

Anne asintió. Sabía que estaba en lo cierto.

—Me había dicho que se iría. Ahora, definitivamente, debe hacerlo y lo hará. No tengas duda de eso. Me ha hecho cometer errores en mi trabajo, y eso no me gusta nada. Tendré que explicarle a la jefa Tonny —dijo de forma contundente.

Supuse que pensaba en la alarma que había creado en el Departamento. No podíamos saber que los mensajes de Ender se debían a la información que Anne le había dado, y temimos que se debieran a que era el asesino. O que, al menos, estaba implicado en los asesinatos de alguna manera.

El teléfono de Anne sonó en ese momento, cuando yo hacía esa reflexión. Era justamente la jefa Tonny.

—¿Asesinada en casa? ¡Oh, Dios! —exclamó Anne después de escuchar a la jefa, y con la mano izquierda tocó la medalla en su cuello.

Las cosas aparecieron ante mí con cartesiana claridad. Era ella a

quien realmente quería, y a quien de una forma absurda había excluido del peligro cuando pensé que alguien podría resultar muerto, al ver la imagen del perro. Lo supe desde que Anne tomó la llamada y antes de que me confirmara su nombre.

Habían acabado con la vida de otra persona cercana para mí. Otra vez le había fallado a alguien querido.

—Vamos para allá —dijo y cortó.

—Esta vez ha matado a… —comenzó a decir con voz queda.

18

Habría podido ser alguien especial. Ya lo era.

A pesar de que casi no compartimos tiempo juntas, el que pasamos fue de calidad. Yo tenía tantas cosas que aprender de ella, de Wendy. De alguna manera, sentí que sería como estar con mi abuela de nuevo.

Habían matado a Wendy, y creo que ella sabía que eso pasaría. El beso que me dio en la frente al salir pudo ser una despedida.

Anne y yo fuimos a su casa.

Cuando llegamos, también lo hacía la primera unidad forense.

Supuse que Lilian estaría por llegar.

Bajamos del coche. Luchaba con las ganas de llorar.

—¿Quién la ha encontrado? —pregunté a Anne.

Durante el trayecto, ambas estuvimos calladas. Yo, dolida, y Anne, confusa. Dos muertes en la misma calle de Rossy. Eso era lo que debía estar pensando mi compañera. Si no fuera por Natan Hapgood, en realidad podría pensarse que quien cometía los asesinatos se guiaba por un criterio espacial y que sentía predilección por las personas que vivían en esa calle. No podíamos olvidar que la casa del bibliotecario también se encontraba cerca.

—Un vecino ha visto la puerta abierta, y recordando lo que le pasó a Inger Braun, llamó al 911.

Asentí y continuamos caminando.

Resultaría terrible para mí ver el cadáver de Wendy Tandy. Pero debía hacerlo, llenarme de valor y poner de lado el sufrimiento por un momento. De repente, cuando me dije eso, una fuerza enorme me invadió: la sed de venganza, un inmenso odio. Quería matar al o la responsable de su asesinato con mis propias manos. Entonces recordé las palabras que Wendy me había dicho hacía apenas unas horas. Eran esos sentimientos los que medían al hombre, los que la oscuridad buscaba. Y yo no podía caer en ellos, al menos, no perderme en esas intensidades. Entonces pensé en Wendy. En la calma que transmitía, en su dulzura.

Entré en la casa.

Anne lo había hecho primero. Se hallaba solo a un par de pasos de

mí.

La sangre de Wendy llenaba la salita.

Buscamos su cuerpo.

Lo encontramos recostado en la bañera.

—¡Dios mío! —exclamó Anne—. ¡Maldita sea!

Su voz me resultó desgarradora.

—Para matar de esta forma, hay que ser esclavo de una gran pasión. Ser un aniquilador.

Me pareció que Anne había dicho una gran verdad. Descarté a Ender del espectro de sospechas. No solo por la coartada la noche de la muerte de Inger Braun. Una cosa era que estuviera obsesionado con Anne y otra que fuera un asesino capaz de matar así. Podría asesinar a alguien, pero no cortando las arterias de las piernas de las víctimas ni bebiendo su sangre. Era más un obsesivo-pasivo.

Había una intensidad opaca en el ambiente. La del asesino. Yo la percibía.

Era un ser implacable, un impostor. Eso era lo último que me había dicho Wendy. «No es quien dice ser».

—Estoy segura de que no encontraremos algo aquí. Nunca deja pistas. Mejor nos vamos y dejamos a los chicos de la unidad forense hacer su trabajo —propuso Anne.

Dejamos la sala de baño y luego la casa. Nos detuvimos cerca de la puerta. De repente, me di cuenta de algo.

—No ha escrito la frase esta vez —exclamé.

—Eso parece. A menos que lo haya hecho en otra parte de la casa.

Recordé el primer significado que había dado a la frase. Como si un empleado le estuviese dejando claro a su jefe que ya la encomienda estaba hecha, o como si el asesino se lo estuviese diciendo al mundo. Tal vez, en el caso de Wendy, no debía dejar claro ese mensaje.

—Ni ha dejado la daga —completé.

—Pudo haberla dejado afuera, como lo hizo con Natan Hapgood —insinuó Anne.

—No lo creo, Anne. Me parece que mató a Wendy por otra razón. Como si no hubiese tenido más remedio. Como si ella no fuese de las indicadas. Tampoco debe tener en su hombro ninguna cicatriz… —repliqué.

—¿Entonces por qué la asesinó? —me preguntó, arrugando la frente.

—Porque estaba cerca de mí —me respondí para mí misma, pero lo hice en voz alta.

19

Anne no tuvo tiempo de reaccionar a mi comentario, en ese momento vimos a Sebastian Hausmann en la calle, a unos cuantos metros de nosotras. Hablaba con uno de los oficiales que resguardaba el ingreso a la escena del crimen.

—¿Qué hará aquí? —se preguntó Anne. También lo hizo en voz alta.

Cuando Sebastian me vio, mostró su identificación al oficial y este le permitió continuar a nuestro encuentro.

Caminamos hacia él.

—Creo que tengo información relevante para el caso que investigan —dijo después de saludar.

Luego hizo silencio un segundo.

—Me han dicho que podía encontrarlas aquí. Parece que quien comete los asesinatos no se detendrá. No te llamé por teléfono porque pensé que tal vez no atenderías la llamada —me dijo, mirándome. Por algo en su tono, me pregunté si alguna vez me habría llamado y no le atendí. No recordaba haber hecho eso, aunque era cierto que trataba de evitarlo.

—¿Qué es lo que tiene que decirnos, agente Hausmann? ¿Quiere hacerlo ahora mismo? —preguntó Anne.

—Le he comentado a la agente Carter que estoy viviendo en la casa de mi tío, quien en vida fue restaurador de antigüedades impresas, de grabados y escrituras antiguas. Entiendo que han encontrado un libro que recibió la «atención» de sus manos, y que ese libro es de importancia para un caso. Además, por supuesto, estoy al tanto de las noticias, y los medios más audaces han soltado que andan tras una persona que emplea simbologías extrañas. Indagando un poco, descubrí que mi tío Mark tuvo un colega. Un sujeto algo antisocial que compartió en casa largas horas de conversación con él. Al parecer, era un erudito. El sujeto en cuestión era un lobo solitario, extranjero irlandés y sin familia aquí en el país. Puede que él sepa más de los grabados que les interesan.

Me supo a poco lo que dijo. No me parecía una información tan

relevante como para habernos interceptado en la escena de un crimen. Sabía que Anne pensaba lo mismo que yo. Tuve la incipiente idea de que Sebastian había ido allí solo para verme. La deseché de inmediato.

—Esto no es todo. Adrián Felt, pues así se llama de quien les hablo, se encuentra en la casa de retiro Garden Felicity. Al parecer está muy ansioso estos días, y más luego del tornado. Ha mostrado una fijación: habla de un árbol y de la serpiente de la oscuridad que ha comenzado a disparar su veneno.

Me puse alerta.

—¿Cómo son sus facultades mentales? —preguntó Anne.

—Van en franco deterioro —respondió Sebastian.

—Tal vez debas ir. Después de todo, esa dichosa imagen es lo único que tenemos en este caso. Estaré al tanto de la búsqueda de Gideon Hapgood. Anda a visitar a Adrián Felt —propuso Anne, dirigiéndose a mí y hablando en tono más bajo—. Apuraré a Lilian para que nos entregue el reporte preliminar y la hora de la muerte de Wendy Tandy. Veremos si esta vez sí podemos concluir algo en relación con las coartadas de nuestros dos sujetos de interés.

Supe que se refería a Price y a Logan. En ese momento, me di cuenta de que no consideraba sospechosa a Trudy Malick. Algo en su mirada me lo sugirió. Para mí sí era considerable el hecho de que hubiese estudiado en Topeka.

—Recuerda que luego debemos hacer un viaje a Huntsville… —completó.

—Podría acompañarte a Garden Felicity —dijo Sebastian—. Podríamos ir en mi coche. Tal vez Felt se muestre más amable si sabe que soy sobrino de su amigo Mark —añadió.

Yo recordé a Wendy. Casi pude volver a verla recomendándome que no impidiera lo inevitable.

20

—Te ves cansada.

Fueron las primeras palabras que Sebastian me dijo cuando ya estábamos en su coche de camino a Garden Felicity.

—Este caso ha sido difícil —alcancé a decirle como única respuesta.

—Ya.

En ese momento, llegó un mensaje de Anne a mi móvil. Me aclaraba que Adrián Felt era el mismo especialista del que le había hablado Ender y también el que identificó Rossy. Ella lo acababa de confirmar. Pero Rossy no había dado aún con su paradero. Sin embargo, estableció que Felt conocía al bibliotecario Ian Kedler y que ambos estaban interesados en las subastas de monedas antiguas.

—¿Sucede algo? —preguntó Sebastian al verme mirar la pantalla del teléfono.

—Nada. Parece que Felt es alguien con quien realmente debemos hablar —respondí—. Me has dicho algo de las monedas de tu tío Mark. ¿Sabes algo de unas monedas medievales con una figura grabada muy similar a la del *Hombre de Vitruvio*?

—Sé muy poco de esas cosas —respondió.

Tuve la impresión de que mentía.

—¿Por qué te interesa tanto? ¿Podrás confiar en mí y hablarme del caso? —me preguntó—. Soy del Cuerpo y puedes hacerlo. De hecho, si quisiera, podría solicitar la información por vías formales.

—Lo sé. Estás por encima del bien y del mal. Así es la Policía de la Policía. De todas formas, tendrías que contar con alguna aprobación por escrito para inmiscuirte. En este caso, no será necesario. Confiaré en ti —le dije.

Pareció sorprenderse.

Le conté lo que sabíamos del asesino, de las escenas. Omití mis visiones y cómo se mezclaba en mí la realidad y la fantasía, obviamente. Tampoco le mencioné que en mi hombro estaba la misma figura que mostraban las víctimas.

—Sí que es extraño. Entiendo por qué desean conocer más sobre

los símbolos de las dagas, del tatuaje. Lo más llamativo es la diferencia de caracteres entre Inger Braun, Wendy Tandy y Natan Hapgood. ¿No lo crees? Ellas dos podrían tener cosas en común, por ejemplo la cercanía de sus casas. Pero el chico Hapgood… se sale del tipo de víctima. ¿Y por qué no dejó la daga en casa de Tandy?

El razonamiento de Sebastian era claro, directo. Sabía separar el heno de la paja, hubiese dicho mi abuela. Era una mente despejada, no como la mía, inclinada a divagar. Creo que eso me atrajo todavía más de él. Sentí deseos de dejar todo atrás, los asesinatos, las víctimas, el dolor de la pérdida, y buscar una vida placentera junto con Sebastian Hausmann. Por un segundo lo deseé con mucha fuerza, con una extraña inspiración. Pero sabía que no podía hacerlo. Además, tal vez él no se planteaba nada de eso. Solo le atraía, sin más. ¿A razón de qué yo sería alguien importante en su vida? Me sentí infantil. Disminuí el tono de mi entusiasmo. Solo me acompañaba a una casa de retiro y eso era todo.

—¿Crees que podremos entablar una conversación más o menos eficaz con Adrián Felt? —le pregunté después de algunos minutos en silencio.

—Eso espero —respondió y luego suspiró.

Parecía defraudado.

Tuve la ligera impresión de que de alguna manera había percibido que por un momento deseé, más que cualquier otra cosa, construir una mayor intimidad entre nosotros.

21

El resto del camino nos mantuvimos callados casi la mayor parte del tiempo.

La mañana se mostraba despejada. El mal tiempo parecía ser historia.

No recuerdo cómo comenzamos a hablar, de repente, de películas clásicas, de las escenas icónicas del cine. Luego la conversación derivó hacia las películas de suspenso y horror. Sus alusiones eran sobre todo del cine de terror de los años sesenta y setenta. Las mías eran un poco más intimistas. Ambos conocíamos todas las películas mencionadas. *Psicosis, Tiburón, Frenesí*. Cosas por ese estilo.

Cuando llegamos a Garden Felicity, situado al norte de la ciudad, me sentí algo más descansada, como si los minutos junto con Sebastian hubiesen sido un bálsamo.

Aparcó su Jeep Wrangler y bajamos.

Experimenté una gran soledad en ese lugar; una especie de desolación, como si allí hubiese mucha más tristeza que compañía.

—Para quienes amamos la libertad, estar aquí debe ser un infierno —exclamó. Su voz pareció, de repente, la de alguien más joven.

—Puede que no estés del todo consciente de si estás aquí —argumenté.

—Es verdad —concedió.

Llegamos a la puerta principal.

Una mujer vestida de un blanco impoluto, con una identificación pendiendo de una cinta azul, nos recibió.

—¿Son los detectives Carter y Hausmann? Nos ha anunciado su visita la detective Ashton. ¿Quieren hablar con Adrián Felt? —preguntó aunque ya supiera la respuesta.

Mostramos las identificaciones al tiempo en que yo pensaba que era de las personas que hacen preguntas en forma de afirmaciones. Me fijé que sus dientes eran demasiado blancos y que los mostraba con un aire artificial, con exagerada teatralidad. Sonreía cada vez que terminaba una frase.

—Soy Johana Bell, la gerenta de este lugar. En las empresas de

gestión Bell, consideramos que la mayor responsabilidad nace del servicio, de las pequeñas cosas.

Creí recordar algo. Ella siguió hablando.

—Hay que vivir para servir, y servir para vivir. —Volvió a sonreír.

Luego nos condujo al interior del edificio.

Se trataba de un lugar de arquitectura antigua, o que pretendía simularla. Tenía paredes de piedra tallada y un gran patio central. Caminamos por uno de los pasillos laterales, detrás de ella. Noté que sus zapatos eran de tacones altos y de suelas rojas. Parecían costosos y nuevos. También noté una tobillera dorada en su pierna derecha.

Se detuvo y abrió una puerta.

Esta tenía una numeración sobre el marco. Era el número 22.

Se hizo a un lado y nos indicó que pasáramos.

Allí estaba un hombre, sentado en una silla frente a un escritorio y a una ventana. Nos daba la espalda.

—Adrián, han venido a visitarte —dijo Johana Bell.

El hombre volteó.

—Los he estado esperando —dijo con una voz sumamente aguda y queda mientras se ponía en pie.

22

El cuello de Adrián Felt estaba cubierto con una venda.

Johana Bell me tomó del brazo y presionó levemente.

—Cree que tiene una herida sangrante en el cuello. Por eso ha pedido unas vendas, y se las ha puesto él mismo. En la organización Bell creemos que hay que intervenir lo menos posible, así que hemos permitido que continúe con su microobsesión —me dijo.

Al roce de su mano, tuve una visión.

Un enorme bar lleno de gente, con luces estroboscópicas y música a alto volumen. Las personas solo eran siluetas; bailaban y se movían. Comprendí que Johana Bell no quería estar allí, que su modo de vida era otro, una cosa muy distinta.

—No creo que tengo una herida en el cuello. ¡La tengo! Ustedes no son capaces de ver nada —se quejó Felt.

Johana Bell se fue.

Sebastian entró en la habitación y yo lo seguí. Nos detuvimos muy cerca de él.

—No contamos con mucho tiempo —afirmó Felt.

Después de que dijo eso, comenzó a quitarse la venda del cuello. Mientras la desenvolvía, se mantuvo callado. Sebastian y yo estábamos expectantes. Cuando terminó de deshacerse de la venda, vimos su piel desnuda. No había nada en ella, pero la venda tenía adherida una hoja de papel en blanco. La tomó y me la ofreció sin quitarme los ojos de encima.

La agarré, pero él no la soltaba.

Lo miré. Entonces la soltó.

Sentí un fuerte olor a vinagre.

—¿Qué significa eso? —comenzó a preguntar Sebastian, pero Adrián lo miró con autoridad. Quería que se callara.

Luego volvió su mirada hacia mí. Había llevado sus ojos al techo por un segundo.

Lo comprendí. Quería decirnos que lo vigilaban. Debía haber cámaras en lo alto de ese lugar.

—Es un papel en blanco, Adrián —dije al tiempo en que lo

levantaba, y luego lo guardé en el bolsillo de mi chaqueta con disimulo.

Si alguien vigilaba, creería que no nos había entregado nada de valor, solo una hoja en blanco. Tuve cuidado de que se viera bien ese detalle. Pero yo sabía que sí lo había hecho, que allí había un mensaje. El olor del vinagre me lo confirmó.

Adrián sonrió levemente.

—Ya han comprobado mi herida. Ahora debo buscar otro papel para contener la salida de la sangre. Las vendas no son suficientes, pero valdrán por ahora —dijo.

Y de nuevo envolvió su cuello como antes.

—No tengo nada que decirles. Ni a ustedes ni a nadie. No puedo hablar porque se me acaban las fuerzas. No sé para qué han venido —completó.

—Soy sobrino de Mark Hausmann. Me llamo Sebastian. Nos preguntábamos si podía decirnos algo sobre un libro de grabados que contiene un árbol y una serpiente. También sobre una moneda medieval con el *Hombre de Vitruvio*.

—La imagen también es medieval. La del árbol. La ha creado el mismo Hanot. Ian Kedler lo supo valorar. Pero es un espejo negro. Tanto conocimiento tiene la oscuridad como la luz. Siempre habrá esperanza —sentenció.

Sebastian me miró con ojos interrogantes.

—No comprendemos lo que nos dice, Adrián. Buscamos a un asesino que utiliza esos símbolos de la serpiente y el árbol en una daga —replicó Sebastian.

—Debe ser el elegido para cerrar la fisura. Esa confluencia que deja al descubierto la hendija por donde podría entrar la luz. En la escritura antigua, se habla de los traidores. Los hijos de los traidores fueron eliminados porque estos eran considerados una debilidad de la oscuridad al ser cercanos a quienes una vez la conocieron bien. La serpiente constriñe al árbol, no lo trepa, lo ahorca, lo destruye porque el árbol que creía su sostén para trepar, de repente, brindó frutos y dio vida. Ese es el significado de la imagen, o al menos lo fue en la Edad Media. No sé nada de ningún asesino. Ahora les pido que me dejen en paz.

Hizo silencio y tocó la venda en su cuello.

—Tu tío Mark era un buen hombre. Más sabio que todos. Aún se me aparece en sueños —le dijo a Sebastian.

En ese momento, escuchamos unos pasos.

—¿Conoció usted a Daniel Braun? ¿A Kilian Carter? —me apresuré a preguntar.

No me respondió.

Johana Bell apareció y entró en la habitación.

—Lo lamento, pero ya deben irse. No debemos cansar a Adrián —afirmó.

—Así es. Ya no tengo nada más que decir —completó él—. Ahora necesito yodo. ¡Pida en la enfermería una botellita de yodo! Debo desinfectar mi herida y también quiero más papel. ¡Una hoja de papel para dar soporte a las vendas! —exigió a Johana Bell.

Ella le dijo que pronto se lo traerían. Salimos y Bell cerró la puerta de la habitación.

—Es inofensivo. Pero últimamente ha estado algo inquieto. Extrañamente, cuando le hemos dicho que venían a verlo, se ha tranquilizado un poco —nos comentó mientras caminábamos por el mismo pasillo de antes.

—¿Cuántos residentes hay en este momento? —pregunté.

El lugar parecía desierto y no habíamos visto ni escuchado a nadie más.

—Este es el pabellón solitario. Allá está el comunitario. En él hay cincuenta y tres clientes que atienden varios colegas —respondió señalando al lado derecho de la edificación—. Podrán ver la estructura desde el lugar donde estacionaron —completó.

—¿Las empresas Bell gestionan alguna otra casa de retiro? —pregunté cuando llegamos a la puerta y nos disponíamos a salir.

—También gestionamos algunos servicios de rehabilitación social en la fe —dijo ella y sonrió.

¡Era eso lo que Anne me había dicho! El lugar donde estaba recluido mi padre estaba bajo el mando de estas empresas Bell.

¿Sería coincidencia?

23

Miré hacia el lugar donde Johana Bell dijo que estaba el pabellón comunitario. En efecto, había una edificación por donde entraban y salían personas, y también se veían varios coches estacionados. Se encontraba a unos veinte metros de donde estaba el *jeep*. Antes no la había visto. Algunas veces perdemos de vista las cosas por estar abstraídos, me dije.

Subimos al vehículo.

—Busquemos una… —comencé a decir.

—Farmacia —completó Sebastian.

Lo miré, asombrada.

—Deberías concederme algo más de inteligencia, de diligencia y de imaginación. Así como tú percibiste el olor a vinagre, yo también lo hice. Y la sutil pista que Adrián nos dio, al pedir yodo, completó el cuadro. Esa hoja blanca que te he visto guardar en el bolsillo de la chaqueta debe contener algo escrito por ahora invisible debido al ácido. Es un truco viejo —concluyó.

Estaba en lo cierto. Esa también había sido mi conclusión.

—Se siente vigilado. No sabemos si es cierto o si son suposiciones suyas. Pero veamos qué hay allí —completó él.

En la vía, encontramos una farmacia que recién abría sus puertas.

Compramos una solución yodada y nos sentamos en un banco junto a un árbol. Sebastian sostuvo la hoja de papel y yo apliqué el yodo. Vimos como comenzaban a dibujarse unas letras. Eran pequeñas. A medida que el yodo iba revelando lo invisible, yo iba comprendiendo lo que terminaría de aparecer. Era un grabado que parecía haber sido hecho con un sello similar al del *Hombre de Vitruvio*, pero esta vez el hombre estaba encerrado en un cuadrado que poseía dos líneas cruzadas al medio. Cada una de las líneas del cuadrado y del medio tenía escrita una palabra: venganza, rabia, miedo, culpa, ambición, celos.

—¿Qué crees que signifique eso?

—No lo sé —mentí.

Vimos pasar a toda velocidad, frente a nosotros, una ambulancia

en dirección a Garden Felicity.

Me quedé pensativa.

Sebastian me miró y luego desvió la mirada hacia un árbol cercano.

Me deshice de la botellita de yodo y tomé la hoja de Adrián.

—Sebastian. ¿Puedo pedirte algo?

—Claro.

—¿Podrías buscar en casa de tu tío algo que tenga que ver con esta figura?

—De acuerdo. Pensé que me pedirías otra cosa…

—¿Qué otra cosa podría querer de ti? —le pregunté.

—Nada —dijo y sonrió.

Tuve entonces la sensación de que alguien nos estaba observando.

24

Sebastian me llevó al Departamento.

Era media mañana.

Busqué a Anne y le dije que teníamos que hablar. Fuimos a mi oficina y, una vez adentro, cerré la puerta. Inspiré profundo. Le pedí que se sentara y yo también lo hice. Le conté lo que nos había dicho Adrián Felt. También algunas de las cosas que me había contado Wendy. Le estaba revelando algo de lo que sabía sobre la oscuridad, aunque no todo. No le hablé de mi abuela ni del péndulo. Reviví segundo a segundo lo vivido con Wendy. Anne me escuchaba con atención.

—¿Me estás diciendo que el asesino está relacionado con esta secta que existe desde hace mucho tiempo, o que ha sido, digamos, revivida por un grupo de personas relacionadas con la Universidad de Topeka?

—Eso creo, Anne.

—Pero Felt no te dijo nada realmente sobre el asesino. Más allá de ese asunto semiótico de la serpiente y el árbol y lo de la fisura. No lo veo tan claro, Alexis. Es decir, quien cometió los crímenes conoce esos símbolos, lo concedo. Por eso deja las dagas, intentando dar un mensaje. Las víctimas también los conocen, por eso llevan ese tatuaje. En tu caso, no sé cómo ha aparecido en tu hombro esa imagen. ¿Es posible que alguien te la haya hecho sin que lo supieras? ¿Que te haya sometido a alguna sustancia que te hiciera perder la conciencia para hacerte esa cicatriz que, de alguna manera inexplicable, aparece poco a poco? —me preguntó.

—No lo sé, Anne. Algunas veces me siento vigilada. A menos que vertieran algo en lo que consumo en casa, pero tendría que ser algo muy fuerte que me llevara a la inconsciencia y que luego no dejara rastros. De hecho, duermo muy poco y no creo que haya pasado algo así —le respondí.

Yo tampoco tenía una respuesta sobre la aparición espontánea de esa figura en mi hombro, pero me temía que la explicación no fuera tan sencilla como la que sugería Anne.

Dudé de si decirle lo del péndulo, pero no lo hice. Había encajado

muy bien lo de mi empatía y lo que ahora le contaba sobre la oscuridad, pero no debía seguir tensando la cuerda y contarle de más. Después de todo, estaba siendo muy comprensiva con algo que era nuevo para ella.

—Creo que nuestra mejor apuesta es reconstruir las pocas pistas que tenemos, que se basan en esos dichosos símbolos. Price, Logan y Malick no tienen coartada para los momentos en que ocurrieron los asesinatos. Sí, he incluido a Malick. Confío en tu criterio, y si te pareció de interés que estuviese ligada a la Universidad de Topeka, lo respeto. Además, ella nos trajo el libro, y eso pudo ser solo para que desviáramos nuestras sospechas o la creyéramos de nuestra parte. Lo mismo hizo Price. A la hora de la verdad, nada de los que nos han dado nos ha permitido avanzar en el descubrimiento de la identidad del asesino.

—Sí. Pueden haber sido todos pistas falsas… —concedí.

Anne hizo un gesto con los labios. Luego se levantó y caminó hasta detenerse frente a la ventana.

—¿De verdad crees que tome la sangre de las víctimas? —me preguntó. Noté espanto en las notas de su voz.

—No lo sé, Anne, pero es una explicación para ese círculo de sangre. Esa idea se me metió en la cabeza apenas lo vi. Y también que el chico Hapgood quería a quien lo asesinó. Estaba encandilado con él o con ella —respondí.

—Parece mentira… ¿Has visto cómo está el día de hoy? Ha amanecido como si nada, es un día radiante, sin una mínima nube. Un clima envidiable… —dijo.

Entendí a lo que se refería. Ambas sabíamos que, aunque todo pareciera brillar, la maldad estaba acechando. El asesino bebedor de sangre estaba allí afuera y no teníamos idea de quién era.

—Si no obtenemos una pista certera, algo grande ahora mismo, continuaremos perdidas. He repasado cada detalle y no veo nada. Tal vez debamos pedir ayuda al
FBI
—dijo y una sensación de fracaso quedó suspendida en el ambiente.

25

La puerta de la oficina se abrió de forma abrupta.

Martín Brody, el novio de Rossy, apareció tras ella. Noté que su frente estaba sudorosa.

—Sé que no es justificación, pero es que cuando me meto en el ordenador me olvido del mundo, y no ha sido sino hasta ahora, que he ido por un sándwich, que me he enterado de la muerte de esa señora, Wendy Tandy. Creo que vi al asesino ayer llegando a su casa.

—¿Qué dice…? —preguntó Anne.

Yo también pregunté lo mismo, pero en voz más baja.

—Siéntese, por favor —le pedí y le señalé una de las sillas frente al escritorio.

Anne caminó rápido para sentarse junto a él, en la otra silla.

—Quería darle una sorpresa a Rossy. Llevarle a Dorinda. Fui a buscarla a la casa de Wendy Tandy. Llegué y llamé a la puerta. Wendy abrió. Le hablé de mi plan. Pero Dorinda no apareció. Me dijo que se había ido de casa. La verdad, no pude creerle. Supuse que se había encariñado con la gatita y no quería devolverla. Me dije que más adelante enmendaríamos esa situación y me despedí de ella. Cuando estaba saliendo en el coche, lo vi llegar. Eran más o menos las diez de la noche. Estoy seguro de que un hombre se detuvo frente a la casa de esa mujer y caminó en dirección a la entrada. Él no me vio. Debió creer que nadie lo observaba. Después de todo, habrá visto solo un coche partir. No había nadie más en la calle.

—¿De quién está hablando, Martín? —pregunté.

—De un hombre. Algo desgarbado. Usaba una gorra…

Anne lanzó una breve exclamación.

Tomé el móvil y ella también cogió el suyo. Como estaba más cerca de él, logró mostrarle más rápido una imagen que había abierto en la pantalla. Yo también hice lo propio unos segundos después.

—¿Es este el hombre que vio? —preguntó Anne.

—No —respondió el novio de Rossy.

—¿Y este? —pregunté yo. Sabía que Anne le había mostrado la foto de Ender. Lo apreciaba, y noté que la ligereza en su acción

obedecía a la necesidad de aclarar si él era un asesino. Pero yo no había pensado en Ender.

—Sí. Ese es el hombre que vi —afirmó Martín Brody al mirar mi teléfono.

Le había mostrado una imagen de Logan Callen.

—¿Está seguro? —preguntó Anne.

—Completamente —respondió Martín con la voz un poco más alta.

Al momento de responder, me devolvió mi móvil. Por un segundo su mano y la mía sostuvieron el aparato. Entonces, una imagen vino a mi cabeza. Me vi a mí misma dentro de mi piso, tras la ventana. Luego me vi llegando al Departamento, saliendo de la casa de Inger Braun y luego en las afueras del Centro de Natación James Pit. También en un banco, el cercano a la farmacia donde compré la solución yodada, junto con Sebastian. ¡Estaba viendo a través de los ojos de Logan Callen! ¡Él me había estado acechando todo ese tiempo!

De repente, todas esas imágenes se esfumaron y me quedó una sensación de vacío y de rabia, de celos. No era mía. Eran los sentimientos que debía haber experimentado Logan al espiarme.

—No tengo ninguna duda. Fue a este hombre a quien vi llegar a la casa de la vecina de Rossy —insistió Martín Brody.

Enseguida, Anne tomó su móvil y llamó a Lilian Peterson. Quería saber si podía decirle la hora de la muerte de Wendy. Al menos, de manera preliminar. Lilian lo hizo. Anne movió la cabeza en señal de aceptación y cortó la llamada.

—Debemos buscar a Logan Callen de inmediato —exclamó.

26

Fuimos a la casa de Logan, acompañadas de una unidad de detención.

Todo sucedió muy rápido para mí: la salida del Departamento, las calles, la llegada a la casa. No podía creer que fuera el asesino de Wendy, de Natan, de Inger. Pero si lo pensaba bien, todo coincidía; esa lectura que tenía de él sobre que era un sujeto que no encajaba, ensimismado, inteligente y capaz de desarrollar una gran obsesión.

Recuerdo que, cuando toqué la manija de la puerta para bajar del coche, se me ocurrió por primera vez la idea de que hubiese sido el propio Logan quien asesinó a Devin. Lo encontré «casualmente» horas antes de su asesinato y también apenas llegué a Wichita, la noche que conocí a Anne. Ahora pensaba que aquello tampoco había sido casualidad y que desde ese momento Logan Callen me estuvo observando.

Me adelanté a Anne. Apuré el paso. Ambas llevábamos las armas desenfundadas.

La unidad armada de detención hizo su trabajo. Uno de ellos derribó la puerta y tres más entraron a la casa. Luego lo hicimos Anne y yo. Al poco tiempo, nos dimos cuenta de que estaba limpia. No había nadie en el interior.

Miré el área de la cocina. Algo llamó mi atención.

Una de las hornillas eléctricas mostraba una luz encendida. Había sido usada hacía poco tiempo. En otra hornilla, más atrás, había una tetera, y un poco más lejos, junto al lavaplatos, una taza y una pequeña cucharilla sobre un papel secante.

—Ha estado aquí hace poco tiempo —le manifesté a Anne.

Me quedé mirando la cucharilla. Como si este objeto me recordara algo.

Uno de los agentes se comunicó con el Departamento por medio de su dispositivo satelital. Anne lo hizo con la jefa Tonny.

De repente, escuché que otro de los agentes dijo que alguien se acercaba a la casa. Nos dirigimos hacia afuera.

Detuvieron su camino a pocos metros de la entrada. Se trataba de Alfred Price.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está Logan? —preguntó en voz muy alta. Estaba alterado.

Antes había manifestado una gran repulsión, a través de la mirada, hacia el agente que impidió el paso.

Nos miró a Anne y a mí.

—¿Le ha pasado algo a Logan? —volvió a preguntar, esta vez con un brillo de terror en los ojos y un gesto en sus labios temblorosos.

—No ha pasado nada aquí, Price. Aguarde —pidió Anne.

Nos apresuramos a llegar junto a él.

—¿Por qué está aquí, Alfred? —pregunté sin quitar la vista de sus ojos. Me parecieron más claros que nunca.

Él se quedó inmóvil y me devolvió la mirada.

—Porque habíamos quedado en sostener una reunión de trabajo. Les he dicho que me asesora.

Estaba mintiendo.

—¿Ha estado aquí hace poco tiempo? ¿Tiene usted llave de esta casa? —interrogué.

—Sí. Logan me la ha dado —respondió.

—¿Por qué salió después de preparar y tomar el té? ¿Fue usted? —insistí.

—Sí. Yo lo hice. ¿A qué vienen todas estas preguntas?

—¿Sabe si Logan Callen conocía a Inger Braun, a Natan Hapgood o a Wendy Tandy? —preguntó Anne.

—No tengo la más mínima idea —dijo Price algo más recompuesto. Su voz ahora parecía más tranquila.

En realidad, había estado preocupado por la seguridad de Logan. Entonces comprendí que lo unía a él algo muy fuerte. Era ese descontrol que había percibido antes en Price cuando fue al Departamento. Lo había visto otras veces, ese desvarío causado por una persona que transforma el orden en caos con poca cosa; con aparecer ante nosotros, con hablar, reír. Jamás hubiese pensado que un hombre como Alfred Price hubiese perdido la cabeza por alguien como Logan, pero en cuanto a esa atracción avasallante, nada está escrito. La atracción del negativo; no podía imaginar dos hombres más diferentes. Pero yo conocía a Logan Callen, y él no era homosexual. No lo era antes ni tampoco ahora. Pensé que solo Price estaba sumergido en el deseo, y que Logan lo había utilizado. Por eso fue que tuve aquella impresión cuando hablaba de las campanas, de la idea de Price de dotar a los pilotos de esos objetos. Se burlaba de él.

—¿Tiene alguna idea de por qué Logan Callen lo dejó plantado? —pregunté.

—No lo sé. Me cansé de esperarlo, salí de aquí, pero luego volví.

«Se arrepintió. Está subyugado por completo y no quiere fallarle», me dije.

—Bien, Price. Debemos efectuar un registro en esta casa. Le pido que se dirija al Departamento dentro de un par de horas. Tendremos que entrevistarlo nuevamente, ahora enfatizando su relación con Logan Callen y todo lo que sabe de él —ordenó Anne.

Price asintió.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia su coche.

Lo había estacionado en la calle. Tras la unidad policial.

Me quedé observándolo, su caminar pausado. Al final, se controló. Deseaba saber la razón por la cual buscábamos a Logan, pero no la preguntó. Tal vez, en el fondo, Alfred Price sabía que lo que fuera que sentía por Logan no era correspondido. Puede que, de la misma manera, supiera que Logan era movido por intereses muy distintos a los que a él siempre lo habían motivado.

Sentí pena por Price. Por uno de los hombres más atractivos que había visto en mi vida.

Me pareció que era como un hermoso héroe perdido, extraviado en un sentimiento unidireccional.

27

—¿Qué piensas? —me preguntó Anne.

—Que…

—Está colado por Logan. Yo también lo pienso —se respondió ella misma, interrumpiéndome—. No necesito tu habilidad para darme cuenta. Salta a la vista. La pregunta es si es cómplice de Logan o lo ignora todo.

—Creo que no sabe nada. No temía ser descubierto, ni siquiera que Logan fuera descubierto. Temía que le hubiese pasado algo malo —argumenté.

Ambas volteamos hacia la casa. Uno de los agentes que se había quedado dentro unos minutos más nos llamó. Quería mostrarnos algo. En la habitación de Logan había una caja llena de fotos mías. La primera cuando era psicoterapeuta en Topeka, la última junto con Sebastian, apenas hacía unas horas.

—¿Lo sabías? —me preguntó Anne cuando nos apartamos un poco del agente que hizo el hallazgo.

—Lo sospechaba. Lo de la obsesión, pero no lo de los asesinatos.

Dimos la orden de mantener la casa tal como estaba.

Anne llamó a un equipo de unidad forense. Antes miramos todas las habitaciones y no encontramos nada que nos probara que Logan era el asesino.

Volvimos al Departamento. La jefa Tonny dio la orden de búsqueda de Logan Callen en todo el estado. También nos informó que el cadáver de un hombre había aparecido en el río Arkansas. Era un analista informático de nombre Roy Scheider. Al principio pensamos que se trataba de Gideon Hapgood, pero no resultó así. El hombre era mucho más joven.

Dieron las ocho de la noche sin lograr ningún avance.

A Logan Callen y a Gideon Hapgood parecía que se los había tragado la tierra.

Decidimos irnos a casa. Prometí a Anne cuidarme.

La jefa Tonny ofreció poner vigilancia en mi puerta, pero la rechacé.

Yo tenía la sensación de que una clave importante estaba en mi cabeza. Repasé todo lo vivido durante el día. Cada vez me convencía menos de que Logan Callen fuese el asesino. Pudo haber ido a casa de Wendy por alguna otra razón, pero ¿cuál?

De camino a casa, recordé a Wendy y lloré. También tenía presente que debía ir a encontrarme con mi padre, y me sentí desesperanzada.

Cuando llegué a casa, apagué el coche y volví a sentir un frío de muerte. No había nadie en ese lugar. Una de las luces del techo parpadeaba. Apoyé ambas manos sobre el volante y descansé la frente en ellas un segundo.

—¿Qué es lo que no consigo descubrir? ¿Por qué estoy tan descentrada? —me pregunté a mí misma en voz alta.

Sentí un escalofrío.

Toqué mi hombro a la altura de la cicatriz. No me dolía. Lo hice a través de la tela de la chaqueta. Recordé el papel con la escritura de vinagre. El que me había dado Adrián Felt. Lo saqué y volví a mirarlo.

«Celos… Celos… ¿Por qué ahora me fijo en esa palabra?», me pregunté.

Escuché el graznido de un pájaro, pero no lo vi. Miré a ambos lados por las ventanillas del coche. Entonces, llevé instintivamente la mano derecha a la frente.

Tuve una visión al hacer contacto con el preciso lugar en el que Wendy Tandy me besó cuando se despidió de mí.

28

Era un árbol. Sin serpientes, sin pájaros negros. Un árbol solitario…

¡Ella me dijo eso! ¡Me habló de un árbol solitario cuando volvió de su cocina!

Encendí el coche otra vez y tomé rumbo a la casa de Wendy. Me pregunté muchas veces durante el camino por qué no había mirado bien antes, por qué me había querido ir de allí tan rápido. Ahora estaba dispuesta a entrar de cualquier manera a la casa.

Llegué y, tal como esperaba, la unidad forense ya había terminado de levantar la escena. La puerta tenía el precinto policial. No había nadie allí. Me bajé del coche y corrí. Pero no sentí tristeza. De alguna manera, logré superarla. Di la vuelta a la casa y busqué entrar por la puerta trasera. Pensé que lo que Wendy quiso decirme, a donde quiso conducirme no era hacia dentro de la cocina, sino justo allí, afuera, cerca de la puerta. Había un rosal y a menos de un metro encontré un árbol. Era un ciprés. «El árbol solitario, un triste ciprés».

Cavé con mis propias manos. Solo un poco.

Allí había una pequeña bolsa gris y, dentro de ella, un sobre y el anillo con el péndulo de Brais. Wendy me lo había dejado a mí. Estaba segura. Esa era la esperanza de la que hablaba. Me sentí como una niña ante el mejor regalo. Tomé el sobre y el anillo y volví sobre mis pasos.

No veía la hora de llegar a casa. Olvidé que podía estar en peligro.

Cuando entré a mi piso, cerré la puerta, puse el seguro y, con manos torpes, abrí el sobre.

Querida Alexandrina:

Si lees esto es porque ya debes relevarme y continuar. No olvides lo que te he dicho del péndulo. Si lo empleas con juicio y con confianza, lograrás aclarar tu capacidad empática.

Eso era todo. Al principio me pareció poco, pero luego comprendí que el péndulo lo era todo. Era el arma más fuerte contra la oscuridad.

Había muchas cosas que no lograba entender, pero sí sabía que Wendy me había dejado su objeto más preciado. Las palabras estaban de más.

Guardé el papel en el sobre y lo dejé sobre la mesita de la entrada. Luego me puse el anillo. Agradecí a Wendy.

Caminé hasta la sala y me serví una copa de vino. La botella estaba abierta sobre la mesita junto al sofá. No recordaba haberla descorchado, quizá era producto de la emoción.

Brindé por Wendy y por mi abuela Denisse, por Anne, por Rossy y Lilian. Por todas las personas que de alguna manera nos enfrentábamos a la oscuridad, con o sin saberlo.

Tomé dos tragos.

En ese momento, sonó el timbre de mi casa.

29

Dejé la copa en su lugar y me dirigí a abrir. Me llevé una sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Sebastian.

—Tú sí que sabes dar una calurosa bienvenida —respondió.

Me aparté para que pasara.

—Solo quería saber si te encontrabas bien —me dijo en voz más baja.

—Sí. Ahora estoy bien —le dije. Era la verdad.

Cerré la puerta y le indiqué que continuara avanzando por el pequeño corredor.

Lo hizo y yo le seguí.

Cuando estuvimos en la sala, él se detuvo de repente y volteó.

De pie, uno frente al otro, sentí un gran impulso de besarlo.

Sus ojos mantenían la mirada clavada en mí.

Estoy segura de que él también pensaba en besarme, pero sentí una gran resistencia de su parte.

Levantó la mano derecha y acarició el contorno de mi cara.

—Solo quería saber si en realidad estabas bien. Ese encuentro con Adrián Felt me dejó inquieto —manifestó con voz apenas audible.

—Ya te lo he dicho. Estoy bien.

Sebastian desvió su mirada y echó un vistazo rápido a la sala. Se fijó en la botella de vino.

—Iré a hacer algo que había olvidado. Veo que estás en buena compañía —dijo refiriéndose a la botella.

Entonces me aparté y él caminó hacia la salida. Vi su cuerpo de espaldas alejarse de mí. No comprendí la razón de su partida. Parecía que estaba huyendo. Como si de repente se hubiese arrepentido de haber venido. No quería que se fuera, pero tampoco fui capaz de detenerlo. Algo me lo impedía.

Vi como abrió la puerta. Sin voltear, me dijo que la asegurara a su salida.

—Te veo pronto, Alexis Carter. Cuídate —me dijo y luego se detuvo.

Pensé por un instante que volvería a entrar, pero solo se dio la

vuelta para cerrar. Me miró un par de segundos y luego se fue. Escuché la puerta cerrarse tras él.

Inspiré profundo. No entendía nada.

Volví a mi vino. No podía negar que la extraña visita de Sebastian me había dejado inquieta, excitada. Además, me gustaba que se preocupara por mí.

Serví más en la copa. Me senté en el sofá y me quedé mirando un punto en el vacío después de beber. Comencé a sentirme mareada. Me dije que no era para tanto, Solo había tomado una copa y algo más.

Escuché pasos afuera que se detuvieron frente a la puerta. Otra vez el timbre. Sabía que Sebastian volvería. No tuvo sentido lo que había hecho. Irse de esa manera… Me levanté y me dirigí a la puerta. Algo pasaba con mi equilibrio. Tropecé con la mesita de junto. Toqué mi rodilla y lancé una exclamación sin quererlo. Abrí. Creo que sonreía al hacerlo. No era Sebastian. Comencé a ver borroso. Demasiado tarde me di cuenta de que el asesino era quien estaba frente a mí.

Escuché campanas… No, no eran campanas. Era el tintineo de una cucharilla al interior de una taza. Alguien vertía azúcar en una taza de café y revolvía. Ese fue el sonido que reconocí cuando esta persona nos hablaba… ¿Quién pondría azúcar a su café y revolvería tan tranquilo cuando algún ser querido se encontrase en peligro? Todo estaba en mi cabeza y esta persona no era quien decía ser.

Juliet tenía razón. Ese fue mi último pensamiento antes de desmayarme.

PARTE IV

1

Un hombre escribe unas palabras en el teclado de un ordenador.

Una mujer sonríe al leer en su habitación el mensaje. Decide responderle de inmediato.

—¿Qué has dicho, Busy? ¿Crees en realidad que es hora de que nos conozcamos personalmente? Eres impredecible. Ayer me dio la impresión de que no era eso lo que deseabas.

Ella esperaba, ansiosa, la respuesta. Sentía el latido de su corazón muy acelerado.

—Lo he pensado mejor y creo que debemos dar el paso, trascender lo virtual —escribió él. Luego sonrió.

Estaba muy complacido. Ya casi no recordaba lo que lo hizo pertenecer a la oscuridad, y cuando lo hacía, el recuerdo significaba otra cosa. Se trataba del recuerdo de aquella tarde en que se descuidó solo un segundo por algo que sucedía dentro de la tienda. Alguien llamó su atención y, sin quererlo, desvió la atención de Colette. Y la pequeña Colette caminó muy rápido y luego corrió hacia afuera de la tienda. Un inútil entró por unos cigarrillos y ni siquiera se dio cuenta de que la niña había aprovechado para salir al exterior. El imbécil continuó hablando por el móvil y riendo a carcajadas. Él corrió, lo derribó y salió, pero ya era tarde. La niña había cruzado la calle y un coche terminó atropellándola. Murió en el acto. Cuando se acercó a Colette, sintió que él también moría y que otro ser, alguien oscuro, sin rostro y sin alma, se apoderaba de él. Colette estaba sobre el asfalto y había un gran charco de sangre debajo de ella, su sangre… En ese momento, todo era negro y borroso, menos la sangre brillante de Colette. Puso la mano sobre ella, y se convirtió en el ser tenebroso y sediento de sangre que ahora era.

La mujer en su habitación estaba escribiendo para responderle. Había picado el anzuelo.

—Busy, estoy feliz. ¿Me dirás tu verdadero nombre? Tengo dos años llamándote Busy, y tú a mí Butterfly. Mi verdadero nombre es Rossy —escribió ella.

El hombre se apresuró a responder.

—El mío es Martín Brody —escribió.

Se sentía poderoso, sin culpa y sin miedo. El accidente de Colette, sucedido diez años antes, había sido el origen de su nuevo e invencible yo, porque desde ese momento no volvió a querer a nadie más, y todos en el mundo fueron para él como el conductor del coche que atropelló a su hija, como el chico de las carcajadas de la puerta de la tienda; seres inútiles y dañinos, solo depósitos de sangre que esperaban a que él la bebiera.

Rossy estaba escribiendo mientras él se regodeaba en sus sombras. Pensaba en lo ventajoso que había sido su encuentro con la oscuridad después de la muerte de Colette. Recordó al hombre vestido de negro de pies a cabeza que se le acercó en el cementerio. Le había preguntado si quería ser poderoso, si quería tener visión de águila gracias a un nuevo nutriente y si quería trabajar para la corporación más antigua de la historia. Gracias a eso ahora estaba allí, engañando a Rossy García para estar más cerca de Alexis Carter. Sentía celos de ella, de Alexis. Parecía ser muy importante para la oscuridad y no comprendía por qué. No le gustaba cuando eso pasaba, cuando no contaba con toda la información. Se decía muchas veces que era más que un sicario contratado para asesinar personas. En primer lugar, no le pagaban dinero como a un asesino a sueldo cualquiera. Le pagaban con algo más valioso. Y en segundo lugar, poco a poco se había ganado un puesto importante. Si no, no le hubiesen encomendado la misión que estaba llevando a cabo.

—Estoy lista para verte. Ha sido emocionante que no nos hayamos visto la cara hasta ahora. Ni siquiera una foto. Es como ir contra la corriente ahora que todo es tan «visual». Nosotros mantuvimos de alguna manera el misterio hasta el final. Es ingenioso que sepa tanto de ti y que no haya visto nunca tu rostro, ni tú el mío. Se lo he contado a algunas personas en la oficina, y una de ellas, llamada Juliet, no lo ha comprendido. Le parece una tontería, pero a mí me parece que es ella la tonta.

—Casi nadie entendería esto, querida Rossy. ¡Me encanta tu nombre! —escribió el hombre. Él, por supuesto, ya lo sabía. Conocía todo sobre ella y también acerca del verdadero Martín Brody. El hombre que acababa de asesinar y lanzar al río. Un tonto útil.

Recordó cuando, mandado por la oscuridad, fingió un encuentro casual con Martín Brody. Le fue fácil lograr que confiara en él. Solo tuvo que explorar un poco el mundo de los *nerds*, los intereses, las motivaciones. Y al cabo de pocos minutos, se hizo su amigo. Luego lo asesinó.

—¿Entonces quedamos en vernos el viernes? —escribió Rossy.

—Sí. No puedo con la emoción de verte por primera vez. De ver tu cuerpo, porque ya te conozco por completo —escribió él.

Apagó el ordenador del hombre que acababa de matar.

Se dirigió a donde había dejado la cartera de su víctima, quien mantenía una relación virtual con Rossy, y que él había lanzado al río Arkansas. La abrió y se dio cuenta de que había cometido un error. Su memoria le había jugado una mala pasada. Su nombre no era Martín Brody, sino Roy Scheider. ¡Lo había relacionado sin quererlo! Era su clásico preferido, *Tiburón*. Había confundido el nombre ficticio del personaje de la película con el nombre verdadero del informático que mantenía la relación virtual con Rossy García. Cuando ella le había preguntado su nombre, hacía pocos instantes, hizo la asociación de ideas y cometió el error de decirle que se llamaba Martín en lugar de Roy.

Pero no era para tanto, se dijo. Ese error no debía ser un problema para él. Nada era un problema para él ahora que se alimentaba de sangre humana, que era el hombre más poderoso de la Tierra.

2

—Eres especial para la oscuridad.

Esas palabras escuché cuando desperté. Sentí mucho dolor en la cabeza y en el cuello. Estaba dentro de la bañera en mi piso. Mis manos estaban atadas a mi espalda.

Martín Brody estaba mirándome, sentado en una silla que sacó de la cocina.

Pensé en Sebastian. ¿Por qué no lo había detenido? ¿Por qué había tomado de la botella de vino si no recordaba haberla abierto? ¿Es que la cicatriz en mi hombro no me decía a cada hora que yo sería una víctima de la oscuridad? ¿Y la providencial mención de Anne sobre que alguien hubiese podido adulterar algo en casa no me había prevenido?

—No sé por qué. Pero hoy es tu último día… —me dijo.

Sobre el lavamanos vi la copa.

Era dorada y repujada.

Las imágenes de las víctimas vinieron a mi cabeza, el cuerpo de Inger Braun, el del joven Natan y el de Wendy. Sobre todo el de Wendy. No podía entrar en pánico. Tenía que intentar retrasar lo que sabía que iba a hacer conmigo.

—Supongo que tendrás preguntas —dijo y sonrió al tiempo en que sacó del bolsillo de su chaqueta una daga afilada.

¡Maldito seas! —exclamé.

Tenía que pensar en algo. Parecía que quería que le preguntara cosas. Era un hombre envilecido y endiosado. Tal vez estuviese enamorado de su propia voz.

—Sí tengo preguntas. ¿Por qué mataste a Wendy Tandy?

—Esa es buena. No estaba en el plan original, pero me llegaron esas órdenes y soy un buen soldado. Está muy bien que no me hayas preguntado si maté a Inger y a Natan porque creo que la respuesta es obvia. Evidentemente, fui yo quien los asesinó —respondió.

—¿Por qué culpaste a Logan Callen?

—Porque Rossy me dijo que tú sospechabas de él. O Anne. El hecho es que una de las dos le pidió que lo investigara. Eso me dio la

idea. Es otro tipo raro —me dijo.

—¿Vas a matar a Rossy? —le pregunté.

—¿Cómo sabes que aún no lo he hecho? —me respondió.

Puso la daga sobre sus piernas.

—Es un error muy común dar por sentado las cosas. Has dado por sentado que ella está viva, así que tu pregunta no es buena. De todas formas, te aclaro que tu amiga Rossy sigue respirando y no sabe nada de esto. Lo mejor será cuando yo desaparezca. Estará muy triste después de todo lo que ha compartido conmigo.

Estaba mintiendo. Lo presentí. Cuando dijo la palabra «conmigo» pensaba en alguien más. Fue cuando comprendí lo que intentó decirme Wendy. Es un impostor, no es quien dice ser. Y lo que me dijo Juliet, llena de rabia, terminó de completar el rompecabezas. Rossy había desarrollado una relación virtual con alguien y ahora este asesino se había hecho pasar por él. Era tan inverosímil que eso estuviese sucediendo, pero todo encajaba.

—Tú no eres Martín Brody —exclamé.

Dio un golpecito en una de sus rodillas.

—¡Muy bien, Alexis! Ahora te pones más interesante. El mundo de los *nerds* es ingenuo. Mucho. Es cierto lo que dices. El pobre hombre estuvo dándose un chapuzón en el río. Ahora puedo confesarte un error que cometí con tu amiguita. Ese sujeto no se llamaba Martín Brody, sino Roy Scheider. A veces mezclamos la realidad con la ficción.

Lo comprendí, y no sé cómo no lo vi antes si hacía poco tiempo había estado hablando con Sebastian de las películas clásicas y mencionamos *Tiburón*. Luego la jefa Tonny me habló del cuerpo en el río y dijo su nombre.

—¿Por qué mataste a Inger Braun y al chico Natan? Él te quería —le dije.

Tomó la daga con rabia.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó en un grito.

Se levantó de golpe.

Me di cuenta tarde de que no debí hablarle de los sentimientos del chico. Era un asesino que odiaba las emociones humanas. Pero justo allí debía estar su punto débil.

«Confía en tu valía, Alexis», dijo una voz dentro de mí.

3

—¿No te gusta que te amen? —pregunté.

Volvió a sentarse. Lo de antes había sido un arrebato y ahora lo había controlado.

—Era un chico iluso. Terrible la relación con el padre. Pero su sangre fue un regalo para mí. Era un joven deportista. ¿Has probado alguna vez la sangre humana, Alexis? —me preguntó.

—¿Qué hizo Gideon Hapgood para que mataras a su hijo? —continué.

—No lo sé muy bien. Fue un traidor y un cobarde. Entiendo que ha desaparecido. Creo que él mismo fingió su muerte. Yo no lo he matado. Él no estaba en la lista.

—Es decir, que tú matas a las personas sin saber por qué. Eso no es ser un soldado, es ser un tonto útil, un recadero —le dije para provocarlo.

Era un hombre engreído. Quería que volviera a perder el control. No tenía un plan para escapar, pero sacarlo de su zona de confort era lo que intuía mejor para mí en esa situación. A todas luces, planeaba matarme, y para hacerlo debía tener la cabeza fría. Me pareció de los hombres a los que no les gusta fallar. ¿Por qué sería así?

Me di cuenta de que mi provocación hizo efecto. Me lanzó una mirada de odio.

—¡Eres una mujer impertinente! —gritó.

Su voz retumbó en la sala de baño. En ese momento, dudé de que mi plan funcionara, que sacarlo de sus casillas fuera lo mejor para mí.

«Tu valía», volvió a susurrar aquella voz interior.

—No me engañas, estás muerta de miedo. Puedo olerlo. Puedo oler tu sangre, Alexis Carter —me dijo.

En ese momento, llamaron a la puerta. Escuché el débil sonido del timbre.

Lo vi ponerse en estado de alerta.

Se quedó inmóvil y agudizó el oído.

Pensé en gritar, pero luego deseché la idea. Podía herirme de muerte y luego tal vez matar a quien venía a casa. Pensé en Sebastian,

en Anne. Quizás era uno de ellos dos. Sebastian porque había resultado vencido por el deseo, y Anne porque estuviera preocupada por mí. Después de todo, yo tenía la cicatriz en el hombro, y ella lo sabía. Pudo haber llamado a mi móvil y preocuparse al no obtener mi respuesta.

El timbre volvió a sonar.

El asesino de nuevo me miró, inquisidor, y caminó hacia mí con la daga en su mano.

Presentí que había llegado mi fin.

4

Intenté soltar las sogas, pero estaban bien atadas. Entonces palpé el abultado anillo de Wendy, el péndulo…

Lo abrí y lo toqué.

Un nombre vino a mi cabeza: John Henson.

—Te llamas John. John Henson —alcancé a decirle.

Se detuvo con la daga en la mano derecha. Me miró extrañado.

—¿Cómo has sabido eso? ¿Quién eres? —preguntó con un tono de voz ligeramente diferente. Como si el ser siniestro e implacable que era por dentro, contuviese a otro hombre, o al menos, a lo que alguna vez fue.

Toqué el péndulo con más fuerza. Con los tres dedos de mi mano derecha. Era mi única esperanza.

Tuve la visión de un hombre entrando en una tienda de conveniencia. Iba con una niña pequeña… Colette… se llamaba Colette. La adoraba. El hombre se despistó un momento, dejó de prestarle atención a la pequeña. Una mujer hermosa le dijo algo y él olvidó por un segundo a la pequeña. La niña salió a la calle, un chico dejó la puerta abierta el tiempo suficiente para que la niña saliera… Murió sobre la vía. John Henson se sintió culpable.

—Colette. Colette me ha dicho que te ha perdonado. Dice que sabe que no fue tu culpa. Quiere que vuelvas, que dejes de ser lo que ahora eres. Quiere que vuelvas —le dije en voz baja.

El péndulo cayó de mis manos en ese instante. Hizo un ruido metálico al chocar contra el piso de la bañera. Pensé que estaba perdida sin él. Pero no fue así.

Había una lucha interna en Henson.

—¡Colette, ¿estás ahí?! —gritó y levantó la daga.

Después de todo, iba a asesinarme, no tuve dudas.

Pero hizo algo extraordinario: con la mano derecha, cortó su propio cuello y cayó hacia atrás.

5

Fue Anne quien tocó a la puerta. Sucedió lo que yo pensé. Se había quedado inquieta al no ver en su móvil alguna respuesta a su mensaje.

Al día siguiente, nos reunimos en su oficina.

Antes le conté lo que había pasado. Confiaba plenamente en ella.

—No puedo creer que ese hombre haya estado tan cerca todo el tiempo. Se veía tan… —me dijo.

—¿Inofensivo? —completé.

—Sí. John Henson. Es tan extraño que se haya suicidado solo porque le dijeras lo de su hija. Tendrás detrás a Asuntos Internos, Alexis. No serán tan comprensivos como yo. Creo que podrás argumentar que Henson estaba padeciendo un episodio de alucinaciones o algo similar, y alguna voz dentro de él le indicó que se cortara el cuello, o algo así. De todas formas, está claro que tú no lo mataste. Las pruebas están de tu parte. Solo hay huellas suyas en la daga. Yo misma te encontré con las manos atadas, y la jefa Tonny te apoyará en todo. De hecho, ahora mismo estoy segura de que vendrá a preguntarte qué haces aquí. Querrá que te tomes el día al menos.

—Algunas veces, Anne, alguien nos brinda una salida que vale más que cualquier otra cosa, sobre todo cuando uno se sabe dentro de una prisión —razoné. Me refería a la salida que la oscuridad le había brindado a mi abuela y también a la que yo le brindé a Henson.

—Lo sé. Me has dicho que le hablaste de su hija. Que de alguna manera supiste lo que el asesino sentía, y que esa culpa por la muerte de la niña había estado allí todo el tiempo, oprimiendo su alma y esperando poder explotar. Pero creo que fue arriesgado confiar solo en eso, aunque no tenías más opción, claro. La mayoría de las personas creemos que cuando alguien hace lo que había hecho Henson, ya no hay nada que recuperar para redimirlo.

—Sí. Pero una persona especial me dijo que debía confiar en mi intuición. Me pareció que Henson se había convertido en un monstruo gracias a esa gran ira que envolvía una enorme culpa por haber perdido a quien quería.

—¿Por qué mató a esas personas? ¿Te lo dijo?

—Lo contrataron para ello —le respondí.

—¿Quiénes? ¿Los de la secta de Topeka que querían muertos a los primogénitos de los traidores? ¿La oscuridad de la que me hablaste? ¿Eso es lo que crees?

—Sí, Anne. Son personas que reclutan a otras valiéndose de sus necesidades. Esto está muy lejos de terminar.

—Creo que sabes más de lo que dices, pero soy paciente y estaré aquí cuando quieras contarme todo. Además, creo que aunque sea doloroso, debes hablar con tu padre. Él podría ser clave en este asunto —completó.

—Lo sé —afirmé.

Era algo que iba a hacer. Debía enfrentar los demonios de mi pasado.

—¿Cómo está Rossy? —pregunté.

—Afectada, pero saldrá de esta. Dolida por la muerte de su novio, el verdadero, pero aliviada porque por el falso Martín no sentía nada, no había química. Creo que enterarse de la verdad fue lo mejor. Aunque esté triste ahora, volverá a confiar en su intuición, porque la persona que conoció en línea muy posiblemente era, como ella misma dice, su media naranja. Le he dicho que no hay una sola media naranja en el mundo y que pase la página lo más pronto posible. Eso hubiese querido ese hombre que la quería.

—Rossy es fuerte. No parece, pero lo es. La necesidad de algo diferente, lleno de misterio, también es una fuente de felicidad para quien, como Rossy, pretende descubrirlo todo a través de las máquinas. Por eso se ilusiona con relaciones virtuales. Y si eso la hace feliz, es bueno que crea que las cosas pueden volver a salir bien, como le hubiesen resultado con Roy si Henson no lo hubiera matado.

Me sentí culpable en esos momentos, ya que fue para que Henson se acercara a mí y a la investigación que el novio de Rossy terminó siendo asesinado. Pero una voz, la de mi abuela Denisse, me dijo desde dentro que la culpa no era buena consejera, y la prueba de ello era en lo que se había convertido John Henson.

—Fuera de todo pronóstico, ¿sabes quién la está consolando y se ha portado estupendamente? —me preguntó Anne, sacándome de mis pensamientos.

—Juliet Rice —respondí.

—Exacto.

—Juliet es un enigma. Es algo fría, muy racional, pero es capaz de interpretar las cosas de una manera especial, y hay que considerar lo que dice porque de una forma, puede que no muy clara, es reveladora. Mira que le parecía insólito que Rossy llamara novio a Martín Brody, y

leyendo mal su actitud, pensé que estaba celosa de la felicidad de Rossy. Pero no era así. Veía algo mal, una distorsión. Puede que, incluso más que nosotras, se diera cuenta de que lo de Rossy y el falso Brody no funcionaba. Lo que pasa es que no sabe cómo expresar de manera directa sus afectos y sus preocupaciones. Pero es muy perceptiva —concluí.

—Creo que te entiendo un poco. Pero solo un poco —reconoció Anne—. Lo que quiero ahora es que todo vuelva a la normalidad; la ciudad, las aves, el río, nosotras…

No sabía si eso sería posible, pero no le dije nada.

—Logan Callen ha venido por sus propios pies. Es un acosador, pero claro, no es un asesino. Volvía a casa, y cuando vio las unidades policiales, pensó que lo habías denunciado por haberse obsesionado contigo cuando te diste cuenta de que te seguía a todas partes. Y alguien tan impactante como Alfred Price, chiflado por él. Cada vez entiendo menos —confesó Anne.

Recordé a Price y su extravío.

—La verdad es que, por mucho que lo pienso, no comprendo la fuerza que tuvieron tus palabras ante ese asesino tan monstruoso… —insistió.

—Piensa que una de las cosas que hace a la gente plegarse a la oscuridad, a «la secta», como tú la has llamado, es el miedo. Cualquier miedo; al fracaso, a la exclusión, a no ser querido. En este caso, el miedo a volver a querer a alguien y fallarle. Ese fue el principio de su descomposición y su poder. Esa secta con sus mensajes oscuros, pero necesarios para quien se le une, descompone, pudre el alma. Nos hace ciegos sobre lo importante, como los pájaros que caen al estrellarse, como ese pobre pajarito que viste morir. Entonces, las palabras adecuadas pueden brindarte la luz de repente y sacarte de esos dominios tenebrosos. Algunos se atreven a salir y otros prefieren quedar en tinieblas.

—Eso sí que lo he entendido. Sabes que lo que me mantenía con vida, la vez que me salvaste, era pensar en mis hijos. Siempre uno encuentra en el recuerdo algo más grande que los abismos. «¿Qué es el infierno? Mantengo que es el sufrimiento de no poder amar». Es una cita de Dostoyevski.

No sabía que a Anne le gustara la literatura. Una cita así hubiese esperado escucharla de Lilian Peterson. Debió ver cierta sorpresa en mi rostro porque se encontró en la necesidad de explicarse.

—¡Oh…!, debo haber sonado muy filosófica. Últimamente he estado leyendo *Los hermanos Karamazov*; una página por día porque llego a casa muerta, pero me está gustando. Puede que por lo que

dices, para buscar cosas nuevas que nos muevan un poco las neuronas —confesó Anne.

Asentí y sonreí. ¡Vaya si apreciaba a Anne! Era como la hermana que nunca tuve.

—Y a Gideon Hapgood parece que se lo ha tragado la tierra. ¿De quién sería esa sangre, Alexis? —preguntó, cambiando el tema y tornándose meditabunda.

—No lo sé, Anne —le respondí.

Pensaba que Hapgood estaba en algún lugar reunido con los que enfrentan a la oscuridad. No sabía nada de ellos, pero con este confuso caso comprendí que no estaba sola. Que la oscuridad tenía enemigos que sabían de su existencia. Mi abuela fue una, desde el momento en que renunció a matar a Wendy Tandy, así como también Daniel Braun. Desde el principio los enemigos de la oscuridad han existido, y también siempre habrá gente que la abandone, que deserte de sus filas, y justo por conocerla desde adentro, será más valiosa al enfrentarla. No sabía nada de Hanot, de Brais, pero ahora contaba con el péndulo de Wendy, y eso me había devuelto mucho valor. La oscuridad estaba avanzando, mas yo no iba a quedarme de brazos cruzados sin hacer nada ante la destrucción que planeaba. Más que nunca iba a plantarme ante ella con mi confianza renovada. Así como lo hice con Henson.

Esta vez los vencí porque él decidió al final ir en contra de ellos y actuar a favor de su viejo sentimiento por Colette. Al verse perdonado por ella, no quiso seguir siendo el monstruo que era en ese momento. Puede que supiera que ya le iba a resultar imposible dejar de ser un consumidor de sangre humana. Por eso acabó con su vida.

—De alguna manera, y no a través de los procedimientos normales, es que esta vez les ganamos, Anne, y evitamos más muertes —concluí.

Ella movió la cabeza en señal de afirmación.

—Para eso estamos aquí. ¿Qué harás con esa cicatriz en tu hombro? —me preguntó.

—No lo sé. Por ahora ha pasado el dolor —respondí.

La oficina de Anne tenía las persianas plegadas, así que podíamos ver a quienes caminaban por el corredor del Departamento. Entonces vimos a Sebastian.

—Y bueno… creo que te buscan —dijo ella con picardía.

Sebastian se detuvo en medio del corredor y levantó la mano para saludarme.

No pude hacer otra cosa sino sonreír.

6

Una persona que vestía de blanco caminaba junto a un hombre de traje oscuro por el sendero junto al río Arkansas. Desde allí podía verse la parte de la ciudad devastada por el paso del tornado. Las aguas del río iban perdiendo poco a poco la coloración rojiza. Unos trabajadores municipales limpiaban y recogían las plumas y los cuerpos de los pájaros muertos.

—Creo que debemos hacer algo más radical. Alexis ahora cuenta con el péndulo de Brais. Y sabes lo que significa eso. Su capacidad será más fuerte, obtendrá mayor claridad. Ha resultado ser un gran obstáculo. Doblegó la voluntad de Henson. Y él era uno de nuestras mejores adquisiciones —dijo la persona que vestía de blanco.

—¿Ha sospechado de ti? —preguntó el hombre al tiempo en que sacaba un cigarro y un encendedor.

—No lo creo, pero sabes que no tengo la capacidad de la empatía. La mía es muy diferente —respondió la persona.

—Sí. Lo sé. La tuya es fingir emociones que no sientes, de forma magistral. Eso es de las cosas más útiles en el campo. Eres una persona probada y confiable —dijo el hombre y luego se llevó el cigarro a la boca. Después hizo una señal de saludo a uno de los que limpiaba el lindero del río.

—El asunto es qué vamos a hacer con Alexis —sugirió la persona de blanco.

—He tomado una decisión. No podemos apresurarnos.

—Puede que sea hora de que conozca la verdad… —sentenció y miró hacia abajo. Eso hacía cuando intentaba sembrar una idea en la mente del líder. Quitó una mota de polvo de la manga de su prenda blanca como la espuma.

—Sí. Es muy posible. El hombre que dejamos en mi lugar ya no es útil. Hay que asesinarlo y cremar su cuerpo. Encárgate. Presiento que Alexis Carter hará una visita muy pronto al correccional Bell, y al verlo sabrá que no soy yo. Más allá del extraordinario parecido entre nosotros, ella lo descubrirá. Ha sorteado todos nuestros ataques y ahora hay que mirarla desde otra perspectiva.

—¿No será llamativo que en dos instituciones gerenciadas por la Bell mueran hombres repentinamente? Me refiero a Adrián Felt y a Kilian Carter.

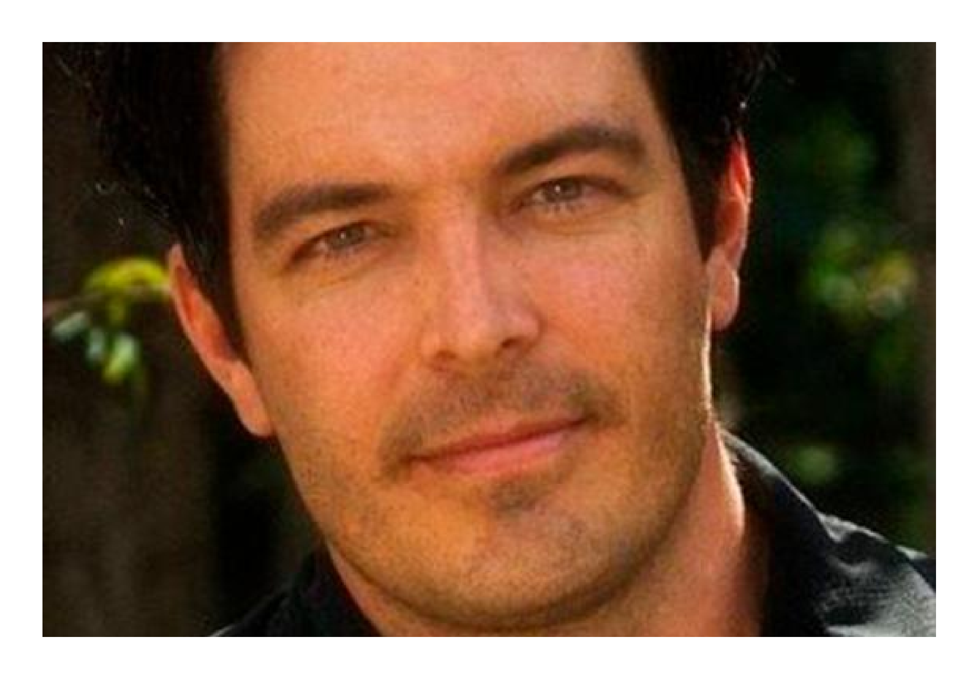
—No. Muere gente todos los días. Los locos y los asesinos son prescindibles desde siempre. No habrá problema al respecto. El fallo de seguridad de Garden Felicity, aunque me molestó, no debió ser tan grave. Después de todo, él no sabía gran cosa. Solo lo elemental. Algo de historia.

Después de que el hombre dijo eso, expulsó una gran bocanada de humo y cerró los ojos.

—Ahora mismo Alexis cree que ha vencido, por lo de Henson. Dejemos que lo crea así… —dijo.

Sus ojos brillaron y su boca dibujó algo parecido a una sonrisa. Tuvo una visión en ese momento, pero no la compartió con su acompañante.

F I N



RAÚL GRABANTES nació en Barranquilla, Colombia. Desde su adolescencia tuvo mucho interés por la lectura de relatos policiales e historias de suspenso. Su carrera es administración de empresas pero su pasión es la escritura. Ha trabajado como corrector, lector, y editor de periódicos locales. Apasionado por el género suspenso y policial, Raúl ha publicado como autor independiente cinco novelas: La Última Bala, El Silencio de Lucía, Resplandor en el Bosque, Pesadilla en el Hospital General, y El Palacio de la Inocencia. Raúl radica actualmente en Panama City, Florida, desde donde escribe su siguiente novela.